

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



MEMORIAS

2019

TOMO
XLV

M

MEMORIAS
2019

Comité editorial

Gonzalo Celorio
Concepción Company Company
Adolfo Castañón
Felipe Garrido
Fernando Serrano Migallón
Alejandro Higashi
Aurelio González Pérez

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



TEXTOS DE:

Raúl Arroyo

Roger Bartra

Rosa Beltrán

Mauricio Beuchot

Adolfo Castañón

Gonzalo Celorio

Concepción Company Company

José Luis Díaz Gómez

Javier Garciadiego

Felipe Garrido

Margo Glantz

Francisco González Crussí

Alejandro Higashi

Hugo Hiriart

Jaime Labastida

Yolanda Lastra

Eduardo Lizalde

Pedro Martín Butragueño

Silvia Molina

E. Fernando Nava L.

Jorge Ruiz Dueñas

Vicente Quirarte

Fernando Serrano Migallón

Jesús Silva-Herzog Márquez

Diego Valadés

Germán Viveros

MEMORIAS 2019

TOMO XLV

VIDA ACADÉMICA

DISCURSOS DE INGRESO

HOMENAJES

PREMIO INTERNACIONAL
DE ENSAYO

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

TRABAJOS LEÍDOS
EN SESIONES ORDINARIAS

Academia Mexicana de la Lengua

Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua .—

México: Academia Mexicana de la Lengua, 2020.

437 pp. : fotografías ; 16.5 × 22.5 cm.

Tomo XLV (2019)

1. Academia Mexicana de la Lengua – Publicaciones periódicas.
2. Español – México – Publicaciones periódicas. 3. Lengua y literatura – México – Siglos XVII, XIX, XX, XXI. 4. Español – México – Lengua. 5. Español – México – Literatura, poesía, ensayo. 6. Hispanismo. I. t.

Dewey 460.6

La Academia Mexicana de la Lengua realiza sus sesiones ordinarias los segundos y cuartos jueves de cada mes, de 17:30 a 20:00 horas. Los mismos días lo hace su Mesa Directiva, de 9:00 a 11:30 horas. Las comisiones de Consultas y de Lexicografía se reúnen con periodicidad semanal, los jueves, de 11:30 a 13:30 horas y de 10:00 a 12:00 horas (cuando no hay pleno) y de 16:00 a 17:30 horas (cuando sí lo hay), respectivamente. El Gabinete Editorial acuerda el primer y tercer miércoles de 12:30 a 14:00 horas. Todas estas reuniones tienen carácter privado.

La corporación atiende al público en sus oficinas, de lunes a jueves de 10:00 a 18:00 horas; y viernes de 10:00 a 15:00 horas; y recibe consultas a través de su página electrónica: academia.org.mx

La Biblioteca Alberto María Carreño y el Archivo Histórico prestan sus servicios previa cita.

D. R. © 2020 Academia Mexicana de la Lengua, A. C.
Donceles 66, Col. Centro, Alcaldía Cuauhtémoc,
06600 Ciudad de México

Conmutador: (+ 52 55) 5208 2526
C. e.: academia@academia.org.mx
recepcion@academia.org.mx
Sitio electrónico: academia.org.mx

Esta publicación cuenta con el apoyo de la Secretaría de Educación Pública y de la Fundación pro Academia Mexicana de la Lengua.



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

FUNDACIÓN PRO
ACADEMIA MEXICANA
DE LA LENGUA

Impreso y hecho en México

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA
[2019]

MESA DIRECTIVA

Director: Jaime Labastida
(hasta el 14 de febrero de 2019)
Gonzalo Celorio
(desde el 14 de febrero de 2019)
Director(a) adjunto(a): Felipe Garrido
(hasta el 11 de abril de 2019)
Concepción Company Company
(desde el 11 de abril de 2019)
Secretario: Vicente Quirarte
(hasta el 13 de junio de 2019)
Adolfo Castañón
(desde el 13 de junio de 2019)
Secretario adjunto: Aurelio González Pérez
Censor estatutario: Fernando Serrano Migallón
Bibliotecario-archivero: Adolfo Castañón
(hasta el 13 de junio de 2019)
Alejandro Higashi
(desde el 13 de junio de 2019)
Tesorera(o): Concepción Company Company
(hasta el 11 de abril de 2019)
Felipe Garrido
(desde el 11 de abril de 2019)
Tesorero honorario: Ruy Pérez Tamayo

ACADÉMICOS DE NÚMERO:

(†) Miguel León-Portilla	Javier Garciadiego
(†) José Pascual Buxó	Hugo Hiriart
Tarsicio Herrera Zapién	Roger Bartra
Margit Frenk	Yolanda Lastra
Gonzalo Celorio	José Luis Díaz Gómez
Margo Glantz	Jesús Silva-Herzog Márquez
Mauricio Beuchot	Rosa Beltrán
Julieta Fierro	Eduardo Matos Moctezuma
Diego Valadés	Alejandro Higashi
Eduardo Lizalde	Pedro Martín Butragueño
Ascensión Hernández Triviño	Silvia Molina
Patrick Johansson Keraudren	Enrique Fernando Nava López
Carlos Prieto	Jorge Ruiz Dueñas
Germán Viveros	

ACADÉMICO ELECTO: Rodrigo Martínez Baracs

ÍNDICE

VIDA ACADÉMICA

Vida académica 2019	15
-------------------------------	----

DISCURSOS DE INGRESO

JORGE RUIZ DUEÑAS	
<i>León Felipe: más allá del exilio</i>	33
ROGER BARTRA	
<i>León Felipe y la dialéctica del llanto</i>	53
RAÚL ARROYO	
<i>Construir desde el derecho, un nuevo lenguaje de la abogacía.</i>	59
FERNANDO SERRANO MIGALLÓN	
<i>Respuesta al discurso de ingreso de don Raúl Arroyo.</i>	69

HOMENAJES

MARGO GLANTZ	
<i>El viaje</i>	77
ADOLFO CASTAÑÓN	
<i>Salvación del salvador. Un texto olvidado de Sergio Pitol</i> <i>(1933-2018) sobre Alfonso Reyes.</i>	85

GONZALO CELORIO	
<i>Fernando del Paso, José Trigo, contra el silencio</i>	91
VICENTE QUIRARTE	
<i>Yo soy un hombre de letras.</i>	97
ADOLFO CASTAÑÓN	
<i>Amado Nervo 2020</i>	103
FELIPE GARRIDO	
<i>A propósito de Amado Nervo.</i>	131
JORGE RUIZ DUEÑAS	
<i>Jaime Labastida Ochoa en su octogésimo aniversario</i>	133
FELIPE GARRIDO	
<i>Jaime Labastida.</i>	147
JAIME LABASTIDA	
<i>Lizalde, poeta.</i>	149
VICENTE QUIRARTE	
<i>Eduardo Lizalde en la Academia</i>	155
ALEJANDRO HIGASHI	
<i>90 años de poesía: Eduardo Lizalde</i>	161
VICENTE QUIRARTE	
<i>El poeta José Pascual Buxó</i>	167
ADOLFO CASTAÑÓN	
<i>José Pascual Buxó, hombre de tres mundos</i>	173
ROSA BELTRÁN	
<i>Breve estampa de José Pascual Buxó</i>	179

**PREMIO INTERNACIONAL DE ENSAYO
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA**

FRANCISCO GONZÁLEZ CRUSSÍ	
<i>Del cuerpo imponderable. Ensayos sobre la visión médica y artística de la corporalidad</i>	185
JOSÉ LUIS DÍAZ GÓMEZ	
<i>Laudatio</i>	195

TRABAJOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

JAVIER GARCIADIEGO	
<i>La cartilla moral: vicisitudes editoriales y posibilidades políticas</i>	205
MARGO GLANTZ	
<i>Para una precaria genealogía de los bestiarios de Arreola</i>	219
FERNANDO SERRANO MIGALLÓN	
<i>La Universidad</i>	231
JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ	
<i>Tocqueville hoy: el liberalismo de la duda y la democracia del abismo</i>	243
SILVIA MOLINA	
<i>Correspondencia. Retratos de infancia</i>	255
ADOLFO CASTAÑÓN	
<i>Dos cartas de la Correspondencia (1914-1944) entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña</i>	271
DIEGO VALADÉS	
<i>El lenguaje de las constituciones</i>	287

EDUARDO LIZALDE	
<i>Sobre “El cementerio marino” de Paul Valéry</i>	305
MAURICIO BEUCHOT	
<i>Rasgos filosóficos en el Fausto de Goethe.</i>	307
ROGER BARTRA	
<i>¿Robots conscientes?</i>	321
HUGO HIRIART	
<i>Lo otro. Conversaciones sobre religión.</i>	329
GERMÁN VIVEROS	
<i>Gramática y su contexto en la Real Universidad de México:</i>	
<i>1553-1689</i>	335
PEDRO MARTÍN BUTRAGUEÑO	
<i>El Archivo de la palabra como modelo documental</i>	
<i>del “español visto desde México”</i>	343
E. FERNANDO NAVA L.	
<i>Las conciencias lingüísticas</i>	379
YOLANDA LASTRA	
<i>El otomí entre los materiales enviados desde la Nueva España</i>	
<i>a Catalina II, emperatriz de Rusia</i>	393
JOSÉ LUIS DÍAZ GÓMEZ	
<i>La persona: un enredo mente ~ cuerpo</i>	403
CONCEPCIÓN COMPANY COMPANY	
<i>CORDIAM. Memoria histórica, lengua y filología.</i>	419
<i>Índice onomástico.</i>	425

VIDA ACADÉMICA



VIDA ACADÉMICA 2019

2019 fue para la Academia Mexicana de la Lengua un año de cambios tanto en lo interno como en lo externo. Eran los primeros meses de mandato del presidente constitucional de México, licenciado Andrés Manuel López Obrador. Concluyó la gestión de don Jaime Labastida como director de la Academia, luego de dos periodos entre 2011 y 2019. Don Gonzalo Celorio inició su gestión el 1 de marzo, que concluirá en febrero de 2024.

El último acto oficial de don Jaime Labastida como director se dio el 11 de febrero de 2019. Ese día entregó el Premio Joaquín García Icazbalceta a las mejores tesis en el área de Lingüística y Literatura. El premio fue organizado y lanzado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Academia Mexicana de la Lengua. Los jurados por parte de ésta fueron doña Concepción Company y don Aurelio González. Las tres tesis premiadas correspondieron a César García Gómez, “La historia textual de *Musa callejera* de Guillermo Prieto: consideraciones hacia una fijación para su edición crítica”; la de Mayra Gabriela García Rodríguez, “Morfosintaxis y semántica del presunto artículo definido neutro *lo*”; y la de Imelda Sevilla Espejel, “‘Botella de Klein’: la deformidad del niño en Juan José Arreola”.

El primer acto oficial de don Gonzalo Celorio, como nuevo director, se dio el jueves 11 de abril de 2019. Ese día presidió y moderó el homenaje a don Sergio Pitol a un año de su fallecimiento, en el que participaron doña Margo Glantz y don Adolfo Castañón.

Durante el año que cubre este tomo XLV (2019), se celebraron 28 sesiones: 19 ordinarias y nueve solemnes. Se incluyen aquí 37 textos y alocuciones: dos discursos de ingreso y sus respectivas respuestas, 14 textos leídos en homenajes, los discursos pronunciados en ocasión del Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña, y las 17 lecturas estatuarias leídas en las sesiones ordinarias.

La Academia Mexicana de la Lengua sufrió en 2019 la pérdida de seis miembros: el 19 de julio de don José Pascual Buxó, el 1 de octubre de don Miguel León-Portilla (académicos numerarios ambos y este último decano; no sólo de la Academia Mexicana de la Lengua, sino de todas las Academias de la Lengua Española); el 15 de febrero de don Herón Pérez Martínez, correspondiente en Zamora, Michoacán; el 16 de agosto de don José Everardo Mendoza Guerrero, correspondiente en Culiacán, Sinaloa; el 13 de septiembre de don Raúl Dorra, correspondiente en Puebla, Puebla; y el 20 de noviembre de doña Minerva Margarita Villarreal, correspondiente en Monterrey, Nuevo León.

DE LOS DISCURSOS DE INGRESO

El 8 de octubre en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes dio lectura a su discurso de ingreso como académico de número don Jorge Ruiz Dueñas (elegido para ocupar la silla XIII) con el texto “León Felipe: más allá del exilio”. Don Roger Bartra le dio la bienvenida con “León Felipe y la dialéctica del llanto”. La figura del poeta español tiene particular relevancia para la Academia Mexicana de la Lengua, pues en sus archivos se encuentran depositados algunos manuscritos y documentos del escritor.

El 21 de noviembre en el Teatro Hidalgo, en Pachuca, Hidalgo, don Raúl Arroyo leyó su discurso de ingreso “Construir desde el derecho, un nuevo lenguaje de la abogacía” como académico correspondiente en esa ciudad. Le dio la bienvenida don Fernando Serrano Migallón con “Respuesta al discurso de ingreso de don Raúl Arroyo”. La ceremonia fue presidida por don Gonzalo Celorio y estuvieron presentes varios académicos, como don Felipe Garrido, doña Julieta Fierro y don Adolfo Castañón. Don Raúl Arroyo evocó en su discurso las figuras de otros académicos correspondientes en Hidalgo, como Alfonso Cravioto y Miguel Ángel Granados Chapa.

El 11 de abril, fue elegido académico correspondiente en Colima el escritor y crítico don Rogelio Guedea. Ese mismo día fue elegida

académica correspondiente doña Minerva Margarita Villarreal, quien fallecería el día 20 de noviembre.

DE LOS HOMENAJES

El jueves 11 de abril tuvo lugar la sesión dedicada a don Sergio Pitol (1933–2018) a un año de su fallecimiento, realizada en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes. Este fue el primer acto oficial presidido por el director de la Academia, don Gonzalo Celorio, quien moderó la mesa y agradeció a las autoridades de la Dirección de Literatura del INBAL la hospitalidad para la sesión. En la actividad dedicada al académico correspondiente en Xalapa, participaron doña Margo Glantz con las páginas tituladas “El viaje”, y don Adolfo Castañón con “Salvación del salvador. Un texto olvidado de Sergio Pitol sobre Alfonso Reyes”. Estuvieron presentes otros académicos.

El domingo 19 de mayo tuvo lugar el homenaje a don Fernando del Paso (1935–2018) a un año de su fallecimiento, en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes. Participaron don Gonzalo Celorio con el texto “Fernando del Paso, *José Trigo*, contra el silencio” y don Vicente Quirarte con “Yo soy un hombre de letras”. En esa misma sesión dedicada al novelista se proyectó una entrevista al autor de *Noticias del imperio* a propósito de su libro *Bajo la sombra de la Historia. Ensayos sobre el islam y el judaísmo*, realizada por Adolfo Castañón. El director agradeció a las autoridades su hospitalidad y a los participantes su presencia.

El jueves 23 de mayo, en la Capilla Alfonsina, dirigida por don Javier Garcíadiego, se celebró el acto en memoria de don Amado Nervo en el centenario de su natalicio. Ahí participaron don Felipe Garrido con las palabras “A propósito de Amado Nervo” y don Adolfo Castañón con el ensayo titulado “Amado Nervo 2020”. Don Tarsicio Herrera Zapién participó con una intervención poético-musical. En estas *Memorias* sólo se recogen los textos de los dos primeros académicos.

El jueves 20 de junio se realizó en la sala Manuel M. Ponce del INBAL la sesión para saludar los 80 años de don Jaime Labastida. Participaron

don Jorge Ruiz Dueñas con “Jaime Labastida Ochoa en su octogésimo aniversario” y Felipe Garrido con “Jaime Labastida”.

El jueves 27 de junio se celebró el homenaje a don Eduardo Lizalde en su 90 aniversario. Intervinieron don Vicente Quirarte leyendo “Eduardo Lizalde en la Academia” y Alejandro Higashi con “90 años de poesía: Eduardo Lizalde”. El poeta compartió con el público algunas primicias de su producción, que no ha sido posible recoger aquí. Sólo se incluyen los textos de los otros académicos mencionados.

El 24 de septiembre se verificó en el auditorio José María Vigil, en la Biblioteca Nacional de México del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, el acto de homenaje a don José Pascual Buxó. En la sesión participaron don Vicente Quirarte con el ensayo “El poeta José Pascual Buxó”, don Adolfo Castañón con “José Pascual Buxó, hombre de tres mundos” y doña Rosa Beltrán con “Breve estampa de José Pascual Buxó”. Al final de la actividad se proyectó un fragmento de la entrevista que para la serie *Los maestros detrás de las ideas*, de la UNAM, realizó don Adolfo Castañón.

DEL VI PREMIO INTERNACIONAL DE ENSAYO PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

El martes 19 de noviembre se entregó el VI Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña a don Francisco González Crussí en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes. El acto fue presidido por el director de la Academia, quien agradeció a las autoridades del INBAL su hospitalidad y felicitó al galardonado. El jurado que concedió el premio a González Crussí estuvo compuesto por don Gonzalo Celorio, quien lo presidió, y por don Jesús Silva-Herzog Márquez, don José Luis Díaz Gómez, don Felipe Garrido y don Alejandro Higashi, y tuvo como secretario a don Adolfo Castañón. Los anteriores galardonados fueron don Emilio Lledó, don Pedro Lastra, doña Luce López Baralt, don Alfredo López Austin y don Noé Jitrik. Estos nombres, como señaló el director, quien presidió la entrega, dibujan un canon, una constelación

del ensayo hispanoamericano moderno. El galardonado dio lectura a su discurso “Del cuerpo imponderable. Ensayos sobre la visión médica y artística de la corporalidad” y, luego de recibir el premio, escuchó el encomio leído por don José Luis Díaz Gómez en su *Laudatio*.

DE LAS LECTURAS ESTATUTARIAS Y TRABAJOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

Los trabajos leídos en las sesiones ordinarias reflejan la diversidad de intereses intelectuales que conviven en la Academia: la poesía, la literatura, la filosofía, la historia, el pensamiento político, el derecho, la filosofía, la lingüística, la antropología y el estudio de la ciencia entre otras: 1) el jueves 10 de enero, don Javier Garciadiego dio lectura a “*La cartilla moral: vicisitudes editoriales y posibilidades políticas*”. Su intervención fue comentada por don Jaime Labastida, don Felipe Garrido, don Adolfo Castañón, don Roger Bartra, don Hugo Hiriart, don Alejandro Higashi y doña Silvia Molina. 2) El jueves 14 de febrero, doña Margo Glantz presentó el trabajo titulado “Para una precaria genealogía de los bestiaros de Arreola”, en el que analiza las visiones que tuvieron Monterroso, Borges, Lautréamont, Flaubert y Arreola, del zoológico como materia prima de la escritura. Fue comentado por don Tarsicio Herrera Zapién, don Jaime Labastida y don Eduardo Lizalde. 3) El jueves 28 de febrero, don Fernando Serrano Migallón leyó su ensayo “La Universidad”, en el que explica y defiende la autonomía y subraya la importancia histórica, social y educativa de esa institución. El trabajo fue comentado por don Gonzalo Celorio y don Vicente Quirarte. 4) El jueves 14 de marzo, don Jesús Silva-Herzog Márquez presentó “Tocqueville hoy: el liberalismo de la duda y la democracia del abismo”, en el que analiza la idea del pensador francés Tocqueville sobre la sociedad, las instituciones, los hábitos, la cultura y el alma de la democracia. Fue comentado por don Felipe Garrido, don Adolfo Castañón, don Javier Garciadiego, don José Luis Díaz Gómez y doña Rosa Beltrán. 5) El jueves 28 de marzo, doña Silvia Molina presentó su trabajo “Correspondencia. Retratos de

infancia”, en el que da cuenta de su historia personal, a través de cartas escritas por su padre, don Héctor Pérez Martínez, a integrantes de la familia y amigos diversos. Su lectura fue comentada por don Jaime Labastida, don Vicente Quirarte, don Felipe Garrido, don Adolfo Castañón y don Javier Garciadiego. 6) El 11 de abril, don Adolfo Castañón dio lectura a “Dos cartas de la Correspondencia (1914-1944) entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña”, que dan cuenta de la vida personal de ambos pensadores, y proyectó tarjetas postales inéditas. 7) El jueves 9 de mayo, don Diego Valadés dio a conocer su ensayo “El lenguaje de las constituciones”, en el que aborda los factores que afectan la redacción de las constituciones, a saber: la desconfianza entre los actores políticos, el desconocimiento de las técnicas legislativas e incluso de la gramática y la propensión a utilizar el lenguaje de género, también denominado inclusivo, que induce a errores gramaticales por faltas de concordancia o por repeticiones que entorpecen la lectura. Su texto suscitó comentarios diversos y aun opuestos de don Tarsicio Herrera Zapién, don Gonzalo Celorio, doña Margo Glantz, don Adolfo Castañón, don Carlos Prieto, don José Luis Díaz Gómez, don Pedro Martín Butragueño, don Jesús Silva-Herzog Márquez, don Alejandro Higashi, doña Silvia Molina y don Rodrigo Martínez Baracs. 8) El jueves 13 de junio, don Eduardo Lizalde expuso su texto “Sobre *El cementerio marino* de Paul Valéry”, poema emblemático de muy difícil traducción a la lengua española, por sus características rítmicas y métricas. Su reflexión fue comentada por don Jaime Labastida, don Patrick Johansson, don Roger Bartra y don Rodrigo Martínez Baracs. 9) El jueves 8 de agosto, don Mauricio Beuchot habló acerca de los “Rasgos filosóficos en el *Fausto* de Goethe”, en el que aborda los rasgos filosóficos en la obra del escritor alemán. Su ensayo fue comentado por don Gonzalo Celorio, don Adolfo Castañón, don Diego Valadés y don José Luis Díaz Gómez. 10) El jueves 22 de agosto don Roger Bartra leyó “¿Robots conscientes?”, en el que analiza los temas asociados a la posibilidad y circunstancias de una consciencia artificial. Su lectura fue comentada por don José Luis Díaz Gómez y doña Julieta Fierro. 11) El jueves 12 de septiembre, don Hugo Hiriart presentó su trabajo “Lo otro. Conversaciones sobre religión”, en el que

aborda algunos pasajes de su niñez y su opinión acerca de los sentimientos, las ideas y pensamientos que existen sobre la religión. Fue comentado por doña Silvia Molina, don José Luis Díaz, don Felipe Garrido y don Adolfo Castañón. 12) El jueves 26 de septiembre, don Germán Viveros abordó el tema de la “Gramática y su contexto en la Real Universidad de México: 1553-1689”, en el que da cuenta de la necesaria acreditación de exámenes de gramática para ingresar a cualquier facultad universitaria de la Nueva España, y lo concerniente a la enseñanza de la gramática, tanto a alumnos mayores como menores, que tenía una doble orientación: la estricta y mayoritariamente lingüística y la moralizadora. Su lectura fue comentada por don Gonzalo Celorio, don Adolfo Castañón, doña Julieta Fierro, don Pedro Martín Butragueño y don Rodrigo Martínez Baracs. 13) El jueves 10 de octubre, don Pedro Martín Butragueño habló acerca de “El *Archivo de la palabra* como modelo documental del ‘español visto desde México’”. Su presentación fue comentada por don Gonzalo Celorio, don Jaime Labastida, doña Julieta Fierro, doña Concepción Company Company, doña Ascensión Hernández Triviño y don Patrick Johansson. 14) El jueves 24 de octubre, don Fernando Nava presentó su investigación “Las conciencias lingüísticas”, en la que analiza el estudio y la difusión de la lengua española en diversos ámbitos y su contacto con las lenguas originarias. Su lectura fue comentada por don Felipe Garrido, doña Concepción Company Company, don Roger Bartra, don Aurelio González y don Pedro Martín Butragueño. 15) El jueves 14 de noviembre, doña Yolanda Lastra leyó su ensayo “El otomí entre los materiales enviados desde la Nueva España a Catalina II, emperatriz de Rusia”, en el que describe parte del vocabulario otomí incluido en los archivos solicitados por doña Catalina, quien estaba interesada en hacer un estudio comparativo y de clasificación de las lenguas del mundo. Su intervención fue comentada por don Gonzalo Celorio, doña Ascensión Hernández Triviño y don Fernando Nava. 16) El jueves 28 de noviembre, don José Luis Díaz Gómez presentó su trabajo “La persona: un enredo mente-cuerpo”, en el que recorre las principales etapas de tratamiento de la cuestión problemática mente-cuerpo, uno de los dilemas más recalcitrantes y trascendentes del pensamiento, y

recapitula y comenta reflexiones, doctrinas y modelos de diversos filósofos, científicos, clínicos, teólogos y otros pensadores. Su intervención fue comentada por don Mauricio Beuchot, doña Concepción Company, don Fernando Serrano Migallón, don Hugo Hiriart y don Roger Bartra. 17) El jueves 10 de diciembre, doña Concepción Company Company expuso y mostró al pleno el funcionamiento del Corpus Diacrónico y Diatópico del Español de América (CORDIAM). Su exposición fue comentada por don Gonzalo Celorio, doña Margo Glantz, don Jaime Labastida, doña Julieta Fierro, don Adolfo Castañón y don Rodrigo Martínez Baracs.

DE LAS ACTIVIDADES ACADÉMICAS INTERNACIONALES

En marzo de 2019, se celebró el VIII Congreso Internacional de la Lengua en Córdoba, Argentina. La Academia Mexicana de la Lengua destacó por su presencia. La Delegación de la Academia fue encabezada por don Gonzalo Celorio, director; doña Concepción Company Company, directora adjunta; don Fernando Serrano Migallón, censor estatutario; don Diego Valadés, doña Yolanda Lastra y don Aurelio González.

En el mes de noviembre de 2019 tuvo lugar el XVI Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE), en Sevilla. La Delegación Mexicana tuvo una presencia relevante. Fue encabezada por don Gonzalo Celorio y contó con la asistencia de don Fernando Serrano Migallón, don Diego Valadés y don Pedro Martín Butrageño. Diversas mesas redondas tuvieron lugar ahí. Lo más relevante fue la aceptación de la moción institucional para la conversión del Corpus Diacrónico del Español (CORDIAM) en un proyecto AML-ASALE. Además, y paralelamente, se realizaron reuniones del CORDIAM, presididas por doña Concepción Company Company y doña Virginia Bertolotti, con la participación de doña Magdalena Coll, don Emiliano Álvarez Pastrana, doña Ileana Arias Leal, doña María Luisa Castro Rodríguez, don Víctor Adrián García Córdova, don Jorge Gutiérrez Reyna, doña Cynthia López Salmerón,

doña Ana Elvira Vilchis Barrera. En Sevilla también se llegó a un acuerdo para la colaboración de la Academia Mexicana de la Lengua en el *Diccionario panhispánico escolar*.

DE LAS ACTIVIDADES ACADÉMICAS

1. De la Dirección y Mesa Directiva

Luego de la del director, se llevaron a cabo las elecciones para los cargos de director adjunto (resultó favorecida doña Concepción Company Company) y de tesorero (don Felipe Garrido fue elegido para el cargo). En el mes de junio se cumplió el plazo para el cambio de titulares de secretario y de bibliotecario-archivero. A don Vicente Quirarte, que venía desempeñando el primer cargo, lo sucedió don Adolfo Castañón; a éste, que ocupaba la función de bibliotecario-archivero, lo sustituyó don Alejandro Higashi. Poco después, fue reelegido como secretario adjunto don Aurelio González Pérez.

2. De la Comisión de Lexicografía

La Academia Mexicana de la Lengua participó, a través de la Comisión de Lexicografía, con El Colegio Nacional y la Universidad Nacional Autónoma de México en la organización del IV Congreso de Sintaxis Históricas de la Lengua Española (SHLE IV), que se llevó a cabo del 11 al 15 de noviembre en la sede de El Colegio Nacional. Participaron las siguientes instituciones: Academia Argentina de las Letras, Academia Mexicana de la Lengua, Academia Nacional de Letras del Uruguay, El Colegio de México, El Colegio Nacional, Institut de Estudis Catalans, España, Pennsylvania State University, Estados Unidos, Sorbonne Université, Francia, The University of Illinois at Urbana-Champaign, Estados Unidos, Universidad Autónoma de Madrid, España, Universidad Autónoma de Querétaro, México, Universidad Complutense de Madrid, España, Universidad de Buenos Aires, Argentina, Universidad de

Castilla La Mancha, España, Universidad de Granada, España, Universidad de la República, Uruguay, Universidad de Sevilla, España, Universidad de Sonora, México, Universidad de Valladolid, España, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina, Universitat Autònoma de Barcelona, España, Universitat de Girona, España, Universitat de les Illes Balears, España, Universitat de València, España, Universität Zürich, Suiza, Universiteit Utrecht, Holanda, University of New Mexico, Estados Unidos, y Uniwersytet Jagielloński w Krakowie, Polonia.

La Comisión de Lexicografía fue fundada a instancias de don José G. Moreno de Alba. Fue presidida originalmente por doña Concepción Company y con la presidencia honoraria de don Guido Gómez de Silva.

Durante 2019 las comisiones de Lexicografía y de Consultas se reunieron semanalmente, salvo en los periodos de receso. La de Lexicografía, presidida por doña Concepción Company contó con la presencia y colaboración de los académicos don Tarsicio Herrera, doña Ascensión Hernández Triviño, don Aurelio González, don Pedro Martín Butragueño, doña Yolanda Lastra, don Fernando Nava y la de los asistentes doña Iliana Arias Leal, don Rodrigo Flores Dávila, don Víctor Adrián García Córdova, doña Rocío Mandujano, don Óscar Abraham Moreno Silva, doña Rebeca Pasillas, doña Mirian Heila Reyes Núñez y don Fernando Rodríguez Guerra. La Comisión de Lexicografía, a cuyo cargo está la nueva edición del *Diccionario de mexicanismos...*, tuvo 44 sesiones. En su informe anual, el director expresó que:

Se ha trabajado en la actualización del *Diccionario escolar* de la Academia bajo la supervisión de don Felipe Garrido y doña Rocío Mandujano. Este lexicón está compuesto por más de 15 000 entradas, que incluyen el vocabulario que figura en los libros de texto gratuitos, así como por el léxico básico de la lengua española y sus usos en México. Contiene notas ortográficas y gramaticales, las cuatro conjugaciones básicas del español, más otras muchas que tienen diversos tipos de irregularidad morfológica, y presenta la división silábica de cada palabra; incorpora los mexicanismos

y americanismos más usuales e ilustra con ejemplos la mayoría de las acepciones. Asimismo, se concluyeron los trabajos de edición y formación de dicho diccionario, por lo que se cuenta con el archivo de pre prensa que consta de 864 páginas.

El 20 de noviembre de 2019, la corporación realizó la “Jornada dedicada a las lenguas originarias en el año internacional de las lenguas indígenas (UNESCO 2019)”. La actividad fue organizada por doña Concepción Company Company, don Pedro Martín Butragueño y don Fernando Nava; en ella participaron, además, doña Ascensión Hernández Triviño, don Eduardo Matos Moctezuma, don Juan Gregorio Regino y don Natalio Hernández.

El proyecto “Archivo de la palabra”, concebido, organizado y tutelado por don Pedro Martín Butragueño, continuó con sus trabajos. Una constancia de esta tarea se encuentra en estas *Memorias*: “El Archivo de la palabra como modelo documental del ‘español visto desde México’”.

3. De la Comisión de Consultas

La Comisión de Consultas fue fundada en enero de 2005 por el entonces director don José G. Moreno de Alba. Su primer presidente fue don Gonzalo Celorio, quien fungió en ese cargo desde 2005 hasta 2019. A partir de esa fecha la preside don Felipe Garrido. La Comisión de Consultas se reúne semanalmente. En 2019 sesionó en 42 ocasiones; se recibieron 2 187 consultas, se resolvieron 2 185 y quedaron en proceso dos.

Han sido miembros de la Comisión de Consultas doña Margit Frenk, don Ruy Pérez Tamayo, don Ernesto de la Peña (†), don Vicente Quirarte, don Ignacio Padilla (†), don José G. Moreno de Alba (†), don Felipe Garrido, don Patrick Johansson, don José Luis Díaz Gómez y don Germán Viveros. Desde su fundación, su secretario ha sido don Adolfo Castañón. La comisión cuenta con la participación de las gramáticas doña Georgia Barraza, doña Axel Hernández y doña Norohella Huerta, y de los asistentes don Rodolfo Villagómez y doña Ximena González Paz.

También formó parte como editora doña Martha Bremauntz, hasta mediados de año. En su informe anual al pleno, el director resaltó que:

Entre otras actividades, esta Comisión dio solución a tres consultas hechas por el Banco de México y realizó una sesión ampliada en torno al uso del lenguaje incluyente. Actualmente la Comisión se encuentra elaborando, con la coordinación editorial de don Felipe Garrido, diversos manuales referidos a la lengua española que serán coeditados con el Instituto Politécnico Nacional (IPN), y que también podrán ser publicados por otras instituciones, como la Subsecretaría de Educación Media Superior de la SEP.

Las consultas recibidas provienen de todos los estados de la República y de muchos otros lugares del mundo hispanoparlante, desde los Estados Unidos y los demás países de Hispanoamérica hasta España y Europa. Las formulan estudiantes, académicos, profesionales de la edición, instituciones oficiales, como el Banco de México, y algunas embajadas. También ha preparado a lo largo de su historia dictámenes a petición de despachos, empresas, sindicatos e instituciones públicas.

4. De la biblioteca

Además de las actividades cotidianas, durante 2019 el bibliotecario-archivero, don Adolfo Castañón, asistió a diversas reuniones del Consejo Asesor de la Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes y, después del 13 de junio, lo hizo don Alejandro Higashi. Como parte de los acuerdos ahí tomados, se incorporaron los textos de José Luis Martínez en el portal dedicado a Hernán Cortés y se iniciaron las gestiones para crear un portal dedicado a Miguel León-Portilla, con autorización de su familia y al cuidado de don Patrick Johansson. También se informó del cambio de estructura de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes que dejó de recibir el apoyo económico de Banco Santander y quedó bajo el respaldo económico de la Universidad de Alicante, institución que se comprometió a buscar nuevas fuentes de financiamiento sin costo reputacional.

5. Del Gabinete Editorial

En 2019 la Academia Mexicana de la Lengua a través de su Gabinete Editorial, a cargo de don Alejandro Higashi y la coordinación editorial de don Agustín Herrera, publicó 21 títulos, varios en coedición; entre los que están: *Miro nacer la tempestad. Archivo genético* de “Responso del peregrino”, de don Alí Chumacero y otros autores; *Los juristas en la Academia* de Fernando Serrano Migallón; la segunda edición de *Los orígenes de la ASALE* (primera de la Academia Mexicana de la Lengua) y *Lámpara diurna. Intentos*, de don Noé Jitrik (Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña 2018). Se publicaron las *Memorias* correspondientes a los años 2010 a 2018, tomos XXXVI al XLIV, y el *Anuario 2020*. Bajo la dirección editorial de don Felipe Garrido y en coedición con el Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM vieron la luz tres títulos de la colección La Academia para Jóvenes: *Fantasmas bajo la luz eléctrica* de don Vicente Quirarte, *Los retos de la astronomía* de doña Julieta Fierro y *El Estado moderno y la Revolución mexicana (1910-1920)* de don Javier Garcíadiego. La Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México publicó los discursos de ingreso de doña Sara Poot Herrera, don Everardo Mendoza, don Raúl Dorra y don Alejandro Higashi.

Durante el mes de marzo, don Alejandro Higashi y don Agustín Herrera se reunieron con don Adán Cruz Bencomo, director de publicaciones del IPN, para formalizar un convenio de coedición con el Instituto Politécnico Nacional, con el propósito de inaugurar la colección Manuales. También durante ese año, el Gabinete Editorial desplegó una intensa labor (inventario, organización y desplazamiento físico de ejemplares) para concentrar en las bodegas de la Conaliteg la totalidad de su catálogo de venta y títulos descatalogados, conservados anteriormente y sin ningún costo gracias a la generosidad del director anterior, don Jaime Labastida, en las bodegas de Siglo XXI Editores y en otras sedes durante ocho años. También se implementaron distintas estrategias para distribuir el fondo de “Tesoros” de la Academia (títulos descatalogados). En junio de 2019, doña Milliet Alcántar, responsable de distribución, tomó

las riendas de la distribución a través de una red de librerías y de portales digitales, como parte de un proyecto para consolidar la autonomía de la Academia en los procesos de publicación y distribución de su fondo, al término del contrato con la distribuidora anterior, Bonilla Editores.

6. De la Coordinación de Secretaría, Comunicación y Relaciones Públicas

La Coordinación de Secretaría, Comunicación y Relaciones Públicas se formó en el mes de julio, en sustitución del Gabinete de Comunicación, con el propósito de conjuntar y dar seguimiento a las tareas propias de ambas áreas, a saber: redacción de actas de las sesiones ordinarias y públicas; elaboración e inscripción de candidaturas a diversos premios nacionales e internacionales; comunicación con la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española; compilación de materiales que integran las *Memorias* de la institución; atención y seguimiento del Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña, y organización y realización de actividades orientadas a la divulgación, promoción y proyección de la Academia Mexicana de la Lengua y sus miembros, en diversos medios. A lo largo de 2019, en la cuenta de *Twitter* de la AML (@AMLengua) se difundieron alrededor de 1 271 contenidos (refranes, consultas, actos públicos, entre otros) y se incrementó su número de seguidores 45%. Al finalizar el año llegó a 14 860. Asimismo, se grabaron 45 programas de *Letras y Voces*, con el Instituto Mexicano de la Radio, y se publicaron noticias en la página electrónica.

Esta área cuenta con el apoyo de dos becas de ayudantes de investigación. Es coordinada por don Rodolfo Villagómez y está adscrita y supervisada por la Secretaría y la Gerencia, cuyos titulares son don Adolfo Castañón y don Antonio Crestani, respectivamente.

7. De Letras y Voces

El programa coproducido por la Academia Mexicana de la Lengua y el Instituto Mexicano de la Radio es coordinado por don Adolfo Castañón

con la colaboración de doña Ximena González Paz y el apoyo de las gramáticas de la Comisión de Consultas encargadas de preparar las cápsulas de divulgación lingüística que son leídas en cada programa, además de la asistencia técnica de don Jorge Dávila, de la Biblioteca, y del ingeniero Héctor Sánchez, del área de sistemas. En 2019 se transmitieron 51 programas. Estos fueron dedicados a don Raúl Dorra, don Mauricio Beuchot, don Eduardo Lizalde, don Óscar Oliva, doña Margo Glantz, don Carlos Prieto, don Alí Chumacero, don Jesús Silva-Herzog Márquez, don Javier Garciadiego, don Gonzalo Celorio, don Álvaro Matute, don Eulalio Ferrer, don Germán Viveros, don Amado Nervo en voz de don Alí Chumacero, don José Pascual Buxó, don Fernando del Paso, doña Silvia Molina, don Fernando Serrano Migallón, don Miguel León-Portilla, don Jaime Labastida, don Ignacio Padilla, don Diego Valadés, don Sergio Pitol, don José Luis Díaz, don Patrick Johansson, don Guido Gómez de Silva, don Everardo Mendoza, don Hugo Hiriart, don Jorge Ruiz Dueñas y un programa dedicado la presentación de la edición conmemorativa *Rayuela* de Julio Cortázar, en la que participaron los académicos don Gonzalo Celorio y doña Rosa Beltrán.

8. De la participación en ferias, foros, premios y otras actividades

En mayo de 2019, la Academia Mexicana de la Lengua participó en diversas sesiones convocadas por el Banco de México en relación con los lemas e imágenes propuestos para las nuevas ediciones de billetes.

A la “III Bienal de Novela Mario Vargas Llosa”, convocada por la Biblioteca Virtual Cervantes, la Cátedra Mario Vargas Llosa y el Banco Santander en Guadalajara, asistieron como jurados del premio correspondiente don Gonzalo Celorio y don Felipe Garrido, y resultó ganador el venezolano Rodrigo Blanco Calderón por su libro *The Night*.

Los integrantes de la Comisión de Lexicografía participaron en la Feria Internacional del Libro del Instituto Politécnico Nacional (FILIPN) en la actividad “Cómo se hace un diccionario”. La Comisión de Consultas estuvo presente en la FILIPN y en la Feria Internacional del Libro del Zócalo con el “Consultorio lingüístico”. Otra actividad susceptible

de ser destacada fue la titulada “Lenguas nacionales”, en la que participaron don Fernando Nava y don Juan Gregorio Regino.

La Academia Mexicana de la Lengua participó durante este periodo con sus representantes en diversas actividades organizadas por el Sistema Nacional de Creadores de Arte, la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, el Foro Consultivo Científico y Tecnológico. Sus académicos también fueron jurados de premios literarios como el “Ramón López Velarde” o el “Carlos Fuentes” a la creación literaria; don Gonzalo Celorio, don Felipe Garrido, don Adolfo Castañón, don Alejandro Higashi, don Vicente Quirarte, doña Ascensión Hernández, doña Julieta Fierro, don Jorge Ruiz Dueñas y el académico correspondiente don Natalio Hernández acudieron como representantes a esos actos.

9. Recapitulación y sede

En el informe que rindió el señor director, don Gonzalo Celorio, el 27 de febrero de 2020 acerca de su gestión, se hizo una recapitulación puntual de las circunstancias no siempre favorables que tuvo que sortear la Academia en el inicio del periodo presidencial encabezado por Andrés Manuel López Obrador.

Por otra parte, como asentó en su informe anual 2019-2020:

... el día 30 de diciembre de 2019, al fin pudimos recuperar esa antigua y dignísima sede en el centro de la ciudad. A partir de entonces, se iniciaron los trabajos de limpieza y remozamiento del inmueble para instalar ahí nuestra biblioteca, que contará con una sala de consulta y de lectura. La casa tendrá, además, un auditorio para 90 personas, una librería y un nuevo salón de plenos.

Estas acciones de recuperación, como reconoció él mismo, no podrían haber sido realizadas sin el concurso inteligente y eficaz del gerente don Antonio Crestani.

DISCURSOS DE INGRESO

D

LEÓN FELIPE: MÁS ALLÁ DEL EXILIO*

Jorge Ruiz Dueñas

Don Gonzalo Celorio y Blasco,
director de la Academia Mexicana de la Lengua;
señoras académicas, señores académicos;
señoras y señores:

Si la palabra “perdón” suele evocarla el imaginario colectivo como el último poema de León Felipe, sea para mí esta noche “gracias”, la primera palabra. Gracias a quienes tuvieron a bien proponer mi candidatura: don Eduardo Lizalde, poeta mayor, decano de nuestras letras; doña Silvia Molina, distinguida narradora y ensayista, como bien afirma, amiga de casi toda la vida; y don Diego Valadés, notable jurista con quien inicié en 1963 la carrera de derecho. Gracias a las señoras y señores miembros numerarios que en su oportunidad me confirieron su confianza para ingresar a tan noble corporación; a don Jaime Labastida Ochoa, director de la Academia al momento de mi elección; a nuestro actual director, don Gonzalo Celorio Blasco, quien ha apoyado mi tarea para llegar a este momento; y a don Roger Bartra por responder mis palabras en torno a León Felipe, un poeta vinculado a los dos en un pasado enigmático. Gracias, por supuesto, también a todos ustedes por acompañarme en tan singular ocasión.

LAUDATIO

Confieso mi entusiasmo y me honra llegar a ocupar la silla XIII que fuese también de ilustres personajes. En esta sucesión destaca el signo de

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro de número. Texto leído en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 8 de octubre de 2019.

los tiempos y el principio de libertad de pensamiento de la corporación: don Manuel Orozco y Berra, don Tirso Rafael Córdoba, don Joaquín Baranda y Quijano, don Victoriano Agüeros, don Enrique González Martínez, don Raimundo Sánchez, don Martín Luis Guzmán, y don Ramón Xirau Subías, filósofo y poeta a quien conocí el 1 de agosto de 1967 en la recepción privada ofrecida a Octavio Paz con motivo de su ingreso a El Colegio Nacional.

Aquella noche don Ramón hizo una sabia glosa del discurso pronunciado por el autor de *Piedra de sol*. Esa ocasión fue también el portal para entrar al verbo diáfano y sensorial de Xirau. La palabra que nos remite al mundo mientras el discernimiento filosófico lo acercaba al poema donde las cosas son y el universo se nos entrega mediante experiencias visuales y pensamientos. Así, la luz de los naranjos, las fresas rojas y las velas en el mar surgen como dones de la contemplación y del conocimiento. Ramón Xirau nos dejó un silo poético en su lengua materna, el catalán, y lo apreciamos también en castellano. La poesía fue para él una forma privilegiada de conocimiento del mundo y como filósofo abordó el entramado misterioso entre el verso, el silencio y su significado, y la presencia misma. Don Ramón Xirau Subías, a quien rindiendo el homenaje que su talento y obra merecen, transitó por su exilio de manera luminosa.

LEÓN FELIPE Y EL CAMINO

Mi puente literario para cruzar la existencia que también va a dar a la mar, inicia con León Felipe. Estoy de vuelta en manos de mi viejo maestro, en el mismo sitio y con su misma edad al leer el más amargo libro, *El ciervo*,¹ iracundo y herido por la pérdida de su esposa, y me encuentro así con una gran riqueza ética donde se fortalece mi fe en las letras. Para

¹ *Nota bene*: se ha mantenido la ortografía de los textos citados. Se advierte que dadas las variantes propias de León Felipe, se citan en lo posible las versiones más recientes de su obra editadas en México y no las *Obras completas* (que no lo son) publicadas por Losada, Buenos Aires, 1963, con prólogo de Guillermo de Torre.

atravesar mi propio río tengo otra orilla, Álvaro Mutis y varias péndolas y torres; algunas no sólo arribaron en el mensaje de los libros, sino también acompasadas con la relación fraterna.

Llegué a León Felipe de la mano de don Julio Mayo en septiembre de 1966. Cifrabamos los 20 años y lo acompañé hasta el final, aquella aciaga madrugada del miércoles 18 de septiembre de 1968 cuando hube de auxiliar al escultor Víctor Trapote Mateo a imprimir su mascarilla funeraria donde quedó el último gesto del *Español del éxodo y del llanto*. Su cuerpo fue velado justo la noche en que la Universidad Nacional Autónoma de México, nuestra *alma mater*, era hollada en su autonomía. Hoy pretendo hacer unas reflexiones, presurosas y sinópticas, y he de excusarme de tropezar en ocasiones con el tono personal de los testigos. El azar me permite hacerlo en el recinto donde dio a conocer varios de sus libros y aun bajo la cúpula donde se le rindió homenaje antes de hundirse en el polvo que es la patria de todos.

RECuento

“Los grandes poetas no tienen biografía,/ tienen Destino./ Y el Destino no se narra...”,² aseveró León Felipe. Basten, pues, algunas pinceladas: Felipe Camino Galicia nació un Viernes Santo de 1884, a su entender, en el lugar equivocado (Tábara, Zamora). En Almonacid de Zorita en La Alcarria, meditó sobre su existencia y escribió sosegado, con libertad polirrítmica, su primer libro, *Versos y oraciones de caminante*. Le da lectura en el Ateneo de Madrid con una introducción donde manifiesta su postura respecto a las escuelas en pugna: los resabios del modernismo y los ultraístas.³

Algunos poemas de *El ciervo* fueron leídos en el Palacio de Bellas Artes el 5 de octubre de 1956. La edición con prólogo de Juan Rejano y 49 ilustraciones de amplio formato (31 cm) la publicó Editorial Grijalbo, México, 1958 (131 pp.).

² León Felipe, prólogo y paráfrasis a Walt Whitman, *Canto a mí mismo*, 2ª ed., Colección Málaga, México, 1973, p. 17.

³ *Versos y oraciones de caminante*, 3ª ed., Colección Málaga, México, 1973, p. 14. En esta edición se incorporan los dos libros que llevaron el mismo nombre identificados de manera adecuada. El primero publicado en Madrid y el segundo en Nueva York.

Así construye una estética impregnada de preguntas fundamentales sobre la existencia, la relación con la divinidad, el origen, el sendero y la misión personal. Se propusieron ayudarlo con una beca, pero optó por una posición en Guinea Ecuatorial como administrador de hospitales donde hedía la miseria y la explotación. Retorna dos años más tarde con un semestre vacacional y una presea de bronce herrumbrada: la Medalla del Muni, no antes concedida, dado que por allí —así lo expresó el gobernador— no había pasado nunca una persona decente.⁴ No deseaba volver. Indeciso, en Cádiz compra un billete de tercera clase en el *Cristóbal Colón* rumbo a Veracruz, a donde llega en 1923 con 39 años, las señas de una hermana en la capital de México y una recomendación de Alfonso Reyes. También encontró de asueto a Berta Gamboa, profesora mexicana radicada en Nueva York, y se eligieron con acierto. Casarían en Brooklyn con un esmirriado presupuesto para la licencia, el autobús y una cena de cafetería. Federico de Onís intercedió y lo hizo estudiante de la Universidad de Columbia para después impulsarlo como profesor de literatura española a la par que alumno en la Universidad de Cornell. Allí leerá con ahínco, realizará traducciones y publicará el segundo libro de *Versos y oraciones de caminante*. Seis años más tarde la pareja resolvió regresar a México. Luego vendrían más viajes, la esperanza en la Segunda República Española, su obra *Drop a Star*,⁵ la inclusión en antologías, la traición a la legalidad constitucional de España, el episodio de *Good by Panamá!*⁶ donde muestra un arrojo inquebrantable; su entrega a la causa republicana, las pugnas facciosas en la inminente derrota por el fascismo, denunciadas en *La insignia*;⁷ y el tornaviaje definitivo a México en 1938 mientras concluía a bordo *El payaso de las bofetadas y el*

⁴ Luis Rius, *León Felipe, poeta de barro*, Colección Málaga, México, 1968, p. 128.

⁵ Este libro puede encontrarse incluido en el volumen correspondiente a *Versos y oraciones de caminante*, op. cit., pp. 71-85.

⁶ Como le fue negada la lectura de su texto en la radio a pesar de ser el agregado cultural de la Embajada de España en Panamá, dicho texto se publicó pronto en el *Repertorio Americano*, revista cultural quincenal publicada en San José, Costa Rica, por Joaquín García Monge, el 5 de octubre de 1936 y aparece incluido en *La insignia*, Colección Málaga, México, 1973.

⁷ *Loc. cit.*

pescador de caña,⁸ cual mascarón de proa del más fértil de los exilios del que aún memoramos sus 80 años.

Aquí mismo resonarían al año siguiente los poemas del *Español del éxodo y del llanto*. Después aparecerían numerosos poemarios y obras teatrales. Sin olvidar quién era estuvo en el centro de la diáspora dispuesto, no sólo en aspectos materiales y urgentes, sino también en los proyectos para sostener su vigencia intelectual y la incorporación a las instituciones nacionales: la Casa de España en México, antecedente de El Colegio de México, la revista *España Peregrina*, luego convertida en *Cuadernos Americanos*, dirigida por Jesús Silva-Herzog; la radio cultural y nuestra Universidad Nacional. Además, supo catalizar la efervescencia literaria del Ateneo Español de México.

ESTUDIOS SOBRE SU OBRA

En el ocaso del Caudillo y a pesar de sus vicarios, en España se publicó antes de concluir el año 1975 una antología preparada por Gerardo Diego.⁹ En relación con el poeta prohibido, no es de sorprender que hasta después se escribiesen allá monografías. El propio León Felipe habló de esa incomunicación en la revista *Ínsula*.¹⁰ Esto se explica por la brecha de la dictadura franquista y su sistemática censura. Esa distancia física y aún emocional hacia su obra abarcó generaciones y no es fácil de colmar.

El tema de la periodización y pertenencia lo abordó muchas veces el propio vate. Contundente fue su respuesta meses antes de morir: “Yo no soy de ninguna generación”.¹¹ Concluida la Guerra Civil Española en un estado de conmoción social, la dinámica del artista fue buscar respuestas, no sólo ser testigo de su tiempo. “León Felipe [pudo] sacrificar

⁸ Se encuentra publicado como *El payaso de las bofetadas*, Colección Málaga, México, 1971.

⁹ León Felipe. *Obra poética escogida*, prólogo y selección al cuidado de Gerardo Diego, Espasa-Calpe, Madrid, 1975.

¹⁰ María Embeita, “Entrevista con León Felipe”, *Ínsula*, xxiii, núm. 254, enero de 1968, p. 13.

¹¹ *Ibid.*, p. 12.

la estética en beneficio de la ética”, como afirmó José Manuel Caballero Bonald.¹² Nadie como él se esforzó por reflejar el espíritu de su era.

Al tropezar en el camino con grupos o trazas literarias exigidas como peajes cabe preguntarse, con Pierre Bourdieu, si ese actuar y la crítica destilada no son una forma de dominación porque no hay tal “espectador imparcial”. Lo desvelado es el prejuicio y el apetito autoritario del poder simbólico de las palabras. La imposición de un canon vale para la literatura como para la esfera pública, pues se pregona una superioridad estética o una superioridad moral.

SOBRE ALGUNAS INFLUENCIAS

Diversos estudios enfocan sus observaciones sobre la obra de León Felipe con base en pretensas influencias directas. El erudito estudia los poemas, los pesa y mide, disecciona los versos y encuentra los huesos de las palabras. Pero quien busca explicar al poeta pretende desvelar el poder del lenguaje, el mundo y la existencia misma. Tiene razón Juan Frau¹³ en alertar sobre el reduccionismo, pues no lleva a hacer una buena lectura del poeta, como ha sido recurrente en la crítica.

Es menester resaltar la presencia de Berta Gamboa, compañera hasta los últimos momentos de las barricadas y del exilio inminente. Berta, de origen poblano, había realizado sus estudios en una escuela evangelista con dominio del inglés. Haberse formado en esa tradición propició en León Felipe una mirada diferente de las Escrituras. También hay rasgos aún por revelar en su poética, provenientes de la estancia en Cornell. No tenemos una biografía intelectual solvente sobre esos años de iluminación ni de sus posteriores lecturas en México, pero afloran en su obra y llegaron a conclusiones metafísicas sin ser filósofo ni teólogo.

¹² Citado por Ma. Teresa Puche Gutiérrez, *León Felipe sincrónico y anacrónico. Un estudio de literatura comparada*, tesis de doctorado, Universidad de Granada, Granada, 2009, p. 224, en: <<https://hera.ugr.es/tesisugr/18157968.pdf>> (consultado el 1 de febrero de 2019).

¹³ Juan Frau, *La teoría literaria de León Felipe*, EUS, Sevilla, 2002.

Lo que sí sabemos es su proclividad por la dramaturgia. Lo sabemos en el proskenion o dirigiendo, dispuesto a hablar con la voz de la *persōna* enmascarada en monólogos inextinguibles. Todo poema de León Felipe admite una puesta en escena. Lo sabemos capaz de dialogar con los muertos y darle un papel al Arcipreste de Hita cual vicario de Dios en representaciones de inútiles reclamos. Conocemos sus trucos de actor viejo. Pero ignoramos si Calderón de la Barca le susurra “la vida es sueño” o es el dubitativo Hamlet quien pregunta si se muere o si se sueña.

Si los ángeles de Rainer Maria Rilke son promotores del viento, los de León Felipe siguen una tradicional tarea de mensajeros. Si el aire es violento, como es frecuente en sus poemas, “el viento furioso es el símbolo de la *cólera pura* [...]”,¹⁴ según Gaston Bachelard. Pero estas metáforas de un surrealismo precario tienen un acotamiento y esas fronteras las establece el vate “[...] en el poema [sobre] los territorios *casi* ya incontrolables del subconsciente, pero por este *casi*, el poema no es surrealista”.¹⁵ Para él, nada más aborrecible que la pérdida de control del poema como escritura automática a la manera de André Breton. Luego Jacques Lacan se preguntó qué permite al poeta adelantarse. El mismo León Felipe describe ese proceso de anticipación,¹⁶ mas no funge sólo en los términos de Lacan ni de Rimbaud convertido en un vidente, sino también pretende entrar en comunicación con Dios.

Entre los hallazgos de León Felipe está Walt Whitman.¹⁷ Con los años abordará la traducción o paráfrasis del *Canto a mí mismo*, pero, si bien, varios estudiosos insisten en la presencia del autor de “O Captain! My Captain!” en su obra, Agustí Bartra, como muchos otros, disiente.¹⁸

¹⁴ Gaston Bachelard, *El aire y los sueños*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 278.

¹⁵ *Ganarás la luz*, Colección Málaga, México, 1967, p. 67.

¹⁶ Véase *Español del éxodo y del llanto*, Colección Málaga, México, 1973, p. 11.

¹⁷ Esto coincide con la opinión de Octavio Paz sobre la introducción del poeta a la literatura inglesa y estadounidense por mediación de Berta, y resulta acorde con algunos comentarios del poeta a varios lustros de distancia, sin descartar las posibles orientaciones de Federico de Onís.

¹⁸ Agustí Bartra, “Homenaje a León Felipe”, *Litoral*, núms. 67-69, 1976-1977, Málaga, pp. 179-181. Esto también lo hace notar Puche Gutiérrez, *op. cit.*, p. 59.

Como español [...] León Felipe heredó de la trágica angustia de Quevedo, de la rabia demoledora y visionaria de Goya y de las imágenes del aquellarre social de Gutiérrez Solana [...]. La semejanza [...] es superficial y limitada únicamente a dos coincidencias externas: individualismo como afirmación de libertad y torrencial impulso.

Las lecturas de León Felipe flotantes en el ambiente intelectual de su época de *schollar* en la vieja torre Macgraw de Cornell, fueron un caldo de cultivo propicio en una especie de Alejandría americana. La obra de Whitman reforzó su gusto por la poesía en prosa y la espontaneidad de las formas se avenía con su diálogo. Pero, aquél buscaba la fraternidad por medio de la democracia idealizada, mas no tan progresista como para apoyar el voto de los afroamericanos o disentir de la doctrina del “Destino manifiesto”. En cambio, León Felipe defendía la libertad sin burocracias ni partidos políticos, y tuvo empatía por sus semejantes de Guinea. Acaso León Felipe padeció el mismo infortunio de Joseph Conrad al escuchar palpar en el estuario del río Muni su propio corazón en las tinieblas. Al final, su desilusión sobre la sociedad estadounidense se condensa en este verso: “¡Oh, Walt Whitman! Tu palabra *happiness* la ha borrado mi llanto”.¹⁹ León Felipe, pues, no es un espejo de Whitman. En León Felipe la virtud no lleva siempre a la felicidad. La búsqueda de las raíces del poeta de América lo condujo a *Nature*, ensayo central de Emerson que no suena distante de León Felipe, pero desde la perspectiva del pesimismo histórico donde la voluntad ha de imponerse a la adversidad de una divinidad indiferente. Por lo demás, una mirada superficial permite, al menos, abrir ventanas por donde se asoman Nietzsche, Kierkegaard, Emerson, su trascendentalismo y aun el unanimismo. Las lecturas de la obra de Soren Kierkegaard entre los muros de la Universidad de Cornell —merced a los guiños de Unamuno y Machado— reforzaron su convicción contra la burocracia eclesiástica franquista y el Vaticano, indiferente a los desastres de la guerra y el genocidio nazi.

¹⁹ *Ganarás la luz*, op. cit., p. 36.

Por otra parte, una vez en México no hay evidencia sobre el interés de León Felipe en el unanimismo de Jules Romains. Pero es notable la cercanía a una especie de conciencia colectiva. “La coincidencia —afirma Marc Bloch— es una extravagancia que no se deja eliminar de la historia.”²⁰

LA OTREDAD Y LO INSONDABLE

Tras bambalinas, León Felipe siempre estuvo construyendo su concepción del yo y los otros. Entendiéndolos mejor se entendía a sí mismo y se persuadía del drama del destino inasible. Su noción de otredad aparecía como una voz interna y diversa a la vez, donde se condensan las interrogantes y la exploración de su espacio interior. Pero también en comunión con los otros se alza ante los cainitas repitiendo el gesto trágico de Sófocles y Esquilo a partir del paradigma de una justicia quijotesca.

León Felipe no habla con la naturaleza. Su origen religioso y su obra no le permiten ser ateo, mas abomina a la clerecía conspiradora e invasiva. En apariencia, su existencia adulta oscila entre el teísmo y el deísmo. Es decir, entre creer en la existencia de un dios personal, con voluntad e intención; o en la existencia de un dios impersonal, amoral e indiferente, causa del universo. En la madurez poética de León Felipe es la otredad la que afirma su concepción deísta y en algunos versos dice ir hacia al infierno. Esa temporada bien ganada según el *dictum* de Rimbaud, confirma una oscilación teísta-deísta.²¹ Primero, una aceptación sin cortapisas de la transustanciación, la ingesta de la divinidad, pero sólo para añadir a renglón seguido sus llamadas blasfemias. Los segundos versos luciferinos llevan una antítesis. Por lo demás, inicia en singular y concluye con un plural donde tiene cabida la humanidad, porque la otredad es la esencia adonde arriba su poesía. Algunas lecturas distraídas no se percatan de cómo al final de los tiempos, en su verso, la parusía no es de

²⁰ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 2ª ed., Fondo de Cultura Económica, México, 2001, p. 129.

²¹ Véase *Ganará la luz*, *op. cit.*, pp. 110-112.

Cristo sino del hombre... Vale agregar un argumento final de *Rocinante*.²² En ese libro el sentido platónico del demiurgo a la manera de creador y ordenador universal, y el hegeliano con el pensamiento como principio supremo, lo llevan en su obra póstuma a reafirmar la posición deísta. Por lo demás, nada resume mejor cierta otredad poética que estas líneas: “Les contaré mi vida a los hombres para que ellos me digan quién soy”²³ [...] Quiero decir quién soy para que tú me respondas quién eres”.²⁴

Definirse sobre esta dualidad nunca es un tema trivial. Al ser entrevistado Octavio Paz por Carlos Castillo Peraza, sobre si se consideraba hombre de fe, respondió: “No lo sé. Mentiría si digo que lo sé”.²⁵ Similares cuestiones fueron planteadas 24 años antes a León Felipe y así respondió: “En mis versos traté de formular preguntas [...]. Soy un cristiano sin Dios, un materialista sin profeta”.²⁶

OTROS TEMAS NO ADVERTIDOS

En la poesía de León Felipe es frecuente su referencia a los ciclos. El barro se amasa de nuevo y es templado en el fuego. Así, en su gira de dos años por Hispanoamérica (1946-1948) escribió “Credo”. De manera extraña, no se han advertido en este poema elementos ajenos a la modernidad occidental:

[...] ¿no es cierto que volvemos a nacer?/ ¿No es cierto que de alguna manera volvemos a nacer?/ Creo que Dios nos da siempre otra vida,/ otras vidas nuevas,/ otros cuerpos con otras herramientas,/ con otros instrumentos... Otras cajas sonoras/ donde el alma inmortal y viajera se mueva mejor/ para ir corrigiendo lentamente,/ muy lentamente, al través de los siglos [...].²⁷

²² *Rocinante*, Finisterre, México, 1969.

²³ *Ganarás la luz*, op. cit., p. 10.

²⁴ *Ibid.*, p. 16.

²⁵ Véase Octavio Paz, *Obras completas*, t. 15, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, pp. 226-231.

²⁶ Adolfo Castañón, “Los acentos y los pasos de León Felipe por La Casa de España y El Colegio de México (Archivo y Memoria)”, *León Felipe en La Casa de España y El Colegio de México*, El Colegio de México, México, 2008, p. LXV.

²⁷ León Felipe, *Obra poética escogida*, op. cit., pp. 291-293.

En efecto, en el hinduismo se encuentra la idea de que el alma atrapada en un cuerpo vuelve a renacer (*samsara*) y así se logra la *moksha*, estado de liberación después de diversos ciclos de muerte y renacimiento. León Felipe había encontrado ya en Emerson estas ideas —quien llegó a tal metempsicosis por el orientalista Max Müller—, pero la fuente más feraz fue su relación con el hispanista Waldo Frank quien tenía inclinaciones hacia el misticismo y las religiones orientales.

Bien afirmó Octavio Paz: “Cada poeta inventa su propia mitología y cada una de esas mitologías es una mezcla de creencias dispares, mitos desenterrados y obsesiones personales”.²⁸ En ocasiones los poetas coinciden y este es el caso de la “religión de las estrellas”, mencionada por Guillermo Sheridan.²⁹ Como en la Antigüedad, el destino está escrito en la bóveda celeste. León Felipe advierte: “Estrellas,/ sólo estrellas,/ estrellas dictadoras nos gobiernan”.³⁰ Una intertextualidad con su admirado Shakespeare en *El rey Lear*. Se trata de cierto parlamento del conde de Kent en el que encontró un mensaje toral.³¹ Paz, por su parte, dice en su célebre poema “Hermandad”, homenaje al astrónomo Ptolomeo a partir también de otra intertextualidad: “[...] las estrellas escriben./ Sin entender comprendo:/ también soy escritura/ y en este mismo instante/ alguien me deletrea”.³² León Felipe igualmente había publicado en 1943: “[...] tengo ya cien mil años y mi nombre en el cielo se escribe con lápiz”.³³

²⁸ Octavio Paz, *Obras completas*, t. 1, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 371.

²⁹ Guillermo Sheridan, “Deletrear estrellas”, *Letras Libres*, 9 de febrero de 2014, en: <<https://www.letraslibres.com/mexico-espana/deletrear-estrellas>> (consultado el 23 de junio de 2019).

³⁰ *El payaso de las bofetadas*, op. cit., p. 24.

³¹ *The Complete Works of William Shakespeare*, “King Lear”, Act. iv, Scene iii, Collins’ Clear-Type Press, Londres – Glasgow, 1923, p. 1053.

³² Octavio Paz, *Obras completas*, t. 12, 2004, p. 112. Árbol adentro contiene el poema y fue publicado primero por Seix Barral en 1987. El poema tuvo una modificación en las obras completas citadas (“poco duro”, del primer verso, paso a “duro poco”). El texto de Ptolomeo dice: “Soy mortal y sé que nací para un día. Pero cuando sigo a mi capricho la apretada multitud de las estrellas en su curso circular, mis pies ya no tocan la Tierra me elevo a la par del mismo Zeus para llenarme de ambrosía en el banquete de los inmortales”, citado por Luis Miguel Aguilar Camín, “El camaleón peripatético”, *Milenio*, 26 de marzo de 2014, en: <<https://www.milenio.com/opinion/luis-miguel-aguilar/el-camaleon-peripatetico/alguien-me-deletrea>> (consultado el 24 de junio de 2019).

³³ *Ganarás la luz*, Colección Málaga, México, 1967, p. 87. Este libro fue publicado por primera vez en Ediciones de Cuadernos Americanos, en enero de 1943.

De Ptolomeo a Shakespeare y de León Felipe a Paz, hay un movimiento perpetuo y una lectura del destino en la que el hombre es protagonista insignificante en un tiempo sin final que lo devora o fluye en una atemporalidad cósmica. Empero, lo insoluble para nuestro poeta, desde la perspectiva religiosa, es la conciliación entre el libre albedrío y la predestinación. Entre la libertad del hombre y la omnisciencia de un Creador.

POESÍA COMUNAL Y OBRA ABIERTA

León Felipe maduró su concepción de la palabra. Busca primero su nombre. Pero, por el tejedor de versos hablan todos. Y este peregrino del idioma desea un solo y gran poema agonista: “Todas las lenguas en un salmo único [...]”.³⁴

En su vida también hizo traducciones para regocijarse con la poética de otros. Así se fundía con el isabelino como gente de teatro que ambos fueron. Pero fue la traducción en 1941 de *Canto a mí mismo* la causa de una polémica. La crítica acre vino de Jorge Luis Borges³⁵ quien publicó su propia versión hasta 1969. Sobre el asunto, algunos ya han dicho: “León Felipe es muy buen poeta para ser un fiel traductor. Los auténticos poetas hacen vivir todo lo que tocan”.³⁶ Pero en *Ganarás la luz*, él saldrá al paso:

Lo que hago con el libro de Jonás y con el libro de Job lo hago también con el de Whitman si se le antoja al Viento [...] (En la crónica temporal lo esencial es la palabra que nadie debe trastornar; en la crónica poética o en

³⁴ *Ibid.*, pp. 31-32.

³⁵ Jorge Luis Borges, “Sobre Walt Whitman: *Canto a mí mismo* (traducción de León Felipe)”, *Sur*, xii, núm. 88, enero de 1942, Buenos Aires, pp. 68-70.

³⁶ Fernando Alegria, *Walt Whitman en Hispanoamérica*, Studium, México, 1954, p. 382, citado en Purificación Fernández Nistral, *Problemática de la traducción de “Song of Myself” al castellano*, en: <<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2288302.pdf>> (consultado el 26 de junio de 2019). Este artículo es parte de la tesis de licenciatura de la autora con el mismo título, leída en el Departamento de Inglés de la Universidad de Valladolid en 1980, donde hace una puntual comparación de las traducciones y agrega comentarios valiosos para explicar ambas versiones de la obra en comentario. Antes se ha citado la utilidad del artículo de Juan Frau sobre estas traducciones.

el versículo sagrado lo esencial es el espíritu que yo no cambio nunca aunque modifique las palabras y quiebre la forma). Los Cantos 44 y 45 de *Song of Myself* están contenidos ya en el capítulo VIII de los Proverbios. Yo no sé si Whitman lo sabía. Los *scholars* dirán que casi es una paráfrasis. [...] ahora mismo, al volver a leerlos, ya no sé si son de la Biblia, de Whitman o míos. (Míos quiere decir del embudo y el Viento.)³⁷

Para mitigar el ardor de los estetas de la literalidad, deben recordarse experiencias remontadas al grupo de Jena en torno a la revista fundacional *Athenaeum* (1798) del romanticismo alemán temprano, impulsada por los hermanos Schlegel y la participación de Novalis, denominadas comunismo literario. Asimismo, la revista experimental de Walter Benjamin y el proyecto de (Maurice) Blanchot (*Revue internationale*).³⁸

Otros ejemplos de la polifonía literaria comunal frecuentada por León Felipe nos permite confirmarlos el estudio de Mario Castro Arenas al referir tres versiones de *El rey Lear* con siglos de distancia y diversidad idiomática:³⁹ la recopilación historiográfica de la *General e Grand Estoria*

³⁷ Ganarás la luz, op. cit., pp. 26–27.

³⁸ Emmanuel Alloa, “La comunidad inorgánica: hipótesis sobre el comunismo literario en Novalis, Benjamin y Blanchot”, *Acta poética*, vol. 39, núm. 2, México, julio-diciembre de 2018, p. 2, en: <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S0185-30822018000200097&lng=es&nrm=iso> (consultado el 25 de mayo de 2019).

³⁹ Sigo en esta singular tesis la obra de Mario Castro Arenas, *Tres versiones de El Rey Lear y otros estudios literarios*, Universal Books, Panamá, 2002. El examen exhaustivo y las conclusiones de Castro Arenas son irremplazables para examinar el tema en lo concerniente a Shakespeare y Balzac. Se trae a colación la referencia a Alfonso X por la vinculación entre la fuente histórica común de la obra alfonsina y la del dramaturgo. La corroboración correspondiente a la inclusión del episodio histórico del rey Lear en la *General e Grand Estoria* en la parte III rebasa los propósitos de estas líneas. Sin embargo, Castro Arenas menciona los siguientes subcapítulos sucesivos: “De otro rey Leyr que ovo en aquel reyno y de sus fechos; de la respuesta de la infante Cordoxilla, que era la menor; de cómo fue de aquella infante Cordoxilla en pos de esto; De cómo se levantaron de pos esto los reynos primeros contra el rey Leyr y le tollieron el reyno; de cómo el rey Leyr se metió en la mar y pasó a Francia y se fue para su fixa la menor que avie nombre de Cordoxilla; de cómo el rey Ley (sic) fue resebido del rey Aganipo su yerno, y de cómo se tornaron amos a dos para Bretanna y la conquirieron, y lidiaron con los que gela tienen forçada los vencieron, de cómo murieron amos a dos los reyes”. Por otra parte, Carlos Alvar confirma también la presencia de autores medievales como Geoffrey de Monmouth (*Historia Regum Britanniae*) en las tramas alfonsinas que inician desde el Antiguo Testamento, en: <https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/17/aih_17_2_004.pdf> (consultado el 18 de junio de 2019).

de Alfonso X el Sabio (siglo XIII), *King Lear* de William Shakespeare (1606) y la novela *Le père Goriot* de Honoré de Balzac (1834) a partir de una fuente: *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth, escrita c. 1136.

EL SENTIDO DE JUSTICIA EN LEÓN FELIPE

No se puede entender la andadura de León Felipe, su canto compartido, su voz comunal, sin comprender el espíritu de justicia profesado. Para llegar al punto son idóneas las palabras de Jorge Cuesta a raíz de la aparición del *Español del éxodo y del llanto*:⁴⁰ “[La de León Felipe es] una poesía dictada por la pasión [...] —una pasión moral, una pasión por la justicia—, tan sincera y tan individual que no es posible confundirla con la pasión colectiva de un hombre de partido”.

Desde *God by, Panamá!* expresó León Felipe su indignación por la tragedia de España. A partir del primer momento está decidido a ayudar a los demás pero no a salir del Frente de Madrid. A la pregunta responde como siempre: “No señor, yo no soy del partido ni soy de ningún partido. No lo he sido nunca y creo que no lo seré jamás”.⁴¹ Ya en Valencia se percata de cómo las múltiples facciones son un factor adicional a la desproporcionada batalla contra el fascismo. De ahí surge el reclamo en *La insignia*, leída con grandes riesgos en Barcelona el 28 de marzo de 1937 en un cine desbordado por alrededor de 4000 combatientes,⁴² aunque ya era tarde...

En una entrevista de Emmanuel Carballo al decirle a León Felipe: “Se ha dicho que usted es un anarquista”, éste contestó refiriéndose al episodio

⁴⁰ El texto de Jorge Cuesta lo reproduce Adolfo Castañón, “Los acentos y los pasos...”, *op. cit.*, apéndice II, pp. LXXI-LXXIV; tomado de Jorge Cuesta, *Obras completas*, t. II, *Pensamiento crítico. Epistolario*, recopilación de Miguel Capistrán y Luis Mario Shneider, edición de Miguel Capistrán, Jesús R. Martínez Malo, Víctor Peláez Cuesta y Luis Mario Schneider, El Equilibrista, México, 1994, pp. 223-226.

⁴¹ Luis Rius, *op. cit.*, pp. 190-191.

⁴² Existe discrepancia sobre si se llamaba “Metropolitan”, como lo menciona Rius, o “Coliseum”, de acuerdo con Guillermo de Torre y otros autores, debido a un olvido de León Felipe. Lo cierto es que el cartel que anunciaba la “Poesía revolucionaria por León Felipe” citaba el Cine Coliseum. Como fuere, el edificio fue destruido en un bombardeo.

de *La insignia* con un dejo desesperanzador: “Los anarquistas aprovecharon uno de mis poemas, nada más [...]. No soy nada, y no soy nadie”.⁴³ León Felipe estuvo con la justicia, no con los partidos. Bien dijo Gabriel Celaya: “León Felipe tuvo el sentido de la realidad que a ciertos poetas del realismo socialista les faltaba”.⁴⁴ Como a Paz, no le gustó el dogma de ese tipo de socialismo ni la estética de la poesía pura. Fue un poeta anti-políticos y anticlerical. Un humanista.

En la pérdida de la inocencia del hombre y la incertidumbre sobre todo lo creado encuentro ciertas semejanzas de León Felipe con Giuseppe Ungaretti (*Il dolore*, 1947). Pero con Yevgueni Yevtushenko, el poeta siberiano que lo visitó en 1968, tuvo varias coincidencias y a Yevtushenko le gustaría recordarlas en 1997 con Gabriel García Márquez. El punto de mayor conexión entre ellos era la causa hebrea. El célebre “Babi Yar” rememora el asesinato, en un barranco cerca de Kiev, de más de 35 000 judíos a manos de los nazis durante dos días en 1941,⁴⁵ tal como León Felipe se duele del Holocausto y llama: “A todos los judíos del mundo, mis amigos, mis hermanos”.⁴⁶ Los dos ven en Ana Frank un símbolo de esa catástrofe y en ella la humanidad entera. De Guernica a Auschwitz hay un arco de infamia histórica y esto los perturbaba.

EL MÁS MEXICANO DE LOS POETAS ESPAÑOLES

León Felipe mostró siempre una gran capacidad de adaptación.⁴⁷ Describía esta capital como un sitio donde era posible vivir sin menoscabo

⁴³ Entrevista de Emmanuel Carballo citada por Adolfo Castañón en “Los acentos y los pasos...”, *op. cit.*, p. LXV.

⁴⁴ *León Felipe visto por 100 autores*, prólogo, notas y selección de Alejandro Finisterre, Adefarma, Madrid, 1991, p. 66.

⁴⁵ Véase Yevgueni Yevtushenko, *Adiós bandera roja*, versión y notas de José Emilio Pacheco, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, pp. 114-116.

⁴⁶ León Felipe, *¡Oh, este viejo y roto violín!*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1982, p. 50.

⁴⁷ La distancia entre la cultura de origen y la de acogida dificulta la integración. Ésta puede ser incluso muy dolorosa. Hay amplios estudios sobre la sicopatología de las inmigraciones de los pueblos iberoamericanos en los últimos decenios del siglo pasado a México, comparados con las complejas migraciones de éstos a Europa. Es posible que en la inmigración española auspiciada

de la dignidad: “Vine aquí casi como el primer heraldo de este éxodo [...] / Después, México me dio más: amor y hogar. Una mujer y una casa”.⁴⁸ Pero, para saber cómo ha penetrado en el alma del hombre y el poeta la tierra de adopción, es necesario escucharlo decir de manera expresa. En la conferencia dictada en 1955 en honor del poeta venezolano Andrés Bello Blanco, León Felipe, el más mexicano de los poetas españoles no tuvo ambages en definirse:

No quiero ser un extranjero ni un intruso en este coro. No llevo en los bolsillos una cédula que justifique mi nacimiento en tierra americana, pero que me saquen la sangre y si no tiene el sabor ancestral y actual del viento aquilino de esta meseta, que me quemen los pies como a Cuauhtémoc. [...] El viento, el verbo, vale tanto como la tierra por lo menos... No discutamos sobre el valor de nuestra carne indisoluble que está hecha de los dos. Mestizo soy como mexicano el de mañana... Mestizos somos todos por la fuerza del viento y por el milagro del amor...⁴⁹

POESÍA PERSEGUIDA Y HOMENAJEADA

Muerto Franco y en supuesta marcha hacia la democracia, se obstaculizaron diversos actos en honor al poeta. *El País*, en su edición del 4 de mayo de 1976 publicó las cuartillas enviadas por Rafael Alberti desde su exilio en Roma para ser leídas en un homenaje a León Felipe, que se prohibió celebrar en Madrid el 27 de abril.⁵⁰ El mismo periódico en su edición del viernes 5 de noviembre de 1976 da cuenta de una adaptación

por el presidente Lázaro Cárdenas hubiera experiencias de diversa índole, pero la diferencia es abismal. No es el caso de pensar en un proceso individual y social sencillo, si bien, las medidas gubernamentales del país de acogida son importantes para facilitar la rápida integración. Empero, en el caso del exilio español, la primera impresión, el primer referente indeleble fue la llegada al Puerto de Veracruz. En muchos casos las personas vuelven a los recuerdos de ese primer punto de contacto, una buena o mala experiencia, y de ello hay diversas constancias.

⁴⁸ *Español del éxodo y del llanto*, op. cit., pp. 7-8.

⁴⁹ León Felipe, *Obra poética escogida*, op. cit., pp. 368-369.

⁵⁰ *El País*, en: <https://elpais.com/diario/1976/05/04/opinion/200008802_850215.html> (consultado el 2 de junio de 2019).

del grupo teatral independiente La Guadaña, de Alicante. Diez minutos antes del final los organizadores lo dieron por concluido.⁵¹ Otro homenaje preparado por el Club de Amigos de la UNESCO y previsto para el 14 de marzo de 1977 hubo de ser notificado a la autoridad. Dos días antes un telefonema anunciaba la negativa del gobernador civil para el acto previsto en el Teatro Monumental de Madrid. Más de 40 personalidades le enviaron un telegrama solicitando que reconsiderara. El ministro del Interior (entonces de Gobernación), Rodolfo Martín Villa, de falangista pasó a demócrata súbito e informó hasta el 10 de abril de la autorización del homenaje al “Insigne Poeta” [*sic*] para ser realizado con posterioridad.⁵²

Sin embargo, la selección de obras del poeta prologada por Gerardo Diego ya aludida inició el levantamiento del veto editorial en 1975 previo expurgo de un poema sobre Grimau.⁵³ Hasta la fecha, éste parece ser motivo de autocensura en la editorial ocupada de su obra completa en España. Aunque suelen olvidarlo en las listas de prohibidos por el franquismo: ya se ha develado un monumento en su honor en Tábara, Zamora, y le hacen homenajes de museo.

Apenas iniciado el 18 de septiembre de 1968 en el Pabellón Cova-donga del Sanatorio Español de la ciudad de México murió León Felipe. Al día siguiente tuvo lugar un homenaje oficial en este Palacio de Bellas Artes presidido por Agustín Yáñez, entonces secretario de Educación, quien lo acompañó hasta cubrir la tierra su féretro en el Panteón Español, al lado de Berta. El primer homenaje posterior a las exequias lo organizó el Ateneo Español de México el lunes 9 de diciembre de

⁵¹ *El País*, en: <https://elpais.com/diario/1976/11/05/cultura/215996402_850215.html> (consultado el 2 de junio de 2019).

⁵² Todos los detalles del frustrado “Festival Homenaje a León Felipe” referido se pueden consultar en el *blog*: <<http://aplomez.blogspot.com/2016/06/leon-felipe-la-ultima-prohibicion.html>> (consultado el 2 de junio de 2019). Entre quienes protagonizaron este suceso se mencionan en una dilatada lista a Vicente Aleixandre, José Hierro, los hermanos Goytisolo, Buero Vallejo, Celaya, Vázquez Montalbán, Nuria Espert, Genovés, Rabal, Fernán Gómez, Luis de Pablo, Bardem, Otero, Ángela Figueras, Dámaso Alonso y el compositor Cristóbal Halfter.

⁵³ Julián Grimau García fue un político comunista acusado de supuestos crímenes durante la contienda, sentenciado por la dictadura franquista y fusilado el 20 de abril de 1963. De esta omisión y de la acusación al editor Alejandro Finisterre por introducir en España la *Nueva antología rota*, da puntuales datos Ma. Teresa Puche, *op. cit.*, p. 42.

ese año.⁵⁴ A partir de entonces se publicaron en su memoria diversos artículos y ensayos en donde fue posible, como en la revista *Ínsula*, si bien, los estudios de mayor calado de letrados peninsulares hubieron de esperar. En 1974, con motivo del aniversario del natalicio de León Felipe, se develó una estatua en el Bosque de Chapultepec. En el acto participaron diversas organizaciones, entre ellas esta Academia Mexicana de la Lengua, con la presencia y mensajes de adhesión de grandes figuras de la literatura. Fue, quizás, el primer gran encuentro de intelectuales con diversas filiaciones ideológicas en torno a este bardo entrañable, pero, sobre todo, de España y del exilio. León Felipe mantenía correspondencia afectuosa con muchos escritores y poetas del interior, como Camilo José Cela y Gabriel Celaya. Por ello se había dolido de un poema escrito al calor de los hechos sangrientos, donde decía que los exiliados se habían llevado la canción y el salmo. Pero esto no a favor de las figuras de la Santa Cruzada, sino para terciar en una inconsecuente disputa contra los intelectuales que permanecieron o retornaron a España, dirimida entre los poetas del interior y los del exilio al asumir de aquéllos lo peor. Lo anterior se resume en las palabras de Gabriel Celaya: “Tuvo el amor y la paciencia de leernos. Tuvo fe en sus compatriotas del interior que le llevó a conocerlos de verdad, en lugar de fulminarlos desde el Olimpo del exilio”.⁵⁵

LEÓN FELIPE: UN POETA HUMANISTA

El gran hispanista francés Claude Couffon acertó en encuadrar la personalidad de León Felipe como “explorador de la tragedia humana en tiempos de crisis”.⁵⁶ Lo importante es el hombre con su carga de pesares

⁵⁴ En el programa tuve oportunidad de leer unas palabras, antecediendo la lectura de sus poemas por las primeras actrices Aurora Molina, Amparo Villegas, Emma Teresa Armendáriz y Ofelia Guilmain.

⁵⁵ *León Felipe visto por 100 autores*, op. cit., p. 66.

⁵⁶ Sus comentarios se dieron en el marco del homenaje a León Felipe en París (1991) que documentó Alejandro Finisterre, citado por Ma. Blanca Nieves Espinosa Temiño en *León Felipe y su proyección en América. Estudio bibliográfico documental de su obra inédita. Inventario*, tesis de doctorado, Universidad Complutense, Madrid, 2002, p. 21.

y dudas para hacer los grandes “transbordos” de la historia y acometer los magños sucesos. Para Ermilo Abreu Gómez: “En la voz de León Felipe se descubrirán las voces de los hombres de buena voluntad”.⁵⁷ Y esa construcción del poema inacabado, el ser humano mismo, le permite verse en los otros y ser otro, denostar al dios impersonal o propio e increparlo a sabiendas de su indiferencia. Al final, se trata del ininterrumpido clamor del poeta por el humanismo no centrado en las culturas sino en la civilización humana.

Estamos ante un poeta del humanismo trágico, según la acepción de André Malraux.⁵⁸ No es utópico, porque es consciente de la naturaleza humana y de la presencia cainita. La noticia del asalto y muerte de un niño jorobado le estremece⁵⁹ y reinicia la aventura del verbo. Antes, durante su gira de dos años por Hispanoamérica (1946–1948) solicitó al gobernador de Zulia visitar cierto leprosario. Se quedó 10 días a la ida y otros tantos al regreso.⁶⁰ Así lo dice: “Estuve en un leprosario/ (junto al lago petrolífero y sofocante de Maracaibo)./ Me senté a la misma mesa con los leprosos./ Y un día, al despedirme,/ Les di la mano a todos,/ Sin guantelete, como el Cid.../ No tenía otra cosa que darles”.⁶¹ En Perú, ya en su retorno, entregó como donativo para la beneficencia todos sus ahorros. Estos rasgos llevaron a Gerardo Diego a escribir a su muerte: “No podría juzgar la poesía de León Felipe. Sólo quererla, abrazarla. Para mí, antes que todo, es no una obra sino un hombre”.⁶²

Todos los poetas somos forja de nuestras circunstancias. Lo importante es encontrar en el poema un balance entre la estética y la ética, la reclamada por nuestro momento histórico. Como los rezos de todas las religiones dichos en voz alta para elevarlas hacia su ideal superior en esa paloma que indaga entre las linternas de los domos, León Felipe insistió en una vaga fe cristiana después de reconocerse en Edipo, en Fausto, en

⁵⁷ Ermilo Abreu Gómez, “León Felipe”, *Sala de retratos*, Leyenda, México, 1946, pp. 152–154.

⁵⁸ André Malraux, “El humanismo trágico”, en Gaëtan Picon, *Panorama de la literatura francesa actual*, Guadarrama, Madrid, 1958, p. 515.

⁵⁹ Véase “Ángeles”, *¡Oh, este viejo y roto violín!*, op. cit., p. 198.

⁶⁰ Luis Rius, op. cit., 240.

⁶¹ *¡Oh, este viejo y roto violín!*, op. cit., 185.

⁶² Gerardo Diego, “Fechas de León Felipe”, *Ínsula*, núm. 265, diciembre de 1968, Madrid, p. 1.

Prometeo, en el gusano, en el lagarto, en los profetas y en los mendigos, en el fuego y en el viento.

León Felipe quería hablar con Dios para hablar con el hombre y entender el mundo como lo hacen los locos y no los filósofos. Su concepto de límite no era físico sino espiritual. Su rezo es la transgresión, la ira, la alegoría, la parábola. Barro y arcilla son metáforas de finitud e imperfección. El poeta duda, se pregunta, dice las cosas que a uno le pasan y en uno se refleja la vida de todos. Aspiraba a la perfección imposible del mundo más allá de la finitud humana mediante la metamorfosis del hombre larvario. Es verdad, el lenguaje, el instrumento del poeta, no es siempre racional: es emocional, es mágico, insondable. Ésa era su fórmula de Prometeo. La sugerencia de una mutación de carácter moral. Por ello, al final de su existencia, el asceta quiere estar en armonía con el mundo, ha pedido perdón y se retira como el actor al pronunciar el último parlamento de su drama personal. Si habla de llorar, no es el caso de un acto lacrimoso. Y esa “[...] secreción humana carnal,/ amarga/ y metafísica”,⁶³ es un dolor existencial en busca de la enigmática transparencia. Sufrir es redimirse. No hay iluminación sin fuego, es cierto. León Felipe lo sabía, pero también que todas las lágrimas del mundo caben en una gota donde emana la luz. Si como dijo el Señor del viento: “Un poema es un testamento [...]”,⁶⁴ la metáfora de la vida, el poema abierto y comunal, la ardentía épica, serán siempre válidos para defender la esencia humana ante el poder aberrante. Por eso mismo la cruz de su amigo el carpintero no lleva una efigie. Nunca, con su voz de varias escalas dejó de decir: “¡no preguntes quién falta aquí, di falta yo y te pones tú!”. Apropiémonos de su heredad esta noche mientras se sonrojan las hojas de octubre para volver como él en el corcel del Viento:

Voy con las riendas tensas
y refrenando el vuelo,
porque no es lo que importa llegar pronto ni solo,
sino llegar con todos y a tiempo.

⁶³ ¡Oh, este viejo y roto violín!, *op. cit.*, p. 90.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 9.

LEÓN FELIPE Y LA DIALÉCTICA DEL LLANTO*

Roger Bartra

La poesía de León Felipe es un lazo que me une a Jorge Ruiz Dueñas. Yo no soy poeta, como ellos, pero nací en la poesía y no puedo vivir sin ella. Por ello celebro con entusiasmo que la entrada del poeta Jorge Ruiz Dueñas a la Academia Mexicana de la Lengua ocurra bajo los auspicios de León Felipe, a quien dedica su discurso de ingreso.

Yo crecí con la presencia de ese personaje mítico, el gran poeta León Felipe a quien recuerdo con su barba de viejo eterno y con su bastón, en el que apoyaba su sabiduría. León Felipe era amigo de mi padre y su figura está impresa en mi memoria de niño y de adolescente. Con frecuencia acompañaba a mis padres a visitarlo. Para mí era un gran símbolo del exilio español, un poeta que compartía con mi padre el dolor de una España aplastada por la dictadura franquista. Nebulosamente recuerdo haberlo visitado por última vez en 1967, con mis padres y con el escultor Víctor Trapote, otro refugiado español. Este escultor es quien hizo al año siguiente la mascarilla funeraria del gran poeta, con la ayuda de Jorge Ruiz Dueñas. Me estremece imaginar el rostro potente de León Felipe sumergido en yeso para obtener la última impresión de su cara. Puedo suponer que en ese momento se selló el lazo del poeta de la tierra con el cantor de los mares, se inició la confluencia del poeta nacido al lado de la Sierra de la Culebra con los mares que suele invocar Jorge Ruiz Dueñas. El caminante y el navegante que surcan con su imaginación el polvo y el piélago. Unos versos de Jorge Ruiz Dueñas podrían evocar ese momento:

* Respuesta al discurso de ingreso de don Jorge Ruiz Dueñas, como miembro de número. Texto leído en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 8 de octubre de 2019.

Zarpamos hacia el descontento
 y murmuro
 cansado de viajar
 y el timonel sonríe y exclama:
 Soy Carón
 tu navegante
 descansa mientras tanto
 Éste es un viaje sin retorno.

Dice con razón Jorge Ruiz Dueñas que León Felipe no es un espejo de Walt Whitman, como se ha dicho. Lo citaba con frecuencia, dialogaba con él y lo había traducido. Pero Jorge Ruiz Dueñas acertadamente nos recuerda que el llanto del poeta español había borrado la *happiness* de Whitman. Mi padre, Agustí Bartra, años después de la apreciación que cita Jorge Ruiz Dueñas, escribió que “Walt Whitman cantó la alegría de la vida; León Felipe es un poeta de sombras, profético en su indignación y en su actitud frente al mundo”.¹ El propio León Felipe dijo en 1939 que “Mi programa, es decir, mi tema poemático predilecto, es éste: ‘Nos salvaremos por el llanto’”. Como lo revelan estos tres versos:

Creo en la dialéctica del llanto.
 El hombre llora al mediodía y en la noche...
 Y entre dos luces, cuando canta el gallo.

Pero enseguida advirtió que “he metido mis lágrimas en una vejiga de bufón, con la que doy golpes inesperados y parece que voy espantando las moscas”. Muchos años después, ya viejo y evocando un poema de juventud, habla de sus llantos:

Todo son juguetes:
 las heridas, las lágrimas,

¹ Manuel Durán y Agustí Bartra, *Panorama de la literatura española*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1967.

el veneno del áspid, la baba del tirano,
el hacha del verdugo...

Ahora ya no se siente como la famosa “piedra aventurera” de los años veinte, cuando escribía los *Versos del caminante*. Aquella piedra aventurera se hizo célebre gracias a que Paco Ibáñez cantó el poema de León Felipe. Pero quiere de viejo lanzar con su honda otra piedra aventurera, la que dará justo en la frente de Goliath. Así termina *¡Oh, este viejo y roto violín!*, el libro que envía a Octavio Paz en 1965 a la Embajada de México en la India, anunciándole que “es un libro escrito por un viejo payaso para hacer reír a la gente”. Más adelante, en 1967, León Felipe le envió otro mensaje a Paz, ya que éste le contesta con una carta-poema escrita a finales de ese año. La carta de León Felipe seguramente está enterrada en el epistolario de Paz, que no es accesible, y no conozco a nadie que la haya leído. Paz le dice que no tienen más remedio que “escribir sobre lo escrito lo no escrito”, y citando en francés a Georges Bataille le advierte que no puede hablar de una falta de sentido sin darle un sentido a aquello que no lo tiene. En consecuencia, escribe Paz, la poesía “es la ruptura instantánea instantáneamente cicatrizada”, y hace a continuación una misteriosa referencia al Che Guevara, que acababa de ser asesinado:

La ruptura

es la continuidad
La muerte del comandante Guevara
también es ruptura

no un fin

Su memoria no es una cicatriz
es una continuidad que se desgarró
para continuarse.

Quiero asumir que León Felipe habló en su carta de Cuba y del Che Guevara, a quien admiraba mucho, y que por ello Paz se refiere al guerrillero en su poema. Yo pude ver en los años sesenta cómo se tejió esta admiración en León Felipe. Su impulsor fue el escultor Víctor Trapote,

quien había apoyado a Fidel Castro en México antes de viajar en el *Granma*, y había sido detenido junto con el líder cubano; la hija de Trapote, Irina, se había ido a Cuba al triunfo de la Revolución para casarse con el legendario Ramiro Valdés, compañero de Fidel Castro en el asalto al cuartel Moncada y en la travesía del *Granma*. Fue ministro del Interior y fundó los servicios de inteligencia cubanos. La influencia de Víctor Trapote y de su hija Irina en León Felipe era muy grande, a pesar de que el poeta se había mantenido alejado de toda militancia.² Seguramente no se percataba de las siniestras consecuencias que tuvo la construcción del “hombre nuevo” impulsada por ese soldado que fue el Che, y tampoco Paz era plenamente consciente de ello todavía. Paz envía la carta-poema al traductor Lysander Kemp en enero de 1968 y le dice “Hay alguna alusión al Che Guevara, héroe de verdad, inclusive si su ideología no coincide, enteramente, con la que yo quiero y creo”. En marzo de 1968 le escribe a Vicente Rojo, quien le ha enviado copia de la publicación en México de la carta-poema, y le dice: “¿Se habrá ofendido? No puedo creerlo”. Más adelante Paz, en una carta en inglés a Muriel Rukeyser le confiesa que no sabe si incluir en lo que ella está traduciendo la carta a León Felipe, un poema que le gusta porque alude al Che Guevara, de quien dice es “one of the few heroes of our time” (uno de los pocos héroes de nuestro tiempo).³

No era difícil encender en León Felipe la pasión por la justicia. Su indignación por la tragedia de España fue enorme, como bien dice Jorge Ruiz Dueñas, pero ello no lo llevó a acercarse a algún partido. Lo afirmó muy bien en unos versos de su libro *Ganarás la luz*:

Hay dos Españas, la del soldado y la del poeta. La de la espada fratricida y la de la canción vagabunda. Hoy hay dos Españas y una sola canción. Y ésta es la canción del poeta vagabundo:

² Irina Trapote se mantuvo ligada a los servicios cubanos de inteligencia aún después de separarse de Ramiro Valdés, cuando se casó con el conocido espía cubano Julián López Díaz, que fue detenido en septiembre de 1966 en México por haber organizado el envío de armas a la insurgencia guatemalteca. Fue un escándalo en ese momento.

³ Referencias a las cartas de Paz tomadas de Guillermo Sheridan, “El buzón de Octavio Paz: 1968”, en: <<https://zonaoctaviopaz.com/espacios/correspondencia/cartas-octavio-paz-1968/>>.

Soldado, tuya es la hacienda,
la casa,
el caballo
y la pistola.
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y errante por el mundo...
Mas yo te dejo mudo... ¡mudo!
Y ¿cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?

Pero la voz de León Felipe no siempre fue la más antigua de la tierra. El viejo mar también lo atrajo, como a Jorge Ruiz Dueñas, y alguna vez pensó que acaso era Jonás y que la gran ballena se lo había engullido. Alguien lo arrojó al mismo mar abismático que tanto ama Jorge Ruiz Dueñas:

Pero un día me arrojaron al abismo,
las aguas amargas me rodearon hasta el alma,
la ova se enredó a mi cabeza,
llegué hasta las raíces de los montes,
la tierra echó sobre mí sus cerraduras para siempre...
(¿Para siempre?)
Quiero decir que he estado en el infierno...
Y no canto la destrucción:
Apoyo mi lira sobre la cresta más alta de este símbolo...
Yo soy Jonás.

Aún en el piélago, León Felipe —a fin de cuentas poeta del barro, como ha dicho Luis Rius— evoca los montes y la tierra. Es su versión peculiar del salmo que canta Jonás en el vientre del pez monstruoso. León Felipe se identifica con Jonás, el profeta rebelde envuelto en las ironías de un dios que le obliga a obedecer.

Por su lado, Jorge Ruiz Dueñas adopta el símbolo de la ballena y de los mares para vivir su poesía. Se identifica con el monstruo marino:

Yo leviatán.
 Yo la asediada gris de los desiertos litorales.
 Yo viajera ártica.
 Yo señora de lagunas y canales.
 Yo abismal y mítica.
 Yo macho lascivo.
 Yo hembra amantísima.
 Yo ballena.

Pero la poesía de Jorge Ruiz Dueñas es mucho más vasta que sus ballenas. Es también el inmenso desierto que evoca con pasión, es el amplio y atractivo erotismo en el que baña gran parte de su poesía. Jorge Ruiz Dueñas es además un narrador y un buen ensayista, como lo muestra el discurso que nos acaba de leer. En él se ha enfrentado al espejo poético de León Felipe, y además de zambullirnos en el mundo del gran poeta español nos ha revelado la finura de su sensibilidad lírica. León Felipe le dio a Jorge Ruiz Dueñas su impulso inicial y lo introdujo a su dialéctica del llanto. Con esta dialéctica Jorge Ruiz Dueñas se impulsó, pero abandonó la tierra del sollozar para habitar la del gozar.

Muy bienvenido, querido Jorge Ruiz Dueñas, al espacio de la Academia Mexicana de la Lengua. Todos los académicos te abrimos con gusto las puertas de esta casa llena de palabras y, también, de parábolas.

CONSTRUIR DESDE EL DERECHO, UN NUEVO LENGUAJE DE LA ABOGACÍA*

Raúl Arroyo

Señor director,
Señoras y señores académicos,
Amigas y amigos.

En los ciento cincuenta años del estado de Hidalgo como en los ciento cuarenta y cuatro de la Academia Mexicana de la Lengua, ésta es la primera vez que la corporación sesiona en tierra hidalguense.

Concluye así, y esperemos que sea en definitiva, una lejanía producto de esas atrofas propias del federalismo mexicano, alimentadas por la indiferencia —si no es que la soberbia— de las instituciones nacionales por todo lo que sucede más allá de la capital de la República; y el atávico aldeanismo de la provincia.

Paradójicamente este encuentro, postergado por décadas, se produce cuando el sistema federal establecido en la Constitución General de la República parece desdibujarse a golpe de leyes generales y decisiones centralistas; y precisamente en el año de nuestro sesquicentenario. En buena hora.

Subraya su relevancia la presencia de todas y todos ustedes en este recinto que alguna vez fuera sitio de la más alta tribuna de la entidad.

No obstante, Hidalgo sí ha tenido presencia en la Academia, no por reducida menos importante: Alfonso Cravioto y Miguel Ángel Granados Chapa, a mediados del siglo xx y al cumplirse la primera década del xxi,

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro correspondiente. Texto leído en sesión solemne en el Teatro Hidalgo Bartolomé de Medina, Pachuca, Hidalgo, el 21 de noviembre de 2019.

respectivamente, ejercieron allí la más digna representación de nuestra hidalguía, aunque por la circunstancia vital de ambos, fuera breve.

Alfonso Cravioto fue nombrado miembro correspondiente en 1938; su pertenencia numeraria a la corporación se formalizó hasta 1950 con la lectura del discurso de ingreso *Tres personalidades*, referencia intelectual de sus antecesores académicos. Apenas transcurridos cinco años falleció dejando nuevamente vacío el sillón XVIII donde le habían precedido don Joaquín Casasús (1904) y don Enrique Martínez Sobral (1908), y en el que sería sucedido por don Manuel González Montesinos (1957), don Efrén Núñez Mata (1966), don Silvio Zavala (1977) y don Hugo Hiriart desde 2014.

Su colega académico Alfonso Reyes retrató así al constituyente y diplomático con quien le unió gran amistad: “Alfonso es sordo y algo extraño de presencia y de habla; es el representante del sentido literario entre los intelectuales de su generación”.

Igualmente nacido en Pachuca, Miguel Ángel Granados Chapa ocupó en 2010 el sillón XXIX —cuando su fin estaba próximo, pues murió al año siguiente— en sustitución de don Ernesto de la Torre Villar. A partir de 2013 ese sillón es ocupado por don Javier Garciadiego, quien rememoró así a su antecesor:

Siempre admiré el rigor documental y la precisión y pulcritud del lenguaje de Granados Chapa. Parecía saber todo de la vida política y periodística de México. Además, nunca acudió al lenguaje estridente y podía hacer críticas demoledoras sin requerir del insulto o del adjetivo altisonante. Su crítica no buscaba el estruendo sino la contundencia. La suya es una ausencia imposible de cubrir.

De orígenes sociales opuestos, además de la oriundez el uno y el otro tuvieron similitudes notables y diferencias que marcaron sus vidas: cursaron el bachillerato en la misma casa de estudios, la hoy Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo; desde adolescentes mostraron sus dotes intelectuales manifestándose contestatarios del *statu quo*; ambos se trasladaron a la capital de la República para continuar estudios de derecho en la

Universidad Nacional, los dos ejercieron el periodismo con pluma incisiva, pertenecieron a importantes grupos que marcaron rumbo en la vida nacional, fueron políticos activos y asumieron las consecuencias. Cravioto quedó en la orilla de los perdedores a la muerte de Carranza; Granados contendió sin éxito por la gubernatura de Hidalgo.

En contraste: la presencia paterna marcó a Cravioto, igual que la ausencia lo hizo en Granados Chapa. Alfonso lo representó en ambas cámaras del Congreso de la Unión, pero nunca intentó gobernar a su estado; Miguel Ángel tuvo con esa aspiración su única aventura electoral en 1999.

De haberse conocido, la identificación hubiera sido natural a partir de intereses compartidos, pero sus épocas fueron distintas: la adolescencia de Granados Chapa empezaba cuando Cravioto estaba en el ocaso. Transcurridas las décadas, el primero sería biógrafo del segundo: en 1984 Miguel Ángel publicó *Alfonso Cravioto: un liberal hidalguense*, el estudio más completo del coterráneo, descripción detallada de las disímolas facetas de su personalidad.

Al evocar a Cravioto en su discurso de ingreso a esta Academia *La ley, las libertades y la expresión*, Granados Chapa hizo una precisa apología del revolucionario y a manera de homenaje recordó: “Me enorgullece proclamar que, muy a la zaga de Cravioto, el primero, tenga yo el honor de ser el segundo hidalguense que ingresa a esta Academia”.

Así entonces, la relevancia de ambos intelectuales nacidos en esta tierra compensa escasez y brevedad hidalguenses en la Academia Mexicana de la Lengua.

La generosa propuesta de don Diego Valadés, don Jaime Labastida y doña Julieta Fierro abrió por tercera vez las puertas a un pachuqueño; la agradezco y reconozco en todo su significado, más allá de lo personal, que por sí me honra.

Comprometo desde el momento de ingreso la construcción de un puente que traiga todo el bagaje de esta centenaria casa para sumarlo al desarrollo intelectual de las y los hidalguenses, y de aquí hacia allá lleve a su mesa de pluralidad, sapiencia y debate las expresiones de nuestra cultura, las voces y la mirada de uno de los muchos México que conforman

la Patria: el de la Huasteca y el Altiplano; de sierra y valle; el que en su oratoria describió Cravioto:

Pachuca, de las entrañas de plata y de los sentimientos de oro, que extiendes cañada arriba, tu agilidad flexuosa por los cerros. Pachuca de las callejas quebradas y de los hombres enteros. Pachuca de los cabellos verdes de los patios y de las cuentas rojizas de los pirules. Pachuca del aire bravío y del ímpetu libertario. Pachuca, toda sangre heroica para toda noble causa y todo sacrificio para todo alto deber.

Y en su “Plaza Pública” criticó Granados, al decir en 1998: “... en Hidalgo no sólo hace falta la democracia electoral, sobre todo se requiere la democracia social que remedie las profundas irregularidades que padece”, el México que desde 1869 se llama estado de Hidalgo.

Agradecido quedo también con don Fernando Serrano Migallón, destacado colega; en mi alforja llevaré permanentemente su palabra de bienvenida.

Si excelente marco para este acto es la conmemoración de nuestro cumpleaños 150, también lo es el quinto centenario del uso del idioma español en lo que ahora es este país; hecho marcado por un término precisamente jurídico que hasta ahora nos acompaña: *ayuntamiento*.

Sucede en un momento de quiebre, no sólo en el continente americano sino en otros diversos puntos de la geografía universal; justo cuando también crece una ola —ésta no va por las calles con reclamos económicos ni reivindicaciones políticas— que proclama un cambio en las formas del lenguaje hasta hacerlo, por claro, entendible a cualquier persona. A ello me referiré para dar inicio a esta andadura académica.

Lo mismo en Inglaterra que en Chile; en España como en Costa Rica; en Suecia y los Estados Unidos de América, los proyectos en derredor de ese propósito se multiplican y pasan de los ambientes académicos a los judiciales y políticos. Han transitado del estudio universitario a los tribunales para mejorar sus sentencias; llegan a las administraciones públicas donde materializan directivas y órganos rectores, y en los parlamentos pretenden convertirse en leyes para asegurar —como sucede en

Colombia donde ya se habla de una Ley de Lenguaje Claro de la cual derive la obligación de usarlo en todos los espacios del servicio público, propuesta por el legislador Julián Peinado Ramírez, representante de Antioquía— los principios de transparencia, buena fe, facilitación y no discriminación.

México no es la excepción, aun cuando aquí las acciones sean todavía aisladas e intermitentes y no esté rebasada la frontera jurisdiccional. En 2006 la Secretaría de la Función Pública elaboró el *Manual de lenguaje ciudadano* para las comunicaciones del gobierno federal. Destaca la continuidad del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación. En su libro *¿Lenguaje claro, ciudadano o jurídico?*, Miguel Ángel Rosales Alvarado detalla la ruta que aquí se ha seguido para alcanzar la comprensión de los contenidos jurídicos.

Después de las farragosas sentencias abundantes en citas doctrinarias, argumentos rebuscados hasta lo inentendible y presuntuosos latinajos, costumbre advertida por el ministro José Ramón Cossío apenas asumida su ponencia en la Suprema Corte en 2004, cuando ordenó disminuir el tamaño y evitar las transcripciones en las sentencias.

Ha sido la oralidad en el nuevo sistema de justicia penal acusatorio lo que ha vuelto a visibilizar el problema; grave, porque lo es, al extremo de propiciar por falta de claridad en la autoridad y de comprensión en las y los justiciables, una violación de derechos humanos: el derecho de entender, comprender, valorar y, en su caso, aceptar lo que desde la autoridad se dice y el impacto que tendrá en nuestra vida, familia y patrimonio.

La aceptación de un juicio abreviado, por ejemplo, diseñado para beneficiar al imputado, puede ser todo lo contrario si no hay una explicación sencilla y clara de la defensa, como del Ministerio Público, de lo que implica. Y en un medio donde las condiciones de acceso a la justicia no son homogéneas el resultado será de impunidad, de injusticia o de ambas.

Si la oralidad es característica en expansión en el sistema mexicano de justicia, la dimensión del problema también crece.

Por otras razones lo mismo sucede en el resto de las instituciones públicas y privadas: el uso del lenguaje jurídico no va de acuerdo al ritmo

acelerado de una sociedad que obvia las palabras o cuando menos prefiere y utiliza mensajes breves y entendibles para comunicarse.

En ese contexto aparece la abogacía, actuante en todos los espacios de esa comunidad que desprecia reglas, demanda otros formatos y establece tendencias en corto tiempo; una abogacía que no siempre comparte ese cambio y muestra resistencia a sustituir las vetustas fórmulas del lenguaje profesional.

En su diversa y fundamental actividad pública y privada, de atención individual y social, local e internacional, la abogacía tiene una responsabilidad fundamental en la solución: las y los juristas estamos obligados a construir, utilizar e impulsar un nuevo lenguaje, claro, preciso y actual que alcance al entendimiento de todas las personas, ilustradas o ignorantes, las más posibles, en cualquier sitio, lo mismo en una pequeña comunidad que en la gran ciudad; en sedes legislativas y judiciales; en decretos administrativos y columnas de divulgación; en la docencia y la investigación.

No es la propuesta desnaturalizar el lenguaje jurídico; menos vulgarizarlo en su uso, como hoy sucede en los medios masivos de comunicación. Es actualizar una vía que abone a socializar los procesos jurídicos en una época de nuevos paradigmas, redes sociales, velocidad tecnológica y posverdad; en tiempos de internet como derecho humano; exceso de información y brevedad en el mensaje; palabras en desuso, aceptación de otras y avanzada tecnología que sustituye la actividad humana, cuando están de vuelta los signos —ahora llamados “emojicones”— suficientes para expresar ideas, transmitir sentimientos, dar instrucciones y comunicar noticias como si del Código de Hammurabi se tratara.

Son las escuelas de derecho —para quienes están en formación—, y las organizaciones gremiales, para las generaciones ya en ejercicio, los entes donde debe trabajarse en la construcción de un nuevo lenguaje de la abogacía. Docencia y colegiación incluso deberán unir esfuerzos en el trazo y conducción de este desarrollo innovador.

El tema no es reciente como pudiera suponerse. Hace décadas, obligado por las restricciones de la guerra, Winston Churchill advirtió la pérdida de tiempo y el desperdicio de energía para encontrar los puntos clave en tantos papeles que debía leer.

Hacia los años sesenta del siglo xx, el sueco Karl Olivecrona planteó los dos aspectos del lenguaje jurídico: uno lo ubicó como parte del lenguaje corriente mediante el cual —apuntó— en la vida cotidiana se entiende un buen número de actos jurídicos, lo mismo un cheque que la renta de un alquiler o una declaración de independencia. Otro: el que contiene expresiones altamente técnicas y por ello mismo incomprensibles para el común de las personas.

El profesor de la Universidad de Lund dejó establecido que el propósito de todas las disposiciones jurídicas, pronunciamientos judiciales, contratos y otros actos jurídicos es influir en la conducta de los hombres y dirigirla de ciertas maneras; y que el lenguaje jurídico tiene que ser considerado, en primer lugar, como un medio para este fin; un instrumento de control social y de comunicación social.

En su ensayo *Lenguaje jurídico y realidad* concluyó Olivecrona: “el propósito primario del lenguaje jurídico no es reflejar sino plasmar a la realidad”. Con este fin —abundó— se utilizan “palabras que tienen un sentido emotivo, palabras que incitan a la acción y palabras con una función técnica”.

Es el caso que en el transcurso de seis décadas los tecnicismos, las fórmulas caducas, la nociva comodidad de la costumbre y el temor por innovar han ganado terreno hasta hacer incomprensible lo que debiera ser más descripción de esa realidad a la que se refirió el abogado y filósofo escandinavo fallecido en 1980.

Ya en este siglo, en 2016, la Decimoctava Cumbre Judicial Iberoamericana incluyó en su Declaración de Asunción el proyecto “Lenguaje claro y accesible”, con una afirmación:

La legitimidad de la judicatura está ligada a la claridad y calidad de las resoluciones judiciales y ello constituye un verdadero derecho fundamental del debido proceso; a tal efecto, entendemos que es esencial el uso de un lenguaje claro, e inclusivo y no discriminatorio, en las resoluciones judiciales, y una argumentación fácilmente comprensible.

Fue así que decidió elaborar un *Diccionario jurídico panhispanico* para unificar el léxico jurídico iberoamericano.

Hasta ahora, tres años después la exhortación a los poderes judiciales ha tenido resultados: en 2017 la Real Academia Española presentó en la Universidad de Salamanca la primera versión del *Diccionario panhispánico del español jurídico*, dirigido por don Santiago Muñoz Machado, realizado a partir del *Diccionario del español jurídico* con la participación de la Asociación de Academias de la Lengua Española, las Cortes Supremas de Justicia y las universidades de cada país. También merece destacarse la publicación del *Manual de estilo de la justicia* de la propia Academia Española.

El tema traspasó a la judicatura: ahora está visible en las administraciones públicas, regionales y nacionales donde decretos, bandos, circulares y hasta publicidad no logran transmitir las reglas administrativas y mensajes políticos dirigidos a la población, especialmente a la más joven, creadora de un léxico poco formalista.

El lenguaje utilizado en ayuntamientos y gubernaturas, autoridades de primer contacto para justiciables, gobernadas y gobernados, si no lo aleja tampoco lo acerca.

Visto así, el lenguaje es el ejercicio mismo del poder: ordena, autoriza, concesiona, cancela, sanciona, suprime, expropia, reconoce, nombra, propone, programa, convoca y resuelve.

Y si de leyes hablamos el problema está presente en la creación de derechos, obligaciones y facultades. Basta leer algunas disposiciones que debieran ser por su objetivo regulatorio las más entendibles, para percibir el muro de su redacción para un eficaz cumplimiento.

De ahí que ordenamientos como el *Código nacional de procedimientos penales* obligue a quienes integran los tribunales, necesariamente personas de la abogacía, a explicar, no a leer, sus sentencias de manera pública.

Esa sola disposición en el procedimiento penal obliga a generar *en y desde* la abogacía un lenguaje jurídico, ciudadano o democrático —como también se le ha denominado— en alusión a la prioridad que debe tener al ser emitido hacia quienes desconocen su terminología técnica y tradicional.

Algo similar ocurre en Argentina, donde se ha propuesto una reforma al *Código procesal civil y comercial de la nación* para efectos de que las sentencias definitivas contengan un apartado dirigido a las partes en lenguaje

coloquial y directo, a fin de facilitarles la comprensión de su alcance, así como los derechos y obligaciones que de ellas emanan.

Y más: en la provincia de Córdoba la legisladora Liliana Montero presentó un proyecto de ley para hacer las sentencias de fácil comprensión dictadas según las particularidades de edad, género, estado físico o mental, circunstancias sociales, económicas, étnicas y/o culturales; así como el uso de tecnología para su presentación si existen incapacidades visuales, auditivas o de comprensión.

Tenemos también en México un antecedente importante: imaginen quienes han transitado por el mundo jurisdiccional una sentencia de amparo en revisión resuelto por la Primera Sala de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, que en lugar de iniciar con el consabido encabezado *Vistos para resolver* y los formulismos sacramentales de la materia diga:

Tú, Tomás, le pediste al juez que te quitara el estado de interdicción. El juez decidió que no iba a revisar tu caso.

Le pediste a los ministros de la Suprema Corte que revisaran si la decisión del juez estuvo bien.

Los ministros te dimos la razón.

Tú le pediste al juez que escribiera su decisión en palabras que pudieras entender. El juez no quiso.

Los ministros dicen que el juez debe escribir su decisión en palabras que puedas entender para que puedas opinar, como todas las demás personas.

Así la sentencia en formato de lectura fácil del ministro Alfredo Gutiérrez Ortiz Mena, al resolver en un asunto de interdicción donde se explicó jurídicamente que lo que inhabilita a las personas con discapacidad son la incapacidad de la sociedad para crear un entorno incluyente, el sistema de justicia y los juzgadores, por ejemplo, y no las condiciones mentales o intelectuales que se atribuyen a la persona. Vistas así las cosas, dijo la Corte, el mismo sistema de justicia puede llegar entonces a convertirse en una barrera.

Y añadió: una de las medidas para hacer realidad la accesibilidad cognitiva en el sistema de impartición de justicia, es dictar resoluciones en

formato accesible cuando estén involucradas personas con discapacidad, lo cual constituye una forma de respetar los derechos de acceso a la justicia, a la igualdad y la no discriminación.

Afirmo: un nuevo lenguaje jurídico puede y debe ser obra de la abogacía; brevedad y contundencia sus mejores características; sin esa abundancia de palabras que contaminan una buena comunicación; la entorpece al envolver, hasta desaparecerlo, el sentido primordial del mensaje.

En su novísimo libro *Comunicación para juristas*, Cristina Carretero —profesora de la Universidad Pontificia Comillas en Madrid; lo más reciente publicado sobre el tema— propone el decálogo para utilizar un lenguaje claro y el diseño de una política pública para lograr el acceso al derecho de entender. Sobresalen, desde mi óptica, las siguientes recomendaciones:

- Pensar antes de hablar o de escribir.
- Concisión y sencillez.
- Ser concreto y no abstracto.
- Evitar los términos arcaicos así como los latinismos y extranjerismos.
- Revisar y comprobar el contenido de su discurso escrito u oral y ensayar su “puesta en escena”.

Condición indispensable para lograrlo es una abogacía que hoy tenga más que sólo conocimiento jurídico, de forma tal que se aleje definitivamente de esa añeja tradición retórica, de formulismos obsoletos y grandilocuentes.

Nuestro desempeño profesional en la judicatura y en la procuración de justicia, en los tres órdenes de gobierno y la producción legislativa, la iniciativa privada y la Iglesia, la vida cultural, política y económica, nos coloca en la espléndida oportunidad de construir el nuevo lenguaje jurídico, el de una abogacía moderna, el que trascienda a un plano superior.

Construyamos, desde el derecho, un lenguaje claro para el mejor entendimiento de la humanidad.

RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE DON RAÚL ARROYO*

Fernando Serrano Migallón

D. Gonzalo Celorio,
director de la Academia Mexicana de la Lengua.
D. Raúl Arroyo,
miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua
en el Estado de Hidalgo.
Señoras y señores académicos.
Señoras y señores:

El día de hoy ingresa como académico correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua en el estado de Hidalgo don Raúl Arroyo. Es la primera vez que la Academia sesiona en esta ciudad de Pachuca; el motivo lo amerita, es el ingreso de un hidalguense más que hace compañía a otros ilustres paisanos suyos que han formado parte de esta casa.

Don Alfonso Cravioto y don Miguel Ángel Granados Chapa, magníficos exponentes de la literatura y de la expresión exacta y precisa de la comunicación y del empleo de la lengua castellana, formaron parte y dieron lustre a esta institución.

Grandes han sido los académicos hidalguenses que han formado parte de la Academia, y el caso de hoy no es la excepción. Basta con echar un vistazo a la fructífera carrera de don Raúl Arroyo para darnos cuenta de ello. Destacado jurista egresado de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, cuenta además con estudios en la Universidad Iberoame-

* Respuesta al discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro correspondiente, de don Raúl Arroyo. Texto leído en sesión solemne en el Teatro Juárez de Pachuca, Hidalgo, el 21 de noviembre de 2019.

ricana, en el Instituto de Investigaciones jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, así como en derecho constitucional y política por el Instituto de Estudios para Iberoamérica y Portugal. Esto por mencionar sólo algunos de los títulos que respaldan su labor como investigador.

Miembro de número del Centro Hidalguense de Investigaciones Históricas; de muchas academias y colegios de similar prestigio, y ahora de ésta, nuestra Academia. Entre los múltiples cargos que respaldan su experiencia destacan el haber sido profesor titular de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, asesor de la Comisión de Ciencia y Tecnología de la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión y magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Estado de Hidalgo.

Sin embargo su desempeño y trayectoria no se limitan a estos ámbitos. También es autor de una multiplicidad de libros de entre los cuales se encuentran *Del porfiriato a Hidalgo*; *Alfonso Cravioto, constituyente de 1917 (Biografías para niños)*; y *Contra la oscuridad. Ensayos sobre la corrupción*. En fin, estamos frente a un experto jurista e investigador que siempre se ha expresado, verbal y por escrito con una excelente calidad.

La Academia Mexicana de la Lengua ha contado desde sus orígenes con distinguidos miembros cuya especialidad se ubica en el ámbito jurídico; arte que se ejerce siempre con la palabra. Raúl Arroyo es uno de ellos, y como acabamos de escuchar, analiza el derecho y su medio de expresión que es la lengua, apunta que el léxico utilizado por el gremio de los abogados se ha visto saturado por rebuscados argumentos, por la creación de criterios fundamentados en un lenguaje equívoco y por el constante incremento en la vaguedad de sus significados cuyas consecuencias, más allá de ser meramente conceptuales, pueden ocasionar una falta de pericia léxica por parte, ya sea de los defensores o bien de las propias autoridades, lo que trae como efecto el fracaso del profesional. En esta nueva era —donde el sistema de justicia penal acusatorio ha reivindicado la oralidad de los procesos judiciales— los juristas no pueden permitirse ese tipo de errores; ya no podemos limitarnos a actuar como meros técnicos jurídicos, sino que debemos fungir como auténticos abogados donde el respaldo cultural y el manejo del lenguaje resulten intachables y nos

permitan no sólo demostrar que el argumento a partir del cual pretendemos defender a los individuos es justificado, sino que además contemos con la capacidad de transmitirlo tanto a las autoridades como a quienes participan en los eventos.

La lengua es un fenómeno complejo. Al crearla, la sociedad no sólo configura un sistema de palabras aisladas o planas, sino que las impregna de cargas axiológicas aceptadas tanto de forma general como de manera personalísima; y es que en muchas ocasiones no sólo se trata de ejercicios íntimos o de reflexión individual, sino que más bien se trata de fenómenos que plasman en ella la conciencia colectiva de la comunidad en la que se sustenta.

Son los valores la esencia misma de la sociedad y de su cultura; un reflejo de su proceso de evolución histórica. Los seres humanos como entes sociales por naturaleza crecemos al mismo ritmo que lo hace nuestro dominio y conciencia respecto de nuestra lengua. Es a través de las palabras que damos sentido y forma a nuestra perspectiva sobre el mundo y, al mismo tiempo, es mediante éstas que logramos dejar un testimonio de lo que cultural y socialmente hablando pretendemos legar a las futuras generaciones. El derecho no es ajeno a estas reglas.

Esta disciplina es, en esencia, lenguaje. A partir del desarrollo de un sistema gramático colectivo transmitimos no sólo textos, sino que creamos contextos y ambientes que si bien parten de una ficción —pues no se encuentran en la naturaleza como tales— son vigentes y cargados de significados no sólo comprendidos, sino aceptados por la comunidad en general para regir sus patrones de conducta.

Sin embargo, a diferencia del lenguaje en general, el derecho cuenta con estructuras gramaticales y conceptuales limitadas, en donde es el entendimiento, la interpretación y el apego a los textos creados por los legisladores lo que nos permite navegar en nuestra disciplina. Es esta misma base la que ha propiciado la creación de murallas conceptuales ininteligibles para la mayoría de los individuos, incluyendo incluso dentro de éstos a los propios juristas cuyo acceso únicamente es posible mediante labores exhaustivas de análisis a partir de métodos de hermenéutica en la materia.

Como bien señala don Raúl Arroyo, el lenguaje en el derecho representa el ejercicio del poder mismo; es en función de este que se autoriza y se prohíbe, se propone y se rechaza, se reconoce y se sanciona cada una de las actuaciones y solicitudes presentadas por los individuos sometidos por estos sistemas. Y es que las leyes son normas de conducta creadas por una autoridad legitimada cuyo cumplimiento puede ser impuesto por el imperio de la autoridad con el objetivo de mantener el orden y desarrollo de la vida en sociedad. Son una consecuencia de la conjunción de los anhelos y voluntades en conjunto de sus integrantes, que permiten un desarrollo pacífico de su vida cotidiana, así como la prevención y la resolución de los conflictos que se suscitan entre aquéllos.

Como podemos apreciar, el derecho no puede escapar de los sistemas axiológicos colectivamente reconocidos debido a que su evolución y su transformación surgen precisamente de la práctica social. Es la sociedad misma la que dota a los ordenamientos normativos de racionalidad, utilidad y congruencia. Si ésta no es capaz de comprender el medio de control bajo el cual se somete, nos encontramos entonces con un monopolio no sólo del conocimiento del derecho por parte de los abogados, sino también de la posibilidad de adecuar los sistemas jurídicos a las condiciones fácticas de la sociedad en general; sometemos entonces bajo el criterio de “técnicos jurídicos” la flexibilidad y la identidad del derecho, permitiendo así que surja un ambiente en el cual los medios de control social no son congruentes con las condiciones del medio en el que se aplica.

El derecho, al igual que el lenguaje, se encuentra en un constante proceso de adaptación. Al igual que una multiplicidad de disciplinas, éste ha tenido que avanzar a pasos agigantados para corresponder a los progresos científicos y tecnológicos de la humanidad. Es por ello que la propuesta de don Raúl resulta de suma trascendencia, pues en la actualidad existen las condiciones necesarias para crear un lenguaje jurídico concreto, conciso y purgado de la enorme cantidad de abstracción, tecnicismos y neblina conceptual innecesaria que han caracterizado a esta disciplina —producto de tradiciones arcaicas incongruentes— respecto de las condiciones de la sociedad en que se vive al día de hoy.

Este día nos encontramos ante un prestigioso abogado y académico, con un gran criterio crítico que, estoy seguro, se encuentra en una de las etapas más productivas de su carrera. En nombre de los académicos que integramos esta institución es para mí un honor, don Raúl, darle la más cordial bienvenida.

HOMENAJES



EL VIAJE*

Margo Glantz

1

Muchas afinidades electivas nos han permitido a Sergio Pitol y a mí mantener esta larga amistad que ha sido y espero siga siendo una larga y a veces convulsiva conversación literaria, iniciada a principios de la década de los ochenta.

No tuve la suerte de conocerlo en su juventud porque ambos andábamos viajando por el mundo y nuestras estancias en México casi nunca coincidían. Una vez, cuando éramos estudiantes, fuimos a una manifestación —genio y figura hasta la sepultura— y allí iba Sergio con el licenciado Luis Prieto Reyes, inolvidable personaje de la vida real y de la ficción de Sergio, por ejemplo en su novela *El desfile del amor*. O a lo mejor nos veíamos en algún cine-club de esos que se improvisaban en el Instituto Mexicano-Ruso donde veíamos con gran incomodidad películas de Eisenstein: *La línea general*, *Iván el terrible* o *El Acorazado Potemkin*, en esos tiempos en que nuestro máximo héroe era el padrecito Stalin, del cual nunca hicimos ninguna crítica, por otra parte imposible de concebir. A lo mejor también nos llegamos a ver cuando Jomi García Ascot dirigía el cine-club del IFAL, “el sitio *inn*” por excelencia al principio de los cincuenta y donde recuerdo haber visto *Metrópolis* de Fritz Lang, *El gabinete del doctor Caligari*, *Tabú* y *Nosferatu* de Murnau, donde también, como maldición, antes de irme con Paco López Cámara a Francia, exhibían inevitablemente y por razones inexplicables, *Tiempos modernos* de Chaplin, cinta que no soporto volver a ver; y, ¿por qué no?, en el

* Discurso leído en el homenaje póstumo a don Sergio Pitol, el 9 de abril de 2019, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, Ciudad de México.

restorán de las señoritas Secante de la Facultad de Filosofía, en sus tiempos de Mascarones, a finales de los años cuarenta; o pudimos habernos encontrado en la calle de Lerma cuando empezó a dirigir el cine-club la Bruja González de León con quien conviví varios años en París durante mis tiempos de estudiante; y luego, si Sergio andaba por México, quizá en el Auditorio Nacional, entonces con aspecto de penitenciaría y donde se exhibieron a lo mejor *Los primos* de Chabrol, *Sin aliento* de Truffaut, *La dolce vita* de Fellini o *La noche* de Antonioni. Dato probable pero quizá imposible, sobre todo cuando lo consulto con Monsiváis quien tiene una memoria perfecta y era tan fanático del cine como nosotros aunque fuera un adolescente sabio y huraño.

Otra faceta de nuestras vidas en donde hemos coincidido es en el viaje, cada quien por su lado o a veces juntos. Ambos somos o fuimos viajeros impenitentes. Y en ese periodo de 1981 a 1983 en que Sergio vivió en México después de varias aventuras europeas, diplomáticas o no, y en que asumió cargos administrativos en Bellas Artes y en Relaciones Exteriores empezamos a hacernos muy amigos: gracias en parte a sus gestiones oficiales pudimos Elena Urrutia y yo viajar por toda América Latina coleccionando escritoras —algunas magníficas, otras impresentables— para organizar el tercer Congreso Internacional de Escritoras, celebrado anteriormente en las ciudades de San José, California, en 1976, y de Ottawa, Canadá, en 1978.

2

En *El viaje*, segunda parte de la trilogía de ese nombre, Sergio abre su libro con una frase directa y una curiosa interrogación, esbozada a manera de tratamiento de choque:

Y un día, de repente, me hice la pregunta: ¿Por qué has omitido a Praga en tus escritos? ¿No te fastidia volver siempre a temas tan manidos: tu niñez en el ingenio de Potrero, el estupor de la llegada a Roma, la ceguera en Venecia? ¿Te agrada, acaso, sentirte capturado en ese círculo estrecho?

¿Por pura manía o por empobrecimiento de visiones, de lenguaje? ¿Te habrás vuelto una momia, un fiambre, sin siquiera haberte dado cuenta?

Y aunque como siempre su libro dé vueltas sobre sí mismo y concluya relatando una historia del Sergio niño en Potrero y rememore, como a menudo lo hace, la muerte de su madre, en este texto añade un elemento definitivo que altera esa relación persistente: su identificación con un personaje grotesco, aparecido en el libro *Razas humanas* —que varios niños de esa época habían visto en la escuela o en sus casas— y una de cuyas fotos ilustra a una criatura de “labios abultados y pómulos salientes, rasgos que le daban un aspecto animal, y ese carácter lo potenciaba un espeso gorro de piel que le cubría hasta las orejas y que yo suponía que era su propio pelo. Al pie se leía: Iván, ¿niño ruso?”.

Recuerdo póstumo —en relación con el libro— pero meollo de la narración y revelado, como en las novelas policiacas, al final; relato-madre, organiza y explica una fijación estrecha y muy temprana con la literatura y revela literalmente, valga el pleonasma, esa entelequia tan socorrida, la de la famosa alma rusa que para quienes leen sus textos es evidente; en ella sobresale, trazada con caracteres imponentes en cualquiera de los libros de sus grandes escritores, ¡ya sean Dostoievski o Tolstói, Gógol o Chéjov, Bulgákov o Bábel, Mandelstam o Ajmátova, Tzvetáieva, Bely, Pilniak o Nabokov! Entelequia convertida en una vivencia de carne y hueso, casi en un troquel, cuando se ha vivido en Rusia y se ha aprendido su lenguaje, ocupación importante para Sergio durante su estancia en Praga donde tomaba lecciones de ruso, conversaba con su maestra y traducía con su ayuda a algunos de sus autores favoritos. ¿Desdén por Praga, reitero yo? No, más bien Praga como ciudad laboratorio, ciudad donde como en cualquier otro lugar del mundo escribe Sergio sus diarios, pero con la diferencia de que en ella prepara y resuelve algunas de sus mejores obras, las que le otorgan a su escritura un giro carnavalesco, siempre presente en el Sergio de la vida cotidiana, pero aún no aparente en su escritura sino hasta ese momento, a tal grado que a mitad del relato nos cuenta que ha decidido interrumpir su viaje a la capital de Georgia, Tbilisi, para concretar su proyecto; por otro lado,

ya realizado en un libro terminado muchos años antes, pero rememorado como base de un nuevo relato en este nuevo libro:

Mi acercamiento a todas esas actividades es real, explica Sergio, pero al mismo tiempo vive en mí el proyecto de *la novela del bajo vientre*. Así llegar a Praga, a la estantería donde se encuentra el libro de Bajtin sobre el carnaval y las funciones del bajo vientre en la cultura popular a finales de la Edad Media e inicios del Renacimiento. La señora de la biblioteca y la turca serían una misma persona, una caucasiana: georgiana o armenia [Marietta Karapetián].

Ese deseo de revisar cuanto antes la teoría bajtiniana del Carnaval, presentes en *El desfile del amor* o *La divina garza* se gesta allí (sobre todo en los diarios, semillero genial), así como la trilogía del viaje y nos demuestra hasta qué punto la escritura es para él como la respiración, una pulsión fisiológica, al grado que sin ella no puede sobrevivir, aunque suela afirmar que su vida ha sido y será la lectura, cosa que además es cierta igualmente. Sergio lo reitera sutilmente en este libro, intitulado precisamente *El viaje*. Libro del que me hubiera gustado trabajar varios aspectos, además de su tema aparente, el del viaje. Por ejemplo, la narración de varios sueños delirantes que se integran naturalmente al relato, el del hombre muerto, personaje que en lugar de sangre se nutre de limones para poder mantener su condición de fantasma, parodia genial del vampirismo; o su encuentro onírico y cirquero con la cursísima Catalina D'Erzell a la que acompaña en apariciones escénicas y donde ella es la figura principal y él el payaso humillado, o ese maravilloso sueño donde surgen de manera incontrolable cientos de avestruces, insistiendo en esa obsesión que nuestro autor tiene con los pájaros, presente en *Nocturno de Bujara* y en *Juegos florales*, para mencionar algunos de sus libros. También me hubiera gustado incursionar en los aspectos políticos, las grandes purgas de la época de Stalin, los asesinatos de escritores o la rígida estructura que aun durante su visita imposibilitaba a los escritores soviéticos para expresarse libremente, o indagar por qué la obra y la vida de Marina Tzvetáieva le producen tanta atracción y desagrado al mismo

tiempo. Pero aquí sólo trataré de responderme a mí misma la pregunta con que Sergio abre este libro, que a cada lectura se vuelve más complejo y más maravilloso, cosa que en general debe decirse de toda su obra.

Marietta hace su melodramática aparición en medio de una conferencia que Sergio dicta en Moscú —*¡of all places!*— sobre Joaquín Fernández de Lizardi —*¡of all people!*— y su novela *El periquillo sarniento*, de la que Sergio lee un fragmento escatológico clave que agiganta la escritura transgresora de nuestro pensador mexicano. Leo el fragmento, es revelador:

Otros cuatro o cinco pelagatos, todos encuerados, y a mi parecer medio borrachos, estaban tirados como cochinos por la banca, mesa y suelo del billarcito. Como el cuarto era pequeño, y los compañeros gente que cena sucio y frío y bebe pulque y chinguirito, estaban haciendo una salva de los demonios, cuyos pestilentes ecos, sin tener por donde salir, remataban en mis pobres narices; y en un instante estaba yo con una jaqueca que no la aguantaba, de modo que no pudiendo mi estómago sufrir tales incensarios, arrojó todo cuanto había cenado pocas horas antes...

Januario me hizo seña de que me callara la boca, y nos acostamos los dos sobre una mesa de billar, cuyas duras tablas, la jaqueca que me infundieron aquellos encuerados a quienes piadosamente juzgué ladrones, los innumerables piojos de las frazadas, las ratas que se paseaban sobre mí, un gallo que de cuando en cuando aleteaba, los ronquidos de los que dormían, los estornudos traseros que disparaban y el pestífero sahumerio que resultaba de ellos me hicieron pasar una noche de perros.

Este fragmento leído en una conferencia que el narrador lee en la Biblioteca de Moscú despierta el entusiasmo de Marietta... cuyo marido antropólogo estudia las fiestas del mundo “primitivo” o pagano y quien explica que la mejor fiesta que había conocido “era una fiesta en la selva mexicana en honor a un santo niño cagón” (se oyen Risas, aco-tación escénica del autor) en el recinto donde Pitól expone a Lizardi, quien adopta, insiste, “un lenguaje que acaba de romper sus ataduras con el idioma jurídico y eclesiástico usado hasta entonces en los libros. Un esfuerzo por buscar el lenguaje adecuado a las circunstancias de la

nueva nación”. Vuelvo a manifestar mi asombro: ese lenguaje liberado ese lenguaje idóneo, ya lo ha subrayado nuestro autor, es un lenguaje excrementicio que describe justamente un episodio de letrina y, deducimos, el origen de nuestra lengua e idiosincracia nacionales.

Algo muy semejante le sucede al relator de *El viaje*, se subraya como uno de los motivos principales no sólo en este libro sino en *La Divina garza*, pues como antes dije es aquí donde esa novela se gesta en retrospectiva y se explica su genealogía, a la vez que se le convierte en un relato totalmente diferente, novela de una novela al estilo de Thomas Mann en relación con el *Fausto*, pero sobre todo novela por sus propios méritos, aunque revele asimismo las claves del libro anterior, con lo que se acrecienta el significado que para el narrador tiene la ciudad de Praga. Praga mágica recorrida calle a calle, gozada en cualquiera de sus recovecos, analizada en sus creaciones aunque nunca haya sido objeto de su escritura, sino utilizada de manera interpósita como una probeta donde se practicara una alquimia particular con el único objetivo de descubrir una nueva piedra filosofal, la de la propia creación escrituraria.

Cuando el protagonista, feliz y admirado de la enorme vitalidad y sentido histriónico de los georgianos y después de participar en un banquete pantagruélico, se ve obligado a defecar descubre para su horror que sólo puede hacerlo en una enorme letrina colectiva compartida por todos los hombres del lugar; allí se concentran los olores nauseabundos, circulan los chistes gruesos, se producen los ruidos del vientre y se generan tufos insoportables. Un espectáculo cuyo máximo efecto es, explica Sergio, un atentado contra el pudor:

Desde niño he tenido horror a contemplar ese tipo de actividades corporales. Las he seguido evadiendo toda la vida. Enfrentarme a esa sorprendente verbena excrementicia me desquició. Más que el hedor, lo que en verdad me alteró fue la naturalidad con que eran realizadas esas funciones... Lo cierto es que no era un lugar clandestino, ¡todo lo contrario... Por el bullicio que se oía debe ser un lugar muy concurrido! La pestilencia del antro era intolerable. Temí desmayarme. Busqué a aquel loco Virgilio cararizo que me había conducido a ese círculo fecal del infierno para pedirle

que me sacara inmediatamente de allí, y lo vi feliz, como si hubiera llegado al ágora en un momento cenital, conversando alegremente con unos muchachos y saludando a otros, mientras se desabrochaba los pantalones y se dirigía a uno de los agujeros para defecar...

Los dos episodios, el experimentado por Lizardi y el que Sergio relata contienen varios elementos en común, su carácter colectivo y la falta de pudor de los congregados; su efecto también es semejante. El Periquillo experimenta repulsión y una fuerte jaqueca: “Desperté, ya lo he dicho, creo, con pesadez, me bañé y cambié de ropa, y las escenas que había vislumbrado bailaban en mi cabeza como algo lejano, vago, trozos sueltos de una pesadilla. Decidí no hacer de aquello un drama. Las aspirinas habían hecho ya su efecto...”.

Pero no acaban aquí las cosas, ha habido antes una escena premonitoria, el protagonista ha caminado por unas calles aledañas a un hermoso palacio y se ha topado con un mendigo borracho que, con los pantalones a medio levantar o bajar, se revuelca en su propia mierda, haciendo de este acto fisiológico uno de los asideros del texto que habría que analizar con mayor detenimiento en su perfecta triple aparición estructural, a modo de línea de fuga como en la de varias de las pinturas que siempre Sergio ha admirado, por ejemplo Max Beckmann. El narrador, ya limpio, tranquilo, aparentemente repuesto de su aventura fecal, camina por una avenida muy bella, ha empezado la primavera, florece el campo, los olores son maravillosos, y, de repente, otra asociación lo retrotrae a la infancia, a la primera infancia

... ante mi estupefacción, abro la boca y pronunció en voz alta: “Aal mojón/ de tu rincón/ hazme el milagro/ niño cagón”. Repetí ese estribillo dos o tres veces, y vislumbré un patio, al lado de una escalera, o en el descansillo de ella, con macetas grandes de hortensias blancas sentado en una baciniquita, con mis pantalones bajados hasta los tobillos, y una sirvienta muy joven, casi una niña todavía, que repetía estos versos, otra vez, enseñándome a defecar en ese lugar determinado y no en la ropa. Debe ser el recuerdo más antiguo, o uno de los más lejanos que haya rescatado

de mi memoria. ¡Qué edad podía yo tener? Tres años, cuando mucho cuatro. Lo volví a recitar...

Y, como siempre, en el flujo de los recuerdos, como en el *Arte de la fuga*, reaparece la madre, es todavía un momento de felicidad:

Todo era nítido, transparente, una dicha me rodeaba. En alguna de las habitaciones arriba de la escalera estaría mi madre, y mi tía Querubina y mis primas Lilia y Olga, que eran casi de la edad de mi madre, y seguramente vivía aún mi padre; todo era felicidad... Sí, pero sobre todo vaciar el vientre en aquel momento y repetir las palabras que la jovencita me enseña, y golpearme los muslos con los puños al ritmo de las palabras; y mi mamá seguramente me espera y me abrazará tan pronto como me vea en el vano de la puerta, me sentará en su regazo, me besará porque la joven le dirá que yo había hecho en la bacinica.

Y la mierda, lo sabemos bien —¿no lo aseguran acaso así los psicoanalistas y en otros tiempos los alquimistas?— se convierte en oro. Como la escritura de Sergio Pitol que al combinar los temas más excelsos con las anécdotas más hilarantes, paródicas y escatológicas nos entrega un libro extraordinario, sencillo, sin fisuras y de una complejidad admirable.

SALVACIÓN DEL SALVADOR
Un texto olvidado de Sergio Pitól (1933-2018)
*sobre Alfonso Reyes**

Adolfo Castañón

I

Mi contacto con Sergio Pitól ha sido más bien a través de sus novelas, cuentos, ensayos y traducciones como *El tañido de una flauta*, *Nocturno de Bujara*, *La casa de la tribu* o *El arte de la fuga*. A Pitól también me ha tocado tratarlo como autor. Fui el editor o, más bien, el interlocutor editorial que designó el Fondo de Cultura Económica para seguir el proceso de edición de *La casa de la tribu*. Esto me permitió tratar en persona a este maestro y amigo de varios maestros y amigos míos como, por ejemplo Carlos Monsiváis, de quien Pitól era cercano, o la traductora Selma Ancira. A partir de ahí se fue desarrollando un trato amistoso. Coincidimos en algunos viajes por América Latina, por ejemplo Colombia, y tuve la oportunidad de visitarlo varias veces en sus casas en Xalapa o en México. Siempre me llamó su sentido del humor y su capacidad para leer, no sólo para ver, el otro lado de la trama. Le debo además, como muchos otros, el haber leído a autores como Witold Gombrowicz o Jerzy Adrejewski. Ciertos lugares de la literatura de Pitól tienen que ver con estos escritores. Pero las letras de Sergio Pitól no están solas. Fue contemporáneo de Jorge López Páez y de Sergio Galindo con cuyas letras las suyas tienen algunas afinidades. Pitól recibió el Premio Alfonso Reyes. Pocos saben que las relaciones entre ambos fueron menos accidentales u ornamentales de lo que cabría pensar. Yo tampoco sabía hasta qué punto mi interés por la obra de Alfonso Reyes era compartido por

* Discurso leído en el homenaje póstumo a don Sergio Pitól, el 9 de abril de 2019, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, Ciudad de México.

Sergio, sobre todo por el joven Sergio Pitol. Cuando Reyes publicó su libro *Memorias de cocina y bodega*, el joven Pitol hizo en *Medio Siglo* —la revista dirigida entre otros, por Carlos Fuentes— una reseña entusiasta y acuciosa de ese libro. Quien se asome al *Diario* de Reyes verá cómo Pitol era uno de los jóvenes que junto con su amigo Luis Prieto iba a visitarlo, al menos desde 1952. A Reyes le simpatizaba Pitol y sin decirle nada estuvo detrás del viaje que éste haría a Venezuela, como se puede leer en las cartas cruzadas entre Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes. Pitol sólo supo esto mucho más tarde, años después de muerto Reyes. Traigo esta anécdota a colación pues creo que Pitol tomó de Reyes esta inspiración de hacer el bien al otro sin estar pregonándolo. Creo que por eso era y es tan querido y admirado. Esa nobleza lo ha llevado a ayudar y aconsejar a los escritores y amigos, a decir y hacer el bien dentro y fuera de nuestras fronteras, a redactar con limpieza y buen humor las frases de la convivencia.

Reyes, Alfonso. — *Memorias de cocina y bodega*. — Tezontle, México, 1953.¹

Puede decirse, con seguridad, de Alfonso Reyes, que nada que sea humano le es ajeno. Es una certeza que adquirimos al repasar el índice de libros de este autor. Ahí están para demostrarlo sus obras de investigación literaria, filosófica e histórica. Sus incursiones por Grecia, cada vez más fructíferas en hallazgos. Sus escritos de carácter social: sus monografías sobre temas de derecho internacional; sus cuentos; su poesía; en fin, su obra toda.

Don Alfonso ha estudiado al hombre, como sujeto capaz de pensar; capaz de escribir; como ente viviente en un momento histórico determinado; como ser gregario, perteneciente a una sociedad dada; sus cuentos se ocupan de él, como actor de episodios ficticios o reales. Ahora en éste, su último libro, el hombre aparece condicionado por otra dimensión, la del estómago.

“*Memorias de cocina y bodega*”, es un libro delicioso, sin precedentes en nuestra literatura, ya que en ella, algunos han ignorado que la mesa y la bodega, puedan ser surtidores de placeres dignos de ser cantados. Otros,

¹ *Medio Siglo*, núm. 3, julio-septiembre de 1953, pp. 118-119.

los iniciados, no se han atrevido a llevar sus impresiones al libro, temerosos de que al hacerlo, su obra sea tildada de vana y poco seria. Alfonso Reyes, consciente de la bondad de su obra, no ha parado en mientes y ha escrito los diecisiete descansos que integran el libro. El resultado, un manual de gratísima lectura, donde la erudición que la materia exige, está sazonada con la palabra precisa, viva y jugosa. Es el estilo personalísimo de Alfonso Reyes, que hace viva y palpitante en igual forma una página de sus memorias, un capítulo sobre la crítica en la edad ateniense o un comentario sobre el mole poblano.

Para el lego en la materia —¡y somos tantos!— nada mejor que estas experiencias de *gourmand*, de un hombre a quien, las convulsiones políticas del país y el no transigir con el bárbaro régimen de Victoriano Huerta, llevan a Francia, donde pasa por una ligera iniciación en el arte de la buena mesa.

Más tarde, una estancia de dos años en España, enriquecerá esta incipiente afición a la gastronomía, con su cocina de penetrante olor de ajo y aceite, característica de Grecia e introducida a esta país por la huestes de Escipión; enriquecida por los árabes, que traen a tierras ibéricas, todos los aromas y condimentos de Arabia, Persia y la India y por las diversas frutas que los cruzados traen consigo del Medio Oriente. La vanguardia americana en España, la representaron la papa, el tomate, el chile, el cacao y el maíz. Con todos estos elementos de procedencia extranjera, la cocina española se fue forjando, con caracteres y sabores propios e inconfundibles.

Algún tiempo después, emprende nuevamente la conquista de Francia, con un paladar de catador experimentado, que le gana invitaciones a los convites de las sociedades gastronómicas, más exclusivas y de mayor prestigio en el país.

Un día, lo sabemos disfrutando de la succulenta comida sudamericana —brasileña, platense, chilena—, donde descubre ciertos denominadores comunes en la cocina mexicana. No terminan aquí sus conocimientos y experiencias; vendrán también, sus hallazgos en los grandes restaurantes cosmopolitas de París y Nueva York, de la cocina rusa, escandinava, alemana, holandesa, belga, inglesa y la china, en que cada plato consta de elementos heterogéneos, para dar por resultado una síntesis, en que, dice el autor, se aprecia el sabor de la resultante, mucho más que el de los elementos.

A lo interesante del tema y a la sobriedad y gracias del estilo, se aúna la belleza de las viñetas de Elvira Gascón, tan intencionadas y sugestivas.

S. P.

Estas son las páginas que el joven Sergio Pitol escribió para saludar las *Memorias de cocina y bodega* de Alfonso Reyes, y que en cierto modo le abrieron las puertas del mundo.

II

Hace un año murió en Xalapa el 12 de abril Sergio Pitol Demeneji. Adiós Serguei, adiós Serge. Nuestro hombre en Varsovia y en Moscú, el agente secreto del desfile del amor en Roma y en Londres, el mexicano que tomó por asalto Barcelona desde las trincheras de Cracovia y Budapest, el que hizo suyas las leyendas de Praga y de Zúrich, el artista adolescente que tomó baños en Baden —en Baden y en Trieste, en Fortín de las Flores y en Huatusco—, el que nos trajo de regalo a Gombrowicz y a Von Rezzori, a la cruzadas de los niños de Andrejewsky y a las tramas secretas de Tibor Déry, el trotamundos sedentario... el ruso que se hacía pasar por veracruzano, el polaco que conocía las historias de los aristócratas austriacos y de los arribistas totonacos... el nómada de los cuadernos, el traductor, el enamorado de los perros y de las chamarras de gamuza, el fino y corrosivo, que nos dejó una obra, es decir, una mansión de innumerables piezas, tantas como libros escritos, traducidos, leídos. Sergio Pitol, el que nos enseñó a reír de nuevo a carcajadas catárticas contando las tonterías de los insignificantes, el viajero, el diplomático, el que se sabía de memoria poemas de Alexander Serguei Puschkin y de los dos Milosz, el Joseph Brodsky mexicano, el peregrino en su patria, el huérfano, el que no tuvo hijos sino lectores, nosotros, ustedes, algunos otros semejantes y hermanos. Más allá o más acá de los premios. Por donde pasaba Sergio había fragancia de gardenias, él olía a nuevo y a persona recién salida del baño, con la frescura que da la autenticidad,

olía Sergio a pureza artística. Como Borges, como Arreola o Rulfo... En Sergio se consagraban las hablas populares y los modos cortesanos en la prosa fantástica recreada por un oído infalible que sabía que en cada frase se esconde o anida un personaje. Para traducir a los más de cincuenta autores que pasaron por sus ojos, oídos y dedos tuvo que haber leído por lo menos a otros cien en varios idiomas... sin dejar de tener conciencia de que su Ítaca era el español de México, el de Agustín Yáñez y de Sergio Galindo, el de Monsiváis y el de Agustín Lara, el de Margo Glantz y el de Ricardo Garibay, el güiri güiri incesante de Ibargüengoitia y de Jorge López Páez, de Alfonso Reyes y de Mariano Picón Salas... Dije que hace un año Sergio fue traducido a la otra orilla, pero parecemos no habernos dado cuenta y todavía tomamos el avión hacia Varsovia o hacia Moscú sin saber que con su muerte se nos acabó la visa, y que tenemos que volver a aprenderlo todo, como si nos hubiera fulminado un ictus y sólo nos quedaran esos cuantos minutos de la ventana de oro que él supo abrir para nosotros de par en par. “Nuestro deber es pensar menos en la muerte de Sergio Pitol que en las circunstancias de su obra que, en este caso, es perdurable y gloriosa”, para frasear las palabras que dijo Borges sobre Carpentier cuando éste falleció.

FERNANDO DEL PASO,
JOSÉ TRIGO, CONTRA EL SILENCIO*

Gonzalo Celorio

Hace justamente sesenta años, según consta al calce de la ambiciosa obra, el joven Fernando del Paso, cuya edad apenas alcanzaba los 24 años, empezó a escribir una de las novelas más deslumbrantes de la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo xx: *José Trigo*, que publicó siete años más tarde, en 1966. A más de medio siglo de su publicación conviene ubicarla en el contexto literario de su momento, reconocer su vigencia y señalar su importancia en la historia de la literatura de lengua española.

La década de los sesenta de la pasada centuria está marcada por un extraordinario florecimiento de la narrativa de nuestro continente, que los críticos y los estudiosos de la literatura —y los propios narradores que protagonizaron el acontecimiento— bautizaron con el explosivo nombre de “el *Boom*” o, castizamente, con la denominación “nueva novela latinoamericana”. Ambas designaciones, ya acuñadas de manera irreversible, quizá no sean del todo felices. Por un lado, pueden sugerir que se trata de un fenómeno literario nacido por generación espontánea, al margen de la obra de los escritores latinoamericanos precedentes; por otro, acaso privilegian (más la primera de ellas que la segunda), por encima de su valor literario, el carácter editorial del suceso por el cual las obras de nuestros novelistas, de la noche a la mañana, se colocaron exitosamente en la competencia del mercado librero internacional.

Habría que decir que los escritores que configuraron este “movimiento” —Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa— son deudores confesos de la tradición literaria

* Discurso leído en el homenaje póstumo a don Fernando del Paso, el 19 de mayo de 2019, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, Ciudad de México.

latinoamericana. En sus obras se registra un reconocimiento implícito —y en ocasiones explícito— a sus mayores, si bien cada uno de ellos, a su manera, se empeña en subvertir dicha tradición en busca de la modernidad y de un lenguaje propio. Sería impensable la obra de Cortázar sin el antecedente de Borges, del mismo modo que sería impensable la obra de Borges sin el antecedente de Macedonio Fernández. O la de Fuentes sin la novela de la Revolución mexicana. O la de Vargas Llosa sin José María Arguedas o el Inca Garcilaso de la Vega. O la de García Márquez sin las crónicas de la Conquista. Bien dice Octavio Paz que “la búsqueda de un futuro termina siempre con la reconquista de un pasado”. Es más, en buena medida gracias a los escritores del *Boom* podemos leer con nuevos ojos a Rubén Darío y a Horacio Quiroga, a Ciro Alegría y a Ricardo Güiraldes, a Rómulo Gallegos y a Miguel Ángel Asturias, y valorar sus obras retroactivamente.

Por lo que hace al asunto del mercado, es cierto que el *Boom* fue un fenómeno editorial que encendió sobre el decurso de nuestras letras un gigantesco reflector y lanzó a los escritores latinoamericanos al éxito comercial: sus obras fueron editadas en descomunales e insólitos tirajes, fueron leídas por públicos multitudinarios, reseñadas y comentadas en numerosas revistas y periódicos y muy pronto traducidas a decenas de idiomas. Es innegable, sin embargo, que esta literatura implicó un salto cualitativo en la historia de nuestra narrativa, como no tardó en reconocerlo la crítica académica no sólo de Latinoamérica, sino también la europea y la norteamericana, que la estudió a la luz de las metodologías de crítica literaria entonces en boga. Los estudiosos de la literatura latinoamericana coinciden en afirmar que en esos años nuestra novela alcanzó su mayoría de edad. El propio género, habida cuenta de la ductilidad que lo caracteriza, sufrió modificaciones sustanciales que lo enriquecieron enormemente: abrió sus puertas a otros géneros literarios y al influjo de otras manifestaciones artísticas como la música, la plástica y la cinematografía; utilizó los múltiples recursos que la modernidad le procuraba y corrió la gran aventura del lenguaje, gracias a la cual, como dice Vargas Llosa, nuestra novela dejó de ser copia servil de la realidad referencial para crear nuevas realidades.

Ciertamente la de los años sesenta fue una década extraordinaria en la historia de nuestra novelística. Basta con recordar que en 1962 Alejo Carpentier publicó *El siglo de las luces* y Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*; en el 63 Julio Cortázar dio a la imprenta *Rayuela* y Mario Vargas Llosa, *La ciudad y los perros*; en el 65, Juan Carlos Onetti publicó *Juntacadáveres* y Guillermo Cabrera Infante *Tres tristes tigres*; Lezama Lima, *Paradiso* en el 66 y Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad* en el 67.

Tal es el entorno que rodea la publicación, en 1966, de la novela *José Trigo* de Fernando del Paso. Se trata de una obra precoz que obtuvo ese mismo año el Premio Xavier Villaurrutia, y que habría de ser la primera de una sucesión de grandes novelas, separadas cada una de ellas por una década de sostenido trabajo escritural: *Palinuro de México* (1976), *Noticias del Imperio* (1986) y *Linda 67. Historia de un crimen* (1995).



Independientemente de que se le ubique o no en la nómina de las afamadas novelas que representaron el *Boom* de la literatura latinoamericana, como las que mencionamos arriba, *José Trigo* es una obra que participa a carta cabal del auge de nuestra novelística, que amplía el acervo de nuestro patrimonio literario y que coincide con el proceso de renovación de nuestras letras, si no es que en muchos aspectos se adelanta a él.

En primer lugar, habría que decir que esta novela de Fernando del Paso no se circunscribe a la referencialidad histórica de las guerras cristeras de los años veinte o del movimiento ferrocarrilero de los años 59 y 60, que constituyen el trasfondo de su relato, sino que, como quería Edmundo O’Gorman, ilumina con la imaginación —con una potentísima imaginación en este caso— esas zonas oscuras de nuestro pasado nacional y nos entrega una realidad más real, si se quiere, que la que le sirvió de punto de partida, pues sobre los referentes históricos “objetivos” añade el imaginario de la colectividad: los sueños, los mitos, los recuerdos, las ideas, las esperanzas, las creencias de la población.

En concordancia con la modernización del género, *José Trigo* incorpora una enorme variedad de discursos diferentes que hacen de la novela

un texto rico y multiforme. En ella tienen cabida las explicaciones tecnológicas de la industria ferroviaria y las coplas más tiernas de la lírica popular, la recreación de los mitos prehispánicos fundacionales y el diálogo dramático con sus acotaciones teatrales, las narraciones bélicas y la poesía elegíaca, la oda y el testimonio, la geografía fantástica y la microhistoria...

Tras el esfuerzo totalizador de Carlos Fuentes quien a finales de la década anterior, con *La región más transparente*, le dio voz —una voz polifónica— a nuestra urbe, la novela de Fernando del Paso se concentra en uno de los barrios más dramáticos y más cargados de historia de la ciudad de México: Nonoalco-Tlatelolco. Esta zona, que había sido cantada por la poesía lírica náhuatl y descrita por la asombrada pluma de los conquistadores, es recreada en la novela de marras tanto en su dimensión histórica como en su viva modernidad: desde el mercado prehispánico hasta los campamentos de los ferrocarrileros, pasando por las fundaciones coloniales —la iglesia de Santiago o el Colegio de la Santa Cruz— y su emblemática plaza no en vano llamada en nuestros tiempos de las *Tres culturas*, donde a poco de la publicación de la novela habría de desencadenarse una de las represiones más brutales de nuestra historia contemporánea.

Pero acaso la contribución más notable de *José Trigo* a las letras mexicanas es el lenguaje, que, como lo han dicho diversos críticos, desempeña el papel protagónico de la novela. En ella, las palabras ya no aluden a otra realidad que a la que ellas mismas van generando en el curso avasallador del relato; un lenguaje asaz generoso, cuyo vocabulario se regodea en la utilización de los términos específicos de cada campo semántico, lo mismo el ferroviario que el militar, el de la flora que el de la fauna, el de la arquitectura y la gastronomía que el de la geografía y la música; pero también un lenguaje vivo, cambiante, efervescente, elástico, generador de nuevas formas, neológico, lúdico, poético, libérrimo.

En *Otro poema de los dones*, Borges da gracias "... al divino/ laberinto de los efectos y de las causas" por "los ríos secretos e inmemoriales/ que convergen en mí", entre los que menciona, directa o indirectamente, la *Ilíada* y la *Odisea*, *La divina comedia*, *Las mil y una noches*, Swedenborg, Ángel Silesio, Schopenhauer, la poesía gauchesca, Verlaine, Séneca y Lucano de Córdoba, Zenón de Elea, Walt Whitman, Francisco de Asís... Muchos

y de muy diferente jaez son los afluentes que desembocan en la primera novela de Fernando del Paso. Las descripciones de las batallas cristeras recuerdan, por su minuciosidad y su dramatismo, a los grandes novelistas de las guerras napoleónicas —Tolstói, Stendhal, Pérez Galdós—, pero además de la novela histórica europea del siglo XIX están presentes las obras de los escritores mexicanos que se han ocupado de plantear los problemas sociales y políticos de su tiempo como Mauricio Magdaleno, Fernando Benítez y, sobre todo, José Revueltas, o que dieron cuenta de los convulsos acontecimientos de la Revolución mexicana, ya desde la inmediatez testimonial a la manera de Mariano Azuela o Martín Luis Guzmán, ya desde la perspectiva histórica, a la manera de Agustín Yáñez o Juan Rulfo. Del autor de *Pedro Páramo* Fernando del Paso hereda la capacidad de ampliar las escalas y categorías de la realidad para hablar no sólo de los sucesos históricos, sino de su trascendencia en el alma de la colectividad, con todo lo que ello trae aparejado de mito y de fabulación. Como el amo de Comala, José Trigo es la suma de los pensamientos, las visiones, los recuerdos que sobre su paso por los campamentos ferrocarrileros de Nonoalco-Tlatelolco tienen los demás personajes y los propios narradores de la obra, que se multiplican cervantinamente conforme el relato avanza.

La novela también recrea las mitologías cosmogónicas prehispánicas, tanto las de origen náhuatl como las mayas recogidas en el *Popol-Vuh*, a las que tantas veces acudieron los autores de la novela indigenista, como Miguel Ángel Asturias, afín a Del Paso en su intento de rastrear la supervivencia de las culturas matrices en el mundo moderno, según se lee en *Hombres de maíz* o en *Mulata de tal*.

Y qué decir de los clásicos castellanos, que Del Paso hizo suyos y los incorporó a su vasto patrimonio verbal: la desnudez de Quevedo y el ropaje de Góngora; los amoríos del Arcipreste de Hita y de *La Celestina*, y las triquiñuelas de la novela picaresca; las utopías de Gracián y la multiplicidad discursiva de *El Quijote*.

Y la influencia determinante de Joyce: la exacerbación de lenguaje, la reinención de los clásicos, la rearticulación de la ciudad.

La lista de las referencias literarias de Fernando del Paso en esta su primera novela casi podría ser infinita. Quedémonos aquí, en emulación

del propio Borges, quien dedica el penúltimo verso del poema invocado a dar gracias “por los íntimos dones que no enumero”.



La referencialidad predominantemente literaria a la que hemos aludido ubica la obra de Fernando del Paso en la tendencia literaria que Severo Sarduy, en 1972 —año muy cercano a la publicación de *José Trigo*—, denominó *neobarroca*. En el ensayo titulado “El barroco y el neobarroco” que César Fernández Moreno recogió en el libro *América latina en su literatura*, el ensayista y narrador cubano señala la supervivencia o la renovación, en nuestra narrativa, de la estética imperante en la España del siglo xvii. Es una narrativa caracterizada por la exuberancia, el artificio, la carnavaalización, la abundancia, la complejidad, la riqueza formal y, sobre todo, por la intertextualidad, esto es la incorporación en el discurso propio de referentes textuales en principio ajenos a la obra, en que se sustenta el discurso paródico. Si bien es cierto que Sarduy se refiere a la novela latinoamericana contemporánea en general, también lo es que centra su análisis en algunas de las obras más representativas de la novelística cubana de su momento: *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier, *Paradiso* de José Lezama Lima, *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante. Ignoro si el autor de la novela *De donde son los cantantes* conocía la obra de Fernando del Paso cuando escribió su ensayo, pero lo que sí puedo decir sin temor a equivocarme es que *José Trigo* podría ilustrar a cabalidad la tesis de Sarduy. Además de la referencialidad literaria que ya hemos señalado, ésta es, como las obras propias del neobarroco latinoamericano, una novela exuberante, lujosa no sólo para relatar los grandes acontecimientos históricos, tales las batallas cristeras o las luchas sindicales, sino también para entretenerse en los detalles más nimios e insignificantes; prodigiosa en su elaboración formal, compleja, sensual, lúdica y riquísima.

El horror al vacío, que suele invocarse como santo y seña del barroco, se ve colmado en *José Trigo* con un discurso pletórico que nos devuelve, verbalizada, es decir creada, una parte de nuestra historia largamente sometida al silencio.

YO SOY UN HOMBRE DE LETRAS*

Vicente Quirarte

En este Palacio de Bellas Artes despedimos el pasado noviembre a Fernando del Paso. En medio de sus mármoles ardientes agradecemos la herencia viva del escritor en palabras que él nos entrega con inéditos fulgores para hacer de cada día una obra de arte, una aventura apasionada. En esa ocasión terminé mis palabras diciendo que había que librar una batalla contra el simple dolor de no tenerlo. Con el paso del tiempo, su ausencia tangible se va haciendo más evidente. Lo saben más los de su sangre, quienes estos días de duelo comprenden cabalmente las palabras de alguien que creyó en la vida eterna:

Es la pena de amor que no se cura
sino con la presencia y la figura

Nos hace falta la voz profunda, educada y cálida de Fernando del Paso, por él recuperada estoicamente; la estridencia única de su arreglo, a la que su hijo Alejandro rindió homenaje para interrumpir el “temible luto ceremonioso” al que nos obligaba la ocasión solemne del capitán caído. Extrañamos las travesuras adolescentes de Fernando cuando en el restaurante Pierrot de Guadalajara demostraba que siempre se puede ser un “martini” más joven y de esa manera ser doblemente transparentes, ligeros e invencibles.

Hay seres que honran a la comunidad a la que pertenecen. Fernando del Paso pertenece a ese linaje. Ingresó como miembro honorario a esta Academia Mexicana de la Lengua con un discurso sobre el ladino, parte

* Discurso leído en el homenaje póstumo a don Fernando del Paso, el 19 de mayo de 2019, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, Ciudad de México.

de su curiosidad por el Islam que ocupaba obsesivamente su atención. La respuesta estuvo a cargo de don Ernesto de la Peña, único sabio entre nosotros capaz de darle la batalla.

Fernando del Paso nació el 1º de abril de 1935. Ese mismo día, pero de 1755, vino al mundo Anthelme Brillat-Savarin, el gastrónomo que, con el paso de los años, y por su propia cuenta, habría de publicar su libro *Fisiología del gusto* y hacer de la cocina un arte mayor. Otro primero de abril, pero de 1868, vio la primera luz el poeta y dramaturgo Edmond Rostand, ya para siempre asociado a su personaje central, Cyrano de Bergerac. Nada es obra de la casualidad, y los astros se acomodaron de tal manera que Fernando del Paso estuviera bien acompañado por estos dos autores de otra era. Su amor por la cocina, que comparte estrechamente con Socorro, y que los llevó a hacer un libro de cocina mexicana, publicado en Francia, y cuyo objeto es iniciar a los paladares de los paisanos de Brillat-Savarin en los misterios de nuestra gastronomía; su rebeldía y su independencia, su boca que se abre para decir siempre lo que piensa, aunque eso signifique el desconcierto de la grey, lo analogan al señor de Bergerac, cuya espada y cuya pluma se hallan exclusivamente al servicio de los perseguidos y de los enamorados que, como Palinuro nos enseña, son en el fondo una misma especie.

El secreto de la permanencia de las letras de Fernando del Paso entre nosotros se debe a su fe en la poesía como al acento más alto al que puede aspirar quien se enfrenta con el lenguaje. No es casualidad por eso que su primer libro publicado haya contenido poemas, y que Juan José Arreola haya querido publicar ese libro en su bella colección Cuadernos del Unicornio. En esos *Sonetos de lo diario* no sólo daba muestra de su maestría verbal, sino hacía gala de sus poderes para forzar el lenguaje y al transformarlo convetirlo en el más serio de los juegos. Desde que rompió sus primeras lanzas, el joven Fernando supo que su vocación exigía una constante metamorfosis y una disciplina sin fisuras. *Sonetos de lo diario* tituló su primer libro, publicado en 1958. En él ya daba muestra de su capacidad para transformar lo nimio en hiperbólico, lo aparentemente intrascendental en epifanía. Bajo los hechos cotidianos laten un virtuosismo y exigencia verbales que habrían de caracterizar su obra

futura y donde nada es lo que aparenta. Clasicismo y experimentación establecen afortunada alianza para poner en jaque a las palabras.

Hoy traigo uno de ellos al escenario, para rendir homenaje a sus palabras y a Socorro, musa inspiradora de todo lo salido de la pluma de Fernando:

Cuéntame tu perímetro y tu tasa,
porque quiero saber cómo te quiero;
porque quero saberme molinero,
cuéntate de los granos a la masa.

Cuéntateme de pronto, por si pasa
a mis manos de luz, ser espejero;
que me quiero por ti ser alfarero,
por de barro y de cielo hacer tu casa.

Te me das tan de lejos, tan de lado
que son pocos y necios los enseres
con qué hacer a la siembra y al hilado.

Cuéntame de las cosas que me quieres:
si son tierra o embriones, da el arado,
o la tela y el hilo, si alfileres.

Yo soy un hombre de letras, exclama, proclama y aclama un personaje de *Noticias del Imperio*, novela cuyos innumerables lectores han confesado públicamente que llevarían como único patrimonio a la isla desierta. Yo soy un hombre de letras. Reitera la frase y la transforma, la anuncia como enigma para la consecución de su historia ese imposible amante de metáforas que sin ver un texto suyo en letra impresa acendra su pasión para ayudar a resistir a una patria envilecida y pisoteada, pero estoicamente en pie de guerra. Yo soy un hombre de letras, enfatiza el escritor, el escribiente, el cajista, el formador de palabras cuyo más alto orgullo reside en poner sus luces y esfuerzos al servicio de la República. Yo soy

un hombre de letras es una frase que puede ser leída con secreta piedad o con admiración suprema. En el contexto donde Fernando del Paso la sitúa, sintetiza el esfuerzo de quienes han querido y no han podido, esa extensa y admirable legión que ha analogado sudor y lágrimas a la frescura intensa de la tinta, a la sangre que tanto se le asemeja como medio transmisor de nuestras ansias.

Hoy hemos venido a expresar nuestra gratitud, nuestra admiración, nuestro cariño a un hombre de letras en el sentido literal y literario del término. Este Palacio hace así las veces de arco triunfal. Como sucede en la tradición clásica, el triunfador penetra en el cuerpo de la ciudad con el orgullo de haber vuelto de cada batalla con las banderas victoriosas y sin claudicar un solo instante de sus convicciones. No sólo se reintegra a la república letrada, sino a una patria más honda y entrañable, ésa que sus letras y acciones hacen más grande y poderosa.

El camino que un hombre de palabra recorre para llegar al dominio de su oficio sigue un esquema común. Sin embargo, cada escritor es una criatura imprevisible y sorprendente, original y nueva. Fernando del Paso es nuestro ejemplo más claro de quien al construirse nos construye a nosotros; al forjarse un lenguaje, hace más prestigioso y fuerte el colectivo. Hoy hemos venido a agradecer y celebrar la victoria de un hombre sobre sí mismo, su labor de arquitecto de vastas y macizas catedrales de verbos, de compositor de óperas de signos que han resistido y resistirán el paso de las generaciones. En esas obras suyas habremos de seguir iluminándonos y creciendo. Al lado de esas nuevas odiseas, el artista integral que es Del Paso ha encontrado tiempo y espacio para seguir jugando como niño, para escribir una reincidente y memorable novela policiaca, para traer de vuelta el genio y la figura del poeta que en Granada comenzó a ser inmortal, para crear mundos alternos con sus dibujos, montajes y esculturas. Cuando ingresó al Colegio Nacional, solicitó que le fuera concedido desarrollar esas dos pasiones que en él palpitan: la literatura y la pintura. Una alimenta a la otra, y ambas se acompañan en sus soledades y sus iluminaciones.

Si la misión de un escritor es consumir al menos una obra maestra, Fernando del Paso lo ha logrado en cada una de sus tres novelas mayores.

En ellas ha llevado a cabo una lectura de la historia mexicana valiéndose, como núcleo primario, de tres personajes ya imborrables: José Trigo o el descenso al México ancestral y profundo; Palinuro o la odisea del hombre enfrentado al enigma del amor y la muerte a través del cuerpo de Estefanía o de un país que cambia de manera vertiginosa y radical; Carlota de Bélgica o la nueva Penélope que teje y desteje su locura y se transforma, por voluntad del narrador, en ojos omnipotentes de la Historia.

Desde que emprendió la primera de sus aventuras narrativas supo que iba a ser un contador de historias, pero también un modificador de la Historia. Y como su apuesta fue por la larga duración, se empeñó en armar laberintos donde tuvieran cabida, en palabras suyas, “todas las rosas, todos los animales, todas las plazas, todos los planetas, todos los personajes del mundo”.

Honesto y exigente, Fernando del Paso no permitió que saliera al mundo una página suya donde no ardieran al mismo tiempo la imaginación y la inteligencia. De ahí que entre cada una de sus novelas mayores existan largos periodos. Ante el reclamo de quienes exigen abundancia en nombre del empobrecimiento del idioma, el escritor respondió, digno y maestro: “La libertad del silencio es un deber moral del escritor. Callarse cuando nada tiene qué decir”. Otra de sus grandes lecciones es que es preciso entregarse por entero para hacer más puras las palabras de la tribu. Publicista, traductor para la BBC de Londres, diplomático ejemplar de México en París, donde desempeñó su cargo con diligencia y siempre tuvo tiempo para el visitante ilustre y para el estudiante pobre, se sirvió de las palabras para el diario sustento, pero desarrolló, en las más altas horas, el trabajo solitario del creador que, al domarlas y moldearlas, sustenta nuestra imaginación, la exacerba y la transforma en arma para vivir cada minuto con más intensidad.

Fernando del Paso nunca dejó de ser un marginal y un rebelde, tanto en su escritura como en sus declaraciones públicas, consciente de la orgullosa soledad que esa actitud conlleva. Pero fue, en lo más profundo, un hombre de familia. Así lo demuestran las dedicatorias de sus obras, sus constantes afanes por los de su sangre, su devoción por Socorro, inquebrantable aliada, y por su nieta Estefanía, cuyo solo nombre demuestra

que la fantasía y la realidad forman un solo, ardiente binomio. Por eso me atrevo a afirmar que Fernando del Paso está hoy con nosotros en compañía de los suyos, pero también de esta otra familia ampliada, la que él ha procreado con el poder de su inventiva, el virtuosismo de su estilo y la fecundidad de su escritura. Gracias, Fernando del Paso, amigo generoso, maestro inagotable, por devolver sus plenos poderes a la andante caballería del hombre de letras. Sus primeros beneficiados somos quienes tanto debemos al poder de tu pluma, cuyo temple y estirpe siempre harán más poderosa la espada.

AMADO NERVO 2020*

Adolfo Castañón

I. SOBRE LA FIGURA PÚBLICA QUE ERA NERVO

Tiene “musiquita”, dijo el general Porfirio Díaz al oír “La raza de bronce”, el extenso poema compuesto y recitado por Amado Nervo en honor a Benito Juárez en la Cámara de Diputados el 19 de julio de 1902.¹

Señor, deja que diga la gloria de tu raza,
la gloria de los hombres de bronce, cuya maza
melló de tantos yelmos y escudos la osadía:
¡oh caballeros tigres!, ¡oh caballeros leones!,
¡oh caballeros águilas!, os traigo mis canciones;
¡oh enorme raza muerta!, te traigo mi elegía.

No sería ni la primera vez de Nervo en un escenario o en un teatro ni la última. En 1903 recitó su poema “Los niños mártires de Chapultepec” en honor de los niños héroes en el monumento de Chapultepec. Era una figura pública. Había salido del cuarto de estudio para estar presente en distintos foros llevando la voz de la poesía que dominaba y lo dominaba:

Salió después a escena el siempre aplaudido poeta Amado Nervo y anunció que iba a dar lectura a una carta del Subsecretario de Instrucción Pública. He aquí la carta:

* Discurso leído en el homenaje a don Amado Nervo, el 23 de mayo de 2019, en la Capilla Alfonsina, Ciudad de México.

“Sr. D. Ricardo Castro.
 Julio 11 de 1902.
 Querido maestro:

El señor Presidente de la República, que tiene en alta estima los méritos de usted y su exquisito talento musical, me autoriza para hacerle saber su deseo de que vaya usted a Europa por cuenta de la Nación, para coronar sus estudios, trabajando con los mejores maestros en el arte que usted con tanta modestia como distinción cultiva.

Yo añadido a la cordial satisfacción de anunciarle esta buena nueva, mis aplausos por su triunfo y mis votos por su gloria.

Su amigo y admirador,

Justo Sierra.”

(Capítulo x, 1902, p. 2385)

Las referencias a Amado Nervo que aparecen en la *Reseña histórica del teatro en México* de Enrique Olavarría y Ferrari son numerosas.² Hacen ver que el poeta y narrador frecuentó los foros teatrales durante muchos años leyendo poemas suyos, improvisando, estrenando piezas suyas, saludando el paso de actores y hasta de toreros y brindando recitales junto con otros talentos. El otro lado de Nervo era misterioso y secreto. A los ojos de Rubén Darío era “celestes anacoreta”. Ese lado secreto tenía que ver con su atormentada vida amorosa y en última instancia trágica. Pero con Nervo la poesía no se encontraba arrinconada en la alcoba, ni en las bibliotecas o mesas de café. Era dicha y recitada en salones y parques, amenizaba las fiestas. A finales del siglo XIX el teatro era una plataforma desde la cual la sociedad y el poder se ponían en escena a sí mismos a través del estandarte de la poesía. En las crónicas citadas por Olavarría se alude con adjetivos afectuosos a este poeta y escritor que, desde la codirección de la *Revista Moderna* con Jesús E. Valenzuela, en 1903, fue conquistando los espacios de la cultura y el arte. Al igual que su admirado Manuel Gutiérrez Nájera —como él, poeta y periodista enamorado del teatro de las artes—, Nervo supo fraguar una alianza sutil pero firme entre el verso, la prosa, el periodismo, la escena, la edición, la fiesta y el

convivio. Poco a poco, sin darse cuenta, se fue transformando en su propia estatua y cuando despertó ya era una leyenda... Su intensa actividad periodística corría paralela a su acción editorial y a sus intervenciones como poeta. Amado Nervo era un virtuoso del verso y de la métrica: endecasílabos, estribillos, sonetos, décimas, versos aconsonantados, de arte mayor y de arte menor, letanías, quintillas, canciones, versos para zarzuelas, composiciones improvisadas en corridas de toros, según advirtieron Juan Ramón Jiménez, Federico de Onís y Tomás Navarro Tomás. Como Lope de Vega, era un virtuoso sensible a su público, a sus públicos: lo mismo habla *En voz baja* (1909) que sabe reunir a su alrededor la atención de la tribu a la que se dirige en actos luctuosos o con sonoros versos como los de “La raza de bronce” y otros salidos de la lira patria. Nervo era un personaje doble: el mundano y el secreto, el paseante y el político, el chispeante conversador y el melancólico imitador de Cristo, el cosmopolita y el aprendiz de fraile atormentado por la vida espiritual. Amado Nervo: uno de los nombres tensos con los que se llamaba la cultura de finales de siglo XIX en México.

Si la estrella del nayarita subió en la estima de Justo Sierra y de la alta sociedad porfirista (Joaquín Casasús contaba sílabas y billetes: era secretario de Hacienda y traductor de autores latinos), esto no sólo se debe a su poesía cristalina. Era un forzado, un obrero de la pluma y un artesano impecable. Sus crónicas, cuentos, ensayos no sólo contribuyeron a sembrar los vientos de la inspiración modernista por todo el orbe, también lograron renovar esos géneros a través de una narrativa nunca desdenosa de la magia de lo sobrenatural y lo fantástico, y nunca olvidadiza tampoco de lo que podría llamarse cierto “color local” o aun costumbrista: arraigado Nervo en su solar tradicional y legendario, memorioso de su patria chica. No se ha estudiado hasta ahora en forma organizada el sistema de vasos comunicantes que fluye entre los dos cuerpos de la obra: la prosa y el verso; tampoco se ha detenido la atención lo suficiente en la inteligencia capaz de armonizar lo mundano y callejero, lo social y lo secreto, la tormenta mística que rayaba en el silencio y acaso en el nihilismo... Pero Nervo no se puede quejar de su actualidad editorial. Si en el pasado fue objeto de numerosas ediciones, incluidas las piratas,

actualmente se cuenta con la página “Amado Nervo: lectura de una obra en el tiempo”, en: <<http://www.amadonervo.net>> de la UNAM dirigida por Gustavo Jiménez Aguirre.

II. SOBRE LA VIDA Y OBRA EN GENERAL

Amado Nervo nació en Tepic el 27 de agosto de 1870. En el horóscopo chino le tocó el signo de la libertad: Caballo blanco de metal; en el horóscopo europeo: el signo de Virgo, emblema de los meditativos como Jorge Luis Borges. Huérfano a los 13 años, fue enviado por su madre a Jacona, pequeña ciudad cercana a Zamora donde había un colegio conocido y prestigioso y donde hubo ferrocarril antes que en otras ciudades. Ahí inicia sus estudios formales y empieza a frecuentar a los clásicos españoles y franceses —el Romancero, los autores del Siglo de Oro, Cervantes, Corneille—, los latinos —Horacio, Virgilio— y la lengua y las obras de Shakespeare. La familia se traslada a Zamora, otra ciudad ilustrada, y pasa ahí en el seminario desde 1886 hasta 1888 entregándose al estudio de las ciencias y de la filosofía; en 1889 sale para estudiar leyes, pero vuelve al seminario en 1891 donde, atraído por la religión, la liturgia y los misterios de la teología, empieza a componer sus primeros poemas, canciones y textos en prosa. Quedará marcado por esos años de aprendizaje. De esa prehistoria le vienen a Nervo sus orientaciones hacia la religión y la mística, tanto como el impulso que lo lleva a cristalizar sus meditaciones en el cauce de Horacio y sus odas filosóficas. Así lo supo reconocer en 1937 Gabriel Méndez Plancarte en *Horacio en México*.³ El “Apresúrate” de *Plenitud* es una prueba de esa huella:

APRESÚRATE

Apresúrate a decir a tus hermanos el mensaje que para ellos se te ha dado.

Ya la Muerte llamó a tu ventana... y pasó de largo, como el rondador que hace un signo a la amada.

Quizá no ha ido muy lejos y volverá en breve.

Fue tal vez una advertencia para que festines tu trabajo.
 Apresúrate a decir a tus hermanos cuanto has de decirles.
 Apresúrate a amar: quizá Ella no está muy lejos, y ya sabes cómo hiela los corazones...
 Después tus hermanos te llamarán con amor y no podrás responderles; bien sabes que la tumba es el Mutismo de los Mutismos.
 Apresúrate a amar con todo el amor que te queda.
 Vierte sobre todos el resto de tu crátera, de tu amplia crátera cordial.
 Apresúrate...
*Carpe diem! Carpe diem!...*⁴

A finales de 1891, apremiado por la situación económica de su madre y de la familia sale a Mazatlán. En esa ciudad desarrolla una intensa actividad periodística que todavía desafía a los investigadores.

Otros ecos de esa pendiente en libros como *En voz baja* (1909) y en poemas como “Y tú esperando”.

En 1895 su novela corta *El bachiller* despierta el interés y su fama inicia con la polémica por la forma en que el autor teatraliza la vocación poética definida por las sombras de la educación religiosa. El artista como sacerdote expoliado. Ese mismo año, al morir Manuel Gutiérrez Nájera, recita un poema que pone su nombre en boca de muchos. De ahí en adelante, el poeta y el periodista, el cronista y el artista, el editor y el conversador chispeante ganarán una creciente admiración. A cien años de su muerte, hoy leemos a Amado Nervo, por así decir, “en frío”. A pesar de la bienvenida página electrónica que está dedicada, sin embargo, no lo logramos escuchar como ese actor de sus emociones y de las de su público que lo hizo célebre en virtud y en función de su gracia y conversación.

Después de su apogeo, Nervo cayó en un purgatorio, como se puede desprender de las palabras de José Luis Martínez: “Seguirá nuestro Amado Nervo en las bibliotecas rosas por sus incapacidades insuperables; por su deplorable inclinación a la chabacanería, por su gusto dudoso, por su carencia de profundidad y de misterio, por su falta de poder para desvelarnos radicalmente [...] y sobre todo, porque no tiene una dimensión más

allá de su eficacia comunicativa”.⁵ Amado Nervo decía estar más orgulloso de su prosa que de su poesía; pocos se han detenido en esto. Por ejemplo, en *Las ideas de Tello Téllez*,⁶ escritas al final de su vida, se pueden leer páginas donde aparece un “maestro apócrifo” que luego veremos en el *Juan de Mairena* de Antonio Machado.

Sin embargo, el aliento que mueve sus composiciones ha sido capaz de atravesar las décadas y todavía un adolescente en 1962 —el suscrito— recitaba de memoria los versos de “La raza de bronce” que le hicieron decir a Porfirio Díaz eso de la “musiquita”. De hecho, esta facilidad armónica le costaría a Nervo el desdén de los escritores que vendrían después de él, más atentos a otros valores de la palabra poética.

III. SOBRE LA AMISTAD CON RUBÉN DARÍO

De Tepic a Jacona, Zamora, Mazatlán, México, Madrid, París, Uruguay. Los lugares por donde anduvo y residió Amado Nervo deslindan también un espacio cultural y una órbita de la letra escrita y hablada en español.

En París se hizo amigo de Rubén Darío, con quien compartió no sólo el domicilio sino también las tareas en la redacción de periódicos y revistas. Ahí Amado Nervo y Darío se hicieron muy amigos, iban juntos a los mismos cafés, restaurantes y teatros, frecuentaban a los mismos amigos, como se desprende de la correspondencia de Nervo con su amigo Luis Quintanilla.⁷ La amistad entre Nervo y Darío se tradujo no sólo en colaboraciones puntuales, sino en el tejido de una red. Nervo hacía publicar en México las colaboraciones de Darío y además de los autores promovidos por él. Juntos armaron una máquina de guerra llamada modernismo. Su fraternidad tenía también un lado humano. Nervo se había hecho amigo de Darío y de su pareja sentimental a la que había conocido en Madrid, Francisca Sánchez, la hija del jardinero de Alfonso XIII. Entre los tres se estableció una complicidad, convivían en el mismo espacio y esa alianza fue más allá de la muerte. Nervo visitaba a Francisca luego de la muerte del nicaragüense. Al morir Darío, Nervo escribió:

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

Hermano, cuántas veces tu espíritu y el mío
unidos para el vuelo cual dos alas ansiosas,
sondar quisieron ávidos el Enigma sombrío,
más allá de los astros y de las nebulosas.

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

¡Cuántos años intensos junto al Sena vivimos,
engarzando en el oro de un común ideal
los versos juveniles que, a veces, brotar vimos
como brotan dos rosas a un tiempo en un rosal!

Hoy, ya tu vida, inquieta cual torrente bravío
en el Piélagos arcano desembocó; ya posas
las plantas errabundas en el islote frío
que pintó Böcklin... ¡ya sabes todas las cosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

Amado Nervo recordaba el poema con que el nicaragüense lo había
saludado en 1900:

AMADO NERVO⁸

Amado es la palabra en que amar se concreta;
Nervo es la vibración de los nervios del mal.
Bendita sea, y pura la canción del poeta
que lanzó sin pensar su frase de cristal.

Fraile de mis suspiros, celeste anacoreta
que tienes en blancura la azúcar y la sal:
¡muéstrame el lirio puro que sigues en la veta
y hazme escuchar el eco de tu alma sideral!

Generoso y sutil como una mariposa,
encuentra en mí la miel de lo que soy capaz
y goza en mí la dulce fragancia de la rosa.

No busques en mis gestos el alma de mi paz;
quiere lo que se aquieta, busca lo que reposa,
¡y ten como una joya la perla de la Paz!

(París, 1900)

No es extraño que la estafeta del modernismo haya pasado naturalmente a manos de Amado Nervo. Muchas cosas tenían en común, además de las lecturas y del espíritu de su poética de la sinceridad y la naturalidad. Ambos eran capaces de imantar a las muchedumbres. La llegada tumultuosa de Darío a Veracruz en 1910 rima, en cierto modo, con el llanto de las multitudes a lo largo del continente durante su último viaje en barco en 1919 y las hacía salir a las calles para saludarlos: Darío llegando a Veracruz en 1910, Nervo llorado por multitudes. Cuando Ramón López Velarde se enteró de la desaparición del poeta, escribió:

Un periodista me dijo: murió Amado Nervo... Busqué en el cielo la Lira... No la encontré... Quedé impasible. En ello reconocí la eternidad del muerto, porque vivir o morir es secundario para él, en presencia de la perpetuidad de la obra. Para mí es el poeta máximo nuestro... Filialmente (ya que él, con el “Duque”, nos inculcó los principios poéticos y nos enseñó los áulicos ademanes del espíritu), me confieso reacto a sus prosas y versos catequistas... Más —por sobre esas “salvedades”— él es nuestro “as de ases...”: el Nervo encantador que me sé de memoria, pleno, sobresaltado, místico, abundante de gracia, fiel a sí mismo, amartelado con cada

creatura... Una sola cosa sabemos: que el mundo es mágico... vamos de la vigilia al sueño como del deleite de un rubí al encantamiento de una perla... y eso hizo Nervo en grado heroico, trenzando con la facultad heliotrópica la potencia nocturnal, y ésta es la clave de su rango... derrotó a la palabra ciñéndose a decir lo que nacía de la combustión de sus huesos... lo honramos con justicia... [Ramón López Velarde, “La magia de Nervo”, *Amado Nervo y la crítica literaria. Antología de semblanzas y notas críticas*, Botas, México, 1919, p. 107] [también, Ramón López Velarde, *Obras*, edición de José Luis Martínez, Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Americana, proyectada por Pedro Henríquez Ureña y publicada en memoria suya. Serie de Literatura Moderna. Pensamiento y Acción), México, 1ª ed., 1971, pp. 545-548.]

IV. NERVO MÍSTICO

La presencia del pensamiento y la sensibilidad asiáticos a través de la teosofía se dio en Hispanoamérica desde mediados del siglo XIX. Es conocido el contacto de Rubén Darío con el pensamiento y los misterios indostánicos.⁹ En México se puede registrar desde esa época el interés por el pensamiento y la sensibilidad oriental a través de la traducción de un libro “secreto” de la cultura tibetana: *Moral de la vida humana*, traducida de un manuscrito indio escrito por una antigua brahmína, publicada en Londres en 1825, obra que fue vertida del inglés al español por la señorita Concha Gómez Farías e impresa en Roma en 1899 por la Tipografía del Instituto Gould, con prólogo de J. B. Híjar y Haro.¹⁰ No se puede olvidar que Francisco I. Madero compartió ese interés por *la otra religión* que, en rigor, no es religión: el budismo.

En Amado Nervo se da un quiebre o punto de ruptura entre el simbolismo y el modernismo. Acuciado por un impulso hacia la desnudez, proveniente del pensamiento asiático y la teosofía y disparado por la muerte de su *Amada inmóvil*, Nervo empieza a distanciarse del esplendor del modernismo para adentrarse cada vez más en un pacto espiritual alternativo. En ese proceso Nervo irá desde la lectura de la poesía del persa

Omar Khayyam (leído por el padre de Jorge Luis Borges) hasta la familiaridad con la poesía y la prosa de Maurice Maeterlinck, uno de sus maestros; la lectura de Emmanuel Swedenborg (leído también por Borges) y de Henri Bergson. Para el crítico y poeta Manuel Durán, en su biografía sobre Nervo, esta alternativa se da como una “puerta falsa” hacia la modernidad. En ese segundo periodo se pasa de un cristianismo y panteísmo relativamente vago hacia una nueva firmeza: la del budismo. Un poema como “Hermana agua” registra claramente este camino solidario. Vale recordar el epígrafe del poeta y santo Francisco de Asís:

*Laudatu si, mi Signore, per sor acqua...*¹¹

“¿Era Amado Nervo un místico?” Se preguntaba en su *Breve historia del modernismo* Max Henríquez Ureña (1954). Había materia documental para esa cuestión delicada, a la vez íntima y pública. Por un lado, Nervo inició sus estudios en un seminario y tuvo la tentación de entrar por la puerta estrecha del sacerdocio al que renunció. Muchos entendían que era una especie de sacerdote expoliado, un *defroqué*. Del otro lado, y por eso mismo, títulos como *Místicas* (1898), *Los jardines interiores* (1905), *En voz baja* (1909), *Serenidad* (1912), *Renunciación* (1914), *Elevación* (1916), *El estanque de los lotos* (1919) y *El arquero divino* (1920, póstumo) denunciaban o sugerían esa vacilación. Por eso mismo Nervo puede hablar de Hamlet en su poema “La raza de bronce” como un “doliente hermano”. Es cierto que Nervo leyó a Tomás de Kempis que urgía a sus lectores a la *Imitación de Cristo*, no a leer los Evangelios sino a *ser Cristo*. Es cierto también que Nervo, por un momento, como queda claro en su poema, intentó esa terrible aventura. También es cierto que su frágil condición humana lo llevó a buscar el mundo, el amor y la felicidad profanas, y que el duelo por la amada perdida (*La amada inmóvil*) lo devolvería a ese camino de la desnudez y de la búsqueda interior. Todavía está por estudiar con cuidado la historia de la evolución religiosa de este poeta de cuya sinceridad no se puede dudar. Y es que precisamente la *sinceridad* es, como apunta Carlos Monsiváis, una brújula de su actitud ética. Tal vez percibiendo esto sus lectores lo siguieron en sus libros en vida y póstumamente. La historia

editorial de Amado Nervo no puede desprenderse de esta recapitulación. No sólo eso. Habría que añadir a esa historia editorial oficial la caudalosa de las ediciones piratas. Nervo es en ese sentido un clásico. Pero Nervo sigue siendo un misterio. Un fantasma que recorre la historia de la poesía mexicana con su cauda anacrónica pero decididamente carismática, con su vidriosa fama, tan peligrosa para él como para sus lectores.

Los críticos y lectores de Amado Nervo como la puertorriqueña Concha Meléndez, el hispanista norteamericano Alfred Coester, hasta Luis Leal y Manuel Durán coinciden en dar cuenta de este proceso por el cual Nervo deja atrás el cortejo afectivo del carnaval bohemio para adentrarse en las austeridades de una poesía a la par edificante y pedagógica. Este proceso pudo ser seguido abiertamente por el público que lo leía. Nervo se hizo un estandarte de la poesía entre las multitudes, pero al mismo tiempo fue perdiendo lectores entre los poetas más exigentes y comprometidos con los procesos de la vanguardia.¹²

V. SOBRE SU MUERTE

La vida desemboca en un libro o en unos libros, cuando alguien muere, se ponen flores en su tumba y poco después se producen libros para saludar el final del escritor. Tal fue el caso de Amado Nervo. El mismo año en que murió se publicaron en México dos libros: uno de ellos recogía los discursos pronunciados con motivo de sus exequias en el Panteón de Dolores. El sepelio debe de haber sido largo. Hubo por lo menos 10 discursos:

1. Reseña de las ceremonias organizadas en honor de Amado Nervo.
2. Discurso del capitán de navío doctor Carlos Carbajal, en la Rotonda de los Hombres Ilustres.
3. Alocución pronunciada por Ezequiel A. Chávez, en nombre de la Universidad Nacional de México.
4. Discurso del excelentísimo señor doctor D. Manuel E. Malbrán.
5. Discurso del señor licenciado D. Hilario Medina, jefe de nuestra Cancillería.

6. Discurso del señor licenciado D. Alejandro Quijano.
7. Discurso del señor doctor D. Enrique González Martínez.
8. Alocución pronunciada a nombre del profesorado de la Universidad Nacional de México por el señor licenciado Vicente Lombardo Toledano.
9. Alocución de la señorita Palma Guillén.
10. Para Amado Nervo, poesía de Oión Robledo.¹³

El otro recoge los testimonios en verso y prosa, así como diversas opiniones. *Prosa*: Guillermo Jiménez; *La vida del poeta*: González de Mendoza; *opiniones*: Rubén Darío, Enrique González Martínez, Luis G. Urbina, Alfonso Reyes; *versos*: Rubén Darío, Enrique González Martínez, Antonio Mediz Bolio, Alfonso Camín, Xavier Sorondo, Juan B. Delgado, Martín Gómez Palacio; *poesía*: Rafael López, José Juan Tablada, J. Núñez y Domínguez, Ramón López Velarde, Manuel Horta, Cristóbal de Castro, Emilio Carrère, María Luisa Ross, Juan Zorrilla de San Martín, Jesús Villalpando, además de una breve antología del autor.¹⁴ Un año después se publicó, en 1920, *Los cien mejores poemas de Amado Nervo* en la colección Cvltvra, escogidos y prologados por Enrique González Martínez —poeta que, con Alfonso Reyes, podría decirse su heredero—. Luego, en la Biblioteca Nueva en Madrid, con ilustraciones de Marco, se publicaron entre 1920 y 1928 los 29 volúmenes de las *Obras completas* al cuidado de Reyes. En 1943 el sello Espasa-Calpe de Argentina editó sus *Poesías completas* y, un año después, en 1944 lo hizo la Editorial Nueva España de México. En 1945 el sello argentino Calomino lanzó 30 tomos de las *Obras completas* previamente editadas por Reyes. Casi tres décadas después, en la editorial Aguilar, se publicaron en Madrid, en papel biblia, dos volúmenes empastados con edición, estudios y notas de Francisco González Guerrero para los escritos en prosa: vol. I (1 454 pp.) y una parte del vol. II (1 889 pp.). En ese tomo las *Poesías completas* abarcaban más de 600 páginas y su edición estuvo a cargo de Alfonso Méndez Plancarte.¹⁵ Aunque haya pasado más de medio siglo, y hayan aparecido muchos otros textos de Nervo esta publicación es, para mí, la edición de referencia. Amado Nervo escribió

cuentos, novelas cortas, historias varias, cuadros costumbristas, crónicas urbanas, literarias y teatrales, piezas de “teatro mínimo”, conferencias, discursos, libros, crónicas de viaje, cartas, textos autobiográficos, apuntes, ideas, aforismos. La vertiente poética no es menos caudalosa. Ambas están conectadas. Las más de 200 páginas del tomo II impresas a doble columna abarcan *Mañana del poeta* (1886-1891), *Místicas*, *Poemas* (1894-1900), *Cantos escolares*, *El éxodo y las flores del camino*, *Los jardines interiores*, *En voz baja*, *Serenidad*, *La amada inmóvil*, *Elevación*. *El estanque de los lotos*, *El arquero divino*, *La última luna* (abril-mayo de 1919).

El pacto que sella la vocación poética de Amado Nervo es a la vez artístico y civil, poético y político, literario y religioso. Al redactar cada una de sus estampas líricas, al fraguar sus poemas y dejarse hablar por los espíritus de la letra que lo convocan y apremian, al reiterar en cada signo su apuesta espiritual y ética va interrogando al mito y paralelamente creando el mito del poeta —que sabe templar no sólo las cuerdas íntimas sino la “Lira heroica”—. De esta vertiente son muestra su canto a los niños héroes de Chapultepec, leído en el hemiciclo dedicado a ellos y “La raza de bronce”, dedicado a Benito Juárez y leído en la Cámara de Diputados ante Porfirio Díaz. En este poema en particular se cifra y condensa un abanico de las posibilidades éticas y estéticas del mundo indígena y mestizo mexicano. A Nervo no le asustaba el acercarse al fuego de la política a través de la poesía. Supo que era uno de los herederos de Manuel Gutiérrez Nájera y muchos vieron en él al sucesor de Rubén Darío, su amigo en París y cuyas ideas y sensibilidad ayudó a propagar desde Madrid y México.

Esta disposición generosa hacia el mundo de la historia y sus grandes visiones corre paralela a su reiteración en verso de lo bíblico y de lo evangélico, y luego de lo santo encarnado en los destellos de Buda. Desde el mito del poeta —capaz de hablar con todos y del todo con las letras amorosas del que sabe callar a tiempo— el escritor va dibujando en vida su prístina máscara mortuoria de incorruptible y a la vez humano y amado. Al morir el poeta en Uruguay, el presidente de ese país declara luto nacional el día 26 de mayo, ordena que las banderas se abatan a media asta, y que retumben cañones a lo largo de la

jornada; se le declara “Príncipe de los poetas continentales” y “el más grande lírico de América”. Se ordena que la fragata *Uruguay* zarpe hacia México. El buque en que viaja el cadáver embalsamado del poeta es escoltado por naves de Argentina y de Cuba, el féretro llega a México cubierto por los pabellones de otros países —como Venezuela y Brasil— que se han unido a Uruguay en el duelo. Un vistoso sarcófago diseñado y esculpido por el artista uruguayo José Zorrilla de San Martín arrojará los despojos del poeta en la Rotonda de las Personas Ilustres.

Al poeta lo venerarán las multitudes que lo han leído y lo seguirán en procesión a lo largo de ese viaje póstumo que traerá sus restos desde la Banda Oriental, en un barco de guerra escoltado por una comisión de intelectuales hasta México, durante un tránsito que durará casi medio año. El cuerpo embalsamado de Nervo desembarcará el 11 de noviembre en Veracruz, pasando por Apizaco y Orizaba, antes de alcanzar México. Ese día, según recuerda el notario y escritor Ángel Gilberto Adame,¹⁶ fue declarado día de luto nacional. El 14 de noviembre fue inhumado en la Rotonda de Dolores. El cortejo convocó aproximadamente a 200 000 personas. Tomaron la palabra Ezequiel A. Chávez por la Universidad, el jefe de la Cancillería mexicana, Hilario Medina, Alejandro Quijano y Enrique González Martínez de la Academia Mexicana de la Lengua, Palma Guillén representando a la escuela Normal para Maestros de México y las escuelas hermanas del Uruguay; y Vicente Lombardo Toldano a nombre de los profesores universitarios.

VI. SOBRE SU LEGADO Y OBRA

El nombre de Amado Nervo llegó a ser un ejemplo del escritor despierto en las orillas del poema y en las de la prosa. También un sinónimo del poeta a la vez oficial y popular. Tal vez no es extraño que Ramón López Velarde lo haya considerado como un ascendiente decisivo de su proyecto poético, ni que Octavio Paz lo lea a la luz de esa “religión del amor” que practicó López Velarde y, desde luego, él mismo autor de *La llama*

doble. Tampoco es casual que Reyes lo cite copiosa y naturalmente a lo largo de su obra ni que le haya dedicado, al menos, su *Tránsito de Amado Nervo* ni que la primera edición de sus *Obras completas* la editara el mismo Alfonso Reyes para la Biblioteca Nueva, con “elegantes” ilustraciones en las portadas estilo *art déco*, ni que la segunda edición se deba a los buenos oficios de don Alfonso Méndez Plancarte para el sello de Aguilar. Amado Nervo ronda las calles de la ciudad literaria mexicana e hispanoamericana como una sombra fiel a su propia hora... Nervo fue un poeta religioso. Buscó el fantasma o la presencia de lo sagrado no sólo en el ámbito litúrgico, sino aun y sobre todo en el amor o en los amores imposibles. Octavio Paz, Alí Chumacero, José Luis Martínez, Juan José Arreola —me consta— se sabían de memoria poemas y versos de Nervo. Tampoco es casual que a Nervo, Carlos Monsiváis le haya dedicado un libro *Yo te bendigo, vida. Amado Nervo: crónica de vida y obra* (2002) —después de todo su memoria pagaba así una deuda con el autor de tantos poemas citados y recitados por él mismo. Quizá sólo los estudiosos que han armado el sitio electrónico para la UNAM están conscientes de que la obra de Amado Nervo está todavía por descubrir. Un ejercicio que puede distraer de la lectura gastada de la poesía cívica o de la de las efusiones sentimentales es el de espigar en los versos y en la prosa de Amado Nervo las composiciones que le dedicó desde su juventud hasta su edad madura a Siddhartha Gautama, Buda, de los cuales hay ejemplos en la antología de Jorge Cuesta y en el *Omnibus de poesía mexicana* de Gabriel Zaid, otro lector suyo. Amado Nervo fue un hombre de su tiempo, es decir, es uno de nuestros soterrados contemporáneos. “Y el Buda de basalto sonreía”; el poema fue recitado en público, recogido en la *Antología de la poesía mexicana* de Jorge Cuesta, memorizado por muchos. Pero a la escritura poética de Nervo —reconocida por Juan Ramón Jiménez y Federico de Onís— viene a sobreponerse la silueta del hombre de letras y del hombre que, a pesar de la admiración oficial, no ha merecido todavía una biografía digna de ese nombre, ni nadie se ha atrevido a hacer una nueva, rigurosa y actualizada versión de sus *Obras completas*. Todavía resuenan en la memoria las cautelas de José Luis Martínez en contra de Nervo como un poeta rosa...

Debo reconocer que me admira el entusiasmo —cívico o religioso, sentimental o pánico— que estremece algunos poemas suyos y esa peculiar, inconfundible musicalidad de su escritura poética que el lector se encuentra sembrada en antologías, libros de texto y, desde luego, en poemas de otros poetas que a veces lo reescriben sin atreverse a citarlo.

VII. PAZ, LIZALDE, ELIZONDO Y MONSIVÁIS SOBRE NERVO

Eduardo Lizalde recuerda, en su ensayo sobre Manuel Gutiérrez Nájera —prosista y poeta— escrito en el centenario de su muerte, unas palabras de Octavio Paz escritas en 1950 sobre Amado Nervo: “Después decide desnudarse. En realidad se trata de un cambio de ropajes. El traje simbolista, que le iba bien, es sustituido por el gabán del pensador religioso. La poesía perdió con el cambio sin que ganara la religión o la moral”; y sigue Lizalde: “es decir que del Nervo brillante, lírico, enamorado, romántico-modernista de la primera etapa, todo el mundo habló bien; en cuanto entró al misticismo y a los sermones del género catequista, todos odiaron discretamente la poesía de Nervo, incluidos sus discípulos y admiradores”. La figura de Amado Nervo es, desde la perspectiva crítica de Lizalde, indisociable de la de Manuel Gutiérrez Nájera, Ramón López Velarde, Enrique González Martínez y Alfonso Reyes. Y se le recuerda como al “poeta mexicano de más grande celebridad y prestigio internacional en el primer cuarto de siglo”. A su vez, Salvador Elizondo precisa que: “Según muchos Amado Nervo (1870-1919) es el más grande poeta modernista mexicano, pero su condición más exacta es la de ser el más modernista de los poetas mexicanos de su época” (*Museo poético*). Es, en cualquier caso, un poeta que suscitó en vida y todavía sigue despertando los fervores y distancias. Entusiasmos y reticencias, precisamente por esa lealtad a su camino interior, a su vocación artística, poética o religiosa...

Es cierto, como recuerda Carlos Monsiváis, que Amado Nervo fue quizá uno de los últimos avatares del poeta inspirados por “una fe religiosa, la mística del verbo”.¹⁷ Ese fervor se daba tanto en el ámbito privado como en el espacio público. Amado Nervo era como señala Monsiváis:

“De entre los modernistas, Nervo es el más abiertamente religioso a la antigua usanza, y anhela la transfiguración, el acto mediante el cual el escritor deviene sucesión de formas diáfanas.”¹⁸ Monsiváis pone como ejemplo un poema de este proceso:

TODO YO

Todo yo soy un acto de fe.
Todo yo soy un fuego de amor.
En mi frente espaciosa lee,
mira bien en mis ojos de azor:
¡hallarás las dos letras de FE,
y las cuatro, radiantes de AMOR!

Si vacilas, si deja un por qué
en tu boca un acervo amargor,
¡ven a mí, yo comienzo, yo sé!

Mi vida es mi argumento mejor.
Todo yo soy un acto de FE.
Todo yo soy un fuego de AMOR.

Febrero 9, 1915¹⁹

Monsiváis tenía en mente el “Homenaje a Amado Nervo” que Carlos Pellicer le dedicó a su muerte desde Bogotá:

HOMENAJE A AMADO NERVO

Vida,
Vida que te restituyes a ti misma
con la vivaz aurora campesina.
Vida que sobre las rosas bautizadas
soplas el aura de la gracia eterna.

Desnudo el cuerpo, vestida el alma con tus alas
vengo a dejarte el bronce de mi juventud
a cambio de las joyas con que me adorna el alba.
Vida fuerte y prolífica
que me impeles al sol del día máximo
con una gran sonrisa,
y cuelgas de una estrella mi destino
que ha de llevarme a ella.
Vida que me has salvado de otra vida
que en ti está y no me das, porque pudiste
fascinar la serpiente de mi tristeza indígena,
hostil como el nopal en que se arqueaba,
y me lanzaste el águila de tu fuerza optimista.
Joven y redimido, vengo a escuchar la música del campo
y a enriquecerme con tu estío.
Dórame con tu sol junto a los trigos,
vénceme con tus frutos femeninos,
revíveme después con tus intactos vinos.
Hoy es tu fiesta,
hoy es la fiesta de tu mejor hijo.
De aquel que al fin te dijo:
“Vida, nada me debes, vida, estamos en paz.”
Ya llegó a tu regazo:
Por eso eres más bella y es más fuerte tu abrazo
y es más noble tu faz.
Hoy es la fiesta concéntrica del mundo.
Si tú le das tus rosas, él te dio sus manzanas.
Llueva la lluvia límpida del cielo matinal,
en tanto en las ciudades de Cristo, las campanas
sobre las hondas Catedrales
sacudan hasta el vaso del altar.
Vida, ya es tuyo el hombre
cuyo nombre es amado por todos y por todas.
Hoy renuevas tus bodas

y renuevas los planes a la Esfinge,
tu animal predilecto.
El tiempo ha amanecido una vez más
de yerba limpia y de jocundo insecto.
Corro sobre los prados
cantándote los cantos de alegría
de la alegría plena
porque llegó a tus bosques el poeta
que ya no va a cantar,
sino que va a escuchar;
que ya no va a decir,
sino que va a oír.
Rímame con un roble
que ramas lanzo y que corteza opongo!
Harás el dístico rotundo
para iniciar el homenaje fuerte.
Vida
generosa y magnífica,
alégrate más, alégrate,
hasta poner las rosas en los árboles
y tu corazón junto a los lirios.
El jardinero de tu flora óptima,
el hermano del agua,
te florece sus manos conmovidas.
En conjunción intensa
miro al cristiano sin liturgias, puesta
la mano con dulzura en la mejilla,
besándote la frente
y lleno de sonrisa en la pupila.
Vida
¡generosa y magnífica!
alégrate más, alégrate,
el poeta es ya tuyo.
El hijo del Ensueño y de la Esfinge

llegó a tu corazón. Sobre el planeta
 cruza la escuadra aérea
 de las palomas de la paz.
 Abrácense las lirás, ¡súmense las Auroras!
 Ríjase el río por lo que diga la torcaza,
 porque integró la vida su prosapia recóndita.

Pasa el Solemne Soplo del Templo de la Paz.

Bogotá, septiembre, 1919.²⁰

El poema de Pellicer dialoga con el poema citado por Monsiváis. El lector se queda con estas letras al recordar a Nervo: “Pasa el Solemne Soplo del Templo de la Paz”.

★ ★ ★

Amado Nervo: *Tóp.* Calle de Madrid que se dirige de la avenida de Menéndez Pelayo a la calle de Juan de Ubieta: d. m. de Retiro. Su nombre se refiere al poeta y diplomático mexicano Amado Nervo (1870-1919), uno de los grandes poetas de su país; conoció a Rubén Darío en París, y se adhirió al movimiento llamado “modernista”; combinó esta nueva forma de expresión con un misticismo de delicadeza poética; residió en Madrid durante un largo periodo de tiempo; vivió en un piso de la calle de Bailén, frente a los Jardines de Sabatini, donde escribió una de sus piezas de más elevada inspiración: *La amada inmóvil*; asimismo enviaba a diario a su país sus impresiones escritas de lo que iba ocurriendo en aquellos días, testimonio que constituye hoy día una encantadora evocación de la capital española en los comienzos del siglo xx. En el número 18 de esta calle se encuentra la iglesia parroquial de Santa Catalina de Siena (*Gran diccionario de Madrid*, Juan Palomar de Miguel, vol. 1. A-K, Fondo de Cultura Económica–Centro de Estudios Mexicanos–UNAM, con el patrocinio de la Casa de México en España y Bimbo, España, 2018, p. 76).

NOTAS

¹ *Obras completas de Amado Nervo*, t. II. “Prosas-Poesías”, edición, estudios y notas de Francisco González Guerrero (prosas) y Alfonso Méndez Plancarte (poesías). Introducción. “Noticia biográfica”, Aguilar Ediciones, Madrid, 1952, p. 1216.

² Como muestra de esas intervenciones vayan unos ejemplos entresacados de la mencionada *Reseña histórica del teatro en México*, de Olavarría:

(Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México 1538-1911*, prólogo de Salvador Novo (de la Academia Mexicana de la lengua), Porrúa, 3ª ed. ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961, 1961).

Tomo III (23)**Capítulo VIII, 1895**

(...) Dio la Compañía Infantil sus últimas funciones en la tarde y noche del domingo 29 de septiembre con *Certamen nacional*, *Una limosna por amor de Dios* y la pieza *Chateau Margaux*, en que tan celebrada fue siempre, lo mismo en España que en México, la guapa e inteligente Manolita Sillés. Terminando el espectáculo, el empresario Jiménez leyó unas sonoras y *vistas* décimas escritas por Alberto Michel, Joaquín Haro y Amado Nervo, grandes y constantes amigos de la Compañía; lástima fue que el señor Jiménez las hubiese leído peor que el más atrasado de sus pensionistas. (...) (p. 1697).

Capítulo XI, 1898

También para honrar la memoria del gran poeta italiano Cavalloti, (...) dispuso el Club Dramático Mexicano una función que se celebró en el Gran Teatro Nacional el 28 de mayo. Representáronse dos de las obras de Cavalloti, *El cantar de los cantares* y *La hija del jefe*, traducidas felicísimamente por Alberto Michel. El muy distinguido periodista, literato y poeta Amado Nervo dijo un bellissimo discurso en honor del escritor italiano, y se encargaron de la parte musical de la velada el Trío Pérez Rivas y los señores Luis G. Zayas y Arturo Aguirre. (...) (p. 1865).

Capítulo XIV, 1898

El lunes 31 de octubre en el Gran Teatro Nacional, extraordinariamente concurrido, celebró el Club Dramático Mexicano el aniversario de su instalación; el programa de la fiesta fue el siguiente: (...) discurso por el galano escritor y poeta Amado Nervo (...) (p. 1886).

Capítulo VI, 1899

(...) Así estrenó el Principal *Las buenas formas*, *El traje de boda*, *El reclamo*, y en la noche del sábado 14 de octubre, en que inauguró sus trabajos la Compañía de Ópera de Napoleón Sieni de la cual pronto hablaremos, la zarzuela mexicana *Consuelo*, libro del muy buen poeta y muy buen periodista Amado Nervo, y música de Antonio Cuyás, estimabilísimo gerente de *El Imparcial*, instrumentada por Luis G. Jordá. Sin ser una obra modelo ni perfecta, el libreto fue un atinado ensayo lírico dramático. Amado Nervo demostró en su *Consuelo* su buen caudal de fino ingenio y de nada común observación; las escenas de su obra estuvieron

bien trabajadas, bien definidos los caracteres de los personajes, y bien pintadas costumbres de la clase social que llevó a la escena. (...) (p. 1929).

Capítulo vi, 1899

No obstante lo sangriento y cruel de ese espectáculo, fue mucha la concurrencia de señoras y jóvenes distinguidas, que sin dejar sus localidades, presenciaron la corrida aquella, lo cual inspiró a Amado Nervo la siguiente composición:

Pasean corruscantes las chaquetillas,
la luz sobre las ropas tiembla y resbala,
y fingen grandes flores las banderillas,
y llamas las bermejas capas de gala.

El sol arde en los gajos de las sombrillas,
el clarín su alarido de muerte exhala,
y el diestro ante los charros y las mantillas
a la bestia que muge brinda y regala.

En tanto, yo contemplo, toda nerviosa
cubrirse con las manos la faz hermosa
a una blanca damita de rizos de oro,
y abrir como abanico los leves dedos
para ver tras aquella reja, sin miedos,
como brota la noble sangre del toro.

(p. 1947)

Capítulo vii, 1899-1900

Después de un delicado Rigodón de Saint Saëns que tocó la orquesta, leyó una extensa poesía el señor don José Juan Tablada, y a continuación el galano poeta Amado Nervo recitó con elegancia unas armoniosas quintillas que los oyentes recibieron casi una a una con aplausos, en especial aquellas en las que aludiendo a la altura de más de dos mil metros del Valle de México sobre el nivel del mar, e invitando a la artista a quedar entre nosotros, decía:

Todo es grande aquí, Señora;
los volcanes, el vergel,
las tinieblas y la aurora;
si este suelo te enamora,
quédate, ¡cabes en él!

Si es ala tu pensamiento,
y es ala tu divagar,
y es ala tu sentimiento,
quédate, que nuestro viento
¡es ancho para volar!

Quédate sin sobresaltos;
nuestro azur, do va tu anhelo,
te bañará en sus cobaltos;
quédate, estamos tan altos
que puedes besar el cielo.

Del infinito es vecino
nuestro Valle; aquí tu historia
excelsa será y tu sino,
y ahorrarás mucho camino
¡para llegar a la gloria!

(p. 1970)

Tomo IV (24)

Capítulo VI, 1902

El periódico *El Imparcial* hizo, en su número de 22 de mayo, la siguiente relación de las determinaciones del Jurado:

(...)

"El Jurado calificador determinó que se concedieran menciones honoríficas a las composiciones y poetas que siguen: *Salve Musa*, poema de Enrique Fernández Granados; *Viejo estribillo*, de Amado Nervo (...) (p. 2313).

(...)

Para terminar, pues no hay espacio para todas, van en seguida las composiciones que presentó el original y muchas veces inspirado poeta Amado Nervo, que fue calurosamente aplaudido al recitarlas con especialísima manera suya, no fácil de imitar, la noche de la fiesta. Una de ellas lleva por título *Viejo estribillo*, y dice:

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?
—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,
Es un rayo de luna...

¿Quién gritando mi nombre la morada recorre?
¿Quién me llama en las noches con tan trémolo acento?
—Es un soplo de viento que solloza en la torre,
Es un soplo de viento...

¿Dí, quién eres, arcángel cuyas alas se abrasan
en el fuego divino de la tarde y que subes

por la gloria del éter?
 —Son las nubes que pasan,
 Mira bien, son las nubes...

¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío?
 Lluvia son de diamantes en azul terciopelo...
 —Es la imagen del cielo que palpita en el río,
 Es la imagen del cielo...

¡Oh, Señor! La Belleza sólo es pues espejismo,
 Nada más Tú eres cierto, sé Tú mi último Dueño.
 ¿Dónde hallarte, en el éter, en la tierra, en mí mismo?
 —Un poquito de ensueño te guiará en cada abismo,
 Un poquito de ensueño...

La otra composición de Amado Nervo llevaba por título *Y el Budha de basalto sonreía*, que es uno de los versos que la forman. Hela aquí:

Aquella tarde, en la alameda loca
 de amor la dulce idolatrada mía,
 me ofreció la eglantina de su boca.
 Y el Budha de basalto sonreía...

Otro vino después y sus hechizos
 me robó; dila cita y en la umbría
 nos trocamos epístolas y rizos.
 Y el Budha de basalto sonreía...

Hoy hace un año del amor perdido,
 al sitio vuelvo y como estoy rendido
 tras largo caminar, trepo a lo alto
 del zócalo en que el símbolo reposa;
 derrotado y sangriento muere el día
 y en los brazos del Budha de basalto
 me sorprende la luna misteriosa.
 Y el Budha de basalto sonreía...

(pp. 2320–2321)

Con las localidades se repartieron elegantes invitaciones que decían: “La Mesa Directiva organizadora de los Juegos Florales que a beneficio de las víctimas de Chilpancingo se verificarán el miércoles 28 del presente mes a las ocho y media p.m., tiene la honra de enviar a

usted la localidad adjunta, esperando que su reconocida filantropía se sirva aceptarla. México, mayo de 1902.”

El programa del festival fue el siguiente: (...) VI. Lectura de las siguientes poesías, que obtuvieron mención honorífica: “Salve, Musa”, de Enrique Fernández Granados; “Viejo estribillo”, de Amado Nervo y “A Don Quijote”, de la señorita Severa Aróstegui. (...) (pp. 2322, 2323).

Capítulo x, 1902

(...)

Salió después a escena el siempre aplaudido poeta Amado Nervo y anunció que iba a dar lectura a una carta del subsecretario de Instrucción Pública. He aquí la carta:

Sr. D. Ricardo Castro.

Julio 11 de 1902.

Querido maestro:

El señor Presidente de la República, que tiene en alta estima los méritos de usted y su exquisito talento musical, me autoriza para hacerle saber su deseo de que vaya usted a Europa por cuenta de la Nación, para coronar sus estudios, trabajando con los mejores maestros en el arte que usted con tanta modestia como distinción cultiva.

Yo añado a la cordial satisfacción de anunciarle esta buena nueva, mis aplausos por su triunfo y mis votos por su gloria.

Su amigo y admirador,

Justo Sierra (p. 2385).

Notabilísimo a su vez fue el gran concierto organizado en el Teatro del Renacimiento el viernes 27 de agosto en honor del señor don Ramón Corral, gobernador del Distrito (...): –I. Orquesta: a) Serenata Veneciana; b) Vals Scherzo, Tello. –II. Recitación, Sr. Amado Nervo. (...) (p. 2389).

LIBRO DECIMOQUINTO

De 1902 a 1905. Tributo de amistad y gratitud al Sr. Don Telésforo García.

Capítulo primero, 1902-1903

(...)

Cuando más dispuesto se encontraba a contribuir al progreso del Ateneo, antiguas enfermedades contraídas en el ejercicio de su arte paralizaron su acción y sus proyectos, y Jesús F. Contreras falleció el domingo 13 de julio de 1902 (...) antes de darle sepultura hablaron en su honor Manuel Torres Torija, Amado Nervo, José Juan Tablada y Miguel Portillo (p. 2408).

(...)

Un literato de primer orden y prominente y respetada personalidad en la banca y en la política, el señor licenciado don Joaquín Casasús, a cuya casa habitación, o mejor suntuoso palacio, siempre han concurrido los intelectuales de todas las escuelas, atraídos por el talento de ese notable hombre público y por el que, en suma cantidad, despliega en su trato y su conversación su inteligentísima esposa, en la cual se refleja el supremo alentó que poseyó

Ignacio M. Altamirano de quien lleva el apellido, fue el feliz renovador, por así decirlo, del Liceo.

Para intentar esa renovación invitó a los escritores a un banquete dispuesto en uno de los principales *restaurantes* de México, la noche del sábado 22 de noviembre de 1902. Entre las personas que se sentaron a la mesa como socios del Liceo, estuvieron los señores Rafael Ángel de la Peña, Amado Nervo, Jesús Valenzuela, Luis G. Urbina, Juan Sánchez Azcona, Enrique Fernández Granados y Antonio de la Peña y Reyes. (...) (p. 2419).

La sesión ordinaria correspondiente a febrero fue presidida por el señor don Manuel Sánchez (...) Amado Nervo y Daniel García. (...) (p. 2421).

Capítulo III, 1903

Indiscreta, idilio cómico dramático en un acto y en verso original de Amado Nervo. Primera representación en México, repartida de la siguiente manera: *Concepción*, señorita Esther de la Torre; *Lola*, señorita Guadalupe Vivanco; *Blanquita*, niña Carmen Rosales; *Fernando*, señor Carlos Solórzano; *Un criado*, niño Manuel Castellanos (p. 2445).

Capítulo VI, 1903

(...)

Sin terminarse aún sus reformas, el recompuesto teatro se estrenó el domingo 4 de octubre con la repartición de premios a los expositores mexicanos que habían concurrido al Gran Certamen Internacional, abierto en París en 1900. (...) El acto fue solemne y lucido. Empezó con la obertura *Patrie*, de Bizet, (...) Dijo el discurso oficial, brillante pieza oratoria, el simpático literato Amado Nervo (...) (p. 2473).

Capítulo VII, 1903

(...)

El Inspector musical, Gustavo E. Campa. —El Inspector literario, Amado Nervo (...) (p. 2504).

Capítulo XV, 1904

(...)

Presidió el licenciado don Joaquín D. Casaús, y concurrió en concepto de huésped de honor el señor don Enrique de Olavarría y Ferrari. Asistieron los socios señores Amado Nervo, José P. Rivera (...) (p. 2617).

(...) En las lecturas que siguieron, brillaron por su talento y por el ingenio Balbino Dávalos, Amado Nervo y el señor Casaús, quien al finalizar la animadísima velada obsequió a cada uno de los allí presentes un ejemplar de su magnífico libro *Cayo Valerio Catulo, su vida y sus obras*, impreso con lujo y buen gusto (...) (p. 2619)

LIBRO DECIMOSEXTO

Capítulo primero, 1905

Tres días después el señor presidente inauguró con mucha solemnidad el magnífico Hospital General construido en terrenos de la Indianilla (...). En la ceremonia de inauguración pronunció un excelente discurso el doctor don Eduardo Liceaga (...) y el distinguido escritor Amado Nervo recitó, como él sabía hacerlo, una bellísima poesía. (...) se celebró el domingo 5 de febrero, aniversario de la Constitución (p. 2664).

Capítulo iv, 1905

El lunes 5 de junio se dio la segunda función popular en obsequio a los artesanos, (...) y en nombre de los grupos estudiantiles leyó don Enrique Uttof unas preciosas estrofas de Amado Nervo (...) (p. 2696).

³ 1937, pp. 242-248.

⁴ *Obras completas de Amado Nervo*, op. cit., t. II, p. 1056.

⁵ José Luis Martínez, *Literatura mexicana siglo xx, 1910-1949*, Robredo, México, 1949, p. 153. [Tomado de Luis Leal, "Situación de Amado Nervo", *Revista Iberoamericana*, vol. XXXVI, núm. 72, julio-septiembre de 1970.]

⁶ "Las ideas de Tello Téllez", en *Obras completas de Amado Nervo*, op. cit., t. II, pp. 993-994.

⁷ Amado Nervo, *Un epistolario inédito. XLIII Cartas a don Luis Quintanilla*, prólogo y notas de Ermilo Abreu Gómez, Imprenta Universitaria, México, 1951.

⁸ Rubén Darío, "Amado Nervo", en *Obras completas de Amado Nervo*, op. cit., t. II, pp. 1003-1004.

⁹ Cathy Login Jade, *Rubén Darío y la búsqueda romántica de la unidad: el recurso modernista a la tradición esotérica*, traducción de Guillermo Sheridan, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

¹⁰ *Moral de la vida humana*, traducido de un manuscrito escrito por un antiguo Brahma (Londres, 1825), vertido del inglés al español por la señorita Concha Gómez Farías, es "un pequeño tratado de moral escrito en el lenguaje y con los caracteres de los antiguos Gimnosofistas o Brahmas". Fue comunicado a un ciudadano inglés que vivió en el Tíbet a fines del siglo XVIII, quien a su vez lo envió a lord Chesterfield. Algunos suponen que el tratado fue escrito por el Brahma Dandanus, el mismo que dirigió una carta a Alejandro Magno, que todavía es recordada entre algunos europeos. Otros lo atribuyen a Confucio y otros más a los seguidores de Lao Kium, otro filósofo chino de la escuela Lao-Tse. El enviado inglés lo dedicó al conde de Chesterfield desde Pekín en 1749. El enviado inglés visitó Lhasa, la ciudad del Tíbet conocida como Barantola. Ahí recogió del gran lama este breve tratado, que fue traducido siglo y medio después por una señorita de origen mexicano, Concha Gómez Farías y prologado por J. B. Hajar y Haro. De este curioso libro sólo conozco dos ejemplares, el que está en mi poder y uno alojado en la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

¹¹ "La hermana Agua" (1909), en *Obras completas de Amado Nervo*, op. cit., t. II, pp. 1354-1360.

¹² Véase Concha Meléndez, *Amado Nervo*, Nueva York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1926; y Manuel Durán, *Genio y figura de Amado Nervo*, Eudeba, Buenos Aires, 1ª ed., 1968 (2ª ed., 1969).

¹³ *Homenaje a Amado Nervo. Homenaje a la memoria del poeta*, Universidad Nacional de México, México, 1919.

¹⁴ *Amado Nervo y la crítica literaria*, Guillermo Jiménez, noticia biográfica de J. M. González de Mendoza, Andrés Botos e Hijo, México.

¹⁵ Alfonso Méndez Plancarte, "Introducción" y "Nota biográfica", en *Obras completas de Amado Nervo*, op. cit., t. II, pp. 1219-1220.

¹⁶ Ángel Gilberto Adame, "La tragedia de los Nervo", *El Universal*, sábado 17 de noviembre de 1919.

¹⁷ Carlos Monsiváis, *Yo te bendigo, vida. Amado Nervo: crónica de vida y obra*, Gobierno del Estado de Nayarit-Hoja Casa Editorial, México, 2003, p. 41.

¹⁸ *Ibid.*, p. 44.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 41-44.

²⁰ Carlos Pellicer, *Obras. Poesía*, edición de Luis Mario Schneider, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), México, 1981; 2ª ed. 1994, pp. 51-53.

Obras:

Bernardo Ortiz de Montellano, *Figura, amor y muerte de Amado Nervo*, Xóchitl, México, 1943.
 María de los Ángeles Ramos Arce, *Estudio sobre la evolución religiosa de Amado Nervo*, tesis de doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1945.

Alfonso Reyes, *Tránsito de Amado Nervo*, Santiago de Chile, Ercilla, 1937.

Esther T. Wallman, *Amado Nervo, Mexico's Religious Poet*, Instituto de las Españas, Nueva York, 1936.

Artículos:

Ned Davison, "El frío como símbolo en 'Los pozos' de Amado Nervo", *Revista Iberoamericana*, núm. xxvi, enero-junio de 1961.

T. E. Hamilton, "Amado Nervo and Hinduism", *Hispanic Review*, núm. xvii, 1949.

Luis Leal, "La poesía de Amado Nervo: a cuarenta años de distancia", *Hispanic*, marzo de 1960.

Patricia Morgan, "Amado Nervo: su vida y su obra", *Atenea*, mayo de 1955.

George W. Umphrey, "Amado Nervo and Maeterlinck", *The Romanic Review*, 1949.

———, "The Mysticism of Amado Nervo and Maeterlinck", *Hispanic Review*, 1949.

A PROPÓSITO DE AMADO NERVO*

Felipe Garrido

La noche del 23 de mayo la Academia Mexicana de la Lengua celebró un homenaje a don Amado Nervo con motivo del centenario de su fallecimiento. En su intervención, don Felipe Garrido habló sobre la importancia y la actualidad de la obra narrativa y poética de Amado Nervo. Contó que en una ocasión, estando en Tijuana, mantuvo una conversación con un grupo de estudiantes y otros jóvenes que se encontraban reunidos. De inmediato supo que sus interlocutores conocían la obra de Amado Nervo y luego de recitar los primeros versos del poema “Cobardía”, se sumaron muchas voces:

Pasó con su madre. ¡Qué rara belleza!
¡Qué rubios cabellos de trigo garzul!
¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realeza
de porte! ¡Qué formas bajo el fino tul...
Pasó con su madre. Volvió la cabeza:
¡me clavó muy hondo su mirada azul!
Quedé como en éxtasis... Con febril premura,
“¡Síguela!”, gritaron cuerpo y alma al par.
...Pero tuve miedo de amar con locura,
de abrir mis heridas, que suelen sangrar,
¡y no obstante toda mi sed de ternura,
cerrando los ojos, la dejé pasar!

De pronto comprendió que un poeta célebre es recordado por muchos y se preguntó: ¿qué debe leerse de él?, y propuso dos textos:

* Resumen del discurso pronunciado en el homenaje a don Amado Nervo, el 23 de mayo de 2019, en la Capilla Alfonsina, Ciudad de México.

El bachiller y *La amada inmóvil*. El primero porque da cuenta del misticismo, la fe y una forma ascética de vivir del autor; el segundo porque muestra el dolor del poeta ante la muerte de Ana Daillez, mujer a quien amó y cuyo fallecimiento abrió una herida en su vida y en su quehacer literario. Don Felipe pidió poner especial atención al prólogo del segundo título, pues narra Nervo detalladamente la historia de ese amor y lo que sucedió a partir del momento en que ella muere: su creencia en la reencarnación y en la posibilidad de encontrarla en otra vida.

JAIME LABASTIDA OCHOA EN SU OCTOGÉSIMO ANIVERSARIO*

Jorge Ruiz Dueñas

Hablar de un creador y pensador de la complejidad de Jaime Labastida Ochoa abre siempre interrogantes. No sólo por su trayectoria múltiple como académico, ensayista, poeta, filósofo, periodista, editor, sino porque en cada actividad se ha desenvuelto con acierto y con matices diversos. Incluso ha sostenido críticas a posiciones sociales con una estatura moral infrecuente, como estimó sobre él Octavio Paz¹ hace varios lustros, cuando éstas han desbordado el cauce de la libertad y la justicia. Mas sobre ese manejo de tareas ejercidas Labastida declara en sus obras: “oficio de escritor profeso”,² como el capitán poeta Francisco de Aldana, y se pregunta con insistencia sobre su presencia en el mundo: *habré logrado ser, / tan sólo, un hombre justo (...)*.³

No ha lugar ni espacio para hablar de sus múltiples participaciones en la esfera cultural. Empero, es necesario decir que Labastida ha encontrado, a la manera de Yukio Mishima, el punto de encuentro entre la palabra y la acción. Sin embargo, anticipo un peculiar rasgo intelectual de nuestro homenajeado, su adhesión a la ciencia, lo que mucho nos informa de su visión universal e intención de descifrar el mundo. Esa inclinación lo ha llevado a manifestar una particular lealtad al espíritu de Alexander von Humboldt, de quien ha escrito y divulgado mediante traducciones, prólogos y ensayos sus experiencias, hallazgos y afanes sobre el Reino de la Nueva España. En realidad hablamos de una tendencia

* Discurso leído en el homenaje a don Jaime Labastida, el 16 de junio de 2019, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, Ciudad de México.

¹ Véase Jaime Labastida, *La palabra enemiga*, Aldus, México, 1996, p. 424.

² Jaime Labastida, *Atmósferas, negaciones*, Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 2017, p. 13.

³ Jaime Labastida, *Elogios de la luz y de la sombra*, Aldus, México, 1999, p. 13.

personal hacia la evidencia del conocimiento, por la que ha sido designado miembro de diversos consejos consultivos de ciencias, como si de un renacentista se tratase.

En el prisma intelectual desplegado por Labastida trataré de centrarme en algunas características de su poesía. Resaltaré ciertos rasgos de la poética profesada a partir de su propio rendimiento de cuentas, y me apremio a sostener que veo en su verso la convicción de un poema a la manera de un todo, donde el hombre de estricta formación avanza imperturbable sobre la pasión. Labastida nos ha insistido en su creación literaria sobre una verdad: la ausencia de certezas en el reflujo sanguíneo del mundo liado a perpetuidad con un destino incontrolable. Su obra se eleva en medio de la última pregunta del hombre, erguido o derrotado entre la razón y la contradicción. Este poeta, ante el rigor del tiempo, ha construido el verbo en un yermo interior para entender su otredad, pues en sus propias palabras: “la poesía no es sólo escritura, es también la posibilidad de oír, de dialogar con otro distinto de sí mismo”, adherido a la idea de Heidegger⁴ por la que la poesía nace del silencio, al que busca darle forma y “no hundirse en él”.⁵ Así, la metáfora, la rima y el ritmo se le dan con una densidad que a la vez es sutileza. Cuando los estados de la conciencia se traducen en palabras, su talento y profundidad de espíritu hacen emerger la naturaleza de los seres humanos.

En *Animal de silencios*,⁶ publicado en 1996, Jaime Labastida reunió más de 30 años de poesía iniciados con *El descenso*,⁷ su aportación a un mítico volumen colectivo: *La espiga amotinada*, que anunció nuevas presencias. *Animal de silencios* situó al lector ante la crónica de su mediodía, a mi juicio ubicado en los dos últimos títulos incluidos: *De las cuatro estaciones*⁸ y *Dominio de la tarde*.⁹ Pero es conveniente no olvidar que

⁴ Véase *La palabra enemiga*, op. cit., p. 65.

⁵ *Loc. cit.*

⁶ Jaime Labastida, *Animal de silencios*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

⁷ Véase Jaime Labastida, *El descenso*, en *La espiga amotinada*, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas, 62), México, 1960.

⁸ Jaime Labastida, *De las cuatro estaciones*, Siglo XXI Editores, México, 1981.

⁹ Jaime Labastida, *Dominio de la tarde*, Siglo XXI Editores, México, 1991.

La palabra enemiga,¹⁰ conjunto de ensayos literarios editados también el mismo año, revelaba su posición respecto a la poesía, la prosa y la posibilidad del encuentro respetuoso de senderos bifurcados generacionalmente y coincidentes en la visión de nuestra acre república de las letras. Así había sucedido una década previa con la *Estética del peligro*,¹¹ donde Labastida exhibía ya la evolución de un pensamiento crítico desde la raíz de la filosofía y la dialéctica de la historia con sus consecuencias ideológicas. Mas, en la ocasión en comento, el autor hizo dos escalas precisas en la singladura de su obra literaria. Otro elemento más próximo en el tiempo para apreciar diversas consideraciones críticas es su “Ensayo introductorio” a una nueva edición revisada y aumentada —45 años después de la primera— de la antología que aborda los poemas canónicos de la poesía mexicana respecto a temas universales: el amor, el sueño y la muerte.¹² Así, al explorar ese universo creativo, la lectura de su verso acompañada con la reflexión crítica nos dota de ganzúas pertinentes para comprender el entramado de su poética.

En su oportunidad, *Animal de silencios* fue calificado por Margarita Michelena como “libro esencial” y a Labastida lo ubicó entre “aquellos poetas que se ocupan de los temas del ser y su eterna angustia, un poeta mayor de pie sobre una realidad trágica”. Por ello, a partir del poemario *De las cuatro estaciones* (1981) y, de manera indubitable, a lo largo de *Dominio de la tarde* (2003), es reconocible un gesto literario próximo a Rilke. Aquel que buscaba interpretar, como él pretende, la revelación de los finos lazos entre el sueño y la muerte.

Desde esa altura, parecía dable esperar frutos aún más evolucionados por la experiencia. Esto se confirmó en 1999. Labastida procuró entonces, más que una acumulación de poemas vertebrados, adherirse al poema de gran aliento como lo prefiguraba ya en los dos libros previos, y de ese perenne estremecimiento surgiría *Elogios de la luz y de la sombra*.¹³

¹⁰ *La palabra enemiga*, op. cit.

¹¹ Jaime Labastida, *Estética del peligro*, Grijalbo, México, 1986.

¹² Jaime Labastida, ensayo introductorio y selección, *El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana*, Siglo XXI Editores, México, 2015.

¹³ *Elogios...*, op. cit.

Con esta obra, me parece, inició una etapa de síntesis de sus preocupaciones, donde se conjuntaban los múltiples rostros del poliedro. Por otra parte, los dos libros de 1996 —la poesía reunida y el libro de ensayos referidos— habían confirmado su convicción personal de no intervenir lo publicado. Establecía, pues, distancia a la sentencia de Paul Valéry:¹⁴ el “ahora” de ayer no es el de hoy, y así, induce su pensamiento y su emoción a navegar por cuenta propia como los heterónimos de Pessoa. Precisamente por ello parecía que los *Elogios* representaban una síntesis de su creación poética.

A fin de hacernos saber más sobre su lírica, él ya había afirmado que la poesía con valor es aquella nacida del silencio, la que viene “de lo más profundo de la existencia, ahí donde se funden la vida y la muerte”.¹⁵ Pero el silencio es sólo parte de una estructura musical. Le da ritmo a un discurso de sonidos y palabras. Para Eugenio Montale la poesía es musical o debería serlo,¹⁶ mas para Labastida es música.¹⁷ Con ello, no pretende sugerir rimas parnasianas, sino ritmo. El silencio no sólo juega el papel de lindero de la angustia, sino fundamenta una preocupación formal, estructural, que reconoce en los fonemas el origen del canto. En su reflexión sobre la poesía y la poesía de madurez existe un llamado vital por la arquitectura rítmica, por el acento propio y por su reconocimiento de las estructuras históricas.

Se ha dicho de este poeta que su discurso, básicamente conceptual, transitó hacia un pleno vigor estilístico. Quiero pensar en lectores aún imantados por las obras de una primera etapa de claro mensaje social, donde se advertía la ansiedad colectiva, que no panfletaria. Fue así como la *Divina commedia* tuvo una intención política, para no hablar de *Convivio* y *De vulgari eloquentia* del Dante en el exilio, o mencionar *Monarchia* y *Quaestio de aqua et terra*. Incluso podría evocarse al mismo Eugenio Montale quien —antifascista y antibélico— manifiesta formas poéticas

¹⁴ Véase “Advertencia”, en *Animal de silencios*, op. cit., p. 9.

¹⁵ Loc. cit.

¹⁶ Véase el “Discurso de recepción del Premio Nobel”, 12 de diciembre de 1975, traducido por Horacio Armani en *Diario de Poesía*, núm. 18, otoño de 1991, en: <http://www.escrita.com.br/escrita/leitura.asp?Texto_ID=10080>, consultado el 8 de mayo de 2019.

¹⁷ *La palabra enemiga*, op. cit., p. 51.

del hecho social en *Ossi di seppia* y en *Finisterre*. El propio Montale se cuestionaba si pretenderse “reaccionario” como Baudelaire, Dostoievski, Pessoa o Ezra Pound con sus *Cantos pisanos*, no era otra forma de ejercicio político en la literatura. En todo caso, Labastida buscó inicialmente, así lo creo, la convergencia del tratamiento del entorno con su visión intimista, como sucedió con el más alucinante, el más joven Rimbaud.

Por otra parte, es válido preguntarse cómo establece este poeta filósofo, el diálogo con el entorno social y con el hombre. Dónde queda, para emplear los términos de Eliot, la intención personal liada al tiempo y a la reflexión propia. Dónde, la llamada “irracionalidad” del poeta, sumergido en su propio torbellino interior y lo que aporta el mundo. Más aún, algunos ven detrás de los filósofos el aliento del poeta. Pero cómo integrar en un mismo sistema de pensamiento las dos voces. La poesía convoca al lenguaje mágico, en tanto que la reflexión parte de los razonamientos. Cómo, insisto, conciliar la poesía con una sigilosa aspiración al rigor del intelecto donde no tienen cabida las explosiones emocionales. Si bien, un puñado de páginas de la filosofía destella cierta intención esencialmente poética y algunos grandes poetas se han planteado, por encima de la iluminación, las dudas fundamentales. La respuesta de Georg Lukács fue que el arte es punto de encuentro de lo individual y lo universal mediante una categoría propia de la poesía: la particularidad. Así, el filósofo no tocaría el territorio del poeta, todo dentro de un mismo hombre, pues, según el propio Labastida: “la poesía procede de iluminaciones; no hay un argumento, hay intuiciones”. En esta afirmación encontraremos más tarde, epifanías que son poemas.

Algo más hay que puebla la obra poética de este creador y le imprime densidad a su lírica como una cualidad surgida de su naturaleza humana: vuelve complejo el verso, pero lo hace luminoso como un surtidor a la mitad del día. Su verbo busca transparentar las formas, sacarlas de la noche y de su propio enigma. Y tanta luminosidad, tanto desnudar la palabra, su razón de ser, son como sus imágenes de la tarde: “La luz ciega a la luz”,¹⁸ aunque antes el poeta lo construyó todo “en la luz turbulenta”.

¹⁸ *Dominio de la tarde*, op. cit., p. 105.

Pero al final de esa tormenta de incógnitas y luminiscencias de cuarzo y sal, la palabra de Labastida nos permite reafirmar que la poesía no es otra cosa que un lenguaje del espíritu.

Si *Elogios de la luz y de la sombra* prolonga la escritura de un poeta en evolución constante. Si en él continúa firme la atracción por el poema unitario y con Saint-John Perse comparte la convicción del poema a la manera de un todo, sus *Elogios*, en verso libre y prosista, nos acercan también a la profecía de Eugenio Montale, en la letra de su vicario Guillermo Fernández, según la cual en la prosa está “el gran semillero de todo hallazgo poético”.¹⁹ En esa obra y por caminos opuestos, pareciera que Jaime Labastida, como Roger Caillois, marca distancia a la “irracionalidad”; sin embargo, en tanto que el ensayista francés renegaba en las imposturas de la poesía del hábito lírico, del abuso del sentimiento y del abandono de la métrica y el rigor como formas discutibles de expresión, Labastida, hombre de suyo riguroso, por el contrario, encontró en el poema en prosa la expresión más desnuda y nítida de la verdad poética. No es ocioso recordar que esta forma fue también elegida por Marguerite Yourcenar para *Feux*,²⁰ una obra de madurez pero “producto de una crisis pasional”. Tal fue el formato de la Yourcenar para evocar la violencia de una pasión carnal. Tal fue también el formato de Labastida para expresar una pasión intelectual en la serenidad. Ambos podrían coincidir, entonces, en que éste permite sostener un canto igualmente útil para incendiar la lucidez o el deseo.

He escrito “pasión” a propósito de la poética de Labastida, y acaso contradigo con ello lo que he afirmado sobre el ordenado proceso de su inteligencia y talento. Pero el vehemente apetito del ánimo, en su renovada poesía, es la “curiosidad abierta”—para emplear la expresión de Gaëtan Picon—²¹ sobre el universo, que así se hace pasión centrada

¹⁹ Eugenio Montale, selección, traducción y nota de Guillermo Fernández, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de Lectura, 165), México, 1991, p. 6.

²⁰ Marguerite Yourcenar, *Feux*, pp. 1075-1167, en *Oeuvres romanesques*, Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade), 1982. Sobre esta obra la autora aclaró que no es propiamente una obra de juventud y, si bien, está recogida como ficción, Yourcenar misma considera que son una colección de poemas amorosos o, “si se quiere, una serie de prosas líricas (...)”.

²¹ Gaëtan Picon, *Panorama de la literatura francesa actual*, Guadarrama, Madrid, 1958.

en el hombre. Y es aquí donde esa efusión se hermana con la perspectiva del orbe natural de Saint-John Perse, pues, pese a los diversos discursos, la atracción hacia lo esencial se mueve en ambas tapicerías verbales. Si la metáfora y la realidad son en Perse instrumentos para advertir la presencia de la naturaleza en la amplia extensión de su afirmación estética, Labastida busca en la indagación sobre el mundo el sentido de lo insondable.

En la síntesis poética de Labastida, el paradigma del mundo inicia en el caos. Por ello el camino es arduo y el poeta es viajero, si bien, su periplo no precisa sólo del atributo del movimiento sino de la indagación de la vida interior, tanto como de la ebullición externa. Malraux afirmaba a manera de antimemoria: “Yo no soy nunca lo que creo que soy”. Por ello, me parece prudente preguntar cuál es la cuestión ardiente planteada en los *Elogios*, cuál es la sustancia de este singular libro que va hacia la unión del hombre y su poesía: quizá la metáfora de un espejismo del *Génesis* en el octavo día de cualquier creación divina, cuando todo lo perceptible permitió el regodeo de la divinidad en las religiones reveladas. No me mueve lo suficiente la obsesión angelical de Rilke, trasmida de nuevo en Labastida, donde lo seráfico lleva el mensaje de la muerte. Pero sí estoy advertido por nuestro poeta de una proposición incontrovertible: “ningún cuerpo rebasa el límite que le ha sido asignado”,²² y ahí, donde las tinieblas avisan del atroz infinito, percibo en sus preguntas la indagación cosmológica, el vientre de la duda, la piel de las especies, los secretos del instinto, el silencio necesario para escuchar al prójimo y la música de los planetas, tan cara a Gustav Holst.

Ahora bien, cómo se plantea esa cuestión ardiente en el largo poema que es *Elogios*. El hombre moderno y sus categorías de análisis fluyen porque las leyes de las ciencias y “las atroces leyes de la historia” sólo dejan en él la amargura de “un principio universal (donde) no hay nada cierto”.²³ Así, el ángel de la muerte nos destierra del edén encaminándonos hacia la vida, y este poeta desconfía del gozo de la beatitud exaltada

²² *Elogios de la luz y de la sombra*, op. cit., p. 9.

²³ *Ibid.*, pp. 22-23.

por las Santas Escrituras, en su visión tan cerca de Milton, pero también tan cerca de Gilgamesh y de san Juan en Patmos.

Así, este libro resulta una obra de la condición humana, pero igualmente de la conciencia contemporánea elevada al rango de la poesía. Se borran barreras y se poetiza el universo con una voz sujeta sólo a la exigencia superior de la noción de humanidad y civilización. Pero ésta no sería tal, si no aspirase a una definición moral. En su fundamento se halla la estatura interior del poeta, y con “la cosecha a punto” todo se traslada a esa interrogación a la que hice inicialmente referencia: (...) habré logrado ser,/ tan sólo, un hombre justo (...). Así, merced a la poesía de Labastida, se tocan el signo y el sonido, el terror y la sublevación, la razón y la contradicción en una sola identidad edificada en la reconciliación de la palabra y el silencio, en pos de una verdad sin complacencia, ni insólita ni oscura.

En 2009 fue publicado *La sal me sabría a polvo*.²⁴ El azar que, contra la creencia común, resulta ser un tejido fino y meticuloso, decidió mi acceso al libro tiempo después. Esto me permitió la mirada de quien recibe tardíamente una carta de un epistolario nunca interrumpido, pues conocía la obra anterior y posterior y de allí el hallazgo de situaciones peculiares. Iniciaré por el final. Provisto el poemario de cinco secciones, en el último poema de la cuarta, con el perturbador título de “Última voluntad”, el poeta dice: (...) dejó sólo cenizas/ que pueden esparcir al aire, entregar al mar o unirlas a la tierra./ Fueron polvo mis huesos. Quede apenas de mí/ un susurro apagado entre los árboles.²⁵ Todo ello, para confirmar al cerrarse el poemario con el poema “Lengua”, la certidumbre de ser herido por lo irreparable. No hemos de preguntarle las razones. Suele suceder que los poetas asediamos a la muerte como a una amante deseada y diluida en las tinieblas, hasta que un día sin sentir sus pasos nos da un beso en la frente.

Este libro inicia con un juego a la manera de Villaurrutia: Cuando las palabras, oh diosas,/ cuando las palabras odiosas.²⁶ Pienso en el “Nocturno

²⁴ *La sal me sabría a polvo*, Siglo XXI Editores, México, 2009.

²⁵ *Ibid.*, p. 156.

²⁶ *Ibid.*, p. 11.

eterno”. Y en estos poemas se desprenden sucesivamente diversos laberintos por la palabra, por las ciudades —que ya había explorado en su segundo poemario, *La feroz alegría* (1965) en el volumen colectivo *Ocupación de la palabra*—,²⁷ por el poder y el hombre empoderado, por la patria desarreglada, por las dudas animadas con el aleteo de la mariposa donde inicia el suceso fatal, más un ritornelo: una confirmación que ha de abarcar la obra lírica sucesiva para consignar un estado de gracia por *la mujer que yo amo/ más allá y por encima de todas las cosas*.

Después de muchos años, sigue en mí la incógnita: dónde inicia el poeta o termina el filósofo. Cómo distinguir la almendra de cada uno de sus frutos. Cuánto de la irracionalidad poética —asumiendo que Lacan sabía lo que decía cuando afirmó que “los poetas, que no saben lo que dicen, sin embargo siempre dicen, como es sabido, las cosas antes que los demás”—²⁸ se atrapa, a la manera de los peces trémulos en la red del viejo pescador, en la musicalidad y en el silencio mismo porque es parte también de la estructura armónica y el poema es otra música del idioma. Cuánto, decía, del atavismo límbico y de la impotencia ante la palabra que siempre es insuficiente —según el aserto de Álvaro Mutis— está en la travesía de este poeta. Por la gravedad de la incógnita, he de retomar este sendero más tarde.

Hay creadores literarios, se dice, que hacen sentir y otros hacen pensar, como si pudiese todo ser humano practicar en sí mismo una lección de anatomía a la manera del doctor Nicolaes Tulp. Esa evisceración congelada en el lienzo del desafortunado Rembrandt para en la *umbra mortis* separar la formalidad de Descartes en busca del movimiento del alma y del discurso y su método. Pero el poema unitario, el desarrollo orgánico, como el discernimiento del filósofo, provienen del mismo caudal, sólo que las artes de pesca varían según los frutos extraídos del océano de las ideas. Como ha afirmado el académico brasileño Ronaldo Costa Fernandes, toda la poesía es cerebral porque toda escritura es un acto lógico y concreto. Claro, dejando de lado, la singular experiencia de André

²⁷ *La feroz alegría*, en *Ocupación de la palabra*, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas, 81), México, 1965.

²⁸ Jacques Lacan, *El seminario*, Libro II, Paidós, Barcelona, p. 17.

Breton y su escritura automática que llevó una herramienta de la psicología y los trances esotéricos a la literatura. Es decir, la búsqueda de contenidos síquicos reprimidos. Éste no es el caso. Tampoco lo es afirmar que Labastida es sólo un poeta cerebral, aunque parece dominar su intelecto a la emoción sin dejar de ser emotivo. Si bien, conoce las métricas y su alquimia, ya lo he expresado, se decanta igualmente de manera acumulativa y pluvial.

Por ahora, afirmo que no hay *zoom politicon* y *homo poeticus* separados por una membrana racional, así se hable de la muerte, de los placeres de larga duración, de la espiral de la historia o de la convergencia entre la forma de decir y aquello que se dice. En Labastida se trata de un solo y único hombre que llegó un día también a escribir *En el centro del año*²⁹ (2012) donde el poeta y el filósofo no se separan en los umbrales del juicio lógico y del verso que nace del primer gruñido, del primer balbuceo, del fonema, del morfema, del gramema, del discurso y del decurso.

Diría que este poeta escribe, para expresarlo figuradamente, de manera no euclidiana, es decir, encuentra otras formas dentro de la forma primigenia y las dimensiones ya no son tres. Es como la recta desde el punto cero, para ser apenas la curva de primer grado porque sólo es una elongación tendida al infinito, al universo curvo, como uroboros, que podría ser un error al parecer desasosegado de Fernando Pessoa cuando escribía con la pluma prestada de Bernardo Soares. Y ante el sol desnudo que evoca calcinante, pleno de tensión existencial, cuando Labastida advierte que el centro del año está en cualquier parte, pienso que a la hora meridiana en medio de la canícula, como Lêdo Ivo, es su forma de decir con el poeta de Alagoas: vi el solsticio pasar/ como pasan, en la tarde, las cosas que no sucederán.

“La justicia es un anhelo, siempre ante los ojos”, dijo hace más de dos décadas Jaime Labastida al hablar del “estado de justicia”³⁰ en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua. Manchados por

²⁹ *En el centro del año*, Siglo XXI Editores, México, 2012.

³⁰ Véase el discurso de ingreso del autor, “Filosofía y poesía” del jueves 2 de abril de 1998, en: <<http://www.academia.org.mx/sesiones-publicas/item/ceremonia-de-ingreso-de-don-jaime-labastida>>, consultado el 8 de mayo de 2019.

nuestros pecados originales, reniega del cainita y su quijada de jumento. Sabe que la vida está en perpetua putrefacción como el Estado que contiene las formas de convivencia del planeta. La vida es fermento y piensa así en el pueblo, en las noches de terror cuando el hombre vuelve a la antropofagia social y delira mientras encuentra “las imposibles razones de vivir”.

Labastida me persuade, una vez más: si todas las estaciones estallan en un vástago de trigo, a pesar de la catástrofe final, algo nos queda. Permanece así, esa que llama “la palabra amorosa”³¹ para guiarnos en el exilio perpetuo. Para seguir en la palabra que nos contiene y nos retiene, porque el día que suspendamos la marcha, el segundo cuando detengamos la palabra habremos terminado la jornada, justo en el centro del año, que es cualquier momento de nuestra caducidad improrrogable.

Pero Labastida también me desconcierta o, quizá debo decir, me asombra, con su más reciente libro, *Atmósferas, negaciones*³² (2017). Le precede una “Advertencia” donde expone su estremecimiento por la epístola en forma de poema que 10 meses antes de su muerte, el guerrero y poeta místico Francisco de Aldana envió el 7 de septiembre de 1577 a su amigo Benito Arias Montano, el humanista, hebraísta, biólogo y escritor políglota cuyos restos descansan en El Escorial. De Aldana, poeta muerto en una batalla en territorio marroquí —por iniciativa absurda del joven rey Sebastián de Portugal al que también le costó la vida esa osadía y el cuerpo mismo desaparecido para entusiasmo de los impostores— fue elogiado por Cervantes, Lope de Vega y Francisco de Quevedo, dada la armonía estructural y estética de su verso. Sin embargo, intuyo que además de los valores literarios, Labastida ha reconocido en el capitán poeta la heroicidad silente de quien cumple deberes contrarios a su llamado interior orientado, en este caso, a la contemplación religiosa.

En la obra se encuentra primero “Atmósferas”, donde fluyen poemas escritos en lugares y épocas disímbolas que mantienen, a pesar de ello, una asombrosa unidad y entrelazan, salvo en dos de 21 poemas, algunas voces del malogrado vate, para desvelarnos detrás del paisaje una escena

³¹ *En el centro del año*, op. cit., p. 26.

³² *Atmósferas, negaciones*, op. cit.

emocional y no pocas perplejidades. Pero, en “Negaciones” no deja de inquietar el hallazgo de poemas que calificaría de oníricos, donde parece buscarse, sin la certidumbre de ser o estar, una verdad suprema. Así fluyen deliberadamente “Trece poemas en los que nada sucede”, poemas en que no, en el que nunca, en el que nadie, en el que nada, en el que tal vez, en que jamás, donde sólo el silencio, en que no sé, en que quizá, en el que nadie sabe nada, en que quién sabe, en que se duda, y donde todo se niega. Esto, porque como advierte el poeta: Nadie está a salvo de la corrosión y el olvido./ Día llegará, quinientos años después,/ en que Ninguno tendrá nombre (...)/ Lo que antes sucedió/ sucede ahora.³³

Saludo este aniversario de Jaime Labastida, al que llega como el Próspero de *La tempestad* de Shakespeare, con el optimismo de un destino cumplido y en plenitud de facultades. Lo hago con mi propia versión, balbuceando el fragmento más notable de autor y personaje, donde está la omnipresente brevedad que con ahínco renovado nuestro poeta evita que olvidemos:

(...) Y así las altas torres, los sacros templos, los magníficos palacios y hasta el mismo mundo, como este aparato hueco y mustio, se acabarán y ni rastros dejarán. Formados somos de la materia misma de los sueños y un sueño abarca nuestras breves vidas.³⁴

Envejecer con toda la fuerza de la imaginación acaso sea el don más cercano a la gramática del espíritu. Imaginar con la puntualidad de la intuición y suponer los estallidos deductivos sustrae de nuestra mente el totalitarismo de la exactitud. Sólo por eso se ha de saber cuanto sea posible, pero también soñar lo necesario para merecer la revelación. A todo esto tiende Labastida en su espiral interior: a la cabalidad del hombre justo, al reconocimiento de la falta de certezas, y a ese olvido anhelado por el bondadoso poeta argentino Enrique Molina. Dar testimonio del ascenso de su reflexión y de su verbo no es reflejo de una laxitud

³³ *Ibid.*, pp. 159-160.

³⁴ *The Complete Works of William Shakespeare*, “The Tempest”, Act. IV, Scene I, Collins’ Clear-Type Press, Londres – Glasgow, 1923. Versión del autor.

fraterna. Leo y releo en los intersticios de sus versos, y encuentro de nuevo esa alianza entre la sobriedad y el lirismo. Descubro su angustia latente, discreta, pulida por los días. Se dice que la primera condición para la redención de la carne es sentir el ahogo, oír quebrarse la oración ante el silencio. Yo no lo sé de cierto, como decía el poeta Sabines, pero la lírica de Jaime Labastida es una guía para escalar la gran noche universal. Al visitarlo nuevamente, palabra por palabra, vislumbro alguna mínima certeza que siempre me acompaña: nuestra finitud sin importancia ante la eternidad inevitable.

JAIME LABASTIDA*

Felipe Garrido

Con motivo del octogésimo aniversario de Jaime Labastida, en su intervención Felipe Garrido indagó acerca de las preguntas que han marcado la vida del homenajeado y dijo: “Aspiro a ser un hombre justo”. Afirmó que las interrogantes fraguadas por Labastida desde que era niño son el hilo que conforma el tejido de su obra.

Entre anécdotas varias sobre su longeva relación personal y laboral con el poeta y filósofo, Garrido se dispuso a leer algunos versos del poema “Primera aproximación a la muerte de mi padre” del que destaca, por reveladora, la definición que Labastida hace de sí mismo: “yo era un ladrón en busca de palabras”.

[...] Nuestro amor más completo se estrellaba
en contra de esa noche lenta,
la noche más oscura de mi vida.
Te ofrecimos entonces un poco de nuestro aire.
quién sabe cuánta sangre,
mientras oíamos palabras
con sabor a martirio
y tu llama pequeña se apagaba.

Ay padre amadísimo, yo era un ladrón
en busca de palabras. Y me quedé
arropado en un oscuro manto de sollozos.
Pero tú despertaste desde el sueño.
Ignoro cómo fue, pero con labios

* Resumen del discurso pronunciado en el homenaje a don Jaime Labastida, el 16 de junio de 2019, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, Ciudad de México.

de aserrín dijiste: “Mira el paisaje, árido
y triste, inmensamente triste” [...]

Posteriormente, leyó algunos fragmentos del poema “Los dominios de la tarde”, en el que se hallan halos de la poesía de Paul Valéry, específicamente de “El cementerio marino”:

[...] El día está limpio y se abre, inmenso.
Pájaros altos rasgan el cielo inmóvil
y perfecto: sombras inquietas, mudas,
que oscilan graves al vaivén del viento.
¿Signos siniestros
se abaten contra el mar de plomo?
El mar está en reposo.
¿Por su techo tranquilo caminan
las palomas? ¿Hay aquí un cementerio
entre los pinos ralos y la playa?
No, aquí todo es de luz, de pura luz,
de luz muy cierta, y el sol tiene
un sonido largo, como un plato
de bronce que sonara una vez [...]

Después comentó acerca de *Elogios de la luz y de la sombra* cuya estructura en prosa es materia poco común en el quehacer poético. A pesar de eso, continuó Garrido, la pluma de Labastida logra muy bien el propósito sin importar la forma de la poesía, pues ésta debe experimentar con los sentidos.

Finalmente, elogió las diferentes formas de conocimiento que Labastida ha vivido a plenitud y ha plasmado en su quehacer académico: “No puedo ni debo llamarme feliz”, fue el verso contenido y prudente del autor con el que Garrido redondeó su semblanza ética y estética.

LIZALDE, POETA*

Jaime Labastida**

Me he ocupado en diversas ocasiones de la poesía, deslumbrante siempre, de Eduardo Lizalde (cuando recibió el Premio Alfonso Reyes, por ejemplo, o en mi antología *El amor, el sueño y la muerte*, en la que me permitió incluir su poema *El tigre en la casa*). No repetiré, pues, lo que entonces he dicho. Ahora quisiera centrarme en dos o tres aspectos, acaso esenciales, de su quehacer poético.

Para empezar, diré lo que es obvio: la poesía de Lizalde se encuentra en evolución y desarrollo constantes. Desde una fase inicial, audaz y en muchos aspectos deplorable (él mismo la llama un “fracaso”) hasta la etapa, por igual audaz al mismo tiempo que serena, que constituye hasta hoy su último y gran poema, “Algaida”.

¿Qué se halla en la primera etapa? El análisis, en el sentido estricto de este término, o sea, el método analítico del trabajo poético: un intento por descomponer, hasta encontrar sus elementos más simples, la esencia de la poesía. Este método se traducía, en Lizalde y en sus compañeros de aventura, en obtener un raro sistema que les permitiera “hacer” poesía; quiero decir, hallar el mecanismo por el cual se pudiera desenvolver, por sí sola, la escritura poética. Fue un fracaso, es cierto, pero a él le proporcionó un sedimento que necesito subrayar: la construcción del poema en grande, el rigor, la negativa a cualquier forma de complacencia.

Por aquellas épocas Lizalde trabajó inútilmente en la construcción de un poema del que sólo sabemos el título: “Noúmeno el dinosaurio”. Jamás se ha publicado. Pero el solo título nos indica un propósito obvio:

* Discurso leído en el homenaje a Eduardo Lizalde para conmemorar su 90 aniversario el 27 de junio de 2019, en la Capilla Alfonsina, Ciudad de México.

** Miembro numerario de la Academia Mexicana de la Lengua, del Colegio de Sinaloa, del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, de la Asociación Filosófica de México y director de Siglo XXI Editores.

alude a la tesis de Kant en la *Crítica de la razón pura*, el añejo asunto de la relación entre la esencia y la apariencia, que en el filósofo de Königsberg se traduce en la vinculación imposible entre el noumeno (o cosa en sí) y el fenómeno. *Noúmeno*, lo saben bien, es un neologismo de origen griego: *nous* (νοῦς) es la inteligencia suprema; a su vez, la voz *fenómeno*, también de raíz helena, alude al hecho de que los objetos se muestran ante la luz (del verbo *pháino* [φαίνω], iluminar, o sea, lo que se presenta ante la luz: *phos* [φως], *photós* [φωτός]). Entiendo que ese arduo tema filosófico fue resuelto por Hegel en la *Ciencia de la lógica*: de acuerdo con el filósofo de Jena, el fenómeno (o la apariencia) es la manera en que se manifiesta el noumeno (o la esencia), producto de la inteligencia. Ignoro, repito, de qué modo trataba Lizalde ese asunto, pero presiento que sus lecturas filosóficas lo despeñaban por construcciones verbales insólitas: ocho mil versos o más, lo que llama, tal vez con razón, un fracaso. Ignoro si sea realmente así como lo desarrolló Lizalde, pero me atrevo a suponer que, y lo diré con una leve sonrisa, en su insólito poema, el dinosaurio vendría a ser el noumeno y los restantes saurios, desde el cocodrilo hasta la pequeña lagartija, serían los fenómenos.

En *Memoria del tigre* Lizalde ha rescatado algunos de aquellos intentos vanos, de los que prefiero olvidarme. A mi juicio, Lizalde nace como un poeta completo con dos libros extraordinarios: el primero, *Cada cosa es Babel*, publicado en 1966. (Diré, literalmente entre paréntesis, que me parece imperdonable que esa antología que se resiste a ser llamada así, *Poesía en movimiento*, no haya recogido ni siquiera un fragmento de aquel poema en el que Lizalde ya daba muestras de audacia y de renovación de la actividad poética en México.) El segundo, publicado en 1970, es “El tigre en la casa”, un poema orgánico en el que se conjugan de manera magistral la pasión y la inteligencia. Es un poema en el que el amor se ha convertido en su contrario: en el odio más largo y sin medida.



Quisiera detenerme en unos cuantos versos de ese poema magistral. Helos aquí: “Y el miedo es una cosa grande como el odio./ El miedo

hace existir a la tarántula,/ la vuelve cosa de respeto,/ la embellece en su desgracia,/ rasura sus horrores.// Qué sería de la tarántula, pobre,/ flor zoológica y triste,/ si no pudiera ser ese tremendo surtidor de miedo,/ ese puño cortado/ de un simio negro que enloquece de amor”.

Adviertan ustedes el proceso que sigue la construcción de estos versos admirables. La tarántula pertenece al reino animal, es cierto, como tantos otros de los múltiples animales de la zoología poética creada por la imaginación de Eduardo Lizalde; pero es, al mismo tiempo, una flor, “pobre y triste”, que se transforma en un tremendo surtidor de miedo, o sea, en el puño de un simio negro a quien el amor ha enloquecido. Estamos en el centro exacto en que el protagonista literario, el tigre, está al acecho: el amor se convierte en su contrario, en odio. El tigre inspira terror. El amante enfurecido puede descuartizar a todo animal que se ofrezca ante sus ojos. El amor, destruido por los celos, se transforma en tarántula, es el puño cortado de un simio negro, enloquecido. Y la locura no conoce ni límites ni cauces. El miedo es la antesala del odio y esos versos lo revelan a la luz. El miedo le concede existencia a la tarántula, al revés de lo que podría suponerse.

Quisiera mostrar el procedimiento que Lizalde sigue en estos versos luminosos. Me valdré de la oposición, establecida por Kant, entre una máquina y un organismo vivo. La maquinaria, sostiene Kant, crece por la mera suma o la acumulación de sus partes (conocemos innumerables poemas de ese tipo), mientras que un organismo, por el contrario, se desarrolla desde su interior, de manera armónica (en otro lugar, Kant habla de método arquitectónico). De igual modo crecen los versos que he citado, como un organismo, con esa misma sencillez interna, como si de cada verso, naturalmente, naciera el siguiente, con entera armonía.

He dicho también que Lizalde ha creado una zoología poética propia, en la que los animales juegan, cada uno, su papel. No voy siquiera a enumerarlos. Me basta con señalar que dos de sus libros (*La zorra enferma* y *Caza mayor*), en los que abundan los epigramas, son muestra de un sentimiento profundo: aquel que nace de los errores propios, puesto que contra nada somos tan intransigentes como contra los vicios o los errores personales. Lo diré de otra manera: aquello que con mayor fuerza criticamos,

acaso sea lo que nosotros mismos acabamos de hacer. Lizalde no es la excepción. Leamos su poema “Los puros”: “La más grande pureza es abyección./ No hay duda./ Pero consuelo, oh puros:/ Tampoco los abyectos y los viles lo son del todo./ A veces huelen rosas/ y acarician corderos con sinceridad/ o besan niños/ y dan su vida por la Revolución”. Aquí, Lizalde parece hablar de sí mismo, del sí mismo que ha dejado de ser y contra el que ahora se rebela. Lizalde y yo transitamos por los mismos caminos, fuimos amigos de José Revueltas, creímos en un socialismo que nos ofreciera la libertad completa. Ahora vivimos la desilusión de aquel sueño: padecimos la crueldad, la sinrazón, el mundo que se creía perfecto y que era, por el contrario, una cárcel de hierro y de hielo. En este sentido, toda poesía posee, en sentido profundo, cierto ingrediente autobiográfico.

Llego finalmente a un poema severamente construido, “Algaida”, palabra de origen árabe que significa, según establece el diccionario de las academias, un terreno arenoso a la orilla del mar, o sea, un médano, una duna. Éste es, en apariencia, el objeto “real” al que se alude en el poema. Pero hay que señalar que la poesía no se construye con objetos reales sino con objetos literarios y que estos objetos poseen una materia específica: la materia de que están hechas las palabras cuando forman versos. La poesía recobra y subraya todos los aspectos materiales de la lengua: sus rasgos metafóricos, rítmicos, fónicos, estructurales, en fin, de sentido. En estos rasgos decisivos, el lenguaje poético se diferencia del lenguaje científico, que hace caso omiso de la materialidad que la música, el ritmo, la fonía del lenguaje determinan. El lenguaje científico tiende a la abstracción, a la supresión del sujeto de la enunciación y hasta puede ser expresado en forma matemática. El lenguaje poético se sitúa en el polo opuesto: es sensual, emotivo, material.

En el desarrollo del poema “Algaida”, las primeras imágenes que muestran la duna se convierten poco a poco en (oigan este endecasílabo yámbico perfecto, con el acento prosódico en la sílaba central): “el último jardín de la memoria”. El terreno desolado junto al mar de súbito es sustituido por las imágenes, remotas en el recuerdo, de los jardines de la infancia, donde hay no sólo árboles y flores, sino también la casa desolada,

la bóveda celeste y el planeta Tierra, visto por el poeta como si fuera la “cabeza de un titán degollado”. El poema se cierra con estos versos admirables, tras del enorme esfuerzo hecho por la memoria: “Guardo la pluma exhausta y alzo el rostro/ al terminar el viaje.../ para de nuevo contemplar la estrella”.

En el último verso hay una resonancia de un verso del Dante. Pero no quiero ni debo añadir ni un comentario más. Prefiero que sus oídos conserven, intactos, este final perfecto.

EDUARDO LIZALDE EN LA ACADEMIA*

Vicente Quirarte

La poesía es ejercicio de juventud. En esa edad se hallan íntegras todas las potencias del animal que somos. Carencias y plenitudes se ofrecen colmadamente a nuestras ansias y las ejercemos como si nunca fueran a agotarse. La juventud termina, pero nunca la poesía. Nunca el testimonio de que hemos luchado contra el Ángel y en esa “fiera y desigual batalla”, al ser vencidos hemos ganado en iluminaciones. Cada herida es una prueba del combate en que el premio más digno es la derrota. La única victoria verdadera.

Derrota y *fracaso* son palabras elocuentes en el caso de Eduardo Lizalde porque él las utiliza en un libro ejemplar, luminoso y necesario no sólo para entenderlo a él sino para todo aquel que intenta hacer más puras las palabras de la tribu.

Eduardo Lizalde cumple 90 años y sigue siendo fiel a ese muchacho inconforme y rebelde que nos dio para siempre versos estremecedores e inolvidables. Le sucede lo que a nuestro José Alfredo Jiménez: cada día canta mejor, y cada acercamiento a su obra es diferente y renovado. Apenas el pasado 14 de junio, en la lectura estatutaria que es nuestra obligación en esta cofradía que hoy orgullosamente celebra a nuestro poeta, Lizalde dio a conocer la tarea en la que actualmente se halla: la traducción al español del poema *El cementerio marino* de Paul Valéry. Vertido antes a nuestro idioma por uno de sus más altos artífices, el poeta español Jorge Guillén, Lizalde demostró, en su breve e intensa exposición, que los versos de Guillén suenan fastuosamente pero no equivalen a lo que dice Valéry. En esa ocasión dijo palabras que ilustran el trabajo del poeta y la

* Discurso leído en el homenaje a Eduardo Lizalde para conmemorar su 90 aniversario el 27 de junio de 2019, en la Capilla Alfonsina, Ciudad de México.

aventura verbal del propio Lizalde. Se refirió a la traducción como una herejía. ¿Y que es la poesía sino una herejía suprema, la inevitabilidad que nos lleva a intentar escribir algunos versos bellos que nos hagan sentir superiores a aquellos a los que despreciamos?

Tuve el privilegio de conocer dos veces a Eduardo Lizalde. La primera fue en esa especie de tribunal en el cual, junto a otros dos inquisidores que eran Beatriz Espejo y Salvador Elizondo, en el Museo de San Carlos, opinaban sobre el trabajo del candidato, que en esa sesión había aceptado ser sometido a toda clase de humillaciones. Tarde o temprano nos encontramos con los poetas que nos forman. Nunca agradeceré suficientemente que mi hallazgo de *El tigre en la casa* coincidiera con el descubrimiento de que Eduardo Lizalde se hallaba a cargo de un taller de poesía en la Facultad de Filosofía y Letras. Los integrantes, cuatro cuando éramos todos, llegábamos bajo el imperio del sol negro en busca de una verdad que no existía. Entre todos sobresalía Eduardo Hurtado quien ya era el espléndido poeta que no he dejado de leer ni de admirar. Yo, en cambio, frente al hombre Lizalde que conocía a través de sus poemas, llegaba con un manojo de mal llamados versos —para perjuicio de mi orgullo y de la poesía— recién salidos de la desgracia amorosa. Entonces no sabía que esa contundencia que vuelve tan personal y estremecedora a la poesía de Lizalde, tenía detrás a un artista que había eliminado toda pasión inmediata para escribir sobre la pasión humana. En aquellas sesiones de taller, Lizalde nos enfrentaba al texto, trazaba su geografía y sus relaciones. No se limitaba a la lectura y análisis de poemas; nos llevaba al conocimiento de aquellos escritos que podían darnos una idea más completa de la pugna del hombre con las palabras. No era un profesor de academia; por lo mismo, es uno de los contados maestros que he tenido —que sigo teniendo a través de su obra— precisamente porque nunca tuvo piedad hacia mis textos y me enseñó, sobre todas las cosas, que el poema es un objeto autónomo, vampiro de la vida, pero alejado de ella desde el instante en que acepta su propia soledad, orgullosa e insobornable. Una de sus lecciones consistía en traducir uno de los poemas en apariencia más inocentes de William Blake: “The Sick Rose”. Ninguna traslación a nuestro idioma era igual a la otra, con lo cual el maestro demostraba que una

misma pasión halla respectos afluentes en la sangre. En ese taller, Lizalde nos conducía a practicar lo más rescatable de su poeticismo de juventud: el asedio al auténtico poema, la búsqueda del lenguaje como gran arte, encima de las casualidades o a los pararrayos celestes. Ahora, a la distancia, creo que sin él pensarlo preconcebidamente, el profesor Eduardo Lizalde era el apócrifo del poeta, un Juan de Mairena que revelaba las estrategias y frustraciones, los triunfos y caídas del poeta y su presa, un heterónimo que nos concedía el privilegio de asistir al laboratorio donde se habían gestado sus poemas.

La poesía de Lizalde cautiva a causa de su musicalidad, su precisión conceptual, la contundencia de sus metáforas. Pero nos marca de manera perdurable, y su experiencia también debe probarse en la edad cuando todo nos vulnera. A esa ponzoña inevitable, a esa voluntaria temporada en el infierno pertenece la poesía de Eduardo Lizalde y, de manera sobresaliente, la figura que ha elegido y explorado y afinado a través de los años: el tigre que tensa, con su aterradora simetría, las cuerdas de una de las poesías de mejor y más alto timbre entre nosotros.

La llegada a ese gran libro —que cumple con la exigencia de Cyril Conolly de escribir en la vida una obra maestra— no fue en Lizalde motivo de la casualidad. Antes había integrado con otros autores el llamado movimiento poeticista que, como toda vanguardia juvenil, pretende cuestionar todo lo escrito antes de ella. Eduardo Lizalde es uno de nuestros poetas más conscientes, uno de los que con mayor frecuencia y solidez han reflexionado en su trabajo sobre la factura del objeto verbal; en sus versos la pasión se halla tan sabiamente modelada que el verso parece romper —matraca o cohete el corazón de la noche, guitarrón del solitario, bolero del resentido— sin más recurso que la blasfemia y el coraje. Y si en primera instancia *Cada cosa es Babel* es el libro conceptual de Lizalde, heredero de nuestra gran poesía simbólica desde *Primero sueño* hasta *Piedra de sol*, la disección que posteriormente hace del felino monarca en *El tigre en la casa* y *Caza mayor*, o la exploración que del sentido de las palabras y de sus relaciones peligrosas efectúa en *La zorra enferma*, reafirman ese afán expansivo y exploratorio de la poética lizaldiana.

¿Qué es el tigre? Más allá de la filiación cultural de la fiera, que el propio Lizalde revela en varios poemas, su mayor mérito radica en que, no obstante la repetición obsesiva de la palabra, es la experiencia personal, pero también los bombardeos sobre Vietnam, el hombre de negocios y sus *enormes minucias*, el borracho itinerante que descarga sus penas frente a la barra de cantina.

No lo toquemos más, que así es el tigre, puede decir Lizalde; así debe repetirlo su lector, el adolescente que más que solidarizarse al leerlo se siente acompañado por el dolor del otro, por ese que se ha atrevido a despertar a la fiera, con todas sus devastadoras consecuencias. El tigre es la vida; aliado de la muerte, no deja de temer al tigre de los tigres, y en esa condición caduca, en esa amenaza de extinción acaso se halle el único consuelo del asunto. Porque si bien sentimos la amenaza de la fiera, debemos tener simpatía por ella, pues sin nosotros no vive. Es el otro, el ajeno, el exiliado; es, como cualquier adolescente que se respete, un enorme animal por dentro y fuera, dando golpes de ciego, tirando dentelladas en un mundo donde la vida está pendiente.



No haber estado presente en la entrega del Premio Nacional de Literatura 1988 a Eduardo Lizalde me concede el derecho a imaginar la escena. Un trigre —imaginario de tan real— camina sobre la alfombra roja del recinto donde se hará entrega del premio. La presencia del tigre no es advertida por columnas ni escaleras de mármol, ni el Estado Mayor, ni el público asistente a una de las últimas ceremonias del sexenio. Pulido, cebado, musculoso, el tigre se desplaza con la lentitud serena de los reyes. Se detiene, husmea, busca entre ese mar de *flashes* y corbatas; desprecia la pulida carne de doncellas, los muslos aún firmes de aquella otra hembra, el bien nutrido estómago de flamantes secretarios de Estado.

Por fin, descubre al único mortal que puede verlo: imperceptible casi, introducido a fuerza o por descuido, un adolescente solo como isla, con una sed que la lluvia enciende con mayor violencia. El muchacho se sabe descubierta y mira al tigre a los ojos; en la mano lleva un libro con

la evidente huella de numerosas lecturas. Sin quitarle los ojos a la fiera descubre lentamente la portada: sobre un fondo naranja, un tigre en el instante del salto.

En el salón la ceremonia ha comenzado. Para el adolescente y el tigre ha cesado el mundo de afuera. Ambos inician un baile de miradas, un par de *rounds* de sombra y a distancia. Saben que el encuentro no es fortuito. El adolescente se ha empeñado en trasladar a palabras sus pasiones; las ha encauzado a través de ríos ajenos donde ha creído apurar su dosis precisa de veneno. Una tarde, en una librería de la avenida Hidalgo descubrió un antídoto que habría de causarle nuevas fiebres: *El tigre en la casa* de Eduardo Lizalde. Antes sabía de los tigres de Malasia, o del Shere Kahn obstinado en devorar la carne impúber de Mowgli. Y aunque este nuevo tigre salía de un libro de poemas, era todo menos un tigre de papel. Al fin de la lectura sonrió con la paz de los vencidos.

Bajo la luz de los candiles la pupila del tigre late al contemplar su presa. Su desconfianza de siglos lo obliga a detenerse, a estudiar el terreno y la distancia. No menosprecia a ese animal bípedo, tan inerme en la selva, tan temible en su propio laberinto. Su deleite no nace de la carne, sino de un apetito más intenso: ese muchacho y otros —incluido el hombre que se sienta al estrado a recibir justos honores— lo han conjurado al descubrir que el amor “es un árbol que da frutos dorados sólo cuando duerme”.

Cuando los aplausos atruenan el espacio y los *flashes* parecen una sola bengala en la noche, el tigre y el muchacho saben que ha llegado el momento. El primero tensa su perfección mortífera; el muchacho es un sable desnudo, pero menos brillante que sus ojos. En el instante del salto, a punto del abrazo mortal, ambos disfrutan la victoria anterior al combate y los dos reconocen su linaje.



Eduardo Lizalde ingresó a esta Academia Mexicana de la Lengua el 24 de mayo de 2007. Su lección inaugural llevó por título “La poesía mexicana. Esplendor e infortunios” donde nuevamente hizo gala de esa

defensa de la palabra que esta hace cuando se encuentra tensada en su más alta potencia. La respuesta estuvo a cargo de su amigo de navegaciones Ernesto de la Peña a quien me honra traer a la palestra:

La poesía de Eduardo Lizalde es de presencia, no de lamentos por la ausencia, por la nostalgia de lo perdido. La inmensidad de lo real desborda las medidas y sus poemas cantan, elogian el mundo circundante, aunque él mismo percibe huecos cuya plenitud alguna vez nos fue concedida y dejó cierto saldo vacío, sólo preterido por la opulencia del momento presente.

Ernesto de la Peña solía recordar que la Academia Mexicana de la Lengua existe para limpiar, fijar y dar esplendor al idioma, y que al poeta corresponde la enorme responsabilidad de hacerlo brillar en sus notas más altas. Estoy seguro de no hablar sólo en mi nombre cuando digo que la relativa gloria que les es dado gozar en vida a los poetas, Eduardo Lizalde la tiene en sus múltiples lectores, agradecidos a la exigente hermosura de su tigre de la guardia.

90 AÑOS DE POESÍA: EDUARDO LIZALDE*

Alejandro Higashi**

La primera impresión que deja la poesía de Eduardo Lizalde es la de una profunda lucidez y la de una precisa perfección. Cada poema es un diamante facetado donde la idea en bruto es tallada y pulida con esmero por el artesano poeta hasta revelar su mayor brillo; pero también es pura imaginación y puro juego, es quimera y espejismo, luz y más luz que “arrastra en su desastre/ todo lo que ilumina”, justo como el amor. Poesía de la lucidez, palabra de peso exacto en relación directa con su poema “Luz”, “Digo: Luz./ No hay otra cosa que decir/ acerca de la luz” (1975: 37).

Aunque a menudo se trata de una lucidez reflexiva debemos aceptar que no se detiene en lo meramente intelectual, sino que se derrumba con estrépito y violencia en el plano sensorial de la experiencia. En la lucidez del poema se concentra evocación, reflexión y sentimiento, en armonía siempre con el verso melódico y el adjetivo más ponderado. Ya desde su primer libro importante, *Cada cosa es Babel* (1966), estaban contraídas las nupcias entre la razón que nombra y los sentidos que se despiertan en el acto creador:

Y le digo a la roca:
muy bien, roca, ablándate,
despierta, desperézate,
pasa el puente del reino,
sé tú misma, sé mía,

* Discurso leído en el homenaje a Eduardo Lizalde para conmemorar su 90 aniversario el 27 de junio de 2019, en la Capilla Alfonsina, Ciudad de México.

** Miembro numerario de la Academia Mexicana de la Lengua y de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.

dime tu pétreo nombre
de roca apasionada (1993: 83).

La poesía de Lizalde también está hecha de tiempo. En este fragmento del canto inicial de *Cada cosa es Babel*, por ejemplo, late con elegante sutileza el remate de los “Sonetos de Zapotlán” de Carlos Pellicer:

Entre rumores y amistad campea
mi esperanza. Un volcán sus líneas sube
y el valle con la tarde se ladea.

¿Vendrás, oh Primavera, la Esperada?
Y al cuello del volcán, plácida nube,
divide en dos la roca apasionada.

Ya sé que el tiempo al cual aludo no es la mera experiencia del tiempo; me refiero a la capacidad de su obra para insertarse en el fino tejido de la tradición literaria. Cuando publicó su *Tigre en la casa* (1970) resonaron en ese atigrado librito naranja que salió de las prensas de la Universidad de Guanajuato los tigres de Blake, de Salgari, de Borges, pero se alinearon muy pronto al diapasón normal del tigre de Lizalde, hecho de “lodo y miel”, poderoso asesino “más largo y más pesado/ que otros gatos gordos/ y carniceros pestíferos/ de su especie” (1970: 10), pero también el tigre dormido, el amor que todo lo vence y el miedo que redime la fealdad de la tarántula.

Quizá sea *El tigre en la casa* uno de sus poemarios más célebres por la exactitud con la que tocó lo humano en un momento en el que la poesía estaba algo descaminada hablando en el lenguaje de la abstracción. Mientras Octavio Paz publicaba *Blanco* (1967), *Discos visuales* (1968) y *Topoemas* (1971) Eduardo Lizalde había apostado todo a una poesía de la inteligencia y de la comunicación, de emociones poderosas como el amor, el miedo y el odio, pero profundamente humanas. A contracorriente de la libre asociación de palabras de las posvanguardias, donde el sentido final del poema era una prerrogativa de sus lectores o de la confianza en

el poder evocativo de las letanías de imágenes, Lizalde sólo supo proveer de peso exacto a la metáfora y a la alegoría.

Quizá la comparación no sea ociosa. En la obra de Octavio Paz, por ejemplo, la imagen corre desbocada por las praderas del lenguaje; veamos estos tigres de “Mar por la tarde”, publicado en *Puerta condenada* (1946):

Aguas como el principio de las aguas,
como el principio mismo antes del agua,
las aguas inundadas por el agua,
aniquilando lo que finge el agua.

El resonante tigre de las aguas,
las uñas resonantes de cien tigres,
las cien manos del agua, los cien tigres
con una sola mano contra nada.

Y en “La casa de la mirada”, de *Árbol adentro* (1987):

En el espejo de la música las constelaciones se miran antes de disiparse,
el espejo se abisma en sí mismo anegado de claridad hasta anularse en un reflejo,
los espacios fluyen y se despeñan bajo la mirada del tiempo petrificado,
las presencias son llamas, las llamas son tigres, los tigres se han vuelto olas,
cascada de transfiguraciones, cascada de repeticiones, trampas del tiempo.

En Lizalde, la imagen no es menos sobrecogedora, pero se peina y acicala para lograr un efecto de alta precisión conceptual:

Tigre atrapado en la vitrina,
gime el mar
detrás de la ventana.
Se contonea y maldice y ruge
y se destroza contra los cristales,
sangra cuchillos al herirse
y grita y muge y silba y hace gárgaras.

Envuelve y cañonea con su ronquido,
 tira zarpazos blancos,
 y teje los mejores encajes pasajeros.
 Se pone intolerable, aúlla, trota,
 marcha, empuja, cae, destruye,
 pero no le abrimos.

En este camino, más del lado de la alegoría que de la pura imagen, Lizalde dosifica el brillo deslumbrante de la imagen y lo somete al indicio narrativo y a la revelación de la epifanía. Ciertamente es que para Lizalde la prosa y la poesía no deben andar deshermanadas, como se recordará de un poema dedicado a Carlos Fuentes en el que queda expresado, de paso, todo un programa estético:

La prosa es bella
 —dicen los lectores.
 La poesía es tediosa:
 no hay en ella argumento,
 ni sexo, ni aventura,
 ni paisajes,
 ni drama, ni humorismo,
 ni cuadros de la época.
 Eso quiere decir que los lectores
 tampoco entienden la prosa (1975: 79).

Con *La zorra enferma* (1975), Premio Nacional de Poesía Aguascalientes, de donde procede el poema anterior, Lizalde nos mostró una cara insospechada, pero muy clásica, de su lucidez: la del epigramista que con ingenio y humor censura la ignorancia del lugar común.

VERSO

Uno cava en el verso,
 hunde la pluma en él

hasta que corren las primeras gotas
de sangre por la página.

Pero el verso no corre.
Se queda ahí, parado.
Nadie lo lee o conoce.

Se escucha el ay de imprenta
que multiplica el verso
por mil o cinco mil.

Ya impreso,
la burla es más graciosa:
otras mil veces no será leído (1975: 88).

Sus poemas breves no andaban muy descaminados de la característica claridad del resto de su obra. Como en los epigramas de Catulo y Marcial, o en los de Ernesto Cardenal, o en los poemínimos de Huerta, en los pequeños monumentos de Lizalde confluyeron el ingenio agudo, el juicio certero y la expresión poética más económica y exquisita, debida en parte a que la enana proporción del género resultaba refractaria a la divagación. La forma constreñida del punzante ejercicio epigramático, por otro lado, era el género de la noticia y de la inmediatez comunicativa, el género mejor y más íntimamente comprometido con la realidad en toda su inminente fealdad; era el género en que podía denunciarse la mirada paternalista del tirano, pero también la del pueblo que lo había erigido como su gobernante.

Quien triunfa en lo diminuto está llamado a triunfar también en la desmesura. En *Tercera Tenochtitlan* (1982) y *Algaida* (2009), Lizalde soltó amarras y zarpó al mar abierto del poema extenso, ese mismo que Evodio Escalante ha definido como aquel que “requiere, al menos, arquitectura y meditación, un alto sentido de la forma y, a la vez, un pensamiento profundo que aspira a la permanencia”. Esta incursión tuvo su cuota de desafío, pero también de continuidad: el clímax de *Algaida*, por ejemplo, es un haikú:

Dos barcas a la orilla:
se ha descalzado el mar,
para pisar, desnudo el pie, la arena (2009: 29).

Poeta estricto en sí mismo y en su obra, no lo ha sido con los temas alentados en su poesía: el lenguaje en *Cada cosa es babel*; las pasiones más profundas y más básicas del ser humanos, el amor, el odio, el miedo en *El tigre en la casa*; la política y la ideología en *La zorra enferma*; los secretos del cuerpo en *Tabernarios y eróticos* (1988). Le ha cantado al colchón Simmons; a Charlie Brown, así, solo en la loma; a Marx y al Che Guevara; en *Caza mayor* se adelantó a la poesía ecologista y también habló del tigre en peligro de extinción; habló del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein y de la obra de Heidegger a través de los ojos de José Gaos, su “domador académico” (1979: 21); fue poeta de cantinas, La Flor de Valencia, El Mirador, La Curva y El Paraíso, donde devoró “a Hegel/ a Kant y a sus abuelos empiristas,/ con epazote metafísico a la Marx,/ a la Hoelderlin,/ la Lenin, La Novalis” (1979: 29); e incluso un poema a la silla, en el que le muestra su desconfianza mientras bebe, cómo no, de pie en la barra (1979: 38-39); el cierre a blancas del dominó, pero también el box y el béisbol. Tantos temas que nada contingente parece escapar a su mirada curiosa, aguda y penetrante y, como apuntó Octavio Paz, “mirada-cuchillo de cirujano, mirada de moralista, mirada de enamorado” (1986: 137).

EL POETA JOSÉ PASCUAL BUXÓ*

Vicente Quirarte

Escuché por primera vez el nombre de José Pascual Buxó unido a su persona por intermedio de mi también querido amigo, poeta y maestro César Rodríguez Chicharro. Se refería a él con admiración y afecto. Sobre todas las cosas exaltaba la forma en que su compañero de aventuras académicas y lides poéticas era capaz de combinar la sensibilidad más refinada con el rigor y la disciplina extremas. Como bisoño estudiante de la licenciatura en Letras Hispánicas, yo había consultado obras cardinales salidas del pensamiento crítico del doctor Pascual Buxó, quien había desarrollado ya una tarea fundamental para el conocimiento profundo de las estructuras lingüísticas. Creador y maestro, formador y artista, combinaba en su discurso el hallazgo poético con el análisis científico. Títulos como *Muerte y desengaño en la poesía novohispana*, *Las figuraciones del sentido*. *Ensayos de poética semiológica* —varias veces reimpresso— son fundamentales para quien se aproxime a los diversos campos de trabajo del autor, y constituyen referencia obligada para el estudiante o para quien desee aproximarse al fenómeno de la cultura como un acto esencialmente humanista. Sin embargo, entonces no había tenido la fortuna de conocer la vertiente lírica del poeta José. El propio Rodríguez Chicharro me mostró los libros donde el primero había depositado la parte más libre y a la vez más exigente de su energía. Más tarde ha sido mi privilegio tener ejemplares dedicados por su autor; disfruté de su sabio consejo y solidaria compañía en los cuerpos colegiados de este Instituto de Investigaciones Bibliográficas, cuando tuve el privilegio de pasar por su dirección y, algo que imposible de olvidar: fue uno de los tres miembros de la Academia Mexicana de la Lengua que, junto con

* Discurso leído en el homenaje póstumo a don José Pascual Buxó el 24 de septiembre de 2019, en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, Ciudad Universitaria.

doña Clementina Díaz y de Ovando y don Miguel León-Portilla, apadrinó mi ingreso a la corporación que el doctor José Pascual Buxó honró con sus luces.

Bajo el título *Memoria de la poesía* nuestra Universidad Nacional, a través de su Dirección de Literatura cuya titular se encuentra venturosamente entre nosotros, dio a la luz en 2010 un volumen que reúne 20 años de trabajo poético de José Pascual Buxó. La afortunada ambigüedad del título sintetiza la poética del autor: bitácora de los libros y poemas sueltos publicados a través de los años, la obra es igualmente una afirmación de fe en que la poesía guarda memoria de quienes han sido sus leales amadores, sus auténticos guerreros. Nacido en Cataluña, pero integrado desde muy temprana edad a nuestro México, José Pascual Buxó llegó al puerto de Veracruz tras la Guerra Civil española. Como muchos otros creyentes en la República, sus padres prefirieron salir de su patria en vez de renunciar a los valores más altos y nobles de la civilización. Desde antes de conocer lo que el futuro le deparaba, el joven que hizo de la palabra instrumento para construir y defender la verdad, debe haber intuido la frase que fue emblema de su existencia: “Vivir en la literatura sólo es posible si puede hacerse de la literatura un modo genuino de vida”.

Cada poeta tiene su propio ritmo de trabajo, y hay quienes tienen la necesidad de crear todos los días, con una facilidad parecida a respirar. Tal es el caso de un Carlos Pellicer o un Pablo Neruda. Hay otra clase de escritores, que concentran su encuentro con el rayo en un breve espacio de tiempo. Por regla general, la poesía es un ejercicio de juventud, pero la poesía nunca abandona a quien la ha servido con las mejores armas y con la más alta voluntad como lo demuestra la esencial, sólida e imprescindible obra poética de José Pascual Buxó, así como la flexibilidad y solidez con que la poesía vertebró cada uno de sus escritos posteriores. Si leer o escuchar un trabajo de investigación escrito por él resulta una fiesta del intelecto es porque bajo la contundencia de sus afirmaciones se halla la música callada del poema, transformada y en presencia constante. No se trata de un lirismo superficial y engañoso, sino de que a cada concepto correspondan la precisión y el timbre propios de

la gran poesía de ayer, de hoy y de mañana. La labor multidisciplinaria y en constante transformación del doctor José Pascual Buxó es un alto ejemplo de la investigación y la creación: tomar las palabras y las imágenes que los hombres han fijado en distintos soportes, aplicarles las herramientas más especializadas e iluminarlas con el saber humanístico que ha sido la raíz de la fecunda y generosa vida de uno de nuestros intelectuales más íntegros, en todo el sentido de la palabra.

Desde sus primeros versos tuvo la convicción de que el trabajo del poeta consiste en escribir sobre los temas eternos, sin acudir a modas o fuegos de artificio que se esfuman casi de manera instantánea. Sus antecesores inmediatos en España eran los poetas de la Generación del 27. Sus herederos regresaron a la palabra esencial, antes que seguir en el cultivo del lujo verbal, gongorino y envolvente que caracterizó al grupo y llevó a la lírica en español a las más altas cimas. T. S. Eliot, poeta con quien encontró varios vínculos, enseñó al joven Pascual Buxó que nuestra habitación común ha sido arrasada; se encuentra estéril, yerma, y sus contadas alegrías están cercadas por la angustia y la proximidad inevitable de la muerte. En tal sentido, sus afinidades electivas están más próximas a autores mexicanos como Xavier Villaurrutia y Alí Chumacero, hijos a su vez de los grandes clásicos.

Generación Nepantla designa la historia literaria a los poetas nacidos en España y que, llegados a México en sus primeros años, en esta segunda tierra sembraron hijos, árboles y libros. Criados en la tierra de en medio, los niños que crecieron en una de las etapas más emotivas y sólidas de México alternaron el libre ejercicio de la literatura con la no menos grata y exigente obligación de la enseñanza y la investigación. Carácter es destino. En la ciudad de Nepantla habría de ver la primera luz la niña Juana de Asbaje, que llegaría a ser la autora más notable de su tiempo, y que con el paso del tiempo hallaría en José Pascual Buxó a uno de sus mejores enamorados, ese que, al igual que en su propio trabajo poético, se aproximó a sus objetos de estudio con pasión y conocimiento.

Desde sus primeros versos, José Pascual Buxó se manifestó como un poeta que unía las voces de la tradición con su propia y temprana

originalidad. Desengañada y luminosa, su visión del mundo halló tempranamente sus afinidades en los poetas españoles del siglo de oro, en la vanguardia latinoamericana y en los autores italianos. *Tiempo de soledad*, su primer libro de poemas, es doloroso y oscuro. No basta a quien articula la voz la posibilidad de expresarse, el virtuosismo del verso. El joven José demuestra en sus palabras que el poeta es un ser en perpetuo desdoblamiento. El hombre que lo habita no puede ser inconscientemente feliz como el resto de sus semejantes. Enemigo de sí mismo al convertirse en perpetuo buscador de la plenitud o en descifrador obsesivo de las esencias, sus combates tienen que ser arduos y aparentemente infructuosos; aparentemente, porque nombrar la desesperación es trascenderla, y el lector encuentra con el poeta la salvación o al menos la instantánea iluminación al enfrentarse a materias cotidianas: la tierra, la harina, el agua, el cuerpo doliente de cada día aparecen constantemente en sus poemas como recordatorio de la miseria y la grandeza de la especie humana. La Universidad de Zulia, Venezuela, de la cual fue profesor distinguido, publicó sus libros de joven madurez *Memoria y deseo*, *Boca del solitario* y *Materia de la muerte*. Tema central de la generación poética a la que pertenece Pascual Buxó es el exilio que los situaba en un peligroso acantilado: el desarraigo, la pérdida del reino. Evoco otra vez a César Rodríguez Chicharro: como José Pascual Buxó, evade la inmediata elegía para aceptar un exilio más doloroso y constante, el que se da hacia el interior de uno mismo. En tal sentido, Pascual Buxó apunta:

Los hijos del exilio, por más que hayamos podido evadirnos de las circunstancias históricas de nuestra patria originaria, esto es, que hayamos ingresado con fe y decisión en los ámbitos de la nueva patria mexicana, no hemos podido deshacernos de los fantasmales terrores de la infancia; en un acechante rincón de la memoria, siempre se hallan dispuesto a abatirse sobre nosotros, a arrastrarnos a su mundo tumefacto, a hacernos probar una y otra vez la salitrosa lengua de la angustia.

En unos sobrios y viriles renglones en prosa, José evoca la visión infantil que tuvo de su padre vestido de miliciano, sus cuidados constantes,

sus ausencias. Y si bien es cierto que un hombre nace auténticamente cuando muere su padre, José Pascual Buxó llega al más alto momento de su poesía en el libro *Materia de la muerte* cuya primera parte está integrada por poemas dedicados al padre, una de las más bellas elegías de nuestro idioma en las que no hay lugar para la autocompasión, sí para la necesidad de buscar el tono adecuado para este dolor que, no por universal y esperad, deja de ser único cuando nos toca. Por eso el hombre exige al poeta que va a escribir:

Ahora unas palabras, algunas que te aquieten,
redondas, puras, solas, solitarias.
Unas palabras hoscas que no lleven
más que hueso bruñido y recia cáscara.

“De todo somos indigentes. Sólo la belleza nos ampara”, escribe Rubén Bonifaz Nuño, otro poeta que tantos puntos de contacto tiene con nuestro homenajeado. En tal sentido, agradezco como lector que el libro *Memoria de la poesía* termine con poemas en los que tienen lugar epifanías con sitios, objetos de belleza o seres humildes y generosos como las naranjas. De todos esos poemas, mi preferido es el dedicado a una cabeza etrusca. Mirada por todos, admirada desde antes de ser estatua y piedra, el ser en que se inspiró su escultor fue una mujer que respiraba. Sin embargo, son la visión del artista que le dio forma y la del contemplador que la recrea, las que le otorgan existencia eterna y reincidente. Aquí se encuentra uno de los fundamentos de su poética: el trabajo del poeta consiste en fijar por escrito iluminaciones y caídas de la especie. Pero el poeta debe ser, más allá de su virtuosismo musical y sus dones verbales, un buscador incansable de la belleza, y en ella encontrar la verdad. Con sus creaciones verbales y sus permanentes lecciones hacia el esplendor de las imágenes, José Pascual Buxó demuestra que la única poesía posible es aquella que conduce a la libertad. Concluyen estas palabras con las del poeta en una epifanía donde la sagrada familia —José, Myrna y Arturo— demuestran el triunfo de lo eterno sobre la fugacidad de lo vivido.

Miro asombrado
tanta noche caer;
tan lentamente
abrirse la ciudad bajo el cielo.

He vuelto la cabeza
para recuperarme
en nuestro mundo.

Allí hablas y ríes,
Rehaces una historia
que nuestro hijo escucha
deslumbado.

He vuelto la cabeza;
con tu voz y tu risa,
la ciudad de la noche
se lanza contra el cielo
iluminado.

JOSÉ PASCUAL BUXÓ, HOMBRE DE TRES MUNDOS*

Adolfo Castañón

Hombre de tres mundos, José Pascual Buxó (1931-2019) llevaba en su nombre la trinidad de su destino americano, europeo y poético. Su nombre de pila remite al Santo varón que dio nacimiento a la Virgen María. San José era un hombre bueno, bueno como el pan. El otro nombre que llevaba nuestro amigo remite también al universo religioso: Pascual remite a la pascua y antes a la voz hebrea *pesaj*; “pasaj” remite a la salvación del pueblo judío y a las fiestas relacionadas con la resurrección, pues *pesaj* remite a “cojear” y a la fiesta en que se lloraba a la deidad muerta en el invierno, que luego era exaltada en su resurrección; en latín cristiano *pesaj* se cruza con pascua, lugar rico en hierba y es pasto, alimento para el ganado. Buxó finalmente se refiere probablemente a un humilde arbusto que prospera en el Mediterráneo. José Pascual Buxó era el hombre sagaz y docto, humilde y bueno que sabe hacer resucitar a los arbustos dispersos; era un maestro pionero de varia erudición y de mucha poesía. Poesía vivida, leída y escrita. Escuchemos unos versos del poeta dedicados a su padre en:

PORQUE TÚ NUNCA AMASTE LAS PALABRAS¹

Porque tú nunca amaste las palabras,
porque su lentitud no fue para tus labios
ni su claro desorden ni su voraz constancia.

* Discurso leído en el homenaje póstumo a don José Pascual Buxó el 24 de septiembre de 2019, en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, Ciudad Universitaria.

¹ José Pascual Buxó, “Porque tú nunca amaste las palabras”, *Materia de la muerte. Poemas*, Universidad del Zulia, Venezuela, 1966, pp. 13-16.

Breves como capullos, secas como manzanas,
teñidas por la herrumbre de los vientos salobres,
por los dientes que pulen la redondez del tiempo.

Y yo que sólo aliento por esta boca fúnebre,
por esta boca ansiosa de caballos,
que tejo y que destejo desterradas raíces,
que no conozco límite y no hallo otro término
que aquel donde sus crines o su olor permanecen.

Ahora unas palabras, algunas que te aquieten,
redondas, puras, solas, solitarias.
Unas palabras hoscas que no lleven
más que hueso bruñido y recia cáscara.
Porque tú nunca amaste la soledad del sueño,
porque la luz del día te halló siempre despierto
en la mitad segura de tu casa.
Porque el hijo del hombre descamina
la voluntad del hombre,
porque su pecho es débil y conoce los combates del alba,
porque traga su miedo a borbotones,
porque van sus palabras henchidas como alas,
porque sólo a sí mismo se busca y se conoce,
porque en sí se conduele de todas las desgracias.

Para ti, padre solo, que callaste,
estas pocas palabras.
Las más ciertas y pobres, las que caben
en tu puño cerrado bajo el agua.

“El poema no empieza de otra manera que como un golpe insistente en la sombra y termina —después de haber oscilado entre muchos impulsos variables— donde las fuerzas lo abandonan”, advierte Buxó en el prólogo a otro libro suyo, *Boca del solitario* (1964).

Nuestro maestro y amigo nació en un pueblo de Cataluña, en San Felíu de Guixols, Gerona. Cataluña es territorio de solitarios y hombres libres y capaces de oponerse al centralismo desde tiempos muy antiguos. Es cuna de anarquistas como lo fue Buenaventura Durruti y Ricardo Mestre, es tierra de poetas como lo fueron también otros como Agustí Bartra y su amigo Ramón Xirau. Al igual que éste muy pronto llegó desterrado o trasterrado a México, que lo acogió y que él supo elegir con fervorosa disposición. Eso se les puede envidiar —envidia de la buena— a los emigrados. A diferencia de los nativos de un país que suelen vivir su nación como algo accidental, los trasplantados suelen elegir la tierra que los acogió con fervor alerta y sensitivo, y desarrollar ahí una intensa vocación cívica que los lleva a militar su ciudadanía y asumir en el caso de los universitarios su vocación intelectual y académica con intensidad. Tal fue el caso de Buxó quien supo llegar a ser un mexicano electivo, como pocos, pues su elección ciudadana coincidió en cierto modo con una elección intelectual y con las opciones que fue tomando a lo largo de su vida para trazar o hacer manifiesta su fisonomía interior.

De un lado el poeta, el solitario que va creando a lo largo de sus días, una obra poética, es decir, que va alzando una morada de palabras para traducir su errancia y búsqueda interior del otro, del investigador y crítico que se dedica a estudiar la raíz de la cultura que lo acogió y que dedica a lo largo de sus años y sus días trabajos y más trabajos para desentrañar los nudos de las ciudades culturales de donde provenía (la española peninsular) que lo acogieron: la novohispana y la mexicana —*Góngora y la poesía novohispana*, *Arco y certamen de la poesía novohispana*, estudios sobre Luis de Sandoval y Zapata, numerosos estudios sobre sor Juana Inés de la Cruz. El crítico fue también lector de los escritores de su tiempo como César Vallejo, Vicente Huidobro, Juan Rulfo y no menos importante, de la crítica de su tiempo. Gracias al puente italiano Buxó fue uno de los primeros lectores de los formalistas rusos, de Roman Jakobson, Víctor Sklovski y de sus herederos como A. J. Greimas, el fundador de la semiología, maestro por cierto de Raúl Dorra crítico también recientemente desaparecido. No hace mucho lo escuchamos disertar en torno a este pensador franco-lituano, con soltura sagaz y sólida erudición.

Dejó un libro, *Las figuraciones del sentido*, que es clave para entender su itinerario intelectual y su originalidad. Jakobson y el pensamiento semiológico les dieron a sus estudios de las letras novohispanas un nuevo impulso al descubrirle el mundo de la emblemática y darle las claves de la construcción y de-construcción de la poesía barroca cuyos teclados conocía tanto y tan bien. Esta articulación le dio a sus estudios un nuevo horizonte y lo puso en diálogo con esos estudiosos que saben ir y venir del discurso de las artes pictóricas al discurso de la poesía. Huelga decir que Buxó era no sólo un descubridor y un investigador solitario sino un organizador. Gracias a esa capacidad de ingeniería institucional de hombre-puente y que sabía construir puentes fundó espacios como el Seminario de Poética en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. La Universidad no fue insensible a la labor amplia y honda de nuestro maestro y amigo, en 2002 le dedicó un libro monumental con presentación de Vicente Quirarte y textos reunidos por Enrique Ballón Aguirre de la Universidad de Arizona y Óscar Rivera Rodas de la Universidad de Tennessee, en donde convive el arco amplio de sus estudios e intereses que gravitan en torno a la semiótica literaria y las aporías de la modernidad. Entre los participantes de ese libro se encontraban —no los puedo mencionar a todos— doña Ascensión Hernández de León-Portilla, doña Margo Glantz, don Miguel León-Portilla, doña Sara Poot, Efraín Kristal y Saúl Yurkievich. En ese libro nuestra compañera doña Ascensión Hernández hace una evocación personal y reconstruye el itinerario intelectual e inteligente de Buxó. Me permito citar al menos un tramo de ese texto, titulado *Las alas de Ícaro*, publicado en la obra *Poesía y exilio*. Ascensión resalta la valencia de José Pascual Buxó, que exhibe de ese texto su entraña identitaria. Cito unas líneas de ese texto:²

Estamos ya en el año de 1953 y José Pascual, a punto de terminar su tesis de maestría en la Universidad Nacional, es invitado a formar parte del claustro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato.

² *De palabras, imágenes y símbolos. Homenaje a José Pascual Buxó*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2002.

Durante dos años enseña y aprende y, sobre todo, comparte sus sentimientos de trastierro con varios jóvenes de su generación, hijos también del exilio: Luis Rius, Luis Villoro, Horacio López Suárez y el mexicano Adolfo García Díaz. Es seguro que en aquella tranquila ciudad pasarían muchas horas preguntándose quiénes eran, qué eran, cuál era su mundo y cómo sería su futuro. Quizá allí consolidaron su gusto por las letras, especialmente por la poesía, destino inescapable heredado de su linaje heredado de los grandes poetas de la Edad de Plata, de Machado, de Unamuno, de Juan Ramón; destino que cada noche refrendaban con la presencia y la voz de Pedro Garfías.³

Poesía, filología y crítica fueron las puntas de su compás. Con ellas y con la limpia escuadra de su pensamiento supo trazar en el espacio de nuestra cultura una geometría intelectual, una arquitectura capaz de poner en el mundo el saber local y de elevar éste a una dimensión rigurosa inteligible y sensitiva. José Pascual Buxó llevaba en su nombre el triángulo equilátero de su vocación poética y crítica que giraba como una hélice sostenida por un movimiento perpetuo, el movimiento de la precisión, que guiaba su andadura intelectual entre imágenes, símbolos, palabras, lemas y tradiciones tanto como de la justicia y la equidad que guiaban sus pasos. Que invariablemente seguían la divina proporción.

José Pascual Buxó fue feliz en Italia. En *Rastros*, la serie de poemas dedicados “Para Mirna y Arturo”, aparece el poema “Pareja”, que sugiere hasta qué punto Buxó era capaz de estremecerse con la historia:

Reunidos en la muerte
por la muerte
que por fin los abraza.

Erguidos,
decorosos,
con la máscara simple del orgullo,

³ *Ibid.*, p. 4.

con un poco
de incómoda arrogancia.

Hechos ya de la cera
y de la arcilla
ejemplo de dignidad armada.

Con los brazos del hombre
recogiendo
en ficticia dulzura
los hombros de la esposa
aún lejana.⁴

⁴ José Pascual Buxó, “Pareja”, *Lugar del tiempo*, presentación de Enrique de Rivas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1974, p. 74.

BREVE ESTAMPA DE JOSÉ PASCUAL BUXÓ*

Rosa Beltrán

Lo conocí en 1988 en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA). Yo había ido a realizar estudios de posgrado en Literatura comparada y José Pascual Buxó me pidió ser su asistente en un curso de semiótica donde Roman Jakobson era su piedra angular. En seguida me convertí más que en su asistente, en su alumna. A sus conocimientos críticos y su interés por la literatura novohispana se aunaba el amor por la poesía, de la que había escrito algunos tomos. Amaba a Ungaretti, a César Vallejo y, junto con varios miembros de una generación de españoles que como él vinieron a dar a este país tanto o más de lo que de él obtuvieron, siempre pugnó por la integración.

Sabes, Rosa —me decía— siempre que se nos pregunta algo a nosotros los emigrados se hace referencia a nuestro origen. Invariablemente. No importa el tiempo que llevemos viviendo en México ni que nos hayamos hecho mexicanos. De mí siempre se dice: “de origen catalán pero naturalizado mexicano”, etc. Y llegué a México a los 8 años de edad.

Había llegado al final de la Guerra Civil española, junto con otros niños que se dedicaron en su mayoría a la investigación científica y humanista y se volvieron maestros. Al decir de Jorge Ruedas de la Serna “la colonia española”, partidaria de Franco, los recibió mal. Los acusó de venir “infestados del virus del comunismo”. Como muchos de ellos, Buxó perteneció a una familia que llegó sin recursos, habitó una vivienda modesta en el Centro de la ciudad de México, estudió en una

* Discurso leído en el homenaje póstumo a don José Pascual Buxó el 24 de septiembre de 2019, en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, Ciudad Universitaria.

escuela pública, y siguió en la escuela pública, devolviendo a la UNAM y después a la UCLA, lo que la educación pública le había dado. Era un profesor inigualable. “Usted habla como si estuviera leyendo un libro”, oí que le decía alguno de sus alumnos de la clase donde aprendíamos sobre literatura novohispana. “Se puede ver cómo acomoda los párrafos y donde pone punto y coma” siguió el alumno, y era verdad. Sus clases sobre la poesía de sor Juana y la concepción del mundo sorjuanino, tema del que escribió varios libros y sus extraordinarios cursos sobre emblemática colonial nos enseñaron otra forma de leer la iconografía de un tiempo que sin esas claves nos resultaba arcano. De aquel curso resultó una de sus mejores obras: *El resplandor intelectual de las imágenes. Estudios de emblemática y literatura novohispana*, que publicaría en la UNAM años después, en 2002.

Un día, me contó una historia extravagante. Me dijo cómo, casi recién llegados, sus padres y él pasaban el domingo en el Parque México comiendo un helado, cuando un señor le preguntó al padre si era español republicano. Al decir éste que sí, el hombre respondió que desde ese momento ya tenía trabajo en su fábrica. El hombre se apellidaba Mundet, un empresario famoso entre otras virtudes por haber sido tan solidario con sus connacionales.

Buxó tenía tantos amigos españoles como mexicanos. Era un hombre de las dos orillas, aunque con los años por razón lógica de su entorno, sus amistades mexicanas crecieron y se sumaron a las de otros países donde vivió, siempre con gusto y con culpa. Gusto porque era un aventurero y culpa por dejar a sus padres y obligarlos a esa suerte de doble exilio, sentimiento que aparece reflejado en algunos de sus poemas del libro *Elegías*. Fue profesor visitante de las universidades de Florencia, Nimega, París, Puerto Rico, Toronto, Los Ángeles y Valencia, entre otras. Tenía la afición de reunirse con amigos y alumnos a conversar. Para mí fue siempre sorprendente que nunca se negara a una invitación: primero, las que le hacíamos sus alumnos en la cafetería de la UCLA o en nuestros departamentos rentados del Family Student Housing, donde acudía con su infaltable esposa, la extraordinaria Myrna Soto, pintora y maestra de pintura. No se negaba a asistir a esas reuniones como no se negó al

regresar a México, a acudir a las que le seguimos haciendo quienes nos nutríamos de su conversación erudita pero salpicada de picardía y humor negro.

“Doctor Buxó, ¿qué hacen en la Academia Mexicana de la Lengua?” Escuchar las lecturas de los colegas. “¿Qué más?”. Debatir sobre el significado de ciertos términos. Proponer palabras. “¿Cómo cuáles?”. Como... ¡autopartero!, nos dijo sonriendo y haciéndonos un guiño con sus ojos de águila. Y no, no era el sujeto sometido a llevar a cabo un parto por sí mismo.

Publicó un número extraordinario de libros sobre diversos temas porque siempre estaba escribiendo. Fue director fundador de la Escuela de Letras de la Universidad Veracruzana, de la Escuela de Letras en la Universidad de Zulia, Venezuela; y en nuestra Universidad Nacional fundó el Seminario de Poética en el Instituto de Investigaciones Filológicas. También fue investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, donde fundó y dirigió el Seminario de Cultura Literaria Novohispana. Fungió como editor de obras que no sólo eran de carácter académico. Cuando dirigió la revista *Ideas de México* publicó en ella a todos los miembros de una generación: Tomás Segovia, Ramón Xirau, Luis Rius, Rodríguez Chicharro, sin mayor intención que unir a grandes pensadores y amantes de la literatura con mexicanos especialistas en historia, pensamiento y arte.

Lo que tenía en la mente cuando hablaba de lo que fuera era el arte clásico. Y hasta donde recuerdo su imaginación y su fantasía estaban pobladas del incurable fantasma renacentista. Por eso se propuso hacer estudios transhispanicos. Poesía novohispana, *Góngora en la poesía novohispana*, *Muerte y desengaño en la poesía novohispana*, etc., pues tenía el objetivo de su revaloración, muy en la línea de Alfonso Reyes y de Méndez Plancarte y fue uno de los primeros estudiosos en hablar de transculturación, antes que de imitación o influencia. Rescató fuentes documentales para la reconstrucción de la vida social y cultural del virreinato. Pero odiaba que dijéramos virreinato, literatura virreinal o colonial. Para él lo correcto era literatura novohispana porque junto con la investigación y la vindicación de las fuentes le interesaba desterrar prejuicios. Siempre fue una mente lúcida y crítica y de ahí su interés en hacer una historiografía

que fuera distinta de la tradicional que dominaba en México. No le interesaba hacer acopio de materiales. Le interesaba comprender procesos culturales. Hay una cátedra en Grandes Maestros en el sitio de Descarga Cultura de Difusión Cultural de la UNAM donde se puede escuchar en cinco sesiones la lección magistral sobre el proceso de conjura y degollación de los hermanos Ávila en la Nueva España del siglo XVI. Se trata en realidad del inicio del levantamiento criollo y de la forma en que se funde la verdad histórica con la ficción literaria.

Podría decir muchas cosas más de alguien tan admirado y tan querido. Pero no tiene caso hablar de uno de nuestros grandes sin leerlo. Y además, desde el día en que me enteré de su muerte en un aeropuerto de Tokio, me he quedado sin palabras. Estoy aún descolocada. Sin saber qué hacer con este presente y con aquel pasado.

PREMIO INTERNACIONAL DE ENSAYO
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

P

DEL CUERPO IMPONDERABLE

*Ensayos sobre la visión médica y artística de la corporalidad**

Francisco González Crussí

Señor don Gonzalo Celorio,
director de la Academia Mexicana de la Lengua.
Señor don Adolfo Castañón, Secretario de la Academia.
Distinguidos académicos.
Señoras y señores:

Me encuentro ante ustedes profundamente agradecido. Me doy cuenta de la magnitud del honor que esta ilustre corporación me confiere. No repetiré el lugar común de calificar al galardón de “inmerecido”. Pero sí diré que me pareció un sueño —algo irreal. Porque nada en mis antecedentes auguraba un porvenir en las letras. Contrariamente a los afortunados que crecen en un hogar bien provisto de libros, y sorben la cultura en la biblioteca paterna, yo tuve una infancia precaria. Huérfano de padre crecí en un barrio proletario de esta ciudad, donde no había una biblioteca pública ni una librería en varios kilómetros a la redonda. Algunas tiendas vendían libros escolares y unas cuantas novelas baratas. Llegado a uso de razón, y en parte para eludir los arañazos del hambre, escogí la carrera de medicina, no las letras. La medicina tiene su jerigonza particular, que dominé pronto. Pero escribir artículos técnicos especializados suele ser un crimen de lesa sintaxis, delito que confieso que cometí muchas veces. Además, la vida me arrojó a la emigración. De modo que todo lo que he escrito está hecho en otro país, no en el mío, y para

* Discurso de recepción del Premio Internacional de Ensayo “Pedro Henríquez Ureña” de la Academia Mexicana de la Lengua, otorgado a Francisco González Crussí, el 19 de noviembre de 2019, en la sala “Manuel M. Ponce” del Palacio de Bellas Artes, Ciudad de México.

colmo, buena parte en otro idioma, no el mío. Estarán ustedes de acuerdo en que mi *curriculum vitae* no parece, *a priori*, el de un candidato a un premio literario. De eso precisamente quiero hablar: de las incongruencias y contradicciones en mi trayectoria vital.

No es un secreto que decidí hacerme patólogo, influenciado por la imagen del doctor Pérez Tamayo. En el curso de su larga vida docente —sin duda su ejemplo— habrá marcado en forma profunda y beneficiosa muchas otras vidas, como marcó la mía. Yo lo vi como un hombre de ciencia, un hombre de cultura, un amante de la verdad, y quise emularlo. Esto para mí está muy claro. Otra cosa es averiguar por qué decidí escribir. Nadie sabe bien cómo nace esta peculiar inclinación. El doctor Pérez Tamayo decía, con buen sentido del humor, que es una enfermedad, una forma de patología mental, y hasta le dio un nombre técnico, apropiadamente críptico y de stirpe grecolatina: *insanabile cacoethes scribendi*. (la incurable manía de escribir). Enfermedad, decía el doctor, cuyo principal síntoma es el horror de la página en blanco. Puede ser, pero la etiología de la enfermedad es variada: hay muchas causas. Una de ellas requiere una breve digresión.

Es bien sabido que una de las labores del patólogo consiste (o consistía) en practicar autopsias. Esta es una actividad estremecedora, disecar un cuerpo humano es acción que sacude, trastorna, aterra, confunde y asombra a quienes la presencian, y no se diga a quien la ejecuta. Especialmente las primeras veces. Tarde o temprano nos acostumbramos, porque el ser humano no está hecho para vivir en perpetuo estado de alta tensión. Pero por mucho que uno se acostumbre, la experiencia no deja de ser profundamente conmovedora. Nos hace ver, muy de cerca, a quemarropa, lo endeble de nuestra existencia. La vida pende de un hilo; cualquier minucia la extingue. Es un soplo, literalmente, porque basta una aceituna o una ciruela pasa que ocluya la laringe y la vida se termina. La autopsia confirma esa verdad de las palabras del *Libro del Eclesiastés*, que somos polvo y hemos de terminar *en polvo*. O según la frase barroca de Góngora: “en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.”

Hace tiempo, un hábil periodista me preguntó qué había yo aprendido después de tantos años de estudiar la enfermedad en los cadáveres;

qué perla de sabiduría había yo recogido de un prolongado contacto con la muerte. Respondí candorosamente que había yo aprendido cuán lastimosa es la vida, y cuán extrema la fragilidad de la existencia. A lo cual él respondió; “Pues entonces no aprendió usted nada, porque eso ya lo sabíamos”. Me dejó confundido el entrevistador. Pero, después de reflexionar un poco, me di cuenta de que el periodista no hacía los necesarios distingos en la función cognoscitiva. Porque una cosa es el conocimiento intelectual, y otra lo que podríamos llamar el conocimiento “visceral”. Aquél se hace con el cerebro; éste con todo el cuerpo. Nietzsche decía que el cerebro sólo sirve como condensador del conocimiento, pero que en realidad el conocimiento se adquiere con los huesos, con el estómago, con el hígado, los riñones y los otros órganos. Es una ingeniosa manera de decir que hay un conocimiento puramente intelectual, que no afecta nuestra conducta, y otro cargado de emoción, que nos penetra hasta lo más profundo del ser y nos hace ver el mundo de manera diferente. Este fue el tipo de conocimiento que yo obtuve de mi contacto cotidiano, íntimo y prolongado, con la enfermedad y la muerte.

El conocimiento intelectual me indujo a leer, a buscar qué han dicho los sabios, los filósofos acerca del inmemorial enigma de la finitud y transitoriedad de la vida. Pero el conocimiento visceral no se contenta con la lectura. Conlleva un estado de excitación emocional, de confusión y ansiedad, que exige un desfogue. Y una manera de verter al exterior esta ansiedad para mí fue escribir. No pretendía encontrar una respuesta a las enormes interrogantes que la muerte y la enfermedad plantean. Sería absurdo de mi parte pretender tal cosa. Pero describir la propia confusión ya es un alivio. Decir “¡cómo duele ver tanto sufrimiento, y no saber ni para qué vivimos ni por qué morimos!”; decir: “¡de qué vale sentir este instinto siniestro o sacrosanto que nos hace amar tanto la forma humana, para luego ser oscuro pasto de tumbas!” Decir todo esto ya es desfogue. La palabra ayuda. Escribir puede ser catarsis.

Esta es *una* explicación de por qué se escribe. Yo la llamo la hipótesis “del Toro de Falaris”. Recuerden ustedes la antigua leyenda. El tirano

Falaris, en el pueblo de Acragas, en el sur de Sicilia, usaba como instrumento de tortura una gran estatua de bronce hueca, en forma de toro, con una puerta a un costado. Metía a sus víctimas adentro de la estatua y prendía fuego debajo de ella. La estatua se calentaba, las víctimas aullaban de dolor; pero sus alaridos resonaban en el bronce y gracias a un sistema de tubos en las narices del toro, los gritos salían transformados en notas melifluas que deleitaban al tirano. Otro tanto sucede al escribir. Si el que escribe lo hace bien, sus conflictos, sus congojas, sus dolores se transforman en bellas palabras para solaz propio y delectación de quien las lee o las oye. Creo que mi hipótesis del Toro de Falaris se aplica sobre todo a los poetas. Porque de ellos se dice que mientras más sufren, mejor cantan.

Me abrumaba una íntima desazón, una pesadumbre interior. En buena parte por encontrarme lejos de mi patria. El exilio, que algunos encuentran tolerable, para mí fue causa de profunda tristeza. Cuesta mucho dejar atrás lo que más queremos: la madre, la familia, los amigos. Vivir entre compatriotas emigrados no ayuda. Si caemos entre los desgraciados nos sentimos obligados a sumar sus desventuras a las nuestras; y si entre los que están felices, nuestro desconsuelo aumenta, no por envidia de su buena fortuna, sino porque las bendiciones del vecino resaltan más vívidamente las miserias propias. Si hubiera sido poeta, el Toro de Falaris me habría inspirado muy bellos versos en ese tiempo.

Yo escribí ensayos, gran parte de los cuales, por razones obvias, se refieren al cuerpo. Un texto del poeta y filósofo Paul Valéry me sugirió una forma de abordar el tema. Escribió Valéry que nuestro cuerpo no es uno: es múltiple. Por lo menos es triple. El primero es el cuerpo en el que vivimos pero conocemos mal... De él tenemos sólo atisbos parciales. Nunca lo vemos completo, ni siquiera cuando estamos de pie frente a un espejo, porque entonces vemos sólo el frente. El segundo cuerpo es el que los otros ven. Ese nos confiere nuestra identidad: *somos* porque los otros nos ven. El segundo cuerpo a veces es amado y a veces detestado. El tercer cuerpo es el cuerpo biológico, el que está hecho de órganos y tejidos en enmarañadas organizaciones. Este cuerpo les interesa a los especialistas. Para la mayor parte de la gente pasa desapercibido hasta el momento en que se descompone.

Al final de su ensayo Valéry sugiere la posible existencia de un cuarto cuerpo. Aquí su pensamiento se hace más abstracto y más difícil de seguir. Nos describe el mundo como lleno de cosas asombrosas, increíbles, que nuestros sentidos son incapaces de percibir. Creo, si lo entiendo bien, que alude a las revelaciones de la ciencia. Los científicos descubren, por ejemplo, que la luz no se distribuye uniformemente, sino que es de naturaleza granular, como el granizo, y llaman “fotones” a los gránulos; que las cosas que nos parecen sólidas en realidad están compuestas de partículas infinitesimales, libres y sueltas que se mueven, suben y bajan en cruzamientos a enormes velocidades; que el tiempo y el espacio no existen separadamente, sino que forman una entidad compuesta, el “espaciotiempo”. El cuerpo existe inmerso en este ámbito inefable, maravilloso, unimaginable y es parte de él, pero al mismo tiempo distinto de él. Termina diciendo Valéry: “De este entorno inconcebible, mi *Cuarto Cuerpo* no es ni más ni menos distinguible que un remolino dentro del líquido en el cual se forma”.

Esta imagen poética me hizo gran impresión. Por asociación de ideas, me sugirió una nueva forma de pensar la corporalidad. Se me ocurrió que somos como el vórtex o remolino de nuestro entorno. Pero ¿cuál es el entorno humano? Cada uno de nosotros está como sumergido en una atmósfera etérea de historias, de símbolos, de mitos, de representaciones imaginarias y también de los sueños, los deseos, temores y esperanzas propios de cada persona. Todas esas cosas son parte del ser humano: van unidas al cuerpo como si formaran una nube alrededor de cada individuo. Si las quitamos, ya no podemos entender al individuo: lo deshumanizamos. Si separamos a un hombre de esta nube, lo que queda no es un hombre, es solo un almacén de huesos, órganos y tejidos. Si lo cortamos de su nube es como si lo cortásemos de sí mismo.

No sé si me explico bien. Quise hablar del cuerpo, pero vinculándolo, enlazándolo con la urdimbre de símbolos, leyendas, mitos y representaciones artísticas que se han tejido alrededor de las partes corporales en el curso del tiempo. Dicho de otro modo, he tratado de mezclar la medicina con la literatura y las artes, o más generalmente, las ciencias biomédicas con las “ciencias humanas o humanistas” como hoy suele decirse.

Pero aquí surgió un problema. En mi trabajo, con mis colegas, entre mis estudiantes, en mi vida familiar, el lenguaje dominante y constante era el inglés. Pedro Henríquez Ureña, el magnífico escritor cuya memoria esta Academia ha tenido el acierto de honrar con el premio anual que en esta ocasión generosamente me concede, escribió: “Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña en el color de su cristal.” ¿Podría yo adoptar la manera de pensar y de sentir propia de esta lengua que no era la mía? La pregunta no es ociosa. Porque la palabra *es* el pensamiento. Merleau-Ponty señaló que el lenguaje no es, como comúnmente se dice, la vestidura del pensamiento, sino su cuerpo mismo, su carne, su sustancia. Por eso cuando decimos que “se nos va” una idea, lo que realmente pasa es que nos hemos olvidado de las únicas palabras que la podrían constituir o re-constituir. Muchas veces las ideas no nos llegan, sino hasta que llegan las palabras que las representan o, por así decirlo, las entregan a la mente.

Henríquez Ureña señaló que los pueblos de lenguas germánicas divergen de los pueblos de lenguas románicas en los modos de concebir y practicar la religión, la filosofía, las artes y las letras, el derecho, la actividad económica y hasta la vida familiar. Fichte, el filósofo alemán escribió que “la lengua de un pueblo es su alma”. Esta clase de asertos me desconcertaba. ¿Sería posible, me preguntaba, que un mexicano, formado en los ritmos, las cadencias, los timbres y el carácter del idioma español como se habla en México —“nuestra lengua malinche,” como dice don Adolfo Castañón en uno de sus libros, “con sus usos amortiguados, sus diminutivos y sus indigenismos”—, sería posible que un hombre así formado pudiera decir algo siquiera coherente o razonable en un nuevo idioma?

Como sucede con muchos inmigrantes me angustiaba perder mi cultura nativa y desconfiaba de la nueva, que amenazaba con suplantarla. Por reacción defensiva, magnificaba los aspectos negativos de esta última. Veía en ella la conciencia soberbia de la fuerza; el violento predominio del individualismo; la exageración de construcciones, de maquinarias, de armamentos; una superabundancia tumultuosa de movimientos industriales. Y por encima de todo esto, alzándose como un coloso por encima

de las humaredas de las fábricas, el terrible, el inmisericorde dios Dólar, que exige de sus fieles una adoración única y exclusiva.

Mis lecturas eran ávidas. En español, por el miedo de perderlo; en inglés, por el afán de dominarlo. De autores de habla castellana, lo que cayera entre mis manos; de los angloparlantes, una singular propensión me llevó a los autores ingleses del siglo XVIII: Addison, Steele, el doctor Johnson, poetas como Pope y Coleridge, novelistas como Sterne, Swift, Richardson, Fielding y otros. Esta preferencia, que a mí mismo me parecía extraña, creo que tiene una explicación. Los escritores ingleses de ese tiempo eran todos consumados latinistas. Algún autor español (Marañón? ¿Madariaga? ¿O tal vez Ortega? No recuerdo) se maravillaba de que los ingleses, para preparar a sus jóvenes a administrar y gobernar el enorme Imperio Británico, los educaban en forma no muy diferente de como se educaba la juventud de la antigüedad clásica. Todo inglés educado conocía perfectamente el latín. Los escritores componían poemas y relatos equiparables a los de Tácito, Séneca o Cicerón. Aun cuando escribían en inglés, el estilo, el modo de expresar los conceptos, las figuras retóricas, todo recuerda las formas latinas. Los críticos satirizaban a Samuel Johnson diciendo que “escribía en latín.” Así pues, fue a través de los escritores británicos dieciochescos como aprendí a escribir en su lengua.

Verdaderamente, el mundo es uno: las diversas culturas no son tan diferentes unas de otras como a primera vista pudiera parecer. Curiosamente, otra vez fue Pedro Henríquez Ureña quien me previno contra la insulsez del provincialismo o la ceguera del nacionalismo a ultranza. Me hizo notar que la distancia que separa a nuestra lengua del inglés es menos intimidante de lo que me había figurado. Escribió en uno de sus ensayos que “el inglés vive del equilibrio variable entre el vocabulario germánico y el vocabulario latino-románico; se sitúa espiritualmente en la frontera entre el Norte y el Sur”. Y agrega esta simpática frase: “hasta su religión oficial, divorciada de Roma, no es sin embargo un protestantismo; es solo un catolicismo que protesta”. Esta es una gran lección de Henríquez Ureña. Su férvido hispanoamericanismo no limitó su criterio: mantuvo siempre, según uno de sus panegiristas, que una de las más

nobles funciones del intelectual es ser “el fiel de la balanza”. Es decir, capaz de apreciar lo que otras culturas han logrado, y aplaudir lo bueno que de esas culturas recibe la nuestra.

En este espíritu puede decirse que es posible armonizar dos culturas diferentes, como son la mexicana y la angloamericana. Esta última, con todos sus despeñaderos, a saber, sus positivismos estériles, sus colonialismos arrogantes y su abyecta adoración del dios Dólar, también se ha demostrado capaz de abandonar su egoísmo, de despreciar su moral mercantilista, y remontarse, una y otra vez, hasta los más altos ideales, en luchas fecundas por la libertad, la justicia, la legalidad, la igualdad... De la mexicana solo diré una cosa: que adolece de imperfecciones, como todo lo humano, pero está dotada de una fuerza vital llena de alegrías luminosas y sonoras, tan poderosa que la he sentido fluir ininterrumpida desde mi soleada niñez hasta los días más grises de mi madurez neblinosa. Cuando vivía en el Canadá me sentía muy solo a causa de serios problemas personales coaligados a la lejanía de la patria. Recuerdo días de tormenta en que caminaba aterido, lleno de cosas afflictivas y morbosas, y amedrentado por aquellos aspérrimos vientos que bramaban gemebundos. Pero en tiempos tranquilos, cuando el paisaje nevado podía estimarse bello, a mí me impresionaba como una naturaleza cruel y bárbara bajo un sol lívido y enclenque.

Y en esos momentos de desaliento me venían a la mente ciertas expresiones del lenguaje popular mexicano —dichos de la gente, proverbios o refranes que aprendí desde edad muy temprana y que ahora no temo repetir aquí, porque sé que entre los doctos académicos de esta corporación hay paremiólogos con genuino interés por los mexicanismos—. Si las cosas de repente empeoraban, me decía “¡Vaya, pues! Que no hay milpa sin huitlacoche.” Si las penas me invadían, recordaba aquel dicho que dice: “No te arrugues cuero viejo, que te quiero pa’ tambor”. Estos simpáticos apotegmas eran eficaz terapia antidepresiva. Me hacían sonreír por fuera, pero reír internamente. Esta es la gran *vis medicatrix*, la mejor virtud curativa. Porque un sabio dijo que la risa es la moneda de la felicidad, en cuanto que es algo directo e inmediato. Otras cosas hay que pueden traer felicidad, pero son como un cheque bancario, pagadero

más tarde, si es que hay fondos en la cuenta. En cambio la risa ya está aquí. Es el *cash*. Paga al contado. Por eso termino esta desorganizada y desaliñada alocución exhortando a ustedes, que gentilmente han tenido la paciencia de escucharme, a que no desperdicien ninguna oportunidad para reír. Porque la risa es una de las pocas bendiciones que tenemos en esta vida tan doliente y tan lábil, tan tenue, que cualquier minucia la extingue.

LAUDATIO*

José Luis Díaz Gómez

Además de distinguir a un magnífico escritor, el Premio Pedro Henríquez Ureña de este año reconoce y avala al ensayo científico y al humanismo médico en nuestra lengua, un motivo adicional de celebración. De la profesión médica han surgido ilustres escritores de ficción, como Antón Chéjov o Pío Baroja; aunque ambos abandonaron la clínica, es posible que el contacto con el sufrimiento, la enfermedad y la muerte haya favorecido su enfoque naturalista y realista, además de otorgar a su pluma claridad y precisión. Varios médicos mexicanos han sido célebres poetas, como el romántico Manuel Acuña, quien no llegó a recibirse, el profesor de fisiología y poeta modernista Enrique González Martínez, o Francisco Castillo Nájera, médico, diplomático en la época cardenista y miembro de nuestra Academia de la Lengua.

Ahora bien, en el contexto del ensayo que aquí nos congrega, parece relevante evocar a dos médicos españoles: Gregorio Marañón de la generación del 14, prolífico autor, pionero de la endocrinología y pensador liberal; y a su discípulo Félix Martí Ibáñez, destacado anarquista durante la Segunda República. Exiliado en Estados Unidos tras la Guerra Civil, este trotamundos y erudito valenciano encontró un fructífero refugio en el New York Medical College, donde fundó la revista *MD*, vehículo de sus múltiples ensayos en castellano que alcanzaron una enorme difusión a mediados del siglo pasado. Como sucedería luego con González Crussí, los ensayos de Marañón y de Martí Ibáñez suelen zarpar desde los muelles de la medicina para navegar con dominio y donaire los mares de la historia y la filosofía, del arte, la tecnología y la cultura que vienen a resultar un solo océano. Además, al rebasar los meridianos de la patología o la

* Academia Mexicana de la Lengua, Premio Pedro Henríquez Ureña de Ensayo 2019 a Francisco González Crussí, Palacio de Bellas Artes, Ciudad de México, 19 de noviembre de 2019.

asistencia, revelan que la ciencia y arte de curar es un componente central de toda cultura humana.

Francisco González Crussí nació en la ciudad de México precisamente el día de san Francisco, hace 80 años y pocas semanas más. Se graduó de médico cirujano en la Facultad de Medicina de la UNAM en 1961 y se orientó a estudiar patología, inicialmente en el Hospital Juárez y con el ejemplo a distancia de un joven y exigente maestro de la especialidad, de nombre Ruy Pérez Tamayo, con quien en ese tiempo el de la voz cursaba su curso de patología. Poco después González Crussí emigró a los Estados Unidos, donde se especializó en patología pediátrica para llegar a desempeñarse por más de 20 años como profesor de tiempo completo en la Escuela de Medicina de la Universidad Northwestern de Chicago. Actualmente ostenta el título de Profesor Emérito de Patología en esta misma escuela y se le reconoce como una autoridad en la patología del cáncer infantil, un área del conocimiento particularmente ardua por el sufrimiento humano que entraña. Ha sido miembro del Comité Editorial de revistas internacionales de mayor renombre de su especialidad y Editor en Jefe de varias de ellas. Ha publicado más de 200 artículos científicos en estas y otras revistas.

Además de su sostenida y fecunda labor en la ciencia médica, González Crussí ha producido una pléyade de ensayos tanto en inglés como en español, otro más de sus singulares logros. En referencia a la distinción que nos congrega, es particularmente relevante su producción de libros de amplia difusión y creciente aprecio. Su obra originalmente escrita en nuestra lengua se inicia con *Partir es morir un poco* (UNAM, 1996) y se continúa con dos libros que aparecieron en 2006: *Venir al mundo. Seis ensayos sobre las vicisitudes anteriores a la vida mundanal* (Verdehalago, México) y *La fábrica del cuerpo* (Conaculta [Cuadernos de Quirión], México, 2006). El año siguiente publica *Horas chinas* (Siglo XXI, México, 2007) y más recientemente tres de sus ensayos más comentados: *Remedios de antaño* (Fondo de Cultura Económica, México, 2012), *El rostro y el alma* (Random House-Penguin [Debate], México, 2014) y *La enfermedad del amor* (Random House-Penguin, México, 2016), este último prologado por el conocido neuropsiquiatra y ensayista mexicano Jesús Ramírez Bermúdez,

quien elabora una estupenda evaluación de los temas, el estilo y el pensamiento de nuestro premiado.

Al menos 10 de sus libros de ensayo originalmente escritos en inglés han sido traducidos al español. Entre los más conocidos están *Notas de un anatomista* (Fondo de Cultura Económica, México, 1990, cuya última reimpresión apareció en 2019. El original ha sido traducido a seis idiomas y fue ganador del Primer Premio en el género no-ficción de la *Society for Midland Authors*, en 1985. En el año 2000 obtuvo una beca Guggenheim para escribir un libro de ensayos. En 2001 apareció *Sobre la naturaleza de las cosas eróticas* (Verdehalago, México) que tuvo una segunda edición en 2006). Su admirable ensayo sobre la mirada *Ver. Cosas vistas, no vistas y mal vistas* apareció en 2011 (Fondo de Cultura Económica, México) traducido por Iliana Andrade y el mismo año una *Breve historia de la medicina* (Universidad Veracruzana, Jalapa). Además de sus libros, ha publicado en México múltiples ensayos y artículos en periódicos como *Unomásuno*, *Reforma* y *El Universal*, así como en revistas, entre las que destaca una quincena de colaboraciones para *Letras Libres*. Sus ensayos literarios fueron adaptados con el significativo título de *Memento Mori* por la compañía teatral *Live Bait Theatrical Company de Chicago* en 1995.

Sus ensayos más abocados a las enfermedades y a la historia de la medicina son muy relevantes a los problemas que aquejan al estatuto y la práctica de esta crucial actividad humana y social. En *Remedios de antaño*, lejos de juzgar y condenar las sangrías, la aplicación de electricidad o el consumo de partes de momia, descifra a las costumbres terapéuticas como hijas de su tiempo y anticipa que muchos tratamientos actuales probablemente sean juzgados mañana con el mismo desdén con el que ahora se descalifican aquellas prácticas. En su *Breve historia de la medicina* aborda temas singulares como el origen de la anatomía y la cirugía, el concepto de enfermedad y de terapéutica, la controversia entre el vitalismo y el mecanicismo, que no considera zanjada. El balance no resulta triunfal, sino un tanto sombrío por el predominio generalizado de una medicina mercantil promovida por los poderosos consorcios farmacéuticos y la transformación del pacto médico-paciente en el recelo del proveedor-cliente. Y si bien confía en el ingenio médico para enfrentar los desafíos

científicos y técnicos, se muestra escéptico en referencia a la necesidad imperiosa de redefinir el campo de la medicina, el concepto de enfermedad o el papel del médico. En este sentido hace un llamado a la autocrítica y a reforzar las capacidades y las actitudes para que el médico se preocupe de la persona en su totalidad en un sistema de atención que parece cada día más alejado de estas virtudes. En definitiva promueve una profunda compasión por el sufrimiento y por las penosas maneras en que todos los humanos de antes y de ahora enfrentamos la vida, la enfermedad y la muerte con los precarios recursos de que disponemos.

La mayoría de sus textos van más allá de la morfología y las funciones del organismo humano para sondear y revelar su valor estético, simbólico y moral. Así, *Ver. Cosas vistas, no vistas y mal vistas* trata sobre la mirada y el apetito de goce que la dirige. Las anécdotas que selecciona, unas recurrentes y otras terribles, descubren los resortes más íntimos de la visión, que vienen a ser espirales del deseo. Analiza con naturalidad y sin tapujos la fascinación visual que tienen las partes pudendas con ejemplos históricos que van desde la matanza del Campo de Marte durante la Revolución francesa, pasan por las andanzas del célebre cuadro *El origen del mundo* de Courbet y no evaden la sagrada bacinica imperial de la Ciudad Prohibida en Beijing. Borda también sobre el poder magnético que se ha atribuido a la mirada, sobre la fuerza que emana del ojo o el poder hiriente de la vista de los enamorados, hechos que, lejos de descalificar por razones físicas o fisiológicas, sopesa en toda su gravidez simbólica.

Con característica y docta sencillez, en *El rostro y el alma* aborda el sempiterno tema de la belleza y la fealdad. Recorre en sus páginas la relación entre la fealdad y la maldad, así como entre la belleza y la bondad, sin desdeñar las identidades de signo contrario, como los feos de corazón de oro. Entre ellos presenta a una santa medieval, la Barbuda Wilgefortis, protectora de las mujeres que padecen maridos abusivos y también a sus contrapartes, las bellas maléficas, pues la lindura mal se aviene con la templanza. Con brevedad e inteligencia repasa las tesis científicas de la belleza como seña e indicador de buenos genes, expresados en la simetría facial, en la fisonomía promedio de la especie, o el dimorfismo por el cual se perciben atractivos los caracteres sexuales

secundarios del rostro femenino y masculino, y las contrapone a las evidencias antropológicas de que varían entre culturas y épocas. Más adelante muestra que diversas investigaciones sociales prueban las ventajas de la hermosura, lo cual parecería dar cierta razón a los fisionomistas del siglo de las luces. Desembarca finalmente en la patología social de la belleza tan distintiva de la sociedad contemporánea, con su estrambótica cauda de cirugías plásticas, de trastornos dismórficos y del embobado *botox*. Los datos son demoledores y el disturbio se ejemplifica con las personas que se someten a más de cien intervenciones quirúrgicas para convertirse en muñecas Barbi de carne y hueso. Vale la pena citar su reflexión postrema:

el ser humano ensoberbecido, busca la belleza como galardón de su dominio sobre la naturaleza; quiere revertir el tiempo, vengar los ultrajes que los años le infringen, permanecer joven y atractivo para siempre. [...] El hombre actual sueña que en siglos venideros se organizarán concursos de belleza para centenarios [...] el mundo pertenecerá a los jóvenes, bellos, activos y productivos. Nada se opondrá a la práctica del placer el cual se efectuará —paradójicamente— con tan férrea e inquebrantable voluntad como si fuera el más riguroso ascetismo (p. 30).

En el capítulo siguiente nuestro laureado ensayista demuestra cómo la fisionomía nacida el siglo xvii pretendió demostrar la superioridad craneal de la raza blanca para someter a los no europeos y cómo fue utilizada en hipótesis iniciales de la antropología como la medición del ángulo facial. Pero, como suele suceder en sus escritos, el diagnóstico es tan lúcido como emotivo:

No, la fisiognomía y la frenología no son sólo tonterías del pasado. Son manifestaciones del deseo ingente que todos tenemos de penetrar en ese espacio sagrado que es el rostro; son muestras de la conciencia de que entender un rostro equivale a entender todos los rostros. Porque en el plano del verdadero conocimiento, es decir, el conocimiento que apela simultáneamente al afecto y al intelecto, al corazón y a la cabeza, todos los rostros

se equivalen. En cierto sentido, todos los rostros son uno: el irónico de la Mona Lisa de Leonardo, el transido por la angustia de la *Mater Dolorosa* de Tiziano, o el enigmático de mi madre envejecida (p. 94).

Un texto algo distinto es *Horas chinas*, conjunto de ocho ensayos sobre la historia y la cultura chinas dedicado a su esposa Wei Hsueh, quien le abrió el camino a este inmenso universo cultural y a Ruy Pérez Tamayo “guía impagable por su insobornable búsqueda de la verdad.” El libro remata con un apéndice sobre caracteres chinos que en su texto aparecen romanizados y que diseña para mostrar la relación entre la expresión gráfica del chino y una mentalidad que implica tanto a la representación verbal como a la figurativa. En las últimas páginas encontramos que Lao-tzu y san Pablo se dan la mano en el tema de la preparación para la muerte, pero pronto repara en lo inusitado de semejante pretensión: ¿cómo aprender lo que nadie puede enseñar y nadie sabe? Evidentemente se trata de algo distinto a comprender el fallecer: se trata de estar cada vez más conscientes de la finitud de la vida y de adoptar una filosofía existencial de renunciación y desprendimiento. Este patólogo del cuerpo físico y simbólico, inclemente nos recuerda —*memento mori*— que hemos de separarnos de la vida o más bien la vida habrá de separarnos de ella; si no es de tajo, lo hará paso a paso: perderemos la juventud, a los seres cercanos, las pasiones y los intereses que nos guiaron. Al morir no dejaremos a quienes amamos, son ellos quienes nos dejarán, pues deberán asumir el dolor de la separación. Advierte, sin embargo, que estos no son pensamientos tristes, pues no hay nostalgia en el ocaso, ni terror en el abismo:

Escuchemos a los taoístas o a los místicos cristianos, y aprendamos el sutil arte de ir cortando las amarras que nos atan a la vida, una tras una, para que, llegado el momento de la ráfaga final, no haya nada que nos detenga aquí y seamos esparcidos en el azul infinito, como el polvo que somos.

Con insaciable curiosidad, González Crussí ha examinado los símbolos y las actitudes en referencia a la estructura, las funciones, las alteraciones,

el origen y el destino del cuerpo humano. Elabora sus textos con un conocimiento aventajado sobre ciencias como la anatomía, la fisiología y la patología; sobre humanidades como la filosofía, las artes y la historia de la medicina, así como la ideología de diversas culturas antiguas y modernas, orientales y occidentales. Gracias a una percepción y una expresión muy depuradas nuestro anatomista detecta y revela formas ocultas cuyo sentido integral había pasado inadvertido. La visión de las escenas completas se hace posible gracias a los varios lentes que utiliza y comparte: el literario, el científico, el artístico, el histórico o el cultural.

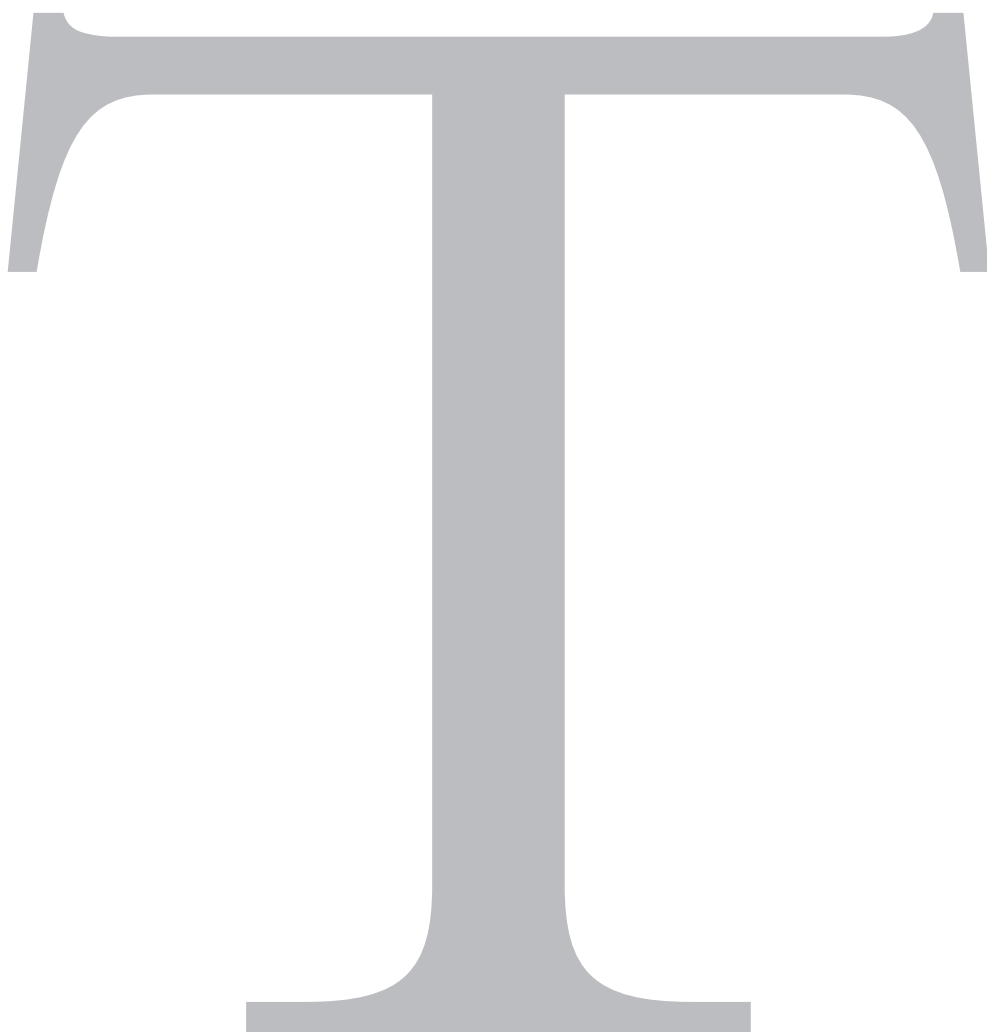
Sus ensayos constituyen ilustrados y lúcidos abordajes al desarrollo y al estado actual de la biomedicina y exploraciones penetrantes y astutas de las actitudes sociales sobre el cuerpo; despliegan una rara habilidad para trasladar la labor diagnóstica y la pericia quirúrgica del anatomista hasta el ámbito cultural e histórico para detectar, diseccionar y exponer las actitudes sociales; transmutan temas insólitos, difíciles o escabrosos en piezas de un inusitado museo híbrido de ciencia, arte y medicina. Su pluma es un bisturí que ha calado en lo extraño, lo absurdo y lo grotesco del cuerpo biológico y del cuerpo social para revelar peculiaridades de nuestra especie y de sus culturas. Imposible será disociar los constituyentes orgánicos, las formas aparentes y los elementos simbólicos del cuerpo humano pues, como el propio autor lo revela: la condición humana, con todo su peso y densidad, está siempre detrás de la máquina corporal.

La labor ensayística del Dr. González Crussí destaca no sólo por su curiosidad, su originalidad temática, su extensa erudición, su capacidad reflexiva, sino también por su estilo clásico y diáfano. En efecto, su escritura no sólo revela hechos, datos e ideas inusitados con espontánea naturalidad, soltura y sencillez, sino que interesa por su lenguaje directo, ágil y fresco, sorprende por su expresión templada y persuade por su solidez argumentativa. Con afortunada mezcla de ingenio, humanismo y ecuanimidad teje una trama tan amena como convincente al explorar y revelar la multifacética y extraña relación de diversas sociedades con el cuerpo humano. Condimentados con ingredientes tan valiosos y variados, los ensayos constituyen exploraciones reveladoras del terreno que media

entre las ciencias biomédicas, las expresiones culturales y las argumentaciones filosóficas, exploraciones que proveen a su dichoso lector de solaz, reflexión y descubrimiento, tal cual lo estipula la larga tradición del ensayo literario.

¡Enhorabuena, Francisco González Crussí, admirado amigo y colega, por este merecido premio! ¡Le expresamos aquí nuestra gratitud por sus sabios escritos y nuestra ávida expectación por los venideros!

TRABAJOS LEÍDOS EN
SESIONES ORDINARIAS



LA CARTILLA MORAL: VICISITUDES EDITORIALES Y POSIBILIDADES POLÍTICAS*

Javier Garciadiego**

EL FALLIDO ALUMBRAMIENTO

La *Cartilla moral*, hoy célebre libro de Alfonso Reyes, padeció de pésima suerte durante más de medio siglo. Su historia se caracteriza por los grandes proyectos que se tenían para ella, los que devinieron en lamentables fracasos. Libro más elogiado que leído, que hasta hace pocos años era prácticamente desconocido.

Su historia está llena de vicisitudes y resulta muy reveladora. El 14 de septiembre de 1944 José Luis Martínez, joven crítico literario bien apreciado por don Alfonso,¹ en su papel de secretario particular del secretario de Educación Pública Jaime Torres Bodet, escribió una carta a Reyes para pedirle que fuera “el autor” de los “principios *morales*” que acompañarían a las cartillas “de instrucciones” alfabetizadoras.

Jaime Torres Bodet era un bien apreciado poeta y ensayista, miembro del grupo “Contemporáneos”, que había colaborado en el servicio diplomático (España, Francia, Argentina y Bélgica) entre 1929 y 1940. Era un gran conocedor del sector educativo del país, pues había sido el

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 10 de enero de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

** Agradezco el apoyo de Alejandro y Eduardo Mejía, de la Capilla Alfonsina, así como el de Omar Urbina.

¹ Para conocer su larga y provechosa relación véase *Alfonso Reyes y José Luis Martíne. Una amistad literaria. Correspondencia 1942-1959*, Rodrigo Martínez Baracs y María Gaudalupe Ramírez Delira (comps.), Fondo de Cultura Económica, México, 2018. Véase también, Javier Garciadiego, “José Luis Martínez, el primer reyista”, en *Biblioteca de México*, México, núms. 163-164, 2018, pp. 90-96. Las cartas entre ambos se encuentran también en Capilla Alfonsina, Archivo, Sección Correspondencia, exp. 1590, 75 folios.

más cercano colaborador de José Vasconcelos durante su legendaria labor al frente de la Secretaría de Educación a principios de los años veinte. Ahora, como responsable del ramo durante la segunda mitad de la presidencia de Manuel Ávila Camacho, su gestión se caracterizaría por dar término al periodo de la educación “socialista” del presidente Cárdenas y por su decidida lucha contra el analfabetismo, combate que ratificó su carácter de vasconcelista.² A su vez, Alfonso Reyes —como diez años mayor— también era un conocido poeta, narrador y ensayista con una larga trayectoria diplomática. Si bien nunca había laborado en la Secretaría de Educación Pública (SEP), en ese momento dirigía El Colegio de México y, como viejo miembro del mítico grupo del Ateneo de la Juventud, Reyes consideraba que mejorar la educación era el principal reto nacional, por lo que sin el menor asomo de duda aceptó escribir “las lecciones de moral para las cartillas de la campaña del alfabeto”. Así, el día 16 consignó en su *Diario* estar “escribiendo ya las *Lecciones de moral* para la cartilla alfabética”. Más aún, al día siguiente, domingo 17 de septiembre, aprovechando el fin de semana patrio, acabó su *Cartilla moral*, a la que comenzó a llamar así a partir de ese momento.

Al principio, el inveterado optimista que era Reyes consignó que Torres Bodet había aceptado “gustoso” su *Cartilla moral*. La realidad era distinta: un mes después Reyes pedía a Martínez “noticias” sobre la *Cartilla moral*. No hubo respuesta al respecto y Reyes y Martínez no volvieron a mencionar el tema en sus frecuentes conversaciones. Tampoco lo hizo Torres Bodet que, como político precavido que era, se había mantenido al margen del asunto, dejando la negociación con Reyes en manos de su secretario Martínez. En efecto, don Alfonso jamás supo las razones de Torres Bodet para no publicar el texto que le había solicitado. Diez años después de muerto Reyes, Torres Bodet publicó en 1969 la parte de sus *Memorias* que correspondía a sus años como secretario de

² Fernando Zertuche, *Jaime Torres Bodet: realidad y destino*, Secretaría de Educación Pública, México, 2011. Obviamente, el principal texto para conocer la vida y obra de Torres Bodet son su propias *Memorias*, publicadas originalmente en siete volúmenes entre 1969 y 1974. A partir de 1981 aparecerían en dos volúmenes, primero en la misma editorial Porrúa, posteriormente (1998) en El Colegio Nacional y recientemente en el Fondo de Cultura Economía (2017).

Educación Pública, haciendo especial referencia a la campaña de alfabetización. Allí narró el proceso de la elaboración de las dos cartillas: la alfabetizadora y su “complemento” moral, que debía haber explicado la fuerza de “la bondad, el valor, la voluntad de progreso, la confianza en la libertad, el amor a la patria y la solidaridad con todo el género humano”. Torres Bodet lo recuerda muy claro: con estos elementos “tendríamos que nutrir el mensaje moral de nuestra cartilla”. Sin hacer la más mínima alusión a Reyes, un discreto Torres Bodet aseguró que solicitaron varios textos pero que sus esfuerzos resultaron “estériles”, pues los escritos recibidos estaban “bien meditados” y eran “pedagógicamente correctos”, pero eran textos “fríos, inertes”.³ ¿Esto fue lo que pensó Torres Bodet del escrito de Reyes? Silencio total, mutismo absoluto, salvo la clara evidencia de que no le satisfizo el texto de Reyes, lo que no pareció haber hecho mella en la amistad entre ellos, ni impidió otras colaboraciones en los años venideros.

CAMBIO DE RUMBO

Pareció entonces que aquellas lecciones morales permanecerían inéditas y por lo mismo desaprovechadas. Obviamente, el meticuloso Reyes no las destruyó y en agosto de 1947 pidió a su secretario —Juan Arellano— que las copiara. Su objetivo era rescatar y publicar la *Cartilla moral*. Para ese tipo de textos, breves y olvidados, decidió crear una colección que se llamó Archivo. Pasó el tiempo y en 1952 Alfonso Reyes decidió rescatar aquel desafortunado texto, confiado en su valor y utilidad. En efecto, en julio de ese año dio a la imprenta su malhadado escrito, como primer número de la serie Residuos de la colección Archivo, pero se trataba de un tiraje reducido, 200 ejemplares, prácticamente fuera de comercio, destinado a ser distribuido como obsequio entre sus amigos. Así, aunque finalmente fue publicada, en realidad la *Cartilla moral* siguió siendo un texto desconocido, un texto sin lectores. Uno de esos pocos

³ Jaime Torres Bodet, *Años contra el Tiempo. Memorias*, vol. 1, Porrúa, México, 1969, pp. 169-171.

fue, paradójicamente, el propio Torres Bodet; otro, claro está, fue José Luis Martínez. Sin la menor expresión de arrepentimiento, disculpa o vergüenza, en mayo de 1953 Torres Bodet agradeció el obsequio a Reyes, a quien escuetamente pronto dijo estar “releyendo” su *Cartilla moral*. Ni siquiera intentó un breve comentario explicativo o exculpatorio; mucho menos un intento de justificación. Nada.

Sin embargo, el futuro de la *Cartilla moral* estaba destinado a ser otro, muy distinto del proyecto original y de su circulación marginal. A principios de 1956 Enrique González Casanova, joven profesor universitario de asiduas visitas a la Capilla Alfonsina, aseguró a Reyes que el rector Nabor Carrillo Flores⁴ deseaba hacer una amplia edición de la *Cartilla moral* “para obsequio a sus estudiantes”. Aunque la propuesta debe haberle parecido esperanzadora y reconfortante, un dubitativo Reyes, consciente de la mala suerte de aquellas páginas, simplemente contestó “Veremos”. Tenía razón en ser escéptico: no se hizo tal edición universitaria.

La fortuna del pequeño texto habría de cambiar hacia el final de la vida de Reyes, exactamente un año antes de su fallecimiento. En efecto, el 24 de septiembre de 1958 fue visitado en su Capilla por los jóvenes Gastón García Cantú y Rosario Castellanos, siendo el primero el responsable de las publicaciones del Instituto Nacional Indigenista (INI), dirigido entonces por Alfonso Caso, compañero de don Alfonso en El Colegio Nacional y hermano de su añorado amigo ateneísta (Antonio Caso) muerto desde 1946. La nueva propuesta tuvo que resultarle simpática: el libro que había sido diseñado para analfabetos adultos y que luego pudo haber sido leído por toda una generación de estudiantes universitarios terminó siendo un libro “para inditos”, como dijera con desenfado el propio don Alfonso. El educador auténtico que era Reyes inmediatamente comprendió el intento civilizatorio de la nueva propuesta editorial. Pleno de orgullo y satisfacción, anotó en su *Diario*:

⁴ Nabor Carrillo Flores nació en 1911 y realizó estudios de ingeniería civil en la Escuela Nacional de Ingenieros. Fue coordinador de la investigación científica de la UNAM desde 1947, donde promovió el estudio de la física nuclear. En 1953 sería designado rector y su principal labor consistiría en trasladar la Universidad Nacional a la recién construida Ciudad Universitaria. Al término de su administración, en 1961, se dedicaría a estudiar la energía nuclear hasta su muerte acaecida en 1967.

Mi *Cartilla moral*, homilía de que no supieron hacer caso Torres Bodet ni José Luis Martínez en Educación (1944), es el resumen de mi instinto y mis disciplinas clásicas: lo más auténticamente *griego* que he escrito en mi vida; además, es un buen acto social —por lo que se felicitaba— ... con emoción y gratitud, que el Departamento o Instituto Indigenista haya recogido mis páginas, hasta hoy olvidadas, para fin tan noble y hermoso.

La emoción de ver circular su texto, de saberlo útil, explica el inicio inmediato del trabajo editorial. Estando ya en proceso la producción de la *Cartilla*, los jóvenes Henrique González Casanova y Horacio Labastida, junto con Gastón García Cantú, pidieron autorización a Reyes para que la edición del INI se ampliara hasta llegar a ser una “extensísima edición” que abarcara a “todos los estudiantes que se matriculen en la Universidad el año entrante”. Es de suponerse que las trabas administrativas y jurídicas imposibilitaron la propuesta. Como sea, a principios de junio de 1959, siete meses antes de morir, Reyes recibió los primeros 17 ejemplares de la primera edición amplia de su *Cartilla moral*.⁵

Desgraciadamente, aunque “numerosa” esta edición estaba restringida a los “instructores” de “los pueblos indios”, por lo que no pudo ser leída por los tradicionales lectores de Reyes, lo que explica la ausencia de reseñas. Quince años después de escrita, y a pesar del amplio tiraje de

⁵ García Cantú narra una escena, obviamente, inventada: según él, Reyes había diseñado una estrategia para que Torres Bodet estuviera presente al momento de la entrega. El supuesto diálogo que hubo entre ellos es inverosímil: “El día que llevé sus primeros ejemplares estaba con él Torres Bodet... Don Alfonso había arreglado la escena para que el secretario que rechazara su *Cartilla* la viera impresa por una institución dependiente de Educación Pública. Jaime Torres Bodet, asombrado, me dijo ¿Pero la entenderán los promotores? Pregunta que repetía sus dudas de 1944”. García Cantú continúa con su supuesta intervención: “previamente a su publicación consultamos a varios maestros, quienes consideraron que era el libro más adecuado para los jóvenes instructores”, momento del diálogo que Reyes aprovechó para terciar: “Es, Jaime, el texto más ático que he escrito”. Me resulta inimaginable que Reyes pudiera preparar una escena que incomodara al secretario de Educación Pública (doc. 22). Lo que es incuestionable es que Reyes quedó muy complacido con el trabajo de García Cantú, pues luego le pidió que le organizara un tomo antológico de escritos suyos sobre México, a titularse *Horizontes mexicanos*. La muerte de Reyes, mes y medio después de su petición, abortó el proyecto. Cf. “Carta de Alfonso Reyes a Gastón García Cantú”, 16 noviembre 1959, en Capilla Alfonsina, Archivo, Sección Correspondencia, exp. 951, f. 4.

la edición de 1959, al morir Reyes su *Cartilla moral* no había tenido impacto alguno y en los círculos literarios era un libro inexistente.

Después de muerto Reyes, la historia de su *Cartilla moral* estuvo plagada de vicisitudes: recuperada, más de quince años después, en sus *Obras completas*, quedando en el tomo XX, que apareció en 1979.⁶ A partir de entonces fue integrada a diversas antologías del propio Reyes, aunque obviamente no a todas, con lo que empezó a ser leída por sus tradicionales lectores, para así convertirse en una parte relevante dentro de la amplísima producción “alfonsina”. También comenzó a ser objeto de ediciones autónomas, como un claro aunque tardío reconocimiento.

Sin duda la más importante fue la edición de la Asociación Nacional de Libreros, que el Día Nacional del Libro —12 de noviembre— de 1982 puso a circular una edición masiva y gratuita, de 100 000 ejemplares.⁷ Poco tiempo después, en 1989, año del centenario del nacimiento de Reyes, el conocido dramaturgo Luis G. Basurto escribió en su columna periodística semanal que de todos los homenajes que se le habían hecho, el que “más le habría complacido” al propio don Alfonso hubiera sido “la publicación” de su *Cartilla moral*. Los argumentos de Basurto parecían indiscutibles: más que morales, las lecciones le parecían “cívicas”, escritas con “claridad de estilo” y “pureza de lenguaje”, con “profundidad” pero con “sencillez clásica”. La admiración de Basurto por la *Cartilla* hizo que la propusiera como “texto obligatorio en todas las escuelas, desde la primaria hasta la universidad”; más aún, aseguró que también debía ser “obligatorio... para todos quienes ocupen puestos públicos o privados de importancia”. Afortunadamente, al menos hubo una edición conmemorativa durante aquel año del centenario de Reyes. La publicó el Partido Revolucionario Institucional (PRI), el que argumentó que lo hacía por tratarse de “una obra maestra de concisión, de sabiduría, de elegancia”. Más aún, en el pequeño prólogo se asegura que “quien aprenda

⁶ El tomo XX también incluía *Rescoldo de Grecia*, *La filosofía helenística*, *Libros y libreros en la Antigüedad* y *Andrenio: perfiles del hombre*. De hecho, el editor del tomo —Mejía Sánchez— ubicó allí la *Cartilla moral* por considerarla “complemento del *Andrenio*”, su libro más filosófico. Cf. p. 22.

⁷ La edición fue preparada por un gran lector de Reyes, el escritor Felipe Garrido.

(y obre en consecuencia) lo que esta *Cartilla moral* enseña, adquirirá ciertamente el bien ganado título de ciudadano, que es el más alto grado de vivencia política al que hombre alguno puede aspirar”.⁸

EL RECHAZO

Uno de los primeros y más constantes promotores de la *Cartilla moral*, según un reconocido reyista,⁹ fue José Emilio Pacheco, quien afirmó que “siempre se lamentará el momento” a partir del cual ya no pudo usarse “para la educación”. Otro de los lectores fieles de la *Cartilla moral* fue el propio José Luis Martínez, quien a petición de la Secretaría de Educación Pública —ahora encabezada por Ernesto Zedillo, luego presidente del país— preparó hacia 1991 una “adaptación” de la obra original de Reyes, “adaptación” que en realidad se limitó a hacerle “algunos retoques en busca de mayor sencillez”, además de que le añadió “referencias a nuevos temas”. Obviamente, José Luis Martínez se justificó argumentando que ninguno de los cambios se alejaba “de la intención y el espíritu” del texto original. Para Martínez la *Cartilla moral* debía ser puesta de nuevo en circulación, pues “se antoja hecha para ser leída en voz alta a los niños o a los educandos adultos”, dado que estaba escrita con “sencillez, cortesía y claridad”. La “adaptación le había sido solicitada a José Luis Martínez por la SEP para ser publicada en 1992 como parte “de los materiales... para los Programas Emergentes de Actualización del Maestro y de Reformulación de Contenidos y Materiales Educativos”. Se imprimieron 700 000 ejemplares y claramente alegaron las autoridades educativas del país que ofrecían al magisterio nacional el texto de Reyes “no tanto como un cuerpo de doctrina, sino como testimonio pedagógico de uno de nuestros mejores escritores”.¹⁰

⁸ La edición incluía también *La “X” en la frente y Nuestra lengua*.

⁹ Me refiero a Víctor Díaz Arciniega, editor también —véase nota 10— del tomo VI de su *Diario*, en cuya nota 227, p. 123, hace esta aseveración, y del libro antológico de Reyes titulado *Vocación de América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

¹⁰ Véanse la “Presentación” y la “Nota preliminar” a la edición de la *Cartilla moral* de Alfonso Reyes hecha por la SEP en 1992. Inexplicablemente, por haber sido el autor de la solicitud a

Poco importaron estas justificaciones. A los pocos días se supo que una comisión de 10 profesores del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) había rechazado la entrega del libro de Reyes, alegando que era “moralista, anacrónico y fuera de contexto”.¹¹ Gastón García Cantú, quien había sido el promotor de la edición del INI en 1959, por lo que conocía profundamente el texto de Reyes, inmediatamente denunció el gravísimo atropello y criticó todo el malhadado asunto: de inicio, al sindicato magisterial, pues haber vetado a Reyes era “uno de los mayores agravios a la cultura nacional”, demostrando con ello “el estado de barbarie de gran parte del profesorado y el inequívoco salvajismo de su dirección sindical”. En segundo lugar, al propio José Luis Martínez, por haberse atrevido a “retocar” la obra de Reyes; peor aún, señala García Cantú que más que retoques se trataba de auténticos y escogidos casos de “inadmisibles” censura o de cambios inadecuados. Por último, también criticó a la Secretaría de Educación Pública, pues su edición de la *Cartilla moral* estaba “mal hecha tipográficamente”.¹² El rechazo del SNTE a la *Cartilla* dio lugar a una sonora polémica periodística. Además de García Cantú participaron la poetisa Margarita Michelena y la crítica literaria y periodista Alicia Zendejas.¹³

Obviamente, la polémica fue más amplia y de ninguna manera unánime. Fueron varios también, y ciertamente atinados, los cuestionamientos

Reyes, ahora Martínez aseguró que la propuesta de la *Cartilla moral* de 1944 había sido hecha para “los escolares mexicanos”, no para analfabetas, como era el caso.

¹¹ Cf. nota de Rosa Elvira Vargas, *La Jornada*, 17 de julio de 1992.

¹² Agradezco a mi amigo José Luis Barros, entonces cercano colaborador del secretario Zedillo, el obsequio de un ejemplar del rarísimo folleto, por haber sido destruido o embodegado el tiraje completo.

¹³ La poetisa y crítica literaria Margarita Michelena nació en el estado de Hidalgo en 1917. Tomó varios cursos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y al poco tiempo iniciaría su carrera literaria. Colaboró en diversos periódicos y revistas, entre las que destacan *América*, *Novedades*, *Excelsior* y *Siempre*. También dirigió revistas literarias como *El libro y el Pueblo*, y fundaría el periódico *Cuestión*, reconocido como el primer diario exclusivo para mujeres. Falleció en 1998. Por su parte, la escritora y crítica literaria Alicia Zendejas nació en Ciudad de México en 1928; después de concluir dos maestrías en letras y en artes dirigió la Galería Excelsior. Fue secretaria de la Sociedad Alfonsina Internacional, donde promovió la creación del Premio Internacional Alfonso Reyes para dar reconocimiento a los escritores de habla hispana o a los académicos alfonsistas. Moriría a la edad de 87 años en 2016.

a la *Cartilla moral* y a García Cantú. El primero y más severo de ellos fue el de Miguel Ángel Granados Chapa, en su conocida columna “Plaza Pública”.¹⁴ Las víctimas de su crítica fueron dos: la SEP y Alfonso Reyes; los reivindicados también fueron dos: Torres Bodet y el SNTE. Para comenzar, Granados Chapa reclamó por “el dispendio implicado en tirar a la basura el importe” de un tiraje de 700 000 ejemplares, lo que se pudo evitar “de haber preguntado al SNTE su parecer sobre el texto de Reyes antes de resolver —de manera inconsulta— sobre su reimpresión masiva”. Esta conducta unilateral de la SEP dio lugar a que varios dirigentes del SNTE expusieran “opiniones contrarias a la orientación religiosa del texto de Reyes”. Al margen de que esta apreciación es injusta con la verdadera naturaleza de la *Cartilla*, lo cierto es que ésta fue excluida del paquete ofrecido por las autoridades educativas. Otro argumento de Granados Chapa, mucho más endeble que el anterior, es que el texto de Reyes había sido “hecho por encargo” de Torres Bodet. Granados Chapa aseguró que se rechazó el texto de Reyes porque su enfoque religioso contrariaba “la intención laica del secretario”.¹⁵ Más aún, buscando probar que Reyes había aceptado y entendido “la razón del rechazo”, aseguró que “el incidente no lesionó en lo mínimo la relación entre ambos escritores”. Para concluir, Granados Chapa también defendió el reclamo del anacronismo esgrimido por el magisterio, alegando que “si el texto no sirvió para su propósito original en su momento, es difícil considerar que fuera útil casi medio siglo más tarde”. Granados Chapa acepta que la lectura de Reyes puede resultar placentera y provechosa; lo que rechaza, y con razón, es el intento de “erigirla en guía ética para el magisterio”, a cuyo sindicato aplaude su oposición a que “tesis religiosas se conviertan en tesis educativas de un Estado laico”.

¹⁴ Miguel Ángel Granados Chapa, “Libros de emergencia. La *Cartilla moral*, de Reyes”, *La Jornada*, 18 de agosto de 1992.

¹⁵ Según Granados Chapa, Reyes fue demasiado respetuoso de las creencias religiosas, “al punto de apegarse a ellas, y específicamente a la cristiana”. Sorprendentemente, Granados Chapa argumentó que hubiera sido difícil que Reyes se apegara a otra creencia, en caso de que lo hiciera con el cristianismo, a cuya tradición histórico-cultural pertenecía, lo mismo que la inmensa mayoría de los potenciales lectores de su texto. Recuérdese que el padre de Reyes había sido un militar y político liberal, y masón, y que el mismo Reyes siempre fue un hombre laico.

Claro está que también se expresaron voces más equilibradas, críticas con todos los involucrados, pero valorando adecuadamente la *Cartilla de Reyes*. Por ejemplo, hubo quien señaló que “hubiera sido más fácil y más barato discutir primero el proyecto de su publicación”, aunque también criticó al magisterio, a quien se negaba “a llamar profesores”.

EL RENACIMIENTO

Pasada la gran polémica del verano de 1992, polémica política y bibliográfica mucho más amplia y enconada, la *Cartilla moral* comenzó a ser un texto cada vez más conocido. Además de que empezó a ser incorporada a las nuevas antologías de Reyes hechas por mexicanos,¹⁶ fue objeto de varias ediciones independientes.

En un contexto muy distinto, preocupante y ya no triunfalista, en 2009 apareció en Monterrey un artículo sobre la *Cartilla moral*. Su autor era Jorge Pedraza Salinas, reconocido reyista y destacado profesor universitario local, a la vez que director de la Biblioteca Capilla Alfonsina de la UANL. Sin embargo, si el pretexto para publicarlo era el 120 aniversario del nacimiento de Reyes, su verdadero objetivo era otro: Nuevo León pasaba entonces por una terrible violencia delincuencial, provocada por los conflictos entre los diferentes “cárteles” del crimen organizado. Lo dice claramente Jorge Pedraza al inicio de su artículo: “nunca fue tan actual como en estos tiempos” la necesidad de que la *Cartilla moral* sea

¹⁶ Valgan algunos ejemplos: la realizada por Alfonso Rangel Guerra, *Recoge el día. Antología temática*, El Colegio Nacional, México, 2 t., 1997; la de Alberto Enriquez Perea, *Alfonso Reyes*, Cal y Arena, México, 2010; y la mía, *Alfonso Reyes, “un hijo menor de la palabra”*, Fondo de Cultura Económica, México, 2015. Paradójicamente, las realizadas en la UNAM no recogen el texto de la *Cartilla*; véanse la de Stella Mastrángelo, *La “X” en la frente. Textos sobre México*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1993, y la de Emmanuel Carballo, *Algunos ensayos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2015. La temática —México— de la gran antología hecha recientemente por Adolfo Castañón, *Alfonso Reyes. Visión de México*, Academia Mexicana de la Lengua, México, 2017, justifica plenamente su exclusión. Resultan muy reveladoras una ausencia y una presencia. En la primera *Antología* de Reyes publicada por el Fondo de Cultura Económica, de 1963, tan solo cuatro años después de muerto Reyes, no aparece la *Cartilla moral*, pero sí está incluida en la antología hecha por Ernesto Mejía Sánchez, el mismo que la ubicó en el t. XX de las *Obras completas*. Su antología fue publicada por Promexa, en 1979.

conocida y practicada “por el mayor número de neoleoneses”; es más, propuso que fuera “libro de cabecera” de todos los habitantes del estado y “lectura obligada” para los estudiantes “de todos los niveles”. Pedraza Salinas fue más allá: recomendó “ediciones masivas” en todo el país, dada la “crisis” que enfrentaba la nación.¹⁷ El mensaje era clarísimo: la *Cartilla moral* no era un texto reducible al ámbito educativo; también podría servir para mejorar la convivencia entre los mexicanos y para aumentar el respeto a las leyes y las instituciones.

EL INIMAGINABLE DESTINO

Hoy la *Cartilla moral* inicia una nueva etapa de su convulsa historia. Todo parece indicar que será objeto de ediciones masivas y que servirá como guía para la administración que tomó las riendas del país a partir de diciembre de 2018. En rigor, el hoy presidente electo Andrés Manuel López Obrador expresó su aprecio por dicho libro desde hace varios años, por lo menos desde finales de 2011, ya iniciada la campaña electoral de 2012. A pregunta directa de la periodista Carmen Aristegui sobre las razones de su preferencia por la *Cartilla moral*, la respuesta de López Obrador no fue del todo clara pero sí fue muy reveladora: le dijo que más que una cartilla —de hecho, usó la palabra “decálogo”— era “una especie de ‘constitución moral’”.

Es incuestionable su fidelidad al texto de Reyes, el que volvió a citar con frecuencia en la reciente campaña presidencial de 2018, seis años después. Ahora fue más ambicioso y puntual y dejó claro que su objetivo era elaborar una “constitución moral” para el país, una especie de “código de bien”, teniendo como base la *Cartilla moral* de Reyes.

La polémica de mediados de 2018 resultó muy distinta a la de finales del siglo xx. Ya no se trataba de la circulación masiva de un libro muy pequeño, de menos de 30 páginas, que habría de entregarse al magisterio nacional para que mejorara su función docente. Ahora se trataba de

¹⁷ Jorge Pedraza Salinas, “Lecciones de la *Cartilla Moral*”, *El Porvenir*, 13 de mayo de 2009, Capilla Alfonsina, Archivo, Sección Recortes, Álbum 31, foja 88.

que el candidato ganador en los comicios presidenciales quería que el país tuviera dos constituciones, la real, jurídico-política, y una constitución moral vinculada abiertamente a la *Cartilla moral*. A don Alfonso le había emocionado que su *Cartilla* se usara en la campaña alfabetizadora de 1944; también le ilusionó, quince años después, que su *Cartilla* se destinara a los “promotores” de la educación en las comunidades indígenas. Obviamente le hubiera gustado que se le diera a los profesores del país, como un instrumento de mejoramiento profesional e individual, pues redundaría en beneficio de la educación nacional. De hecho, desde que lo escribió en 1944 sabía que no era un texto de naturaleza literaria, sino uno pedagógico, con fines didácticos y civilizatorios. Hoy debemos preguntarnos: ¿Qué hubiera pensado Reyes de que setenta años después el político más fuerte, imaginativo y audaz del país quisiera que México tuviera una Constitución moral basada en su *Cartilla*, por considerar que la peor crisis que enfrenta México es la de la falta de principios morales, la de ausencia de civilidad?

Más aún, ¿qué hubiera pensado el abogado¹⁸ Alfonso Reyes de que el titular del Poder Ejecutivo quiera apoyarse en su *Cartilla moral* para elaborar una “Constitución moral”?¹⁹ Obviamente aplaudiría que el presidente de México asegurara coincidir con los principios de los filósofos de la Grecia clásica respecto de que los valores éticos son “lo fundamental” y a que “sólo siendo buenos, podemos ser felices”.²⁰ Recuérdese que entre los pensadores griegos, Reyes tuvo especiales preferencias por su amado Homero y por Aristóteles, el autor de la *Ética nicomaquea*.²¹

¹⁸ Reyes estudió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia entre 1909 y 1913. Sus estudios fueron buenos a pesar de que carecía de vocación abogadil. Se tituló el 16 de julio de 1913 con una tesis intitulada *Teoría de la sanción*, la que puede ser consultada en el t. XXVI de sus *Obras completas*.

¹⁹ Comprensible por ser hijo de un militar liberal de las guerras de Reforma, Reyes siempre tuvo una especial simpatía por la Constitución de 1857, “la única que merece respeto desde hace un siglo”. Cf. “Carta de Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas”, 10 de enero de 1953, en Alberto Enríquez Perea (ed.), *Testimonios de una amistad*, El Colegio de México, México, 1999.

²⁰ “Redactará Constitución Moral en Convención”, *Reforma*, 15 de noviembre de 2018.

²¹ Aristóteles también escribió la *Ética a Eudemo*. Recientemente un erudito alfonsista hizo el inventario de nombres propios y de títulos de libros mencionados en la vasta obra de Reyes, recuento que confirma sus constantes referencias a Aristóteles. Cf. Adolfo Castañón, *Alfonso Reyes en una nuez*, El Colegio Nacional, México, 2018, pp. 40-41.

Dado que a este prólogo tenía como objetivo hacer la historia editorial de la *Cartilla moral*, así como analizar su impacto y recepción, incluyendo la consulta popular sobre la naturaleza y la conveniencia de una Constitución moral, aunque incluso este nombre esté a debate, debe limitarse a desear una pronta edición masiva de la *Cartilla moral*. Para unos lectores resultará moralista y para otros ciertamente anacrónica, pero para la inmensa mayoría será sin duda una lectura aleccionadora y placentera, grata y provechosa. Bienvenida la postergada lectura del menos literario de los textos de Reyes, aunque rebosante de humanismo y civilidad. A nadie hará daño y dos serán los beneficiados: el país y sus ciudadanos.

PARA UNA PRECARIA GENEALOGÍA DE LOS BESTIARIOS DE ARREOLA*

Margo Glantz

1

Borges advierte en su prólogo al *Manual de zoología fantástica* que compiló con Margarita Guerrero:

A un chico lo llevan por primera vez al jardín zoológico. Ese chico será cualquiera de nosotros, o, universalmente, nosotros hemos sido ese chico y lo hemos olvidado. En ese jardín, *en ese terrible jardín*, el chico ve animales vivientes, que nunca ha visto; ve jaguares, buitres, bisontes, y *lo que es más extraño, jirafas*. Ve por primera vez la desatinada variedad del reino animal, y ese espectáculo, que podría *alarmarlo u horrorizarlo*, *le gusta*. Le gusta tanto que ir al zoológico es una diversión infantil, o puede parecerlo. ¿Cómo explicar ese hecho común y a la vez misterioso? (Borges, 7, cursivas mías).

Y a la presentación que hizo a la edición de su *Bestiario* con dibujos hechos para Punta de plata por Héctor Xavier, Arreola afirma:

... acompañé a Héctor Xavier en alguna de sus correrías de dibujante frente a difíciles modelos. Hemos visto Chapultepec a todas horas del día y a las bestias animadas o melancólicas: a la grulla real que hunde su pico de gualda entre el suntuoso plumaje y se despioja; al macho de cualquier especie que de pronto, como si despertara de un largo sueño, percibe a la hembra y la acomete (generalmente sin éxito); a los felinos que van y vienen por su jaula, como reyes encarcelados y dementes. A los monos, en fin,

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 14 de febrero de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

que muchas veces me hicieron volver la espalda, abrumado ante tan humana estulticia... (Punta de plata, s/n).

Por su parte, Tito Monterroso advierte en su prólogo a *La oveja negra*:

Este libro nunca hubiera podido ser escrito sin la generosa ayuda y la asistencia permanente de don Eugenio Pereda Salazar, entomólogo, don Alberto Jiménez R., domador, y don Luis Reta, experto en costumbres de las aves nocturnas que aparecen en el texto; y mucho menos sin el libre acceso que las autoridades del Jardín Zoológico de Chapultepec, de la Ciudad de México, le permitieron al autor, con las precauciones pertinentes en cada caso, a diversas jaulas y parques del mismo, a fin de que pudiera observar *in situ* determinados aspectos de la vida animal que le interesaban... (7)

A reserva de analizar las diferentes visiones de cada uno de los autores antes citados, quiero reiterar un hecho definitivo y obvio: esos bestiarios contemporáneos no podrían haber sido escritos si los animales que los habitan no estuvieran confinados en un espacio cerrado, dentro de jaulas o en el circo, desde dónde pueden ser observados sin peligro, bestiarios indiscutibles, aunque sólo Arreola lo haya reiterado en el título.

Animales encarcelados, entonces, sobre todo en Arreola y Monterroso y en el prólogo de Borges. Animales privados de su libertad, animales destinados a ser objeto de contemplación, animales como espectáculo, como diversión infantil y a la vez como objeto de conocimiento para quienes los observan sin correr peligro, animales muy distintos a los que habitaron los bestiarios medievales, o los clásicos, como el fisiólogo griego de larga descendencia y la historia natural del viejo Plinio.

Leo en la Wikipedia que los bestiarios medievales “eran un compendio de bestias, reales o imaginarias, que sirvieron para explicar o enseñar principios morales” y en un libro intitulado *Bestiaries médiévaux* (Louvaine la Neuve 2005, 178) se explica que un bestiario “es un libro en verso o en prosa cuyo sistema expositivo consiste en recoger la descripción de distintos animales, existentes o fantásticos, interpretando sus características,

mediante el método de la exégesis tipológica, de un modo simbólico, con una finalidad de didactismo religioso y moral”.

Sus palabras evocan una creencia generalizada de la Edad Media: que cada piedra, planta y animal, por humilde que fuera, desempeñaba un papel en el gran diseño del universo; mientras que algunos animales, como las mascotas domésticas y los que les ayudaban en el campo, así como las criaturas de los bosques eran familiares, otros eran una maravilla lejana, descritos por viajeros o por los que volvían de las Cruzadas, la creación de Dios.

El confinamiento en espacios cerrados, vigilados por profesionistas de la domesticación (los domadores de los que habla Monterroso, necesarios tanto en los zoológicos como en los circos), permite que la inmensa variedad de bestias, esa que Borges llama la *desatinada variedad del reino animal*, pueda ser observada en su multiplicidad en un único ámbito, el que visitan los que escribirán luego los bestiarios: el zoológico como materia prima de la escritura.

Tito Monterroso se complace en travestirse de psicoanalista y su personaje, trepado sobre un árbol a la manera de un mono, observa los movimientos de dos animales de muy diferente catadura: el León y el Conejo. Y con su característica y falsamente sencilla ironía concluye:

De regreso a la ciudad el célebre psicoanalista publicó *cum laude* su famoso tratado en que demuestra que el León es el animal más infantil y cobarde de la selva, y el Conejo el más valiente y maduro: el león ruge y hace gestos y amenaza al universo movido por el miedo: el Conejo advierte esto, conoce su propia fuerza, y se retira antes de perder la paciencia y acabar con aquel ser extravagante y fuera de sí, al que comprende y que después de todo no le ha hecho nada (17).

Hay que subrayar que al hablar Monterroso de cualquiera de los animales que frecuenta en sus fábulas, escribe siempre su nombre con mayúsculas y aunque resultara innecesario decirlo habría que concluir que, como asegura Borges, los relatos en donde éstos son protagonistas, lo que en apariencia sería un lugar común, se vuelve de inmediato universal

y recobra sentido el epígrafe de K'nyo Mobutu (¿el dictador del Congo?, lo que resaltaría la irreverencia irónica, clásica de este autor) con que se abre el libro y que a la letra dice: “Los animales se parecen tanto al hombre que a veces es imposible distinguirlos de éste”(9):

2

Los animales como espejo.

“Cada criatura del mundo/ Es como un libro y una imagen/ Para nosotros, y un espejo”, escribió el teólogo y poeta francés del siglo XII Alan de Lille.

Las bestias son interesantes sobre todo porque el hombre las imita y en cada animal se encuentran formas de amar con irritación y sarcasmo, según Arreola, al “prójimo desmerecido y chancletas” y “a la prójima que de pronto se transforma a su lado, y con pijama de vaca se pone a rumiar interminablemente los bolos pastosos de la rutina doméstica” (47). Y cuando describe al sapo asienta: “En su actitud de esfinge hay una secreta proporción de canje, y la fealdad del sapo aparece ante nosotros con una abrumadora cualidad de espejo” (48).

Monterroso todo lo revierte y es el Mono el que quiere imitar al hombre y convertirse en escritor satírico:

Estudió mucho, pero pronto se dio cuenta de que para ser escritor satírico le faltaba conocer a la gente y se aplicó a visitar a todos y a ir a los cocteles y a observarlos por el rabo del ojo mientras estaban distraídos con la copa en la mano... (13). Así llegó el momento en que entre los animales era el más experto conocedor de la naturaleza humana, sin que se le escapara nada... Finalmente elaboró una lista completa de las debilidades y los defectos humanos y no encontró contra quién dirigir sus baterías, pues todos estaban en los amigos que compartían su mesa y en él mismo. En ese momento renunció a ser un escritor satírico y le empezó a dar por la Mística y el Amor y esas cosas; pero a raíz de eso, ya se sabe cómo es la gente, todos dijeron que se había vuelto loco y ya no lo recibieron tan bien ni con tanto gusto (15).

Y no sólo el Mono se convierte en Espejo, el Espejo mismo se transforma en un animal fabuloso: como el Mono que advierte la inmensa dificultad para convertirse en escritor satírico, el Espejo, también con mayúscula, se da cuenta de que: “cuando se quedaba solo y nadie se veía en él, se sentía de lo peor, como que no existía, y quizá tenía razón; pero los otros espejos se burlaban de él, y cuando por las noches los guardaban en el mismo cajón del tocador dormían a pierna suelta satisfechos, ajenos a la preocupación del neurótico” (29).

3

En Borges y en Arreola se advierte una nostalgia por esa época en que las bestias deambulaban en libertad, como naturaleza pura; Borges prefiere coleccionar animales fantásticos, frecuentes en el Medioevo, seres compuestos gracias a una imaginación ilimitada, innúmeras metamorfosis que se engendraron contemplando a las bestias reales, seres fantásticos a la manera de Frankenstein, elaborados a base de fragmentos disformes de otros cuerpos, como las quimeras, las esfinges, los minotauros, las sirenas, clásicas y medievales o como el monstruo creado por Mary Shelley en el siglo XIX o los híbridos animales que el doctor Moreau fabricara el siglo pasado en esa isla imaginada por H. G. Wells.

Arreola inicia su texto destinado a las aves de rapiña con estas palabras:

¿Derruida sala de armas o profanada celda monástica? ¿Qué pasa con los dueños del libre albedrío? Para ellos, la altura soberbia y la suntuosa lejanía han tomado bruscamente las dimensiones de un modesto gallinero, una jaula de alambres que les veda la pura contemplación del cielo con su techo de láminas (49).

Y las aves de cetrería, cuya presencia era corriente en la vida medieval, ahora habitantes de una jaula, se convierten, reitera, en una estirpe de aves reducida a “protocolo de corral” (Arreola, 50).

Y agrega, cuando visita el zoológico con Héctor Xavier, subraya la presencia de “los felinos que van y vienen por su jaula, como reyes encarcelados y dementes”.

Y qué decir del oso, animal domesticado en el que coexisten lo salvaje y lo infantil, a la vez femenino y violento cuando se transforma en un osito de peluche: dos facetas contradictorias, una, el pasado con reminiscencias cavernícolas y la otra, la aceptación de la jaula: los extremos oximorónicos: la ferocidad y la domesticación: la rebeldía y la esclavitud.

Las cebras por su parte mantienen su independencia, aunque estén en cautiverio son desdenosas y arrogantes:

La cebra toma en serio su vistosa apariencia, y al saberse rayada se entigrece... Satisfechas de su clara distinción especial, las cebras practican todavía su gusto sin límites por las variantes individuales, y no hay una sola que tenga las mismas rayas de la otra. Anónimas y solípedas pasean la enorme impronta digital que las distingue, todas rayadas, pero cada una a su manera.

Es cierto que las cebras aceptan de buen grado dar dos o tres vueltas en la pista del circo infantil. Pero no es menos cierto también que, fieles al espíritu de la especie, lo hacen siguiendo un principio de alta ostentación (57).

La hiena en cambio tiene predilección por la carroña, es depravada, golosa, parecida a la raza humana, otro espejo (otro más), de igual manera que la jirafa, “que representa mejor que nadie los devaneos del espíritu: busca en las alturas lo que otros encuentran al ras del suelo”.

Por eso Borges se deleita liberando y dándoles nueva vida a los animales de un zoológico imaginario: inserto aquí uno de los animales fantásticos visitados en su *Manual*, nada menos que un animal soñado por Kafka, autor de una de las bestias más impresionantes que hayan aparecido en el universo escriturario, el escarabajo, insecto en el que una mañana Gregorio Samsa apareciera convertido, surgido de *La metamorfosis*, ese texto milagroso que leí por vez primera, allá a mediados de la década de los años 1940, en traducción de Borges, o quizá de su madre doña Leonor Acevedo de Borges:

Es un animal con una gran cola, de muchos metros de largo, parecido a la del zorro. A veces me gustaría tener una cola en la mano, pero es imposible; el animal estará siempre en movimiento, la cola siempre de un lado para otro.

El animal tiene algo de canguro, pero la cabeza chica y oval no es característica y tiene algo de humana; sólo los dientes tienen fuerza expresiva, ya los oculte o los muestre. Suelo tener la impresión de que el animal quiere amaestrarme; si no, qué propósito puede tener retirarme la cola cuando quiero agarrarla, y luego esperar tranquilamente que ésta vuelva a atraerme, y luego vuelva a saltar (21).

4

Pero, volvamos a los zoológicos, lugar que nuestros escritores utilizaron como fuente de inspiración de sus bestiarios.

Borges se asombra: ¿a los niños no les horroriza la desatinada variedad que habita esos espacios carcelarios? ¿No es aún más asombrosa la existencia de bestias como la jirafa, esa bestia a la que Dios, según Arreola, no tuvo más remedio que alargarle el cuello, y la obligó a desarrollar una acrobacia al revés, de tal forma que acaba pareciéndose a los asnos, y a la que sin embargo Monterroso volvió inteligente al permitirle como a Einstein comprender que todo es relativo?

¿Y el hipopótamo no es de la genealogía del toro, el bisonte y el carabayo, su hábitat no es el polvo, el fango, el agua, el pantano? ¿Acaso no mimetiza al buey y no asume la catatonia del estupor, la imagen de la modorra y la pesantez? En suma, ¿acaso no se ha convertido en el pisapapeles de la historia?

Al describir a los felinos, Juan José asume el mismo discurso que luego asumirá Tito: tradicionalmente, los leones han sido representados como majestuosos y valientes, pero según Arreola, son brutos y perezosos y merecen la jaula del zoológico: “En realidad el león sobrelleva a duras penas la terrible majestad de su aspecto, el cuerpo del edificio no corresponde a la fachada y es como su alma, bastante perruno y desmeдрado... Si de ellos dependiera, todos los leones que deambulan por la selva estarían ya enjaulados” (52).

En cambio, explica admirativo Arreola, los tigres, las panteras y los leopardos atacan el ganado, después de haber puesto en fuga a sus guardianes.

La boa devora y deglute laboriosamente al conejo, es por ello más sofisticada e inteligente que el león, seduce a su víctima, la paraliza, la traga

con lentitud y el proceso de digestión es una lección de estética: “Después de varias semanas, la boa victoriosa, que ha sobrevivido a una larga serie de intoxicaciones, abandona los últimos recuerdos del conejo bajo la forma de pequeñas astillas de hueso laboriosamente pulimentadas” (57).

Los cérvidos avanzan con tal rapidez que se enfrentan a la inmovilidad pasiva de los cuadrúpedos, son además animales místicos, visitados por los pintores como cuando Pisanello representó a san Huberto entre sus cuernos o cuando reiteran el martirio de Genoveva de Brabante, quien como afirma la Wikipedia, se dice que fue la esposa de Siegfried de Tréveris, acusada falsamente de infidelidad por el mayordomo Golo. Condenada a muerte fue perdonada por sus verdugos y vivió durante seis años con su hijo en una cueva, alimentada por una corza. Siegfried, que mientras tanto había descubierto la traición de Golo, estaba persiguiendo a las corzas, cuando la descubrió en su escondite y la restituyó a su antigua dignidad. Si san Juan de la Cruz, Juan de Yepes, dice Arreola, nos dice que fue tan alto, tan alto que le dio a la caza alcance, no se está refiriendo a la paloma terrenal sino al ciervo profundo, inalcanzable y volador (60).

Las descripciones zoológicas de Arreola alcanzan, al igual que el ciervo, una altísima perfección y denotan un acucioso estudio de la fisiología animal, y al referirse al sistema de circulación de la jirafa, lo describe así “una sangre que se eleva contra la ley de la gravedad mediante un corazón que funciona como bomba de pozo profundo” (58).

No menos exacto es el fragmento que le dedica al búho, el animal filosófico por excelencia, que antes de devorar a su presa, la digiere mentalmente: “Con la aguda penetración de sus garfios el búho aprehende directamente el objeto y desarrolla su peculiar teoría del conocimiento” (53).

5

Cada uno de los autores analizados titula de manera diferente sus engendros. Borges organiza un manual, Arreola sigue fiel la tradición de los bestiarios, Monterroso recurre a la fábula.

¿Y qué es un manual? Si se busca la definición leemos lo evidente: “De las manos o relacionado con ellas, ser diestro con las manos, o algo que se realiza con las manos, por ejemplo el punto y el crochet son labores manuales”, pero asimismo el DRAE explica que “un manual es un libro que compendia lo más sustancial de una materia”, definición que probablemente calce con el objetivo de Borges (y la de los otros dos autores), ofrecer a los lectores una compilación de animales elegidos y redactados por él sin intención didáctica o moral manifiesta.

Arreola, fiel a su afición por los misterios medievales, organiza su libro como si ejecutara una obra de artesanía perfecta, en la que la brillante, exacta y a menudo sangrienta metaforización descubre una enciclopédica sabiduría sabiamente concentrada, de una manera diferente a la exhibida por Borges y a la que con su aparente sencillez Tito nos confronta.

Sin embargo, los tres textos concentran en su brevedad múltiples e inagotables lecturas.

Alguna vez escribí lo siguiente al analizar *La oveja negra* y siento que de alguna forma puede aplicarse a la obra de los tres escritores visitados en esta incipiente genealogía:

Cuando leo y releo los textos que conforman este libro pienso que son milagrosos, por muy pequeños que sean acaban volviéndose gigantes y su gigantismo no es un gigantismo cualquiera: es el de los animales prehistóricos cuyos esqueletos ocupan enormes salas de alturas desmesuradas, parecidas al dinosaurio que cuando Tito despertó “todavía estaba allí... Quiero saber por qué el desafuero, la razón de esa capacidad explosiva que de un texto breve, apretado, ceñido al máximo, se obtenga de pronto un texto gigante, objeto de asombro susceptible de llenar por sí mismo espacios incommensurables, como los de este mismo pequeñito objeto que compactado concentra en un cuadradito luminoso un libro entero (*Obra reunida*, FCE, vol. IV, p. 292).

En Monterroso se parte de la conversación plana, de los proverbios, de la sabiduría popular, del lugar común, para revertirlos totalmente,

la Fe mueve Montañas literalmente; los espejos son narcisistas; los leones no son los reyes de la selva, sino los conejos; las moscas quieren ser águilas; el Mono imita al escritor, no al hombre.

6

Cantos de mal dolor. Así titula Arreola una serie de textos con los que inicia la edición que el Fondo de Cultura Económica publicó en 1962 y con un epígrafe que proviene de Moby Dick xxvi, otro animal de un bestiario solitario, epígrafe que se lee así:

A veces pienso que ella es lo único que existe. Pero ya es bastante; me atarea, me desborda, yo veo su fuerza atroz, unida a la inescrutable malicia que la vigoriza.

Esa cosa inescrutable es principalmente, lo que yo odio, ya sea la ballena blanca agente, ya actúe por su propia cuenta, lo cierto es que yo descargo ese odio sobre ella (13).

Y no es casual que intitule ese fragmento, deformando brevemente el título de los *Los cantos de Maldoror* de Isidore Ducasse, el conde de Lautréamont, al tiempo que nunca lo nombra: *Cantos de mal dolor* se refieren oblicuamente a *Los cantos de Maldoror*.

Y no es casual porque Lautréamont organiza en sus cantos un bestiario infernal en donde los animales no son observados desde fuera, desde el zoológico o el circo, aunque tengan connotaciones humanas en sus conductas y hasta en su fisiología, los animales de Maldoror se llevan dentro o son invocados como cómplices, adorados casi como dioses, sí, el mundo de Maldoror está habitado por animales siniestros que muy raramente aparecen en los bestiarios hasta ahora mencionados.

El de Arreola es un bestiario intenso, pero limitado, breve: hay rinocerontes, sapos, bisontes, aves de rapiña, avestruces, insectos, carabaos, felinos, búhos, osos, elefantes, topos, camélidos, boas, cebras, jirafas, hienas, hipopótamos, cérvidos, focas, aves acuáticas, ajolotes, monos y paro de contar.

En Monterroso hay señalados y con mayúsculas: Conejos, Leones, Monos, Escritores satíricos, Moscas que querían ser Águilas, Fe y Montañas, Telas de Penélope, Ovejas negras, Mono sabio que tomó el poder, Espejos, Búhos, la Tortuga y Aquiles, el Camaleón, el Apostata, el Rayo que cayó dos veces en el mismo sitio; la Jirafa, los Otros seis, el Mal, la Cucaracha soñadora (quizá Gregorio Samsa o quizá Kafka), el Salvador recurrente, La Rana que quería ser auténtica, Pígmalión, El Bien, El Filósofo ecléctico, Sansón y los Filisteos, El cerdo de la piara de Epicuro, Un caballo imaginando a Dios, El perro que deseaba ser humano, el Mono que piensa, el Burro y la Flauta, la parte del León, el Paraíso imperfecto, La honda de David N., Gallus, las buenas Conciencias, Sirenas inconformes, Cuervos bien criados, origen de los Ancianos, un Paréntesis, el Fabulista y el Escritor, El Zorro es más sabio (quizá Rulfo).

Y me limito a enumerar a algunos de los animales fantásticos de Borges: anfisbenas, mandrágoras, aves fénix y Roc, centauros, basiliscos, son demasiados, pueden ser hidras, mantícoras, nagas, odradeks, peritios, sirenas, unicornios, zaratanes, antílopes, amen de sueños de Kafka, Edgar Allan Poe, un reptil soñado por C. S. Lewis, hipogrifos, goles, esfinges, escilas, etcétera.

En Maldoror abundan los animales que nunca habitan los zoológicos, los piojos, las sanguijuelas, los vampiros, todo tipo de arañas y las tarántulas, los pulpos, los chacales, los cocodrilos y más o menos benévolo, los gatos, los perros y los caballos, pero sobre todo abundan partes del cuerpo animal, las garras, las zarpas, los picos, los dientes, las uñas, las ventosas, las extensiones del cuerpo expresamente dedicadas a dañar, a atacar, a destrozar y como explica en un lúcido ensayo sobre Maldoror, Gaston Bachelard:

Así, haciendo, como proponemos, la suma de todos los movimientos de la garra, sustituyendo sistemáticamente las funciones en su tentativa de sinergia a las imágenes prefabricadas, en suma, tomando las ganas de atacar en su fisiología elemental, se llega a la conclusión de que es fundamental la voluntad de lacerar, de desgarrar, de atezar, de aferrar con dedos nerviosos... (33).

Maldoror no observa a los animales, los convoca, los hace sus aliados, los animales dañinos son invocados a participar junto con él para hacer el Mal, como si estuvieran celebrando una misa negra: “El elefante se deja acariciar, el piojo no”, dice Lautréamont, y prosigue:

¡Oh piojo de pupila arrugada, en tanto los ríos expandan la pendiente de su aguas en los abismos del mar... en tanto el mudo vacío carezca de horizonte, estará seguro tu reino en el universo, y tu dinastía extenderá sus anillos por los siglos de los siglos: Te saludo, sol levante, liberador, celeste, tú, el enemigo invisible del hombre (Bachelard, 55).

Este universo convoca la pesadilla, entran aquí y como corolario evidente las tentaciones que perseguían a los santos y específicamente las tentaciones de san Antonio que Gustave Flaubert reviviera a finales del siglo XIX, autor que bien conocían tanto Arreola como Monterroso, pero sobre todo Borges. El bestiario de Flaubert evoca, como el de Borges, a los animales fantásticos: están allí la quimera, la esfinge, los cinocefalos, el mantícora, los grifos, los gatoblepas, los basiliscos, pero en Flaubert esos animales no se describen, son personajes que a manera de alegoría dialogan con san Antonio al tiempo que pretenden seducirlo.

LA UNIVERSIDAD*

Fernando Serrano Migallón

PRESENTACIÓN

Renán decía que la Nación es un plebiscito cotidiano, un pasado común de glorias y remordimientos; la Nación es fundamentalmente identidad, comunidad de pasado, presente y promesa de futuro; un impulso histórico con personalidad individual y fuerza propia para sustentarse a sí misma y hacerse trascendente.

Las naciones se fortalecen y se perpetúan únicamente en la medida en que pueden generar y renovar su identidad, a través de sus valores y la preservación del conocimiento. La producción y conservación de la cultura es la mejor garantía de permanencia, acaso sea el único factor vital sobre el que un pueblo puede tener pleno dominio.

En la historia de la cultura occidental, la Universidad fue concebida como medio idóneo para evitar la dispersión de la civilización y liberar el conocimiento del control de la Iglesia en los claustros de los monasterios y de los conventos, y fue madre de las distintas formas que los grupos humanos adoptaron para generar nuevas naciones. La Universidad quedó así, inserta en el centro de la vida cultural de Occidente.

Para México la Universidad ha sido y es el proyecto cultural más importante de su existencia, desde la época colonial y durante toda la vida independiente. Es, posiblemente, el único proyecto de largo alcance que ha permanecido vigente todo el tiempo, a través de distintas formas y de diversas manifestaciones. La Universidad ha cambiado al mismo ritmo que lo ha hecho México, no por imitación, sino por esencia, pues la

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 28 de febrero de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

cultura nacional y el ser de la Universidad se identifican en una misma unidad conceptual.

El horizonte histórico de la Universidad inicia formalmente en 1551. Sin embargo, como fenómeno cultural, nuestra Universidad es un ideal que acompaña desde su inicio al proceso de mestizaje que caracteriza el nacimiento del país.

LA UNIVERSIDAD COLONIAL

En el bagaje de los conquistadores venían, junto con los aperos de guerra, los textos religiosos y las obras humanísticas del Renacimiento. El espíritu de la entonces ya tres veces centenaria universidad española jugó un papel importante en el proceso de colonización y alentó, desde el punto de vista conceptual e ideológico, el mestizaje que daría origen siglos después a la identidad nacional mexicana.

La historia de la Universidad comienza con la presencia de la Universidad de Salamanca en la conquista. A partir de la disputa por la guerra justa que protagonizó Francisco de Vitoria en 1536 en el ámbito de la Universidad de Salamanca; la razón impuso fronteras definitivas al poder político y se distinguió de otros proyectos que tenían la preocupación ética y jurídica del destino de las Américas.

El tiempo transcurrido entre 1519 y 1551 corresponde al periodo en que la conquista se transformó en “colonia” y se estableció jurídica y políticamente en “virreinato”.

El inicio de la vida colonial mexicana comienza con el final del impulso conquistador, con la fundación de la Real Universidad de México. La conquista se torna en colonia, las nuevas instituciones permiten el flujo cultural y comercial entre la metrópoli y los territorios de ultramar.

En 1530, fray Juan de Zumárraga, se dirige al emperador Carlos V para solicitarle la fundación de una universidad novohispana. La solicitud no pudo caer en momento más inoportuno, el proceso de la contrarreforma comenzaba haciendo arder los primeros sarmientos de pensamiento libre. En 1539 don Antonio de Mendoza insistió ante el mismo monarca

respecto de la instalación de la Universidad mexicana, de este modo, confluyen en las peticiones hechas a la Corona los intereses tanto del clero como de la clase política criolla, dos elementos del poder y de la vida pública de la Nueva España, pero la Universidad que el virrey quiere admite a los indígenas, a los criollos y a los peninsulares; desde su origen, el carácter de la Universidad mexicana es incluyente y ha estado relacionado íntimamente con la formación de un carácter propio para la cultura nacional. Sin embargo, la gestión de Mendoza fracasa también, como había fracasado la realizada por el Cabildo de la Ciudad de México, que presentó la misma propuesta el 13 de enero de 1543.

La metrópoli no pudo seguir resistiendo la corriente que fluía desde la Nueva España y el 21 de septiembre de 1551, por cédula expedida en Toro, Felipe II, a nombre de su padre Carlos I, decreta fundar la Real Universidad de México, que según la real instrucción enseñaría todas las materias, las laicas y las religiosas, a los indígenas y a los hijos de los españoles. La Universidad mexicana nace así, bajo el modelo del *estudio salmantino*, con instituciones propias y aquello que, en su época, bien puede llamarse posibilidad de expresar las convicciones y los pensamientos; no surge como brazo de la Iglesia, sino que guarda independencia del culto y de la jerarquía, y crea sus propios planes de estudios.

Esa universidad tiene 48 años de vida laica. El 7 de octubre de 1595 Clemente III, mediante una bula retroactiva a su fundación la convierte en Pontificia, beneficio que tendría un costo de “mil pesos anuales de oro, que deberán tomarse de la Real Hacienda”; concede el privilegio de lo que podría llamarse libre pensamiento pero al mismo tiempo establece la férula doctrinaria que terminaría por ahogar su creatividad. Pero en cambio, el valor de los títulos, libros y diplomas se ampliaba del ámbito del mundo hispánico al de toda la cristiandad.

Para el momento en que la Real Universidad se transforma en Pontificia su estructura jurídica e institucional ya había sido establecida. El hecho de haber dependido directamente del rey desde su fundación había significado independencia de la estructura que la Iglesia determinaba comúnmente para sus establecimientos educativos; desde su nacimiento, la Universidad mexicana gozó de sus propios cuerpos legislativos, el

hueco que dejaba la cédula de fundación en materia de sus normas fue cubierto por la actividad legislativa del Claustro, que diseñó de acuerdo con los Estatutos y Reglamentos de la Universidad de Salamanca.

La acción eclesiástica se vertió sobre todo en materia doctrinal, pero no en la conformación de los claustros académicos de profesores y de alumnos. No hay evidencia alguna de que existieran prácticas discriminatorias por motivos raciales, sino que muy por el contrario, predominaban los grupos mestizos y criollos.

La doble denominación de Real y Pontifica, implicó para la Universidad el estar sometida a tensiones que generaban conflicto e impedían el progreso académico de la institución. Fue sin duda esta tensión y el control eclesiástico los que provocaron el estancamiento y el tedio en la vida universitaria en los últimos cien años de este primer periodo histórico; los siglos XVIII y XIX fueron desastrosos para la Universidad; la generación de conocimiento cedió su sitio a la glosa de los textos antiguos que nada aportaba a la sociedad, precisamente cuando ya llegaban a México las ideas de los ilustrados europeos.

Los primeros ideólogos de la independencia egresaron de la Universidad con una visión ambivalente, por un lado como contestatarios de la corriente universitaria general, pero tradicionalistas en el mejor sentido del término, pues quisieron ver siempre a su institución con el espíritu que la había animado desde sus primeros días y fueron revolucionarios por cuanto se propusieron construir una nueva sociedad.

LA UNIVERSIDAD EN PELIGRO

El estado en que llega la Real y Pontificia Universidad de México a los umbrales de la independencia nacional hacían muy poco favorables sus posibilidades de sobrevivencia. Nunca se insistirá lo suficiente en el hecho de que la transformación continua es la esencia del pensamiento y, por lo tanto, de la Universidad. La historia de la universidad mexicana durante el siglo XIX es la historia de constantes fracasos pero siempre con una esperanza constante.

Al advenimiento de la vida independiente, la Universidad sufriría múltiples cambios de denominación; a la Real Universidad de México siguió la Real y Pontificia, posteriormente, la Imperial y Pontificia y después la Nacional y Pontificia y a ésta la Universidad de México. Sin embargo, todos fueron nominales.

Los proyectos que durante la primera mitad del siglo XIX se realizaron en torno a la Universidad de México parecen perfilarse más hacia su destrucción que a su reforma. El proyecto de 1823, realizado por una comisión de 40 notables, convocados por el Ejecutivo, concluyó que cualquier reforma era imposible “dado el estado de civilización de nuestro país”; ante ese intento —que bien podemos calificar de claudicación— el Congreso encargó a Lucas Alamán un proyecto de reforma educativa, pero su solicitud era completamente omisa respecto de la Universidad.

Sin embargo, el golpe final a la primera tradición universitaria de nuestro país ocurrió con las leyes del 19 y 24 de octubre de 1833, por las que Valentín Gómez Farías, vicepresidente en funciones de presidente de la República, secularizaba la educación y anulaba la Universidad. Suprimida así la Universidad por primera vez, se abrió el debate sobre la continuidad histórica de nuestra Casa de Estudios. La ruptura en la continuidad histórica de la educación superior, entendida como conocimiento universitario era sólo aparente. El gobierno que sucedió al de Gómez Farías declaró insubsistentes todos los actos del anterior, dando con ello, *ipso iure*, la recuperación de la personalidad de la Universidad. A pesar de todo, la actividad educativa no se detuvo sino que los centros dispersos, dependientes de la Dirección de Educación, mantuvieron viva la idea de que la Universidad era del todo necesaria para la vida nacional.

La reapertura, esta vez conservadora, de la Universidad, se realizó de manera en que todo volvía al estado en que se encontraba antes del 19 de octubre de 1833. Si a la Universidad colonial la había aniquilado el combate entre la Iglesia y el poder secular, a la Universidad decimonónica la minó la lucha entre las facciones del espectro político nacional, y la imposibilidad de evolución intelectual que significó el dogmatismo eclesiástico.

A partir de ese momento la historia de la Universidad fluyó en una serie de intentos por extinguirla; abandonada a su suerte y sin posibilidad alguna de autorregenerarse, la Universidad fue cerrada una vez más en 1857 y reabierta en 1858. Juárez la disolvería de nuevo y tendría su último momento de vida con el Imperio de Maximiliano en 1863. Finalmente, se extinguió dos años más tarde, después de una larga y extenuante agonía.

RENACIMIENTO Y CONTINUIDAD

Nuestra Universidad —como hoy la conocemos— renace en 1910. Si se pretende trazar una línea de continuidad, es necesario abordarla no en su historia jurídica, administrativa y política, sino en términos de una historia de ideas en México. Al igual que la Real Universidad de México, la Universidad Nacional de México es producto de un pensamiento que precede en el tiempo a su reapertura formal. Se trata de una postura frente a la cultura y a la Nación, que no se modificó pese a los desaciertos y a la falta de fortuna de la Universidad decimonónica. Resulta evidente que, privada del ejercicio del pensamiento original, sin la protección de un Estado que le concediera los beneficios de la libertad y la seguridad, y sin una Nación no sólo en formación, sino ni siquiera libre de un análisis íntimo de sí misma.

La Universidad es tanto una institución como una idea y un concepto vital para una Nación; la universidad aunque extinguida, siguió existiendo en su forma ideal, se refugió en la Escuela Nacional Preparatoria de Gabino Barreda, creada en 1871; se mantuvo en Escuelas Nacionales, como la de Medicina y la de Jurisprudencia; pero sobre todo, se mantuvo en quienes se educaron en dichas instituciones y que transitaron del positivismo a ultranza a la criticidad que la realidad social generaba, que adoptaba la estructura intelectual de la filosofía humanista de Bergson y Boutroux, ese último producto del siglo xix mexicano y el primero del siglo xx que fue el Ateneo de la Juventud, el último rayo que salió de la Escuela Nacional Preparatoria.

Desde su nueva instauración, la Universidad Nacional de México tendría un carácter fundado en la necesidad de la renovación de la identidad nacional; sus elementos fueron la idea de incluir a México en el mundo, es decir, activar el intercambio de las ideas con los principales centros intelectuales de Occidente, convertir a la Casa de Estudios en un centro para el análisis de la realidad mexicana desde un punto de vista humanista y retornar a la posibilidad social del movimiento que el Porfiriato, sustentado en el añejo positivismo de Comte, había terminado de aniquilar.

En 1910 abre sus puertas la Escuela de Altos Estudios, meses antes de la fundación de la nueva Universidad, y que daría muerte definitiva al positivismo clásico y, al retomar los estudios humanísticos, se convirtió en el primer paso para la reconstitución de la Universidad Nacional de México. El 18 de junio de 1910, el *Diario Oficial* publicó el decreto del Ejecutivo que estableció la Universidad Nacional.

Finalmente, luego de una ausencia —o de una presencia velada si se quiere— de 45 años, el 22 de septiembre de 1910, abrió sus puertas la Universidad Nacional de México.

En su discurso inaugural, Justo Sierra definió en lo intelectual el carácter de la Universidad Nacional. Su principal preocupación, sin embargo, sería fijar la relación entre la antigua Universidad de México y la nueva Universidad Nacional de México, una relación que permitiera afirmar un proceso de 360 años, pero patentizar que la nueva Universidad no debía nada al pasado y así conjurar los fantasmas del ayer e impedir que los gérmenes de la destrucción de la anterior institución pasaran a la sangre de la que recién nacía.

No quiso Sierra que el paso de una a otra institución de educación superior ocurriera de manera orgánica, ello significaría traer con la tradición la inmovilidad, pero también supo el maestro que ningún proyecto podría ser exitoso si no se basaba en las auténticas raíces del pensamiento universitario mexicano. La refundación de la Universidad Nacional de México —con todo el peso de un ideal intelectual progresista y humanista— carecía de instrumentos jurídicos adecuados para sustentarlo. Durante el primer tercio del siglo xx, la Universidad Nacional experimentaría más cambios, que los ocurridos en los 400 años anteriores.

CARÁCTER DEFINITIVO. LA AUTONOMÍA

Será hasta el siglo xx en que la injerencia estatal desaparezca, la lucha por un gobierno propio y sin ataduras externas haría que se fraguara la idea de la “autonomía”; la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo la proclama en 1917, inmediatamente, ese mismo año, la de San Luis Potosí; posteriormente el Movimiento de Reforma Universitaria (1918) en la Ciudad de Córdoba, Argentina, hace que este principio se generalice. Esta idea, esencialmente americana, pasará junto a muchos otros valores y principios, de su original ámbito americano al europeo.

No hay valor que la Universidad aprecie tanto como la autonomía, casi podría decirse que la autonomía es la Universidad, que sin ella carecería de identidad y posibilidades de sobrevivir.

Al nacer la Universidad Nacional en 1910, la autonomía universitaria era todavía un concepto incipiente, el propio Sierra no puede adelantarse a su tiempo e imaginar una universidad con autogobierno pleno; sabe, desde luego, que el Estado carece de elementos para enfrentar la intervención en el plano académico y científico, pero no puede deslindar las fronteras con claridad.

La Universidad sólo pudo realizarse como proyecto social con el triunfo de la Revolución. El Constituyente de 1917 incluyó —dentro de la esfera centralizada de la administración pública— una nueva figura denominada Departamento de Estado cuya función sería la prestación de un servicio público independiente de los aspectos de carácter político. Esta figura fue la que se dio al Departamento Universitario y de Bellas Artes que tenía a su cargo la administración de la Universidad.

Para cumplir con los fines universitarios surgieron en Latinoamérica, a partir del movimiento de Córdoba, Argentina, en 1918, diversas demandas de autonomía como un reclamo de libertad que permitiera sacar del atraso a otras naciones mediante la aplicación del saber universitario a los grandes problemas existentes.

La Ley Orgánica del 26 de julio de 1929 definió a la Universidad Nacional de México como una corporación pública con capacidad jurídica; en ella, por primera vez, se reconoció la autonomía, aunque no

en forma plena ya que la Secretaría de Educación Pública contaba con un delegado dentro del Consejo Universitario y el rector era designado de acuerdo con una terna propuesta por el presidente de la República quien podía, incluso, vetar las resoluciones del Consejo. Se concebía la Universidad como una institución del Estado que debía responder a las formalidades de la administración pública.

En 1933, en medio del debate entre la libertad de cátedra —sustentada por Antonio Caso— y la educación socialista planteada por Vicente Lombardo Toledano, se expidió una nueva Ley Orgánica que amplió los rasgos de la autonomía universitaria; sin embargo, mantuvo en silencio el carácter nacional y público de la Universidad.

Ante esta situación, en 1933 se expidió una nueva ley con características marcadamente asambleístas que trajeron como consecuencia una década de inestabilidad universitaria; entre 1933 y 1944 se suceden un número considerable de rectores, muchas veces con dos personajes que reclamaban la legitimidad al mismo tiempo.

Ante esta situación, en 1944 el presidente Manuel Ávila Camacho convoca a un grupo selecto de universitarios encabezados por Alfonso Caso y Eduardo García Máynez para analizar la situación de la Universidad, y les solicita que elaboren un proyecto de ley que se convertirá en iniciativa y que, una vez aprobado por el Congreso Federal, resultaría en la Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma de México (1945). Ley que nos rige hasta estos días.

La autonomía surge para preservar la libertad de cátedra, las líneas de investigación, la organización administrativa y el destino de los recursos sin tener que someterse a factores gubernamentales externos que limiten la capacidad de creación y la libertad de pensamiento.

El esquema administrativo actual de la Universidad —ideado por Eduardo García Máynez— es un inteligentísimo mecanismo de pesos y contrapesos, niveles de gobierno que permiten la organización y el funcionamiento universitario: el rector, la Junta de Gobierno, el Consejo Universitario, el Patronato Universitario a nivel central; y las Facultades, Escuelas e Institutos, los Consejos Técnicos, los Consejos Internos y posteriormente en el periodo del doctor José Sarukhán, los Consejos

Académicos de Área que permiten un mecanismo flexible de participación y libertad en la actividad universitaria.

El 3 de agosto de 1944 se formó el Consejo Constituyente Universitario que propondría, finalmente, la auténtica y total autonomía mediante el Proyecto de Ley por el que la Universidad finalmente adoptaría su conformación actual. La Ley Orgánica —publicada el 6 de enero de 1945— amplió el concepto de autonomía, indicó expresamente el carácter nacional y público de la Universidad y estableció la obligación estatal de otorgar subsidios periódicos. Desde entonces se concibe a la autonomía como la forma más alta de libertad de investigación y de cátedra, presupuesto indispensable de la función universitaria. Esa fecha marca el inicio y la vigencia de la autonomía total de la Universidad. En adelante todo ha sido defenderla, tanto del poder público como de los grupos de presión interesados en someter a la Universidad a férulas ideológicas o coyunturas políticas.

La autonomía surge para defender a la Universidad de la injerencia del Estado. La complejidad de la sociedad actual ha hecho que los peligros contra los centros de educación superior no se circunscriban exclusivamente a la injerencia del poder público sino también de sindicatos, centros de poder financiero y económico, y partidos políticos a través de diferentes medios de presión —muchas veces dádivas financieras para estudios o contratos— con los que se pretende dirigir u orientar la investigación y la enseñanza universitaria.

El sistema ideado en 1944 y vigente desde el año siguiente ha demostrado su eficacia, la sabiduría de quienes lo idearon se ha puesto de manifiesto en las diversas crisis que la Universidad Nacional ha tenido en estos casi 80 años.

Por todo ello debemos luchar por fortalecer, proteger y salvaguardar la autonomía universitaria, que es esencial para la Universidad y que gracias a ella ha sido, es y seguirá siendo la conciencia crítica de la Nación.

En esta rápida revisión de 450 años de nuestra vida universitaria, resalta sin duda un cambio sucesivo de caracteres dentro de una constante histórica; en muchos aspectos los defensores de hoy en día de la Universidad y de su autonomía son los mismos que, en medio del fragor de la

conquista, comprendieron que no era el dominio de la tierra y la destrucción lo que podría forjar una Nación, sino la educación, la cultura y la expansión de sus beneficios a todos los miembros de la sociedad; los mismos que quisieron una universidad en México, los que lucharon para que el conocimiento saliera de los claustros religiosos y los que mantuvieron una lucha permanente para lograr el respeto de la autonomía, los confundidos e idealistas del XIX, que se vieron forzados a reducirse a sus claustros para impedir la muerte de la inteligencia; y que, a veces, también es verdad que han cometido extremos lamentables que han puesto en peligro su existencia, pero igualmente son los que —con Justo Sierra y con el Ateneo de la Juventud— emprendieron la reconstrucción del alma universitaria como única forma de mantener el progreso nacional sobre bases firmes; y siguen siendo los conquistadores de la autonomía, que atrajo de la esfera pública el poder más grande que una sociedad tiene para perpetuarse: la creación y la transmisión del saber.

*Ciudad Universitaria,
Ciudad de México, invierno de 2018*

TOCQUEVILLE HOY: EL LIBERALISMO DE LA DUDA Y LA DEMOCRACIA DEL ABISMO*

Jesús Silva-Herzog Márquez

Tras la elección de Donald Trump, el historiador Timothy Snyder escribió velozmente un panfleto que se volvió un éxito de ventas. Según cuentan los editores, el librito se compraba por docena para regalar a los amigos. Más que eso, ejemplares se dejaban en las bancas de los parques, en el Metro, como regalo a algún compatriota desconocido. El título lo dice casi todo: *Sobre la tiranía. Veinte lecciones que aprender del siglo xx*. No obedezcas antes de tiempo, defiende las instituciones, cuida la palabra, respeta la verdad, cuida tu privacidad, sé tan valiente como puedas. Snyder es un historiador que ha puesto el ojo en los horrores del siglo xx. Un experto en déspotas y catástrofes políticas. Su libro anterior es una historia del holocausto. En 2009 inició una serie de conversaciones sobre el siglo xx con Tony Judt, cuando al historiador inglés comenzaba a postrarlo la enfermedad que le arrebataría la vida. En el posfacio de aquel libro, Judt identificaba las coincidencias que lo unían al joven historiador: ambos sentimos una profunda preocupación por las lecciones, por la memoria y los logros del siglo xx. Él estaba convencido de que uno de los grandes males de nuestro tiempo era que nos hemos apresurado a olvidar el siglo xx con la ingenua confianza de que la nueva centuria será próspera y dichosa si va de la mano de un Estado diminuto y de naciones que se vacían en las aguas de la globalización.

Puede leerse el manifiesto de Snyder, de esa manera, como una continuación de aquellas pláticas en Nueva York con Tony Judt, un

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 14 de marzo de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

homenaje a su memoria. Ir hacia el pasado para abastecerse de herramientas para el presente. Si en su testamento Judt lamentaba que “algo iba mal”, hoy las cosas han empeorado dramáticamente. Snyder reconoce que al escribir este manifiesto antitrumpiano se aventura en la retórica del panfleto. Deja el equipamiento académico para adoptar el lenguaje del activismo. Con la necesaria estridencia del panfleto suena la alarma: la tiranía acecha. No podemos darnos el lujo de vivir como si los horrores del siglo xx no hubieran existido. Lo advierte Snyder desde el epígrafe, citando a Leszek Kolakowski: “En política, ser engañado no es excusa”.

El libro de Snyder, traducido ya al español, marca el tono de la reflexión política de nuestros días. Si hacemos caso a cierta literatura, las democracias liberales están tocadas de muerte. Parece haber un consenso funerario en los trabajos académicos, en los panfletos políticos y en las crónicas de lo reciente. Algo agoniza. Algo ha muerto. Steven Levitsky y Daniel Ziblatt buscan lecciones en la historia para entender cómo mueren las democracias y encontrar advertencias para nuestro tiempo. David Runciman no se deja engañar por los falsos paralelos, subraya las novedades del presente, pero coincide en la gravedad del peligro. Esta no es una crisis más de la democracia. La amenaza que vivimos es inédita y mucho más grave que todas las anteriores. Es revelador que el título de estos dos libros sea casi el mismo. Uno anuncia cómo mueren las democracias y el otro cómo terminan. *Cómo mueren las democracias*, *Cómo termina la democracia*. En ambos se advierte la sombra trágica del final. La misma alarma se activa en la portada del libro reciente de Yascha Mounk: la libertad corre peligro: el pueblo le ha declarado la guerra a la democracia. Para William A. Galston la amenaza es el antipluralismo. Robert Riemen, fundador del instituto Nexus, pide que nombremos lo que tenemos en frente como fascismo. Masha Gessen, en su admirable mosaico de la Rusia contemporánea, advierte la sombra del viejo totalitarismo. Y Nadia Urbinati, en el trabajo intelectualmente más fino de esta legión, observa una democracia deforme hasta la monstruosidad. Una democracia que ha mutado hasta volverse irreconocible.



Judith Shklar, la brillante teórica de la política nacida en Riga, la misma ciudad que vio nacer a Isaiah Berlin, escribió en su ensayo sobre el liberalismo del miedo que el liberalismo había contraído matrimonio con la democracia. Se trataba, sin embargo, de un matrimonio de conveniencia. Un matrimonio sin amor. En efecto, la rivalidad, la desconfianza, la mutua sospecha han marcado la relación. El vínculo de la pareja se funda en la hostilidad de sus impulsos: es una apuesta por la participación, por una parte, y desconfianza en el poder, por la otra. Es voluntad y restricción. Búsqueda de identificación y exigencia de filtros. La crisis política de hoy es la crisis de esa rivalidad. La fantasía de cada cónyuge de poder vivir sin el otro. El fin de un viejo entendimiento de discordias.

Cada uno acusa al otro de abandono. Mientras la democracia acusa a su pareja de haber defendido los derechos al punto de negar cualquier representación, el liberalismo denuncia que la democracia abusa de los derechos y atropella instituciones. A uno lo llamamos populismo, al otro oligarquía.



Valdría regresar hoy a la lectura del libro más hondo sobre la democracia. El libro que entendió la entidad de las tensiones. El ensayo más profundo sobre la sociedad, las instituciones, los hábitos, la cultura y el alma de la democracia. Hablo, por supuesto, del gran libro (o de los dos grandes libros) de Alexis de Tocqueville sobre la democracia en los Estados Unidos.

Como Montaigne, Alexis de Tocqueville emplea las primeras letras de su gran obra para entrar en contacto con su lector. Desde ese momento inicial advertimos que su sociología es de otra naturaleza. No me refiero a la novedad de esa ciencia política que quiere totalmente renovada. Me refiero a la intimidad del acercamiento. A la capacidad del viajero de tocar a su lector. Como Montaigne, Tocqueville se muestra. Una inteligencia vacilante. Puedes estar tranquilo, lector. Éste no es un libro de viajes, éste no es un retrato de los otros: esto es un aviso y te ataña. La democracia que he visto al otro lado del Atlántico avanza entre

nosotros. Pero aquí lo hace al azar, sin preparativos. “La democracia ha estado abandonada a sus instintos salvajes, ha crecido como esos niños privados de cuidados paternos que se crían ellos solos en las calles de nuestras ciudades y que no conocen de la sociedad más que sus vicios y miserias” (127). Una democracia criada en la calle. Hecha en la sociedad, pero negada en las leyes, en las ideas, en los hábitos.

Tocqueville mantiene ese diálogo con el lector a lo largo del libro. Suplica atención, pide paciencia, se disculpa si ha sido aburrido, se retrata a sí mismo, llama a sacar conclusiones propias. El ensayo no puede ser conclusivo: es pista no desenlace. No se trata de hacer leer, sino de hacer pensar, decía su admirado Montesquieu. Él mismo decía en una carta a Corcelle:

Creo que los libros que han logrado hacer que los hombres piensen más y que han tenido mayor influencia sobre sus opiniones y acciones son aquellos en los que el autor no ha intentado decirles dogmáticamente qué es lo que debe ser pensado, sino aquellos que han mostrado al lector los caminos que conducen a las verdades para que las encuentren, como si siguieran un impulso propio.¹

Quisiera abordar de la inagotable fuente tocquevilleana dos aspectos que me parecen particularmente relevantes y pertinentes: el liberalismo de la duda y la democracia del abismo.

Si tuviera que clasificar las miserias humanas —escribió Tocqueville en una anotación de su diario—² las pondría en este orden:

Primero, la enfermedad.

Segundo, la muerte.

Tercero, la duda.

Ese es el sitio que la incertidumbre ocupa en su vida. Una desdicha apenas inferior al dolor físico y a la extinción. Al leer sus cartas, Sheldon

¹ Citado por Eduardo Nolla, “Hidden from View: Tocqueville’s Secrets”.

² Alexis de Tocqueville, *Journey to America*, Yale University Press, New Haven, 1962, p. 155.

Wolin apunta que la duda es una especie de infierno nutricio para Tocqueville.³ Un tormento del que surge lucidez. Wolin identifica tres círculos de tortura. El primero es íntimo: perder la fe es ser flagelado por la confusión, el desconsuelo. Tocqueville se marea contemplando el abismo bajo sus pies y no encuentra barandal. El segundo látigo de la duda es el precipicio social. En ausencia de dogmas comunes, sin un piso de certezas elementales, no hay lazo social que perdure, no hay institución que se afirme. Si la duda se extiende y triunfa, ¿la sociedad se desintegra? Finalmente, la duda radical aniquila la esperanza de conocimiento. La ciencia del hombre está condenada a ser irremediabilmente confusa, imprecisa, incoherente.

La caída puede fecharse. En una carta a Anne-Sophie Swetchine Tocqueville escribió:

Yo no sé si alguna vez le he contado un incidente de mi juventud que dejó en mi vida una profunda huella; como estaba encerrado en una especie de soledad durante los años inmediatos a mi infancia, entregado a una curiosidad insaciable que sólo se mitigaba con los libros de una gran biblioteca, acumulé confusamente en el espíritu toda clase de nociones e ideas que comúnmente corresponden a otra edad. Mi vida había transcurrido hasta entonces en un interior lleno de fe que no había dejado penetrar la menor duda en mi alma. Entonces penetró la duda, o más bien se precipitó con una violencia inusitada, no solamente la duda sobre esto o aquello, sino la duda universal. Experimenté de golpe la sensación de que hablan los que han asistido a un temblor, cuando el suelo se mueve bajo sus pies, los muros alrededor de ellos, los techos sobre sus cabezas, los muebles en sus manos, la naturaleza entera ante sus ojos. Fui presa de la melancolía más negra, y después de un extremo disgusto por la vida sin conocerla, y me sentí abrumado por los problemas y el terror frente al camino que debía yo recorrer en el mundo. Pasiones violentas me sacaron de ese estado de desesperación; me desviaron de la visión de esas ruinas intelectuales para llevarme hacia los objetos reales; pero de vez en cuando esas impresiones

³ Sheldon Wolin, *Tocqueville between Two Worlds. The Making of a Political and Theoretical Life*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 2001. Fundamentalmente, los capítulos iv y v.

de mi primera juventud (tenía yo entonces 16 años) vuelven a apoderarse de mí; entonces vuelvo a ver el mundo intelectual que gira y continúa perdido y confuso en ese movimiento universal que invierte y quebranta todas las verdades sobre las cuales he erigido mis creencias y acciones.⁴

La epifanía de la duda. La duda que invade violentamente la conciencia, que se inserta en el centro del alma y desde ahí se convierte en el filtro de lo visible, en lente de lo pensable. La duda *universal* lo sacude de todo: el piso se abre, las paredes giran, los muebles se tambalean. Revelación de la incertidumbre reinante que nunca más desaparecería de su vida. La vajilla de la verdad, ese precioso patrimonio de las generaciones, rota para siempre. Es imposible dejar de comparar esta íntima confesión tocquevilleana con la conversión filosófica de Rousseau. En una carta curiosamente dirigida al bisabuelo de Tocqueville, Rousseau evocó el rayo de certeza que lo alumbró como filósofo: “inspiración súbita”, la llama. No es la duda lo que lo fulmina sino “mil luces”, “enjambres de ideas vivas”. La verdad lo iluminó. La conmoción que describe en la carta Malesherbes es semejante en intensidad a la que describe Tocqueville, pero la fuente es exactamente la opuesta.⁵ Como

⁴ La carta es del 26 de febrero de 1857 y se encuentra en André Jardin, *Alexis de Tocqueville, 1805-1859*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, p. 55.

⁵ Carta a Malesherbes de 12 de enero de 1762, recogida en Jean-Jacques Rousseau, *Escritos polémicos*, Tecnos, Madrid, 1994. Ahí escribe:

Si alguna vez ha habido algo semejante a una inspiración súbita, fue la conmoción que esta lectura provocó en mí: súbitamente sentí mi espíritu deslumbrado por mil luces, enjambres de ideas vivas se presentaron al mismo tiempo con una fuerza y una confusión que me sumieron en una turbación inexpresable; siento mi cabeza presa de un aturdimiento semejante a la embriaguez. Una violenta palpitación me oprime, me agita el pecho; al no poder respirar andando, me dejo caer bajo uno de los árboles de la avenida, y permanezco media hora sumido en una agitación tal que al levantarme noté toda la parte delantera de mi chaqueta mojada por las lágrimas, sin haber notado que lloraba. Si hubiese podido escribir la cuarta parte de lo que vi y sentí bajo aquél árbol, con qué claridad habría mostrado todas las contradicciones del orden social. [...] Todo lo que pude recordar de aquellas grandes verdades que, durante un cuarto de hora, me iluminaron bajo aquel árbol, fue débilmente esparcido en mis tres escritos principales, a saber, el primer discurso, el de la desigualdad y el tratado sobre la educación obras que son inseparables y forman un todo. [...] He aquí cómo, cuando menos lo esperaba me convertí en autor casi a pesar mío.

Tocqueville, el idólatra de la naturaleza siente un aturdimiento de borrachera que saca a todas las cosas de su sitio y las pone a girar frenéticamente. A diferencia de la duda que taladra a Tocqueville, es la Verdad la que asalta a Rousseau.

Dolorosa como haya sido aquella maldición, Tocqueville se entregó a su observancia. El escepticismo no es deserción del conocimiento, es un modo de conocer. Un conocer que no aspira a la exactitud, un conocer que advierte sus propias limitaciones. Tocqueville quiso comprender el intrincado mecanismo social, reconociendo que implicaba una renuncia a la precisión geométrica. Si es cierto que puede verse en él, como sostiene Jon Elster,⁶ a un auténtico científico de la sociedad empeñado en comprender la densidad de la malla histórica, es cierto también que en este “hombre de letras” no cupo el espíritu geométrico, alimentado de conceptos precisos y comprobaciones rigurosas. El suyo era, en palabras de su admirado Blas Pascal, un espíritu de sutileza. Sabía ver. Para esta forma de comprensión basta la “buena vista”,⁷ dice el teólogo. La vista de Tocqueville fue única porque veía con los ojos y con la intuición, con la memoria y con la imaginación. Observaba inteligentemente: percibiendo esa red que conecta el poder con la literatura, los sueños con las instituciones, los hábitos sociales con el destino de la civilización. El liberal no canceló ninguna ruta para comprender: usó las herramientas del sociólogo sin dejar de hacerse las preguntas de un filósofo; examinó archivos con el detenimiento de un historiador y se aventuró en profecías de novelista. Nunca lo tentó el juicio rotundo y simplificador; la idea hermética. La sutileza del ensayista resistió la trampa de lo binario. El escepticismo de Tocqueville se mece en la vacilación: lucidez del titubeo, perspicacia de la ambigüedad. Cada afirmación bordeada sabiamente con un pero. Cuando Tocqueville pide, en las primeras páginas de *La democracia en América* una ciencia política nueva para un mundo enteramente nuevo, ¿qué busca? Una forma de comprensión capaz de palpar el vaivén social, una inteligencia sensible a lo indefinible, una razón

⁶ Jon Elster, *Alexis de Tocqueville, The First Social Scientist*, Cambridge University Press, 2009.

⁷ Blas Pascal, “Del espíritu geométrico y del arte de persuadir,” en *Pensamientos y otros escritos*, Editorial Porrúa, 1996.

abierta a la razón contraria, un atrevimiento que arriesga la conjetura. Una ciencia política, pues, que no sea ciencia: que sea un arte.



En una carta a Kergolay le cuenta que hay tres hombres con los que comparte todos los días de su vida. “Se trata de Pascal, Montesquieu y Rousseau.” El vínculo con Pascal es, quizá, el más intenso, aunque no sea el más visible. De Montesquieu, Tocqueville aprendió el método: para comprender la política hay que abrazarlo todo. No es debido concentrarse en las cadenas de dominación, hay que examinar el arte y los afectos, los sueños y las rutinas. En la arquitectura, en la manera de recordar, en los juegos y los rituales hay señas del poder. Detrás de toda política hay una forma de sociedad. De Rousseau no solamente adoptó el desafío de lo absoluto, sino también el desafío de la transparencia, como la llamó con tanta lucidez Jean Starobinsky, ese brillante lector de Rousseau y de Montaigne que acaba de morir. Mucho le debe la idea de Tocqueville a Rousseau. Para Tocqueville la libertad no es una simple mecánica. No es una ausencia de restricciones sino la autenticidad del impulso vital. John Stuart Mill, tan cercano en tantas cosas a su contemporáneo, no entendió esta pista francesa.

Tocqueville fue descrito como el Montesquieu de la democracia. El paralelo es justo. También lo sería el afirmar que Tocqueville fue el Pascal de la política.

La democracia en América puede leerse como la obra de un discípulo que aplica la lección de su maestro a un nuevo continente. Si Montesquieu cruzó los siglos y los reinos para descubrir las reglas comunes del poder, su discípulo atravesó un océano para palpar el futuro de la humanidad. El primero analizó el impacto de la tierra que aloja el régimen, los alientos y castigos que generan las instituciones, el tipo de poder que se conforma. Estudió también —y sobre todo— los hábitos, las costumbres, las pasiones democráticas. Pero la sensibilidad de Tocqueville era, en el fondo, religiosa. Lo digo no porque escribiera desde la fe sino porque sus inquietudes trascendían lo estrictamente político. Nuestra morada no es

solamente la que nos coloca frente los otros, sino frente al cosmos. Entretenido, próspero, apático y solitario, el hombre nuevo que descubre en América puede significar una espantosa regresión espiritual. Advertía que una nueva forma de poder se cierne sobre nosotros. No se conforma ya con oprimir nuestro cuerpo, en castigarnos físicamente, en limitar nuestra voz. Busca debilitar nuestro ánimo, reblandecer nuestra voluntad, degradar nuestros gustos, mermar nuestros cariños.

La imagen que emerge del primer volumen de *La democracia en América* es la de un régimen nervioso y efervescente. Una política que finalmente hacer realidad el principio de la soberanía popular a través de una compleja malla de instituciones y prácticas. Una sociedad articulada por organizaciones espontáneas. De la mano de Pascal, Tocqueville se adentra en las razones de la razón y valora también las otras, eso que llama “hábitos del corazón”. Advierte los entretenimientos que distraen y emboban a la nueva sociedad. Los usamos para no pensar en nosotros, dice Pascal. Serán la herramienta preferida del futuro despotismo, agrega Tocqueville.

Razones del corazón, nerviosismo incesante, diversiones que ocultan nuestra miseria. El odioso yo del individualismo. Todo eso está presente en el ensayo de Tocqueville. Lo más importante, sin embargo, aparece en el segundo volumen de *La democracia*: el abismo. Esa es la imagen central de ese libro que no es precisamente una continuación del primer volumen. Publicado cinco años después del primero, es un lienzo más oscuro, más abstracto, más universal. Estados Unidos es apenas una referencia lejana. El futuro es una amenaza más terrible. Una inmensidad amenazante nos reducirá a polvo. El *homo democraticus* es un animal extraviado, un animal que precisa entretenimientos, una bestia dócil.

“El eterno silencio de estos espacios infinitos me aterra.” La frase de Pascal resuena en el sociólogo. En su capítulo sobre la poesía en las naciones democráticas, Tocqueville se mira a sí mismo y ve al hombre. “El hombre sale de la nada, atraviesa el tiempo y va a desaparecer para siempre en el seno de Dios. Sólo por un momento se le ve vagar en el límite de dos abismos en que se pierde” (812).

Tocqueville y su maestro comparten, como ha dicho Alexander Jech, un temperamento abierto a lo sublime y consciente al mismo tiempo a

la contingencia existencial. Para filosofar, dejó dicho Pascal, es necesario saber burlarse de la filosofía. Tocqueville se daba permiso de mentirle a su amigo Freslon, al decirle que nadie era menos filósofo que él. Lo era y en grado supremo. Fue sociólogo, institucionalista, antropólogo, historiador, publicista, político incluso. Pero fue, ante todo, un moralista angustiado por el destino del alma humana. Esa es la ansiedad que se percibe en el segundo volumen.

La conciencia trágica de Pascal es la conciencia política de Tocqueville. Pascal deja escritas sus pesadillas en las entradas de su libreta: *Extravío, inconstancia, soledad, abandono*. “Estamos satisfechos con una sociedad de personas como nosotros, miserables como nosotros, impotentes como nosotros; no nos ayudarán; moriremos solos. Por lo tanto, deberíamos comportarnos como si estuviéramos solos.”

Un claro eco pascaliano tiene la profecía tocquevilleana. ¿Qué despotismo debemos temer? ¿Qué opresión se anuncia desde ahora? No es la misma que la de nuestros antepasados. Es otra cosa, radicalmente distinta.

Quiero imaginar bajo qué rasgos nuevos el despotismo podría darse a conocer en el mundo; veo una multitud innumerable de hombres iguales y semejantes, que giran sin cesar sobre sí mismos para procurare placeres ruines y vulgares con los que llenan su alma.

Retirado cada uno aparte, vive como extraño al destino de todos los demás, y sus hijos y sus amigos particulares forman para él toda la especie humana: se halla al lado de sus conciudadanos, pero no los ve; los toca y no los siente; no existe sino en sí mismo y para él sólo, y si bien le queda una familia, puede decirse que no tiene patria.

Sobre éstos se eleva un poder inmenso y tutelar que se encarga sólo de asegurar sus goces y vigilar su suerte. Absoluto, minucioso, regular, advertido y benigno, se asemeja al poder paterno, si como él tuviese por objeto preparar a los hombres para la edad viril; pero, al contrario, no trata sino de fijarlos irrevocablemente en la infancia y quiere que los ciudadanos gocen, con tal de que no piensen sino en gozar. Trabaja en su felicidad, mas pretende ser el único agente y el único árbitro de ella,

provee a su seguridad y a sus necesidades, facilita sus placeres, conduce sus principales negocios, dirige su industria, arregla sus sucesiones, divide sus herencias y se lamenta de no poder evitarles el trabajo de pensar y la pena de vivir.

De este modo, hace cada día menos útil y más raro el uso del libre albedrío, encierra la acción de la libertad en un espacio más estrecho, y quita poco a poco a cada ciudadano hasta el uso de sí mismo. La igualdad prepara a los hombres para todas estas cosas, los dispone a sufrirlas y aun frecuentemente a mirarlas como un beneficio.

Después de haber tomado así alternativamente entre sus poderosas manos a cada individuo y de haberlo formado a su antojo, el soberano extiende sus brazos sobre la sociedad entera y cubre su superficie de un enjambre de leyes complicadas, minuciosas y uniformes, a través de las cuales los espíritus más raros y las almas más vigorosas no pueden abrirse paso y adelantarse a la muchedumbre: no destruye las voluntades, pero las ablanda, las somete y dirige; obliga raras veces a obrar, pero se opone incesantemente a que se obre; no destruye, pero impide crear; no tiraniza, pero oprime; mortifica, embrutece, extingue, debilita y reduce, en fin a cada nación a un rebaño de animales tímidos e industriosos, cuyo pastor es el gobernante.⁸

La angustia existencial de Pascal adquiere en Tocqueville sede política. El alma humana no se pierde en los espacios infinitos, pero su extravío en este nuevo horizonte del despotismo es profundo, espiritual y, desde luego, trasciende los contornos de lo que comúnmente llamamos política. Iguales y entretenidos, solos y vacíos, abandonados y brutos, mezquinos, débiles, inertes. Escribió Leszek Kolakowski que el mensaje más urgente de Pascal a sus contemporáneos fue que, si rascas la superficie —y no hace falta hacerlo muy profundamente— verás que todo el mundo es infeliz. Esa es la marca del segundo volumen de *La democracia en América*. Una religión para gente que no es feliz. Tocqueville debería leerse así: como el filósofo de la democracia triste.

⁸ *Ibid.*, p. 633.

T: filósofos rodeados de incertidumbres:

A cada paso la luz natural que les alumbra se oscurece y amenaza extinguirse. A pesar de todos sus esfuerzos, no han podido todavía descubrir más que un pequeño número de nociones contradictorias, en medio de las cuales el espíritu humano flota desde hace miles de años sin poder asir firmemente la verdad, ni incluso encontrar nuevos errores.

T: A su amigo Freslon: “Nadie es menos filósofo que yo, aunque tanto os predique.” Pascal (burlarse de la filosofía).

Contra la vanidad de los sistemas.

Eco de la desproporción del hombre:

T: “El hombre sale de la nada, atraviesa el tiempo y va a desaparecer en el seno de Dios, sólo se le ve errar un momento sobre el límite de dos abismos en que se pierde.”

T: a Beaumont en 1857:

Es preciso que me distraiga de todos los pensamientos tristes que yacen en el fondo de mi alma, porque en el último fondo de mi alma se esconde una grande y profunda tristeza, una de esas tristezas sin remedio, pues aunque sea dolorosa no se quiere curarla. Tiene la más noble causa. Es la tristeza que me da la visión de mi tiempo y de mi país.

Carta a Bouchitte, 8 de enero de 1858: “A ese ser singular que llamamos hombre le ha sido dado la suficiente ilustración para contemplar su miseria, pero no la suficiente para superarla”.

Autoanálisis: “Soy nieto del señor de M. (Malesherbes) Nadie ignora que el S. de M. después de haber defendido al pueblo ante el Rey Luis XVI, defendió al Rey Luis XVI ante el pueblo. Es un ejemplo doble que yo nunca he olvidado, ni olvidaré jamás”.

El genio tremendo, lo llama Chateaubriand.

CORRESPONDENCIA RETRATOS DE INFANCIA*

Silvia Molina

*Han llamado a la puerta y voy a abrir,
pero no hay nadie.*

JOAN MARGARIT

LAS CARTAS

Esta semana he estado leyendo cartas: ninguna era para mí. Cartas de mi padre¹ a mi madre: “Vida mía...”; de mi padre a mis hermanos: “Chachita”, “Quito”, “Javé Peyé”. De mi madre a mi padre: “Adorado Héctor”; a sus hermanas: “Querida Francisca...”, “Querida Refugio...”. Cartas de mis hermanos a mi padre, casi ilegibles: “Papá, me porto bien”. “Papá, tráeme una pelota...”, “Papá, ven”.

Si solamente una fuera para mí, mi corazón florecería un instante, como el de una flor de cactus en el desierto.

Ahora todos, todos esos niños y esas tías y esos padres están muertos. Ninguna carta era para mí porque yo no había nacido o era pequeñísima. Ninguna escribí yo y, sin embargo, las leo como si fueran un espejo en el que, a veces, logro reconocirme.

Las cartas me dieron una alegría contradictoria; como cuando oyes el rumor de las olas y no dejas de mirar por la ventana para ver si de verdad está allí el mar que tanto te llama, aunque no puedas bajar a gozarlo.

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 28 de marzo de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

¹ Héctor Pérez Martínez (1906-1948). Periodista, historiador, escritor, gobernador de su estado natal, Campeche (1939-1943), oficial mayor, subsecretario y secretario de Gobernación (1943-1948).

Mi hermana mayor pidió que me las entregaran y llegaron como si fueran misivas de amor, envueltas con un lazo de seda que alguna vez fue rojo. En ellas encontré historias de familia, sin orden, revueltas, y las fui armando como se arma un rompecabezas, atando cabos, recordando como un eco lejano nombres olvidados, caras desconocidas, voces que ceceaban...

“Javé Peyé”, Javier Pérez, mi hermanito de entonces, con sus siete años y su letra de araña, dice de mí en una carta a mi padre:

... La nena está cada día más *ermosa parece* un cielo. Todos la quieren mucho y yo más que todos...

Y me dan ganas de abrazar, niña, a ese otro niño que siempre me protegió, y que cuando ya no pudo más, le dijo a Claudio, ahora mi esposo: “Te la encargo, mano...”. Y Claudio supo que ese “mano” era un pacto, un compromiso, una responsiva, sólo la primera parte de una oración que podría haber terminado en un “... si no te parto toditita tu madre, cabrón”. Porque él, que era de temperamento dulce, noble y tímido, podía sacar su carácter enérgico y pegar un buen gancho a la izquierda.

En esas cartas hay recuerdos no vividos por mí, que recordaré como míos; y nombres olvidados por mí de familiares y amigos de mis padres, que resuenan en mi memoria: Juan Rejano, León Felipe, José Herrera Peterre, Enrique Díez-Canedo, Pepe Lema, Rafael Fraile, Rafita, Jesús y Antonio de Ussía, Rafael Sánchez de Ocaña... Gilberto Bosques, Luis Cardoza y Aragón, Andrés Henestrosa, Fernando Benítez...

Dentro de una carta estaba la foto de una niña rubia llamada Sonsoles, Sonsoles Ussía Arocena, que fue mi amiga de niña. Sonsoles sostiene entre las manos un canario que la ve con curiosidad, como ahora yo la veo a ella. Me pregunto si alguien le habrá guardado unas cartas, si alguien habrá contado para ella historias, confidencias de aquella época, de su niñez mexicana. Y también me pregunto, ahora que no se usan las cartas, si cuando yo falte mis hijas se quedarán sin la memoria de sus muertos.

PRELUDIO

Cada domingo de mi infancia mi madre me llevó al Panteón Español, a visitar la tumba de mi padre. Compraba a la entrada, en los puestos de flores, agapandos azules o gladiolas blancas.

Dice en una carta a una de sus hermanas:

Como siempre, este domingo he ido al panteón y le he comprado a Héctor flores del amor.

No sabía que así les decían, también, a los agapandos. Y he sufrido por aquella joven que quedó viuda con cinco hijos y sin dinero. Aquella muchacha que tanto amó a mi padre.

Cada domingo de mi infancia fui al panteón, como quien va a pasear a un parque. Aprendí a leer en aquellos nombres cincelados en mármol o en cantera:

Fa-mi-lia Sán-chez,
Fa-mi-lia Ro-drí-guez,
Fa-mi-lia Sá-enz...

Me gustaba observar las flores en los floreros, las esculturas de ángeles y de vírgenes en las tubas, los gorriones y las tórtolas picoteando la arena con diligencia, las hormigas haciendo largas hileras con cargas de hojas e insectos hacia los hormigueros.

No me gustaba ver las tumbas abiertas en espera de alguien, porque se me figuraba que ahí iba a caer yo, ni los cortejos fúnebres de gente llorando, vestida de negro, porque me daban miedo; ni a mi madre, a mis tías y a los amigos de mi papá en silencio, pensando sabrá Dios qué. Siempre iban amigos de mi papá, que lo recordaban con cariño, nunca faltaba alguien porque mi madre estaba allí siempre a la misma hora. El español Rafael Sánchez de Ocaña llegaba con nosotros y me decía: “Ya llegamos, Dulcinea”.

Me gustaba correr por los caminitos de grava entre las tumbas, y quería que algunos muertos tuvieran flores de verdad como las que compraba

mi madre, porque las de papel y porcelana lucían viejas y sucias, y se veían tristonas, secas, muertas como los muertos bajo ellas.

Yo pensaba que les debían poner agapandos azules o gladiolas blancas como a mi padre, aunque había más coloridas en los puestos de la entrada.

Mientras mi madre, mis tías y mis hermanos “hablaban con mi padre”, yo jugaba entre las tumbas con mi hermano, el menor de los hombres, Luis Alberto, al laberinto del Minotauro, cuya historia nos había contado mi madre.

Él se peleaba por ser Dédalo, el constructor que marcaba los caminos y sus límites; y yo era siempre el Teseo que debía sobrevivir, buscar la salida y acabar con el Minotauro, cuya sola idea me oprimía el corazón como el silencio gris de las tumbas. ¿Qué tal si de verdad salía por alguna veredita a asustarme?

Así jugueteábamos mientras mi madre añoraba a mi padre, con la cara afligida y los ojos llorosos; y yo me sentía culpable de no sentir pena alguna por la ausencia de un padre que no recordaba, cuyos besos había olvidado por completo.

Sentía tristeza por su dolor, que después de tantos años seguía yendo a visitar a su muerto. Le pedía a Dios un novio gentil y bueno para ella, que no se hacía a la idea de vivir sin su marido, sin un apoyo, sin un sostén.

Un día le dije que no quería ir a aquel parque, que ya me sabía de memoria el laberinto del Minotauro y todos aquellos nombres de los grabados en las tumbas...

Y, esa vez, ella lloró por mí: “¡Qué recuerdos irás a tener de grande, creatura!”.

Y nunca más volvió a llevarme con ella y mis hermanos mayores.

Mi hermano Luis Alberto y yo esperábamos en la casa jugando, hasta que una mañana —en que éramos Dédalo e Ícaro— me caí del pretil de la ventana de la cocina y me rompí un brazo queriendo volar cerca del sol, mientras mi madre y mis hermanos mayores se perdían en su propio laberinto, en el lugar que me robó la infancia.

A partir de entonces a mí me dejaban con mi Nina, la mamá de mi madre, que me daba un trapito, hilos, colores y una aguja, y me enseñaba a bordar; o unas agujas y estambre y me enseñaba a tejer como Ariadna.

NICHO I, 142

Aquel cementerio y aquel muerto se fueron quedando abandonados poco a poco, hasta que una tarde soleada, mi mamá volvió a existir para nosotros; y los hijos fuimos creciendo mirando hacia el futuro. Vivimos, cada uno, nuestras vidas pero los miembros de aquella familia empezaron a caer

uno

por

uno,

como los higos maduros de una higuera. Primero las tías; luego, mi madre; y después,

uno

por

uno,

mis hermanos. El destino quiso que, de todos, sólo quedara yo, que decidí cambiar de lecho a mis padres, porque en aquel campo desolado de mi infancia no había álbos para ella —los árboles de su niñez—, ni brisa del mar para él —el mar de su tierra—. Y no tenían flores amarillas o anaranjadas o rojas ni siquiera blancas o azules —las flores del amor—.

Muertos todos, desperdigados, unos en un lugar y otros en otro, no siendo ya, ¿qué les importaba no tener visitas si estaban dentro de mí? Debían de ser polvo, pues polvo habían sido, y ¿no era cierto que todos le recordaban a mi madre, para que se animara, aquello de: “Deja que los muertos entierren a sus muertos”?

Pero un día conocí la culpa que no sentí de niña ni de joven: sentí pena de que estuvieran abandonados, como aquellos muertos que veía de niña con sus flores de porcelana rotas. ¿No vi a mi madre tantos años rezando por su muerto, muriendo ella misma por él un poco cada vez más?

Decidí reunirlos como si estuvieran en una cena familiar bien avenida, tranquila, sosegada. Cerca los unos de los otros, en el nicho de una iglesia donde escucharían los rezos de la gente, y hablarían entre ellos, como los personajes de Rulfo.

Y comenzó mi penitencia: que si ponerme de acuerdo con los sobrinos que —libres de tradiciones— no supieron de camposantos de infancia; que si las cuotas de mantenimiento, los títulos de propiedad, las actas de defunción, la cremación... Hasta que una noche, los sobrinos y yo los dejamos conversando a solas sin interrumpir aquel murmullo: el rumor de sus voces.

DE LA FAMILIA

Mi mamá

Era guapísima, tanto como una artista de cine estadounidense, como Greta Garbo o Rita Hayworth... Se veía preciosa con los ojos negros, grandes y brillantes, y el cabello largo y sedoso, ondulado por Esperanza, la de avenida Chapultepec, recordada por Monsiváis como la peinadora de las señoras de “sociedad” de entonces. Su cabello volaba de un lado a otro al ritmo del *charleston* que nos enseñaba a bailar en las fiestas de Año Nuevo, cuando se ponía alegre y todos cantábamos acompañados por las guitarras de mis primos mayores y mis hermanos. Mi primo Nito, Juanito, que fue como un padre para mí, que me llevaba a su pueblo durante las vacaciones y los fines de semana, donde había serpientes bajo las piedras, chapulines y renacuajos al por mayor, y de donde salíamos a caballo hacia San Juan Teotihuacán oliendo el campo y escuchando a las aves conversar; y del cual habla mi padre en una carta a mi mamá: “Dile a Nito que ya le compre su guitarra, que yo mismo la probé. Es magnífica, tiene un sonido espectacular. Le va a encantar, ya verás”.

Sí, mi madre bailaba y se ponía las joyas de nuestros nacimientos, que fueron desapareciendo poco a poco, pero fue frágil como el cristal por las fracturas que se le hicieron en el corazón por la muerte de mi padre. Una fecha, un aniversario, una fotografía, una pluma que salía de casualidad de una caja o de pronto las corbatas de moñito colgadas en el revés de la puerta de su clóset, la hacían trizas. Y entonces... entonces era otra:

una mujer callada que no podía juntar sus pedazos, que dormía hasta tarde, que andaba en la luna hasta que volvía a sacar fuerzas de quién sabe dónde, y nos abrazaba y nos daba besos como si nos fuéramos a escapar a no sé a dónde.

Esa mujer sensible era, sin embargo, una tirana para educarnos: una mirada suya bastaba para que los golpes entre hermanos terminaran, para que la discusión llegara a su fin, para que tomaras la sopa o bajaras los codos de la mesa, para que te fueras a tu cuarto castigado.

Si no te comías el menudo o la pancita, los guardaban para la cena; si no los cenabas, te los presentaba en el desayuno... y así, hasta que terminabas comiéndolos y odiándolos para siempre.

Enviudar a los treinta y tres años, con cinco hijos y sin dinero debió haber sido para ella una situación dolorosa e intolerable.

Recién muerto mi padre, mi mamá le escribe a su hermana Francis que trabajaba entonces en el Consulado de México en Nueva York, donde estaba, por cierto, un paisano de mi padre, Juan de la Cabada, de quien mi tía se quejaba y mi papá afirma: “Juan es un buen hombre, un escritor con talento, pero pierde el tiempo y su escritura no llega. No le haga usted caso, Francis, es lo mejor”.

Escribe mi madre:

Querida Francisca: Sigo con el corazón destrozado. No hay manera de que encuentre un poco de consuelo ni resignación. No sé qué va a ser de mí, pues nunca, ni remotamente, sospeché mi tragedia. Y es que cada día que pasa es peor aún: mi corazón se hace pedazos al oír a Luis Alberto, preguntando, largamente, por su papá, y por qué no viene, y por qué se tarda tanto, y por qué no llega, y por qué... Y la Nena, que no habla, siempre está balbuceando: “Papapapapapa”, y entra en mi cuarto a buscarlo, o se asoma a su estudio y abre sus manitas diciendo... “No tá, no ta”. Dime si esto no es para morir. Los grandes tampoco lo asimilan: ése es el panorama aquí.

Y luego, para acabar, mi situación económica: no tengo ni tlaco. Sabes que vivíamos del sueldo de Héctor, y que no ahorrraba por ayudar a los suyos y a sus paisanos que iban a pedirle esto y lo otro... Todo lo sacaba de su bolsillo. Le dije muchas veces, que debía contenerse, pensar en él, en

nosotros, pero creyó que nos haríamos viejos juntos y habría tiempo para reservar una parte de su salario. “Si los oyeras, se te rompería el corazón”, me debatía. Más se me rompe a mí ahora. Del dinero que Rafael [Sánchez de Ocaña] me dio a fuerza, voy a ir tomando mientras veo qué pasará. De alguna manera tengo que salir de esto. Y luego pagarle a Rafael. Vieras cuánto me conmovió. Un cojo ayudando a caminar a otro cojo. Y la pobre de Cuca insistiéndome para que tomara la ayuda, cuando eran sus ahorros. No puedo más.

Ruega a Dios por mí pues, no hay nada en este mundo que me consuele. No me puedo resignar a que se haya llevado a Héctor en mi lugar.

Recibe besos de los niños y todo mi cariño, María.

P. D. Si puedes, mándame un vestidito sencillo. Estaría encantada pues no tengo más que dos.

Releo la carta y pienso en aquella mamá y sus cinco hijitos a los que a cada rato ya no les venían los zapatos, aunque se los acabaran de comprar y les vieran los pies con el aparato de rayos equis en la zapatería El Borceguí. Y no entiendo cómo es posible que aquella mujer joven y guapa que tenía una sonrisa luminosa, la que jugaba básquet con mis hermanos y me contaba cuentos por la noche, la esposa de un secretario de Gobernación, no levantara cabeza ni tuviera en qué caerse muerta. No puedo creerlo. Los hijos de un ministro crecimos, como le hubiera gustado a él: modestamente, pero orgullosos de que la gente dijera: “Conocí a tu padre, un gran hombre”.

Más tarde mi madre nos diría: “La única herencia que les dejó su padre, fue un nombre limpio”.

Y yo, insolente, contesté antes de recibir una bofetada: “¿Te sirvió de algo? ¿Te llenó el estómago su nombre?”.

“Un nombre limpio”, repito, mientras cierro la carta y recuerdo a María Celis quitar la pistola de debajo de la almohada, cuando yo no podía dormir e iba corriendito a su cama. Ella la tomaba con cuidado y la guardaba en el clóset. Cosa que yo aprendería a hacer con el tiempo, como si fuera algo tan sencillo, como servir un vaso de agua o ponerle

pasta a un cepillo de dientes. Algo natural, que Tere, la señora que ayudaba a mi mamá en los quehaceres de la casa no entendía: “Mira, tu madre dejó *esa porquería* bajo la almohada. Quítala de allí y guárdala”.

María Celis se veía fuerte en el día, pero en la noche tenía miedo de estar sola en una casa con cinco niños pequeños que aprendieron a disparar al tiro al blanco con un rifle 22, en Cuernavaca, en una casa que por poco pierde, pues sólo habían dado el enganche cuando mi padre se fue, y que pudo terminar de pagar gracias a que la rentaba.

Mi padre

Tocaba la guitarra y cantaba tangos arrabaleros. Una vez escuché un disco que él había grabado jugando con mis hermanos, en un aparato RCA Víctor. Lo reconocí: tenía yo guardada su voz en algún rincón y me impresionó escucharlo como si estuviera conversando conmigo en la sala. *Las golondrinas* en aquel canto entonado y varonil me dejaron en estado de shock. Desde entonces, no las puedo escuchar ni recordarlo.

Mi padre fue un niño regordete y sabiondo; un adolescente precoz que había leído cuanto pudo, de tal manera que cuando llegó a la ciudad de México a hacer la preparatoria, azorado, su maestro López Velarde le preguntó: “¿De dónde vienes?”, y contestó orondo: “De las bibliotecas de mis tíos”. Y contaba, dicen, que López Velarde lo reviró: “¿De qué escuela?”. “Del Instituto Campechano, maestro”. “Pues deben sentirse orgullosos de su alumno”.

Él mismo tuvo una biblioteca inmensa que estuvo cerrada con llave cuando murió, como lo estaba el clóset donde su ropa persistía: unos trajes, un esmoquin, un frac, unas camisas, unos zapatos y unos sombreros. Yo robaba la llave de la biblioteca y entraba a jugar a la librería. Era mala para leer, pero de alguna manera conocía los libros por sus lomos. Años después “me robé la biblioteca”. Mi madre se mudaba y no tenía dónde ponerla. Llegué justo cuando la mudanza terminaba de subir a la camioneta la última caja. Le di mi dirección en lugar de aquella de la bodega donde iban a guardarla. Merecí el silencio de mi madre por seis meses.

Aprendí muchas cosas sobre mi padre de boca de sus amigos, cuando iban a comer, los domingos con mi mamá, después de que íbamos al panteón. Algunos la acompañaron durante décadas. Ponía atención, escuchaba absorta como si hablaran de un personaje de cuento que había sido mi padre.

Antonio Castro Leal me regalaba una moneda de plata cada vez, si le cantaba “A dónde está mi saxofón, que no lo veo en el rincón. A qué memoria de...”. Y todos se reían de mis ojos pícaros y mi voccita entonada. Yo le regalaba las moneditas a mi mamá, que me las devolvió íntegras en una cajita el día que me casé, como recuerdo de aquellos años.

RAFAEL SÁNCHEZ DE OCAÑA

Usaba sombrero y corbata de moñito, como mi padre, y le gustaba la sopa hirviendo, hirviendo; y yo me sorprendía tanto de que no se quemara, que un día la pedí igual, creyendo que no pasaba nada, pero se me escaldó la lengua y se me salieron las lágrimas.

Después de la comida no perdonaba un habano, un Fundador y una siesta; pero era un gran desvelado, porque leía y escribía con la luna.

Bebía Fundador porque su *bouquet* y su aroma eran como el del “típico coñac español”. Su departamento olía a España.

Llegó a México en 1931, y se casó en 1936 con la tía Refugio, que le ponía en orden los apuntes de su cátedra en la UNAM; y sus artículos de *El Nacional*.

Cuando yo era niña me contaba los cuentos del *Romancero* e hizo que me lo aprendiera casi de memoria:

¿Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había!
Estaba la mar en calma,

la luna estaba crecida,
moro que en tal signo nace
no debe decir mentira.

Para mí era sólo un tío español, agradable, simpático, cariñoso, al que le entendía poco cuando hablaba. Una tarde me fui a despedir de él, me iba a vivir a Francia. Me dijo mi tía Refugio que las despedidas no le gustaban, porque eran de mal agüero.

Estando en París supe que murió una madrugada sobre su escritorio. En una carta de mi tía a mi abuela, me entero de que fue de la Generación de 1914, y antes de Joven España de la que fue secretario; que había estudiado filosofía y hablaba cinco idiomas, que como miembro del Partido Reformista dirigió *El Noroeste* de Gijón, y fue compañero de Ortega y Gasset y de Azaña, y amigo de Unamuno, de Marcelino Domingo y de muchos intelectuales más. Cuenta mi padre que fue alumno de Henri Bergson en el Colegio de Francia.

Ahora sé muchas cosas más, que fue la llave que abrió Gobernación a sus coterráneos y le regaló a mi padre el mundo amplio del exilio, que estuvo al lado de Indalecio Prieto y que trabajó en el gabinete de la Prensa Española en México.

Lo recuerdo en su pequeño estudio atiborrado de libros, nublado por el humo de su puro, de chaleco, golpeando las teclas de su Remington o sentado en su sillón de piel roja, pidiéndome “el de don Roldán”.

Un día le recité a mi mamá no sé cuántos romances y se quedó sorprendida y dijo que yo iba a ser lectora de grande a pesar de mi incapacidad para entender lo que leía.

El tío Rafael se ganó cuatro veces la lotería y repartió el dinero entre sus amigos del periódico y la cantina. La tía Refugio le reñía, pero él opinaba que, por eso, precisamente, por desprendido, se la sacaba.

La abuela, es decir, la madre de mi mamá, vivía contra esquina de los Sánchez Ocaña. Cuando murió el tío, como era diminuto su departamento de renta congelada, lo cruzaron en una silla como si nada. Dicen que le amarraron el dorso al respaldo y le pusieron una bufanda azul y su sombrero con el ala frontal un poco caída, y allá lo velaron.

Cuando regresé de Francia, mi tía Refugio me regaló *El romancero*: había una línea del tío: “Para que me recuerdes”.

DEL EXILIO

La República española en un pañuelo

Esta tarde, leyendo las cartas, descubrí quién fue en realidad aquella viejita catalana que me cuidaba de niña, en su *rez-de-chaussée* de la avenida Kléber, en París, cuando los grandes no tenían con quién dejarme aunque en la noche no hubiera señal de peligro ni los espejos estuvieran empañados. Doña Filo, la de la letra de hormiguita, la que contaba historias de España y hablaba de su esposo muerto cuya sombra reducía la luz de su pisito; y de su hijo ausente cuya sonrisa iluminaba, entonces, otro rostro.

Doña Filo tenía un carácter firme y un abrazo dulce, y de su boca caían las palabras como gajos de mandarina jugosa.

En mi recuerdo busco su último beso, aquella figura encorvada descansando en el sillón con la vista clavada en *Le Soir*, las manos huesudas y la mirada inteligente. Y la veo llamando al pasado para acompañar su soledad.

En las cartas descubro que doña Filo, fue la segunda esposa de Marcelino Domingo, el ministro de Instrucción Pública del Gobierno Provisional de la II República, el de la cartera de Agricultura del Primer Gobierno Republicano.

Cuando Domingo vino a México, en los años treinta, conoció a mi padre y se hicieron amigos.

Mi papá dice a mi madre en otra carta: “... me ha deslumbrado su integridad. Le he mandado a Filo un recuerdo de tu parte”.

A esa viejita que amé en su tiempo como a una abuela, le dejó la República apenas lo suficiente para comprar *Deux tranches de jambon et du pain*, que compartía conmigo.

Doña Filo no tenía dinero ni refrigerador ni nostalgia por el mundo ni luz en la oscuridad de su vida.

Una tarde que lloré, me regaló un pañuelo blanco con sus iniciales, que colgó con un imperdible a mi vestido “para que no lo pierdas”, como si yo hubiera sido su hijo ausente, y me estuviera encaminando a la escuela. Todavía lo llevo prendido en el recuerdo.

José Luis de la Loma

Cuenta la tía Refugio a mi madre, en una de sus cartas, que su esposo, el español Rafael Sánchez de Ocaña, catedrático de la UNAM y periodista de *El Nacional*, comió con Pepe de la Loma en el Salón España; que le mandaba saludos a mi padre.

Mi padre, siempre mi padre. Me he sentado mil veces en el pórtico de la casa a esperarlo para decirle que todos han muerto como él; pero no llega. Sé que nadie regresará, y que estas cartas son un espejo roto.

De pronto me llega un aroma a percebes, sardinas y “tortilla de patata”, que el tío Rafael llevaba a casa de las cantinas en cazuelitas de barro, con las que yo jugaba a la comidita por las tardes en el alféizar de la ventana del cuarto de mi abuela, mientras veía hacia el parque —donde se columpiaban unas niñas—, pensando en la mujer que alguna vez sería.

Aquella niña que un día fui me acaricia con lástima la espalda antes de irse para siempre, dejándome sola con estos escritos ajenos.

Al volver a la lectura, recuerdo la mirada chispeante de don José Luis, un hombre bajo y calvo, de cabello cano y “gafas” redonditas, que hacía estadísticas y era maestro de Chapingo.

Su esposa se llamaba Pilar y venían a casa, los fines de semana, trayendo a España en el bolsillo.

Don José Luis fue hijo de María Luisa de Oteiza. Lo sé, porque Pilar lo contaba: “Mi suegra María Luisa...”. “Este hombre es un Oteiza de cabo a rabo”. Pero saberlo, no me sirve de nada, sólo me confunde más, porque a la casa llegaban con frecuencia otros Oteiza: José Andrés de Oteiza y de la Loma y Mercedes, su esposa; los padres de Mercedes Oteiza, que estuvo casada con Juan García Ponce. También venían, Juan y Monina, los padres de Juan.

Leyendo las cartas tengo la impresión de que todos estaban emparentados. Cuando la Guerra Civil, José Luis y Pilar cayeron en un campo de concentración en Francia, y después, en Nueva York, en la isla Ellis.

Recuerdo que cuando ambos contaban su historia yo no comprendía mucho: pero sentía el aletear de sus palabras como pájaros azules que volaban hacia el sol.

Don Francisco Giner de los Ríos pagó la fianza y salieron rumbo a México en pleno otoño, donde de inmediato él empezó a trabajar en lo suyo: la agronomía y las estadísticas, la solidaridad y la entrega.

Siempre hablaba a su gran maestro: don Francisco, quien le regaló su pasión por las artes, las letras, los toros, las ideas de libertad y de justicia social.

Don José Luis, acostumbrado al sol y a la tierra, y al polvo de los caminos, anduvo por mares y colinas hasta su último viaje que fue a México. Aquí enterró el eco de la guerra, para enseñarnos a nombrar las simientes, y a conocer los árboles.

LOS POETAS

Una de mis tías, Refugio, cuenta en una carta a mi madre que antes de ser poeta, León Felipe fue farmacéutico; y que recetaba polvos para la indigestión o cualquier cosa, como quien escribía un poema, siempre con gran sentido del humor: “Los toma con la luna de plata, pero si el dolor sube hasta el cielo y las lágrimas bajan hasta el mar, háblale de inmediato al médico”. Lo sabía por su esposo Sánchez de Ocaña.

León Felipe y mi padre fueron amigos, como amigos fueron mi padre y Juan Rejano.

Un día León Felipe me contó un cuento sobre un rey al que le cayó un cabello rubio en la barba blanca, y tomándolo entre los dedos dijo: “Me casaré con la mujer de cuyas trenzas se ha desprendido esta hebra de oro”. Y yo me eché a llorar porque mis trenzas eran negras, y no me casaría con aquel rey. León Felipe tuvo que comenzar el cuento cambiando los personajes hasta que vi dos golondrinas volando a depositar

un cabello azabache en la barba cana del rey, quien vendría por mí en su caballo alado.

La otra tía, Francisca, que lo sabía todo, escribe que antes de su exilio en México, Juan Rejano fue cómico de una compañía de teatro, administrador de hospitales, bibliotecario y maestro. Mi padre lo conoció en 1939, trabajaban para el mismo periódico, iban a las mismas tertulias y a los mismos cafés, y estuvo con él en la tierra prometida, en el paraíso, gozando del mar, de la gente, la selva y nuestras ruinas.

Cuando mi padre murió, Rejano publicó una elegía: "... Todo lo mexicano que ya es mío, lo amé por ti, por ti latió esta tierra para que mi dolor no se perdiese en la oscura osamenta del planeta..."

Cuando murió Juan, una parte de mi niñez se fue con él. La última vez que le di la mano a León Felipe dijo: "Éste era un rey que fue mi hermano..."

Mi padre, siempre mi padre. Sigo sentada en el pórtico de la casa, pero no llega. Quería contarle que murieron sus hermanos de pluma y aventuras y que dejaron unas palabras escritas para él.

PÉSAME

"Muy respetada señora nuestra...". Así empieza la carta que tengo entre las manos temblorosas por la emoción. "Permítanos que, en medio de su profundo y justificado dolor, hagamos llegar a usted, en nombre de los intelectuales republicanos españoles residentes en México, el testimonio de nuestro sentimiento más sincero por la pérdida que ha sufrido, y con usted, toda la nación mexicana y la cultura de este gran país".

Veo en el papel membretado "Unión de Intelectuales Españoles en México", y leo en la lista del lado izquierdo nombres familiares. Sigo leyendo y me doy cuenta de que la carta es un poema de amor: "Nosotros, los intelectuales españoles, hemos perdido en su esposo, no sólo al más ilustre de nuestros Presidentes de Honor, sino al gran amigo, y al infatigable protector, siempre desvelado por nuestros intereses."

He salido al pórtico a llamar a mi padre. Le digo que por favor venga a escuchar esto, y veo una luz al final de camino. “Y si la solidaridad de miles, de millones de seres puede servirle de lenitivo en una desgracia tan grande, segura puede estar de ella, así como de la perennidad de la memoria y de la obra de nuestro querido gran muerto”.

Pienso en mi madre: el golpe seco que debió darle aquella prematura muerte; y me pregunto, ¿cuántas lágrimas le habrá arrancado esa carta?

DOS CARTAS DE LA CORRESPONDENCIA (1914-1944) ENTRE ALFONSO REYES Y PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA*

Adolfo Castañón

AR INSISTE EN NOTICIAS SOBRE ALARCÓN. INFORMA QUE ESCRIBE UN LIBRO SOBRE “LA FABRICACIÓN DEL AZÚCAR” POR EL QUE DIEGO REDO LE PAGA CIERTA CANTIDAD (200 PTAS.), MIENTRAS QUE RODOLFO “AYUDA CON 150” Y REDUCIENDO GASTOS, NO “ME MUERO DE HAMBRE”. LA BIBLIOTECA NACIONAL Y EL ATENEO: DESFILE DE CELEBRIDADES Y GENTE CONOCIDA: ACEVEDO, ICAZA, ORTEGA Y GASSET, FEDERICO DE ONÍS, AMÉRICO CASTRO, NAVARRO TOMÁS. CONFERENCIA DE UNAMUNO. AMBIGÜEDAD DE ZÁRRAGA. CONSEJOS DE ICAZA. “COMO MÉXICO VA A DESAPARECER HAY QUE APRESURARSE A DARLE SENTIDO IDEAL”. CAMBIO A UNA BUENA CASA CON MEJORES CONDICIONES. “SOY UN ARCHIVO AMBULANTE DE PAPELETAS ERUDITAS, ESCONDIDAS EN UN ABRIGO PRESTADO DEL DUEÑO DE LA CASA”. INICIA TRATO CON PÍO BAROJA.

128 *De Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña*

Madrid 27 nov. 1914.

(o más bien 28 a las 3 a.m.)

Pedro:

Al fin recibí carta tuya, pero por desgracia eludes aún los plenos informes que te pido sobre Alarcón. Me hablas de problemas de publicación

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 11 de abril de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

La obra referida en el título de esta lectura consta de dos tomos que se encuentran en proceso editorial, el t. I (1907-1914) fue publicado por José Luis Martínez en 1984 por el Fondo de Cultura Económica.

de artículos en La Habana. En cuanto tenga tiempo te enviaré algo. Por lo pronto, imposible. De 10 a.m. a 1 p.m. trabajo todas las mañanas con Diego Redo,¹ a quien ayudo a escribir un libro sobre la fabricación del azúcar, por lo que me paga, al mes, 200 ptas. Rodolfo, desde San Sebastián, me ayuda con 150. Yo he reducido mis gastos a 250 ptas., así es que vivo bien. Sólo me falta para mi casa de París. En virtud de los contratos parisienses, no puedo dejarla antes del entrante abril, y tengo aún que pagar, por lo menos 1200 frs. A eso añade el transporte de muebles, libros y su empaque, etcétera. En fin, no me muero de hambre, ni padezco, que es lo esencial.

Por la tarde trabajo en la Biblioteca Nacional, *sección de Raros* (lugar sagrado, único en que puede trabajarse, y adonde no todos llegan). Acabo a las 6 p.m., y a esa hora voy al Ateneo, centro de todas las relaciones. Allí suele esperarme Acevedo, e invariablemente me espera Icaza. Encuentro a Díez-Canedo, a Ortega y Gasset (con quien ya hablo largamente) (¿te dije que me pregunta por ti y desea leerte? *Todo el mundo* me pregunta aquí por ti: tienes una sólida y envidiable reputación) a cien mil más. Cada tarde me acerco a una nueva gente o saco algún provecho. Ya me relacioné con Federico de Onís (el hombre de mañana, el Marcelino futuro), con el filólogo (de bello tipo) Américo Castro, con Navarro Tomás...²

¹ Diego Redo de la Vega (1869-1963) se llamaba el político porfirista que fue secretario particular de Porfirio Díaz en Francia e hijo de Joaquín Redo. Fundó un ingenio azucarero en España y luego regresó a México como empresario. Fue uno de los fundadores de la Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A. (UNPASA). A este respecto AR abundará: “Poco después, el buen amigo Diego Redo, otro mexicano de la emigración, rica familia de hacendados y dueños de ingenios, inventó, para ayudarme, yo creo, que íbamos a escribir una obra sobre el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar, y trabajé en ello varios meses. ‘—Pues verá usted —me dijo sonriendo Enrique Díez-Canedo—. Yo me hallé una vez en trance de escribir algo sobre el cacao. Tal vez entre ambos podremos elaborar mañana un estupendo chocolate’” (AR, OC. *Historia documental de mis libros*, t. XXIV, p. 172).

² Tomás Navarro Tomás (1884-1979). Filólogo, bibliotecario y lingüista español, discípulo de Ramón Menéndez Pidal y amigo de José Moreno Villa. En 1962 se publicó su *Atlas lingüístico de la península ibérica*. PHU habla sobre el encuentro de AR con ambos filólogos: “De aquellas excursiones pudo pasar, en 1913, a desempeñar la primera cátedra de Filología española que existió en México [...] pudo pasar en Madrid a ser uno de los obreros de taller en el Centro de Estudios Históricos y la *Revista de Filología Española*, bajo la mano sabia, firme y bondadosa de Menéndez Pidal, junto al cordial estímulo y la ejemplar disciplina de Américo Castro y Navarro Tomás” (PHU, *La utopía de América*, p. 387).

Hoy estuve en el Centro de Estudios Históricos,³ y en la propia mesa en que trabaja el ausente Menéndez Pidal estuve discutiendo y fijando con Onís las bases de la ortografía que adoptaré al transcribir la edición original de Alarcón. (Sí cuento con el Barry: aquí lo tengo ya.)⁴ En lo de

³ Por gestiones de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas se creó El Centro de Estudios Históricos de Madrid que inicia su labor en 1910 bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, quien la mantendrá hasta 1919. El centro desapareció en 1939. En 1916 se inaugurará la Sección de Filología que, sin duda, fue la sección con el mayor número de colaboradores y también la de mayor importancia. Menéndez Pidal reunió a numerosos alumnos y discípulos que conformaron una verdadera escuela filológica. Entre los trabajos que se realizaron ahí destaca una colección de documentos lingüísticos de los siglos XI al XIV, realizada a partir de 1915; también se elaboró un glosario de dichos documentos dirigido por Américo Castro; se armó un laboratorio de fonética experimental en el que Tomás Navarro Tomás llevó a cabo varias investigaciones. En ese mismo año se crearon unos breves cursos trimestrales sobre Lengua y literatura española para extranjeros que fueron impartidos por Antonio García Solalinde, Alfonso Reyes, Tomás Navarro Tomás y Federico de Onís. De todas las iniciativas, la más destacada fue la creación de la *Revista de Filología Española*, que comenzó a publicarse trimestralmente en 1914, pasó, al cerrarse en Buenos Aires, a ser la *Revista de Filología Hispánica*, bajo la dirección de Amado Alonso de 1939 a 1946 y se continuó a partir de 1947 con la *Nueva Revista de Filología Hispánica* auspiciada por El Colegio de México bajo la dirección de Raimundo Lida.

Los objetivos que se le atribuyeron al Centro de Estudios Históricos, plasmados en el decreto fundacional del 18 de marzo de 1910, fueron: 1) Investigar las fuentes, preparando la publicación de ediciones críticas de documentos inéditos o defectuosamente publicados (como crónicas, obras literarias, cartularios, fueros, etc.), glosarios, monografías, obras filosóficas, históricas, literarias, filológicas, artísticas o arqueológicas. 2) Organizar misiones científicas, excavaciones y exploraciones para el estudio de monumentos, documentos, dialectos, folclore, instituciones sociales y, en general, cuanto pudiese ser fuente de conocimiento histórico. 3) Iniciar en los métodos de investigación a un corto número de alumnos, haciendo que éstos tomaran parte, cuando fuese posible, en las tareas enumeradas, para lo que se organizarían trabajos especiales de laboratorio. 4) Comunicarse con los pensionados que, en el extranjero o dentro de España, hicieran estudios históricos, para prestarles ayuda y recoger al mismo tiempo sus iniciativas, y preparar la labor de quienes desearan proseguir sus investigaciones a su retorno. 5) Formar una biblioteca para los estudios históricos y establecer relaciones y cambio con análogos centros científicos extranjeros.

⁴ Edouard Barry, editor francés, fue el tercero de los difusores de Juan Ruiz de Alarcón, su interés en *La verdad sospechosa* se centra en que ésta fue una comedia que entusiasmó al público francés de la época de Racine y Corneille. Probablemente AR se refiera a la edición anotada de Barry de 1897 (*Juan Ruiz de Alarcón: La verdad sospechosa*). En el "Prefacio", Barry expresa su intención editorial: "ofrecer a los [...] hispanistas un trabajo si no definitivo, cuando menos, completo, que resuma lo que hasta ahora se ha escrito sobre *La verdad sospechosa* y sobre Ruiz de Alarcón, quien fuera el maestro de Corneille en la comedia, tal como Guillén de Castro lo había sido al iniciarlo en la tragedia" (p. 5). (Cf. Margarita Peña, "La corriente de la crítica francesa sobre el teatro de Juan Ruiz de Alarcón: siglo XIX", 1995.)

adelante trabajaré también en dicho centro. Cuento ya con la oferta de publicar en la *Revista de Filología Española*;⁵ pero temo el disgusto de F. D. que tan bien se porta conmigo: me ha escrito una carta amable, franca, abriéndome la intimidad de sus politiquillas con la gente de España y explicándome por qué me presenta con Fulano y no con Mengano, y ofreciéndome 5 ptas. por página en la *Revue Hispanique*. Ahora resulta reñido con Bonilla ¡su único amigo! Ambos formaban la pareja de *intra-tables*, según fama de la Villa y Corte. Rodríguez Marín me da facilidades y me regala trabajos suyos. He descubierto cosas manuscritas mexicanas de que te hablaré en otra carta. Mi biografía de Alarcón tendrá valor por ser resumen de mil datos dispersos. Aún no cuento con el *testamento* que publicó Jacinto Octavio Picón en *Los lunes del Imparcial*. Escríbele pidiendo el dato: contestóme con evasivas, y anunciándome que ya un *escritor viejo* preparaba un libro sobre Alarcón (sin duda él mismo) como para indicarme que no me tomara yo el trabajo ¡idiota!

Ayer o antier conferencia de Unamuno⁶ en el Ateneo que adjunta te envió. Oíla, pero no lo ví, por la aglomeración. Hoy vuelvo de un concierto de Carlos Lozano allí mismo. Unamuno estuvo muy bien de voz, gran ovación. No comento, pues leeráslo. Lozano es espía de Juan Sánchez Azcona. Zárraga nos detesta por todas las causas a la vez y explica que fue a tu banquete, como quien dice, por protegerte. Yo defino lo que hay de falso en él: tiene una ética y una estética de cristianismo científico: cree que hay que respirar hondo diez veces por la mañana y

⁵ La revista, editada por el Centro de Estudios Históricos, fue fundada en 1914 por Ramón Menéndez Pidal; publicó fragmentos de obras que en esa entonces escribían algunos de sus discípulos como Tomás Navarro Tomás, Rodolfo Lenz, Wilhelm Meyer-Lübke, él mismo, entre otros. La revista se siguió publicando durante la Guerra Civil al cuidado de Rafael Lapesa hasta el tomo 24, correspondiente al año 1937. Durante aquellos días heroicos de su primera estancia en Madrid y a partir del otoño de 1914, AR colaborará con trabajos de filología, crítica literaria y erudición, muchas de estas reseñas están recogidas en *Capítulos de literatura española*, *Cuestiones gongorinas*, y en *Entre libros en sus Obras Completas (OC)*, éstos versan sobre autores como Cervantes, Ruiz de Alarcón, Góngora, etc. Por su parte, PHU colaboró en la revista de manera habitual de 1919 a 1933.

⁶ AR publicó en *Letras de México* en 1945 un ensayo corto que tituló “Recuerdos de Unamuno” y lo escribe a propósito de que Luis A. Santullano “[lo] ha puesto en vena de recuerdo”. (*OC, Grata compañía*, t. XII, p. 150.)

otras tantas por la noche... No vale la pena hablar de ese loco, hijo al fin de médico mexicano; ni te preocupes porque nos detesta estimándonos y nunca nos hará mal. Viene de Toledo seis o siete veces por semana, cuando se cansa de su pose solitaria, y generalmente ni nos lo avisa: es muy cómodo. Yo estoy tan atareado en conquistar el mundo y tan distraído con el opio de mi edición erudita que no me paro ya en la buena o mala voluntad de la gente. Acevedo me resulta endeble como paja, y Diego Rivera y yo le levantamos el ánimo: habla siempre de que no puede vivir sin México, y es una fortuna lo que me trae tu carta de esta noche, sobre el consejo que le envía Julio de no volver, pues quizá le quite algunas tentaciones. En el fondo lo que hay es la irresolución del problema económico. Todos vivimos así hoy por hoy. Me interesan tus noticias sobre nuestros amigos. Acevedo adivinó que Caso volvería al grupo Quijano.⁷ Yo pienso cada vez más en absurdizar y libertar mi vida, e ir a morir en una isla griega. ¿Por qué no me has de perdonar que te diga, ya que tantas virtudes nuevas me hacen acreedor a tu perdón, que sólo me falta tu compañía? ¿Por qué no soñar que nos juntaremos otra vez, en alguna parte, quizá en este muelle y accesible Madrid? Icaza te anuncia carta suya y envío de libros. Opina que debo publicar (opinión anterior a tu carta) *El semejante a sí mismo* por el comentario mexicano. Pero el comentario de los desagües me es repugnante, la verdad... Yo veré. ¡Ah! te anuncio que mi edición será sólo un paso para abrirme camino hacia Alarcón, y quizá haré obra de investigación. Además, una *salvación* (como dice mi amigo Gasset) escribiendo, por ejemplo, *Juan Ruiz de Alarcón o de la Finura Mexicana*. Como México va a desaparecer, hay que apresurarse a darle sentido ideal. Hoy dice aquí la prensa, con

⁷ Se conocía así a un grupo de escritores que asiduamente se reunían en casa del abogado, catedrático, lingüista y académico Alejandro Quijano (Mazatlán, 1883-Ciudad de México, 1957), según alude Acevedo. Quijano fue profesor de preparatoria y de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional; también fue director de los diarios *Novedades* y *The News*; presidió durante más de treinta años la Asociación Mexicana de la Cruz Roja; e ingresó en la Academia Mexicana de la Lengua el 27 de octubre de 1920 y fue su director de 1939 a 1957. Algunos miembros de la Academia Mexicana y algunos aspirantes a académicos se unieron a dicho grupo, finalmente Quijano fue electo presidente de la Academia y desde entonces las reuniones fueron en su casa. Quijano era un intelectual muy activo que avivó la Academia durante su gestión.

elegante laconismo, que al fin ha puesto orden en México el general Don Emiliano Zapata.⁸ ¿Qué pensar? Ortega y Gasset es joven (edad de Acevedo, equívoca) calvo prematuro, bigote recortado y sin barba: no muy gachupín. Entre los nuevos no hay *gachupines*. Y son tan suaves, tan fáciles para un artero mexicano, que triunfa uno desde la primera entrevista. A ti y a mí se nos toma muy en serio por esta tierra. Dile a Castro (sin nombrarme por mi nombre, pues lo perjudicarías) que a toda la gente seria le he ofrecido el auxilio de los *nosotros* de México: rama castrí-perrita. (¿Conque Vázquez fue fracaso? Lástima del elegante asunto: orígenes del Teatro Español en México.) Yo quisiera que le tomaran la delantera a Rangel y descubrieran muchos datos sobre Alarcón, que yo aprovecharía, sin robarles su gloria naturalmente. Que trabajen en él, en alemán, en Gutierre de Cetina, en la Monja Alférez, en... en... en...

Me alegro de saber la fidelidad de Luis G. Urbina, nuestro querido zorro viejo. Siento que se me quedan mil cosas, me esfuerzo y las mil quisieran salir a un tiempo. ¿Por qué no te envían de diplomático a España? ¡Cuánto provecho para todo el universo!

Ventura García Calderón⁹ vuelve a Francia dentro de quince días, después de haberse relacionado con la más vil gentuza literaria: lo que, naturalmente, abre las puertas de la prensa. La prensa tan desacreditada que no me atrevo a publicar los buenos versos de Mariano Brull. Ojalá la salida de Ventura no cause confusión en las cartas tuyas para mí. Supongo que ya para la fecha oportuna (que es más o menos hoy) habrás recibido mis nuevas señas, por hoy definitivas.

⁸ El 14 de agosto Venustiano Carranza asume el poder provisionalmente, Zapata le declara la guerra por el rechazo al Plan de la Reforma Agraria y el 25 de noviembre proclama la lucha armada como único medio para reivindicar la repartición de la tierra (como lo expone en el Plan de Ayala). Zapata combate a Huerta y, más adelante, desconoce a Carranza. El 26 de noviembre de 1914, Emiliano Zapata y Francisco Villa hacen su entrada en la ciudad de México, después de la gran Convención de Aguascalientes.

⁹ Como su hermano mayor Francisco, Ventura García Calderón (1885-1959) fue un escritor peruano que pasó en Europa, y especialmente en París, la mayor parte de su vida, en cargos diplomáticos y escribió en las revistas francesas e hispanoamericanas de la época. Dirigió en 1938 la excelente *Biblioteca de la Cultura Peruana*, en 12 tomos (Desclée de Brouwer, París), "De la literatura inca a Chocano", por encargo del gobierno de su país. De su extensa obra —poesía, crónicas, antologías y obras escritas en francés— sobresalen sus cuentos de ambiente peruano en los que inició el tratamiento de los temas indígenas: "La llama blanca", "La venganza del cóndor" [*JLM*, p. 237].

Los dioses me llevan de la mano: vivo en casa de familia francesa decente, cuyo varón está en la guerra. Madre y tres niños lindos. Noble apellido Carcassonne. De 600 pts. al mes, precio original, aceptaron rebajarme 250 ptas (¡!) porque mi mujer resulta una gran compañera para la señora. El enojo (relativo y próximo a partir no sé adonde) son los otros huéspedes: Rubio Navarrete y hermano, y Celso Acosta (un “pelado” que enamora a las criadas: resérvalo pues le debo favores en el affaire González Blanco). No reparé en eso al entrar porque creí que era por 15 días y mientras Rodolfo venía de Guipúzcoa. Ahora resulta que allá se instala. ¿Te dije que compré, en grande y maravillosa ocasión, muebles en 500 ptas. a Jiménez Prieto, tío de Enrique Jiménez?¹⁰ Los adquirí en vista de la posible casa; pero tan baratos (recámara completa: cama, mesa de noche, lavabo, tocador, ropero de luna; comedor: aparador, mesa, seis sillas; sala con sofá, 4 sillas, dos sillones y mesa centro; mesita; dos percheros; dos camas más con ropa ! ! !) que he preferido dejarlos en el guardamuebles. Soy un archivo ambulante de papeletas eruditas, escondidas en un abrigo prestado del dueño de la casa (¡cosas que sólo pasan en Madrid!), porque el mío se quedó en París. Bebo vino tinto en las comidas.

Apenas hay vislumbres mensuales de jaqueca. Los días se pasan veloces. Buen sol, frío tónico. Múltiple trato, espectáculo fácil, con su poco de teatro (Benavente¹¹ etcétera) ¡Ah! Pío Baroja¹² y yo hemos entablado trato

¹⁰ Guillermo Jiménez Prieto fue un torero mexicano originario de Orizaba, conocido como “León Prieto”. Hacia 1899 perdió una pierna, a causa de una riña en la que recibió un balazo, luego del accidente radicará en España donde vive de la herencia familiar. Fue tío del escritor y diplomático veracruzano Enrique Jiménez Domínguez (1891-1952), quien ocuparía cargos diversos en el servicio exterior y fungiría también como catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

¹¹ El dramaturgo y director, guionista y productor de cine español, Jacinto Benavente y Martínez (1866-1954) fue además crítico de teatro en *El Imparcial* y sus artículos están recogidos en *De sobremesa* (1910), *El teatro del pueblo. Acotaciones* (1914) y *Crónicas y diálogos* (1916). Abordó la tragedia, la comedia, el drama y el sainete con ambientes tanto rurales como urbanos, y atmósferas plebeyas y aristócratas. Se puede decir que con *El nido ajeno* (1894) abrió una nueva época en la dramaturgia española que continuará con *La noche del sábado* (1903), *La fuerza bruta* (1908). Al morir, a los 98 años, contaba con 172 obras escritas, entre las que se contaban poesía, cuento, periodismo y otras modalidades literarias. Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1922.

¹² El escritor y novelista Pío Baroja y Nessi (1872-1956) estudió medicina en Madrid y obtuvo el grado con una tesis sobre el dolor; ejerció durante un breve tiempo en Cestona y, de regreso a Madrid, se relacionó con Azorín y Maeztu, trato que lo llevó a iniciarse en las letras

con motivo de personajes histórico-novelescos (Aviraneta).¹³ P. González Blanco, pésima reputación. Saludos a los clásicos P. P.

Alfonso

Acuérdate un poco más de Acevedo, que se pone celoso.

APREMIA A ENVIAR AL *HERALDO DE CUBA* “CRÓNICAS DE ACTUALIDAD”, Y LE DICE QUE ESCRIBIÓ A SU DIRECTOR, MANUEL MÁRQUEZ STERLING PERSONALMENTE. “MÉXICO YA DEJÓ DE EXISTIR, SOBRE SUS RUINAS PUEDEN MIRARSE FRENTE A FRENTE LOS NOMBRES DE BUENA VOLUNTAD”. EL OFICIO DE CORRESPONSAL. LA “CORTESÍA MEXICANA” CONTRIBUYE A DISTANCIAR. DISTANCIAMIENTO DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA CON LO MEXICANO. NOTICIAS DE LA FAMILIA HENRÍQUEZ UREÑA. VISITAS DIVERSAS. WASHINGTON: “LA NOVENA CIUDAD DONDE RESIDO” Y DEL CLUB FUNDADO POR CAMILA.

129 De Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes

Washington, 2 de Diciembre 1914.

Alfonso:

Recibidas, anteayer, tus cartas de 24 de Octubre y 1º a 3 de Noviembre. No te comprendo bien: ¿estás sin dinero y gastas 500 pesetas en muebles? Insiste sobre Cuba: es uno de los pocos países productores ahora,

que nunca dejaría. Es miembro de la llamada Generación del 98. Gran narrador que además escribió cuentos, novelas cortas, libros de viajes, biografías y ensayos. Él mismo agrupó muchas de sus novelas en trilogías como *Tierra Vasca*, *La lucha por la vida* y *La raza*. AR hace referencia a Baroja en repetidas ocasiones, como en el ensayo “Bradomín y Aviraneta” en el que se refiere a la obra del escritor español *Los recursos de la astucia* [OC, *Simpatías y diferencias*, t. IV, pp. 122-124], y “Baroja” (OC, *Marginalia*, t. XXII, pp. 713-714). Por su lado, PHU lo asocia con José Moreno Villa, con los prosistas americanos, y con la idea de un nuevo drama: un nuevo teatro, en el ensayo “En torno al poeta Moreno Villa” (OCRÍ, pp. 212-218; José Ortega y Gasset le dedica no pocas páginas en *El espectador*, I (1916), “Ideas sobre Pío Baroja”.

¹³ Eugenio de Aviraneta e Ibarгойen Echegaray y Alzate (1792-1872), se llamaba el político liberal español que era tío segundo de la madre de Baroja y protagonista novelesco de *Aviraneta o la vida de un conspirador* (1947) de Pío Baroja: “no deja de ser curioso que en un país como España, en donde se ha ensalzado a tanto personaje huero, sin valor, sin energías y sin inteligencia, se persiga con la antipatía hasta después de su muerte a un hombre como Aviraneta...”.

aunque no produzca mucho. Escribe crónicas sobre cosas de actualidad —cinco o seis al mes— y mándalas al *Heraldo de Cuba*. Dirígete a Márquez Sterling personalmente. Dirección del periódico: O'Reilly 11. Yo le escribiré a Márquez que te conceda cualquier cosa, que siempre es algo, sobre todo si se traduce a pesetas: 20 dólares siquiera, que son 100 pesetas. Entre tanto, envíale tú directamente los primeros artículos: ya tendrá mi carta cuando los reciba. Supongo que no tendrás escrúpulos de política: el antiguo México ya dejó de existir; sobre sus ruinas pueden mirarse frente a frente los hombres de buena voluntad. No sé si existirá un nuevo México. Pienso, a ratos, que aquel país me exige que yo regrese algún día, a ocupar una posición definitiva frente a los antiguos perros mordedores, que imagino callados; pero sé que no sería así, y luego, no veo con quiénes he de vivir. Tu ausencia parece definitiva. ¡A los demás les veo caras tétricas! Hace meses, escribí a Castro analizando la destrucción¹⁴ de nuestro mundo:¹⁵ tú ausente; Caso enloquecido por la pasión; otros, estúpidos por la política; otros ya mejor; otros demasiado jóvenes. Todos tristes. ¡Qué escenario tan distinto hallé en Cuba! Nuestro grupo pasó. ¡Qué pronto! Siquiera hemos transmitido la antorcha, a través de Julio, y —¿por qué no lo he de creer?— gracias al empeño mío, que desde lejos les gritaba: hay que unirse. ¿Sabes que nos sustituye, ahora, un grupo de seis: Julio, Mariano, Carlitos Díaz Dufoo¹⁶ —esa joya moral desdeñada por ti—, Castro, Toussaint¹⁷ y Vázquez? Los que menos cuentan son los dos últimos.

¹⁴ A partir de aquí y hasta “No lo dejes de la mano”, se omite en la edición de Juan Jacobo de Lara.

¹⁵ La carta mía era dura, y yo la escribí con intención de reserva. Pero ¡horror!, hicieron copias y se las repartieron. (A.)

¹⁶ Carlos Díaz Dufoo Jr. (1888-1932). Hijo del escritor y economista del mismo nombre fue abogado, profesor de filosofía y gran lector de Nietzsche. Espíritu sabio y desencantado, de ironía atemperada por un dejo melancólico en sus *Epigramas* (París, 1927), único libro que publicaría. Su breve obra fue reunida, junto con la de Ricardo Gómez Robelo, por Serge I. Zaïtzeff (*JLM*, p. 255).

¹⁷ El historiador de arte, escritor y académico mexicano Manuel Toussaint y Ritter (1890-1955), cursó sus estudios en la Escuela Nacional de Bellas Artes, en la de Altos Estudios y en la Facultad de Filosofía y Letras. En 1934 participó en la fundación del Laboratorio de Arte de la UNAM, el que dos años más tarde se transformaría en el Instituto de Investigaciones Estéticas del que fue director. Fue miembro de El Colegio Nacional, de la Academia Mexicana de la Historia

¿Cuba, entre tanto? con una casa amplia, fresca, es país habitable. Yo no sé adónde iré a vivir al fin. Esto, como ves, es transitorio (en esencia). Si no tuviera yo el consuelo de pensar que en este momento pocos son los habitantes del planeta que no sufren trastorno económico grave, el caso sería duro. ¡A mi edad, volviendo a comenzar la vida! ¡Y sin haber ido a Europa! Tú, siquiera, ya *estudiaste*; y eres más joven (mi única ventaja es parecerlo: cada mes me atribuyen un año menos); y tienes familia. Y no dudo que te quedes en Madrid, puesto que estás decidido. —Hoy lo del *Heraldo*: crónica en seguida. Regla: José de Armas¹⁸ escribe siempre sobre la guerra.¹⁹ Es francófilo. —Yo jamás podré serlo. ¿Has leído algo de Bernard Shaw sobre la guerra? Está notabilísimo. Echa la culpa a Inglaterra, pero cree que ya no hay más remedio que acabar con el militarismo alemán. —Envía también artículo al *Gráfico* y al *Fígaro*. No lo dejes de la mano. Debió ser tu preocupación por escribir cosas publicables. Yo he luchado a brazo partido con el tumulto del viaje (y en Nueva York, con las tentaciones) para poder escribir. Es verdad que yo

y de la Academia Mexicana de la Lengua. En 1916, con Julio Torri y Agustín Loera y Chávez fundó la Editorial Cvltvra. Entre su obra crítica se encuentran *Luis G. Urbina: Poemas selectos* (1919); sus libros sobre historia del arte: *Historia del arte en México: Saturnino Herrán y su obra* (1920), *La catedral de México y el sagrario metropolitano. Su historia, su tesoro, su arte* (1948), su obra magna y uno de los monumentos de la tipografía mexicana y *La catedral y las iglesias de Puebla* (1954). Además escribió literatura infantil como *Las aventuras de Pipiolo en el Bosque de Chapultepec* (1954), firmado bajo el seudónimo de Santos Caballero.

¹⁸ José de Armas y Cárdenas (1866?-1919). Escritor cubano. Utilizó el seudónimo “Justo de Lara” para firmar sus artículos patrióticos. Vivió en Madrid donde fue corresponsal de los periódicos *The New York Herald* y *The Sun* de Estados Unidos. Como colaborador de este último diario viajó a Cuba con las tropas norteamericanas en 1898. Fue fundador y director de *Las Avispas* que primero salió a la luz en La Habana y después en Nueva York; y de *El Peregrino* (Madrid); colaboró en *La Lucha*, *El Fígaro*, *El País*, *El Mundo*, *El Heraldo de Cuba*, entre otros. Publicó diversos estudios sobre literatura española y un drama: *Los cuatro triunfadores* (1895). A su respecto escribe PHU en la carta del 2 de mayo de 1911, fechada en La Habana: “Aquí no se tienen las *Rimas bizantinas*: único ejemplar que existía en manos de un miembro de la familia, José de Armas y Cárdenas (el erudito ‘Justo de Lara’, de quien hoy compré un ensayo sobre el *Quijote* de Avellaneda y que ahora, en Madrid, acaba de promover una cuestión sobre la autenticidad de una *Gioconda* del Prado, que pasaba por copia), lo perdió otro, el orador Ramón de Armas” (JLM, p. 162). AR lo cita en varias ocasiones y en una de ellas dice: “La casa ‘Renacimiento’ también ha publicado *El ‘Quijote’ y su época*, del distinguido y erudito escritor cubano don José de Armas” (OC, *Páginas adicionales*, t. VII, p. 461).

¹⁹ No lo hagas tú, hazlo poco. (A.)

traía ya la misión de escribir. ¿Te he explicado que soy el corresponsal del *Heraldo de Cuba* en Washington? Todas las mañanas telegrafía, unas 100 palabras, ¡a las 7! Además, debo enviar un artículo *diario*. No lo hago, por supuesto, y no se quejan. Envío tres por semana, —con el seudónimo E. P. Garduño—²⁰ y cuando escribo algo bueno lo firmo.²¹ Sólo he firmado, hasta ahora, un artículo sobre *La révolte des anges*: se intitula *La despedida de Anatole France*.²² Acevedo se reconciliará conmigo. Lo enviaré.

¿Qué quieres decir con que no hay *consagrados* en Madrid? Perdón: acabo de darme cuenta de que es en México donde —dices— no los hay. Sí los hay, pero quienes menos notan tales cosas son siempre quienes están *in it*. (¿Continúas leyendo inglés? Es urgente.) El no apoderamiento, de tu parte, es cuestión de timidez. Tu cortesía mexicana, quizás, contribuya a “distanciar”. Yo sé que me hice amigo íntimo de Riva Agüero²³ en tres horas, mientras tú no te le atreviste, y que el doctor Paul Radin,²⁴ etnólogo de la Hispanic Society, me invitó a tomar café a la hora de tratarlo. En cambio ¿mis fracasos humanos en México? Hay en aquel país un elemento que yo no entenderé jamás, no asimilaré jamás. ¿Será lo asiático? Yo me creía muy mexicano. Mis últimas experiencias, dentro y fuera del país, me convencen de que fue un error de apariencias: no tengo de común en el mexicano más que la tranquilidad exterior.

²⁰ Salido de un casi anagrama que nunca he usado: Enrique Pérez Garduño. (A.)

²¹ Pero en adelante PHU emplearía con frecuencia el seudónimo de Enrique Pérez Garduño para firmar sus colaboraciones. (CRONO, véanse principalmente los años 1914 y 1915.)

²² “La despedida de Anatole France” ha sido recogida en el libro *Desde Washington*. Es interesante comparar el texto de PHU con el escrito por AR años después: “Exequias de Anatole France” (OC, *A lápiz*, t. VIII, pp. 233-234).

²³ Hay aquí una pariente de él, y dice que descienden de los príncipes de Lor, de Bélgica, los Riva Agüero. Ella no. (A.)

²⁴ Paul Radin (1883-1959). Antropólogo especializado en etnología de la religión y mitología y etnografía de los indios americanos. Nació en Polonia, pero la mayor parte de su infancia la pasó en Nueva York, hizo estudios en el City College y en la Universidad de Columbia donde también realizó su doctorado en 1911. Publicó numerosos trabajos y artículos acerca de su principal tema de estudio. Fue autor de *Primitive Man as a Philosopher* (1927), *The Story of the American Indian* (1927), *Primitive Religion* (1937), *Described by Themselves* (1949) y *The Trickster* (1956). Publicó, junto con Aurelio M. Espinosa, “El folklore de Oaxaca”, *Anales de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas*.

Zárraga, por ejemplo, es un tipo de fracaso mío contra toda mi voluntad: exteriormente, somos muy amigos, y él asistió a mi banquete, y yo, sinceramente, creo que ellos valen mucho, a su modo. No dejes de explicarme sus quejas. Acaso me sirvan de correctivo.

Mi casa bien, hasta donde lo permite la situación del mundo. Mi padre, ya sabes, es un espíritu de pesimismo,²⁵ pero ya lo conoces, y mi tíastra no muestra las cartas que él escribe. Mi tía no acaba de salir de Santo Domingo, porque la situación de Fran²⁶ no es muy buena: sus negocios son de base europea. Max sí tiene éxito, y se casa este mes.²⁷ Camila muy contenta: es un espíritu director, y ha formado un club universitario, al cual ha sumado unas cuantas amiguitas de sociedad. El club tiene por objeto aprender ¡a bailar! Los socios se escogen con selección rigurosa. No es, ya comprenderás, un club en forma, pero entre ellos así le llaman, y llaman presidente a Camila. Entretanto, ella estudia nueve materias este año.

De las viejas observaciones, te diré que el problema reaparece. Mi actitud, voluntaria, es la de no hacer del opositor. Me he hecho el curioso divertido, y sé a qué atenerme. Creo que a la larga tendrá que ser. Hice esfuerzos por llegar a la experiencia personal, pero no se logró, por coincidencia, quizás por ajenos temores, a pesar del club. Informes, excelentes. Título, ya, de ingeniero.

²⁵ El médico, abogado, escritor, pedagogo y político Francisco Hilario Henríquez y Carvajal (Santo Domingo, 1859-La Habana, 1935) realizó estudios de pedagogía, derecho romano, derecho constitucional, filosofía, un diplomado como maestro normalista, poco después se recibió como licenciado en medicina y cirugía, y de 1887 a 1891 residió en París donde obtuvo su doctorado en medicina. Fue director del periódico *El Maestro*. En 1901 viajó a Estados Unidos, a donde regresará años después en un misión diplomática, de ahí pasa a Buenos Aires, vuelve a Estados Unidos y viaja a Cuba donde recibirá un telegrama en el que se le informa que, frente a la crisis gubernamental por la que pasa su país, el Congreso lo ha designado presidente y ocupa la presidencia el 31 de julio de 1916, pero los invasores impiden el desempeño normal de su gobierno y lo derrocan el 8 de noviembre del mismo año. Al mes sale de Santo Domingo e inicia, desde territorio norteamericano, un recorrido de protesta contra la intervención, lo que lo lleva a Cuba, Francia, Dominicana (por un breve lapso en 1921) y Estados Unidos. En el gobierno de Rafael L. Trujillo es designado ministro plenipotenciario en Francia y, finalmente, en Cuba donde muere. AR describirá en “El año de 1917” la suerte de don Francisco Henríquez y Carvajal (OC, *Historia documental de mis libros*, t. XXIV, pp. 214–215).

²⁶ Fran Henríquez Ureña.

²⁷ Véase carta 114, del 26 de septiembre de 1914, nota 20.

Envía colaboración, también, a *Las Novedades*,²⁸ 225 West 39th Street, Nueva York, indicándoles que es idea mía, y ofreciéndoles tus servicios en cualquier forma. Rubén Darío²⁹ escribe para ellos.

Aquí: la Pavlova,³⁰ con sus bailarinas rusas, maravillosas; conciertos; Mantell en Shakespeare. Es poco. Aquí está Ángel César Rivas,³¹ escritor venezolano, cultísimo; más de 40 años, poca vitalidad. Buen amigo. Dos dominicanos, el ministro, Eduardo Soler, universitario alemán, y el

²⁸ *Las Novedades* fue un diario de temas políticos y culturales fundado en 1876 por José G. García quien lo dirigió hasta el 5 de noviembre de 1914, año en que Francisco José Peynado asumió la dirección. Su equipo estuvo conformado por Manuel de Jesús Galván Velásquez, jefe de redacción y Manuel Florentino Cestero, redactor. PHU se suma al diario el 22 de julio de 1915 como corrector y permanecerá en ese puesto por aproximadamente un año, donde escribirá sobre leyes, costumbres, artes plásticas y teatro. El diario acogerá positivamente la producción literaria de Fabio Fiallo, José M. Bernard, Manuel Florentino Cestero, Francisco Henríquez y Carvajal y Manuel de Jesús Galván Velásquez. La dirección de Peynado concluye el 16 de octubre de 1916. Cabe destacar que, en el tercer lustro del siglo, la dirección del diario estuvo a cargo de varios dominicanos como Antonio Abad Alfau, que fue sustituido el 30 de noviembre de 1918 por Rafael Montafur al adquirir este último los derechos de *Las Novedades*, cuando estuvo a punto de desaparecer por problemas económicos.

²⁹ Nacido como Félix Rubén García Sarmiento. Rubén Darío (1867-1916). Poeta, diplomático y periodista nicaragüense, fue el principal representante del modernismo. Ha sido llamado “Príncipe de las letras castellanas”. Entre sus obras están *Azul* (1888), *Prosas profanas* (1896 y 1901), *Cantos de vida y esperanza* (1905), *El canto errante* (1907), *Canto a Argentina y otros poemas* (1914). En reiteradas ocasiones PHU cita a Darío en sus ensayos, pero destaca uno en particular: “Rubén Darío” (OCRÍ, pp. 95-105). Por su parte, AR lo trae a colación en muchos momentos, ya sea hablando de la persona o de su obra, cabe destacar su ensayo “Rubén Darío en México”, ensayo donde se funden el recuerdo personal y el análisis literario (OC, *Simpatías y diferencias*, t. IV, pp. 301-326).

³⁰ Ana Pávlovna Pávlova (San Petersburgo, 1881-La Haya, 1931). Bailarina y actriz. A los 10 años ingresó en la Escuela del Ballet Imperial, donde Pável Gerdt, Christian Johansson y Eugenia Sokolova la formaron en el ballet clásico. En 1909 se presentó en Europa con las compañías de ballet de Sergei Diaghilev; dos años más tarde formó su propia compañía con la que viajaría por todo el mundo. En 1919 realizó una gira por México donde se distinguió por ejecutar el “Jarabe tapatío” vestida con la indumentaria de china poblana. Fueron memorables sus interpretaciones y coreografías en *El lago de los cisnes*, *Giselle*, *Las Sílides* y *Coppélia*. Murió poco antes de cumplir los 50 años en un gira por Países Bajos; su último deseo fue el de llevar puesto su vestuario para *La muerte del cisne*, la obra con la que alcanzó la fama.

³¹ Ángel César Rivas (1873-1930). Escritor y diplomático venezolano que se enfocó en el revisionismo histórico. Fue miembro de número de la Academia Nacional de la Historia en su país. En su discurso de incorporación, en 1909, titulado *Orígenes de la independencia de Venezuela* sostiene la firmeza del legado cultural de España en nuestro proceso de emancipación, por encima de los actos violentos que tanto destacaron los historiadores de la Conquista y de la Colonia. El texto de la alocución fue recogido en *Discursos de incorporación* (pp. 241-306).

secretario, Luis Galván, hermano del que fue a México e hijo del gran D. Manuel.³²

No es posible enviarte esta carta *through* Ventura. La leerá, y dirá que estamos locos. ¿Por qué le llamas mediocre? Yo lo creo semigenial.

[Escrito al margen de la carta]

Ocupadísimo. Habaneros me escriben cartas admirables, poéticas: Me contestan sobre el *Oliva*: Maura³³ (visítalo: es amigo de Chacón), Croce,³⁴ Martinenche,³⁵ Rodríguez Marín, el bondadoso Marqués de

³² Luis Galván, secretario del ministro Manuel de Jesús Galván (1834-1910). Político, novelista, periodista y diplomático dominicano; autor de *Enriquillo*, novela histórica publicada en 1879. “Llevaba, pues, el nombre del protagonista de la novela dominicana, *Enriquillo* (1879-1882), cuyo nombre indígena era Guarocuya, de Manuel de Jesús Galván. PHU escribía más tarde (1935) un estudio sobre el novelista, que amplió en 1945. Hay reedición de esta novela y este estudio en Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1977” (JLM, p. 241).

³³ El orador y político español Antonio Maura (1853-1925) (JLM, p. 337) tenía influencia en el mundo editorial. Véase carta 122, 1 de noviembre de 1914.

³⁴ Benedetto Croce (Pescasseroli, 1866-Nápoles, 1952). Escritor, filósofo, historiador y político italiano. Su principal influencia proviene del sistema filosófico desarrollado por Hegel. En 1903 funda el periódico *La Crítica*, donde publica la mayoría de sus escritos. Es autor de *Ensayo sobre Hegel* (1912), *España en la vida italiana del Renacimiento* (1917), *La poesía* (1936) y, en 1952, publica el *Manifiesto de los intelectuales antifascistas* en el que denuncia la violencia y la falta de libertad del régimen; con esto pone fin a su vida política y poco tiempo después muere. Tal parece que PHU conoce a Croce por el elogio que éste hace de la obra *Historia de las ideas estéticas* de Marcelino Menéndez Pelayo y lo cita en varias ocasiones, como cuando, al respecto de los filósofos positivistas, donde figura Croce, dice: “Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Shopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce” (OCRÍ, p. 612; véase también p. 570, para más bibliografía). Por su parte, AR lo trae a colación en varias ocasiones, una de ellas es en el ensayo sobre “Madama Lucrecia, último amor de don Alfonso el Magnánimo”, a propósito del artículo de Croce publicado en *Nuova Antologia*, bajo el nombre de “Lucrecia d’Alagno”, en 1915; y del libro de Pasolini, *Rendiconti Della R. Acad. Dei Lincei* de 1917.

³⁵ El hispanista francés Ernest Martinenche (1869-1939) es el primer representante de los estudios hispánicos de Montpellier. En 1900 obtuvo su doctorado en la Sorbona con una tesis de literatura comparada sobre la comedia española bajo el título *Quatenus Tragi-comoedia de Calisto y Melibea, vulgo Celestina dicta ad informandum theatrum valuerit* (1900). Es autor de estudios sobre *La Celestina*, el teatro español, Víctor Hugo y España, *La comedia espagnole en France de Hardy à Racine* (1900), *Histoire de l’influence espagnole sur la littérature Française. L’Espagne et le roman-tisme français* (1922), en el libro *Hommage a Ernest Martinenche. Etudes hispaniques et américaines*,

S. Fco.;³⁶ Varona; Schevill.³⁷ Murió *Letras*.³⁸ Ésta es la novena ciudad donde resido.

1417 K St., N.W.

Pedro

Editions París, varios autores como Jules Supervielle, Henri Collet, Américo Castro, Ramón Menéndez Pidal, José de la Riva Agüero, Rafael Lapesa, Pedro Salinas, Rafael Altamira, Paul Merimée, entre muchos otros, escriben ensayos sobre sus numerosas obras. En 1910 estuvo en México en representación de la Sorbona.

³⁶ Manuel Romero de Terreros (1880-1968). Marqués de San Francisco, historiador especializado en la vida y el arte del periodo colonial. Presidente de la Academia Mexicana de la Historia (*JLM*, p. 211.) Tanto PHU como AR reconocen la labor del historiador y lo citan en varias ocasiones, a propósito de una de sus obras AR refiere “El marqués de San Francisco, [...] publica sus apuntes de *Arte colonial* (1916), libro de curiosa y nueva erudición, amable por todos conceptos, donde se habla de muebles coloniales, plateros mexicanos, cerámica de la Puebla de los Ángeles, obras de bronce [...]” (*OC. Páginas adicionales*, t. VII, p. 470).

³⁷ El hispanista y cervantista Rudolph Schevill (Cincinatti, 1874-Berkeley, 1946) se graduó por la Universidad de Yale (1896) y doctoró en la de Múnich (1898), luego partió a estudiar a la Sorbona, y a laborar en la Universidad Central de Madrid y en la de Bucknell. En 1910 llegó a la Universidad de California donde impartió cátedra de Lengua y Literatura Españolas; cuatro años más tarde comienza, junto con Adolfo Bonilla y San Martín, la edición de las *Obras completas* de Cervantes. Publicó el influyente y decisivo libro *Ovid and the Renaissance in Spain* (1913), además *El arte dramático de Lope de Vega* (1918), *Cervantes* (1919) para no hablar de sus traducciones al inglés de obras españolas como *El niño de la bola* de Pedro Antonio de Alarcón. PHU en “Entorno a Azorín” menciona que Schevill y Bonilla hicieron la novísima edición de *La Galatea* de Cervantes (*OCRÍ*, p. 225); y AR describe brevemente un encuentro con él: “El jueves 22 de mayo paseamos por Berkeley. De noche cenamos en casa de Morley con el profesor Priestley, el anciano Bolton, el mexicano Luna, varios catedráticos españoles, ecuatorianos, etcétera. Allí tengo el gusto de encontrarme con el norteamericano que mejor habla español, el simpático y viejo cervantista doctor Schevill. La conversación es animada [...]” (*OC. Berkeleyana*, t. XXIV, p. 110).

³⁸ *Letras* (La Habana, 1905-1914). Revista quincenal, primero; luego semanal. Sus editores y propietarios fueron Néstor y José Manuel Carbonell. *Letras* aparece en el grupo de las publicaciones que fueron de más larga duración, aunque, claro, sin eludir ciertos avatares que tuvo que pasar debido a la inestabilidad por la que atravesaba la nación. Ello determinó en ocasiones la interrupción de su salida (en 1906 estuvo seis meses fuera de circulación, a causa de la segunda intervención estadounidense en Cuba, según explicaron sus editores), varió en formato y, a partir de 1908, tuvo frecuencia semanal. Fue en esta etapa cuando *Letras* abandona su carácter exclusivamente literario con el que había nacido y comienza a abordar información gráfica y crónica social. El 25 de octubre de 1914 salió el que sería el último número. *Letras* fue una de las primeras publicaciones en interesarse por rescatar los textos dispersos de José Martí, muchos de ellos inéditos. A pesar de la importancia de esta publicación, PHU sólo envió cuatro colaboraciones, entre ellas, dos poemas.

EL LENGUAJE DE LAS CONSTITUCIONES*

Diego Valadés

CONSIDERACIÓN PREVIA

Se han generalizado los problemas derivados de constituciones poco claras. Entre los factores que afectan la redacción de las constituciones se incluyen los siguientes: la desconfianza entre los actores políticos, que se traduce en elaboraciones minuciosas y farragosas; el desconocimiento de las técnicas legislativas e incluso de la gramática, y la propensión a utilizar el lenguaje de género, también denominado inclusivo, que contribuye a dificultar la redacción e induce a errores gramaticales, sobre todo por faltas de concordancia o por repeticiones que entorpecen la lectura.

ELABORACIÓN DE LAS CONSTITUCIONES

En sus versiones originarias, el constitucionalismo optó por enunciados concisos y generales, facilitando que otras normas los desarrollaran con detalle. Le técnica constituyente siguió entonces un patrón de relativa sencillez: una vez definida la mayoría en la asamblea, los elementos de la norma suprema se acomodaban siguiendo los lineamientos propios del sistema de gobierno y de distribución del poder escogido. Otro tanto sucedía en el capítulo de los derechos fundamentales, de sus garantías y de la organización jurisdiccional.

En el siglo xx surgió otra modalidad a la que se puede identificar como “constituciones de autor”; esto es, textos cuyo proyecto fue encomendado

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 9 de mayo de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

a una persona o a un grupo de expertos. Por ejemplo, correspondió a Hugo Preuss elaborar el proyecto de la Constitución de Weimar en 1919, y a Hans Kelsen el de la Constitución de Austria de 1920. Una modalidad análoga fue la de comisiones constitucionales, como sucedió en Italia en 1948, con el grupo presidido por Meuccio Ruini y en cuyo influyente comité de redacción figuraron Piero Calamandrei¹ y Costantino Mortati; y en Francia, en 1958, donde el proyecto fue encomendado a un grupo compacto de especialistas encabezados por Michel Debré. Una característica de esas constituciones fue su coherencia sistémica y la homogeneidad de sus contenidos.

La complejidad democrática ha impuesto crecientes exigencias de negociación para definir los textos fundamentales, y los protagonistas de esas deliberaciones han propendido a exigir un nivel de detalle que desborda la tradicional concisión de las disposiciones constitucionales. En las décadas recientes, sobre todo en los países con sistemas que transitan del autoritarismo a la democracia, la redacción de las constituciones ha seguido una controvertible técnica consistente en introducir particularidades de carácter cuasi reglamentario.

Ese patrón de exhaustividad distorsiona la función de las constituciones, que dejan de ser normas generales, susceptibles de acomodarse a condiciones cambiantes y se convierten en normas muy específicas que actúan como obstáculo para los cambios culturales y políticos. Las llamadas normas programáticas que caracterizaron al constitucionalismo de las posguerras mundiales desempeñaron una función adaptativa muy valiosa que auspició el bienestar social y la justicia constitucional; pero han cedido su espacio a normas que por lo detallado de su contenido resultan inhibitorias para los legisladores y restrictivas para los juzgadores.

La distinción introducida por James Bryce en cuando a las constituciones rígidas y flexibles, según el grado de dificultad de su reforma, está dando lugar a nuevas modalidades de rigidez y de flexibilidad,

¹ Las opiniones de Calamandrei sobre los defectos de redacción del proyecto y la necesidad de un texto claro y preciso, dieron lugar al opúsculo *Chiarezza nella Costituzione*, que puede ser considerado como un breve manual de estilo para la redacción de una Constitución. Fue editado por primera vez en 2012 (Edizioni di Storia e Letteratura, Roma).

relacionadas ahora con la expansión regulatoria por la que se inclinan numerosas constituciones. Entre más detalles incluyen, más necesaria y frecuente se hace su reforma; los textos más inestables son los que contienen más minucias.

Ese fenómeno es más ostensible en los sistemas afectados por relaciones difíciles entre los agentes políticos y es menos frecuente en aquellos que disfrutaban de democracias consolidadas. En buena medida esa modalidad constituyente implica una contradicción porque entorpece lo que pretende construir: sistemas democráticos gobernables.

Cuando el objetivo consiste en evitar que los acuerdos entre los partidos políticos sean modificados conforme a las variaciones en la composición de cada legislatura, se opta por incluirlos en la normativa constitucional en lugar de que los consensos se concreten en disposiciones ordinarias. De esta manera los entendimientos circunstanciales se convierten en imposiciones de largo plazo cuya enmienda sólo es posible mediante otra reforma constitucional. Surge así una redacción relacionada con los detalles que mitigan la desconfianza entre los partidos. Para evitar interpretaciones adversas a los intereses o a los pactos entre los interlocutores políticos, se introduce en la Constitución criterios análogos a los que orientan la legislación penal en cuanto a la mayor precisión posible de las normas e incluso a la punición jurídica de las conductas políticas, o a los contratos privados, que incluyen todo género de pormenores.

Todo sistema representativo se basa en la presencia de partidos y es común que la integración y la estabilidad de los gobiernos guarde relación con la forma en que estas organizaciones se entiendan; pero al incorporar cada acuerdo de gobierno en la Constitución se desvirtúa la función de la norma suprema al tiempo que se dificulta el ejercicio de la política. La paradoja consiste en que, para atender las exigencias de la política, la Constitución se tiene que flexibilizar, mientras que, para preservar la vigencia de la Constitución, la política se tiene que rigidizar.

En los Estados constitucionales frágiles es común que las fuerzas políticas consideren que sus compromisos son vinculantes y perdurables sólo si los trasladan a la norma constitucional, con lo que ésta tiene que ser reformada con frecuencia creciente porque cada pequeña variación de

los pactos afecta la redacción de los acuerdos previos. La posibilidad de que los agentes políticos ajusten sus actos según lo requieran las circunstancias se ve dificultada por una norma constitucional casuista. Esta trasposición de funciones entre la política y el derecho no beneficia a una ni a otro pues contrapone la estabilidad normativa de la Constitución con la naturaleza fuente de la política.

Otro factor negativo es que se carece de técnicas uniformes para modificar la Constitución, y muchas de sus adiciones o enmiendas se redactan con estilos diferentes y no siempre con pulcritud gramatical ni literaria.

FUNCIONES CONSTITUCIONALES

La función de la Constitución como norma suprema está relacionada con su generalidad e intemporalidad, pero en las democracias precarias el interés de los partidos para poner a resguardo sus entendimientos recíprocos amenaza con subordinar la Constitución a contingencias circunstanciales. Este fenómeno se traduce en la paradoja de que las normas derivadas de la Constitución sean más estables que la Constitución en la que se basan.

En México la tendencia farragosa ha llevado a que en su división interna la Constitución sea poco inteligible. Sus títulos y capítulos están compuestos por artículos y éstos se integran por apartados, fracciones, incisos y párrafos, aunque no siempre en ese orden. Además, los grados de detalle llegan a extremos como el que sigue:

Artículo 41, fracción III, apartado A, inciso g²

Con independencia de lo dispuesto en los apartados A y B de esta base y fuera de los periodos de precampañas y campañas electorales federales, al Instituto Federal Electoral le será asignado hasta el doce por ciento del tiempo total de que el Estado disponga en radio y televisión, conforme a las leyes y bajo cualquier modalidad; del total asignado, el Instituto distribuirá

² Publicada el 10 de febrero de 2014.

entre los partidos políticos nacionales en forma igualitaria un cincuenta por ciento; el tiempo restante lo utilizará para fines propios o de otras autoridades electorales, tanto federales como de las entidades federativas. Cada partido político nacional utilizará el tiempo que por este concepto le corresponda en un programa mensual de cinco minutos y el restante en mensajes con duración de veinte segundos cada uno. En todo caso, las transmisiones a que se refiere este inciso se harán en el horario que determine el Instituto conforme a lo señalado en el inciso d) del presente Apartado. En situaciones especiales el Instituto podrá disponer de los tiempos correspondientes a mensajes partidistas a favor de un partido político, cuando así se justifique.

Como se puede apreciar, si alguna vez se estimara adecuado aumentar o disminuir cinco segundos la duración de los *spots*, sería indispensable reformar la Constitución.

El caso de la Constitución de Ciudad de México³ es aún más cuestionable desde el punto de vista de su claridad. Hay artículos que ocupan un número variable de páginas según el formato editorial que se utilice, cuyos numerosos párrafos ni siquiera están clasificados como fracciones o por letras.

La deficiente técnica de la Constitución federal mexicana influyó en la de Ciudad de México, aprobada cien años después que la Carta de Querétaro. La primera Constitución de esa ciudad incluye casi 67 000 palabras, para sólo 71 artículos. A manera de ejemplo, uno de esos preceptos, el 16, llega a 20 páginas y rebasa las 5 700 palabras. Citar su contenido resulta de una extraordinaria dificultad porque está integrado por nueve apartados, identificados por letras mayúsculas, que a su vez contienen numerales, identificados con números arábigos, y estos en algunos casos tienen diferentes párrafos sin referencia alfanumérica, de manera que para citarlos hay que contarlos de manera manual, y en otros se desdoblán en párrafos identificados por letras minúsculas, que también pueden integrarse por una sucesión de párrafos carentes de identificación

³ Publicada el 5 de febrero de 2017.

por letra o número. Para ilustrar las consecuencias de este desorden, si se quisiera aludir al interés público relacionado con inmuebles en estado de abandono, la cita más aproximada sería así: artículo 16, apartado E, numeral 2, inciso d, párrafo segundo.

MODELOS DE CONSTITUCIÓN

¿A qué modelo debe acogerse una Constitución? La confianza en las instituciones favorece la adopción de enunciados generales; donde ocurre lo contrario, domina una estrategia restrictiva que se traduce en textos detallistas. Esta tendencia genera interacciones negativas entre las diversas instituciones porque entorpece el encauzamiento oportuno de las tensiones políticas propias de las sociedades complejas. Una Constitución redactada conforme a un modelo reglamentario suele desfasarse de la realidad y por lo mismo se ve expuesta a violaciones constantes, o por el contrario tiene que someterse a ajustes continuos, impuestos por exigencias emergentes. En ambos casos se afecta la naturaleza normativa de la Constitución; en el primero, porque su rigidez artificial propicia conductas que le son adversas; en el segundo porque su contenido cuasi reglamentario la hace objeto de modificaciones tan frecuentes que deja de ser un referente cultural. Este tipo de constituciones de contenido reglamentario impone una dinámica agregativa que conduce a contradicciones institucionales e incluso de principios.

Las constituciones funcionan en un contexto cultural. La relación entre norma y normalidad es esencial para que las reglas en vigor sean cumplidas de manera espontánea. Las normas constitucionales forman parte de la cultura cuando su texto es inteligible y estable, porque las constituciones son textos para ciudadanos, no para expertos.

Durante décadas, antes de la generalización de los instrumentos cibernéticos, hubo en México una editorial que publicaba la Constitución en hojas sustituibles, para poder incorporar así sus incesantes reformas. Hoy, las páginas electrónicas cumplen mejor la tarea de mantener al día un texto tan inestable. Es en extremo difícil disponer de una edición

impresa que esté al corriente; la Constitución mexicana, en más de un sentido, se ha vuelto una norma virtual.

Las constituciones, como todas las normas, se distinguen por su vigencia, relacionada con la observancia del procedimiento de su elaboración, y por su positividad, que concierne a su aplicación. Ésta, a su vez, tiene dos vertientes: la espontánea, que resulta de la convicción generalizada de su obligatoriedad, y la coactiva, que se produce cuando sus comandos son infringidos. El orden constitucional ideal es el que cohesiona a una sociedad. Para llegar a este punto la norma y la normalidad deben alcanzar un alto nivel de simbiosis. Esto sólo es dable allí donde hay un texto estable, accesible, claro y por ende comprensible.

La estabilidad de un texto no equivale a su inmutabilidad. La función de las palabras con poder es adaptar su significado conforme a lo que cada comunidad, en distintas épocas, le atribuye. Son tan relevantes los cambios asociados a la fluidez del lenguaje como los cambios formales que propician adecuaciones en las percepciones y en el comportamiento colectivos, pero esto último no sucede si en lugar de hacer adaptaciones justificadas se van practicando ajustes coyunturales que al menudear dan a la norma un aspecto de provisionalidad.

En los contratos de adhesión que casi todos firmamos casi sin leer, la llamada letra pequeña no es negociable y, por lo general, contiene un clausulado adverso a los intereses de los particulares, del que se enteran cuando algo sale mal. A semejanza de este tipo de instrumentos, la norma suprema mexicana se ha ido llenando de letras menudas que rebajan el sentido trascendente que una Constitución debe tener.

Las sociedades de intérpretes libres son aquellas donde el ordenamiento jurídico corresponde al sentido común. Las normas herméticas son percibidas por las comunidades como elaboraciones artificiosas. Una Constitución debe ser leída con facilidad y para esto tiene que ser escrita con claridad. No es el caso de la mexicana.

La deliberación y el consenso son notas centrales de las democracias contemporáneas. El compromiso denota respeto por el pluralismo e implica la convivencia de tesis opuestas. Sin embargo, en algunos espacios políticos la construcción constitucional basada en el consenso no ha

podido eludir el empleo de un lenguaje contradictorio. Este fenómeno se traduce en conjuntos normativos paradójicos porque incluyen principios que a veces entran en conflicto. El problema se acentúa cuando esas contradicciones, a veces inevitables en los Estados democráticos, se llevan hasta el detalle, reduciendo el espacio a una interpretación que permita ponderar los principios y hacer coherentes las reglas en vigor. El pluralismo y la desconfianza se hacen mala compañía.

En contraste, las elaboraciones normativas autoritarias suelen expresar una mayor congruencia interna, pero su punto de ruptura aparece en cuanto a los intereses que privilegian y a los que excluyen o incluso reprimen.

El lenguaje constitucional es un patrimonio colectivo que tiene la función de liberar e igualar a los miembros de una comunidad; utilizar ese lenguaje para limitar o inhibir a las personas es un contrasentido que desvirtúa la función de la norma suprema.

Las transiciones suelen ser periodos de creatividad. Toda transición bien orientada desencadena una aceleración de tal magnitud que transforma la vida colectiva, a menos que la desconfianza entre los interlocutores políticos la rodee de tantas prevenciones que ocasionen su marchitez prematura.

La deliberación y el consenso son atributos de la democracia que pueden compaginarse con normas funcionales. El desafío para las constituciones consensuales está en adoptar enunciados breves y claros que auspicien prácticas, usos, costumbres, percepciones y convicciones que le den coherencia y positividad al ordenamiento en vigor.

IGUALDAD CONSTITUCIONAL: EL PROBLEMA DEL LENGUAJE INCLUSIVO

El constitucionalismo contemporáneo se caracteriza por el desarrollo de los derechos humanos. En la actualidad este conjunto se ha ampliado y como consecuencia se ha hecho frecuente la utilización del acrónimo DESCA, que corresponde a “derechos económicos, sociales, culturales y ambientales”.⁴

⁴ Su origen está en el artículo 11 del Protocolo Adicional de San Salvador, de 1988, a la Convención Americana de Derechos Humanos, conocida como Pacto de San José, de 1969.

Entre los rezagos subsistentes se encuentra la situación de la mujer. En la mayor parte de los sistemas jurídicos avanzados, con excepción de los europeos del norte, subsisten numerosos elementos de desigualdad, en especial en el ámbito laboral. En este atraso hay una relación directa con el predominio de instituciones jurídicas tradicionales, y una relación inversa con el desarrollo del pluralismo constitucional.

A pesar de ese fenómeno, el movimiento reivindicador de los derechos de las mujeres ha cobrado fuerza en las últimas décadas, con resultados muy dispares y todavía insatisfactorios. Esta situación ha alentado planteamientos relacionados con el lenguaje, que se dirigen en una doble dirección: una, modificar la estructura de la lengua para *feminizarla*; otra, introducir el lenguaje de género en la redacción de normas, en el discurso político, y en las decisiones administrativas. En este último ámbito hay muchas opciones que lo permiten, lo mismo en formularios que en títulos o denominaciones de cargos, por ejemplo. En el discurso político ya están presentes varias formas de comunicación, algunas no muy afortunadas. Por ejemplo, es común incurrir en errores de concordancia como cuando se alude a “los ciudadanos y las ciudadanas mexicanos” y a “las y los trabajadores”, o cuando se dirigen saludos a “todas” y a todos”, no siempre en este orden, con la dificultad lógica de que haya una totalidad integrada por dos totales. En todo caso, también en el lenguaje político es posible identificar formas neutras o estilos inclusivos adecuados sin incurrir en los excesos que afecten el sentido de la comunicación ni la espontaneidad, precisión y claridad del lenguaje.⁵

El problema es más sensible en cuanto a las elaboraciones normativas, en tanto que las pueden hacer más enredadas o confusas, lo que a su vez tiene un alto coste en cuanto a la inteligibilidad de la norma, sobre todo

⁵ El impacto del lenguaje de género se advierte hasta por el hecho de que el *Libro de estilo de la lengua española* de la Real Academia Española (2018) inicia, sin más peámbulo, con ese tema. Ahí previene en contra de la utilización del símbolo @ (tod@s), de la x (todxs) y de la e (todes) porque además de ser impronunciables (la @ y, en el contexto, la x), “contravienen las reglas gráficas y morfológicas del español”. En las conferencias y mesas redondas a las que he asistido y en las que se ha insistido en crear un neutro artificial, basado en la sustitución de la a femenina y de la o masculina, por la e neutra, los ponentes no han usado su propia recomendación en ningún caso.

por parte de los no especialistas. Si se parte de la hipótesis de que las normas, en particular las de mayor relevancia para la cultura cívica, deben ser muy accesibles y comprensibles, el uso excesivo del lenguaje de género puede ocasionar un efecto contrario a esa aspiración.

En lo que atañe al derecho las exigencias del lenguaje epiceno están justificadas si se tiene en cuenta que en la construcción normativa prevaleció, desde la Antigüedad, el derecho de los hombres. Aun las declaraciones por antonomasia de los derechos del “hombre y del ciudadano” en Francia y en Estados Unidos incurrían en problemas de anfibología, pues en algunos temas el género masculino abarcaba al femenino, como cuando se aludía a las libertades generales, pero en otros, dentro del mismo texto, el género masculino aludía sólo al sexo también masculino, como cuando eran mencionados los derechos políticos, con la exclusión implícita de las mujeres. Esta construcción permeó en todas las constituciones del siglo XIX y apenas en las postrimerías del siglo XX comenzó a ser corregida. Estamos en el umbral de nuevos estilos que definirán los textos del futuro.

Las exigencias en cuanto a la adopción de un lenguaje neutro han cobrado gran relevancia al menos en el espacio de las democracias constitucionales. En alemán una solución consiste en pluralizar en femenino, con mayúscula en cada caso, para indicar que se trata de un plural mixto. En francés y en inglés se han buscado soluciones a través de palabras de carácter epiceno, de suerte que incluyan a mujeres y hombres. En la Organización de las Naciones Unidas ha sido integrado un grupo de trabajo para examinar las modalidades lingüísticas que contribuyan a la paridad de sexos, en las seis lenguas oficiales y de trabajo de esa institución: árabe, chino, español, francés, inglés y ruso, y cuenta ya con instructivos para emplear formas inclusivas de lenguaje en esos idiomas.

Hacemos frente a un problema de considerable magnitud, máxime que se plantea nada menos que cambiar la forma de hablar y de escribir. Hay avances en cuanto a la incorporación de voces que atienden las exigencias de las mujeres, y que encuentran apoyo en las aspiraciones generales de las sociedades avanzadas. Es el caso de palabras como *femicidio* o *feminicidio*, y de *feminismo*.

La voz *feminicidio* fue utilizada por vez primera en 1833, aunque sin resonancia en inglés ni en otras lenguas.⁶ El Diccionario de la Academia incluyó la voz en su más reciente edición, aunque sorprende que no exista un solo registro en el Corpus de Referencia del Español Actual (CREA).

Feminismo, a su vez, es un vocablo utilizado en Francia en la segunda mitad del siglo XIX para denotar el movimiento reivindicador de los derechos de las mujeres. Al principiar el siglo XX el movimiento feminista se asociaba en Alemania con el socialismo, y en Inglaterra con el sufragismo. En la actualidad es un movimiento cultural, social y político; una corriente de pensamiento, y un cuerpo de doctrina del que participan mujeres y hombres.

En el léxico jurídico son necesarias ésas y otras voces que contribuyan a la igualdad de derechos. También es posible un lenguaje más neutral, pero el de género en su sentido más amplio y total puede resultar muy contraproducente en cuanto hace a la claridad de las normas y en esta medida también perjudicaría las aspiraciones del feminismo, cuyas mejores oportunidades son propias del Estado constitucional.

La lengua obedece a un proceso natural de construcción, aunque los neologismos sí sean producto artificial, en tanto que la norma jurídica corresponde en todos los casos a un proceso artificial. Desde su origen, las lenguas han fluido de una manera espontánea y las leyes de una forma deliberada. Ambas, lengua y norma, están vinculadas a la cultura, pero de diferente manera. Cuando se ha intentado inventar lenguas, el resultado no ha sido el deseado. El esperanto es una lengua artificial que no ha tenido resonancia, como tampoco la han conseguido otras

⁶ *Blackwood's Edinburgh magazine*, XXXIII, cit. en *Oxford Dictionary*. Antes, en 1827, fue usada la expresión *femicida*, *femicidio* [*femicide*], en *The Confessions of an Unexecuted Femicide*, de William MacNish, donde escribió acerca del asesinato de una joven a la que había seducido, embarazado y abandonado (citado por Diane Russel en *Femicide in Global Perspective*, Teachers College Press, Nueva York, 2001).

La voz había sido usada también por John Corry en *Satirical View of London at the Commencement of the Nineteenth Century*, Kearsley, Londres, 1801, p. 60. El autor, historiador y periodista, señalaba que debía castigarse con ese delito a quienes seducían a las mujeres: “el monstruo que traicione a una virgen y la condene a la infamia, es un auténtico asesino”.

como el occidental o el interlingua, a pesar de su sencillez e inteligibilidad, en especial para los hablantes de lenguas romances.⁷ En cambio la aplicación de la norma está asociada a decisiones coercitivas que le dan otra dimensión.

Además de la imposición coactiva de la norma, en los casos extremos, en todo sistema de normas existe la aspiración razonable de su cumplimiento espontáneo. Tanto es así, que desde las fórmulas jurídicas romas se acuñó el brocardo de que la ignorancia de la ley no excusa su cumplimiento.⁸ Aunque se trata de un principio que hoy rige en especial en el derecho penal, se extiende de manera general a todo el ordenamiento jurídico. Por supuesto, en un Estado constitucional debe tomarse con reservas la absolutidad de ese principio, como ya lo hicieron los propios romanos por una doble vía: admitían que en las relaciones civiles el desconocimiento del derecho no perjudicaba a los menores de 25 años ni a las mujeres, y que el error de derecho impedía la obtención de un beneficio, pero no la evitación de un daño.⁹

Desde su origen, la fuerza de la norma escrita residió en su conocimiento por parte de los gobernados. De ahí la práctica de la epigrafía en metal, en piedra y a veces sólo en madera, presente en las principales culturas de la Antigüedad. El hecho de que pocos supieran leer no impedía que ayudaran a los iletrados y que la tradición oral hiciera su parte. La estabilidad de la norma, traducida en largos periodos de vigencia, era otro factor que contribuía a su conocimiento. Cicerón, por ejemplo, refería que los niños de su generación debían memorizar la Ley de las Doce Tablas, que para entonces llevaba cuatrocientos años en vigor, y

⁷ El ideal de una lengua universal fue expuesto por Leibniz en 1679. En una carta dirigida al duque Juan Federico decía que una “lengua o escritura universal” sería aprendida en “algunas semanas” y se extendería “con facilidad por todas partes”. G. W. Leibniz, *Escritos de filosofía jurídica y política*, edición de Jaime Salas Ortueta, Editora Nacional, Madrid, 1984, pp. 220 y ss.

⁸ *Ignorantia juris neminem excusat* (la ignorancia de derecho a nadie excusa); *nemo potest ignorare leges* (nadie puede ignorar las leyes); *ignorantia facti, non juris excusatur* (se excusa la ignorancia de hecho, no la de derecho), se infiere de *ignorantia vel facti, vel juris est* (la ignorancia es de hecho, o de derecho), Paulo, D.22.6.1. Más adelante el mismo Paulo agrega: *Regula est. Iuris quidem ignorantia cuique nocere* (Es regla que a cualquiera perjudica la ignorancia de derecho), D.22.6.9. El Código de Justiniano dedicó un título a *De juris et facta ignorantia*, C.i.18.

⁹ Véase Guillermo F. Margadant, *Derecho romano*, Porrúa, México, 2000, p. 334.

relacionaba la decadencia de la república con la pérdida de ese tipo de costumbres cívicas.¹⁰

En nuestro tiempo es posible distinguir entre las normas de alta complejidad técnica, cuya elaboración y aplicación incumben a los especialistas, y las que tienen relación con la formación de la cultura cívica y con el interés cotidiano de las sociedades. Entre éstas, la principal es la Constitución, por ser el eje del sistema jurídico y la base de las libertades y de los derechos de cada comunidad política. Por su relevancia en cuanto a las libertades y la seguridad jurídica y física, las normas penales forman parte del conjunto de disposiciones cuya claridad y precisión resultan indispensables para la salvaguarda de los derechos.

La utilización del lenguaje de género se exige, de manera muy enfática, en la redacción de los textos constitucionales, sin advertir el posible impacto que puede tener en cuanto a su claridad. Comparto todas las decisiones normativas que contribuyan a la igualdad y a la equidad en la situación jurídica de las mujeres, pero tengo serias dudas de que forzar la redacción de las leyes, haciéndolas menos inteligibles, sirva a esa causa.

En Venezuela, el Código Penal de 2000, redactado un año después de haber sido aprobada la Constitución, dispone:

Artículo 407.- El que intencionalmente haya dado muerte a alguna persona será penado con presidio de doce a dieciocho años.

Como puede observarse, se sigue utilizando el género masculino cuando se alude a “el” y “penado”, sin desdoblar a “la” y “penada”. Esta misma forma de redacción, acertada, es la que se emplea en todo el Código. En contraste, la Constitución de ese país sí desdobla, como puede verse en este ejemplo:

Artículo 27.- ... La acción de amparo a la libertad o seguridad podrá ser interpuesta por cualquier persona, y el **detenido** o **detenida** será

¹⁰ Marco Tulio Cicerón, *De las leyes*, II.23.59, Las XII Tablas fueron redactadas en los años 451-450 a.n.e. y Cicerón escribió su obra en el 52.

puesto bajo la custodia del tribunal de manera inmediata, sin dilación alguna...

Otro tanto sucede en el 44:

Toda persona detenida tiene derecho a comunicarse de inmediato con sus familiares, **abogado** o **abogada** o persona de su confianza, y éstos o éstas, a su vez, tienen el derecho a ser **informados** o **informadas** del lugar donde se encuentra la persona detenida...

Aquí puede advertirse que se alude al **detenido** y a la **detenida** (aunque no se advirtió el error de construcción al decir que la **detenida** será **puesto** en custodia), **abogado** y **abogada**, **informado** e **informada**. En estricto derecho podría argumentarse que, si la Constitución diferencia en función del sexo y el Código Penal no lo hace, significa que no está previsto el castigo para la mujer que dé muerte a otra persona. Es evidente que ésta no es la intención del legislador ni la práctica jurisdiccional en ese país, por lo que todo lo que se ha conseguido en la norma suprema es introducir un elemento de dificultad en su redacción y lectura, y de confusión en las instituciones jurídicas.

CONSIDERACIONES FINALES

La claridad en la escritura de las leyes ha sido una preocupación cultural a lo largo de los siglos. Son ilustrativos los ejemplos de los sabios hispanos Quintiliano¹¹ e Isidoro,¹² y de Justiniano,¹³ para sólo mencionar esas fuentes clásicas.

¹¹ En el siglo I Quintiliano decía: “El texto de la ley escrita o es claro, o es oscuro, o es ambiguo”, *Institutionis oratoriae* (*Sobre la formación del orador*), VII.5.5; “Tengamos nosotros la claridad como la virtud principal de la expresión [...] en todos los aspectos”, *idem*, VIII.2.22.

¹² En el siglo VI Isidoro decía: “La ley será honesta, justa, posible [...] necesaria, útil, clara, no vaya a ser que por su oscuridad induzca a error”, *Etimologías*, V.21.

¹³ Las obras encargadas por el emperador Justiniano a un grupo de juristas, encabezado por Triboniano, tenían por objeto rescatar y sistematizar las normas vigentes en el pasado, y seleccionar

No menos relevante es la obra de Alfonso X. En *Las siete partidas*, redactadas por orden del rey sabio en el siglo XIII (1256), se dice:

Entenderse deben las leyes bien, e derechamente, tomando siempre verdadero entendimiento dellas a la más sana parte y más provechosa, según las palabras que fueren puestas. E por esta razón no se deben escrevir por abreviaturas, mas por palabras cumplidas: e por ende dijeron los sabios que el saber de las leyes non es tan solamente aprender e decorar las letras dellas, **mas el verdadero entendimiento dellas**.¹⁴

En la era moderna ofrece un buen modelo el caso de Stendhal, quien escribe a Balzac que “Al redactar la *Cartuja*, para tomar el ritmo, cada mañana leí dos o tres páginas del Código Civil, con objeto de ser siempre natural”.¹⁵ Es un elocuente reconocimiento de la calidad estilística con la que está redactada esa ley.

En cuanto a las constituciones actuales, sobresalen por la precisión de su redacción las de Francia, Italia, Portugal y Suiza, en Europa; y

los textos esenciales del derecho para proporcionar a los nuevos juristas los instrumentos necesarios en su formación y en su desempeño profesional. Estas obras fueron cuatro: *Código* (año 529), recopilación de leyes; *Digesto* (año 533), compilación de la doctrina jurídica previa; *Instituciones* (año 533), manual para la enseñanza del derecho; y *Novelas* (última edición, año 578), conteniendo las constituciones o leyes publicadas por el propio Justiniano y algunos de sus sucesores. Las obras fueron agrupadas mil años más tarde, en 1583, por el jurista francés Dionisio Godofredo bajo el título con el se les conoce en la actualidad: *Corpus juris civilis* (Cuerpo de derecho civil). Esta obra orientó las elaboraciones legislativas de la era moderna conforme a los principios de generalidad, concisión y claridad.

¹⁴ Partida 1, título 1 ley 13. En el *Fuero Real* (ca. 1255) Alfonso el Sabio reitera: “La ley debe ser manifiesta que todo ome la pueda entender, e que ninguno sea engañado por ella, e que sea convenible de la tierra e al tiempo, o sea onesta, e derecha, e igual, e provechosa”. Libro 1, título VI, ley 2. Alfonso atribuye a su padre, Fernando III, la orden de elaborar *Las siete partidas*; también fue Fernando quien dispuso la compilación de las reglas de los monarcas visigodos en la obra luego conocida como *Fuero juzgo*. También en este texto de la alta Edad Media se alude a la claridad de las leyes: “nos debemos dar ayuda de salud por el fazimiento de las leyes [...] e queremos enseñar en qual manera se debe fazer la ley y en qual manera el qui la faze debe aver enseñamiento o arte de la fazer...”, Libro 1, título 1, numeral 1.

¹⁵ Citado por Daniel de Broglie, “La langue du Code civil”, Academia de Ciencias Morales y Políticas, París, sesión del 15 de marzo de 2004.

de Colombia, en América. Aun así, el cultivo del estilo legislativo no es una tarea prioritaria. Pocos países cuentan con protocolos de estilo para la redacción de sus normas¹⁶ y en varios casos las reglas de estilo figuran en los textos de procedimientos legislativos, aunque no corresponden a esa materia.

Bajo la dirección de Santiago Muñoz Machado fue elaborado el *Libro de estilo de la justicia*,¹⁷ sin duda un texto modélico. Con una estructura semejante podría plantearse la redacción de un *libro de estilo de legislación*, mediante una colaboración de las Academias de la Lengua con órganos legiferantes nacionales, a efecto de contar con una orientación adecuada en la redacción de todo tipo de normas.

En términos generales puede entenderse que las normas de contenido técnico son para especialistas, lo que exige que la precisión y el rigor del lenguaje utilizado no distorsione el contenido y los objetivos que se persigan. De la misma forma conviene tener presente que las constituciones no tienen por qué ser exhaustivas en sus enunciados, en tanto que son normas básicas. Empero, la tendencia del constitucionalismo latinoamericano es en el sentido de una progresiva inflación de los textos constitucionales. Las causas, a las que se hizo referencia más arriba, son conocidas mas no insuperables. La combinación de una buena técnica y una adecuada redacción permitirán invertir esa orientación.

Las constituciones tienen una función jurídica, como base del ordenamiento de un Estado, y una función cultural como factor relevante de la cohesión social. Esta última sólo se cumple si las constituciones son inteligibles.

Para ser leídas y entendidas por personas de todas las edades y con todo tipo de preparación, las constituciones deben estar redactadas con el mejor estilo posible. En el siglo XVIII Montesquieu afirmaba que las leyes

¹⁶ Por ejemplo: en Costa Rica la Asamblea Nacional publicó *El estilo de la ley*, vv. AA. (1995); en Ecuador el Ministerio de Planificación formuló el *Manual de estilo y redacción* (2014); en México el Senado de la República publicó *Redacción legislativa*, de Miguel López Ruiz (2002); en Uruguay el Parlamento editó un *Manual de redacción legislativa* (2015).

¹⁷ Edición de la Real Academia Española, el Consejo General del Poder Judicial y Espasa, Madrid, 2017.

“están hechas para gente de entendimiento medio”.¹⁸ Este postulado era aceptable en su época, pero no en otra que vive realidades científicas y tecnológicas no imaginadas hace apenas unas décadas.

En cambio, a diferencia de las normas de alto contenido técnico, las constituciones no son textos para expertos y en esto sigue siendo válida la aseveración de Montesquieu. Esto implica que su redacción sea clara y accesible a la par que rigurosa y precisa, porque al tiempo de ser legibles por parte de todos los gobernados, son el pilar sobre el que se edifica el complejo sistema jurídico del Estado.

La adhesión espontánea a la Constitución parte de que se la conozca, entienda y comparta. Una buena parte del éxito del Estado constitucional reside en que los destinatarios de la norma suprema son los principales actores en la exigencia de su cumplimiento. Todos los estudios contemporáneos de sociología del derecho indican que esa adhesión corresponde a la cultura jurídica y cívica, cuyo mayor desarrollo permite absorber las tensiones de las sociedades complejas y propicia conductas cooperativas para hacer viables las prácticas democráticas y la observancia de los derechos fundamentales.¹⁹

Para forjar esas expresiones culturales también son necesarias acciones convergentes que complementen la buena redacción de los textos. Entre esas acciones pueden considerarse las siguientes —que fueron propuestas a la discusión de una mesa de trabajo por los profesores Ricardo Rivero, de la Universidad de Salamanca, y Juan Carlos Cassagne, de la Universidad de Buenos Aires—:²⁰ incluir en los planes de estudio de las carreras de derecho la formación en lenguaje jurídico, y promover la normalización del lenguaje jurídico mediante acciones de colaboración de las Academias

¹⁸ Montesquieu, *De l'Esprit des lois*, Gallimard, París, 1995, t. II, p. 1033.

¹⁹ La función cultural de la ley fue vista con entera claridad por Rousseau, para quien la enseñanza “de las máximas de la voluntad general” significaba la mejor forma de preparación cívica. Distanciándose de Sócrates y de Platón afirmaba que: jamás habrá un pueblo de sabios, pero que sí es posible un pueblo feliz de ciudadanos a partir de que sepan sus derechos y sus deberes; véase J. J. Rousseau, “Economie politique”, en *Œuvres politiques*, edición de J. Roussel, Garnier, París, 1989, pp. 132 y 136.

²⁰ VIII Congreso Internacional de la Lengua Española, Córdoba, Argentina, marzo 27-30 de 2019.

de la Lengua Española con congresos y parlamentos, ministerios de educación y cultura, medios de comunicación y partidos políticos, con la participación de universidades y de otras academias, en especial de ciencias jurídicas, políticas y sociales.

En cuanto al lenguaje inclusivo o de género, convendrá emprender un esfuerzo internacional, compartido por las Academias de la Lengua Española, más la francesa y la portuguesa, por ejemplo, además de universidades y organismos internacionales, para buscar y ofrecer respuestas constructivas a la comprensible exigencia de superar algunos atavismos en el uso de la lengua, y para apaciguar un debate que debe mantenerse en el ámbito de la cordura.

Un cambio de la magnitud que se requiere en cuanto al lenguaje jurídico, incluido el de las constituciones, llevará tiempo y exigirá considerables esfuerzos. El derecho, como la lengua, siempre está en construcción.

SOBRE “EL CEMENTERIO MARINO” DE PAUL VALÉRY*

Eduardo Lizalde

En ocasión de su lectura estatutaria, don Eduardo Lizalde comentó acerca de la traducción del poeta español Jorge Guillén del célebre poema “El cementerio marino” de Paul Valéry. Mencionó que en alguna conversación con su amigo Octavio Paz le cuestionó por qué no había intentado traducir el poema de Valéry, a lo cual Paz respondió que “traducirlo sería un acto herético, el poema es perfecto, no hay nada que agregarle”. Narra que, a pesar de que Guillén deseaba calcar el poema al español utilizando el verso endecasílabo, la traducción no es fiel al texto en francés, aunque sí sonoramente muy bella; razón que bastó a Valéry para considerarla perfecta.

Lizalde reconoció que la traducción de una obra monumental y tan ejemplar implica un esfuerzo y una reflexión literaria que se corresponden con la condición del poema; así pues, él se dispuso a fraguar su propia versión utilizando el verso alejandrino como base:

Ese techo tranquilo en que marchan palomas
entre los píos palpita y entre las tumbas
el justo meridiano hace de fuego el mar,
el mar, el mar, el mar, siempre recomenzando
qué mejor recompensa tras un pensamiento
que una larga mirada a la calma de los dioses.

* Resumen de la lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 13 de junio de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

Qué puro trabajo de destellos consume
 tantos diamantes de espuma imperceptible
 y qué paz parece entonces concebirse
 cuando sobre el abismo un sol se posa
 trabajos puros de una eterna causa
 el tiempo cintila y el sueño es saber.

Estable tesoro y simple templo a Minerva
 mole de calma y visible reserva
 agua siempre bullente, algo que ocultas en ti
 tanto sueño atrás de un velo de flama
 oh mi silencio, edificio en el alma
 mas bruñido de oro con mil tejas. Techo.

Templo del tiempo que un solo suspiro resume
 a este punto puro asciende y me acostumbro
 envuelto por la imagen del paisaje marino
 y como una alta ofrenda que le rindo a los dioses
 la alta cintilación serena me parece
 desde el cielo un soborno y desdén...

En su propuesta Lizalde explicó que intentaba reproducir un poema emblemático e intraducible, adaptarlo a una lengua comprensible y a un ritmo audible según las pautas de nuestro español actual. A pesar de que existen diferentes traducciones, continuó, todas ellas recurrieron a la glosa, a la deformación personal del oído y ninguno se atiene al sentido del poema original. Lo importante de su labor en este caso es conseguir una materia legible de algo intangible e inalcanzable, concluyó.

RASGOS FILOSÓFICOS EN EL *FAUSTO* DE GOETHE*

Mauricio Beuchot

INTRODUCCIÓN

Carl Gustav Jung, que fue tan afecto a los misterios y secretos, entre ellos el de la alquimia, dijo que el *Fausto* de Goethe era un símbolo, precisamente de la filosofía espagírica. Era símbolo en el sentido de ser “expresión de una esencia desconocida”.¹ Pero, también, como a él le interesaba destacar la analogía entre esa arte y la suya, la psicología, que él llamaba “profunda”, lo veía como un símbolo del hombre. Con todo, yo creo que ese libro es, además, un microcosmos.

Por eso me interesa aquí abordar esa obra inmortal, porque es un símbolo del ser humano. Y, si éste es el microcosmos, ese libro es un símbolo suyo, uno de ellos, y por lo mismo él es también un microcosmos, uno de ellos.

En lo que sigue haré una breve exposición de algunos rasgos que creo encontrar en esa tragedia, que tanto ha dado de qué hablar. Solamente para beneficiarme del fermento filosófico tan vital que contiene, y que, por lo mismo, nos puede dar un poco de vitalidad para nuestra filosofía de hoy.

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 8 de agosto de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

¹ C. G. Jung, *Sobre el fenómeno del espíritu en el arte y en la ciencia*, Trotta, Madrid, 1999, p. 87. También dice: “Antes de este cambio tan reciente, la alquimia alcanzó su cumbre —y con ella llegó a su momento crucial histórico— en el *Fausto* de Goethe, impregnado de pensamientos alquimistas de principio a fin” (*Psicología y alquimia*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977, p. 406).

EL BAGAJE FILOSÓFICO DE GOETHE

Comenzaré con algunas indicaciones indispensables sobre el conocimiento filosófico del autor del *Fausto*. Johann Wolfgang von Goethe (Fráncfort, 1749-Weimar, 1832) era muy erudito, además de buen escritor, por lo que tuvo que estar informado de corrientes y autores filosóficos. El conocimiento de esto nos daría la clave para leer bien su obra, tan rica y misteriosa, de la que esperamos obtener elementos de esta disciplina.

Está bien comprobado que Goethe recogió ideas de Spinoza. Lo leyó y se contagió de su panteísmo, que él polarizaba hacia la naturaleza, como una especie de monismo.² Su lectura de ese autor sucedió por primera vez en 1784-1785 gracias a Herder y a Jacobi. Al igual que a todos esos románticos como Hölderlin y Schelling, lo extasió la idea del “Uno y todo” (*hen kai pan*) que venía de los estoicos y llegaba a Spinoza. Luego pasó Goethe a las doctrinas de Giordano Bruno, por la mediación de Bayle, y a los místicos como Agrippa y Paracelso.³ También se ha señalado el influjo de Swedenborg.⁴

Goethe fue arrastrado también por Rousseau, con sus excesos naturalistas.⁵ Nuestro poeta alemán tuvo afanes religiosos, pero no en iglesias establecidas; por eso le dio por la magia, la teosofía y la alquimia.⁶ Participó del *Sturm und Drang*, ese movimiento germánico previo al Romanticismo. Conoció a Herder, antikantiano, cuya influencia recibió. Leyó al holandés Hemsterhuis, enemigo de Spinoza; y a Hamman, el mago del norte, enemigo de Kant.⁷ Tuvo “la obsesión platónica de la *Urpflanze* o planta de las plantas, lo uno que se oculta tras lo múltiple”.⁸

² W. Dilthey, “Goethe y Spinoza”, *De Leibniz a Goethe*, 1ª reimp., Fondo de Cultura Económica, México, 1978, vol. 3, pp. 361 y ss.

³ *Ibid.*, p. 369.

⁴ G. Santayana, *Tres poetas filósofos. Lucrecio, Dante, Goethe*, Losada, Buenos Aires, 1943, pp. 169 y ss.

⁵ A. Reyes, *Tiayectoria de Goethe*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954, p. 17.

⁶ *Ibid.*, p. 18.

⁷ *Ibid.*, p. 50.

⁸ *Ibid.*, p. 61.

Además, conoció a la madre de Schopenhauer y a este último, al que hizo mirar hacia el Oriente.⁹

A pesar de que Jacobi le recomendaba leer a Kant (*Crítica de la razón pura*, *Fundamentos de la metafísica de las costumbres* y *Primeros principios metafísicos de la ciencia y de la naturaleza*), Goethe no se animaba a hacerlo, y menos con los consejos contra Kant que recibía de Herder. A pesar de Reinhold, tan kantiano, nuestro poeta alemán poco se atrevió a hurgar en la *Crítica de la razón pura*, pero abordó la *Crítica del juicio*, más acorde con sus ideas:

desinterés del arte y de la naturaleza, avenimiento de la estética y la teleología —reinos que él trataba de relacionar— y repudio de las causas finales. Sin duda le complace, asimismo, la aceptación del arquetipo y de la noción evolutiva de las especies. Es decir: espiga en Kant lo que le conviene.¹⁰

Le disgusta la idea kantiana del mal radical, en *La religión en los límites de la razón pura*, y, en cambio, le agrada la *Doctrina de la ciencia* de Fichte, como se lo hace saber a éste por carta. La razón es que reconcilia la filosofía con el sentido común.¹¹ Tan es así, que hizo nombrar a Fichte profesor en Jena.

Goethe fue iniciador de muchas cosas, aunque no pudo llevarlas a término. Con todo, tiene el mérito de la intuición primordial y originadora.

Dejaba trazados mil senderos: el lirismo personal, el drama gótico, el romanticismo, la moderna tragedia, un nuevo clasicismo y el concepto de la “literatura mundial”; el entendimiento filosófico de la ciencia, el transformismo y el darwinismo; el sentido general de lo europeo y la futura sociedad de naciones; el ideal de superación constante y de sabiduría moral; el respeto del orden divino y la liberal comprensión del orden humano; la reivindicación de la poesía como trama y como norte de la existencia.¹²

⁹ *Ibid.*, p. 78.

¹⁰ *Ibid.*, p. 101.

¹¹ *Ibid.*, p. 102.

¹² *Ibid.*, pp. 167-168.

Trató de conjuntar filosofía y poesía. Más del lado de esta última que de aquella. Se quedó en una poesía filosófica, y no llegó a una filosofía poética. Pero hizo bastante con eso, y nos dejó tarea por hacer, por continuar.

Esa poesía filosófica tuvo una divinidad, bastante panteísta, al modo de Spinoza, los estoicos y los neoplatónicos. En efecto, para Goethe, “al Dios-Razón sucede el Dios-Naturaleza. La naturaleza no es ya el objeto inanimado de la ciencia, sino un sujeto, un inmenso ser palpitante”.¹³ Dio el inicio de lo que harán los románticos, con su adoración de la naturaleza. Sobre todo el de su filósofo, que fue Schelling. Filósofo romántico, cargado de poesía, pero que se atrevió, así, a hacer filosofía poética, en seguimiento de Goethe, y en la búsqueda de dar continuidad y cumplimiento a su empresa.

Todo esto se refleja en su genial obra. Spinoza pone el ambiente monista; Swedenborg, el paso de lo terrenal a lo espiritual y a lo celestial; Paracelso, la filosofía espagírica de los alquimistas; igualmente, el influjo de los clásicos, sobre todo griegos, que era el mundo ideal de los alemanes: pero también lucha su cristianismo, el cual le hizo fuerza para determinar el destino de su héroe.

Veremos algunos de esos rasgos en unos cuantos pasajes de la tragedia, para ejemplificar lo que percibo en su texto. Ello nos servirá para profundizar en las doctrinas filosóficas que se encuentran plasmadas en él. Luego meditaremos un poco sobre ellas.

ALGUNOS PASAJES SOBRE EL TEMA

Al inicio de la obra, Fausto abre un libro y en él contempla el símbolo del macrocosmos, y exclama:

¡Ah y qué delicia fluye de esa visión y de repente inunda mis sentidos todos! Siento una juvenil, sagrada, dicha vital correr con nuevo ardor por mis nervios y venas. ¿Fue un Dios quien escribió estos signos, que calman

¹³ *Ibid.*, p. 169.

mi íntima inquietud, colman mi pobre corazón de alegría, y con misterioso impulso, en torno mío, descubren los poderes de la Naturaleza? ¿Soy un dios yo? ¡Lo veo todo tan claro! Intuyo en esos puros trazos, en ellos latente, la fuerza operante de la Naturaleza delante de mi alma. Ahora es cuando por primera vez reconozco lo que dice el sabio: “No está cerrado el mundo de los espíritus; cerrado está tu sentido, muerto tu corazón. ¡Arriba, discípulo! Baña gozoso el pecho terrenal en el rosicler de la mañana.” (*Contempla el signo.*) ¡Cómo todo se entreteje en el todo y lo uno obra y vive en lo otro! ¡Cómo las celestiales potencias suben y bajan y se pasan unas a otras el áureo cubo! ¡Con vaivén que exhala bendiciones bajan del cielo y penetran la tierra, y hacen vibrar armoniosa y totalmente el Universo todo!¹⁴

Así, pues, Fausto contempla el símbolo del macrocosmos, que es el universo entero, el cual tiene como réplica al microcosmos, que es el hombre. Sabe que Dios trazó ese mapa, y se pregunta si él mismo es un dios, por el conocimiento que adquiere, por sólo contemplar ese símbolo, que lo remite a todas las cosas y sus actividades. Más aún, ve todas las cosas existiendo unas en otras, las celestiales, las espirituales y la materiales, que se pasan el cubo de oro, el cual representa el que cada una hace su función y colabora a la armonía del cosmos.

La alquimia está presente en el drama, pues Fausto dice:

Era mi padre un hombre oscuro, que honradamente, pero a su manera, con maniático tesón, andaba siempre meditando sobre la Naturaleza y sus sagrados círculos, que, en compañía de adeptos, enterrábase en la negra cocina, y a fuerza de infinitas recetas lograba fundir los elementos que mutuamente se repelen. Formábase primero un bermejo león, un audaz pretendiente, que en el baño tibio desposábase con la azucena, y ambos después, con un franco llameante fuego, eran atormentados de una en otra alcoba nupcial. Aparecía luego con abigarrados colorines la joven reina

¹⁴ J. W. Goethe, *Fausto*, trad. R. Cansinos Assens, Aguilar, México, 1976, Primera parte, acto único, p. 31.

en el vaso, y allí estaba ya la medicina; moríanse los pacientes y nadie preguntaba.¹⁵

Aquí habla de un alquimista que, con otros adeptos del arte, ensayaba con la naturaleza, para fusionar elementos contrarios entre sí. Menciona después términos que usaban los alquimistas, como “león rojo”, “azukena”, que eran diversos metales, los cuales pasaban por diversas cámaras o fases, hasta que aparecía “la joven reina”, que era la medicina. Es notable el carácter dialéctico y de coincidencia de opuestos que reinaba en la alquimia.

También encontramos la proclamación de la energía y del acto, en tonalidades románticas. Fausto abre un libro, lo contempla y dice:

“Escrito está. Al principio era el Verbo”. ¡Aquí me paro ya! ¿Quién me ayudará a seguir adelante? No puedo hacer tan imposiblemente alto aprecio del Verbo; tendré que traducirlo de otro modo si el espíritu me ilumina bien. Escrito está: “En el principio era la mente”. Medita bien el primer renglón, de suerte que tu pluma no se precipite. ¿Es en verdad la mente la que todo lo hace y crea? Debiera decir: “En el principio era la fuerza”. Pero, no obstante, algo me advierte que me quede en ello. Viene en mi ayuda el espíritu. De repente veo claro y osadamente escrito: “En el principio era la acción”.¹⁶

Es un pasaje muy conocido y citado, pero es emblemático de lo que se contiene en el *Fausto*. Es el dinamismo de lo orgánico que se da en Goethe y en el romanticismo.

Mas, a pesar de ese ambiente romántico, o quizá gracias a él, hay también resonancias medievales, pues, al poco, Mefistófeles afirma:

Dígame la modesta verdad. Si el hombre, ese mundillo de locos, suele tenerse por un todo..., yo soy una parte de la parte, que en un principio lo era todo; una parte de la tiniebla que partió a la luz, esa luz orgullosa que ahora le disputa a la noche de las madres la antigua jerarquía y el espacio,

¹⁵ *Ibid.*, pp. 48-49.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 54-55.

aunque, sin embargo, no logra su pretensión, ya que, por más que haga, siempre vive pegada a los cuerpos.¹⁷

El llamar “mundillo” al hombre es alusión a su carácter de microcosmos o mundo en pequeño. Éste es alocado porque se cree un todo, siendo que es parte. Pero, en especial, se menciona el todo del universo, y que todo está en todo, que es el *en kai pan* (uno y todo) de los griegos, y del monismo de Spinoza, al que fueron tan afectos los románticos, y entre ellos Goethe. Todo es uno y el uno es todo, es decir, es el monismo panteísta que se percibe en esos pensadores.

Dice Mefistófeles que tendría que unir muchas cualidades en Fausto, como la bravura del león, la ligereza del corzo, la sangre ardiente del italiano y la flema del hombre del norte, y añade:

Dejad que encuentre para vos el secreto de unir la grandeza de ánimo a la astucia y de enamorarse con cálidos arranques juveniles; mas con arreglo a un calculado plan. Si a un hombre así yo conociera, llamaré el señor Microcosmos.¹⁸

Otra vez resuena la posibilidad de unir los contrarios, lo cual se podría hacer en el microcosmos, por eso le daría ese nombre al hombre en el que pudiera hacerse esa coincidencia de opuestos. Está muy presente, como se ve, la idea del ser humano como un microcosmos o mundo en compendio. Es síntesis de los opuestos, porque es resumen de todo, es el análogo del universo, su ícono apropiado.

Igualmente, se hace un repaso del saber de aquel tiempo, a propósito de lo que se enseñaba en las universidades, pues Mefistófeles aconseja a un estudiante:

Emplead bien el tiempo, que se va tan aprisa; el orden os enseñará a aprovecharlo. Os aconsejo, pues, mi caro amigo, que entréis primero en el Collegium Logicum. Allí os peinarán debidamente el espíritu, os lo calzarán

¹⁷ *Ibid.*, pp. 57-58.

¹⁸ *Ibid.*, p. 70.

en borceguíes a la española, de suerte que se deslice con más tiento por el camino del pensar y no se tuerza acá y allá y se descarríe. Aprenderéis luego en más de un día que aquello que antaño emprendieréis de golpe y porrazo, como comer y beber libremente, se ha de hacer en tres tiempos: ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres! En realidad, comparo yo la fábrica de los pensamientos con un telar en el que a golpe de pedal muévense mil hilos, suben y bajan las devanaderas y corren invisibles los cabos, y un golpecito solo fragua miles de combinaciones; pues eso mismo deberá hacer el filósofo que allí penetra y os adoctrina. Lo primero tiene que ser así, lo segundo asá, y de ahí se deriva lo tercero y luego lo cuarto; y si no existieran lo primero y lo segundo, pues no tendríamos nunca lo tercero y lo cuarto. Así doquiera cántanlo los discípulos, pero ninguno de ellos llega a ser tejedor. Quien aspira a reconocer y describir alguna cosa viva, busca ante todo desentrañarle el espíritu; luego, ya tiene en sus manos las partes y sólo falta, ¡por desgracia!, el lazo espiritual. “Enchiresin naturae” llama a eso la alquimia, se burla de sí misma y no lo nota.¹⁹

Sensatamente, le aconseja comenzar por la lógica, como se hacía en las escuelas, para tener método. A eso se refiere cuando habla del orden, para hacer con reglas de inferencia lo que hacía de manera directa. Habla de la ilación, como un telar, en el que se hilan los pensamientos. El filósofo enseña a argumentar, y Mefistófeles hace una parodia del silogismo, sólo que a cuatro términos, por lo que es inválido, no sigue una de sus reglas. Pone como obvio lo que se enseña en la lógica: si hay antecedentes, hay consecuentes. Pero el gran reto es obtener vida, materia viviente, que es lo que buscaba en el fondo la alquimia, con su ideal del homúnculo. Pero ahí está lo malo: se tienen las partes, mas falta el vínculo espiritual para unir las. Se tiene el análisis, pero lo difícil o imposible es lograr la síntesis.

Después de la lógica viene la metafísica, como aconseja estudiar el mismo Mefistófeles:

¹⁹ *Ibid.*, pp. 73-74.

Luego, antes que toda otra cosa, deberíais aplicaros a la Metafísica. Allí veréis cómo aprendéis con profundo sentido aquello que no cabe en el caletre humano; lo que cae dentro y lo que no. ¡Magnífico vocablo pronto a nuestro servicio! Pero, ante todo, este medio año habéis de daros cuenta del orden mejor. Cinco horas tendréis cada día: a toque de campana entraréis en el aula. Si previamente os habéis preparado y estudiado los apuntes, veréis luego mejor que no dice nada el maestro que no esté ya en el libro; pero, no obstante, os aplicaréis a escribotear como si os dictara el propio Espíritu Santo.²⁰

La metafísica tiene esa mala fama de abordar temas sutiles, tanto, que no tienen ninguna consistencia y que se evaporan en el aire. Consta de puros nombres, como se sugiere allí, es un nombre famoso para naderías. Parece que se dice eso desde una postura muy nominalista.

De manera clara, vuelve Mefistófeles a mencionar el macrocosmos y el microcosmos cuando dice: “Veremos el mundo pequeño y luego el grande. ¡Con qué placer y qué provecho vas a hacer de bóbilis el curso!”.²¹ También puede referirse a lo alocado que es el mundillo humano, pero siempre permanece en la consideración del microcosmos relacionado con el macrocosmos, pues también se pensaba que la sociedad debía reflejar el orden del universo, cosa que nunca ha sucedido de verdad.

Mefistófeles le reclama a Fausto que ha filosofado sobre demasiadas cosas, sin llegar a profundizarlas, ni siquiera a conocerlas bien:

¡Oh santo varón! Pero ¿en esas estamos? ¿Es la primera vez en nuestra vida que dais un falso testimonio? ¿No habéis sentado con gran calor definiciones de Dios, el mundo y cuanto en él se mueve, y del hombre y de cuanto en su cabeza y su corazón se agita, con frente descarada y pecho audaz? ¿Y habéis ahondado en esas cosas, sabéis de ellas más, confesadlo sin rebozo, que de la muerte del señor Schwerdtlein?²²

²⁰ *Ibid.*, p. 75.

²¹ *Ibid.*, p. 78.

²² *Ibid.*, p. 123.

Esto es, se refiere a algo de lo cual Fausto no tenía ningún conocimiento, y, así como desconoce esos pormenores de la vida social, así también ignora las cosas esenciales de la naturaleza.

El aprendiz de Fausto, de nombre Wagner, logra hacer el homúnculo de los alquimistas en el laboratorio. Ese homúnculo u hombrecillo era lo que buscaban los alquimistas, pretendidamente un pequeño hombre o niño, que propiamente significaba más bien la piedra filosofal misma. Tiene una redoma en un horno, y en ella ve los procesos que se van dando, hasta que aparece el homúnculo en el vaso. Incluso el hombrecillo se dirige a Fausto, que está supervisando la obra y que es el primero a quien ve, y le dice, desde la redoma:

¡Hola, papaíto! ¿Cómo estás? ¡Luego no era broma! Ven, estréchame tiernamente contra tu corazón; pero no con demasiada vehemencia, no sea que salte el cristal. Tal es la propiedad de las cosas: a lo natural apenas le basta el Universo, pero lo artificial pide espacio cerrado.²³

Es curioso darse cuenta de que, aunque tendría que ser un bebé, es ya una especie de hombrecito que habla y razona.

Más adelante, Proteo ve al homúnculo y se extraña, y como es en el momento en que Fausto visita a los filósofos griegos presocráticos, se da este diálogo entre ellos:

PROTEO. – (*Asombrado.*)

¡Un enanillo refulgente! Jamás vi cosa igual.

TALES

Consejo pide y anhela nacer. Igual que tú, según tengo entendido, no está, por caso raro, sino nacido a medias. No le faltan cualidades espirituales,

²³ *Ibid.*, Segunda parte, acto II, p. 284.

pero sí mucho tocante a propiedades tangibles. Hasta ahora sólo el cristal confíerele peso; pero él desearía corporeizarse.

PROTEO

¡Eres un verdadero hijo de virgen; antes de ser, ya eres!

TALES - (*Quedo.*)

También en otro aspecto me parece crítico el caso: opino que es hermafrodita.²⁴

Aquí se ve que el homúnculo está ya formado, como un enano luminoso, pero no alcanza a nacer, esto es, a estar fuera de la redoma. Por eso pide consejo y ayuda para nacer; pues, aun cuando tiene visos de inteligencia, o cualidades espirituales, le falta tener verdadero cuerpo, es decir, pertenecer a la naturaleza, pues su carácter artificial es claro. Además, como pensaban los alquimistas, tenía que ser hermafrodita, porque resultaba de la unión de lo masculino y lo femenino, del sol y la luna, o de metales contrarios.

REFLEXIÓN

Las influencias que recibió Goethe nos aclaran las doctrinas que propone al paso de la narración de la tragedia de Fausto. Era un hombre muy erudito, por lo cual no extraña el cúmulo de tradiciones que confluyen en su obra. Pero, sobre todo, me interesa lo que él nos aporta con su texto, pues tiene suficiente potencialidad para ayudarnos a dar un poco más de vida a nuestra filosofía de hoy.

En cuanto a las influencias, cabe notar que Spinoza aporta la visión *sub specie aeternitatis*, la cual consiste en ver las cosas en su esencia. Por eso,

²⁴ *Ibid.*, p. 334.

alcanza a ver la esencia del hombre en su personaje principal, que es Fausto, colocado entre Dios y el diablo, pero lanzado a ser salvado por la gracia divina. Todo lo que hace Fausto parece colaborar a esa salvación, dada en el servicio de Dios, a través del servicio a los seres humanos.

A propósito de esto, Santayana dice que a Spinoza le debe Goethe todo lo que de serio expuso en su *Fausto*. Fue naturalista y panteísta, pero, a diferencia del holandés, no fue mecanicista en su concepción del universo, fue uno de los que propugnó la visión organicista del mismo entre los pensadores románticos.

Ciertamente, Goethe no era un filósofo sistemático, pero, como afirma Santayana, en su drama plasma su misma autobiografía. A lo cual añade:

Las almas de Rousseau, de Byron y de Shelley están preencarnadas en ese Fausto, resumen de todas las rebeliones románticas. Allí coexisten con las almas de Paracelso y de Giordano Bruno. Piensa que los aspectos salvajes de la naturaleza derretirán y renovarán su corazón en tanto que la magia le revelará los misterios de las leyes cósmicas y le ayudará a explotarlos. Lleno de estas esperanzas, Fausto abre su libro de magia en el signo del Macrocosmos. Este libro le muestra el mecanismo del mundo donde todos los hechos y las fuerzas se entretajan y forman una cadena infinita.²⁵

Esto nos recuerda aquel relato fantástico de Borges que se intitula *El aleph*, letra o signo en el que él llegó a ver todo el universo.

Fausto es un eterno insatisfecho, lo cual nos recuerda la radical insatisfacción de los románticos y su añoranza de lo eterno. Pero se trata de que se contente con lo que tiene, que llegue a querer lo que es él, a aceptarse a sí mismo. Muchas veces se desea el mal por su apariencia de bien. Esto lo sabe Mefistófeles y da razón de ello:

Él mismo explica de un modo ingenioso y profundo el motivo de su complacencia en el mal en vez del bien. La oscuridad o la nada, dice, existieron antes del nacimiento de la luz. La nada o la oscuridad siguen siendo la

²⁵ G. Santayana, *op. cit.*, p. 140.

parte fundamental y, a su entender, la parte mejor de esa mezcla de ser y de privación que llamamos la existencia.²⁶

Esto recuerda a los gnósticos y a Boehme, que hablaban de una nada original que coexistía con Dios y de la que éste sacó todo lo demás. También Campanella veía a la nada como mezclada con el ser.

Es en el proceso animoso, en el viaje, y no en el logro de las metas, en lo que consiste la vida, según la filosofía romántica de Goethe. Y esto es lo que comenta Santayana sobre la totalidad del drama:

[L]a filosofía o filosofías incidentales del *Fausto* de Goethe son, a mi entender, frecuentemente mejores que su filosofía fundamental. La primera escena de la segunda parte, por ejemplo, es mejor, poética y filosóficamente, que la última. Muestra una comprensión más profunda de las realidades de la naturaleza y del alma, y es más sincera. Goethe interpreta allí la naturaleza según Spinoza; no sueña con Swedenborg ni lanza, con Hegel, equívocas paradojas.²⁷

Me parece un tanto extremo el análisis de Santayana, pero me encanta lo que dice de Hegel, que, a diferencia de Goethe, saldría con paradojas equívocas, demasiado “dialécticas”, mientras que el autor del drama es más humano y sincero.

Prefiero a Goethe cuando se aleja de la seriedad de Spinoza, y se tiende al misterio, como lo hizo Swedenborg; me gusta más cuando se parece a Hegel, o lo preludia, y hace dialéctica de los opuestos, o nos muestra “equívocas paradojas”, pues al final sabe sacarlas dialécticamente, pero con la analogía, quitándoles lo equívoco y llevándolas a lo análogo, que es lo más que humanamente podemos hacer.

Porque lo que me enseña Goethe, en su *Fausto*, es una utilización extraña de la analogía. Está presente en la simpatía universal en la que los alquimistas nutrían su trabajo, y los nigromantes su magia. Porque allí se

²⁶ *Ibid.*, p. 147.

²⁷ *Ibid.*, p. 174.

ve la idea del microcosmos, trasunto del macrocosmos, precisamente por ser su análogo o su ícono.

Y allí alcanzo a ver la fascinación que por esa obra sentía Jung, porque es también una analogía psicológica, no sólo alquímica o física, del ser humano. Lo es de su psique reflejada en su deseo, porque el deseo lo constituye. Pero tiene que orientarlo de manera adecuada, es decir, sublimarlo, y precisamente peritos en sublimación eran los alquimistas, que así procesaban las sustancias, para llegar al elíxir de la vida.

CONCLUSIÓN

Al fin un clásico de la literatura universal, el *Fausto* de Goethe nos ha enseñado mucho. Tiene una concepción muy particular de la analogía entre las cosas, que ya estaba en los griegos y pasa a los alquimistas. Spinoza le da un sesgo univocista, es decir, monista y panteísta, lo cual llega a Goethe. Pero encontró una manera de salvar la analogicidad, la cual se da en el hombre.

El hombre es el microcosmos, no tanto porque puede conocer todo, sino porque puede desearlo todo, ser mucho más de lo que de hecho tiene. Nos enseña que el hombre es mucho más de lo que marcan las leyes del mecanicismo físico de Spinoza, e incluso que el organicismo de los románticos. Goethe se supera a sí mismo, como filósofo y como literato, en su *Fausto*. No en balde se ha considerado que es una especie de autobiografía, tal vez en el deseo, de todo lo que quería ser, agotar todo lo que se puede agotar en la existencia humana, y, además, tender a la inmortalidad.

¿ROBOTS CONSCIENTES?*

Roger Bartra

Una manera fácil pero dudosa de abordar y aparentemente resolver el problema de la conciencia artificial consiste en postular que en realidad ya hay conciencia hasta en un termostato, que es un aparato elemental que integra información en un solo sistema. El misterio de la conciencia, desde este punto de vista, se resuelve no por declarar que se trata de una ilusión sino por creer que todo sistema integrado de información es, en alguna medida, consciente. El físico Max Tegmark está convencido de que la conciencia es la forma en que la información *siente*, cuando está integrada en un sistema. Esta teoría considera que la conciencia es un sistema informático independiente del sustrato material que la procesa. Lo importante, dice Tegmark, es sólo la estructura de la información, no el cuerpo de la máquina donde opera el sistema. Así como hay una sustancia que es capaz de realizar cálculos arbitrarios, el *computronium*, existe también otra sustancia, el *sentronium*, que tiene una experiencia subjetiva: es una sustancia sensible. La conciencia es, según Tegmark, un fenómeno físico que se siente como no-físico porque funciona como las ondas y el cálculo: sus propiedades son independientes del sustrato físico específico en que se encuentra implantada.

Las sensaciones que puede registrar un robot son por ahora una mera especulación que carece de base sólida. Lo único que podemos ver en los robots dotados de inteligencia artificial es que son capaces de percatarse de cambios en su entorno y reaccionar en consecuencia. Eso no es nada nuevo; por ejemplo, un termostato se percata de la temperatura ambiental y, si llega a un umbral predeterminado, reacciona conectando o desconectando un circuito. Se diría que reacciona cuando siente que

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 23 de agosto de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

debe hacerlo pues tiene un objetivo, es sensible y actúa de acuerdo a ello. Podría pensarse que es similar a una espiroqueta o a un paramecio, organismos unicelulares dotados de movimientos y sensibilidad, acaso formados de esa extraña sustancia que Tegmark llama *sentronium*. Pero estamos muy lejos de las formas humanas de conciencia. No es lo mismo una capacidad de percatación o de percepción que la conciencia basada en sentimientos y emociones característica de los humanos.



Quiero ahora delinear los requisitos que debería cumplir una conciencia mecánica similar a la nuestra. Para ello es necesario partir de las características de la conciencia humana tal como las he definido en mi teoría sobre el exocerebro y los sistemas simbólicos de sustitución. El primer paso es aceptar que sea posible construir máquinas no especializadas capaces de orientar su inteligencia a propósitos generales. Estamos aquí, esencialmente, ante un problema técnico de acumulación de funciones en un solo sistema. Se requiere dotar a la máquina de una capacidad de aprender a partir de cero. Ante este reto podemos imaginar un desarrollo muy sofisticado de las técnicas de aprendizaje profundo. Ello ahorraría a los ingenieros tener que elaborar programas para cada proceso y le daría autonomía al robot.

Para que una máquina logre evitar las limitaciones de la especialización tiene que ser dotada de sentido común y creatividad. Se define el sentido común como la capacidad de entender la manera en que el mundo opera cotidianamente, y muy en especial el entorno físico y el ambiente social. Es posible que se acerque a ello con la ayuda de los procesos de aprendizaje profundo por refuerzo, que le proporcionen a un aparato inteligente una capacidad de orientarse en el mismo entorno en el que viven los humanos. Desde luego, se trataría de programas de aprendizaje mucho más desarrollados que los que hoy conocemos. En cuanto a la creatividad, entendida como la capacidad de innovar, de generar nuevas conductas, de inventar cosas nuevas o usar cosas viejas de manera novedosa, es también un ingrediente indispensable para que la

inteligencia artificial pueda escapar de la especialización y funcionar de manera polivalente, abierta y general.

La ingeniería robótica abocada a la construcción de inteligencias artificiales suele explorar dos vías diferentes. Por un lado, trata de elaborar mecanismos que imiten a las redes neuronales que funcionan en estructuras biológicas. Por otro lado, se avanza desde cero, acumulando soluciones técnicas e integrándolas de acuerdo a principios funcionales completamente ajenos a la operación de un cerebro biológico y de un cuerpo orgánico. Así se avanzó en el diseño de aparatos voladores, se suele decir, cuando se dejó de imitar los movimientos de las aves para diseñar alas fijas con hélices o turbinas impulsadas por motores. Pero también se dice con razón que el cerebro biológico es el único ejemplo conocido que funciona con una inteligencia polivalente general. Desde luego, se puede experimentar con sistemas híbridos que combinen imitaciones de una red neuronal con mecanismos inventados para cumplir una función sin equivalente biológico (el ejemplo más elemental es la rueda, que prácticamente no existe en los organismos vivos).

Aquí quiero introducir una idea que proviene de mi interpretación de la conciencia humana: si se quiere construir una máquina consciente, su sistema debe conectarse a un exocerebro que realice funciones que el aparato no puede realizar por sí mismo mediante algoritmos. Las funciones no propiamente intelectuales que es incapaz de realizar, o sólo precariamente, son aquellas que sí puede realizar naturalmente un organismo biológico: obtener en forma autónoma la energía que requiere, autorrepararse y reproducirse. Estas funciones podrían implementarse con artificios técnicos incorporados a la máquina o bien el robot acudiría automáticamente, más que a un exocerebro, a prótesis exoesqueléticas que le proporcionen lo que le hace falta: energía, reparación y copiado. Aquí seguimos en el nivel de problemas que podrían tener una solución técnica a no muy lejano plazo, pero hoy estamos todavía muy lejos de lograr en los robots un nivel técnico de autonomía como el que he descrito.

Imaginemos un futuro en el que ya se hayan logrado resolver los problemas técnicos para construir un robot dotado de una inteligencia

general y flexible. ¿Cómo podría saltar en esta máquina la chispa de la conciencia? Podría tener lo que algunos han llamado una conciencia funcional y actuar con gran eficiencia creando en su entorno la apariencia o la ilusión de que se trata de una máquina consciente. Pero podemos suponer con seguridad que la misma máquina no se encontraría poseída por la ilusión de ser consciente por el hecho de tener una potente y versátil inteligencia general. Si usamos el ejemplo de los humanos, esta máquina podría ser consciente solamente a partir del momento en que fuese dotada (o ella misma construyese) un exocerebro: un conjunto de redes simbólicas que, tejidas en su entorno, la envolviesen. Se trataría de una cultura robótica que teñiría todas las relaciones de la máquina con otras máquinas y con la sociedad humana.



El núcleo fundamental de una cultura robótica se hallaría en el proceso que conectaría a una máquina inteligente con su entorno cibernético y humano con el objeto de completar circuitos que ella no es capaz de cerrar. Esto implica suponer que esta máquina se percataría de su incompletitud. Este percatarse de sus carencias y limitaciones debería generar la delimitación de una unidad funcional de las peculiaridades de una máquina que, a pesar de su carácter incompleto, define así una identidad y un conjunto articulado de rasgos e insuficiencias. Los circuitos que no pueden completarse son, en primera instancia, las formas de comunicación con el entorno para lograr el apoyo y la colaboración de otras máquinas o humanos para llevar a cabo determinadas tareas. Esta comunicación requiere de un lenguaje, lo que debe ser la primera pieza de la construcción de un exocerebro. Quienes se dedican a crear y montar aparatos y sistemas dotados de inteligencia artificial deberían prestar más atención a lo que podría significar una cultura robótica, es decir, el conjunto de símbolos y costumbres que formarían el tejido de las relaciones y comunicaciones entre máquinas, y entre máquinas y humanos.

Ante el posible desarrollo de una cultura robótica no podemos esperar una evolución similar a la que llevó a los humanos primigenios a

generar un exocerebro. La gran diferencia es que ahora nos enfrentamos a un proceso guiado y programado intencionalmente por humanos, que aquí son como los dioses creadores de la nueva cultura. La humanidad evolucionó sin la intervención de deidades ni de fuerzas metafísicas, mediante un proceso de selección natural y de mutaciones. El mundo de los robots, en contraste, crece y evoluciona bajo la dirección técnica, la guía intelectual y los intereses de seres humanos que han decidido crear un mundo nuevo para la inteligencia artificial. Es como si un dios hubiese dotado de alma a los robots. No hubo ningún dios en el origen de la cultura humana, pero sí lo hay en el nacimiento de la inteligencia artificial: la sociedad que ha decidido impulsar nuevas formas de trabajo automatizado.

Todavía no comprendemos bien cómo emergió en los humanos la singularidad de la conciencia. Desde mi punto de vista, la explicación se encuentra en la evolución y el funcionamiento del sistema híbrido que conjunta las señales cerebrales con los símbolos culturales. La robótica podría ser de gran ayuda para explicar la conciencia humana, pues en su ámbito técnico es posible experimentar de forma práctica y concreta con modelos híbridos y con aparatos operativos. En todo caso, en nuestro vuelo imaginario hacia el futuro, en algún momento nos encontraremos con una cultura robótica que se constituya en el cemento cohesionador de una colectividad de máquinas, un conglomerado del que seguramente formarán parte los humanos, los demiurgos de esta singularidad.

Si observamos el mundo de la computación y de la inteligencia artificial con ojos de antropólogo podremos ver que hay allí una especie de cultura embrionaria basada en el cálculo, la programación, la estadística, la lógica matemática y la formalidad de las reglas. Se trata de la cultura del procesamiento de información, de las representaciones en forma sistemática y ordenada basadas en las matemáticas de Charles Babbage, el álgebra de George Boole y el mundo de Alan Turing. Es el universo de lo computable y de los algoritmos. Esta cultura informática y cibernética, para que pueda expandirse, requiere de puentes que la ligen al conjunto de la sociedad. Ese fue el sueño de Leibniz, el gran filósofo y

matemático del siglo xvii, quien imaginó un lenguaje universal que operase como el álgebra o, mucho mejor, como un conjunto de ideogramas.

Ante las grandes dificultades teóricas y técnicas para diseñar y construir máquinas inteligentes dotadas de la condición híbrida que he descrito, se han buscado caminos alternativos. La cultura robótica basada en tradiciones computacionales ha adoptado la idea de que los cerebros humanos, al menos en parte, funcionan como computadoras. El pensamiento tendría como soporte un idioma cerebral llamado mentalés que supuestamente funciona de forma similar al lenguaje con que están programadas las computadoras. Por ello se cree que en principio sería posible traspasar o copiar el contenido mental de un cerebro a una computadora. Esta operación, que implica cargar o subir a una computadora los algoritmos de una mente, podría producir un sistema que gobernase a una máquina de manera similar a como los pensamientos gobiernan nuestro cuerpo. Se trataría de hacer una copia de un cerebro para implantarla en un sustrato no biológico de carácter computacional y mecánico.

Este tipo de propuestas suelen hacer a un lado la diferencia entre las redes cerebrales operando con señales y las prótesis culturales que se basan en símbolos, pues supuestamente tanto el cerebro como las computadoras inteligentes comparten un lenguaje similar.



Para terminar, una nota pesimista. En realidad, no sabemos con qué clase de señales opera el cerebro. Es muy probable que el modelo hegemónico de transmisiones neuronales sea incompleto o incluso equivocado. Es lo que piensa el físico Thomas Heimburg, cuyas investigaciones sobre las membranas biológicas con un enfoque termodinámico lo han llevado a afirmar que la propagación de las pulsaciones nerviosas no puede ser explicada por los procesos electroquímicos basados en el viejo modelo de Hodgkin-Huxley establecido hace más de 60 años. Heimburg sostiene que las señales nerviosas se propagan mediante pulsaciones mecánicas bajo la forma de oleadas, como los llamados solitones, esas ondas solitarias que se propagan en medios no lineales por largos trechos sin cambiar.

La transmisión de señales en las membranas nerviosas sería más bien un fenómeno electromecánico.¹ No sé si por esta vía se llegarán a encontrar las claves cerebrales del pensamiento y a descifrarse las señales que transitan por el sistema nervioso central. Pero esta nueva interpretación es posiblemente un síntoma de que el paradigma neuronal está estancado en un callejón sin salida.

¹ Véase Thomas Heimburg, “Phase transitions in biological membranes”, *arXiv.org*: 1805.11481v1, 2018; Thomas Heimburg y Andrew J. Jackson, “On soliton propagation in biomembranes and nerves”, *PNAS* 102, núm. 28 (2005): 9790-9795; y el estimulante comentario sobre la comunicación solitónica de Douglas Fox, “The brain, reimagined”, *Scientific American* 318, núm. 4 (2018): 53-59. Otros estudios plantean tesis similares, como Ahmed El Hady y Benjamin B. Machta, “Mechanical surface waves accompany action potential propagation”, *Nature Communications* 6: 6697, doi: 10.1038/ncomms7697 (2015).

LO OTRO. CONVERSACIONES SOBRE RELIGIÓN*

Hugo Hiriart

PRÓLOGO

En este mundo sólo las religiones son interesantes.

BAUDELAIRE, *Diarios íntimos*

Con cabal conciencia del anacronismo que significa hablar de religión en los desdichados tiempos que corren emprendo estas conversaciones. Heidegger, gran maestro del pensar dificultoso, diagnosticó que “lo característico de nuestra época es su obturación de lo sagrado”. Y juzgó: “Quizá sea ésta la única y radical desdicha de nuestro tiempo”.

Me apresuro a opinar que el uso de la voz *obturación* (cerrar o tapar un conducto) en este pronunciamiento me parece afortunado, pero tengo que declarar también que me siento incapaz de juzgar si esta obturación es la única y radical desdicha; no sabría cómo verificar o refutar un juicio tan amplio como brioso, y menos aún podría establecer una prelación como ésta. Además, aceptemos que el tema de la religión, de la credulidad no sólo de grupos, sino hasta de una sola persona, un individuo, un particular, es íntimo, delicado, recóndito y difícil de zanjar.

¿Puede una persona ser religiosa sin saberlo? ¿Cómo averiguarlo? Me parece muy claro que sí, desde luego, una persona puede ser no sólo religiosa, sino muy religiosa, sin saberlo.

¿Por qué parece oscura, rara, ardua de responder esta interrogación? ¿Por qué sentimos de entrada que no sabemos dónde ni cómo buscar para

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 12 de septiembre de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

responderla? Porque sucede que tratamos de rebuscar entre las ideas, los razonamientos de quien no sabemos si es o no es religioso. Pero error, error frecuente: no indagamos ahí dónde deberíamos buscar, no en las ideas o pensamientos, siempre enredados y casi siempre mediocres, sino en los sentimientos que pueda tener la persona en cuestión. No, las menesterosas deducciones acerca de cosas de religión son mucho menos relevantes en materia religiosa que el intenso terreno de los sentimientos piadosos, calientes o fríos según corra el soplo divino. El que casi nadie tome en cuenta los sentimientos en religión es una muestra más de la crasa ignorancia que impera en lo relativo a este asunto.

Cuando el entendimiento va entendiendo no va llegando a Dios, sino antes apartándose de Él.

Non dígo lo yo, como aclara el Arcipreste, díselo san Juan de la Cruz. Y lo pongo aquí tan pronto porque en un libro de religión, en tanto más temprano se ponga al descubierto la errada manía de confiar sólo en el entendimiento y desconfiar con desdén de los sentimientos, es mejor.

Pero bueno, de asuntos como éste se ocupa este libro, ¿y para qué adelantar? Mejor sería que ocupáramos la ocasión en presentar no mis cartas credenciales, que desdichadamente no tengo ninguna (me declaro intruso y furtivo en el asunto que vamos a desenvolver), pero sí en hablar un poco de cuáles han sido mis relaciones con la religión y si pertenezco o no a alguna confesión particular.

Mi historia en esta materia es, creo, muy común y corriente a todo lo largo de su trayectoria aunque, creo, no tanto hacia el final.

Antes de proseguir quisiera mencionar un curso que seguí cuando estudiaba Filosofía en la UNAM. Lo impartió Luis Villoro, y fue el mejor de los muchos que le oí. Su asunto fue fenomenología de la religión. Hace más de 50 años que cursé esta materia y, como se podrá apreciar en este escrito, no la he olvidado.

Crecí en un ambiente, como es ahora común entre gente con cierta ilustración, de indiferencia sazónada con hostilidad hacia la religión. Creo que me favoreció ese desdén: para mí aproximarme a la religión ha sido rebeldía, tentación. Donde la educación católica tradicional, la religión, a menudo representa para los niños una educación soporífera,

acatamiento y sumisión, para mí significaba y sigue significando desobediencia y aventura.

Más adelante tocaremos un poquito, y sin profundidad, por desgracia, el tema de las dificultades de la educación religiosa.

Mi padre, ingeniero, mente científica, indiferencia total cuando no de hostilidad y burla de la religión. Fue un Hércules de la ingeniería, sus trabajos fueron incontables. Mi padre, disciplinado, vigoroso, incansable, vivía para trabajar. De inteligencia prodigiosa, mucho más inteligente que yo, cosa que nunca me dolió aceptar de seguro porque le tenía cariño, aunque también, cosa rara, a él que fue tan bueno y paciente conmigo, le tenía algo de miedo. Cuando estaba yo sumido en el alcoholismo frenético y “gemía en el potro del alcohol” (Paz), cuando ya todos mis conocidos me tenían como un pobre fracasado, él creyó: “no, algo puede salir de él porque siempre está leyendo”. ¿Puede darse un niño que no tenga nada de miedo a su padre?

Cuando le conté que había sido herido por la Gracia de Dios, con sarcasmo, interrogó: “pero qué raro, ¿todavía hay quien pueda interesarse en esas cosas?” Tampoco esto me dolió porque en esa época lo que buscaba era diferenciarme, alcanzar autonomía, evadir la racionalidad imperiosa, el poder arrollador que para mí emanaba de la figura de mi padre.

De mi madre, maestra de la Normal Superior, mujer extraña y difícil, que fue demasiado ambigua, compleja y dolorosa para mí, y no sabría trazar aquí de ella un retrato veloz. Sólo voy a mencionar que sabía cantar viejos y raros boleros y también *La Internacional* de Lenin de su normal cardenista, y que su padre, mi siempre elegante abuelo Mariano, participó en la Revolución, en el bando del señor Carranza, como él decía. Era ateo furibundo y no entraba a los templos ni para conducir al altar a sus hijas. No voy a hablar aquí de ella. No puedo trazar un boceto del personaje. Paso a otro asunto.

Celebré mi primera comunión grotescamente ataviado, parecía un mono de circo, creo, con traje y corbata. La ceremonia tuvo lugar por influencia, más bien una cierta imposición, de tres tías solteras que vivían en casa de mi abuelo paterno y que eran muy mochas. Mi abuela María era también muy católica, de misa diaria a las siete de la mañana,

pero ella era discreta y respetuosa de los demás. Mi abuela María era tan hermosa como llena de bondad, y no sólo la quería sino la admiraba.

Como resultado de esa influencia tenía de niño cierta religiosidad menesterosa, enigmática, informe e interesante por rara y deforme, según lo poco que puedo reconstruir de ella.

Un niño muy rara vez es claro. Aunque pocas veces lo advertimos, la interioridad de los niños es enigmática. Escribe Orwell: “Un niño que parece razonablemente feliz puede estar sufriendo horrores, que no puede o no quiere revelar. Vive en una especie de extraño mundo submarino, en el cual sólo podemos entrar por la memoria o la adivinación”.

Abandoné estos primitivos sentimientos religiosos de la manera habitual, esto es, cuando empezó a soplar para mí el viento de Afrodita. James Joyce en su autobiografía retrató con su talento habitual estas contiendas entre fe rudimentaria y testosterona.

Pasaron muchos años, dejé atrás tanto la adolescencia como la primera juventud, con sus densas pasiones, y a Wittgenstein, por quien me había apasionado en mi paso, siete largos y dichosos años, en la Facultad de Filosofía y Letras. Había renunciado a consagrarme a la filosofía, es demasiado difícil vestir la pulga filosófica, y la tarea aparecía demasiado recogida y claustral para mí que ambicionaba andar por el aireado mundo, grande y ajeno, como periodista primero (publicaba artículos desde que era estudiante) y hacerme escritor; y cuando una tarde paseaba yo por el viejo Centro Histórico de la Ciudad de México con Pancho Liguori, primero maestro mío en la Escuela Preparatoria de San Ildefonso y después amigo muy querido y compañero de desenfrenos. Era yo entonces, como Liguori, alcohólico en vehemente actividad. Después de comer, y sobre todo de beber, en una de las viejas y pintorescas cantinas que en aquel entonces abrían en el Centro Histórico sus generosas puertas, paseábamos sin rumbo y entramos a uno de esos templos barrocos virreinales. No me acuerdo de cuál se trataba, pero sí recuerdo que Liguori me estaba contando cómo, años antes, había hecho entrar a ese templo a rezar al poeta comunista Pedro Garfias, y yo oía los detalles del relato con el gusto, atención y alegría con que siempre oí lo que mi amigo Liguori me contaba.

Entonces algo debió suceder ya que ingresé en el templo más o menos interesado, de lejos, en la religión y cuando salí era yo católico crédulo. Entró el bebedor caótico al templo y salió un sorprendido e inquieto católico. Quiero confesar que cuando se produjo el tan singular suceso (¿fue suceso?, de algún modo hay que llamarlo) no estaba yo por completo sobrio, pero tampoco borracho. Extraño, pero no tanto, más singular es el caso de Max Jacob a quien el Señor llamó en la penumbra de un cine al paso de irse desenvolviendo la película.

El Altísimo no tiene nada de predecible ni de burocrático ni de solemne (la solemnidad suele ocultar estrategias de dominio).

Mil veces he vuelto a ese episodio, pero no he logrado desentrañar su contenido y el hecho se sigue alzando ante mí enigmático y tajante.

Más adelante en este escrito voy a referir cómo logré alguna inteligencia de esta transformación, poca, no mucha, leyendo los dos impresionantes capítulos que consagra William James a la conversión en *Las variedades de la experiencia religiosa*. Y eso, y otras cosas más acerca de la religión, habremos de exponer en el curso de estas conversaciones iniciales que aquí van a dar comienzo.

GRAMÁTICA Y SU CONTEXTO EN LA REAL UNIVERSIDAD DE MÉXICO: 1553-1689*

Germán Viveros

Las actividades académicas en la Real Universidad de México (Pontificia hasta octubre de 1597) se dieron a partir de enero de 1553 con base en la Constitución de la Universidad de Salamanca, que en Nueva España fue objeto de diversas modificaciones ocasionadas por la “manera indebida” en que se aplicaba provocando aquí “desórdenes, confusión, dispensas y otros inconvenientes”; esto lo advirtió Felipe II quien, en 1569, promulgó una Cédula Real que derivó en la reducción a 23 apartados los 68 contenidos en la Constitución salmantina. Los “inconvenientes”, sin embargo, continuaron presentándose, ocasionando que en 1626 se diera una revisión más de la Constitución novohispana con la que se aspiraba al “bienestar y utilidad” de la institución.

La documentación virreinal conservada permite concluir que la constitución de la Universidad novohispana se dio en tres versiones fundamentales: la de 1580, propiciada por el oidor Pedro Farfán; la de 1583, avalada por el arzobispo Pedro Moya de Contreras; y la que validó, en 1649, el obispo Juan de Palafox y Mendoza. Conviene aquí advertir que, con el propósito de adecuar la Constitución novohispana a su contexto social, entre una y otra de las reglamentaciones universitarias aprobadas solían darse modificaciones específicas que repercutían en alguna medida en aspectos circunscritos de los estatutos universitarios; fue el caso, por ejemplo, de la intervención del virrey Rodrigo Pacheco, que tuvo por consecuencia una modificación en el título xiv de la constitución salmantina aplicada en Nueva España; acciones como ésta no eran

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 12 de septiembre de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

infrecuentes y dificultan a veces alcanzar certidumbre respecto de la aplicación cabal de un estatuto o de alguno de sus elementos.

En este contexto reglamentario aquí bosquejado estuvo ubicada la cátedra de gramática, cuya acreditación mediante exámenes fue requisito imprescindible para acceder a cualquier facultad universitaria de Nueva España, esto equivale a decir que los dos colegios encargados de la impartición de los cursos de gramática fueron concebidos como instrumento o llave para acceder al conocimiento impartido en facultades como Artes (filosofía y teología), Derecho o Medicina.

A los dos colegios establecidos para la enseñanza de la gramática —el de “mayores” y el de “menores”— se les asignó una orientación doble: la estricta y mayoritariamente lingüística y la ocasional moralizadora. La primera se concretaba, en el nivel inicial (el de los “menores”) mediante el estudio del nombre, las declinaciones, partes de la oración, voz activa y pasiva, sintaxis y acentuación; la segunda, dedicada a los colegiales “mayores”, se ocupaba de repasar las declinaciones, de estudiar los géneros gramaticales, de la conjugación en general, de pretéritos y supinos, del régimen de los verbos, de la cantidad de las sílabas, de su incremento, de la acentuación y de la métrica. Todos estos temas eran explicados en latín, con base en fragmentos de autores clásicos —no especificados en la documentación conservada— como Cicerón, Quintiliano, Horacio y Virgilio; de fragmentos de los dos primeros se pedía imitación o paráfrasis en latín; pasajes de las comedias de Terencio eran aprovechados para satisfacer la intención moralizadora asignada en segundo término a la cátedra de gramática; incluso se acostumbraba que, en vísperas de Navidad, cada profesor y sus discípulos escenificaran en latín alguna de sus comedias.

Propósito primordial de la cátedra de gramática fue el aprendizaje del latín, pues su conocimiento permitía adentrarse en el de diversas disciplinas académicas; además, la obtención de un doctorado era posible solamente mediante la aprobación de una tesis escrita en latín y defendida ante el sínodo correspondiente; este hecho es constatable en las más de 5 000 tesis conservadas en el Archivo General de la Nación, de México.

Para satisfacer tal objetivo se aplicaba un método consistente en la exposición, por parte del profesor, de un tema basado en la lectura de pasajes de autores clásicos; enseguida se daba el diálogo y discusión pertinente entre colegiales y profesor; concluida esta etapa, el catedrático aplicaba a dos alumnos una llamada “prueba de competencia”, consistente en la redacción en latín de dos cartas —en prosa o en verso— para que cada uno la leyera ante el otro y le preguntara lo que quisiera respecto de la gramática; este diálogo académico ocurría ante el profesor quien le otorgaba validez de examen. A este componente metodológico solía añadirse la exigencia de una composición dramática y su posible escenificación, ambas en latín.

El método de enseñanza de la gramática en la Real Universidad de México se sirvió también —aunque en escasa medida— de la *Gramática castellana* de Antonio de Nebrija; de esta obra se conocen numerosas ediciones hechas a lo largo del siglo xvii novohispano, que fueron utilizadas particularmente en colegios jesuíticos; sin embargo, en la Universidad novohispana fue aprovechada solamente parte de los libros cuarto y quinto, pensando en “aquellos que, por la lengua castellana, querrán venir al conocimiento de la latina” (“Prólogo” del Libro quinto). Esta intención básica propició que en la Universidad novohispana fueran más conocidas y aprovechadas las *Introducciones latinas* de Nebrija, que su *Gramática* propiamente. Se percibe con claridad este hecho cuando se advierte que la primera parte de las *Introducciones* se ocupa de declinaciones y conjugaciones latinas, además de elementos de la oración; la segunda parte atiende sintaxis, ortografía, barbarismos y solecismos, todo ello coincidente con los contenidos asignados a la cátedra novohispana de gramática. Hay que decir, por otra parte, que este acercamiento al nebrisense debía darse “preguntando en latín” y “haciendo ejercicio”, también en latín. El uso exclusivo de esta lengua en aulas universitarias tenía una sola excepción en el curso dedicado a principiantes o colegiales “menores”, quienes ante la necesidad de que se les aclarara el significado de vocablos “oscuros”, tenían permiso de expresarse y dialogar “en romance” durante no más de 15 minutos de las dos horas dedicadas a cada una de las dos lecciones: la matutina y la

vespertina; de esta licencia se servían también, desde 1561, los colegiales “menores” de música y de astrología.

Además de Nebrija y de los clásicos de la Antigüedad romana hubo autores de nuestra era, parte de cuya obra también lo fue de la cátedra novohispana de gramática; uno de ellos se llamó Prisciano de Cesarea (segunda mitad del siglo v) quien compuso 18 libros o capítulos unas *Instituciones gramaticales* de las cuales la cátedra novohispana se sirvió para explicar al menos parte de lo referente a letras, sílabas, pronunciación, sustantivo, géneros gramaticales, números, casos, verbo, pronombre, preposiciones, adverbio, interjección, conjunción y sintaxis; además, en alguna medida, no especificada en la documentación conservada, la cátedra de gramática se ocupaba de la métrica constatable en las comedias de Terencio (*De Terentii metris*).

Otro humanista, de cuya obra se sirvió —al menos en parte— la cátedra novohispana de gramática, fue el romano Lorenzo Valla (1407-1457) y sus *Elegancias de la lengua latina* (*Elegantiae latini sermonis*), que son mencionadas como obra de consulta necesaria para colegiales novohispanos. Con este mismo propósito escolar es citada la obra *Práctica o Ejercicio de la lengua latina* (*Linguae latinae exercitatio*), del valenciano Luis Vives (1492-1540).

Responsables directos de la cátedra de gramática eran los profesores, quienes podían asumir esa responsabilidad mediante un concurso de oposición, o bien por designación directa de un virrey, con anuencia del representante papal o “maestrescuela”, del rector mismo y de un catedrático propietario; todo ello era posible cuando sólo había un candidato para ocupar una cátedra, de otro modo el concurso de oposición era el único medio lícito para obtenerla en la modalidad temporal por cuatro años o a perpetuidad.

Paso previo a la oposición era el sorteo o “asignación de puntos” a los concursantes, quienes durante el examen debían responder a cualquier cuestionamiento hecho por los sinodales en un lapso no mayor a una hora u hora y media, según la cátedra de que se tratara. No obstante las exigencias establecidas referentes a la asignación de una cátedra, ésta en ocasiones era obtenida mediante “cohechos y excesos” que ocasionaban

posteriormente vigilancia extrema a los catedráticos ya nombrados, dicho control consistía en la constatación de los temas gramaticales expuestos y del tiempo dedicado a ello en el horario establecido, además de las conclusiones planteadas por el catedrático, quien, por la importancia concedida a éstas, no debía imprimirlas ni distribuir las sin la aprobación del rector y de alguno de los catedráticos propietarios. Tal prohibición se explicaba por la actividad ilícita de personas imprevistas que enseñaban en sus casas, sirviéndose de material didáctico como el de las conclusiones expuestas por un catedrático en el aula universitaria.

En junio de 1553 quedó estatutariamente establecida la cátedra de gramática, y al mes siguiente el virrey Luis de Velasco y los oidores de la Audiencia de México designaron a sus primeros profesores: el bachiller Blas de Bustamante, Francisco Cervantes de Salazar (en ese año bachiller en Cánones), y el también bachiller Diego Martínez. En 1570 el virrey Enríquez de Almanza designó para el mismo encargo a otros dos bachilleres: Melchor Téllez y Antonio Martínez. Es pertinente decir aquí que el grado de bachiller se obtenía después de exponer un tema ante doctores, quienes decidían si un candidato a cátedra era o no apto para la enseñanza; este procedimiento fue conocido como “repetición”.

La admisión y permanencia de los estudiantes fue cuidadosamente reglamentada y vigilada; respecto de su incorporación en la Universidad, la Cédula Real del 21 de septiembre de 1551, expedida por Felipe II, estableció que “los naturales y los hijos de españoles fueran industriados en las cosas de nuestra santa fe católica y en las demás facultades”; sin embargo, constituciones y estatutos eran parcialmente interpretados o modificados de un año a otro, en particular en lo que atañía a “bastante información de su limpieza de sangre” y a creencias o prácticas religiosas, esta circunstancia se intensificó entrado el siglo XVIII, pero durante el XVI y el XVII no se admitió a estudiantes cuyos padres o abuelos hubieran sido sancionados por la Inquisición o que tuvieran alguna “nota infamatoria”, prohibición equiparable era aplicada a negros, mulatos, chinos morenos, esclavos o los que lo hubieran sido; siempre se prefirió a “cristianos viejos” y a estudiantes elegidos “entre los pobres”. Esta situación se dio particularmente en el Colegio Trilingüe, que se ocupaba,

en dos niveles, de griego, hebreo y retórica, dándole preferencia al primero, al que, además de su gramática, le dedicaba tiempo a la lectura y comentario de un texto clásico, pero con el exclusivo objeto de explicar en latín gramática y sintaxis de esos idiomas, y pasajes destacados de la *Retórica* de Aristóteles. En esta cátedra y en la de gramática podían ser aceptados 12 estudiantes, de los cuales solamente dos podían ser residentes de la ciudad de México, previa investigación de “su vida y costumbres”.

Hubo exigencias de otra índole, aplicadas a cualquier estudiante; entre éstas estaban el que residieran “en casas honestas y sin sospecha y donde no den nota de escándalo”; además, se les pedía que usaran vestimenta discreta y que no portaran armas; a esto se añadía la exigencia de jurar obediencia al rey de España, al virrey de Nueva España, y defender la “doctrina de la limpia concepción de la Virgen María”.

A los colegiales residentes en México podían sumárseles otros procedentes de universidades o instituciones diferentes, siempre y cuando aprobaran aquí un examen previo de gramática, aunque con anterioridad hubieran presentado constancia de aprobación expedida por su institución de origen, avalada incluso por “testigos juramentados” del hecho aprobatorio. Esto se debió a que, con alguna frecuencia, “mozos ignorantes” presentaban constancia ilegal de haber aprobado cursos de gramática en instituciones ajenas a la Universidad novohispana. De este rigor reglamentario estaban exentos sólo los frailes, por considerar que ellos habían ya cursado y acreditado, en sus comunidades eclesiásticas, lo correspondiente a la cátedra de gramática de la Universidad novohispana.

Todos los estudiantes inscritos en la Real Universidad de México asumían algunos derechos, entre los cuales el de mayor trascendencia era tal vez el de la votación durante las oposiciones realizadas para evaluar y elegir a nuevos catedráticos, sin embargo las propias autoridades universitarias procuraban regular al máximo tal participación estudiantil, en vista de “vicios, fraudes y malicia” detectados durante los procesos de oposiciones, a los que se sumaban “paseos indecentes y pependencias” posteriores a la asignación de una cátedra.

Por lo hasta aquí dicho, se advierte que, entre 1553 y 1689, con la cátedra de gramática no se pretendió alcanzar un cabal objetivo de formación lingüística referente al castellano, sino otro de mera índole instrumental, que permitiera acceder al conocimiento de disciplinas académicas explicadas en latín, cuyo respaldo institucional requería, por añadidura, de una tesis escrita en ese idioma.

El objetivo esencial constatable requirió la aplicación de recursos humanos y reglamentarios adecuados a una sociedad plural, cambiante y en evolución, que consciente o inconscientemente se empeñaba en realizar una intención pragmática.

EL ARCHIVO DE LA PALABRA COMO MODELO DOCUMENTAL DEL “ESPAÑOL VISTO DESDE MÉXICO”*

Pedro Martín Butragueño

INTRODUCCIÓN: CIUDADANÍA LINGÜÍSTICA

Debido a multitud de factores, diversos aspectos de nuestro lenguaje y de la forma en que asumimos la cultura van cambiando a lo largo de la vida de las personas. Buena parte de esos cambios, a su vez, formarán parte de la herencia transmitida a otros individuos. Por establecer una paráfrasis, si quisiéramos poner esta realidad en términos biológicos, hablaríamos de una epigenética en sentido laxo, al estilo neolamarckista, un enfoque del cambio distinto a la selección natural, receptor de los efectos asociados a la experiencia eventual de los seres vivos,¹ para poner el asunto en términos muy generales.

Podría pensarse que el bagaje que transferimos es, a fin de cuentas, nuestra propia ciudadanía, lo que nosotros y nuestra generación aporta a la historia de la vida comunitaria. Tal ciudadanía estaría formada por lo que aprendimos en el transcurso vital, desde la infancia a la senectud, así como por lo que innovamos o modificamos en nuestros hábitos y en la memoria de esos mismos hábitos.

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 10 de octubre de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México. Estas páginas formarán parte de un libro de ensayos, cuyo título provisional es *Viaje lingüístico por la variación, el contacto y la historia del español: ensayos y reflexiones*. Doy las gracias a Lorena Gamper y a Francisco Moreno Fernández por sus observaciones al manuscrito del trabajo.

¹ Agradezco estos comentarios a Lourdes Martín Aguilar. Véase por ejemplo De la Peña y Loyola (2017).

El lenguaje y sus referentes constituyen una parte muy importante de esa naturalización de lo dado, lo inferido y lo propiamente nuevo.² Nuestra forma de ver el mundo, lingüística o no, se ordena en los primeros años de la vida, y se solidifica en la infancia y la adolescencia. No sólo hay que pensar en ámbitos institucionalmente formativos, como la escuela en sus diferentes etapas, sino en todas las construcciones en que nos involucramos: la familia, los amigos, el mundo profesional, el contacto o no con la cultura letrada, entre otros aspectos relativos a la vida pública y privada. Los espacios sociales, por otra parte, se recrean en una serie de tradiciones discursivas³ que sugieren lo que debe hacerse con el lenguaje en cada ocasión, al tiempo que nos dejan cierto margen para renovar esas mismas tradiciones. De modo operativo, una tradición verbal puede definirse aquí como una institución⁴ dialógica y lingüística, dado su carácter relativamente regulado,⁵ la permanente consideración del otro y la materia prima que emplea.⁶ Su empleo adecuado nos hace pertenecer a un cierto tiempo y lugar y nos otorga identidad, si bien ésta se ejerce y reconstruye también de forma continua, pues somos al tiempo sus agentes.⁷

Parecería entonces que un objeto central del trabajo lingüístico es el estudio de la ciudadanía verbal, tomando ésta como el conjunto de conocimientos y derechos necesarios para ejercer ciertas tradiciones e incluso manifestar determinadas ideologías lingüísticas.⁸

² Aquí se están recordando algunos conceptos básicos en estructura de la información; véase, por ejemplo, Krifka (2007), entre muchos otros.

³ Véase Kabatek (2005), referencia importante en el contexto de una muy amplia discusión y abundante bibliografía sobre el problema de las tradiciones discursivas.

⁴ Se está pensando aquí en Searle (2010; hay traducción de 2014).

⁵ Para las reglas en sociolingüística es muy relevante revisar el sugerente texto de Dittmar (1996).

⁶ El tema es realmente inagotable; puede ser útil el libro de pragmática de Félix-Brasdefer (2019).

⁷ También es una cuestión amplísima; algunas ideas al respecto pueden encontrarse en Martín Butragueño (2010a).

⁸ Resulta imprescindible la consulta de varios libros de Rocío Caravedo, como el dedicado a la competencia lingüística en 1990, o la investigación sobre percepción y variación (2014).

Su descripción necesita no sólo de gramáticas y diccionarios, sino también de interpretaciones del comportamiento lingüístico individual y comunitario.

Para estudiar la ciudadanía lingüística es necesaria una muy detallada labor de documentación, que acopie muestras extensas y variadas, tales que sean representativas de la herencia verbal de una comunidad social, en relación al menos con tres dimensiones: un periodo temporal específico, un espacio delimitado y una tipología de textos. Estas tres facetas deben responder a una interpretación general de los hechos sociolingüísticos que permita trazar el hilo conductor de la colecta documental y generar un corpus coherente.

Desde la primavera de 2018, la Academia Mexicana de la Lengua (AML) acogió un proyecto encaminado a formar un corpus textual que dé cabida a las herencias verbales del español contemporáneo: el *Archivo de la palabra*, que lleva ese nombre como homenaje, particularmente, al que emprendió Tomás Navarro Tomás en los años treinta del siglo xx en el Centro de Estudios Históricos de Madrid.⁹

El planteamiento del *Archivo de la palabra* se basa en el concepto, descrito en otro lugar,¹⁰ del “español visto desde México”, es decir, en la necesidad de documentar las producciones y las reflexiones lingüísticas relevantes para los ciudadanos mexicanos. La idea, desde luego, va más allá del español de México, por mucho que éste tenga un papel central en la colecta, y considera particularmente los procesos poscoloniales (en las situaciones de contacto),¹¹ la conformación del español como lengua de carácter nacional (la lengua oficial efectiva o en la práctica, en diversas latitudes) y los atributos del español patrimonial (allí donde se desarrolle)¹² y del internacional (por vago que sea esto).

⁹ Para algunos comentarios sobre Navarro Tomás, véase Martín Butragueño (en prensa-a).

¹⁰ Para más detalles, véase la fundamentación teórica en Martín Butragueño (2016 y en prensa-b).

¹¹ La idea de situaciones poscoloniales se desarrolla en mayor detalle en Martín Butragueño (2019).

¹² El problema de la lengua nacional frente a la lengua patrimonial se elabora y ejemplifica en Martín Butragueño (2019); véanse también las referencias allí citadas.

A continuación se describe, más en concreto, pero sin entrar en demasiados detalles técnicos, la organización del *Archivo* y sus utilidades a corto y largo plazo.

UN ARCHIVO DE LA PALABRA

Al hablar de un *Archivo*¹³ y no sólo de un corpus de referencia,¹⁴ se busca subrayar la idea de preservación de la memoria verbal, así como la combinación de criterios de representatividad con otros de valor documental cualitativo; se piensa en la inclusión de materiales textuales, pero también de sonido y de imagen cuando sean relevantes. Se trata, por otra parte, de un proyecto que busca ser flexible y poder relacionarse con otras áreas de la Academia interesadas en la documentación, la edición y la producción de textos orales y escritos.

El *Archivo* está formado por tres módulos que atienden a otras tantas necesidades diferentes. El principal de ellos es el “Corpus del español actual visto desde México” (CEA), que está concebido como un conjunto estructurado y razonablemente representativo de textos, de modo que sirva, por ejemplo, para producir lemmarios para el trabajo lexicográfico y lexicológico, para ofrecer documentación básica de orden general y para ponderar la frecuencia y la difusión textual, geográfica y social de una voz o una construcción sintáctica en un entorno mensurable, en la medida en que es un corpus acotado. El CEA cubre, en definitiva, la necesidad de un corpus de referencia diseñado bajo perspectivas propias.

¹³ El *Archivo de la palabra* es coordinado por el autor de este texto, pero es posible sólo gracias a un eficiente grupo de colaboradores, entre los que destacan Edgard Osorio (planeación técnica) y Alberto Ávila Lezama y Sara Odalys Méndez Pérez (investigación documental y marcado), además de un grupo de colaboradores de servicio social y prácticas profesionales que ha participado en diversos momentos (Audrey Omar Rodríguez Olivares, Raúl de Jesús Pichardo Bogard, Aimée Carolina Valenzuela Ortiz, Carlos Augusto Torres, Yoduvi García López, Carole Alexandra de la Rosa Paredes, Alberto González Ávila, Arianna Santos Manning, Florencia Navarro Rivera, Diego Yeudiel Márquez Ortega), entre otros.

¹⁴ Para una introducción muy clara sobre corpus lingüísticos, véase Sierra Martínez (2017).

El segundo módulo del *Archivo* es la “Colección de documentos de la lengua española” (CDLE), y no responde como tal a unas condiciones de muestreo específicas sino a las necesidades particulares que vayan surgiendo en cada momento. También es el espacio para incluir materiales ajenos al periodo temporal cubierto por el CEA.

Por fin, el “Fichero_AML” es el tercer módulo que comprende el *Archivo*. En lo esencial, se trata de una base de datos que funciona como observatorio de voces y construcciones, con diversos apuntes de uso, que sirve como registro de avances parciales y de fundamentación para trabajos posteriores.

A continuación, se describe a grandes rasgos cada uno de estos módulos y se ofrecen algunos ejemplos.

ESBOZO DEL “CORPUS DEL ESPAÑOL ACTUAL VISTO DESDE MÉXICO” (CEA)

Parece fundamental disponer en la AML de algún tipo de corpus lingüístico del español contemporáneo, con el que se pueda contribuir al sostenimiento de la memoria histórica de la lengua y la cultura en la que se desenvuelve, al tiempo que el corpus mismo ofrezca materiales de referencia que permitan la documentación empírica necesaria para ayudar a la elaboración de obras originales y autónomas. También puede ser una fuente básica para la colaboración en los diferentes proyectos de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE).

El argumento principal para disponer de un corpus propio, y no servirse únicamente de otros ya disponibles y muy extensos, es que un corpus constituye un modelo lingüístico específico de una sociedad determinada. Ya se ha dicho que el modelo sustentado es el del “español visto desde México”. Por ejemplo, son especialmente relevantes la formación textual de los ciudadanos; la expansión del español documentable a través del contacto entre el español y las lenguas originarias; las dimensiones rurales-urbanas y centro-periferia en el país; el surgimiento y desarrollo de modos de vida ciudadanos; la reubicación del español mexicano en Estados Unidos, etcétera.

Tamaño del CEA

La estimación inicial es que el CEA incluya unos 100 millones de palabras gráficas, con una variada taxonomía de tipos textuales y en un muy amplio número de documentos.¹⁵ Los grandes corpus actuales llegan a ser de semejante o mayor tamaño, y es importante que la base de referencia sea relevante y razonablemente representativa (*cf.* Sierra Martínez, 2017) para los trabajos que se hagan a partir de en ella. A la fecha [finales de noviembre de 2019], el CEA acumula unos 2.5 millones de palabras repartidas aproximadamente en 660 documentos.¹⁶ Si bien se trata todavía de un corpus bastante reducido, considerando el tamaño de los grandes corpus actuales, puede emplearse ya como un trasfondo inicial sobre el que medir la frecuencia y la dispersión geográfica o social de una voz o de una construcción.

Considérese que uno de los primeros corpus del español, el del *Diccionario del español* de México, tenía originalmente unos dos millones de palabras.¹⁷ El “Corpus del español de Estados Unidos” (CORPEEU), de la Academia Norteamericana de la Lengua, concebido al mismo tiempo que el *Archivo* de la AML, se planeó inicialmente para albergar 50 millones de palabras.¹⁸ Uno de los corpus más citados, el “British National Corpus”

¹⁵ Desde luego, el tamaño final dependerá de diferentes aspectos operativos.

¹⁶ Se está trabajando en este momento en la automatización de diversos procesos, por lo que se espera aumentar el ritmo de cosechado y marcado en los próximos meses.

¹⁷ Más en concreto el “Corpus del español mexicano contemporáneo” (CEMC) reunía 1891 045 ocurrencias procedentes de 996 textos producidos entre 1921 y 1974 (véase <<http://cemc.colmex.mx/>> [consultado el 1 de diciembre de 2019]). Es importante señalar que: “Los ‘textos’ que forman el corpus constan de 2000 palabras gráficas cada uno. Cada ‘texto’ es una colección de párrafos entresacados aleatoriamente de una de las 996 obras o grabaciones que componen el CEMC; es decir, no se trata de textos continuos, sino de tantos párrafos seleccionados al azar como hicieran falta para reunir 2000 palabras gráficas por texto” (*id.*).

¹⁸ Véase Moreno Fernández *et al.* (2017) acerca de este corpus (p. 6 para el dato numérico). Con todo, el proyecto ha aumentado mucho su tamaño, pues el CORPEEU “[...] finalmente tendrá unos 150 millones [de palabras]. En estos momentos sólo con la prensa, las páginas electrónicas y parte de los materiales orales el corpus cuenta ya con 110 millones de palabras” véase Moreno Fernández (2019) para una discusión detallada. La marcación del CEA y el CDLE en el “Archivo...” siguen las normas de establecidas en el CORPEEU (con ligeras adaptaciones); los tipos de textos (*infra*) y sus proporciones son bastante semejantes en el CORPEEU y en el “Archivo...”, pensando en la futura comparabilidad entre ambos repositorios, con cierta

(BNC) está formado precisamente por unos 100 millones de palabras.¹⁹ Bien conocidos son los corpus de la Real Academia Española, como el CORDE, CREA y CORPES-XXI.²⁰ El tamaño del “Corpus del español” de Mark Davies es realmente enorme: si los materiales del bloque del corpus llamado “Género/histórico” superan los 100 millones de palabras, el bloque “Web/Dialectos” contiene 2 000 millones de palabras, y el llamado “NOW”, de publicaciones periódicas, recoge varios miles de millones más.²¹

El CEA es grande o pequeño, ciertamente, dependiendo del punto de comparación: por lo pronto, el tamaño planeado (100 millones de palabras) parece suficiente como referencia para medir la frecuencia y la difusión textual de una palabra o de una construcción en el conjunto de textos concebido como modelo sociolingüístico del “español visto desde México”.

Delimitación temporal

La ventana temporal del CEA se abre 50 años antes del inicio de la colecta de este corpus. Si bien es una decisión en parte arbitraria, dado que

correspondencia con el CORPES-XXI (cf. Moreno Fernández *et al.* 2017, p. 6). Véase también Moreno Fernández (2019).

¹⁹ Para el BNC, véase <<https://www.english-corpora.org/bnc/>>, así como <<http://www.natcorp.ox.ac.uk/>>: “The British National Corpus (BNC) was originally created by Oxford University press in the 1980s – early 1990s, and it contains 100 million words of text texts from a wide range of genres (e. g. spoken, fiction, magazines, newspapers, and academic)”, consultado el 2 de diciembre de 2019. Para diversos comentarios, cf. Sierra Martínez (2017: 13, 49, 125).

²⁰ El “Corpus diacrónico del español” (CORDE) (materiales desde los orígenes de la lengua a 1974) incluye 250 millones de registros (<https://www.rae.es/recursos/banco-de-datos/corde>), consultado el 3 de diciembre de 2019). El “Corpus de referencia del español actual” (CREA) (materiales desde 1975 a 2004) “[...] cuenta, en su última versión (3.2, junio de 2008), con algo más de 170 millones de formas [...]” (<<https://www.rae.es/recursos/banco-de-datos/crea>>, consultado el 3 de diciembre de 2019). En cuanto al “Corpus del español del siglo XXI” (CORPES-XXI), “[d]esde diciembre de 2018, el CORPES-XXI (versión 0.91) cuenta con más de 285 000 documentos que suman alrededor de 286 millones de formas, procedentes de textos escritos y de transcripciones de textos orales [...]” (<<https://www.rae.es/recursos/banco-de-datos/corpes-xxi>>, consultado el 3 de diciembre de 2019).

²¹ Véase <<https://www.corpusdelespanol.org/hist-gen/>> para “Corpus del español: género/histórico”; <<https://www.corpusdelespanol.org/hist-gen/>> para “Corpus del español: web/dialectos”. En relación a “NOW”, véase <<https://www.corpusdelespanol.org/xs.asp>> con 5 100 millones de palabras, si bien en <<https://www.corpusdelespanol.org/now/>> se habla de 7 200 millones (sitios consultados el 3 de diciembre de 2019).

no es obvio cómo deba considerarse la idea de documentar el español “actual”,²² pueden darse algunos argumentos al respecto. Un aspecto relevante es que 50 años corresponden aproximadamente a dos generaciones, por lo que el tramo de años puede albergar a buena parte de los mexicanos actuales, en especial si se considera, como se ha observado en diferentes ocasiones, que las formas de habla de las personas tienden a alcanzar cierto grado de estabilidad hacia la adolescencia.²³ Dado que se ha empezado a trabajar en 2018, el año de referencia que da el corte temporal más lejano es 1968, lo que en sí mismo otorga un segundo argumento, dado que, como es bien sabido, ese año fue testigo en varias latitudes —y desde luego en México— de acontecimientos sociales muy significativos, por lo que parece un corte relevante desde un punto de vista histórico y social.²⁴

Por otra parte, el límite temporal superior del CEA es simplemente el presente, por lo menos mientras la colecta del corpus esté abierta, o mientras se considere tomar alguna decisión que cierre la ventana temporal que lo encuadra. Si bien este planteamiento hará necesarios diversos ajustes para conseguir una distribución cronológica razonablemente equitativa de las muestras textuales, por el momento parece la solución más conveniente para mantener la actualidad del corpus.²⁵

Delimitación espacial

La delimitación espacial del CEA debe responder al modelo de “español visto desde México”. En principio, cuanto más cerca se encuentre un

²² Por supuesto, habría que empezar por definir qué se entiende por *actual*; aquí se toma en un sentido llano, simplemente referido a la ventana temporal discutida.

²³ Véase al respecto Moreno Fernández (1998: 40-45), así como las referencias que allí se citan. La afirmación es en todo caso discutible, pues muchas tendencias se afianzan antes, al tiempo que otros procesos siguen abiertos en la edad adulta.

²⁴ En el diseño del CEMC original se albergó también una ventana de unos 50 años (1921-1974); véase <<http://cemc.colmex.mx/>>, consultado el 4 de diciembre de 2019.

²⁵ De modo subsidiario, la decisión irá permitiendo albergar las manifestaciones verbales de un mayor número de ciudadanos, tanto en el sentido de producción como en el sentido de las manifestaciones a las que puedan haber estado expuestos.

territorio y cuanto más poblado sea,²⁶ cabe esperar que sea más relevante para los ciudadanos mexicanos. Ya se han mencionado también algunas dimensiones sociolingüísticas especialmente importantes.

El diseño del CEA incluye un núcleo central de español de México y diversas periferias, bastante menores, de otras regiones hispanohablantes. La zonificación que se plantea y las proporciones con que aparece cada zona en el corpus son desde luego discutibles, al igual que lo son todos los demás aspectos de su concepción, dado que no existe una manera simple de medir la relevancia cultural y social en la que descansa la idea de “español visto desde México”. Sí existe, sin embargo, una serie de estudios sobre actitudes lingüísticas, creencias, evaluaciones subjetivas y en general de percepción dialectal, que pueden apoyar, al menos en parte, este tipo de propuestas.²⁷

La representación geográfica del CEA sigue por lo pronto los lineamientos del cuadro 1.

CUADRO 1. Proporciones geográficas del CEA

<i>Macrorregión</i>	<i>%</i>	<i>Países</i>	<i>%</i>	<i>Región específica</i>	<i>%</i>
Español americano septentrional	75	México	65	Centro de México	30
		Estados Unidos	5	Costas	10
		Centroamérica	5	Norte	10
		(“tierras altas”)		Sur y sureste	10
				Español de contacto	5
Español castellano	10	España	10	Castilla	5
				Andalucía	5
Español atlántico	5	España	2	Canarias	2
		Caribe insular	2	Cuba, P. Rico, R. Dom.	2
		Cuenca caribeña	1	Costas de la cuenca	1
Español andino	5	De Venezuela a Perú			
Español del Cono Sur	5	Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay			

²⁶ Es relevante consultar, en este contexto, Chambers y Trudgill (1998).

²⁷ Esta cuestión es compleja y no se puede abordar aquí en detalle. Para una breve síntesis, véase Martín Butragueño (en prensa-d); considérese asimismo el volumen de Caravedo (2014).

Como puede apreciarse en el cuadro 1, se parte de una división de orden mayor en cinco macrorregiones lingüísticas del español: el español americano septentrional, el español castellano, el español atlántico, el español andino y el español del Cono Sur. Obsérvese que en el diseño general, el español americano supone cerca de 90% de los documentos, proporción muy cercana a la realidad demográfica.²⁸ La división dialectal del español sigue siendo una cuestión relativamente polémica, por lo que conviene justificar, al menos brevemente, esta partición.

El español americano septentrional corresponde al llamado español mexicano-centroamericano,²⁹ es decir, en buena medida el área mexicana en sentido extenso, idea apoyada en las raíces históricas novohispanas y en la influencia ejercida por el español mexicano actual, especialmente por el que emerge desde Ciudad de México (*cf.* Martín Butragueño, 2019). Se sabe, por ejemplo, de la influencia del español mexicano en la conformación actual del español estadounidense³⁰ y podría buscarse también cierto apoyo en trabajos de actitudes y creencias,³¹ si bien es obvio que hace falta más investigación detallada sobre la cuestión de las influencias. Dada la perspectiva adoptada, el “español visto desde México” es la macrorregión que debe ser central en el CEA, es decir, se espera que sea la más representada. En la ponderación del cuadro 1 se muestra la previsión actual, que es de 75% de todos los materiales

²⁸ Para el CORPES-XXI, por ejemplo, se señala: “En el XIII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE), celebrado en Medellín en 2007, las academias acordaron encomendar a la Real Academia Española la construcción del Corpus del español del siglo XXI (CORPES). Según el diseño aprobado, la primera fase del CORPES debería constar de un conjunto de 25 millones de formas para cada uno de los años comprendidos entre 2001 y 2012, procedentes de textos de los más diversos tipos y producidos en todos los países de habla hispana. Esos 25 millones de formas anuales, seleccionados según los parámetros del diseño del corpus, tienen una distribución geográfica que se reparte en 70% para textos producidos en América y 30% para textos producidos en España. Además, todas las formas incluidas deben recibir anotación morfosintáctica y lematización” (RAE, 2013: 8).

²⁹ Siguiendo a Moreno Fernández (2015) quien señala que es la variedad más hablada del español, unos 160 millones de personas al inicio de este siglo (p. 229). El reconocimiento zonal está ya en Henríquez Ureña (1921, consultado por 1993). Véanse diversos comentarios en Martín Butragueño (en prensa-b).

³⁰ Véase, por ejemplo, Valencia y Lynch (2016).

³¹ Lo que va más allá de lo que es posible hacer ahora.

que se recojan.³² Esa cantidad se subdivide de la siguiente manera: 65% para México, 5% para Estados Unidos y 5% para las “tierras altas” de Centroamérica.

Como puede observarse, la proporción con que México aparece en el CEA es muy grande. Este hecho es discutible, y quizá deba replantearse en el futuro, pero por lo pronto parece razonable que exista esa gran representación, dados los proyectos actuales de la AML y los que cabe prever a medio plazo. Casi de manera obvia, esta variedad de español es con toda probabilidad la más relevante para sus propios hablantes. Más allá de esto, también es debatible la proporción con la que se espera representar el país internamente. Las cantidades actuales otorgan un fuerte papel al “Centro de México”, considerando como tal la megalópolis central (Martín Butragueño, 2020), con 30% del total de datos. El principal argumento sería el enorme peso e influencia de esta área sobre todo el país, en la macrorregión e incluso sobre el conjunto de la lengua española. Cantidades más reducidas están pensadas para las “Costas”, el “Norte” y el “Sur y sureste”. No se trata de una zonificación dialectal en sentido estricto,³³ sino de una cuotificación que permita sopesar qué tipo de materiales deben incluirse. Por fin, se dedica 5% al llamado “Español de contacto”, sobre todo en referencia al empleado por las comunidades originarias bilingües.³⁴

El 25% restante del AML está dedicado al resto del mundo hispanohablante. El argumento principal para esta proporción se deriva de la concepción de este corpus a partir de la perspectiva de “español visto desde México”, según la cual las diversas manifestaciones verbales no tienen el mismo grado de relevancia para los hablantes de un lugar determinado. Como se verá, la CDLE puede compensar, en caso necesario, esta pequeña proporción de datos procedentes de otras zonas dialectales.

³² Como todo el diseño, en algún momento posterior, a la vista de los avances de que se disponga, se reevaluará la conveniencia de ésta y de todas las otras divisiones y porcentajes. No se analiza ahora la presencia de materiales mexicanos en otros corpus, como en el CREA, el CORPES-xxi o el “Corpus del español” de Davies, cuestión que amerita una discusión pormenorizada.

³³ Véase Martín Butragueño (2014) para una discusión en cierto detalle del problema de las zonas dialectales en México.

³⁴ Para lo que supone este español, véase Martín Butragueño (2019).

La proporción de textos ajenos a la macrorregión del español americano septentrional se divide de la siguiente manera: 10% para el español castellano, separado en partes iguales entre el dialecto más estrictamente castellano y la variedad andaluza; 5% de español atlántico, entendiendo por él las hablas canarias y el Caribe insular y continental; el mismo porcentaje —de 5%— se dedica respectivamente tanto al español andino como al español del Cono Sur. Se trata, ciertamente, de regiones muy amplias, para las que se pretende incorporar manifestaciones verbales de textos que por diferentes motivos puedan ser relevantes desde México.

La proporción ideal entre materiales urbanos y rurales sería aproximadamente de 70% y 30%, en consonancia aproximada con las proporciones generales de la distribución demográfica de México, particularmente.³⁵ Sin embargo, debe reconocerse que es más complicado obtener muestras amplias de materiales rurales y, seguramente, la representación urbana termine por ser mayor a la prevista.

Distribución textual

Los tipos textuales básicos corresponden a los anotados en el cuadro 2. El fundamento general debe ser el hecho de que estos tipos constituyan tradiciones discursivas (*supra*), cuestión que debería discutirse con cierto detalle.

En el cuadro 2 se presentan dos distinciones básicas para generar seis grandes casillas.³⁶ En el sentido vertical, se establece una diferenciación

³⁵ Puede verse una discusión de la dimensión sociolingüística de la urbanización en Martín Butragueño (2010b; en la p. 1007 se cita a Garza, 2003: 32, para señalar un 67.3% de grado de urbanización en el año 2000).

³⁶ Se espera que la distribución del cuadro 2 sea compatible con la de algunos otros corpus de referencia. Así, el CORPEEU apunta que “[l]a organización interna del corpus del español en los Estados Unidos habría de atender a manifestaciones de tres tipos principales: lengua escrita, lengua hablada y lengua tecleada, que a su vez pueden ser objeto de subclasificaciones, basadas bien en la modalidad de producción de los textos, bien en su grado de formalidad, bien en los contenidos o temas incluidos” (Moreno Fernández *et al.*, 2017, p. 3), y propone fichar un 80% de lengua escrita, un 10% de lengua hablada y otro 10% de lengua tecleada, considerando para la lengua escrita un 30% de ficción y un 70% de no ficción (*ibid.*, p. 6). Véase asimismo Moreno Fernández (2019). Por su parte, el CORPES XXI escoge un 90% de lengua escrita vs. un 10% de lengua oral, de forma que “[l]os materiales escritos proceden de libros (40%), publicaciones periódicas (40%), material de Internet (7.5%) y miscelánea (2.5%)” (RAE, 2013, p. 9), al tiempo

básica entre textos más planeados y textos menos planeados.³⁷ Los primeros son aquellos que despliegan un plan previo, que son revisados y que con frecuencia responden a normas estilísticas y de estructuración explícitas. En líneas generales, los textos no planeados son más espontáneos, se revisan menos y responden a normas implícitas.

CUADRO 2. Tipos de textos para el CEA

<i>Textos más planeados</i>	<i>Textos menos planeados</i>	<i>Totales</i>
Lengua oral: –Discurso político –Discurso académico –Entrevistas formales –Textos leídos –Radio y televisión formales –Películas, teatro grabado	Lengua oral: –Entrevista sociolingüística –Coloquio espontáneo –Radio y televisión informales	15%
Lengua escrita: –Creación literaria Narrativa Ensayo Poesía Teatro –Discurso político –Discurso periodístico –Discurso científico –Divulgación –Entretenimiento –Libros escolares (de texto) e infantiles	Lengua escrita: –Cartas personales –Graffiti –Paisaje urbano	70% (Literarios, 30%) (No literarios, 40%)
Lengua tecleada: –Páginas oficiales –Redes sociales oficiales	Lengua tecleada: –Blogs personales –Redes sociales personales	15%

que “[l]a clasificación temática distribuye los textos escritos en dos grandes bloques, ficción y no ficción, que, a su vez, se escinden en distintas áreas temáticas [...]” (*ibid.*, p. 10; véase también la p. 11 para los tipos textuales).

³⁷ Recuérdese, por ejemplo, a Ochs (1979).

En el sentido horizontal, se incluyen las categorías de lengua hablada, lengua escrita y lengua tecleada.³⁸ No se pretende que esta malla agote todas las posibilidades, pero sí que oriente la colecta, que permita evaluar los avances que se vayan teniendo y, desde luego, ponderar la difusión de una palabra o de una construcción a través de diferentes tipos de textos. Este aspecto es muy importante para poder tomar decisiones sobre el tipo de material que se tiene entre manos. Por ejemplo, si *espondeo* aparece sólo en textos más o menos técnicos en que se esté hablando de métrica o de prosodia y si sólo es propia de la lengua escrita en textos planeados, tendrá una difusión limitada y quizá amerite, si se define en un diccionario, un contorno del tipo “En métrica” o una marca de uso que delimite su empleo. Por su parte, es probable que la palabra *cool* aparezca de forma restringida en lengua escrita planeada, pero seguramente sea más abundante en lengua tecleada no planeada, y que *estufa* se reparta en varios tipos de textos.

Es esencial que un corpus como el CEA incluya muestras amplias de lengua hablada, aunque en general es el tipo de materiales que es más laborioso obtener, en especial la lengua menos planeada. En México existen ya, sin embargo, diversas colectas que pueden aligerar esta tarea. Por ejemplo, se están incorporando ya 108 entrevistas que forman parte del *Corpus sociolingüístico* de la Ciudad de México (Martín Butragueño y Lastra, 2011-2015), las cuales suman cerca de un millón y medio de palabras gráficas. Existen otros corpus lingüísticos orales para el país, así que se procurará llegar a acuerdos con los equipos de trabajo, de modo que sea posible incorporarlos en alguna medida.

La lengua escrita constituye el bloque más documentado en el CEA, con 70% de los materiales, de los cuales se pretende que 30% sean literarios y 40% no literarios. Es decir, si bien se van incluyendo muestras de narración o de poesía, también se incorporan muestras de lenguaje político y periodístico, entre otros, así como libros relacionado con la educación. Por ejemplo, en este momento (otoño de 2019) se están introduciendo los libros actuales de primaria oficiales en México, pero

³⁸ Considérese Yus Ramos (2010).

también se quiere incluir algunos materiales de secundaria y, más adelante, libros de texto de generaciones previas, con la idea de que la mayor parte de los ciudadanos mexicanos se han formado con ellos en algún momento. Se espera que estos documentos sean relevantes para un *Diccionario escolar* o para un *Diccionario del estudiante*, pues, por ejemplo, se pueden explicitar los lemas construidos a partir del léxico usado en estos libros. También, en la medida de lo posible, se piensa incorporar al CEA muestras menos planeadas de lengua escrita, como las que contribuyen a escenificar el paisaje lingüístico de las ciudades.

En cuanto a la lengua tecleada, la proporción es semejante a la prevista para la lengua oral, dada la relevancia del soporte digital en el mundo contemporáneo. Ya se ha empezado a recoger documentación de páginas oficiales de diferentes esferas administrativas, y se prevé incorporar cierta proporción de material presente en redes sociales, de modo que pueda mantenerse la distinción general entre textos más y menos planeados.

Operación del CEA

Los documentos se convierten o transcriben en formato de texto, en Unicode (UTF-8), resultado que se coteja con el original. El sistema de marcación en *xml* de la cabecera del documento y del cuerpo del texto sigue las normas propuestas por Moreno Fernández para el CORPEEU,³⁹ con alguna modificación adicional de orden menor; el conjunto de marcas busca a su vez ser consistente con el estándar “P5 Guidelines” de la Text Encoding Initiative (TEI).⁴⁰

Como gestor del CEA se está usando en este momento el *software tlCorpus*, concebido en la esfera de *TLex*,⁴¹ que permite ya obtener frutos iniciales del trabajo que se va acumulando. El gestor *tlCorpus* permite seleccionar diversos documentos o el conjunto de ellos, y ofrece algunas

³⁹ Debe agradecerse al profesor Francisco Moreno su generosidad al compartir algunos documentos internos de su proyecto. Para el sistema de codificación de CORPES-XXI, véase RAE (2013).

⁴⁰ La página de TEI es <<https://tei-c.org/>> y las “P5 Guidelines” pueden encontrarse en <<https://tei-c.org/guidelines/p5/>> [consultadas el 8 de diciembre de 2019].

⁴¹ *TLex* es un software lexicográfico; véase la referencia completa en la bibliografía final.

estadísticas sobre las ocurrencias y los tipos gráficos para cada texto. Incluye, asimismo, un buscador de concordancias que recupera los contextos en que surge el ítem buscado, así como las palabras que suelen aparecer por delante y por detrás de ese ítem, aspecto fundamental para detectar colocaciones, frases léxicas y locuciones. También permite ver el documento completo cuando es conveniente, y ofrecer una lista completa de todos los tipos gráficos con sus frecuencias, entre otras características. Es interesante señalar que incluye además una potente herramienta para la colecta de documentos en línea. Es claro, sin embargo, que hay mucho que avanzar en la gestión computacional, desarrollando u obteniendo un gestor *ad hoc* que permita sacar mejor partido de las características del CEA.

A continuación se presenta un par de ejemplos del tipo de búsquedas que pueden realizarse en el *Archivo de la palabra* por medio del gestor disponible en este momento, *tlCorpus* (septiembre de 2019). Primero se muestran algunos resultados relacionados con la frecuencia de las palabras, y luego el caso de *cánula* y de *yoloxóchitl*.

Palabras con diversos grados de frecuencia

Un par de preguntas comunes a la hora de elaborar un diccionario es cuáles son las palabras más frecuentes y cuál es la dispersión de esas voces en un conjunto de textos. Es relevante determinar si una palabra como *sinapsis* (por ejemplo) aparece 10 veces en un único texto, o si sólo aparece una vez en cada uno de 10 textos: si bien el número total de casos es el mismo (10), es probable que el primer escenario pueda asociarse con un uso especializado, mientras que el segundo corresponda a uno generalizado. Si debe incluirse o no en un diccionario dependerá, obviamente, del objetivo del lexicón que se esté construyendo, pero un dato de esta naturaleza ayuda al momento de decidir.

Por lo demás, este tipo de datos no debe tomarse de manera absoluta, sino combinarse con otros criterios de orden cualitativo, en especial en lo que toca a las palabras de frecuencia baja o relativamente baja, o ítems de importancia lingüística o social evidente aunque no aparezcan

en un corpus de referencia. Por ejemplo, es necesario completar la lista de palabras formadas por medio de diversos procesos morfológicos (digamos *sonso/zonzo*, *sonsera/zonzera*, *sonsería/zonzería*, *sonsez/zonzsez*, etc.), analizar documentos recogidos *ad hoc* o consultar a especialistas, entre otras tareas.

En un sencillo ejercicio con un subconjunto del *Archivo* han aparecido resultados como los que se muestran en seguida. El bloque analizado (2 de septiembre de 2019) está formado por un total de 1 697 019 palabras, que corresponden a 95 823 tipos gráficos diferentes,⁴² acumulados en 627 textos.

(1) Algunas palabras muy frecuentes:

de (93 897 veces en 627 textos)

la (55 773 en 622)

y (45 563 en 625)

el (43 995 en 614)

que (40 443 en 587)

en (34 048 en 615)

a (29 256 en 604)

los (24 311 en 591)

del (19 154 en 618)

las (17 174 en 565)

se (16 255 en 537)

con (13 963 en 565)

En (1) aparecen algunos ejemplos de palabras muy frecuentes. Como puede observarse, surgen en un número de veces total muy elevado, superior a las 10 000 ocasiones, y se documentan en gran cantidad de textos, siempre en más de 550; la preposición *de* aparece en todos. Todos estos casos corresponden a palabras gramaticales monosílabas y átonas, como preposiciones, conjunciones y artículos.

⁴² Por tipos gráficos, debe entenderse formas entre blancos de escritura.

(2) Algunas palabras bastante frecuentes:

<i>estructura</i>	(100 veces en 52 textos)
<i>orilla</i>	(100 en 11)
<i>acaso</i>	(99 en 14)
<i>papá</i>	(99 en 12)
<i>adelante</i>	(98 en 41)
<i>escena</i>	(98 en 24)
<i>imposible</i>	(97 en 24)
<i>carrera</i>	(97 en 49)
<i>abril</i>	(96 en 28)
<i>ministerio</i>	(96 en 30)
<i>prevención</i>	(95 en 29)
<i>escalera</i>	(95 en 13)

Un segundo conjunto de ejemplos aparece en (2), donde se muestran algunas palabras que aparecen alrededor de 100 veces, dispersas en un conjunto de textos relativamente amplio, pero lejos de ser generales (aparecen aproximadamente en estelas de entre 10 y 50 documentos). Todas ellas son palabras de uso común o relativamente común, aunque con diferentes grados de difusión en el conjunto de documentos empleados en el ejercicio.

(3) Palabras medianamente frecuentes:

<i>carbonera</i>	(10 veces en 2 textos)
<i>hormiga</i>	(10 en 4)
<i>espectacular</i>	(10 en 5)
<i>interrumpir</i>	(9 en 5)
<i>grupál</i>	(9 en 7)
<i>decadente</i>	(9 en 4)
<i>monólogo</i>	(8 en 4)
<i>resta</i>	(8 en 8)
<i>negror</i>	(8 en 1)
<i>agostadero</i>	(7 en 1)

puñetazo (7 en 2)

cumplidos (7 en 5)

En el caso de (3) se han apuntado palabras que tienen alrededor de 10 ocurrencias en la muestra. Aparecen en un número más limitado de textos, aunque con una dispersión diferente: no es lo mismo el caso de *resta*, con 8 casos esparcidos en 8 documentos, que el de *negror*, también con 8 ejemplos, pero todos ellos en un único documento.

(4) Palabras de baja frecuencia:

delectación (2 veces en 2 textos)

endechas (2 en 1)

compuerta (2 en 1)

cánula (2 en 1)

parsimonia (2 en 1)

faldeo (2 en 1)

succionar (1 en 1)

tantálico (1 en 1)

tarugadas (1 en 1)

sabotaje (1 en 1)

morrión (1 en 1)

endorfinas (1 en 1)

Por fin, en la parte más baja de la escala de frecuencias, con sólo 1 o 2 ocurrencias, surgen palabras como las de (4), muchas de ellas, al menos intuitivamente, ajenas a la lengua coloquial y a los usos más comunes, como *delectación*, *endechas* o *tantálico*.

Si bien algunas de las voces escogidas para los ejemplos de (1) a (4) pueden ser más comunes de lo que sugiere su baja frecuencia, obsérvese que, incluso con una muestra tan pequeña como la utilizada para ilustrar estas series, es posible ofrecer casos que parecen corresponder bastante bien a las intuiciones de los hablantes.

La palabra *cánula*, incluida en (4), se retoma en seguida para exponer otro ejemplo de uso del *Archivo*.

El caso de «cánula» y el de «yoloxóchitl»

A la vista de la palabra *cánula* se han consultado los contextos en los que aparece en la misma submuestra del *Archivo de la palabra*, a modo de ejemplo de las búsquedas que este repositorio puede sugerir para diversas investigaciones.

Las dos ocurrencias de *cánula* proceden de un mismo testimonio: *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso. Los contextos breves ofrecidos por *tlCorpus* se anotan en (5) y (6).⁴³

(5) **cánula** [contexto breve 1]:⁴⁴

[...] terapéuticos, sí, así, Su Majestad, que se le atribuyen a las plantas mexicanas. No hace falta ahora doblar tanto las piernas. Voy a introducir la **cánula**. Inspire Su Majestad. Profundo. Así, aaaasí. Saber si es verdad por ejemplo que la flor del corazón que llaman yoloxóchitl es un remedio contra [...]

(6) **cánula** [contexto breve 2]:⁴⁵

[...] Río Prieto que provienen de las nieves del Iztaccíhuatl, inspire Su Majestad, y que tienen pocas sales, mejor. Y ahora, Su Majestad, voy a retirar la **cánula**: inspire Su Majestad, así, aaasí. Y ahora le voy a pedir a Su Majestad que contraiga los músculos glúteos y domine el deseo de evacuar para dar [...]

Dado lo breve de estos dos pasajes, en los que se menciona simplemente la introducción y la extracción de una cánula, se hace necesario desplegar un contexto más amplio para tener una idea más clara de su sentido. Tal operación es muy sencilla en *tlCorpus*, desde donde se puede acceder de inmediato al texto completo de donde procede cualquier pasaje. En (7a) se muestran algunas de las características del archivo, tal como aparecen en la cabecera de cada documento introducido al *Archivo*

⁴³ Las negritas en los pasajes que siguen se han añadido ahora.

⁴⁴ El pasaje está en la p. 400.

⁴⁵ Este pasaje está también en la p. 400.

de la palabra, y que más adelante serán muy importantes para seleccionar textos de las características que se desee en cada ocasión. En (7b) se presenta un fragmento más amplio de la primera de las dos ocurrencias.

(7) **cánula** [(contexto amplio de la primera ocurrencia, presentada en (5))]:⁴⁶

a. [Inicio de las etiquetas de cabecera del documento]:

<Archivo_palabra id=“MX_EFP2012_0000008”> <cabecera fecha_electronica=“2018-07-10”> <título_principal autor_título_principal=“del Paso, Fernando”> Titulo</Noticias del Imperio> [...]⁴⁷

b. [Fragmento amplio]:

[...] Creo que podríamos descartar también una diarrea catarral, que trataríamos con dosis de sulfato de magnesio. ¿Lombrices? ¿Ha tenido alguna vez lombrices</pg399> <pg400>Su Majestad? No, si llegáramos a encontrar ascárides lumbricoides, no necesito acudir al Japón, es decir a las flores del kuso, teniendo en México como remedio semillas de papaya pulverizadas. Y ahora sírvase Su Majestad acostarse, dándome la espalda. Si estas lavativas han surtido buenos resultados tras cada evacuación, no hay razón para suspenderlas. Sí, Su Majestad, como siempre: algunas yemas de huevo disueltas en leche no muy caliente, para que no se cuezan. Sírvase Su Majestad levantarse el camisón y doblar las piernas, un poco de almidón, y unas gotas de láudano. Claro que habría que corroborar todos esos supuestos resultados terapéuticos, sí, así, Su Majestad, que se le atribuyen a las plantas mexicanas. No hace falta ahora doblar tanto las piernas. Voy a introducir la **cánula**. Inspire Su Majestad. Profundo. Así, aaaasí. Saber si es verdad por ejemplo que la flor del corazón que llaman **yoloxóchitl** es un remedio contra la esterilidad, ahora va a comenzar a pasar el líquido, inspire Su Majestad, o si el cocimiento de las flores del manto de la Virgen, expire, aplicado como cataplasma, es útil en la erisipela. ¿Ha seguido Su Majestad tomando vino de canela, como le aconsejé?

⁴⁶ El pasaje de (7b) aparece en las pp. 399–400.

⁴⁷ Lo que aparece en (7a) es sólo de parte de las etiquetas que se colocan al inicio de cada documentado marcado.

Chocolate de ninguna manera: Hernán Cortés le escribía al ilustre antecesor de Su Majestad, Carlos V, que una sola taza tomada en la mañana mantenía las fuerzas de un soldado todo el día, inspire profundamente Su Majestad: es sólo un litro y llevamos ya la tercera parte, pero no por eso deja de ser un alimento muy pesado para el estómago. Tranquilícese Su Majestad. Inspire profundamente. Más, más aún. No cabe duda de que cada país tiene sus peculiaridades. En México, por ejemplo, no hay pelagra, a pesar de que algunos autores la han atribuido al maíz. [...]

Tras ver el pasaje amplio, ya no quedan muchas dudas sobre el uso terapéutico de la *cánula*, pues “[...] [s]i estas lavativas han surtido buenos resultados tras cada evacuación, no hay razón para suspenderlas [...]” (*Noticias del Imperio*, p. 400). El significado corresponde, de hecho, a la acepción 2 consignada en el *Diccionario de la lengua española* (DLE 23 = RAE-ASALE 2014):

(8) **cánula**

Del lat. *cannŭla* ‘cañita’.

1. f. Caña pequeña.
2. f. Tubo corto que se emplea en diferentes operaciones de cirugía o que forma parte de aparatos físicos o quirúrgicos.

Fuente: DLE 23, s. v. [consultado el 23 de septiembre de 2019].

Resulta interesante, dicho sea de paso, que la palabra *yoloxóchitl*, que aparece un poco más abajo en el pasaje citado en (7), no esté registrada en el DLE 23 (consultado el 6 de septiembre de 2019). Tampoco aparece en el CREA (misma fecha), ni en el CORDE (misma fecha). Sí aparece en cuatro ejemplos del CORPES-XXI, pero como nombre propio (misma fecha). No aparece registrada en el CORDIAM, al menos con esta grafía (misma fecha). Obsérvese que el ejemplo extraído del pasaje de *Noticias del Imperio* es particularmente relevante, pues sugeriría la investigación de dos aspectos:

- (9) a. Que *flor del corazón* y *yoloxóchitl* son sinónimos.
- b. Y que a esta flor se le atribuían propiedades contra la esterilidad.

Desde luego, el pasaje es rico en disparadores de investigación léxica y cultural: enfermedades como la *erisipela* o la *pelagra*, las *flores del manto de la Virgen*, los atributos del *vino de canela*, entre otros, que sugieren pesquisas que pueden llevar a transitar por diversos paisajes léxicos y culturales.

HACIA UNA “COLECCIÓN DE DOCUMENTOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA” (CDLE)

Por mucho que resulte trascendental tener un corpus razonablemente representativo y que permita ponderar la difusión de una palabra o de una construcción, como pretende ser el CEA, es claro que no hay ningún corpus que contenga todo lo que nos pueda interesar.

Aquí se cruza otra tarea esencial que no se soluciona sólo con un corpus representativo: es necesario disponer de todo tipo de documentación lingüística, sea para las grandes tareas, como la memoria textual, o las más menudas, digamos ejemplificar *quince primaveras* o saber qué es un *zerete* (el *Dasyprocta mexicana*).⁴⁸ La documentación es necesaria a cada paso que se da. Si bien el inicio establecido para la colecta del CEA es 1968, ¿no debería considerarse *Pedro Páramo*, publicado en 1955,⁴⁹ parte significativa del español mexicano y del patrimonio de todos los hablantes de español? Si hace falta documentación lingüística sobre derecho, biología o matemáticas, o sobre la industria petrolera o el léxico relacionado con el turismo caribeño, ¿dejarían de existir esas realidades para un diccionario porque una cuotificación diseñada para otro propósito no los puede albergar en detalle? Lo mismo podría decirse si, en el contexto de una gramática, hace falta saber más sobre el uso, digamos, de *vos* o de *vosotros*, o de *había personas* y de *habían personas*.

⁴⁸ Siguiendo en este ejemplo los comentarios de *Wikipedia* (2001–), que en <https://es.wikipedia.org/wiki/Dasyprocta_mexicana>, consultado el 11 de diciembre de 2019, señala: “El **agutí negro** o **zerete prieto** (*Dasyprocta mexicana*) es una especie de roedor histricomorfo de la familia Dasyproctidae au[tóc]tona de México”.

⁴⁹ Véase por ejemplo Rulfo (2003).

Por eso es necesario compensar la rigidez de un corpus de referencia, como el CEA, con una colección documental que crezca en la medida de las necesidades que se vayan presentando, a sabiendas de que ese acopio, la “Colección de documentos de la lengua española” o CDLE, que es el segundo módulo del *Archivo de la palabra*, no puede servir para establecer la frecuencia de una voz o de una estructura, o para tomar una decisión sobre la difusión geográfica o social de una colocación.

La CDLE pretende incluir cualquier material lingüístico que pueda ser útil para las tareas de la Academia Mexicana de la Lengua en un momento dado. A continuación, se desarrolla un ejemplo que intenta ilustrar la exploración de una voz específica, *ajolote*, para mostrar la necesidad de aumentar una colección documental.

El uso de varios corpus: el caso de «ajolote»

Para desarrollar el ejemplo, en (10) se ofrece un resumen de búsquedas sobre la palabra *ajolote* y algunas de sus variantes en cuatro corpus, de modo que se pueda apreciar qué se obtiene y qué no al buscar en materiales estructurados.⁵⁰ Debe considerarse, de todos modos, que algunos corpus como el CORDIAM o el propio *Archivo de la palabra* no son al día de hoy colectas cerradas, sino en crecimiento.

(10) Resultados de las búsquedas de *ajolote*.

- a. CORDIAM (consultado el 11 de diciembre de 2019): aparece 1 vez como *axolote* (Cervantes de Salazar, c. 1566, edición de 1985).
- b. CORDE (consultado el 11 de diciembre de 2019): como *ajolote* surge 3 veces en 2 documentos (Clavijero, 2 casos; Cortázar, 1 caso). Por otra parte, como *axolotl* está en 27 casos, procedentes de 2 documentos (Clavijero, 1 dato; Cortázar, 26 datos). Se trata de Clavijero (1991 [1780]) y de Cortázar (1995 [1945-1964]), para ambas variantes. Y como *axolote* surge en 3 ocasiones más: 1 en Cervantes de Salazar (1971 [1560]), 1 en Bolívar (1909), y 1 más en Fernández

⁵⁰ De ninguna manera se trata de una investigación sistemática; debe subrayarse que se trata sólo de una ilustración del punto.

- Galiano (1929 [1939]). En plural es posible hallar varios ejemplos adicionales: está 1 vez en Clavijero (1991 [1780]), como *axolotes*, y en forma de *ajolotes* queda documentado en Rulfo (1992 [1953]), en 2 ocasiones, y 1 más en Arturo Azuela (1985 [1973]).
- c. CREA (consultado el 12 de diciembre de 2019): *ajolote* (30 casos, 6 documentos, todos de México); *axolotl* (1 caso, Cuba); *ajolotes* (9 casos, 6 documentos, todos de México).
- d. *Archivo de la palabra*: 5 ejemplos en la submuestra empleada para este texto, todos en *Noticias del Imperio* (Paso, 2012).

En (11) se anota el ejemplo de Cervantes de Salazar:

- (11) **axolote** [Cervantes de Salazar (1985 [c. 1566], tomado de CORDIAM)]:⁵¹
[...] Hay en ellas un pescado que se llama **axolote**, que es prieto; tiene pies y figura de lagarto. [...]

A su vez, en (12) se menciona un pasaje relevante de Clavijero, que desencadena también muchas interrogantes, a juzgar por los nombres de varios otros peces (puestos en negrita en el primer párrafo); la descripción del *axolotl* o *ajolote* en el segundo párrafo, no tiene desperdicio, desde la referencia al *palmo castellano*, el *codo* y la *vara*, a la descripción naturalista, incluida la menstruación del ajolote:

- (12) **ajolote** [Clavijero (1991 [1780]), tomado de CORDE]:⁵²
[...] antiguamente en las mesas de los mexicanos, como hoy en las de los españoles. Distinguen tres o cuatro especies. El **amilotl** que es el mayor y el más apreciado, tiene de longitud más de un pie, con cinco aletas, dos en el lomo, dos a una y otra parte del vientre y una debajo del mismo vientre. El **xalmichin**, algo menor que el antecedente, es, si no me engaño, de su misma especie. El **yacapitzahuac**, que es el menor, no tiene más de un palmo de largo y dos, dedos de grueso. De estos peces que son todos escamosos, de buen gusto y muy

⁵¹ El pasaje está en cap. 10, p. 22 (consultado el 13 de diciembre de 2019).

⁵² Consultado el 12 de diciembre de 2019.

sanos, están llenos los lagos de Chalco, Pátzcuaro, y Chapala. La otra especie, que es la del **xalmichin de Quauhnahuac**, carece de escamas y en vez de ellas está cubierto de una piel blanda y blanca.

El **axolotl** o **ajolote**, es un lagarto acuátil del lago mexicano. Su figura es fea y ridícula; su longitud de un **palmo castellano** (aunque suelen hallarse de un **codo** o media **vara**). Su piel es blanda y negra, su cabeza larga, su boca grande, su lengua ancha, pequeña y cartilaginosa, y su cola muy larga. Desde la mitad de su cuerpo hasta el fin de la cola va en disminución. Nada con sus cuatro pies, que terminan en dedos semejantes a los de las ranas. Lo más particular de este pez es el tener el útero semejante al de la mujer, y el estar sujeto como ella a la periódica evacuación de la sangre, como se ha observado varias veces. Su carne es comestible y sana y especialmente provechosa para los éticos. Tiene casi el mismo sabor de la anguila. Otras varias especies de pececillos hay en aquel lago, que no merecen particular mención. [...]

El *Archivo de la palabra* proporciona cinco ejemplos en la submuestra empleada,⁵³ si bien claramente insuficientes, pues todos proceden de la misma fuente, de nuevo *Noticias del Imperio*, como se ha anotado; en (13) está uno de los casos:

- (13) [...] del Coronel Rodríguez ni del Coronel van der Smissen: porque si alguna vez he tenido dentro de mí algo vivo, no ha sido ni es un ser humano, sino un **ajolote**, y yo lo sé porque cuando estoy sentada en mi mecedora con la cabeza baja lo veo crecer en mi vientre que es redondo y transparente como una pecera [...].⁵⁴

Si bien el referente y la palabra *ajolote* son bien conocidos para los habitantes de Ciudad de México, obsérvese que si sólo se dispusiera de los materiales que se acaban de mencionar, el informe lexicológico sería seguramente insuficiente: la documentación más antigua sería de c. 1566,

⁵³ Hay un ejemplo también de *Ajolotes*, pero parece tratarse de un topónimo.

⁵⁴ El pasaje está en la p. 246.

sólo reaparecida la palabra hasta 1780 (dos siglos después) y asentada en el siglo xx. Habría también que decir que la voz tiene un uso eminentemente literario y que aparece, especialmente, en un escritor argentino. Como hay multitud de estos casos a la hora de llevar a cabo una investigación, y no necesariamente el referente o la palabra son familiares para los documentalistas, es claro que el empleo de uno o varios corpus puede no ser bastante, por mucho que un corpus pueda haber sido diseñado para ser representativo.

En un caso como éste, en que el módulo CEA del *Archivo* se muestre limitado, es donde entra en juego el módulo CDLE, es decir, la *Colección de documentos*, que permite acopiar testimonios a través de búsquedas dirigidas, tantos como haga falta, sin que se pierda el dato de frecuencia y dispersión que proporciona el CEA (5 casos en 1 documento, en la submuestra empleada ahora, para el caso de *ajolote*). Podría entonces incorporarse materiales *ad hoc* como el citado en (14), a partir de la página *Biodiversidad mexicana* [<https://www.biodiversidad.gob.mx/>], de probaba utilidad para este tipo de información.

- (14) [...] Su apariencia básica es la de un renacuajo gigante, con patas y cola. Su piel es lisa en casi todo el cuerpo, aunque puede ser ligeramente rugosa y con pequeños poros que solo se aprecian de cerca. Su cabeza es robusta, ancha y plana, contrastando con el resto del cuerpo que es más alargado y aplastado por los lados. Sus ojos son pequeños y sin párpados. [...]

Fuente: “Axolotl o Ajololote mexicano”, en <https://www.biodiversidad.gob.mx/especies/especies_priori/fichas/pdf/ajolote_Mexicano.pdf>, consultado el 25 de septiembre de 2019.

Se incorpora al CDLE, en suma, cualquier documento escrito (original o transcripción), sonoro o audiovisual que se considere relevante, más allá de cualquier consideración temporal, espacial o genérica (textual) que rebase las condiciones de muestreo del CEA.⁵⁵

⁵⁵ La CDLE servirá asimismo para preservar y marcar estandarizadamente cualquier donación textual que no quepa con claridad en el CEA.

ASPECTO DEL FICHERO_AML

El Fichero_AML es, como se ha dicho, el tercer módulo del *Archivo de la palabra*. De la misma manera que el CEA y la CDLE deben ayudar a construir la memoria lingüística, el propósito del Fichero_AML es contribuir a generar la memoria del trabajo lingüístico que se vaya realizando, sea éste minucioso o sea solamente una observación pendiente de estudio. Se trata básicamente de una base de datos que permite anotar los testimonios personales consultados, los corpus en los que se hacen búsquedas, los diccionarios o gramáticas con los que se confronta, etc. Es en lo esencial una herramienta acumulativa al servicio de cualquier proyecto lexicológico, lexicográfico o gramatical en curso o que pueda afrontarse en el futuro inmediato o mediano. Irá creciendo según se haga cualquier obra propia o cualquier colaboración.

Así, por ejemplo, se ha venido incorporando a la base de datos la información recopilada cada año para las enmiendas y adiciones al DLE 23 que se consultan a la AML. En el cuadro 3 se anota un ejemplo de ficha.

El ejemplo del cuadro 3 corresponde a la documentación de la palabra *aerocomercial*. Si bien la voz no estaba presente en los diccionarios consultados, sí aparecía en varios corpus, con datos de varios países, se documentaba en páginas de internet y era reconocida por alguna persona. Por todo ello, se recomendó la inclusión del artículo lexicográfico sin marcación geográfica en especial.

CODA: UTILIDADES DEL ARCHIVO

Las utilidades más inmediatas del *Archivo de la palabra* se deben rendir al sistema lexicográfico de la AML. Ya se ha empezado a usar en las pesquisas de 2019 para colaborar en las enmiendas y adiciones que se realizan anualmente al DLE 23, y se espera que rinda frutos en los próximos avances asimismo del DLE 24 y del *Diccionario fraseológico panhispánico* o DFP.

En este momento (octubre de 2019) el *Archivo* está integrando los libros de texto vigentes actualmente en la educación primaria mexicana,

con el objeto de contribuir al lecionario de la edición de un *Diccionario escolar*, y seguramente será útil introducir otros textos escolares, por ejemplo de secundaria, así como otros materiales no escolares y de otros países cercanos.

Otra aportación del conjunto de documentos incluidos en el *Archivo* es ofrecer un corpus sincrónico que dé sustento a trabajos gramaticales,

CUADRO 3. Ficha para **aerocomercial**

<i>Bloque de datos</i>	DLE_23_2019_5	<i>Estudios</i>	Minucias, NA
<i>Subgrupo</i>	2019_5_adiciones	<i>Diccionarios</i>	DMex, NA; DEM, NA; DA, NA; DPD, NA; TPR, NA
<i>Anotador básico</i>	SOMP	<i>Otros textos</i>	NGLE, NA
<i>Vóz</i>	aerocomercial	<i>Internet</i>	Industria aerocomercial, en https://es.wikipedia.org/wiki/Industria_aerocomercial
<i>Propuesta RAE</i>	[Adición de artículo]. adj. Perteneiente o relativo al comercio aéreo.	<i>Testimonios</i>	SOMP: reconoce el uso de la palabra; AMAL: no reconoce la palabra; [CDMX-CDMX-M-33-Licenciatura-Project Manager]: no reconoce la palabra; PMB: no reconoce.
<i>Problema</i>	¿Es apropiado añadir la palabra al DLE 23?	<i>Propuesta AML</i>	Añadir el artículo.
<i>Corpus</i>	CORDE: NA. CREA: “uno es el de la actividad aerocomercial y otro el de las tarifas eléctricas” [Perú, Efímero, 2004]; “el capitán Guerra, quien a su vez es dueño de una empresa aerocomercial” [Cuba, Matos, Huber, 2002]. CORPES: “servicios aéreos regulares [...] operados por empresas aerocomerciales argentinas” [Argentina, Mac Kay, María Luisa, 2004]; “el desarrollo aerocomercial generará empleos para tripulantes y técnicos ecuatorianos” [Ecuador, Prensa, 2006].	<i>Argumentos</i>	Hay evidencia de su uso en diferentes países, con presencia en corpus. Algunas personas reconocen su uso.

sean escolares o descriptivos, o a objetivos filológicos que necesiten testimonios textuales del español contemporáneo.

Más allá de estas tareas —del hecho de que hay mucho camino por delante y de los retos técnicos que hay que afrontar— debe subrayarse que el objetivo central del *Archivo de la palabra* es documentar parte de la memoria verbal de los años relativamente más recientes, al igual que el CORDIAM cubre otras capas más antiguas. Obsérvese, en resumidas cuentas, que el propósito de tales labores no pretende acumular sin orden y concierto textos y documentos, entrevistas y testimonios, sino constituirse en sí mismas, bajo la perspectiva de un español visto desde México, en una herramienta relevante para construir identidad lingüística.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Academia Mexicana de la Lengua. *Corpus diatópico y diacrónico del español de América* (CORDIAM). Dirs. Concepción Company y Virgina Bertolotti. En: <<http://www.cordiam.org/>>, consultado el 11 de diciembre de 2019.
- Academia Norteamericana de la Lengua Española. *Corpus del español de Estados Unidos* (CORPEEU) (en curso). Coord. F. Moreno Fernández.
- “Axolotl o Ajololote mexicano”. En: <https://www.biodiversidad.gob.mx/especies/especies_priori/fichas/pdf/ajoloteMexicano.pdf>, consultado el 25 de septiembre de 2019.
- Azuela, Arturo (1985). *El tamaño del infierno*. Ed. Jorge Rodríguez Padrón. Madrid: Cátedra [1ª ed. 1973].
- Biodiversidad mexicana*. En: <<https://www.biodiversidad.gob.mx/>>.
- British National Corpus* (BNC). En: <<https://www.english-corpora.org/bnc/>>, consultado el 2 de diciembre de 2019.
- Bolívar, Ignacio (1909). *Zoología*. Madrid: Fortanet.
- Caravedo, Rocío (1990). *La competencia lingüística*. Madrid: Gredos.
- Caravedo, Rocío (2014). *Percepción y variación lingüística. Enfoque sociocognitivo*. Madrid – Fráncfort del Meno: Iberoamericana – Vervuert.
- Chambers, J. K. y Peter Trudgill (1998). *Dialectology*, 2a. ed. Cambridge: Cambridge University Press.

- Clavijero, Francisco Javier (1991). *Historia antigua de México*. Pról. Mariano Cuevas. México: Porrúa [1ª ed. 1780].
- Cervantes de Salazar, Francisco (1971). *Crónica de la Nueva España*. Ed. Manuel Magallón. Madrid: Atlas [1ª ed. 1560, siguiendo a CORDE].
- Cervantes de Salazar, Francisco (1985). *Crónica de la Nueva España*. Prólogo de Juan Miralles Ostos. México: Porrúa [c. 1566, siguiendo a CORDIAM]. *Corpus del Español Mexicano Contemporáneo* (CEMC). En <<http://www.corpus.unam.mx/cemc>>, software Amate ver. 1.0, consultado el 1 de diciembre de 2019.
- Cortázar, Julio (1995). *Final del juego*. Ed. Jaime Alazraki, Madrid: Anaya – Mario Muchnik [original de 1945-1964, siguiendo a CORDE].
- Davies, Mark. “Corpus del español”. En: <<https://www.corpusdelespanol.org/xs.asp>>, consultado el 3 de diciembre de 2019.
- Dittmar, Norbert (1996). “Descriptive and explanatory power of rules in sociolinguistics”, *Towards a Critical Sociolinguistics*, pp. 225-255. Ed. R. Singh. Amsterdam – Filadelfia: John Benjamins. [Versión revisada del capítulo incluido en *The Sociogenesis of Language and Human Conduct* (ed. Bruce Baine. Nueva York: Plenum, 1983)].
- Félix-Brasdefer, J. César (2019). *Pragmática del español. Contexto, uso y variación*. Londres – Nueva York: Routledge.
- Fernández Galiano, Emilio (1939). *Los fundamentos de la biología*. Barcelona: Labor [original de 1929, siguiendo a CORDE].
- Garza, Gustavo (2003). *La urbanización de México en el siglo xx*. México: El Colegio de México.
- Henríquez Ureña, Pedro (1921). “Observaciones sobre el español de América”, *Revista de Filología Española*, 8: 357-390. [También en *La división dialectal del español de América*, pp. 39-62 Ed. F. Moreno. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 1993.]
- Kabatek, Johannes (2005). “Tradiciones discursivas y cambio lingüístico”, *Lexis*, 29, 2: 151-177.
- Krifka, Manfred (2007). “Basic notions of information structure”, *Interdisciplinary Studies on Information Structure*, 6: 13-55.
- Martín Butragueño, Pedro (2010a). “Perspectiva sociolingüística de la historia”, *Historia sociolingüística de México*. Vol. 1, *México prehispánico y colonial*, pp. 41-96. Dirs. R. Barriga y P. Martín. México: El Colegio de México.

- Martín Butragueño, Pedro (2010b). “El proceso de urbanización: consecuencias lingüísticas”, en *Historia sociolingüística de México*. Vol. 2, *México contemporáneo*, pp. 997-1093. Dirs. R. Barriga y P. Martín Butragueño. México: El Colegio de México.
- Martín Butragueño, Pedro (2014). “La división dialectal del español mexicano”, en *Historia sociolingüística de México*. Vol. 3, *Espacio, contacto y discurso político*, pp. 1353-1407. Dirs. R. Barriga y P. Martín. México: El Colegio de México, 2014.
- Martín Butragueño, Pedro (2016). “Ensayo sobre flujos lingüísticos: contacto e identidad en el español visto desde México”, en *VII Congreso Internacional de la Lengua Española*. San Juan, 15-18 de marzo. San Juan de Puerto Rico: Instituto Cervantes – RAE – ASALE. En: <http://congresosdelengua.es/puertorico/mesas/martin-butraguenno_pedro.htm>.
- Martín Butragueño, Pedro (2019). “Contacto, difusión y desplazamiento: el pasado en el presente y el español poscolonial en México”, leído en la mesa redonda *El español: de lengua de conquista a lengua patrimonial*. México: El Colegio Nacional, 16 de octubre.
- Martín Butragueño, Pedro (2019). “Lengua nacional y lengua patrimonial”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua 2018*, pp. 397-424. México: Academia Mexicana de la Lengua.
- Martín Butragueño, Pedro (2020). “Building the Megalopolis: dialectal leveling and language contact in Mexico City”, *The Routledge Handbook of Spanish in the Global City*, pp. 234-274. Ed. Andrew Lynch. Londres – Nueva York: Routledge.
- Martín Butragueño, Pedro (en prensa-a). “Las unidades prosódicas superiores según Navarro Tomás”, en *Ecos de Tomás Navarro Tomás: a cien años de la publicación del «Manual de pronunciación»*. Ed. M. Palacios. México: Universidad Nacional Autónoma de México [datos editoriales provisionales].
- Martín Butragueño, Pedro (en prensa-b). “El español visto desde México”, *Historia sociolingüística de México*. Vol. 5, *Nuevas visitas al pasado y al presente*. Dir. R. Barriga y P. Martín. México: El Colegio de México.
- Martín Butragueño, Pedro (en prensa-c). “L’espagnol au Mexique, dans la Caraïbe et en Argentine”, en *Manuel de linguistique populaire*. Eds. L. Becker, S. Herling y H. Wochele. Berlín: De Gruyter.

- Martín Butragueño, Pedro y Yolanda Lastra (2011–2015). *Corpus sociolingüístico de la Ciudad de México*. México: El Colegio de México.
- Moreno Fernández, Francisco (1998). *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*. Barcelona: Ariel.
- Moreno Fernández, Francisco (2015). *La maravillosa historia del español*. Barcelona: Espasa – Instituto Cervantes.
- Moreno Fernández, Francisco (coord.) (2017). Bases para la formación de un corpus de la lengua española en los Estados Unidos. Propuestas y conclusiones del grupo de trabajo reunido el 22 de septiembre de 2017, «Observatorio de la Lengua Española» del Instituto Cervantes en la Universidad de Harvard [...], ms.
- Moreno Fernández, Francisco (ed.) (2019). *Hacia un corpus del español en los Estados Unidos. Debate para la génesis del proyecto CORPEEU*. Cambridge, MA: Instituto Cervantes at the Faculty of Arts and Sciences of Harvard University. En: <http://cervantesobservatorio.fas.harvard.edu/sites/default/files/049032019_hacia_un_corpus_online_spanish_0.pdf>, consultado el 13 de diciembre de 2013.
- Ochs, Elinor (1979). “Planned and Unplanned Discourse”, en *Syntax and Semantics*. Vol. 12, *Discourse and Syntax*, pp. 51–80. Ed. T. Givón. Nueva York: Academic Press.
- Paso, Fernando del (2012). *Noticias del Imperio*, 6ª reimp., México: Fondo de Cultura Económica [1ª ed., 1987].
- Peña, Clelia de la y Víctor M. Loyola (2017). *De la genética a la epigenética. La herencia que no está en los genes*. México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología – Secretaría de Educación Pública – Fondo de Cultura Económica.
- RAE. Real Academia Española (2013). “Corpus del español del siglo XXI (CORPES-XXI). Descripción del sistema de codificación. Libros y prensa” [Recurso de internet]. Madrid: Real Academia Española. En: <https://www.rae.es/sites/default/files/CORPES_Sistema_de_codificacion_12_2015.pdf>, consultado el 6 de diciembre de 2019.
- RAE. Real Academia Española. Banco de datos (CORDE en línea). *Corpus diacrónico del español*. En: <<http://www.rae.es>>, 3 de diciembre de 2019.

- RAE. Real Academia Española. Banco de datos (CORPES-XXI en línea). *Corpus del español del siglo XXI (corpes-xxi)*. En: <<http://www.rae.es>>, 3 de diciembre de 2019.
- RAE. Real Academia Española. Banco de datos (CREA en línea). *Corpus de referencia del español actual*. En: <<http://www.rae.es>>, 3 de diciembre de 2019.
- RAE – ASALE. Real Academia Española – Asociación de Academias de la Lengua Española (2014). *Diccionario de la lengua española* (DLE), 23ª ed. Madrid: Espasa [en: <<https://www.rae.es/>>].
- RAE – ASALE. Real Academia Española – Asociación de Academias de la Lengua Española (en curso). *Diccionario de la lengua española* (DLE), 24ª ed.
- RAE – ASALE. Real Academia Española – Asociación de Academias de la Lengua Española (en curso). *Diccionario fraseológico panhispánico* (DFP).
- Rulfo, Juan (1992). *El llano en llamas*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas [1ª ed. 1953].
- Rulfo, Juan (2003). *Pedro Páramo*. Ed. José C. González Boixo. Madrid: Cátedra.
- Searle, John (2010). *Making the Social World: The Structure of Human Civilization*. Oxford: Oxford University Press.
- Searle, John (2014). *Creando el mundo social. La estructura de la civilización humana*. Trad. J. Bostelmann. México: Paidós. [Trad. de Searle, 2010.]
- Sierra Martínez, Gerardo E. (2017). *Introducción a los corpus lingüísticos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Text Encoding Initiative (TEI). En: <<https://tei-c.org/>>, consultado el 8 de diciembre de 2019.
- Text Encoding Initiative (TEI). “P5 Guidelines”. En: <<https://tei-c.org/guidelines/p5/>>, consultado el 8 de diciembre de 2019.
- tlCorpus* 11.1.0.2479 Copyright (©) (2002-2019). TshwaneDJe HLT. All rights reserved, <<http://tshwanedje.com/>>. Desarrollo de *software*: David Joffe, Malcolm MacLeod. Asesor: Gilles-Maurice de Schryver.
- TLex Lexicography Software* 11.1.0.2479 Copyright (©) (2002-2019). TshwaneDJe HLT. All rights reserved, <<http://tshwanedje.com/>>. Desarrollo de *software*: David Joffe, Malcolm MacLeod. Asesor lexicográfico: Gilles-Maurice de Schryver.

Valencia, Marelys y Andrew Lynch (2016). Migraciones mediáticas: la translocación del español en televisoras hispanas de Estados Unidos, *Cuadernos AISPI*, 8: 171-196.

Wikipedia (2001). *Wikipedia. La enciclopedia libre*. En: <<https://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Portada>>.

Yus Ramos, Francisco (2010). *Ciberpragmática 2.0. Nuevos usos del lenguaje en internet*. Barcelona: Ariel.

LAS CONCIENCIAS LINGÜÍSTICAS*

E. Fernando Nava L.

Buena parte de esta lectura contiene ideas y datos con los que se invita a pensar en las lenguas naturales teniendo en mente objetivos semejantes a aquel que se busca cuando se habla de la contaminación del mundo y se pretende crear una conciencia ecológica desde la cual sea posible conseguir algunos cambios socioculturales. Para el caso de esta lectura, la exposición tiene como objetivo crear o fortalecer dos tipos de conciencia lingüística. El tema se desarrolla en dos partes, una referida a las instituciones y la otra a las conciencias. La parte relativa a las instituciones se presenta de manera discontinua, siendo unos cuantos aspectos institucionales los que se consideran para abrir la exposición y otros para cerrarla. La estructura del texto trata de evidenciar que el tema de las conciencias lingüísticas, así como el impacto social y los cambios resultantes esperados en la población, no pueden tratarse sino en un marco institucional; lo anterior puede tener cierta analogía, nuevamente, con la manera en que los mensajes institucionales sobre la contaminación contribuyen a generar una conciencia ecológica orientada a modificar determinados hábitos consumistas entre los habitantes.

En la parte relativa a las conciencias lingüísticas quise diferenciar una conciencia de carácter individual, de otra conciencia de tipo social. La primera se encuentra en correspondencia, en cierto modo, con la condición monolingüe, bilingüe o plurilingüe de las personas; se trata, en todo caso, de una conciencia desarrollada —o por desarrollar— desde la competencia lingüística en una o más lenguas, así como a partir de la habilidad comunicativa y, en muy alta proporción, desde el impulso personal por la reflexión introspectiva. La segunda conciencia se relaciona,

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 24 de octubre de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

en cierta medida, con experiencias colectivas y con la posibilidad de acceder a información de alguna manera especializada; las fuentes de dicha información pueden ser en general de dos tipos: la instrucción escolar recibida por la persona, o la difusión y divulgación científicas —que son hechos sociales, a fin de cuentas—, y aquellas a las que ha accedido una persona por interés propio.

Una precisión más: la conciencia lingüística de carácter individual y la de carácter social no son sucesivas; tampoco se van generando ni menos desarrollando de acuerdo con avances de una con resonancia sobre la otra. Es posible tener o desarrollar una conciencia lingüística de carácter social con poca o hasta nula conciencia individual... o viceversa. Lo que sí es posible anticipar aquí es que las fases de la conciencia individual, como adelante se verá, sí tienden a estar sujetas a una secuencia determinada, lo que no ocurre con la conciencia lingüística de carácter social, cuyas fases o, mejor dicho, componentes son independientes entre sí.

LA BASE INSTITUCIONAL

Por ahora, como base institucional para abordar el tema de las conciencias lingüísticas sólo considero el artículo segundo de los *Estatutos* de esta misma Academia Mexicana de la Lengua, en su versión aprobada el 14 de junio de 2018. El artículo en comento reza así: “La Academia tiene por objeto el análisis, el estudio y la difusión de la lengua española en todos sus ámbitos, con particular atención a los modos y características de su expresión oral y escrita en México, así como a sus relaciones e intercambios lingüísticos con las lenguas originarias de México” (Academia Mexicana de la Lengua, 2019: 215-216).

Esta sola consideración la hago en razón de destacar mi interés en participar precisamente desde el interior de nuestra Academia en lo que tal artículo refiere en particular sobre las lenguas originarias de México. En otras palabras: corresponde a esta corporación, entre otros asuntos, atender las relaciones que guarda la lengua española con las lenguas originarias de nuestro país, relación pronunciadamente

asimétrica en términos sociolingüísticos y respecto de lo cual esta lectura fue elaborada con el propósito de advertir y, en el mejor de los casos, disminuir esa asimetría.

LAS CONCIENCIAS LINGÜÍSTICAS

La conciencia lingüística de carácter individual

Si bien las personas adquieren su o sus lenguas maternas, así como una amplia suerte de lenguajes, en contextos sociales —lo que por cierto no puede ser de ninguna otra manera—, propongo que la conciencia lingüística que aquí caracterizo como individual es resultado de las reflexiones particulares que una persona lleva a cabo a partir de su curiosidad e impulsos introspectivos.

Sin duda existe más de una manera en que una persona puede generar o desarrollar su conciencia lingüística individual, en particular si entran en juego las variables del monolingüismo *versus* el plurilingüismo. Esto es: pueden ser altamente contrastantes las reflexiones que sobre sus expresiones lingüísticas haga una persona que sólo tienen una lengua materna, ante las que haga otro individuo que posea dos o más lenguas como maternas; lo anterior, además y muy importante, al margen de su alfabetismo/analfabetismo y de la carencia de instrucción institucional o del nivel de escolaridad alcanzado.

Para los fines de la presente exposición parto del caso de un sujeto monolingüe. En torno a él, propongo la siguiente secuencia de fases en el desarrollo de su conciencia lingüística individual:

TABLA 1. Fases secuenciales de la conciencia lingüística de carácter individual

<i>Primera fase</i>	<i>Segunda fase</i>	<i>Tercera fase</i>
Conciencia intralingüística	Conciencia de la multiplicidad de lenguas	Conciencia de la diversidad lingüística

Desde luego que un muy alto número de personas en el mundo desarrolla sólo la primera fase de su conciencia lingüística individual, lo que en buena medida puede estar asociado con sus experiencias de vida tanto escolares como extraescolares. Otro tanto puede decirse de la segunda y tercera fases, bajo el supuesto de que el número de personas va decreciendo conforme se transita de una a otra. Veamos ahora lo que comprende en general cada una de esas fases.

La conciencia intralingüística corresponde a la introspección sobre los sistemas lingüísticos, fonológicos y morfosintácticos que sobre su lengua materna realiza un individuo, así como sobre sus respectivas normas de uso. Considérense los siguientes ejemplos:

- (1) El niño: “Mamá, yo **ero** ese.”

La mamá: “Se dice ‘yo **soy** ese’”.

- (2) Señor A: “Amigu, tómat*í* tu lech*í*.”

El amigo piensa: “El señor B dice ‘Amigo, tómate tu leche’”.

- (3) Hablante de español, usuario de la norma A: “**Ansina** se hace.”

Muchos hablantes de español, usuarios de la norma B, con actitud prescriptiva: “Se dice ‘**Así** se hace’”.

En el ejemplo (1) el niño, mediante las observaciones que recibe, principalmente de parte de los adultos, va tomando conciencia de que algunas de las analogías que aplica no son aceptables. En (2) una persona, el “amigo”, advierte una diferencia dialectal manifiesta, digamos, entre un habla que emplea como vocales finales de las formas citadas la /u/ y la /i/, en contraste con las vocales finales /o/ y /e/ presentes en las mismas formas, pero en otra habla. Y en (3) el usuario de la norma A recibe una amonestación prescriptiva de usuarios de la misma lengua, pero de la norma B, lo que refiere que este último no ha comprendido al menos una parte de la naturaleza de las lenguas o, peor aún, que el sistema educativo del que procede —formal o informal— ha transmitido o reproducido uno de tantos lastimosos prejuicios lingüísticos.

Con la suma de estas experiencias y otras tantas de índole semejante, el individuo va generando una conciencia intralingüística que, entre otras cosas, lo orienta para elegir unas formas lingüísticas frente a otras, a pesar de que en algunos casos la base de la diferencia subsuma un prejuicio lingüístico.

Por otra parte, la conciencia de la multiplicidad de lenguas corresponde al conocimiento de la existencia de otras lenguas que el individuo conoce únicamente mediante el nombre de éstas, sin que las hable o ni siquiera las pueda identificar si acaso llega a escucharlas; en otras palabras, se trata de un conocimiento meramente superficial de la otredad lingüística. Considérese lo siguiente:

- (4) En algún punto del desarrollo de la educación básica impartida por lo general a la población infantil de un país como México, los alumnos comienzan a asociar el nombre de un país con el nombre de una lengua, a partir de lo cual producen expresiones tales como “En Francia se habla el francés”, “En Italia se habla el italiano”, “En Japón se habla japonés”, y así sucesivamente.

Estas asociaciones no son en absoluto sistemáticas, dado que muy probablemente un alto número de esos niños dice: “En España se habla español, pero también en México, en Argentina, en Colombia...”; y no dirá: “En México se habla el mexicano”, refiriéndose con ello a alguna variedad del español y no a la lengua náhuatl, misma que nombran de esa manera algunos de sus hablantes.

En esta segunda fase de la conciencia lingüística de carácter individual puede colocarse la conciencia que produce la información relativa a las lenguas que cuentan con mayor número de hablantes en el mundo; con ligeras variantes, una y otras fuentes reportan datos que, sin reparar en el hecho de que no existe una sola lengua china, ni mucho menos, se advierten las variedades internas propias de los demás casos:

- (5) Los cinco idiomas más hablados del mundo son: chino, español, inglés, árabe e hindi.

Con o sin las precisiones de los casos correspondientes a las correspondencias citadas en (4) y a otras tantas, así como a la lista de lenguas referida en (5), ambas cuestiones son funcionales para millones de mexicanos y, para nuestro pesar, subsisten irreflexivamente aún en los estudiantes de los más altos niveles educativos de este país. Mas, en la presente línea de exposición, esta conciencia de la multiplicidad de lenguas es, con toda claridad, una conciencia diferente a la introspectiva, asunto que por ahora sólo me ocupo en destacar.¹

Finalmente, la conciencia de la diversidad lingüística corresponde a la introspección comparativa que un individuo hace sobre los sistemas lingüísticos, tanto de su lengua materna, como de la o las segundas lenguas que emplea, máxime si tiene un pleno dominio de ellas; en este caso, puede hablarse de un conocimiento estructural, en diferentes grados de profundidad, de la otredad lingüística. Considérense los ejemplos dados a continuación:

(6) *Lengua totonaca*:

lakatín, “cuerpo visto de frente”
qen, “cuerpo visto de espaldas”

(7) *Lengua zapoteca*, palabras para hijos de los mismos padres:

bi'či Toño “hermano de Toño”
benda Toña “hermana de Toña”
biza'na Toño “hermana de Toño”
biza'na Toña “hermano de Toña”

(8a) *Lengua amuzga*, paradigma parcial del verbo “oír”:

ndiya “oigo”
tandiya “ya no oigo”

¹ Esta Academia Mexicana de la Lengua ha publicado trabajos relativos a la multiplicidad de las lenguas. El escrito de Leopoldo Valiñas C. (2014: 100-123) es una muy buena aproximación al conjunto de lenguas originarias, además de incluir consideraciones sociolingüísticas relativas al futuro de tales lenguas; y un acercamiento a la importancia de las lenguas del mundo lo ofrece el texto de Carlos Prieto (2019: 343-356).

leindiya	“no puedo oír”
taleindiya	“ya no puedo oír”
nndiya	“oíré”
šondiya	“no oíré”
tašondiya	“ya no oíré”
tyondiya	“oí”
tindiya	“no oí”
tatindiya	“ya no oí”

(8b) *Lengua amuzga*, morfemas del paradigma anterior:

ndi	“oír”
-ya	1ª PERSONA SINGULAR
tyo-	PRETÉRITO
n-	FUTURO
ti-	NEGATIVO PRETÉRITO
šo-	NEGATIVO FUTURO
lei-	NEGATIVO HABITUAL
ta-	CESATIVO

El ejemplo (6) sirve para ilustrar que un hablante de totonaco que también habla español, sea como segunda lengua materna o como L2 aprendida (un hablante nativo de español que aprende totonaco), desarrolla una determinada conciencia lingüística motivada por el desdoblamiento léxico que presenta el totonaco en relación con la palabra “cuerpo”, según que éste sea visto o concebido de frente o de espaldas. A su vez, el ejemplo (7) sugiere el desarrollo de una conciencia lingüística semejante a la vista en el ejemplo anterior, en tanto que ahora un hablante de zapoteco (en específico: la lengua hablada en el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca) al aprender español sólo empleará el lema “hermano”, con la flexión de género correspondiente si el referente es de sexo masculino o si es de sexo femenino; pero comparado con su lengua materna —como ocurre con el hablante de español que aprende como segunda esta lengua zapoteca— caerá en cuenta del triple desdoblamiento léxico alineado con la coincidencia de sexo entre los hermanos varones (*bi'č'i*), o con

la coincidencia de sexo entre las hermanas (*benda*), o aun una tercera opción si los hermanos son del sexo opuesto (*biza'na*).

El ejemplo (8a-8b) nos inducen a pensar en otro tipo de conciencia sobre las estructuras lingüísticas, esta vez generado por los elementos presentes en la flexión verbal del amuzgo, lengua hablada en la región fronteriza de los estados de Guerrero y Oaxaca. Destaco por ahora que el sistema conjugacional del amuzgo, comparado con el del español, el primero cuenta con morfemas que al tiempo que expresan determinado valor temporal-aspectual, también contienen el significado de la negación; se trata de los prefijos *ti-* (NEG.PRETÉRITO), *šo-* (NEG.FUTURO) y *lei-* (NEG.HABITUAL); a su vez, otro de los elementos del paradigma de flexión verbal del amuzgo es el prefijo *ta-*, glosado como CESATIVO, portador de un significado que, junto con los prefijos de significado negativo, es traducido al español como “ya no”.

Son prácticamente incontables los ejemplos de esta clase, en particular si nos colocamos frente a las más de 100 lenguas originarias de México, unas con determinados desdoblamientos léxicos en los verbos o en los sustantivos, para no hablar de sus respectivas estructuras sintácticas o de sus sistemas fonológicos.

Considero, en relación con la conciencia lingüística de carácter individual, que su gestación y desarrollo son por lo común procesos verdaderamente personales, producidos en la mente de sujetos despiertos, curiosos, reflexivos y con el gusto por la introspección en sus lenguas. En el ámbito de la enseñanza-aprendizaje de segundas lenguas, no es común pues que los cursos incluyan aspectos que desarrollen, en particular, ni la fase de la aquí llamada conciencia intralingüística, ni la fase de la conciencia de la diversidad lingüística; estimo que lo anterior es válido aún en el caso de la enseñanza de lenguas como el inglés, el francés, el japonés y otras del “mismo estatus”. No obstante, sostengo que dichas conciencias o tales fases de la conciencia lingüística individual existen, que representan un aspecto metalingüístico muy superior a la conciencia de la multiplicidad lingüística y que el estímulo institucional, tanto de la conciencia intralingüística como de la conciencia de la diversidad lingüística, subsanaría graves problemas que hoy por

hoy continúan advirtiéndose en la arena de combate de la inequidad lingüística. Lamentablemente la conciencia de la multiplicidad lingüística, con todo y sus limitantes, es predominante, pasa con toda naturalidad de boca en boca en el escaparate social y muy poco o nada contribuye a erradicar la indiferencia practicada por la mayoría de las personas ante el multilingüismo.

La conciencia lingüística de carácter social

En general, los componentes o elementos que conforman la conciencia lingüística de carácter social llegan a las personas por alguna experiencia netamente colectiva. Ya había sido anticipado que los conocimientos relativos a este segundo tipo de conciencia son más bien especializados y suelen estar relacionados con el nivel de instrucción escolar de las personas, así como con su acceso a la difusión y divulgación científicas, si no es que tal persona es un académico que genera y/o procesa esa clase de información.

Si bien esta conciencia lingüística social bien puede desarrollarse plenamente en personas monolingües, es posible decir que el manejo de otras lenguas, las más de las veces aprendidas como L2, activa el interés en los individuos o favorece el desarrollo de ellos por uno u otro de los componentes de este tipo de conciencia lingüística. No obstante, insisto en que ambos tipos de conciencia no son interdependientes, ni se generan o adquieren en forma sucesiva.

Así las cosas, forman parte de este tipo de conciencia lingüística, entre otros, los siguientes elementos o componentes:

TABLA 2. Componentes de la conciencia lingüística de carácter social

Conciencia de la historia de las lenguas	Conciencia de los derechos lingüísticos	Conciencia sobre una política lingüística de carácter nacional	Conciencia sociolingüística en general
--	---	--	--

Deliberadamente he llamado, por ejemplo, “Conciencia de la historia de las lenguas” y no “Conocimiento de la historia de las lenguas”, porque el plano en el que propongo que se genera o en el que se desarrolla o fortalecen las conciencias lingüísticas no es meramente informativo, que podría calificarse de carácter digamos enciclopédico, no; se trata de información, sí, pero con incidencia formativa y de toma de conciencia, precisamente; es información relacionada con una postura crítica, con una filosofía de vida; no es posible combatir la inequidad lingüística sólo con datos, es necesario hacerlo con actitudes.

A continuación refiero brevemente algunos de los aspectos que comprende cada uno de los componentes de la conciencia lingüística de carácter social aquí elegidos.

La conciencia de la historia de las lenguas comprende el conocimiento de la genealogía lingüística de las lenguas de nuestro entorno social, como son las lenguas originarias de México, el español y la lengua de señas mexicana.² Paralelamente, esta conciencia también comprende el conocimiento de la historia externa de cada lengua, entendiendo por ello la historia de su o sus sociedades hablantes, con su distribución geográfica, rasgos culturales, etc. Lo anterior debe quedar diferenciado de la lingüística histórica, que trabaja en pos de la reconstrucción de las formas pretéritas de determinados conjuntos de lenguas; si bien de esa clase de investigaciones se deriva, por ejemplo, la identificación de palabras cognadas de respetable profundidad temporal, y que éstas pueden emplearse para ilustrar aspectos de la historia externa de las lenguas, los estudios de la referida lingüística histórica son del todo especializados.

A la conciencia de los derechos lingüísticos corresponde una legislación correspondiente. En el caso de México, en 2003 se promulgó la Ley General de Derechos Lingüísticos de los Pueblos Indígenas. Este instrumento reconoce, en su artículo cuarto, el carácter nacional y patrimonial, tanto de las lenguas indígenas como del español y establece que todas ellas “... tienen la misma validez en su territorio, localización y contexto en que se hablen”, lo que comprende los ámbitos público y

² Un excelente acercamiento histórico al español mexicano, también publicado por esta Academia, se encuentra en la contribución de Concepción Company Company (2014: 15-26).

privado, así como todos los usos, comunicativo, cultural, jurídico, etc.³ Este instrumento es estratégico para avanzar hacia la equidad lingüística. No obstante, son muchos los obstáculos prácticos y prejuicios lingüísticos para dar pasos reales en esa dirección; por ejemplo, muchos ciudadanos creen que el español es la lengua oficial de este país y, aún sobre su desconocimiento de la legislación correspondiente, en su comportamiento sobrevaloran al español en detrimento de las lenguas originarias.⁴

La conciencia sobre una política lingüística de carácter nacional —política que nunca ha existido en México— comprende la demanda de acuerdos sobre el uso que habría que garantizar para todas las lenguas reconocidas como nacionales, tanto como para el uso de lenguas extranjeras. Por ejemplo, existe en la actualidad una preocupación en varios países latinoamericanos por la segregación de que es objeto el español como lengua en que se plasme la generación de nuevos conocimientos científicos, o en la que se pueda realizar la difusión de éstos; uno de los riesgos —no del todo lejano— en ese sentido puede ser el que los criterios para evaluar la productividad científica y humanística en las universidades e instituciones afines exijan a los académicos la publicación de sus escritos en inglés.

Existe, desde luego, una conciencia de orden sociolingüístico general, que en estricto sentido subsume las conciencias esbozadas en los tres párrafos anteriores. Pero en adhesión a las conciencias que puedan ser enunciadas en particular, es necesario considerar un espacio de amplio espectro para hacer ahí explícitos determinados aspectos. Por ejemplo, con relativa independencia hacia una historia lingüística o al reconocimiento jurídico de algún derecho lingüístico, puede tratarse aquí la ética del lingüista profesional y el compromiso institucional, tanto en relación con la lingüística básica como con la aplicada, tocante a la retribución de los resultados de una investigación a las comunidades cuyos

³ Estudios igualmente publicados por esta Academia, en que se abordan definiciones y problemas relativos al carácter nacional, patrimonial y oficial de las lenguas, son los de Pedro Martín Butragueño (2019: 397-424) y de Diego Valadés (2014: 174-195).

⁴ También la lengua de señas mexicana tiene el reconocimiento de lengua nacional y patrimonial, de acuerdo con el artículo 14 en la Ley General para la Inclusión de las Personas con Discapacidad.

integrantes facilitaron la información lingüística, especialmente en los casos de los pueblos originarios. Por igual, otro de los tópicos generales para abordar en este espacio puede ser el correspondiente a las actitudes lingüísticas de sectores específicos de la población, analizadas como diagnóstico para la posterior aplicación de una política lingüística en particular.

Al lado de la conciencia lingüística de carácter individual la de carácter social es la que de manera más inmediata puede ser equiparada con la conciencia ecológica; y, por ende, esta conciencia lingüística social es la que más potencial puede contener para generar cambios en las actitudes de las personas, cambios que derriben prejuicios lingüísticos y que comiencen a generar o fortalezcan fuerzas opuestas a la inequidad lingüística, tanto en México como en otras latitudes. A pesar de que varios componentes relativos a esta conciencia circulan de cierto en espacios sociales, es poco lo que de ello es conocido y mucho menos lo que se sedimenta en las personas en específico. Por ejemplo, la inminente extinción de algunas lenguas originarias, como son los casos del ayapaneco y el kiliwa, de Tabasco y Baja California, respectivamente, es del conocimiento de unos cuantos mexicanos, de entre los cuales será un puñado el que se interese en participar “haciendo algo” para evitar dicha extinción, para revitalizar esas lenguas o al menos para dilatar su desaparición; en contraposición, la mayor parte de la población nacional se muestra indiferentemente inmune ante estos asuntos.

También en cierto que en las carreras de lingüística en general, de por sí pocas en el país, los contenidos sociolingüísticos proyectan un porcentaje mucho menor al otorgado a las materias descriptivas; y, aun así, el espíritu de las materias sociolingüísticas, históricamente, no reviste un carácter “remedial” en el sentido de capacitar a los estudiantes para salir corriendo a dar respiración boca-a-boca o para aplicar otro tipo de reanimación. Sin embargo, el incremento a nivel mundial del interés de algunos colectivos e incluso Estados por el fortalecimiento del multilingüismo en todo el planeta es razón suficiente para que en las universidades se revisen los planes de estudio del campo de la sociolingüística en función de incluir o renovar asignaturas con tal orientación.

Otro reto es que los planes, acciones y medidas de salvaguarda del patrimonio lingüístico nacional o mundial salgan de las aulas universitarias a la calle o a las apartadas regiones en donde viven los hablantes de lenguas minorizadas. En tal caso, es necesario que las instituciones, además de cumplir con sus labores al interior de sus recintos, logren impactos sociales sin los cuales difícilmente será revertida la inequidad lingüística.

EL IMPACTO INSTITUCIONAL

Para finalizar, refiero nuevamente la necesidad de la participación institucional con planes y contenidos específicos en las asignaturas correspondientes, para contravenir la indiferencia ante el multilingüismo y, simultáneamente, favorecer la creación o fortalecimiento de las conciencias lingüísticas, tanto de carácter individual como social. Desde luego que no desconozco los compromisos que en materia de equidad lingüística han asumido varias instituciones educativas, tanto públicas como privadas, en todos los niveles, a la vez que reconozco los avances que en dicho campo han hecho ya algunas de ellas. Mas regreso la vista hacia nuestra propia Academia. Leo en su lema: “Limpia, fija, da esplendor”; y me permito referir parte de la glosa que a dicho lema propuso Mario Chávez-Peón, a saber: la necesidad de contar en nuestro medio con una institución que limpia los prejuicios.⁵

Pero, ¿qué estrategia seguir para limpiar tales prejuicios lingüísticos? ¿Cómo mejorar la captación, el manejo y la difusión de la información lingüística, particularmente de las lenguas originarias mexicanas, de manera que se vea favorecida la creación o fortalecimiento de las conciencias lingüísticas como fenómeno social en toda la ciudadanía? No considero productiva ninguna acción violenta contra el racismo lingüístico en general, ni mucho menos ataques personales a quienes se sienten hablantes de una lengua “color azul”. Nuevamente: considero indispensable la presencia, participación y colaboración institucionales.

⁵ Véase Nava López (2019: 27).

Y hablando del combate a los prejuicios, a las actitudes basadas en ellos, aplaudiría yo con absoluta simpatía y me ocuparía con toda convicción en un proyecto de creación, dentro de nuestra Academia, de un laboratorio ciertamente especial, colectivo y multidisciplinario, cuyas investigaciones ofrecieran la cura que necesitan muchos connacionales contra la *ISTHML*, es decir: la generación de la vacuna contra la “Inmuno-indiferencia socialmente transmitida hacia el multilingüismo”.

REFERENCIAS

- Academia Mexicana de la Lengua (2018). “Estatutos”, en *Anuario 2019*, pp. 215–241. México: Academia Mexicana de la Lengua.
- Company Company, Concepción (2014). “El español en México: orígenes y caracterización histórica”, en Diego Valadés (coord.), *Lengua oficial y lenguas nacionales en México*, pp. 15–26. México: Academia Mexicana de la Lengua.
- “Ley General de Derechos Lingüísticos de los Pueblos Indígenas” (2003, 13 de marzo). En *Diario Oficial de la Federación*. México.
- Martín Butragueño, Pedro (2019). “Lengua nacional y lengua patrimonial”, en *Memorias 2018*, t. XLIV, pp. 397–424. México: Academia Mexicana de la Lengua.
- Nava López, Enrique Fernando (2019). “Para apreciar y aprender”, *Memorias 2018*, t. XLIV, pp. 19–37. México: Academia Mexicana de la Lengua.
- Prieto, Caros (2019). “Las lenguas del mundo y la importancia de las lenguas y de la escritura del chino mandarín”, en *Memorias 2018*, t. XLIV, pp. 343–356. México: Academia Mexicana de la Lengua.
- Valadés, Diego (2014). “La lengua oficial y las lenguas nacionales en México y en derecho comparado”, en Diego Valadés (coord.), *Lengua oficial y lenguas nacionales en México*, pp. 174–195. México: Academia Mexicana de la Lengua.
- Valiñas C., Leopoldo (2014). “Las lenguas indígenas nacionales: su número, distribución territorial, población y futuro”, en Diego Valadés (coord.), *Lengua oficial y lenguas nacionales en México*, pp. 100–123. México: Academia Mexicana de la Lengua.

EL OTOMÍ ENTRE LOS MATERIALES ENVIADOS DESDE LA NUEVA ESPAÑA A CATALINA II, EMPERATRIZ DE RUSIA*

Yolanda Lastra**

RESUMEN

Carlos III de España patrocinó expediciones y trabajos científicos. En noviembre de 1785, a petición de la emperatriz de Rusia, Catalina II, ordenó que se le proporcionaran materiales lingüísticos. Por la vía diplomática, Catalina había hecho la petición de que se le enviaran traducciones a las lenguas indígenas de una lista de palabras, así como libros y manuscritos sobre lenguas americanas y asiáticas. La lista contenía 444 palabras, organizadas semánticamente. El conde de Floridablanca, ministro de Carlos III, por orden del monarca, comisionó a los virreyes y gobernadores de la Nueva España, Guatemala, Nueva Granada, Perú, Santa Fe y las Filipinas para que consiguieran los libros y mandaran traducir la lista.

Debido a las circunstancias políticas de la época no todos los materiales fueron enviados a Rusia y muchos se quedaron en España. Tal es el caso de un vocabulario otomí al que me referiré en el presente trabajo.

INTRODUCCIÓN

Agradezco mucho a Frank Trechsel el envío de las fotocopias de un documento microfilmado de lo que un funcionario, al parecer un eclesiástico,

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 14 de noviembre de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

** Académica numeraria e investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

escribió a propósito de la lengua otomí y la traducción de la lista de palabras que le interesaban a Catalina II (1729-1796), emperatriz de Rusia, así como copias de trabajos relacionados con el asunto.

DATOS HISTÓRICOS

Antes de hacer comentarios sobre el vocabulario es necesario proporcionar datos históricos sobre el proyecto lingüístico de Catalina la Grande. Para ello me fueron muy útiles un artículo de Mary Ritchie Key (1977) y una tesis de la Universidad de Sevilla (2016) escrita por Felipe Oropesa Oropesa.

Catalina II, emperatriz de Rusia, se propuso hacer un estudio comparativo y de clasificación de las lenguas del mundo. Ya se habían hecho clasificaciones, principalmente de las europeas. Lo que deseaba hacer Catalina era difícil de lograr pues, primero, tenía que coleccionar vocabularios para, luego, emprender la comparación.

Actualmente, no todas las lenguas del mundo han sido clasificadas y creemos que no basta con comparar palabras, aunque ése sea el primer paso si se emplea el método comparativo.

Catalina (1729-1796), hija de una familia noble, nació en Alemania y fue comprometida con el que sería Pedro el Grande, zar de Rusia.

En el siglo XVIII, en Rusia, se hablaban lenguas de distintas etnias, pero la lengua franca de Europa era el francés, que Catalina hablaba bien, aunque su lengua nativa era el alemán y luego haya dominado el ruso. Sus memorias las escribió en francés, pero su estudio de las lenguas lo publicó en ruso, aunque el título del mismo esté en latín como se estilaba entonces: *Linguarum Totius Orbis Vocabularia Comparativa*.

El jesuita Lorenzo Hervás y Panduro publicó, en 1784, un trabajo en italiano que, después (1800) publicaría en forma más extensa: *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y numeración, división y clases de sus idiomas y dialectos*. La primera versión del catálogo que, por supuesto, tiene datos sobre lenguas americanas, se publicó en 1784, por lo que dudo que Catalina lo haya conocido.

Había otros estudiosos que recolectaban datos sobre lenguas. Por ejemplo, Alejandro Humboldt coleccionó materiales para su hermano Wilhelm.

Como ya se mencionó, el trabajo de Catalina se llamó *Linguarurum Totius Orbis Vocabularia Comparativa*. Comisionó a Peter Simon Pallas para que lo editara y se publicó en San Petersburgo entre 1787 y 1789. Se trata, principalmente, de listas de palabras en unas 200 lenguas.

Pero el estudio de Catalina es más que una serie de listas, porque tomó en serio que fuera comparativo para determinar qué lenguas estaban relacionadas. No se trata de una mera inspección. Hoy en día, más allá del vocabulario, se requiere información gramatical y en ese momento no se disponía de ello para tantas lenguas.

Sin embargo, la lista misma selecciona palabras básicas (es decir, las que es de suponer que se encuentran en todas las lenguas) como son: términos de parentesco, partes del cuerpo, elementos de la naturaleza y actividades humanas no especializadas, e incluye, además, nombres, verbos, adjetivos, pronombres y algunos numerales.

En la publicación en cirílico, las lenguas van numeradas del 1 al 200 y aparecen según las clasificaciones que hizo la propia Catalina, al comparar 285 palabras en 200 lenguas distintas. No les da nombre a las familias, pero según Key éstas serían: eslavo, eslavo-húngaro, esloveno, bohemio, serbio, wendish, polabio, kasub, polaco, ucraniano, celta (donde coloca al vasco), griego antiguo (*i. e.* clásico), griego moderno, romance, germano, báltico, una mezcla que incluye albanés y húngaro, lenguas del Cáucaso, finoúgrico (incluyendo al estonio), iraníano (incluyendo al persa), kurdo y afgano, una familia cuyo nombre Key no pudo interpretar, semítico (incluyendo el idish, que está mal clasificado, pues es germano), caldeo, sirio, lenguas árabes, maltés y asirio, túrquico (incluyendo dialectos tártaros) y armenio (unas 26 familias).

Según Key de aquí en adelante la clasificación no está clara; parece, más bien, una enumeración geográfica en la que se incluyen lenguas de Siberia y otras asiáticas; al final aparecen unas del Pacífico.

No se sabe cuál fue la influencia de este trabajo en lo que se refiere a la clasificación genética, pero el solo hecho de haber recolectado y

ordenado palabras de tantas lenguas es muy valioso. En su época, sufrió varias críticas severas, aunque los lingüistas lo apreciaron más.

Una clasificación muy famosa e influyente de principios del siglo XIX, el *Mithridates* (Adelung y Vater, 1806-1817) se basó en el trabajo de Catalina, y tanto Thomsen como Rask se sirvieron, a su vez, del *Mithridates*. El presidente de Estados Unidos, Thomas Jefferson, también utilizó el *Mithridates* en sus trabajos pioneros sobre las lenguas de su país, pero no reconoció la influencia en él de Catalina de Rusia.

En el trabajo publicado por la emperatriz se nota la ausencia de lenguas africanas y americanas. Por otra parte, se sabe que a Catalina sí le había interesado tener información sobre las lenguas indígenas americanas (por lo menos, sobre las de las colonias españolas) por lo que le escribió al rey de España, Carlos III, a finales de 1785, solicitándole libros impresos, manuscritos y vocabularios, así como la traducción de su lista de vocablos a todas las lenguas que se pudiera. Las órdenes reales fueron transmitidas a los virreyes de México, el Perú, Santa Fe y Buenos Aires y al gobernador de Filipinas y al de Guatemala, junto con la lista para que “las personas más instruidas y prácticas de las lenguas que corran en sus respectivos territorios” procuren complacer a la soberana.

El gobernador de Guatemala respondió que sólo se había encontrado un diccionario manuscrito, pero que, por medio del rector de la Universidad de San Carlos y de los reverendos padres provinciales de Santo Domingo y San Francisco, se obtendrían las traducciones de la lista. Primero envió las de kiché y cackchiquel. Posteriormente, en varias entregas, chol, zutujil, tzendal, zoque, subinha, chiapaneca, pocoman, poqumchí, popoluca, tzotzil, chanabal, mam, cabécar y otras.

Desde el virreinato de México se mandaron unas cuantas obras: *Manual de los Santos Sacramentos en el idioma de Michoacán*, es decir del tarasco, por Juan Martínez de Araujo (México, 1690); *Arte de la lengua maya*, por el franciscano Juan Gabriel de San Buenaventura (México, 1684); *Arte de la lengua maya y semilexicon yucateco*, por Alfredo Beltrán de Santa Rosa María (México, 1746) y el *Arte mexicano*, de Diego Galdo Guzmán (México, 1641). El arte de Andrés de Olmos, según parece, no llegó, aunque Catalina lo había pedido.

Tampoco llegaron las traducciones de la lista de palabras solicitadas por Catalina. Es decir, España tramitó el pedido de la emperatriz, pero no envió los resultados obtenidos a Rusia. Por fortuna sí se conservan, en diferentes archivos de España y de ahí algunos han pasado a bibliotecas digitales de los Estados Unidos. Lo que se refiere al otomí está en Ball State University Libraries, Muncie, Indiana.

La sección introductoria la elaboró un funcionario que, tal vez, sea el capellán José Vicente Ruiz. Cita a Luis de Neve y Molina (1767), al que nombra “autor del arte de esta lengua”. [Neve fue Cathedratico Propietario de Othomi en el Real y Pontificio Colegio Seminario, Examinador Synodal, ê Interprete de el Tribunal de Fè en el Provisorio de Indios de este Arzobispado, y Capellan del Hospital Real de esta Corte.]

Mi paleografía de la sección introductoria comienza así:

El Idioma Othomí se distingue de los de mas en el sonido: en la pronunciacion, y en el uso, ò defecto de algunas letras. En su sonido, porque en todas sus voces se profiere larga la ultima y en la mayor parte de ellas no solo larga, sino aguda. En su pronunciacion, porque tienen que pronunciarse unas sílabas por las narices, otras enhuecando la voz, otras, sacandola como oprimida ò violenta desde la misma garganta: bien que esto no quita que muchas voces, y sílabas se pronuncian en este idioma llanamente, y con la claridad que en castellano.

Las letras de que carece este Ydioma son F. J. K. L. R. S. Ala F. sustituye la ph. que siempre se pronuncia con aspiracion de suerte que se indique algo la fuerza de la p. y que suene la h. à modo de J. un poco menos. El uso de la J. lo suple la h. que quando està antes de vocal se pronuncia como otra letra, bajando o suavizando el golpe con que suena la J. Amas de este uso, tiene la h. otros dos uno es, que quando le preceda c. se pronuncia como quando en Castellano decimos chico: el otro consiste enque quando la h. precede à qualquiera consonante, no tiene propia pronunciacion, sino que denota aspiracion, como q. se arroja el aliento con fuerza. De la K. no se necesita en este Ydioma, y bastan la c., y la q. en donde ocurra su uso respectivamente.

La L. no hay voz que la tenga, pues la palabra Labxi, que como inusitada la cita el P. Neve Autor del Arte de este Ydioma, se halla comunmente con N. Nabxi. Tampoco hay en Othomit la L. duplicada comunmente llamada elle. La R. que falta en este Ydioma es la que se pronuncia doble; pero no falta la sencilla, y es la que pronunciamos v.g. en esta palabra querer: con diferencia q. semejante sonido solo se dà à esta letra en Castellano en medio, y fin de las dicciones; pero en Othomit nunca se halla en el fin, y sì por lo comun, en el principio: v.g. Ragui, que significa huir. La S. la sustituye la z. común, que en este Ydioma se llama, suave porque lo es en su sonido, y porque hay otras dos de mas fuerte pronunciacion y de diversas figuras, como se dirà despues.

A proporcion de las varias pronunciaciones de este Ydioma, extrañas respecto del Castellano, son necesarios tambien caracteres distintos de los comunes, que indiquen la dicha variedad; y aunque estos no han acabado de extenderse, recibirse, y establecerse en el uso comun y constante, y aunque han discordado en su numero y figuracion los pocos que han escrito en el Ydioma, pero parecen mas oportunos, mas breves, y mas faciles, y al mismo tiempo suficientes los que dispuso el citado Neve, Catedrático que fuè de este Ydioma en el R. y Pontificio Colleg. Seminario de Mexico, Examinador Synodal, è Ynterprete en el Tribunal de Fé: y corren en su Arte.

Supuesto pues y asentado que en Othomit se usan las letras comunes castellanas, excepto las referidas, se sigue advertir las que son propias y características de este Ydioma, inventadas en èl para indicar su varia pronunciacion. Y aunque no faltò quien (quizà para mayor prolixidad y eficacia) inventàra muchos caractères especialmente para consonantes, pero es ciertisimo que no se necesitan, porque à excepcion de tres, que se asignaràn, todas las de mas consonantes no tienen por sì el menor influxo en su varia pronunciacion, y solo con sus vocales se indica bastantemente.

Y asi comenzando por las vocales, à mas de las cinco comunes y claras, hay en Othomit otras ocho, sacadas de las corrientes, y se distinguen por sus figuras y nombres de este modo: â. hueca: â. narical. ê. obejuna: ê. naricâl: ê. guturâl. î. naricâl: û. narical: y. gutural. La primera â. que se nombra hueca, es porque para pronunciarla se enhueca la boca, como

quien bosteza: v.g. hây, que significa tierra. La â. naricàl se llama así, porque su pronunciación se difunde por las narices: v.g. âxi, trasquilar. La ê. que se llama obejuna (ò hueca) es porq. al pronunciarla se imita el válido dela Oveja, y resulta como que se confunde un poco con la a. al modo que si se intentase pronunciar à un mismo tiempo a. con e.: v.g. pêphi, trabajar. La ê. naricàl se pronuncia por las narices: v.g. bêhê, ayunar. La ɛ. guturàl se llama así, porque, guardando en quanto cabe su sonido, se arroja su pronunciación con mediano esfuerzo desde la garganta, con lo que suena oscura y confusamente, pero conserva la e., sin llegar à degenerar en otra letra: v.g. Hɛhtà, Padrastró. La î. naricàl se pronuncia por las narices: v.g. zîtzî, tender sobre algo cosa de lienzo. La û. narical se pronuncia del mismo modo: v.g. tû, que significa morir. La y. guturàl se llama así, porque (como se dixo de la ɛ.) se pronuncia (guardando en lo posible el sonido de u.) impeliendo fuertemente su pronunciación desde la garganta, teniendo entretanto casi cerrados los dientes, y separados los labios: v.g. yyyà q. significa mezquino.

Entre las consonantes la X. tiene su propia pronunciación en este Ydioma, y es como la S. en Europa: v.g. Xi, que significa pellejo: y como nunca se pronuncia de otro modo, tampoco necesita figura distinta de la comun, y basta advertir que donde se encuentre se profiere, y suena como està dicho.

La z. à mas de la común que se pronuncia como en castellano suenan la s. los Americanos, y se llama suave; hay otra que se forma con el rasgo inferior largo hacia la mano que la escribe, de este modo z. y se llama resongada, porque se pronuncia con cierto resongo, ò resumbido, como quien quiere proferir juntas s. y d. haciendo, si posible fuera, de las dos una: v.g. zâti, quemar. Hay otro caracter, que se compone de una t. y una z. unidos de esta suerte tz. y se llama zeta fuerte: ha de pronunciarse como indica su combinación, tirando à sonar à un tiempo fuertemente ambas letras: v.g. Tzogui, que significa dejar en testamento.

De las de mas consonantes solo hay que advertir, que la Q. en este Ydioma no se usa antes de e., y de i. y que si se encontrase no se le darà pronunciación fuerte, sino suave como quando le sigue u. Después de q. no es condición indispensable el que siga u.; porque hay voces, enque despues de la q. se ha de pronunciar aspiración fuerte, que se indica con la h.

y esta serà la que se escriba despues de q., siempre que la voz exija una pronunciacion fuerte, omitiendo entonces la u. sin olvidar que el sonido que tiene la h. quando se le sigue vocal, es un poco menos que J. Tampoco se le sigue u. quando es castañuela.

Aunque en algunas voces de el Ydioma se halla duplicada la c. ò la q. (à cuya duplicacion llaman castañuela.) y aunque igualmente suele duplicarse la t. (y entonces la llaman dentàl) esto no quiere decir que tales duplicaciones sean diversos caracteres, sino que se aplican dobles, para denotar que en donde se hallen se pronuncian con especial ahinco: v.g. ccami, enrramada: qqygui, rebentarse algo: ttègui, campana.

Algunas voces hay que comienzan con sonido confuso de n., à que se sigue otra consonante: y estas deben escrebirse como suenan, esto es con n. antes de la otra consonante: v.g. ndò, que significa granizo, y entonces se pronuncia la n. con su sonido propio sin añadirle letra vocàl; del modo que en castellano suena una letra en esta palabra intento. Y por la aparente dificultad que trae pronunciar asi la n. al principio de diction, se explican algunos con llamarle sonsonete ò quexido de enfermo: y aun la tal pronunciacion diò motivo à que diesen diversa figura à las consonantes à quienes en tales voces precede la n. pero es evidente que basta anteponerla donde se necesite; pues formar en cada consonante diversos caractères por sola esta razon, lexos de facilitar, dificultaria, y confundiria tanto el modo de escrebir, como el de leer lo escrito.

Se encuentran tambien algunas dicciones que piden pausarse, ò como partirse y suspenderse en medio de ellas, y esto en lo escrito se denota basantemente interponiendo à la voz, en donde ha de suspenderse, una raita, à que llaman saltillo: v.g. ngù-ni, que significa gallinero, ò casa de gallinas.

Finalmente este Ydioma en su sonido tiene tal qual analogìa con el Masagua: *por ser casi igual en escrebirse y pronunciacion*, y en su pronunciacion conviene con la Lengua Pame de los Mecos; por consiguiente pudiera escrebirse con los mismos caractères de este Ydioma, menos en la significación.

En seguida se dan unos cuantos ejemplos de la lista solicitada por Catalina:

Castellano	Othomit
Padre	nahtá
Madre	namè
Hijo	nabâhtzi
Hija	nanxùbâhtzi, ttîxû
Hermano mayor dice el hombre	naqhûâdâ
Hermana mayor dice la muger	na îdâ
Hermana dice el hombre	nanqhû
Hermana dice la muger	nanqhuhuê
Marido	na dâmé
Muger	na bèhhiâ, dânxû
Doncella	na hmûhte

La lista completa sirve para apreciar el trabajo de Catalina sobre las palabras básicas. La de Swadesh, que sin duda ustedes conocen, es, digamos, aún más básica y consta de 100 palabras, pero su propósito es otro: fechar los siglos de separación entre las lenguas que se comparan, por medio de la glotocronología.

En cuanto al otomí de la lista que se envió a Rusia, pero que nunca llegó, se puede decir que es muy bueno, puesto que está basado en Neve y Molina, con unas cuantas palabras más, agregadas por el funcionario que la compiló.

En conclusión, la emperatriz de Rusia (de origen alemán) hizo un gran esfuerzo para componer una lista básica que sirviera para posteriormente hacer una clasificación. Aprovechó su posición para tratar de obtener muchos materiales que, debido a las circunstancias políticas, no siempre llegaron a sus manos. Su colaborador, Pallas, editó el trabajo que se publicó entre 1787 y 1789. Por suerte, se conocen algunas de las listas que se quedaron en los archivos españoles. La del otomí le hubiera sido útil a la emperatriz, puesto que se basa en la obra de Neve. Pero, en todo caso, el trabajo del funcionario que la compuso nos sirve como un testimonio más de la dificultad que, para los hablantes de español, representa escribir una lengua con nueve vocales orales, un número menor de nasales, saltillo y tono.

REFERENCIAS

- Key, Mary Ritchie (1977). “The Linguistic Discoveries of Catherine the Grea”, en Di Pietro, Robert J. y Edward L. Blansitt Jr., *The Third LACUS Forum*. South Carolina: Hornbeam Press Incorporated.
- Neve y Molina, Luis de (1975 [1767]). *Reglas de ortografía. Diccionario y arte del idioma otomí*. Toluca: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- Oropesa Oropesa, Felipe (2016). *El Proyecto enciclopédico de las lenguas indígenas del Nuevo Mundo*. Tesis de maestría. Sevilla: Universidad de Sevilla.

LA PERSONA: UN ENREDO MENTE ~ CUERPO*

José Luis Díaz Gómez**

ENTORNOS

Para concebir lo que es una persona humana resulta conveniente distinguir tres estratos y facetas de manifestación y análisis de la relación entre la mente y el cuerpo: un nivel *suprapersonal* en referencia a la rotunda articulación del individuo con su entorno; otro nivel *personal*, psicossomático o psicofisiológico, en alusión a los múltiples nexos entre las actividades mentales, las funciones corporales y el comportamiento, y el tercero, el nivel *subpersonal* o neuropsicológico enfocado al obligado vínculo entre la conciencia y el cerebro.

El nivel *suprapersonal* apunta al enlace bidireccional del individuo con su hábitat físico, ecológico y social. Es difícil concebir una mente natural sin considerar la atareada relación del sujeto con su nicho próximo. La mente actúa como lo hace porque está encarnada en un cuerpo viviente que emplaza sus actividades en su ambiente contiguo y porque este entorno, muchas veces agreste e inestable, impulsa al organismo a

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 24 de octubre de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México. Este corresponde al “Epílogo” del libro *El enredo mente ~ cuerpo* que se encuentra en prensa por la editorial Herder de México. El texto recorre las principales etapas de abordaje sobre el problema mente ~ cuerpo —uno de los dilemas más recalcitrantes y trascendentes del pensamiento universal— en el que se recapitulan y comentan reflexiones, doctrinas y modelos de diversos filósofos, científicos, clínicos, teólogos y otros pensadores. En formato de un manifiesto planteado bajo ocho emblemas o nodos cardinales del problema, el alegato que sigue intenta rescatar las posiciones más sostenidas y convincentes en disputa con la aspiración de proponer una concepción actualizada y concertadora, abierta por necesidad al diálogo y a la rectificación.

** El autor es neurocientífico, psicobiólogo y ensayista. Actualmente es investigador del Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, Facultad de Medicina de la UNAM y miembro numerario de la Academia Mexicana de la Lengua.

concretar capacidades y maniobras eficientes para enfrentarlo. Cuando así sucede los comportamientos adaptativos del individuo mejoran sus oportunidades para sobrevivir y reproducirse, con lo cual se seleccionan operaciones cerebrales asociadas a funciones cognoscitivas y motrices que se refinan y consolidan en generaciones sucesivas. De esta forma, en múltiples especies animales han surgido distintas habilidades en alianza obligada con la variación estructural y la depuración funcional de sus cerebros, sus cuerpos y sus acciones. Es verosímil suponer que la conciencia fuera seleccionada y ampliada en este perpetuo tropel de la evolución biológica porque un organismo más alerta, sensitivo y diestro responde más eficazmente a obstáculos y situaciones imprevistas.

Desde este mirador suprapersonal el panorama mente ~ cuerpo se dilata para estimar las influencias y restricciones que impone el medio físico y social, subraya la importancia de la adaptación, asume al comportamiento como un motor de la evolución y coloca a la evolución humana como una más de las especies vivientes y sintientes del planeta, con capacidades resolutivas, expresivas y creativas peculiares. La relación mente ~ cuerpo se proyecta más allá de dos ámbitos, uno psicológico y el otro biológico, pues ambos se insertan en un nicho físico, ecológico y social cuyos componentes, estructuras y normas no sólo influyen en la mentalidad y el comportamiento, sino que, por el mismo cauce, las obras humanas contraen y detentan características reveladoras de sus fuentes cognitivas. En efecto: la mente está impresa y codificada en artefactos, construcciones y demás obras, estableciéndose una relación múltiple y enredada entre la información y la estructura, entre la forma y la materia, entre la belleza y la composición. La poliédrica conexión entre materiales, propiedades, operaciones o representaciones constituye un tópico de análisis crítico para las artes y las técnicas que en varios sentidos es pertinente a la relación mente ~ cuerpo.

Al mismo tiempo que un sujeto manobra en su entorno físico, ecológico y cultural, asimila e incorpora dicho entorno. La coexistencia de hechos somáticos, mentales, ambientales y expresivos conforma un ámbito dinámico y complejo, configurado por la modulación recíproca entre factores sensitivos, motrices, subjetivos, intersubjetivos, útiles y simbólicos.

Vistas en esta luz, las explicaciones teóricas —proverbialmente antagónicas entre los ingredientes genético-biológicos y los factores sociales-aprendidos— resultan complementarias por tratarse de una necesaria co-evolución entre individuos y entornos.

Para cada ser humano *existir* es enterarse, percatarse, tomar conciencia de su vínculo con el mundo, coyuntura que se vive en primera persona: yo me hallo y me concibo instalado en esa parcela del mundo y del tiempo que me incumben, preocupado y ocupado de las cosas y de los otros, de los escenarios, los obstáculos, las oportunidades y las acciones que mi contexto dispone, transige y suscita.

CUERPOS

El nivel *personal* del problema mente~cuerpo se señala por las funciones autorreguladas y autógenas del organismo considerado como una totalidad, como un individuo. Entre esas funciones están los actos mentales que, gestados por el cerebro, afectan y son afectados por el resto del organismo y por las acciones deliberadas, en especial las conductas expresivas. Mirar, escuchar, saborear o tocar son procedimientos que involucran una supuesta faceta “corporal” —por la operación de los sentidos— acoplada a movimientos asociados, y otro aspecto “mental” que advierte estímulos, objetos y acciones emprendidas en tiempo presente. De igual manera, la percepción de las posturas y movimientos del propio cuerpo (propiocepción), y de sus vísceras (interocepción) contribuyen a la conciencia somática y sirven para rastrear e interpretar estados afectivos y cognitivos. Al examinar estas dos parcelas, que al ser formuladas parecen definir una dualidad mente~cuerpo, se revelan como funciones integradas, literalmente *psico-somáticas*, que son propias de un individuo viviente.

De esta manera, la expresión “funciones psicósomáticas” no supone interacción entre mente y cuerpo, sino unidad sistémica y procesal. Es así que múltiples actos psicológicos tienen un correlato cerebral capaz de modificar la conducta mediante el sistema nervioso periférico, así como

las vísceras y glándulas a través del sistema nervioso autónomo, el neuroendócrino y el inmunológico, para constituir la canónica *sabiduría del cuerpo*. Esta pericia del organismo se refiere al intrincado entresijo de mensajes moleculares y nerviosos dirigido a la conservación, desarrollo, reproducción y goce del individuo o, en condiciones de estrés o dolencia, a su enfrentamiento y la restauración de la salud y el bienestar, ejemplos palmarios de *procesos psicosomáticos* en el nivel fisiológico.

En este mismo ámbito que integra cuerpo y mente en el organismo pleno el comportamiento opera entre cerebro y entorno involucrando intenciones y actos encauzados. El estudio minucioso y contextual de comportamientos ventajosos ha permitido atribuir planeación estratégica, comunicación vital o transmisión cultural a diversos animales, así como suponer formas de autoconciencia, ritualidad o moralidad en algunos cetáceos, simios, cánidos y córvidos. Durante las interacciones cara a cara las conductas expresivas manifiestan sentimientos o designios del emisor que son percibidos, interpretados o interpelados por los receptores. Entre seres humanos, los actos verbales y sus ilimitadas expresiones escritas y leídas son el medio más eficaz no sólo para declarar la conciencia propia, sino también para conocer y asimilar lo que los prójimos piensan, sienten, imaginan o intentan realizar, no sólo en su presencia, sino a través del espacio-tiempo. La relación entre objetos, voces, signos y significados es uno de los aspectos más salientes del problema mente ~ cuerpo no sólo en referencia a sus dependencias mutuas, sino por constituir la herramienta cognoscitiva de orden verbal para su tratamiento, como sucede ahora mismo con el presente texto y su lectura.

La conducta se investiga y se concibe desde varias perspectivas como son la neurofisiología del control motor y de la actividad neuromuscular, el condicionamiento y la ergonomía de ciertos actos, la pragmática de la comunicación, el análisis de los gestos emocionales, la técnica, el estilo y la estética de los actos creativos y de sus productos. Esta diversidad de propiedades, aspectos y enfoques semeja al cariz múltiple de las actividades mentales, cuyos correlatos cerebrales son analizados por la neurociencia, sus propiedades subjetivas por la fenomenología, la psicología o la psiquiatría clínicas, su ejecución por la etología, su pericia

por la tecnología, su estilo por la estética, su semiótica por la lingüística, su retórica por la narratología.

CEREBROS

Recapitulemos brevemente el distintivo neurológico del problema mente~cuerpo. Empezar una inmersión inquisitiva en el cerebro con el inmenso bagaje de conocimientos sobre su morfología y mecanismos fisiológicos en busca de la mente se topa, sin merced, con el meollo más íntimo, central, turbador y actual del enigma: para resolver el problema mente~cuerpo a este nivel *subpersonal* sería necesario explicar la conciencia subjetiva en términos de las ciencias del cerebro. Este Santo Grial de la neurociencia parece columbrarse, pues las múltiples evidencias empíricas que vinculan a diversas regiones, redes y funciones cerebrales con múltiples actividades mentales proveen una plataforma de entendimiento y abordaje de la mente y la conciencia cada día más pródiga y certera. A reserva de retornar a la ineludible incógnita, en unos trazos justifico la creencia de que, gracias a sus configuraciones bioquímicas, fisiológicas y anatómicas el cerebro humano es capaz de generar y albergar procesos, contenidos y cualidades mentales.

Los contactos o sinapsis entre las neuronas, sus operaciones electroquímicas y sus códigos bioeléctricos —cifrados en secuencias de potenciales de acción— son las funciones celulares que el cerebro utiliza para representar y procesar información, es decir, para habilitar las actividades mentales y probablemente la conciencia de la persona. Aunque no se conoce cómo se realiza esta traslación o doble cariz entre materia viviente y experiencia mental, existe una robusta evidencia del cimiento neurofisiológico y molecular de la mente y la conciencia. Se sabe que los procesos sensoriales, emocionales, cognitivos, oníricos o volitivos dependen de sistemas neuronales que producen, utilizan y reconocen diversos neurotransmisores. Por ejemplo, todos los psicofármacos o drogas psicoactivas que modifican la conciencia y la conducta actúan sobre eventos bioquímicos de las sinapsis, los maleables contactos entre neuronas.

Parte de esta evidencia permite aseverar que las monoaminas neurotransmisoras participan en la regulación y los trastornos del ánimo y la emoción, pues su refuerzo cursa con excitación, euforia o estimulación psicomotora, y su disminución con abatimiento, tristeza e inhibición motriz. Por otra parte, los engramas cerebrales de la memoria suponen la proliferación y fortalecimiento de contactos sinápticos entre las neuronas involucradas en cada experiencia y en cada aprendizaje.

Ahora bien, los procesos conscientes no sólo dependen de una adecuada neurotransmisión, sino de sitios, sectores y redes cerebrales operando en profusa correspondencia y armonía. Dado que por linaje evolutivo y experiencia individual el cerebro se configura por áreas o módulos capacitados para procesar tipos de información sensorial, afectiva, cognoscitiva o motriz el origen y el destino de las conexiones entre los módulos determinan en alguna medida el contenido de la información durante un proceso mental. La experiencia consciente se construye en el cerebro por etapas de coherencia progresiva que desembocan en un proceso unitario y global de naturaleza psicofísica o psicofisiológica. Es así que cuando un sujeto realiza tareas conscientes diversas zonas de su cerebro se enlazan a una frecuencia concertada de 40 Hertz. La trama armónica, coherente y de enlaces a gran escala adquiere propiedades de un enjambre o parvada de actividad nerviosa que tiene acceso a múltiples sectores del encéfalo, condición necesaria del correlato cerebral de la conciencia. Esta integración emergente unifica la información fragmentaria y faculta la unidad y la libertad de la conciencia, dos de sus propiedades fenomenológicas más salientes. Por lo demás, la astronómica complejidad de conexiones del cerebro humano admite millones de estados posibles entre las aproximadamente 10^{11} neuronas y las 10^{15} sinapsis, aunque la inmensa cantidad por sí sola no explica los contenidos y cualidades de los procesos mentales.

Otro dato significativo para sopesar el inevitable vínculo mente-cerebro se refiere al veloz y notable incremento de masa encefálica ocurrido en los últimos dos millones de años, desde el surgimiento de los homínidos hasta el *Homo-sapiens* hace unos 200 000 años, aunque, a juzgar por las primeras pinturas rupestres e instrumentos musicales, el perfil cognitivo

y conductual del humano moderno surgió hace apenas unos 60 000 años. El incremento del lóbulo frontal, el cerebelo y otras áreas críticas indican que durante la hominización el encéfalo fue esculpido por/para aprender por experiencia, afinar la expresión y depurar la comunicación. La capacidad cerebral, las habilidades cognitivas y las destrezas conductuales evolucionaron en conjunto mediante la producción, recreación y manejo de artefactos, hábitats, símbolos y tratos con otros congéneres. De esta forma los individuos recientes de la especie han resultado capaces de aprovechar su nicho, poblar el planeta y transformar la sociedad y el entorno en circunstancias cada vez más demandantes, inseguras y polares de conflicto y acuerdo, de cooperación y competencia, de explotación y rebeldía, de creación y destrucción.

CONCIENCIAS

Los procesos nerviosos que hacen del cerebro un poderoso dispositivo biológico para el control del cuerpo, del comportamiento y del medio requirieron de una conciencia subjetiva integrada por experiencias cognitivas, afectivas o volitivas empalmadas con habilidades objetivas de manufactura, sociales de interacción, semióticas de simbolización o estéticas de simulación. Para sostener estas actividades, el correlato físico de la conciencia podría ser una función similar a un enjambre de actividad nerviosa que enlaza de manera cinemática, coherente y sincrónica a los múltiples módulos cerebrales. En tanto sistema dinámico, esta función integral alcanzaría las aptitudes emergentes y novedosas de sentir y de saber, de introspección y de expresión simbólica, de libre albedrío y comportamiento moral que caracterizan a la conciencia humana.

Sin embargo, a pesar de los crecientes descubrimientos en las neurociencias y de las afinadas hipótesis de su base nerviosa, perdura un enigma recalcitrante y retador: ¿cómo genera, alberga y manifiesta conciencia el cerebro? Por ahora no se comprende la inmensa variedad de procesos conscientes y sus cualidades subjetivas en términos de los mecanismos electroquímicos, moleculares, celulares e intercelulares del cerebro,

similares en los diversos sectores de este órgano que parece tan portentoso como el cosmos que le dio origen. En efecto: no es lo mismo establecer meticulosamente las redes y demás procesos neurológicos necesarios para que ocurra un evento mental consciente, digamos un dolor, que comprender cómo y por qué un proceso físico de esas características se asocia, acompaña, engendra, sucede o corresponde a esa flagrantemente experiencia consciente. Se sabe que cuando alguien experimenta dolor ocurre una dinámica de actividad coherente en una matriz de diversas zonas bien definidas de su cerebro. Si por razonable parsimonia suponemos que el dolor o cualquier estado de conciencia se conforma con (o como) un evento cerebral, aún no se vislumbra como ocurre la consonancia. Es decir: aunque todo indica que la conciencia es una propiedad natural y eficaz del cerebro, sus contenidos y cualidades subjetivas no pueden deducirse sólo de la estructura y la actividad de las redes de neuronas. Lo que se desconoce es decisivo y el Santo Grial parece esfumarse al tocarlo.

Dado que una conciencia inmaterial o descarnada difícilmente podría producir estados funcionales del cerebro que se expresaran en actos de conducta, y tomando en cuenta la creciente evidencia de las neurociencias, se puede afirmar con bastante certeza que gracias a su interacción con el resto del cuerpo y con el medio ambiente el cerebro engendra conciencia por sí mismo, aunque no sepamos cómo lo hace, ni —¡mortifica reconocerlo!— cómo averiguarlo. Este ingrato trance exige un acomodo ontológico consecuente: si bien la conciencia y el cerebro funcional aparecen de maneras muy distintas, la primera en la experiencia subjetiva de un individuo y el segundo en múltiples procesos objetivos registrados y analizados por las neurociencias, es razonable suponer que se trata de hechos complementarios: de dos aspectos o apariencias de un fenómeno unitario de naturaleza psicofísica, mental y física a la vez.

Los estados conscientes podrían considerarse duales a ciertos mecanismos nerviosos en un sentido similar al principio de la complementariedad de la física cuántica pues, contradiciendo la lógica tradicional, este principio afirma que una entidad subatómica puede comportarse

como onda y como partícula, y que no se puede determinar su naturaleza simultánea más allá de decir que la entidad *es* onda y partícula a la vez. Un proceso consciente sería mental y cerebral a la vez, y si bien algunos estudiosos proponen que ciertas propiedades cuánticas del cerebro podrán arrojar alguna luz al respecto, la idea es por el momento imposible de verificar.

PERSONAS

En la conciencia y el comportamiento de las personas influyen y coinciden tanto los sistemas biológicos *subpersonales* que las integran, en particular el sistema nervioso central, como los sistemas *suprapersonales* en los que encajan, en especial el perímetro sociocultural de orden afectivo, simbólico, histórico y político. Del lado somático están los mecanismos cerebrales propios de la percepción, la emoción, el pensamiento, la imaginación, la memoria o la voluntad y su integración en la conciencia que dependen de la evolución de la especie, del acervo genético y la coyuntura epigenética del individuo. Del lado sociocultural proceden las circunstancias históricas del desarrollo cognitivo-afectivo y el aprendizaje de cada persona: la selección, incorporación y asimilación de eventos, símbolos, creencias, prácticas, valores, ritos o costumbres. Los procesos conscientes requieren de la convergencia de estos dos mundos para conformarse pues, si bien las operaciones mentales dependen del sustrato neurobiológico, sus contenidos —lo que el sujeto percibe, piensa, imagina, cree o desea— en buena medida se derivan de lo que enfrenta, aprende y asume en su vida.

Existir supone la operación conjunta de procesos mentales, cerebrales y conductuales desplegada por un organismo sobre la información que intercambia con su medio ambiente. Al tomar conciencia de sí, de su historia y lugar en el mundo, de sus posibilidades y limitaciones, la persona puede adoptar decisiones, acciones y reajustes que requieren criterios, creencias y metas. Se precisa conciencia en especial cuando surgen trabas inéditas, difíciles o penosas que requieren acomodos cognitivos, restauraciones conceptuales y acciones intencionales capaces de solventarlas.

Al cultivar la atención, la reflexión y el cuidado de sí mismo, de los géneros y del mundo, la persona se dispone como un sistema biopsico-social que se conserva por autorregulación y se enriquece por sus transformaciones para ir forjando su voz distintiva y adquiriendo mayor libertad, eficacia y sabiduría.

Sin duda, entre lo mental y lo físico prevalecen dos abordajes, lenguajes y conocimientos que surgen de sus manifestaciones distintas y derivan en dos o más sistemas conceptuales, pero esa distancia léxica y metodológica no implica dos realidades o sustancias. Si bien los conceptos sobre la conciencia se integran a partir de la introspección y sobre el cerebro a partir de la neurociencia, esta dicotomía no es tajante ni incompatible si se aplican ciertos acomodos. Para empezar, parece necesario sostener que los dilemas entre mente y cuerpo, o entre sujeto y objeto, no podrán ser zanjados en favor de uno de los dos ámbitos y la subordinación o eliminación del otro, sino en una unidad epistémica conciliadora de orden superior. En referencia a esta unidad, los avances teóricos y empíricos permiten la formulación de una noción de la conciencia y sus contrapartes biológicas consistente en postular a la persona como un proceso psicofísico singular que presenta múltiples propiedades, aspectos y perspectivas. En referencia a una supuesta unidad psicofísica, podrá observarse que, a pesar de sus diferencias aparentes, los procesos mentales, los cerebrales y los conductuales son desarrollos isomorfos por estar constituidos por actos o eventos particulares que ocurren en cierta secuencia, amalgama, periodicidad y cualidad. Se trata de *procesos pautados* provistos de una arquitectura subyacente similar expresada de forma prístina en el lenguaje, la música o la danza.

La persona humana está dispuesta como un ente o proceso singular e individual con manifestaciones y propiedades diversas como son las biológicas, las mentales, las conductuales, las simbólicas y, por extensión, las obras, expresiones y artilugios de todo tipo derivadas de su ingenio y poder creativos. Sin embargo, los retos que engendra y enfrenta esta hipótesis de una esencia singular con una pluralidad de manifestaciones, perspectivas y lenguajes de análisis son considerables y conciernen en particular a la filosofía de la ciencia.

LINGÜAJES

Hay algo más que “mente” y “cuerpo” cuando se diserta sobre la mente y el cuerpo. Ese excedente es la dimensión social de un lenguaje que no se limita a sujeto y objeto, pues el designio y significado de tal discurso depende de las nociones asumidas de *mente*, *conciencia* o *pensamiento* y, en igual medida, las de *cuerpo*, *cerebro* o *conducta*. En este mismo terreno semiótico cabe preguntarse si el lenguaje de la psicología y el de la neurología pueden tener una adecuada traducción mutua. Si bien en sus inicios decimonónicos la psicofísica y la psicología procuraron establecer un léxico común, el desarrollo de las disciplinas alejó a la psicología de la neurología, produciendo un quiasma teórico y técnico que llevó a enfrentamientos ideológicos, en los que la psiquiatría se deslizó entre un campo y otro hasta escindirse en una facción psicodinámica y otra organicista. Al margen de esa disputa, la neuropsicología se mantuvo enfocada mostrando el fértil camino de un lenguaje común al establecer de manera perspicaz las múltiples anomalías cognitivas correlacionadas con daños específicos del cerebro. Otras interdisciplinas generadas entre la psicología y biología durante el vigésimo siglo, como la psicobiología, la psicofisiología o la neurociencia cognitiva enfrentaron con éxito diverso las dificultades teóricas y metodológicas para abordar en conjunto aspectos mentales, conductuales y fisiológicos. En la actualidad, la neurofenomenología propone entrenar a sujetos experimentales en la introspección metódica y la declaración sistemática de sus actividades mentales en primera persona. El análisis de los informes verbales de lo que un sujeto vive conscientemente, así como los registros neurofisiológicos realizados durante esas vivencias y diversas tareas cognitivas constituyen promisorias herramientas metodológicas.

Entonces, lejos de eliminar a la introspección o a las cualidades y experiencias conscientes del análisis teórico y científico o reducirlas a eventos neurofisiológicos, es necesario integrarlas en las interdisciplinas situadas entre la psicología y la biología. Este programa reafirma además la competencia de la psicología, las ciencias cognitivas y las ciencias sociales para estudiar la estructura y funciones de la mente de forma independiente

de las ciencias biológicas y las neurociencias. De hecho, sus avances son indispensables para contar con modelos robustos de la cognición, la afectividad o la autoconciencia que puedan ser usados, comparados y acoplados con los métodos de las ciencias del cerebro.

Este disperso panorama y su posible desenredo demandan una integración transdisciplinaria para producir un lenguaje más genérico y un entendimiento más plenario que podría transportar el problema mente~cuerpo a un estrato ventajoso de abordaje y comprensión. Sin embargo, el requisito es problemático, pues los términos, métodos, modelos y enfoques utilizados en las ciencias biológicas, las sociales, las humanidades y las disciplinas estéticas suelen ser privativas de cada una y difíciles de traducir entre sí, o bien sus adeptos muestran desdén o recelo de las otras materias y de las doctrinas ajenas, aunque no sean necesariamente rivales.

Finalmente, para llegar a comprender el vínculo entre mente y cuerpo, será imperioso estipular la naturaleza de la conciencia y el conocimiento, pues estas capacidades median entre el concepto y la cosa, entre la teoría y el caso; a la postre entre lo mental y lo físico. En efecto, una definición existosa de la conciencia implicaría una solución del problema mente~cuerpo en el nivel *subpersonal*, pues a un tiempo revelaría su constitución neurológica, así como su contracara: la génesis de la conciencia en el universo cerebral. Pero el reto es formidable, porque algo enigmático y excelso consolida la conciencia y el cerebro: un proceso psicofísico que para ser despejado requiere una difícil unificación de los métodos de conocimiento en tercera, primera y segunda persona, así como un lenguaje común entre las ciencias del cerebro, las ciencias de la mente, las ciencias de la conducta y la filosofía de la ciencia. La transdisciplina resultante de esta interacción empieza a esbozarse por analistas que aplican tanto los recursos teóricos, lógicos e históricos propios de la filosofía, como las evidencias empíricas de las neurociencias, las ciencias de la conducta y las ciencias cognitivas, reforzados a veces con un entrenamiento en técnicas contemplativas practicadas para intensificar la atención y la autoconciencia. Es posible que todo ello requiera una reforma metodológica y epistémica.

FILOSOFÍAS

A través de los siglos, la relación supuesta entre la mente y el cuerpo ha sido un epicentro crítico para decidir la naturaleza no sólo del ser humano, sino de otras criaturas vivientes y acaso del cosmos mismo: el asunto es un problema metafísico fundamental. En efecto, si se acoge la convicción monista de una sola realidad, sea esta material o espiritual, se acredita en el primer caso que el ser humano es un cuerpo físico cuya función vital habilita su mente y su conciencia personal, o bien, en el segundo, que es una conciencia inmaterial capaz de figurar un cuerpo y un mundo de porte físico. El monismo ha sido relevante y atractivo porque una realidad impar evade los impedimentos del dualismo para engarzar en la persona humana un ámbito mental incorpóreo con otro ámbito físico y somático. El avance de las ciencias ha afianzado un universo plenamente físico, organizado en sistemas de creciente complejidad cuya evolución natural en nuestro planeta ha dado lugar a organismos vivos y entre estos a vivientes móviles y encefalizados los cuales, merced a sus crecientes aptitudes psicomotoras, encaran su entorno con progresiva liberación, pero por ello con mayores desafíos. Por su parte, el idealismo mantiene con firmeza la indudable primacía de la conciencia como realidad fundamental para concebir y transformar el mundo. Sin embargo, a pesar de sus fortalezas y parciales encantos, ninguno de los dos monismos antípodas es concluyente o persuasivo: el materialismo no consigue explicar la mente y la conciencia como propiedades, funciones o emanaciones físicas y el idealismo no persuade que carne, sesos, materia o universo sean sólo conceptos, construcciones o simulacros mentales.

Por su parte, el dualismo ha tenido un tenaz arraigo y poder de convicción porque los humanos distinguen por experiencia sus “procesos mentales”, en especial el pensamiento racional o la imaginación creadora de sus “procesos físicos”, como son las funciones o los movimientos de su cuerpo, y porque discernen en sí mismos y en sus prójimos unos atributos físicos o corporales de otros morales o espirituales. Posiblemente la mayor seducción y promesa del dualismo haya sido escatológica: la anhelada trascendencia del alma como conciencia y esencia personal tras

la aborrecida muerte del cuerpo; se trata nada menos que la salvación y la eternidad. Además de la experiencia dual, del doble lenguaje y la fe en un más allá, el dualismo ha proclamado que ciertas capacidades humanas como el yo, la conciencia de sí, el libre albedrío o la conciencia moral no pueden ser explicadas físicamente y por lo tanto deben ser facultades anímicas o espirituales. Sin embargo las ciencias las han abordado con creciente solidez y alcance, debilitando su comprensión exclusiva como un ramillete de facultades sobrenaturales encarnadas sólo en los cuerpos humanos. Es así que el designio cartesiano de una esencia personal, un yo pensante incorporado en el cerebro, ha perdido vigor no sólo porque transgrede la segunda ley de la termodinámica que impide la creación de la energía, sino porque el yo se explica mejor como la autoconciencia: un sistema psicofisiológico y neurocognitivo de alto nivel capaz de gestión, introspección, reflexión, alteridad y ética.

Otra razón proverbial del dualismo es la libertad, pues ésta se supone tan imprescindible en la vida personal y social, como irrealizable en un universo físico determinista. Pero el determinismo y la libertad parecen compatibles porque, como toda actividad mental, una decisión voluntaria debe tener un correlato nervioso en la red neuronal de la autoconciencia, la decisión y la voluntad, que se activa por procesos cerebrales de motivación y, una vez dispuesta, es capaz de estimular, modular y articular los sistemas motores del movimiento voluntario. Así, el estado o nivel de autoconciencia que permite el libre albedrío requiere de procesos causales y la voluntad resulta un fenómeno real correlacionado con una actividad cerebral facultativa que tiene causas y consecuencias. Si la libertad implica un evento psicofísico auténtico y dependiente de un determinismo neurológico, la persona autoconsciente está lejos de ser un autómatas incauto y en verdad es un agente autónomo, moral y jurídicamente responsable de sus actos.

CORRESPONDENCIAS

Amalgamar las fortalezas de un monismo sustancial con un dualismo de apariencias y propiedades es posible y conveniente para rebasar sus

discrepancias ancestrales, aprovechar sus atractivos o fortalezas y esquivar en alguna medida sus infranqueables atolladeros. La noción de que la mente y el cuerpo, o bien la conciencia y el cerebro, exhiben propiedades distintas teniendo una base común es útil para comprender mejor sus diferencias aparentes y para considerar que, en conformidad con otras ciencias, el mundo está constituido por una matriz o sustrato único en constante devenir, un *orden implicado* en el que reverberan conceptos milenarios: *tao, dharma, logos*.

Si en efecto existe una correspondencia biunívoca y obligada, momento a momento y término a término, entre los procesos mentales y sus correlatos neurofisiológicos, lo que una persona vive por experiencia y lo que un neurocientífico registra en su cerebro son facetas del mismo proceso. Surgen así dos perspectivas de observación y análisis: la de quien experimenta un estado mental subjetivo en primera persona y la del investigador que intenta analizar ese estado objetivamente y en tercera persona, no sólo mediante la exploración cerebral, sino por el interrogatorio directo o por la inspección y evaluación de la conducta. Se trata de perspectivas distintas de un evento muy señalado: la coincidencia entre un proceso mental al que un sujeto accede por introspección y expresa mediante palabras, y un dato científico adquirido por una neurofisiología instrumental cada día más avanzada. Es decir, los eventos psicológicos son al mismo tiempo eventos neurobiológicos que al unísono constituyen el devenir vital propio de la persona humana. *Psique y soma* se corresponden biunívocamente en una entidad *psicosomática*, en una *coincidentia oppositorum* (coincidencia de contrarios) que se manifiesta de forma múltiple y aún discordante.

Tal proceso psicofísico esgrime propiedades biológicas y objetivas, como son los eventos neuronales e intermodulares del cerebro o los rasgos viscerales y hormonales de la emoción y también manifestaciones psicológicas y subjetivas, como percepciones, emociones, conceptos, imágenes, sueños, recuerdos, decisiones, creencias, conocimientos, procesos creativos, éxtasis y demás estados de conciencia. Si en efecto son manifestaciones duales en apariencia pero singulares en esencia, su realidad primordial constituye un formidable reto para la investigación, la

argumentación y la interpretación, aunque diversas tradiciones contemplativas aseguran que puede ser intuita en estados *numinosos* de conciencia acrecentada. Al suponer verosímil una unidad esencial, la conjunción de una *mente encarnada* con de un *cuerpo animado*, un ámbito indiviso de naturaleza psicofísica material y mental a la vez, ya no es necesario plantear relaciones entre espíritu y materia, entre mente y cuerpo, o entre conciencia y cerebro. Lo que se precisa en cambio es entrever su concordia y concebir su unidad, no sólo en las tesis filosóficas, la teoría evolutiva o los modelos psicobiológicos, sino en el diseño de proyectos científicos, en la práctica clínica y en una disposición personal consonante con esta gnosis.

Aunque estas inferencias no suponen almas inmortales o espíritus descarnados, sí acogen y aún auspician ciertas nociones de *alma* o *espíritu* relevantes para comprender la conciencia de sí mismo o autoconciencia de los individuos en trabajosa faena con su mundo. Una de ellas atañe a la libertad, es decir, a la dirección autónoma, deliberada y encauzada que un agente sintiente y maduro logra imprimir a su vida y a su entorno. Otra noción de espíritu concierne a la ética: el impulso y la decisión de la persona para acoger y practicar valores morales guarecidos, depurados y transmitidos por heredad evolutiva, por tradición histórica y por enseñanza formativa.

La palabra *enredo* en el título de este ensayo no sólo alude al litigante nudo de nociones, enfoques y discursos entre y dentro de la filosofía, la psicología, la psiquiatría; las ciencias del cerebro, del comportamiento y las sociales, sino también al acercamiento cada vez más comprometido y enlazado que podría ir fundiendo o disolviendo el añejo problema. De esta forma, la virgullilla (∼) entre los términos representa la aproximación y correspondencia crecientes de los ámbitos biológico y psicológico, conforme su necesario pero elusivo vínculo se ha reflexionado y examinado desde la férrea antigüedad hasta el incierto presente.

CORDIAM. MEMORIA HISTÓRICA, LENGUA Y FILOLOGÍA*

Concepción Company Company

La lengua es el patrimonio esencial de los seres humanos; es un extenso y diverso territorio por donde atraviesa toda la cultura y se manifiesta casi cualquier faceta de la vida cotidiana. Nos relacionamos, trabajamos, formamos sociedad, creamos nuestro entorno y ponemos de manifiesto nuestra identidad y visión del mundo mediante ella. La memoria histórica de un pueblo es posible, esencialmente, gracias a su herencia. Somos seres de sintaxis libre.

La lengua española constituye el patrimonio esencial de más de 490 millones de personas que la tienen como lengua materna. Un 92% de ellas es nacida en América.

La filología es la disciplina que rescata, conserva y estudia los testimonios orales y escritos de una lengua; por lo que permite entender mejor el acontecer y el devenir histórico de un pueblo; saca a la luz nuevos testimonios y los pone a disposición de todos, con alta fidelidad lingüística, histórica y cultural y, actualmente, en soportes automatizados y de libre acceso.

El *Corpus Diacrónico y Diatópico del Español de América* (CORDIAM) es una de las herramientas filológicas e informáticas, de acceso libre, más potentes en la actualidad. Único en sus características, reúne miles de textos escritos en 24 países de América, de finales del siglo xv a inicios del siglo xx (1494-1905). A través de él es posible conocer y acceder a los testimonios que constituyen gran parte de la memoria histórica de Hispanoamérica.

* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 10 de diciembre de 2019, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Ciudad de México.

El CORDIAM contiene, actualmente, 8 093 046 palabras en 11 679 textos (4 945 de documentos de archivo, 1 653 de literatura y 5 081 de prensa). Por su amplitud cronológica y geográfica y por contener numerosos documentos de diversos temas y naturalezas es una base multidisciplinaria robusta para conocer la memoria histórica lingüística, migratoria, económica, social, cultural, antropológica o etnológica en que los hispanoamericanos han construido su mundo.

CORPUS DOCUMENTOS

Está constituido por documentos escritos en español y en América exclusivamente. Abarca los actuales países americanos hispanohablantes, más el este, sur y sureste de Estados Unidos, Jamaica, Haití y Guyana, antiguos territorios de la Corona española.

CORPUS LITERATURA

Está constituido por obras escritas en español y en América, exclusivamente, producidas entre los siglos XVI y XIX. Abarca los actuales países de Hispanoamérica. Incluye obras indiscutiblemente literarias, como los escritos de sor Juana Inés de la Cruz, así como aquellas que no fueron escritas con fines estéticos pero que hoy están incluidas en el canon literario, como las del Inca Garcilaso de la Vega.

CORPUS PRENSA

Comprende textos periodísticos publicados en América durante los siglos XVIII y XIX, ya que no existe prensa americana anterior al siglo XVIII. Todos los textos han sido tomados, hasta el momento, de repositorios *web* y han sido tratados filológicamente e informáticamente para su inclusión en el CORDIAM.

PAÍSES QUE CONSULTAN EL CORDIAM

El *Corpus Diacrónico y Diatópico del Español de América* ha interesado a investigadores y estudiosos de la lengua española en todo el mundo. México, Uruguay, España, Australia, Austria, Suiza, Suecia, Estados Unidos y Colombia son los que más lo consultan. Su presencia también

es notoria en 38 países más: Alemania, Argentina, Bélgica, Bielorrusia, Bolivia, Brasil, Canadá, Corea del Sur, Costa Rica, Croacia, Cuba, Chile, China, Ecuador, Eslovaquia, Eslovenia, Finlandia, Francia, Grecia, Guatemala, Honduras, Israel, Italia, Japón, Martinica, Noruega, Países Bajos, Panamá, Perú, Polonia, Portugal, Puerto Rico, Reino Unido, República Checa, Rumania, Rusia, Taiwán y Venezuela.

FONDOS AMERICANISTAS CONTENIDOS EN EL CORDIAM

Archivos

- Archivo Arquidiocesano de Caracas, Venezuela.
- Archivo Artigas, Uruguay.
- Archivo Arzobispal de Lima, Perú.
- Archivo de la Academia Nacional de la Historia, Venezuela.
- Archivo de la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz, Bolivia.
- Archivo de la Casa de Moneda, Bolivia.
- Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo, Uruguay.
- Archivo de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Cuba.
- Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, España.
- Archivo de la Sociedad de Beneficencia de Lima Metropolitana, Perú.
- Archivo de Tribunales de Jujuy, Argentina.
- Archivo del Arzobispado de Buenos Aires, Argentina.
- Archivo del Cabildo de Montevideo, Uruguay.
- Archivo del Convento de San Francisco de Tarija, Bolivia.
- Archivo del Obispado de Humahuaca, Argentina.
- Archivo Documental del Centro de Estudios Mayas, UNAM, México.
- Archivo don Álvaro de Bazán, España.
- Archivo General de Indias, España.
- Archivo General de la Nación, Argentina.
- Archivo General de la Nación, Colombia.
- Archivo General de la Nación, México.
- Archivo General de la Nación, Perú.
- Archivo General de la Nación, Uruguay.

- Archivo General de la Nación, Venezuela.
- Archivo General de la Provincia de Santa Fe, Argentina.
- Archivo General de Simancas, España.
- Archivo General del Estado de Chiapas, México.
- Archivo General del Estado de Yucatán, México.
- Archivo General del Estado Mérida, Venezuela.
- Archivo Histórico Arquidiocesano de la Curia Metropolitana de San José, Costa Rica.
- Archivo Histórico de Córdoba, Argentina.
- Archivo Histórico de Jujuy, Argentina.
- Archivo Histórico de La Paz, Bolivia.
- Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, México.
- Archivo Histórico de la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno, Bolivia.
- Archivo Histórico de Mendoza, Argentina.
- Archivo Histórico del Distrito Federal, México.
- Archivo Histórico del Estado de Oaxaca, México.
- Archivo Histórico Nacional, Cuba.
- Archivo Histórico Nacional, España.
- Archivo Nacional de Bolivia.
- Archivo Nacional de Chile.
- Archivo Nacional de Costa Rica.
- Archivo Regional del Cuzco, Perú.
- Asociación de Academias de la Lengua Española.

Bibliotecas

- Biblioteca Digital Trapalanda de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno <<http://trapalanda.bn.gov.ar/>>.
- Biblioteca Nacional de España.
- Biblioteca Nacional Digital de Chile <<http://www.biblioteca.nacionaldigital.gob.cl/>> (incluye Memoria Chilena: <<http://www.memoriachilena.gob.cl/>>)
- Biblioteca Nacional, Perú.
- Biblioteca Real de Copenhague, Dinamarca.

- Huntington Library, Estados Unidos.
- Nettie Lee Benson Library, Estados Unidos.
- The John Carter Brown Library <<http://www.brown.edu/academics/libraries/john-carter-brown/>>.

Hemerotecas

- Hemeroteca Digital Histórica de la Biblioteca Luis Ángel Arango <<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/indice>>.
- Hemeroteca Nacional Digital de México <<http://www.hndm.unam.mx/>>.

Otros repositorios

- Anáforas. Publicaciones periódicas del Uruguay: <<http://anaforas.fic.edu.uy/jspui/>>.
- Centro de Estudios de Historia de México Carso, “Condumex”, México.
- Colecciones digitales de la Biblioteca Nacional de Uruguay <<http://bibliotecadigital.bibna.gub.uy:8080/jspui/>>.
- Comando General del Ejército, Departamento de Estudios Históricos, Archivo Saravia, Uruguay.
- Google Books <<http://books.google.com/>>.
- Memoria Chilena. Biblioteca Nacional de Chile <<http://www.memoriachilena.cl/>>.
- Museo Histórico Nacional, Uruguay.
- Museo Histórico Provincial de Rosario “Dr. Julio Marc”, Argentina.
- Repositorio Institucional de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero (IRA) <<http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/7141>>.
- Spanish Archives of New Mexico, Estados Unidos.

PAÍSES INCLUIDOS EN EL CORDIAM

- Argentina
- Belice
- Bolivia

- Chile
- Colombia
- Costa Rica
- Cuba
- Ecuador
- Estados Unidos
- Guatemala
- Guyana
- Honduras
- Jamaica
- México
- Nicaragua
- Panamá
- Paraguay
- Perú
- Puerto Rico
- República Dominicana
- El Salvador
- Uruguay
- Trinidad y Tobago
- Venezuela

Es impensable hoy en día hacer lingüística sin el acceso a herramientas electrónicas finamente construidas. La lingüística histórica, en todos sus niveles de análisis —desde la fonología hasta la pragmática, pasando por la morfosintaxis, la semántica y el léxico— es una disciplina de lingüística de corpus, en cuanto que no se puede hacer historia de la lengua sin ellos.

Disponer de un corpus electrónico de documentación diacrónica y diatópica del español americano ayudará a enriquecer y matizar la historia general de la lengua española en su descripción y en la teoría del cambio, y permitirá un mejor conocimiento de la propia trayectoria histórica, cultural y social de los hispanohablantes americanos, de su visión del mundo y de su identidad lingüística.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abreu Gómez, Ermilo, 51
Acevedo de Borges, Leonor, 224, 271-272, 275-276, 281
Acosta, Celso, 277
Acuña, Manuel, 195
Adame, Ángel Gilberto, 116
Addison, 191
Adelung y Vater, 396
Adrejewski, Jerzy, 85
Agüeros, Victoriano, 34
Aguilar, 117
Ajmátova, 79
Alamán, Lucas, 235
Alarcón, 271, 273-276
Alberti, Rafael, 48
Alcántar, Milliet, 27
Aldana, Francisco de, 133, 143
Alegría, Ciro, 92
Alfonso X, el Sabio, 46, 301
Alfonso XIII, 108
Álvarez Pastrana, Emiliano, 22
Ancira, Selma, 85
Andrade, Iliana, 197
Antonio, san, 230
Antonioni, 78
Arcipreste de Hita, 39, 330
Arellano, Juan, 207
Arguedas, José María, 92
Ariadna, 258
Arias Leal, Iliana, 22, 24
Arias Montano, Benito, 143
Aristegui, Carmen, 215
Aristóteles, 216, 340
Armas, José de, 280
Arreola, Juan José, 15, 19, 89, 98, 117, 219-220, 222-223, 225-228, 230
Arroyo, Raúl, 16, 59, 69-70, 72-73
Asbaje, Juana de: *véase* Cruz, sor Juana Inés de la
Asturias, Miguel Ángel, 92, 95
Ávila Camacho, Manuel, 206, 239
Azaña, Manuel, 265
Azuela, Arturo, 367
Azuela, Mariano, 95
Babbage, Charles, 325
Bábel, Isaak, 79
Bachelard, Gaston, 39, 229-230
Bajtín, Mijaíl, 80
Ballón Aguirre, Enrique, 176
Balzac, Honoré de, 46, 301
Baranda y Quijano, Joaquín, 34
Baroja, Pío, 195, 271, 277
Barraza, Georgia, 25
Barreda, Gabino, 236
Bartra, Agustí, 39, 54, 175
Bartra, Roger, 16, 19-22, 33, 53, 321

- Basurto, Luis G., 210
 Bataille, Georges, 55
 Baudelaire, Charles, 137, 329
 Beaumont, 254
 Beckmann, Max, 83
 Beltrán, Alfredo, 396
 Beltrán, Rosa, 18-19, 29, 179
 Bely, 79
 Benítez, Fernando, 95, 256
 Benjamin, Walter, 45
 Bergson, Henri, 112, 236, 265
 Berlin, Isaiah, 245
 Bertolotti, Virginia, 22
 Beuchot, Mauricio, 20, 22, 29, 307
 Blake, William, 156
 Blanchot, Maurice, 45
 Blanco, Andrés Eloy, 48
 Blanco Calderón, Rodrigo, 29
 Bloch, Marc, 41
 Boehme, 319
 Bonifaz Nuño, Rubén, 171
 Bonilla, 274
 Boole, George, 325
 Borges, Jorge Luis, 19, 44, 89, 92, 94, 96, 106, 112, 162, 219-221, 223-227, 229-230, 318
 Bosques, Gilberto, 256
 Bouchitte, 254
 Bourdieu, Pierre, 38
 Boutroux, 236
 Bremauntz, Martha, 26
 Breton, André, 39, 141
 Brillat-Savarin, Anthelme, 98
 Brodsky, Joseph, 88
 Brull, Mariano, 276
 Bruno, Giordano, 318
 Bryce, James, 288
 Bulgákov, Mijaíl, 79
 Bustamante, Blas de, 339
 Cabada, Juan de la, 261
 Caballero Bonald, José Manuel, 38
 Cabrera Infante, Guillermo, 93, 96
 Caillois, Roger, 138
 Calamandrei, Piero, 288
 Calderón de la Barca, Pedro, 39
 Camín, Alfonso, 114
 Camino Galicia, Felipe, 35
 Campanella, 319
 Carbajal, Carlos, 113
 Carballo, Emmanuel, 46
 Cardenal, Ernesto, 165
 Cárdenas del Río, Lázaro, 206
 Cardoza y Aragón, Luis, 256
 Carlos I, 233
 Carlos III, 393, 396
 Carlos V, 232
 Carlota de Bélgica, 101
 Carpentier, Alejo, 89, 93, 96
 Carranza, Venustiano, 331
 Carrère, Emilio, 114
 Carretero, Cristina, 68
 Carrillo Flores, Nabor, 208
 Casasús, Joaquín, 60, 105
 Caso, Alfonso, 208, 239
 Caso, Antonio, 208, 239, 275, 279
 Cassagne, Juan Carlos, 303

- Castañón, Adolfo, 15-23, 25-26, 28,
 30, 85, 103, 173, 185, 190, 271
 Castellanos, Rosario, 208
 Castillo Nájera, Francisco, 195
 Castillo Peraza, Carlos, 42
 Castro, Américo, 271-272, 276, 279
 Castro, Cristóbal de, 114
 Castro, Fidel, 56
 Castro, Ricardo, 104
 Castro Arenas, Mario, 45
 Castro Leal, Antonio, 264
 Castro Rodríguez, María Luisa, 22
 Catalina II, 21, 393-397, 400-401
 Catulo y Marcial, 165
 Cela, Camilo José, 50
 Celaya, Gabriel, 47, 50
 Celis, María, 262-263
 Celorio y Blasco, Gonzalo, 15-22, 25,
 29-30, 33, 69, 91, 185
 Cervantes de Salazar, Francisco, 339,
 366-367
 Cervantes, Miguel de, 26, 29-30, 106,
 143
 Cesarea, Prisciano de, 338
 Chabrol, Claude, 78
 Chaplin, 77
 Chávez, Ezequiel A., 113, 116
 Chávez-Peón, Mario, 391
 Chéjov, Antón, 79, 195
 Chumacero, Alí, 27, 29, 117, 169
 Churchill, Winston, 64
 Cicerón, 191, 298, 336
 Clavijero, Francisco Javier, 366-
 367
 Clemente III, 233
 Coester, Alfred, 113
 Coleridge, Samuel Taylor, 191
 Coll, Magdalena, 22
 Company Company, Concepción, 15,
 21-25, 419
 Comte, Auguste, 237
 Conolly, Cyrill, 157
 Conrad, Joseph, 40
 Corcelle, 246
 Córdoba, Lucano de, 94
 Córdoba, Tirso Rafael, 34
 Corneille, Pierre, 106
 Cortázar, Julio, 29, 91-93, 366
 Cortés, Hernán, 26, 364
 Costa Fernandes, Ronaldo, 141
 Couffon, Claude, 50
 Courbet, Gustave, 198
 Cravioto, Alfonso, 16, 59-62, 69-
 70
 Crestani, Antonio, 28, 30
 Croce, Benedetto, 284
 Cruz Bencomo, Adán, 27
 Cruz, Juan de la, 226, 330
 Cruz, sor Juana Inés de la, 169, 175,
 420
 Cuauhtémoc, 48
 Cuesta, Jorge, 46, 117
 Cyrano de Bergerac, 98
 Daillez, Ana, 132
 Dante, Alighieri, 136, 153
 Darío, Rubén, 92, 104, 108-111, 114-
 115, 122, 283

- Davies, Mark, 349
 Dávila, Jorge, 29
 Debré, Michel, 288
 Dédalo, 258
 Delgado, Juan B., 114
 Déry, Tibor, 88
 D'Erzell, Catalina, 80
 Descartes, René, 141
 Díaz, Porfirio, 103, 108, 115
 Díaz Dufoo, Carlos, 279
 Díaz Gómez, José Luis, 18-21, 25, 29, 195, 403
 Díaz y de Ovando, Clementina, 168
 Diego, Gerardo, 37, 49, 51
 Díez-Canedo, Enrique, 256, 272
 Domingo, Marcelino, 265-266
 Dorra, Raúl, 16, 27, 29, 175
 Dostoievski, 79, 137
 Ducasse, Isidore, 228
 Durán, Manuel, 112-113
 Durruti, Buenaventura, 175

 Edipo, 51
 Eisenstein, Sergei, 77
 Elea, Zenón de, 94
 Eliot, T. S., 137, 169
 Elizondo, Salvador, 156
 Elster, Jon, 249
 Emerson, 40, 43
 Enríquez de Almanza, virrey, 339
 Escalante, Evodio, 165
 Espejo, Beatriz, 156
 Esquilo, 41
 Estefanía, 101

 Falaris, 188
 Farfán, Pedro, 335
 Felipe II, 233, 335, 339
 Fellini, 78
 Fernández, Guillermo, 138
 Fernández, Macedonio, 92
 Fernández de Lizardi, Joaquín, 81
 Fernández Galiano, 366
 Fernández Moreno, César, 96
 Ferrer, Eulalio, 29
 Fichte, Johann Gottlieb, 190, 309
 Fielding, Henry, 191
 Fierro, Julieta, 16, 20-22, 27, 30, 61
 Flaubert, Gustave, 19, 230
 Flores Dávila, Rodrigo, 24
 Fraile, Rafael, 256
 Francisco de Asís, san, 94, 112, 196
 Franco, 48, 179
 Frank, Ana, 47
 Frank, Waldo, 43
 Frau, Juan, 38
 Frenk, Margit, 25
 Freslon, 252, 254
 Fuentes, Carlos, 30, 86, 91-94, 164

 Galdo Guzmán, Diego, 396
 Galindo, Sergio, 85, 89
 Gallegos, Rómulo, 92
 Galston, William A., 244
 Galván, Luis, 284
 Gamboa, Berta, 36, 38
 Gaos, José, 166
 Garbo, Greta, 260
 García Ascot, Jomi, 77

- García Calderón, Ventura, 276
 García Cantú, Gastón, 208-209, 212-213
 García Córdova, Víctor Adrián, 22, 24
 García Díaz, Adolfo, 177
 García Gómez, César, 15
 García Icazbalceta, Joaquín, 15
 García Márquez, Gabriel, 47, 91-93
 García Máynez, Eduardo, 239
 García Ponce, Juan, 267
 García Rodríguez, Mayra Gabriela, 15
 Garciadiego, Javier, 17, 19-20, 27, 29, 60, 205
 Garfias, Pedro, 177, 332
 Garibay, Ricardo, 89
 Garrido, Felipe, 16-21, 23-27, 29-30, 131-132, 147-148
 Gautama, Siddhartha, 117
 Genoveva de Brabante, 226
 Gessen, Masha, 244
 Gilgamesh, 140
 Giner de los Ríos, Francisco, 268
 Glantz, Margo, 15, 17, 19-20, 22, 29, 77, 89, 176, 219
 Goethe, Johann Wolfgang von, 20, 307-310, 312-313, 317-320
 Gógol, Nikolái, 79
 Goliat, 55
 Golo, mayordomo, 226
 Gombrowicz, Witold, 85, 88
 Gómez de Silva, Guido, 24, 29
 Gómez Farías, Concha, 111
 Gómez Farías, Valentín, 235
 Gómez Palacio, Martín, 114
 Góngora, Luis de, 95, 186
 González, Aurelio, 15, 21-22, 24
 González Blanco, 277-278
 González Casanova, Henrique, 208-209
 González Crussí, Francisco, 18, 185, 195-196, 200-202
 González de León, Bruja, 78
 González de Mendoza, 114
 González Guerrero, Francisco, 114
 González Martínez, Enrique, 34, 114, 116, 118, 195
 González Montesinos, Manuel, 60
 González Paz, Ximena, 25, 29
 González Pérez, Aurelio, 23
 Goya, Francisco de, 40
 Gracián, Baltasar, 95
 Granados Chapa, Miguel Ángel, 16, 59-62, 69, 213
 Gregorio Regino, Juan, 25, 30
 Greimas, A. J., 175
 Grimau, Julián, 49
 Guedea, Rogelio, 16
 Guerrero, Margarita, 219
 Guevara, Che, 55, 56, 166
 Guillén, Jorge, 155, 305
 Guillén, Palma, 114, 116
 Güiraldes, Ricardo, 92
 Gutiérrez Nájera, Manuel, 104, 107, 115, 118
 Gutiérrez Ortiz Mena, Alfredo, 67
 Gutiérrez Reyna, Jorge, 22
 Gutiérrez Solana, 40
 Guzmán, Martín Luis, 34, 95

- Hamlet, 112
 Hayworth, Rita, 260
 Héctor Xavier, 219, 223
 Hegel, 166, 319
 Heidegger, 134, 166, 329
 Heimburg, Thomas, 326
 Henestrosa, Andrés, 256
 Henríquez Ureña, Fran, 282
 Henríquez Ureña, Max, 112
 Henríquez Ureña, Pedro, 15, 18, 20,
 27-28, 111, 190-191, 195, 271,
 278
 Herder, 309
 Hernández, Axel, 25
 Hernández, Natalio, 25, 30
 Hernández Triviño, Ascensión, 21, 24-
 25, 30, 176
 Herrera, Agustín, 27
 Herrera Peterre, José, 256
 Herrera Zapién, Tarsicio, 17, 19-20,
 24
 Hervás y Panduro, Lorenzo, 394
 Higashi, Alejandro, 18-20, 23, 26-27,
 30, 161
 Híjar y Haro, J. B., 111
 Hiriart, Hugo, 19-20, 22, 29, 60, 329
 Holst, Gustav, 139
 Homero, 216
 Horacio, 106, 336
 Horta, Manuel, 114
 Hsueh, Wei, 200
 Huberto, san, 226
 Huerta, Norohella, 25
 Huerta, Victoriano, 87
 Huidobro, Vicente, 175
 Humboldt, Alexander von, 133, 395
 Hurtado, Eduardo, 156
 Ibáñez, Martí, 195
 Ibáñez, Paco, 55
 Ibargüengoitia, Jorge, 89
 Ícaro, 258
 Icaza, 271-272, 275
 Isidoro, 300
 Ivo, Lêdo, 142
 Jacob, Max, 333
 Jacobi, 309
 Jakobson, Roman, 175-176, 179
 James, William, 333
 Enero, 81
 Jech, Alexander, 251
 Jefferson, Thomas, 396
 Jiménez, Enrique, 277
 Jiménez, Guillermo, 114
 Jiménez, José Alfredo, 155
 Jiménez, Juan Ramón, 105, 117
 Jiménez Aguirre, Gustavo, 106
 Jiménez Prieto, Guillermo, 277
 Jiménez R., Alberto, 220
 Jitrik, Noé, 18, 27
 Job, 44
 Johansson, Patrick, 20-21, 25-26,
 29
 Johnson, Samuel, 191
 Jonás, 44, 57
 Joyce, James, 95, 332
 Juan, san, 140

- Juan Gabriel, franciscano, 396
 Juan Ramón, poeta, 177
 Juárez, Benito, 103, 115, 236
 Judt, Tony, 243-244
 Jung, Carl Gustav, 307, 320
 Justiniano, 300
- Kafka, Franz, 224, 229
 Kant, Immanuel, 150-151, 166, 284, 308-309
 Karapetián, Marietta, 80-81
 Kelsen, Hans, 288
 Kemp, Lysander, 56
 Kempis, Tomás de, 112
 Kergolay, 250
 Key, 395
 Khayyam, Omar, 112
 Kierkegaard, Soren, 40
 Kolakowski, Leszek, 244, 253
 Kristal, Efraín, 176
- Labastida, Horacio, 209
 Labastida, Jaime, 15, 17-22, 27, 29, 33, 61, 133-140, 142-145, 147-149
 Lacan, Jacques, 39, 141
 Lang, Fritz, 77
 Lao-tzu, 200
 Lara, Agustín, 89
 Lastra, Pedro, 18, 356
 Lastra, Yolanda, 21-22, 24, 393
 Lautréamont, conde de, 19, 228, 230
 Leal, Luis, 113
 Leibniz, Gottfried, 325
 Lema, Pepe, 256
- Lenin, 331
 León Felipe, 16, 33-35, 37-58, 256, 268-269
 León-Portilla, Miguel, 16, 26, 29, 168, 176
 Levitsky, Steven, 244
 Lewis, C. S., 229
 Lezama Lima, José, 93, 96
 Liguori, Pancho, 332
 Lille, Alan de, 222
 Lizalde, Eduardo, 18-20, 29, 33, 118, 149-152, 155-165, 305-306
 Lizardi, 81, 83
 Lledó, Emilio, 18
 Loma, José Luis de la, 267
 Lombardo Toledano, Vicente, 114, 116, 239
 Lope de Vega, 105, 143
 López, Rafael, 114
 López Austin, Alfredo, 18
 López Baralt, Luce, 18
 López Cámara, Paco, 77
 López Obrador, Andrés Manuel, 15, 30, 215
 López Páez, Jorge, 85, 89
 López Salmerón, Cynthia, 22
 López Suárez, Horacio, 177
 López Velarde, Ramón, 30, 110-111, 114, 116, 118, 263
 Lord Byron, 318
 Lozano, Carlos, 274
 Luis Alberto, 258
 Luis XVI, 254
 Lukács, Georg, 137

- Machado, Antonio, 40, 108, 177
 Madariaga, 191
 Madero, Francisco I., 111
 Maeterlinck, Maurice, 112
 Magdaleno, Mauricio, 95
 Mairena, Juan de, 157
 Malbrán, Manuel E., 113
 Maldoror, 228
 Malesherbes, 248, 254
 Malraux, André, 51, 139
 Mandelstam, Ósip, 79
 Mandujano, Rocío, 24
 Mann, Thomas, 82
 Marañón, Gregorio, 191, 195
 Margarit, Joan, 255
 Márquez Sterling, Manuel, 278
 Martí Ibáñez, Félix, 195
 Martín Butragueño, Pedro, 20-21, 24-25, 343, 352-353, 356
 Martín Villa, Rodolfo, 49
 Martinenche, Ernest, 284
 Martínez, Antonio, 206, 339
 Martínez, Diego, 339
 Martínez, José Luis, 26, 107, 111, 117, 205, 208-209, 211-212
 Martínez Baracs, Rodrigo, 20-22
 Martínez de Araujo, Juan, 396
 Martínez Sobral, Enrique, 60
 Marx, 166
 Matos Moctezuma, Eduardo, 25
 Matute, Álvaro, 29
 Maura, Antonio, 284
 Maximiliano, 236
 Mayo, Julio, 35
 Medina, Hilario, 113, 116
 Mediz Bolio, Antonio, 114
 Mefistófeles, 312-315, 318
 Meléndez, Concha, 113
 Méndez Plancarte, Alfonso, 114, 117, 181
 Méndez Plancarte, Gabriel, 106
 Mendoza, Antonio de, 232, 233
 Mendoza, Everardo, 27, 29
 Mendoza Guerrero, José Everardo, 16
 Menéndez Pelayo, 122
 Menéndez Pidal, 273
 Merleau-Ponty, 190
 Mestre, Ricardo, 175
 Michelena, Margarita, 135, 212
 Miguel Ángel, 61
 Mill, John Stuart, 250
 Milton, 140
 Mishima, Yukio, 133
 Mobutu, K'nyo, 222
 Molina, Enrique, 144
 Molina, Silvia, 19-21, 29, 33, 255
 Monmouth, Geoffrey de, 46
 Monsiváis, Carlos, 78, 85, 89, 112, 117-119, 122, 260
 Montaigne, 245, 250
 Montale, Eugenio, 136-138
 Montero, Liliana, 67
 Monterroso, Tito, 19, 220-222, 225-227, 229-230
 Montesquieu, 246, 250, 302-303
 Moreno de Alba, José G., 24-25
 Moreno Fernández, 357
 Moreno Silva, Óscar Abraham, 24

- Mortati, Costantino, 288
 Mounk, Yascha, 244
 Moya de Contreras, Pedro, 335
 Müller, Max, 43
 Muñoz Machado, Santiago, 66, 302
 Murnau, 77
 Mutis, Álvaro, 35, 141

 Nabokov, 79
 Nava, Fernando, 21, 24-25, 30, 379
 Navarro Tomás, Tomás, 105, 271-272, 345
 Nebrija, Antonio de, 337-338
 Neruda, Pablo, 168
 Nervo, Amado, 17, 29, 103-119, 122, 131-132
 Neve, P., 398
 Neve y Molina, Luis de, 397, 401
 Nietzsche, Friedrich, 40, 187
 Núñez Mata, Efrén, 60
 Núñez y Domínguez, J., 114

 O’Gorman, Edmundo, 93
 Olavarría y Ferrari, Enrique, 104
 Oliva, Óscar, 29
 Olivecrona, Karl, 65
 Olmos, Andrés de, 396
 Onetti, Juan Carlos, 93
 Onís, Federico de, 36, 105, 117, 271-273
 Oropesa Oropesa, Felipe, 394
 Orozco y Berra, Manuel, 34
 Ortega y Gasset, José, 191, 265, 271-272, 275-276

 Orwell, 332
 Oteiza, José Andrés de, 267
 Oteiza, María Luisa de, 267
 Oteiza, Mercedes, 267

 Pablo, san, 200
 Pacheco, José Emilio, 211
 Pacheco, Rodrigo, 335
 Padilla, Ignacio, 25, 29
 Palafox y Mendoza, Juan de, 335
 Pallas, Peter Simon, 395, 401
 Palomar de Miguel, Juan, 122
 Paracelso, 318
 Pascal, Blas, 249-254
 Pascual Buxó, José, 16, 18, 29, 167-171, 173-177, 179-181
 Pasillas, Rebeca, 24
 Paso, Fernando del, 17, 29, 91, 93-102, 362-363, 367
 Paz, Octavio, 34, 42-44, 47, 55-56, 92, 116-118, 133, 162-163, 166, 305, 331
 Pedraza Salinas, Jorge, 214-215
 Pedro el Grande, 394
 Peinado Ramírez, Julián, 63
 Pellicer, Carlos, 119, 122, 162, 168
 Peña, Ernesto de la, 25, 98, 160
 Penélope, 101
 Pereda Salazar, Eugenio, 220
 Pérez, Javier, 256
 Pérez Galdós, Benito, 95
 Pérez Garduño, Enrique, 281
 Pérez Martínez, Héctor, 20
 Pérez Martínez, Herón, 16

- Pérez Tamayo, Ruy, 25, 186, 196, 200
 Perse, Saint-John, 138-139
 Pessoa, Fernando, 136-137, 142
 Picon, Gaëtan, 138
 Picón, Jacinto Octavio, 274
 Picón Salas, Mariano, 86, 89
 Pilniak, 79
 Pisanello, 226
 Pitol, Sergio, 15, 17, 29, 77-86, 88-89
 Plinio, 220
 Poe, Edgar Allan, 229
 Poot Herrera, Sara, 27, 176
 Pope, 191
 Pound, Ezra, 137
 Preuss, Hugo, 288
 Prieto, Carlos, 20, 29
 Prieto, Guillermo, 15
 Prieto, Indalecio, 265
 Prieto, Luis, 86
 Prieto Reyes, Luis, 77
 Prometeo, 52
 Proteo, 316, 317
 Ptolomeo, 43, 44
 Puschkin, Alexander Serguei, 88
 Quevedo, Francisco de, 40, 95, 143
 Quijano, Alejandro, 114, 116, 275
 Quintanilla, Luis, 108
 Quintiliano, 300, 336
 Quirarte, Vicente, 17-20, 23, 25, 27,
 30, 97, 155, 167, 176
 Quiroga, Horacio, 92
 Radin, Paul, 281
 Ramírez Bermúdez, Jesús, 196
 Rangel, 276
 Rask, 396
 Redo, Diego, 271-272
 Reinhold, 309
 Rejano, Juan, 256, 268-269
 Rembrandt, 141
 Renán, 231
 Reta, Luis, 220
 Revueltas, José, 95, 152
 Reyes, Alfonso, 17, 20, 36, 60, 85-
 89, 114, 117-118, 149, 181, 205-
 217, 271, 278
 Reyes Núñez, Mirian Heila, 24
 Rezzori, Gregor von, 88
 Richardson, 191
 Riemen, Robert, 244
 Rilke, Rainer Maria, 39, 135, 139
 Rimbaud, 39, 41, 137
 Ritchie Key, Mary, 394
 Rius, Luis, 57, 177, 181
 Riva Agüero, 281
 Rivas, Ángel César, 283
 Rivera, Diego, 275
 Rivera Rodas, Óscar, 176
 Rivero, Ricardo, 303
 Robledo, Oión, 114
 Rodríguez, coronel, 368
 Rodríguez Chicharro, César, 167, 170,
 181
 Rodríguez Guerra, Fernando, 24
 Rodríguez Marín, 274, 284
 Rojo, Vicente, 56
 Romains, Jules, 41
 Romero de Terreros, Manuel, 285

- Rosales Alvarado, Miguel Ángel, 63
 Ross, María Luisa, 114
 Rostand, Edmond, 98
 Rousseau, 248-250, 318
 Rubio Navarrete, 277
 Ruedas de la Serna, Jorge, 179
 Ruini, Meuccio, 288
 Ruiz Dueñas, Jorge, 16, 18, 30, 33,
 53-54, 56-58, 133
 Ruiz, Jorge, 29
 Ruiz, José Vicente, 397
 Rukeyser, Muriel, 56
 Rulfo, Juan, 89, 95, 175, 229, 259,
 367
 Runciman, David, 244
- Salgari, 162
 Samsa, Gregorio, 224, 229
 Sánchez, Francisca, 108
 Sánchez, Héctor, 29
 Sánchez, Raimundo, 34
 Sánchez Azcona, Juan, 274
 Sánchez de Ocaña, Rafael, 256-257,
 262, 264-265, 267-268
 Sandoval y Zapata, Luis de, 175
 Santayana, 318-319
 Sarduy, Severo, 96
 Sarukhán, José, 239
 Schelling, 310
 Schevill, Rudolph, 285
 Schlegel, hermanos, 45
 Schopenhauer, 94, 309
 Schwerdtlein, 315
 Sebastián de Portugal, 143
- Secante, señoritas, 78
 Segovia, Tomás, 181
 Séneca, 94, 191
 Serrano Migallón, Fernando, 16, 19,
 22, 27, 29, 62, 69, 231
 Sevilla Espejel, Imelda, 15
 Shakespeare, William, 43-44, 46, 106,
 144, 283
 Shaw, Bernard, 280
 Shelley, Mary, 223, 318
 Sheridan, Guillermo, 43
 Shklar, Judith, 245
 Sierra, Justo, 104-105, 237-238,
 241
 Sierra Martínez, 348
 Silesio, Ángel, 94
 Silva-Herzog Márquez, Jesús, 18-20,
 29, 37, 243
 Sklovski, Víctor, 175
 Smissen, coronel van der, 368
 Snyder, Timothy, 243-244
 Soares, Bernardo, 142
 Sófocles, 41
 Soler, Eduardo, 283
 Sorondo, Xavier, 114
 Soto, Myrna, 180
 Spinoza, 308, 310, 313, 317-320
 Stalin, 77, 80
 Starobinsky, Jean, 250
 Steele, 191
 Stendhal, 95, 301
 Sterling, Márquez, 279
 Sterne, 191
 Swadesh, 401

- Swedenborg, Emmanuel, 94, 112, 308, 310, 319
- Swetchine, Anne-Sophie, 247
- Swift, 191
- Tablada, José Juan, 114
- Tácito, 191
- Tegmark, Max, 321-322
- Téllez, Melchor, 339
- Téllez, Tello, 108
- Terencio, 336, 338
- Thomsen, 396
- Tito, 227
- Tiziano, 200
- Tocqueville, Alexis de, 19, 243, 245-253
- Tolstói, León, 79, 95
- Torre Villar, Ernesto de la, 60
- Torres Bodet, Jaime, 205-209, 213
- Toussaint y Ritter, Manuel, 279
- Trapote Mateo, Víctor, 35, 53, 55, 56
- Trechsel, Frank, 393
- Tréveris, Siegfried de, 226
- Truffaut, 78
- Trump, Donald, 243
- Tulp, Nicolaes, 141
- Turing, Alan, 325
- Tzvetáeiva, Marina, 79-80
- Ubieta, Juan de, 122
- Unamuno, 40, 177, 265, 271, 274
- Ungaretti, Giuseppe, 47, 179
- Urbina, Luis G., 114, 276
- Urbinati, Nadia, 244
- Urrutia, Elena, 78
- Ussía, Antonio de, 256
- Ussía, Jesús de, 256
- Ussía Arocena, Sonsoles, 256
- Valadés, Diego, 20, 22, 29, 33, 61, 287
- Valdés, Ramiro, 56
- Valenzuela, Jesús E., 104
- Valéry, Paul, 20, 136, 148, 155, 188-189, 305
- Valla, Lorenzo, 338
- Vallejo, César, 175, 179
- Vargas Llosa, Mario, 29, 91-93
- Vasconcelos, José, 206
- Vázquez, 276, 279
- Vega, Garcilaso de la, 92, 420
- Velasco, Luis de, 339
- Ventura, 276, 284
- Verlaine, 94
- Vigil, José María, 18
- Vilchis Barrera, Ana Elvira, 23
- Villagómez, Rodolfo, 25, 28
- Villalpando, Jesús, 114
- Villarreal, Minerva Margarita, 16-17
- Villaurrutia, Xavier, 93, 140, 169
- Villoro, Luis, 177, 330
- Vinci, Leonardo da, 200
- Virgilio, 82, 106, 336
- Vitoria, Francisco de, 232
- Viveros, Germán, 21, 25, 29, 335
- Vives, Luis, 338

- Wagner, 316
Wells, H. G., 223
Whitman, Walt, 39-40, 44-45, 54, 94
Wilgefortis, Barbuda, 198
Wilhelm, 395
Wittgenstein, 166, 332
Wolin, Sheldon, 246

Xirau Subías, Ramón, 34, 175, 181

Yáñez, Agustín, 49, 89, 95
Yepes, Juan de, 226
Yevtushenko, Yevgueni, 47

Yourcenar, Marguerite, 138
Yurkievich, Saúl, 176

Zaid, Gabriel, 117
Zapata, Emiliano, 276
Zárraga, 274, 282
Zavala, Silvio, 60
Zedillo, Ernesto, 211
Zendejas, Alicia, 212
Ziblatt, Daniel, 244
Zorrilla, José, 116
Zorrilla de San Martín, Juan, 114
Zumárraga, Juan de, 232

Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua
tomo XLV [2019]

se terminó de imprimir y encuadernar
en noviembre de 2020, en los talleres
de Gráfica Premier, S.A. de C.V.,
5 de Febrero núm. 23069,
San Jerónimo Chicahualco,
C.P. 52170, Metepec, Estado de México.
En su composición se utilizaron los tipos
Bembo MT Pro en 9:11, 11:15 y 12:15 puntos.
El tiraje consta de 200 ejemplares,
sobre papel Ahuesado de 75 gramos
y cartulina sulfatada SBS de 12
puntos importada.

Cuidado de la edición: Rebecca Ocaranza Bastida
Coordinación editorial: Agustín Herrera Reyes